Charles Higham

LA SEÑORA SIMPSON

Las vidas secretas de la duquesa de Windsor, la mujer que estuvo a punto de arruinar la monarquía británica



Lectulandia

Wallis Simpson, duquesa de Windsor, la mujer que puso en jaque a la monarquía británica, es con toda seguridad una de las figuras más enigmáticas de la historia contemporánea. Son muchos los interrogantes que rodean su vida y su figura, que alimentan su leyenda, y pocos los estudios sobre su misteriosa vida. De una belleza convencional, divorciada y sin una herencia millonaria, la señora Simpson llegó a lo más alto y protagonizó una de las historias de amor más importantes del siglo XX. ¿Cómo consiguió reunir una gran fortuna, gozar de una fama incomparable, de magníficas viviendas, y volver loco a un rey que a punto estuvo de convertirla en reina? ¿Cuál es su secreto? El historiador Charles Higham, fascinado desde niño con los duques de Windsor, nos ofrece una investigación exhaustiva y documentada, que se lee como una novela, que desvela de forma clara y sin cortapisas el carácter de una mujer extraordinaria y recrea de una manera fiel su determinación, su capacidad de superación, su pasión por la intriga, el dominio que ejercía sobre los hombres, su elegancia, su relación con Hitler y otros episodios de una vida envuelta en escándalos y misterios que la catapultaron a lo más alto

Charles Higham

La señora Simpson : las vidas secretas de la duquesa de Windsor, la mujer que estuvo a punto de arruinar la monarquía

ePub r1.0
Titivillus 23.06.2023

Título original: *Wallis: Secret Lives of the Duchess of Windsor*
Charles Higham, 2013
Traducción: Alfredo Blanco Solís

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Richard V. Palafox y Dorris Halsey
Con especial reconocimiento al doctor Gerald Turbow

PRÓLOGO

Se ha dicho que fue la subasta del siglo. Mucho antes de la venta, que tuvo lugar el 2 de abril de 1987, las joyas habían servido de brillante señuelo lanzando sus destellos desde unas urnas de cristal que pasaron por Manhattan, Mónaco y Palm Beach; y se había llenado la prensa con sus descripciones y el anuncio del evento. A. Alfred Taubman, millonario originario de Michigan y propietario de Sotheby Parke-Bernet, estaba montando el mayor espectáculo de joyería del mundo. Para ello escogió un escenario adecuadamente lustroso: el Hôtel Beau Rivage, con vistas al lago Lemán y donde no solo estaba situada la sede de Sotheby's sino que además se ofrecía a su lado, en el Hôtel Richemond, un atractivo alojamiento para la afluencia de ricos que pujarían por aquellas románticas piedras preciosas. Taubman levantó una carpa de grandes bandas rojas y blancas en los jardines situados a la orilla del lago y propiedad del Beau Rivage: una grandiosa carpa de circo para lo que iba a ser, de hecho, un circo. Para las noches previas, Taubman había organizado una serie de fiestas a fin de que los potenciales compradores y sus representantes admiraran las joyas sin prisa y cuando mejor les conviniera. Astutamente, había decidido que la propia subasta se celebrara a las nueve de la noche: una hora a la que ya había anochecido, y cuando las luces tenues, sutilmente dispuestas en el interior de la carpa, favorecerían los rostros de las mujeres. Solo unos pocos se quejaron de tener que cenar a una hora tan poco civilizada por temprana.

Los hombres iban de etiqueta y las mujeres, con vestidos de diseñadores. Entre los presentes se encontraba la condesa de Romanones, la «espía de rojo», una vieja amiga de la duquesa de Windsor que había sido agente secreto en Portugal y España durante la Segunda Guerra Mundial. También asistía lady Dudley, de soltera Grace Radziwill y por tanto vinculada por matrimonio a la familia Kennedy, igualmente íntima amiga de la duquesa, de origen yugoslavo, que se había convertido en uno de los personajes más destacados de la alta sociedad internacional. Asimismo, habían acudido los descendientes de las antiguas familias reales europeas, con quienes el duque

de Windsor había mantenido amistad y cuyo trato finalmente había acabado deplorando, como la princesa de Nápoles y el príncipe Dimitri de Yugoslavia. También estaban la infanta de España, el barón Hans Heinrich Thyssen, la princesa Firyal de Jordania, la cantante Shirley Bassey y el abogado matrimonialista Marvin Mitchelson. Elizabeth Taylor pujaba por teléfono desde su piscina de Beverly Hills. Y muchas estrellas habían enviado a sus representantes, haciendo enfadar a los *paparazzi* que habían acudido a toda prisa al lugar y que, después de llevar una hora fotografiando a miembros de la realeza o la aristocracia ya en declive, debieron de sentirse como *lemmings* precipitándose en el lago Lemán.

La subasta comenzó tarde; los ricos nunca se han caracterizado por su puntualidad, y parecía existir una competición entre varios de ellos para ver quién era el último en entrar en la carpa. Finalmente, cuando las agujas del reloj ya se acercaban a las diez de la noche, el representante de Sotheby's Nicholas Rayner, perfecta elección dada su belleza elegante, embutido en un esmoquin estilo años treinta confeccionado a mano y con un pañuelo rojo en el bolsillo del pecho, subió al estrado con un martillo dorado en la mano. Levantó entonces la mirada hacia una pantalla iluminada donde se mostraba, en rojo brillante sobre negro, la cantidad solicitada para abrir la puja por el primer objeto, un broche de oro, zafiros y rubíes en forma de borla. Y apareció una atractiva joven portando un soporte de terciopelo negro sobre el que descansaba el precioso broche. Alcanzó los 70 000 francos suizos, al menos diez veces su valor real. Puede afirmarse, sin temor a equivocarse, que nadie entre los presentes estaba interesado en el valor real de ninguno de los objetos que se ofrecían, como tampoco en que estos pudieran ser considerados buenas inversiones. Los participantes habían ido a la subasta a satisfacer una fantasía, a compartir un sueño.

El ambiente pronto empezó a recordar a una combinación de Ascot, una pelea de gallos de Manila y un campeonato de pesos pesados en el Madison Square Garden. Muchas subastas se caracterizan por su silencio, parecido al de una cripta o un bar gay. Rascarse la cabeza, mover ligeramente un lápiz dorado o apenas un movimiento de ceja oportunamente observado indicarían normalmente pujas que pueden rebasar el millón. Pero en esta ocasión los presentes se comportaron como si estuvieran en la subasta de una película mala. Gritaban, chillaban, competían, gesticulaban y agitaban sus catálogos, los puños o los dedos hacia el estrado histéricos como si fueran testigos de un naufragio o un gran incendio. Los empleados, escogidos por sus bellos rostros de colegio privado y sus esbeltas figuras, indicaban desde los teléfonos que

determinados millonarios que llamaban desde otros países exigían que fuera aceptada su última puja. Después de que se hubieran vendido 31 lotes, se habían alcanzado los 3 millones de dólares. Unos impertinentes de diamantes se adquirieron por 117 000 dólares; no valían ni un centavo más de 5000. Los modestos gemelos, botones de abrigo y corchetes del duque de Windsor alcanzaron los 400 000 dólares, al menos cuarenta veces su valor real. Cuando llegó la hora de las brujas y finalmente todo el mundo se fue marchando en parejas, la subasta había obtenido unas diez veces lo que debería. La noche siguiente, cuando Nicholas Rayner golpeó con su martillo por última vez, las ventas totales habían ascendido a 51 millones de dólares.

Quienes se rascaban las carteras y los bolsillos no solo deseaban poseer objetos que habían sido propiedad de miembros de la realeza —si bien, qué ironía, a la duquesa de Windsor nunca se le llegó a permitir utilizar el tratamiento de «Su Alteza Real»—, sino también participar, aunque fuera de un modo indirecto, de una época en la que la alta sociedad era aún alta sociedad, los ricos eran (al menos en el imaginario colectivo) casi uniformemente glamurosos y gente para la que, mientras el resto del mundo hacía fila con la cartilla de racionamiento, las fiestas no parecían tener fin. Quienes pagaban deseaban que les brillara en el cuello o en la muñeca un recuerdo de la historia de amor más importante del siglo.

Y por ese motivo Wallis Windsor fue, una vez muerta, incluso más famosa de lo que había sido en vida. A pesar de haber sido la mujer de la que más se había hablado en su época, gran parte de su vida seguía siendo un enigma. Cuando comencé mi investigación, se me desveló de forma más clara el carácter de esta extraordinaria mujer, y en gran medida gracias a los numerosos documentos y visados del Departamento de Estado estadounidense, así como a los documentos del Archivo Nacional británico, especialmente los que formaban parte de los papeles del fallecido lord Avon (anteriormente Anthony Eden). Ninguno de ellos parecía haber sido examinado antes. Cada vez de forma más nítida, fui capaz de ver en Wallis su determinación, su inflexible voluntad, su lucha por superar sus propios defectos; su pasión por la intriga y su fuerte vinculación con el espionaje; lo orgullosa que estaba de sí misma al considerarse una aventurera y una mujer dominante que hacía mucho más que arreglárselas bien en un mundo de hombres; su buen gusto, su auténtica elegancia a pesar de no contar con una belleza convencional, y su amor por la riqueza y lo espléndido de la vida. Mi gran reto era descubrir el secreto que había permitido que esta mujer, nacida fuera del vínculo matrimonial y en desventaja por la falta tanto de una

herencia millonaria como de los deseables atributos físicos, alcanzara una gran fortuna, fama incomparable, magníficas viviendas y el amor eterno de un rey que la puso muy cerca del trono británico. Espero que este libro ofrezca la respuesta al misterio.

Me han fascinado los duques de Windsor desde que tenía cinco años, cuando, por ser el hijo excesivamente precoz de sir Charles Higham, magnate de la publicidad y parlamentario (que moriría cuando yo contaba siete años y que se había casado, como Enrique VIII, seis veces), mi niñera alemana me llevó de la habitación de juegos al opulento salón rojo de The Mount, nuestra casa, para que asistiera a lo que según me contaban sería una ocasión de gran trascendencia. Los hombres estaban vestidos de etiqueta y envueltos en el humo de sus costosos puros; las mujeres llevaban vestidos de noche con la espalda al aire y en los que sus hombros desaparecían bajo una explosión de volantes.

La combinación del perfume y el humo del tabaco me mareó; la decoración de lujosos muebles rojizos y alfombras chinas atestadas de dragones y aves exóticas hizo que me sintiera aún peor. Me senté en el borde de una silla victoriana, después de que me dijeran que debía fijar mi atención en un armario de raíz de nogal que estaba situado debajo de una pintura en la que se representaba un paisaje gótico. El armario era el santuario de la familia: un radiogramófono.

Mi padre encendió el interruptor y por fin todo el mundo dejó de hablar. Escuchamos una voz que anunciaba al rey. No entendí nada de lo que este dijo, con aquel acento medio estadounidense medio *cockney*, heredado en parte de su amada y en parte de la sucesión de niñeras. (Unos cincuenta años más tarde, me enteré de que el único idioma que hablaba con perfecta entonación era el alemán).

Cuando terminó el discurso —el discurso de abdicación, que se convertiría en una de las seis emisiones más famosas de la historia—, se produjo un murmullo de conversación. Me han contado que mi padrino, el novelista de éxito Gilbert Frankau, rompió a llorar; que el personal de servicio sollozaba en un segundo plano, y que a más de un aristócrata europeo de visita se le había empañado el monóculo. Yo no tenía ni idea de qué era una «abdicación». Probablemente estaba pensando en mi pez de colores, en si mi padre seguiría manteniéndome secuestrado (me había arrancado de los brazos de mi madre en un Rolls-Royce Silver Ghost, donde me había escondido y casi ahogado bajo una pesada alfombra de marta cibelina) o en si yo iba a ser capaz, bajo la colcha, de acabar de desenmarañar con la ayuda de un

cortaplumas una tozuda pelota de tenis (más tarde descubriría que estas llevan algo pegajoso, de la textura de los *toffees*, y misterioso en su interior).

⁎ ⁎ ⁎

Llevo años pensando en escribir sobre los duques de Windsor. Cada libro supone una nueva aventura; para realizar las investigaciones que sostendrían la primera edición de este, visité tres veces Inglaterra en diez meses durante 1987: al menos fueron tanto viajes de indagación como viajes de redescubrimiento de un exiliado. La Inglaterra de la que yo había huido tiempo atrás había desaparecido, para ser sustituida por un país más amable, más cálido y más atractivo. Junto a su imperio, Gran Bretaña había perdido su rigidez y su estricta y desalmada formalidad. Fui agraciado con ejemplos de amabilidad que hicieron que me sintiera tan en casa como si nunca me hubiera ido. Disfruté de un almuerzo con la duquesa de Marlborough y de una cena con la legendaria Margaret, duquesa de Argyll, así como de invitaciones a las casas de campo de sir Dudley Forwood, antiguo ayuda de cámara y secretario privado del rey Eduardo VIII, y su fascinante esposa; y de Adrian Liddell Hart, hijo del corresponsal del *Times* de Londres Basil Liddell Hart. Pasé también unos días muy agradables en casa de Hugo Vickers, quien me mostró pruebas del encanto de los duques de Windsor en una grabación que se les había realizado en Londres y que me sirvió de mucho. No debo olvidar mi visita a Alfred de Marigny (acusado falsamente y absuelto del asesinato de sir Harry Oakes) y a su encantadora esposa Mary en su casa de la lujosa población llena de secretos de River Oaks (Houston, Texas).

Entre otros que me ayudaron, debo resaltar a James P. Maloney, quien, en Washington D. C., dedicó incontables horas a explorar oscuros documentos, luchando contra las restricciones de la Ley de Libertad de Información y escudriñando las listas de envíos de las compañías navieras Dollar Lines, Royal Canadian Pacific Lines y Cunard Lines, los expedientes de inteligencia naval, los archivos de visados, los registros de inmigración de Seattle y Nueva York, y miles de fuentes documentales aún más abstrusas que ningún otro biógrafo ni historiador había examinado nunca. De forma simultánea, pasé algunos meses, en ocasiones frustrantes pero mucho más a menudo emocionantes, en la Biblioteca de Investigación de la Universidad de California y en la Biblioteca Von Kleinsmid de la Universidad de California del Sur, así como en las bibliotecas públicas de Glendale y Pasadena, leyendo de principio a fin ejemplares de revistas antiguas y examinando cosas como la lista de huéspedes de 1924 del hotel Astor House de Shanghái, ejemplares del

South China Morning Post y del *Hong Kong Telegraph* o crónicas del baile en honor del príncipe de Gales celebrado en el Hotel del Coronado de San Diego hace sesenta y cinco años.

Al continuar el trabajo, me sorprendió descubrir que Wallis había borrado sus huellas con gran pericia, llegando a manifestar que en Shanghái había estado en el Palace y no en el Astor House, y ocultando el nombre de su acompañante en el viaje por razones que pronto comprenderá fácilmente el lector.

Las conclusiones a las que llego en el libro son, por supuesto, las mías y no deben tomarse como reflejo de las opiniones de aquellos que me ayudaron.

En San Diego mantuve una serie de agradables encuentros con la señora de Dale St. Dennis, encantadora nieta de Corinne Montague Mustin Murray, la prima y amiga de Wallis que me facilitó por primera vez el acceso a cartas en las que la duquesa ofrecía un elocuente relato de su vida. Las había encontrado su padre, el vicealmirante Lloyd Mustin. La Sociedad Histórica de Maryland y el Radcliffe College aportaron más cartas, suministrando esta última institución la correspondencia de Mary Kirk Raffray, la amiga de los años escolares de Wallis que más tarde se acabaría casando con el segundo marido de esta: Ernest Simpson. El fallecido sir John Colville, antiguo secretario de sir Winston Churchill, resultó ser una mina de información. Como también lo fue el difunto John Costello; Nigel West proporcionó asimismo mucha información en todo lo relativo a la inteligencia. Movido por su lealtad, el fallecido Charles Bedaux hijo hizo todo lo que pudo para suavizar mis juicios sobre su padre, quien se había suicidado en 1944 tras ser acusado de traición y que en su día había sido el anfitrión del duque y la duquesa en el castillo de Candé, donde estos se casaron en 1937. Robert Barnes de Baltimore realizó un magnífico trabajo genealógico. El difunto John Ball me ayudó con el caso del asesinato de sir Harry Oakes, en el que posteriormente también me auxilió Joseph Choi, un experto forense. Richard A. Best realizó algunas investigaciones previas. Herbert Bigelow, Boris Celovsky, el fallecido conde René de Chambrun, la señora de Evelyn Cherfak, Jim Christy, el difunto Richard Coe, el rabino Abraham Cooper, el conde de Crawford, el fallecido Kenneth de Courcy, Alain Deniel, Todd Andrew Dorsett, el difunto Tony Duquette, Leslie Field, Martin Gilbert, Barbara Goldsmith, el conde Dino Grandi, Henry Gris, Betty Hanley, lord Hardinge, Kirk Hollingsworth, John Hope, lord Ironside, Anna Irwin, Michael Kriz, Samuel Marx, la señora de Milton E. Miles, Philippe Mora, Roy Moseley, lady Mosley, Luke Nemeth, la duquesa de Normanby,

Donatella Ortona, Chapman Pincher, Peter Quennell, Clark G. Reynolds, Kenneth Rose, Jill Spalding, Roberta Stich, la señora Beatrice Tremain, John Vincent y el fallecido Frederick Winterbotham también me ayudaron. Además, estoy muy agradecido a Gillian Paul por sus expertos consejos en Inglaterra. Finalmente, los excelentes métodos de entrenamiento físico de Richard M. Finegan, la esmerada mecanografía de Victoria Shellin y la muy hábil labor de edición y el cálido ánimo de Thomas W. Miller me resultaron indispensables.

Por su apoyo en la obtención de información para la nueva edición (2004), estoy especialmente agradecido a Jill Cairns-Gallimore, mi investigadora en Washington, que luchó durante mucho tiempo para encontrar registros escondidos que no habían salido de los Archivos Nacionales estadounidenses en décadas; a John Taylor, sabio e ilustre director de la rama Militar Moderna del mismo archivo, colega, apoyo y amigo; Dorris Halsey, incomparable agente literaria y sabia consejera; Bob O'Hara, diligente investigador londinense, y Jessica Gerger, de la misma ciudad; Eleanor Davies Tydings Ditzen, toda una fuente de información a sus noventa y muchos años; Scott Libson y Tanya Chebotareff; Michael Neal, notable librero y buen historiador parisino; Chi-Chi Barthelemy, amigo y contacto en Francia; Andrea Lynn, indispensable fuente de los desaparecidos diarios de Constance Coolidge; Martin Allen, excelente e incorruptible autor; Aline, condesa de Romanones; el catedrático Jonathan Petropoulos; el doctor Herbert Reginbogen; Joel Greenberg; Jean Paule y Michael Sutherland del Occidental College, de Los Ángeles; Margaret Shannon; Madgid Madgidi; la doctora Mildred de Riggi; Carolyn Ugolini; Heidi Sugden; Jane Singer; Nigel West; Fulton Oursler hijo y Harry Cooper de Sharkhunters. Y fue un placer trabajar de nuevo con mi editor estadounidense original, Thomas Ward Miller, y con mis nuevas editoras británicas, Jacqui Butler y Emma Marriott en Londres, así como con el estupendo director teatral Michael Clark Haney, y con Udana Powers, una maestra de los procesadores de texto.

En el año 2003, tras un intervalo de dieciséis años, se pusieron en contacto conmigo editores estadounidenses y británicos que me plantearon escribir una edición ampliada —de ahí este libro, que amplía considerablemente el anterior—. La publicación en 2002 de toda la documentación de Joseph P. Kennedy, antiguo embajador en Londres y padre del presidente de Estados Unidos, que revelaba detalles hasta entonces desconocidos de las reacciones de los miembros de la realeza hacia los duques de Windsor, obligaba a esa nueva edición; y mi descubrimiento por azar de la excelente obra de Andrew

Lynn *Shadow Lovers*, acerca de los idilios de H. G. Wells, me condujo a los diarios no publicados de Constance Coolidge, que a su vez me revelaron la existencia de una asombrosa historia de intento de chantaje y extorsión, ocurrido en París en el problemático marzo de 1938, que me llevó meses desenmarañar.

Además, por sugerencia de un amigo, me puse en contacto con la extraordinaria Eleanor Davies Ditzen, hija del embajador estadounidense en Rusia Joseph E. Davies, que me contó el prolongado y desconocido idilio de la duquesa de Windsor con William Christian Bullitt, sustituto de Davies como emisario en Moscú y famoso embajador en Francia desde 1936 a 1940, a quien nueva documentación muestra como un colaborador de los nazis. En el transcurso de la investigación de este ignorado romance, encontré en Washington, gracias a Jill Cairns-Gallimore, los abundantes expedientes del FBI sobre Elsa Schiaparelli, la gran diseñadora de moda italiana cuya *boutique* utilizaban la duquesa y el embajador para mantener su relación.

Otras pistas me llevaron a los archivos, anteriormente no disponibles, de Kenneth de Courcy, duque de Grantmesnil, en el Instituto Hoover sobre Guerra, Revolución y Paz de la Universidad de Stanford (California), que confirmaban la existencia del muy discutido *dossier* de China, en el que el rey Jorge V y el primer ministro Stanley Baldwin examinaban las actividades de la duquesa como prostituta y traficante de drogas en China en 1924; y siguiendo caminos complejos, por cortesía de Tanya Chebotarev, llegué a los archivos poco conocidos de emigrados rusos del Archivo Bakhmeteff de la Universidad de Columbia, que Nueva York, donde una singular carta en la que la reina de Inglaterra ataca a los duques de Windsor ha sobrevivido a generaciones de investigadores en Inglaterra, y donde se han conservado las explosivas cartas del duque de Kent al príncipe Pablo de Yugoslavia. El historiador británico Martin Allen, una autoridad en la materia, me dio su opinión sobre el supuesto asesinato del duque de Kent, relatado a su padre por el jefe de escuadrón Frederick Winterbotham, del Servicio Secreto de Inteligencia británico.

En junio de 2003, tropecé con unas memorias olvidadas, alojadas en el laberinto de estanterías de la Biblioteca Doheny de la Universidad de California. La princesa Victoria Luisa, duquesa de Brunswick, hija del káiser Guillermo II de Alemania, me iluminó como nadie podría haberlo hecho acerca de la elección de esposa, aprobada por Hitler y el rey Jorge V, para el futuro rey Eduardo VIII, que recaería en la hija de Victoria, la princesa Federica de Prusia. Si dicha boda hubiera tenido lugar, y Wallis Simpson se

hubiera mantenido como amante del rey, el curso de la Historia podría haber cambiado. ¿Cómo podría haber declarado Inglaterra la guerra a Alemania cuando la nieta de su antiguo gobernante se encontraba, por elección de Hitler y Jorge V, sentada en el trono británico? Que en 1935 la familia real británica había perdonado a su primo el káiser resulta evidente a la vista de la cantidad de miembros alemanes que aparecieron en las bodas de plata del reinado de Jorge V ese verano y en su funeral el siguiente mes de enero, por no mencionar la avalancha de felicitaciones que los miembros de la realeza británica le enviaron a su lugar de exilio en los Países Bajos con ocasión de su octogésimo cumpleaños en 1939.

En octubre de 2003, en el transcurso de un viaje de investigación por Europa, visité el edificio de apartamentos situado en el número 36 del Boulevard Émile Augier, donde tuvo lugar la trama del chantaje de «Madame Maroni». Lúgubre y abandonado, se ubicaba en un vecindario que había conocido días mucho mejores. Al otro lado de la calle, había una verja de hierro alta y pintada de negro que no protegía otros edificios sino que constituía una escena que parecía salida de una película de Jean Cocteau, una escena de pesadilla.

Mucho tiempo antes, alrededor de unos cincuenta años atrás, había existido en las cercanías una estación de ferrocarril llamada La Muette (La Muda), y ahora las vías muertas por las que llegaban los trenes de vapor, reemplazados ya por el omnipresente metro, se habían convertido en una jungla de malas hierbas, enormes flores rojas y amarillas, algunas incluso de seis metros, grandes arbustos con espinas negras y árboles cubiertos de líquenes. Cuando entré en el edificio, una conserje que parecía casi igual de antigua que la estación —con el pelo recogido en un moño, ropas agitanadas y comportamiento sospechoso— me preguntó qué era lo que quería. Poco después, apareció un anciano que residía allí y me interrogó de forma incluso más insistente. Le respondí con sinceridad, aunque sin hacer referencia a la trama de chantaje. Cuando me marchaba de allí, bastante rápido, el cielo, ya oscuro, se volvió de un negro profundo y ominoso. Ningún escenario habría sido más apropiado para llevar a cabo una trama de chantaje.

Gracias a mis nuevas investigaciones y viajes, creo haber entendido mejor de lo que lo había hecho hasta ahora una poderosa razón que empujó tanto al duque como a la duquesa de Windsor: intentaban preservar y aumentar a través de Hitler unos vínculos entre la realeza que condujeran a la destrucción de la Unión Soviética, culpable a su vez de la desaparición del zar Nicolás y su mujer Alejandra, parientes de sangre del propio duque.

Fue tras este viaje complicado cuando me enteré de los vínculos nazis —de los que no era consciente en 1988— del duque de Windsor, su hermano el duque de Kent y su primo, y bisnieto de la reina Victoria, el príncipe Felipe de Hesse, que fueron la base de la anteriormente mencionada trama de chantaje de 1938. El príncipe Felipe de Hesse era el favorito y el emisario de Hitler; su boda con la princesa Mafalda, hija del rey Víctor Manuel III de Italia, en una ceremonia civil presidida por Mussolini, supuso el apoyo a la alianza Hitler-Mussolini de la que los duques de Windsor y los duques de Kent eran parte tan importante. Este tapiz formado por miembros de la realeza con lealtades fascistas me proporcionó gran parte de mi nuevo texto y parece convertir la edición de 2004 en sumamente deseable.

1 UNA INFANCIA EN BALTIMORE

En el mundo en el que nació, fuera de un vínculo matrimonial, Bessie Wallis Warfield, un 19 de junio de 1895[1], no existían los aviones, la radio, la televisión, el cine, los automóviles, el impuesto sobre la renta, las cadenas comerciales, los supermercados, las cafeterías, las copas de helado, los crucigramas ni los trajes de baño. Casi todo el mundo asistía a misa los domingos. El correo se repartía a caballo o en carruaje, y los herreros aún clavaban herraduras; Estados Unidos tenía menos de 75 millones de habitantes y gran parte de la nación respiraba un ambiente de frontera.

Por aquel entonces, el país se recuperaba dolorosamente de una desastrosa depresión. El Nuevo Mundo, en épocas anteriores boyante y descarado, llevaba tiempo ahogado por un velo de penumbra. Las principales causas del pánico de 1893, en el que liquidaron sus acciones millones de personas y quebraron bancos por docenas, fueron los excesos de expansión y de confianza, y las inversiones desenfrenadas de los magnates conocidos como *robber barons* («barones ladrones»). El presidente Grover Cleveland pareció incapaz de encontrar un modo de corregir la situación, y menos aún de solucionarla; el Tesoro tuvo que esforzarse mucho para detener la constante fuga de oro.

Aun así, el remanso de Baltimore, antaño elegante, en el que vivía la familia de Wallis mostraba pocos signos evidentes de aflicción. Los Warfield tenían su domicilio en el número 34 de East Preston Street, una casa adosada y estrecha de cuatro pisos edificada en ladrillo gris de Maryland. La cocina se encontraba en el sótano; la sala de estar, a resguardo de miradas atrevidas mediante visillos de encaje irlandés hechos a mano y cortinas de satén granates, en la planta baja; en la parte trasera había un comedor flanqueado por aparadores de caoba africana; la biblioteca estaba en el primer piso; los dormitorios de la familia, en el segundo; y los cuartos de los sirvientes, en la parte superior de la casa.

La matriarca del clan era Anna Emory, viuda de Warfield. Tenía sesenta y tantos años y el pelo blanco como la nieve, cardado y fijado en la coronilla

con una peineta lacada negra.

Su única compañía, además de su cocinero, sirvientas y mayordomo —todos ellos hacendosos y severamente disciplinados—, era Solomon, su hijo soltero. Los otros tres ya se habían mudado: dos de ellos, Emory y Henry, para casarse; y uno, Teackle, para vivir en un pequeño apartamento.

Las propiedades de Solomon Warfield, entre las que se incluían sus espléndidas fincas Manor Glen (donde cazaba), Mount Eyrie, Mount Prospect y Parker-Watters Place, de 44 hectáreas y que contaba con un aviario de cien especies raras, aún mantenían barracones de esclavos, donde los negros se alojaban en condiciones deficientes. Aunque, aparentemente, Solomon era un pilar de rectitud —con su cabello negro bien cortado y la raya cuidadosamente marcada, su rostro anguloso y su bigote arreglado, su imponente y erguida presencia, sus trajes hechos a mano y sus guantes de gamuza—, en realidad era frío, arrogante y desdeñoso, siguiendo la tradición de los Warfield. A pesar de ello, se rumoreaba que este elegante caballero de Baltimore era de lo más lascivo en privado y que había pocas mujeres a las que pusiera el ojo encima que consiguieran escapar a sus insinuaciones, ya estuvieran casadas o solteras. Su lista de queridas entre actrices y cantantes de opereta de Nueva York, donde poseía un apartamento que le servía de escondite en la Quinta Avenida, era un escándalo público.

El hijo más joven de Anna Warfield (también tenía dos hijas casadas que vivían en Baltimore) era Teackle Wallis. Este constituía una anomalía en el clan. No es que fuera una oveja negra —algo que los Warfield podrían haber soportado, enviándole a Canadá o a California—, sino algo imperdonablemente antiamericano: era enclenque, no poseía habilidad atlética alguna e incluso se vio obligado a abandonar la universidad a causa de su pobre salud. La raza genética de los Warfield, habitualmente robusta, se tambaleó cuando un ya deteriorado Henry Mactier, a la edad de sesenta y dos años, engendró a este calamitoso niño.

A los dieciocho años, Teackle enfermó de tuberculosis. En lugar de enviar al chico a un sanatorio caro, su hermano Sol insistió en que debía aprender el negocio bancario desde cero. Obligó a Teackle a trabajar duro como oficinista, con visera verde y manguitos de cuero, en Continental Trust, mientras sus hermanos ya eran ejecutivos de seguros en nómina de Henry Mactier Warfield II.

En aquella época, este tipo de pacientes tenía prohibido cohabitar con mujeres. El benévolo médico de la familia, el doctor Leonard E. Neale, seguramente debió de aconsejar al joven el celibato. Pero a los veinticinco

años Teackle cometió el error de enamorarse; en algún momento de principios de la década de 1890 conoció a la hermosa Alice Montague. De veinticuatro años, cabello dorado, alegre y adorable, su abolengo, al igual que el de los Warfield, se remontaba hasta los normandos de la época de Guillermo I el Conquistador. Ella siempre reivindicó que ambas familias descendían de caballeros pertenecientes al ejército que invadió Inglaterra. Alice era hija de William y Mary Anne Montague, un agente de seguros y su mujer, que vivían en el número 711 de St. Paul Street.

Dado que, viniendo de un tísico, incluso un beso se consideraba peligroso, posiblemente causa de muerte, Alice necesitó todo su joven coraje para iniciar una relación romántica con su amante. Él no pareció preocuparse mucho de las consecuencias que esto tendría para su pareja, pero el hecho es que ella no contrajo la enfermedad. De algún modo, en hoteles baratos o parques nocturnos, escaparon a los vigilantes ojos de sus familias y consumaron su relación. Y, para rematarla, Alice se quedó embarazada. El doctor Neale llegó a esa conclusión dos meses después de la concepción.

En una familia anglicana, un nacimiento fuera del vínculo matrimonial se consideraba un desastre. Significaba una potencial deshonra, la ruina social y la posibilidad de expulsión. Y ni los Warfield ni los Montague querían arriesgarse a un escándalo así. El niño no debía nacer en Baltimore y ni su nombre, ni el del padre o la madre debían aparecer en la historia familiar oficial de los Warfield, que se estaba escribiendo en ese momento y que se acabaría publicando finalmente en 1905. Tampoco podrían encargarse del parto el doctor Neale ni el primo Mactier, también médico.

En los primeros meses de 1895, la joven pareja partió hacia Blue Ridge Summit, un destino de vacaciones muy popular asentado en las montañas que separan Pensilvania de Maryland. Este exilio ignominioso se excusó alegando que el lugar era bueno para los enfermos de tuberculosis. El dinero de los Warfield aseguró que no se hiciera mención del embarazo de Alice ni del nacimiento del niño en los periódicos de Blue Ridge o Baltimore. Alice no podría salir nunca a la calle durante el tiempo que durara la estancia.

Blue Ridge Summit había crecido considerablemente como centro de salud y balneario desde que el ferrocarril había llegado allí en 1884. Cuando la locomotora de vapor alcanzó la estación dando resoplidos en aquel día de primavera de 1895, Teackle y Alice fueron recogidos en un carruaje tirado por cuatro caballos blancos que les transportó a su nuevo hogar, una cabaña del Monterey Inn conocida como Square Cottage. Era tan satisfactoria desde el punto de vista arquitectónico como una caseta de perro. La pequeña

población ofrecía bailes iluminados por faroles chinos las noches de los sábados, excursiones a caballo y paseos de chisteras y sombrillas los domingos, pero la pareja no pudo disfrutar de ninguno de estos placeres.

El 19 de junio de 1895[2], Alice sintió las primeras contracciones. El doctor Lewis Miles Allen, un estudiante de posgrado del doctor Neale, se acercó en tren desde Baltimore para asegurarse de que todo fuera bien en el parto y no se produjera ningún escándalo. Al ver al bebé, el doctor Allen dijo: «Está bien. Déjala llorar. Le vendrá bien». No exclamó —y se pasó gran parte de su vida negando haberlo hecho—: «¡Esta niña es digna de un rey!».

El nacimiento del bebé no solo fue el primer advenimiento en la casa de los Warfield o de los Montague que no apareció reflejado en prensa, sino que la niña, llamada Bessie Wallis[3] Warfield, fue el primer miembro de los Warfield que no fue bautizado. Los consejeros anglicanos de la familia decidieron no permitir el sacramento; haber nacido fuera del vínculo matrimonial era una razón suficiente, según confirman las autoridades eclesiásticas de Baltimore, para tan grave veredicto. Cuando Wallis quiso recibir la confirmación en la Iglesia de Cristo, en Baltimore, el 17 de abril de 1910, se falsificó su partida de bautismo a fin de que la niña pudiera ser confirmada pero, como consecuencia de no haber sido bautizada, dos de sus tres matrimonios, incluido el que la unió en 1937 al duque de Windsor, se consideraron nulos desde el punto de vista religioso. A los ojos de la Iglesia, sufriría condena eterna.

Finalmente, diecisiete meses después del nacimiento de Wallis, se concertó el matrimonio de Teackle y Alice, que bajo ninguna circunstancia podría celebrarse en una iglesia. Y si esto era ya una desgracia en sí mismo —a ningún Warfield o Montague que se casara por primera vez se le había negado nunca una boda religiosa—, tampoco podría haber dote ni ajuar, ni la boda podría ser oficiada por autoridad municipal alguna, ni realizarse una ceremonia en el hogar de una u otra familia. La solución acabó siendo celebrar la ceremonia en la sala de estar de la casa del párroco anglicano, el reverendo Ernest Smith, que dejó de lado sus escrúpulos a fin de llevar a cabo tan desagradable tarea. La boda tuvo lugar el 19 de noviembre de 1896. Alice llevó puesto un vestido de cóctel de seda verde con ribete de piel de marta y sombrero y guantes a juego, y en las manos un pequeño ramillete de violetas; el novio, un sencillo traje gris. No acudió ninguno de sus parientes; no hubo padrino ni dama de honor; y, contraviniendo la tradición, nadie acompañó a la novia. Tampoco hubo celebración ni luna de miel.

La infeliz pareja se instaló primero en la habitación alquilada por Teackle en el número 28 de Hopkins Place, y desde allí se mudaron al hotel residencial Brixton, una pensión familiar venida a menos situada en Park Avenue, en la que alquilaban habitaciones por un dólar y medio a la semana. Allí, el frágil muchacho, a menudo postrado, desfallecido y sofocado por efecto de la fiebre, sin duda fue objeto de las preocupadas miradas del resto de los huéspedes. Resulta imposible saber cómo pudo sentirse Alice. Criar a un bebé mientras atendía a un marido que tenía los días contados, cuya tos podría causar tanto la muerte de la niña como la suya propia, le hacía afrontar cada día con un miedo y una ansiedad que ni siquiera su carácter, tan tozudamente alegre y optimista, era capaz de disipar.

Los Warfield cerraron filas. Se tomó la decisión de que padres y niña viajaran, es de suponer que de incógnito, a la casa de la madre de Teackle, situada en el número 34 de East Preston Street, lo que hicieron en cuanto Alice se hubo recobrado lo suficiente como para tomar el tren. Teackle aguantó tan solo seis meses más, murió en noviembre de 1897. Justo antes de fallecer, pidió ver una fotografía de Wallis; no se le permitía tocar ni besar a la niña.

Encorsetada y almidonada, obsesionada con sus importantes posesiones, Anna Emory Warfield siguió siendo una déspota. Cuando Wallis tenía cinco años, levantaba a la niña al alba con los adultos para que rezara. El desayuno se anunciaba a las ocho haciendo sonar un gong indio de latón. Inmediatamente después, la señora Warfield llamaba a su personal de servicio, formado por seis sirvientas ataviadas con mandil y cofia, y las instruía sobre sus tareas domésticas. La señora Warfield llevaba siempre encima una cadena con llaves; si una criada deseaba sacar la ropa de cama de un armario o ir a buscar las conservas de temporada, debía solicitar formalmente el uso de la llave. Cada noche, exactamente a la misma hora, el tío Solomon volvía e inspeccionaba las habitaciones para ver si había polvo, desorden o cualquier otra prueba de incompetencia. A veces el tío Henry y la tía Rebecca pasaban a visitarlas desde la puerta de al lado y esta miraba a la niña con sus grandes e impacientes ojos violetas.

Wallis era una niña extrovertida, traviesa y optimista. Alice la adoraba; la fotografiaba cada semana según iba creciendo, con lo que para 1900 en la habitación de la abuela había más de trescientas fotos de la pequeña. La llamaba la Colección Wallis, jugando con el nombre de la famosa galería de arte londinense. Wallis era una Warfield: había nacido esnob. Según Cleveland Amory, llamó a sus primeras muñecas Señora Astor y Señora

Vanderbilt, como las reinas de la alta sociedad neoyorquina del momento. Sus primeras lecturas versaron sobre moda, teatro, lugares elegantes y monarcas ingleses. Se comportaba desde niña como si fuera una soberana: en lugar de decir «mami», decía «a mí».

El ambiente en el número 34 de East Preston Street le resultaba tenso y desagradable a Alice Montague Warfield. El tío Sol nunca dejaba de recordarle que vivía de la caridad, pero al mismo tiempo le dedicaba miradas lascivas a su joven y voluptuoso cuerpo. En 1901 Alice se marchó, llevándose a Wallis con ella y mudándose de nuevo al hotel residencial Brixton.

La escasa asignación que recibía del tío Sol no cubría las facturas del hotel, así que Alice tuvo que ponerse a trabajar. No sabía mecanografiar ni realizar tareas de contabilidad; tan solo tenía habilidad como modista. Se unió a Women's Exchange, una organización caritativa en la que se ocupaba de arreglar ropa infantil recibiendo a cambio unos pequeños honorarios. Al menos, así podía confeccionar los vestidos de Wallis en la máquina de coser del trabajo durante su hora del almuerzo.

En 1902, Bessie, la hermana de Alice, llegó al rescate. Bessie era cálida, dulce y regordeta, y se había quedado viuda el año anterior cuando su marido, un subastador llamado David B. Merryman, había muerto repentinamente de neumonía a la edad de cuarenta y tres años. Como empezó a sentirse sola en su gran casa de ladrillo, situada en el número 9 de West Chase Street, y adoraba a Alice y Wallis, les hizo un acogedor hueco en su casa.

Ese mismo año, Wallis comenzó a asistir al jardín de infancia de la señorita Ada O'Donnell, ubicado en el número 2812 de Elliott Street. Allí empezó a emerger el carácter de la niña. Estaba decidida a ser la primera en todo. Solo tenía siete años cuando la señorita O'Donnell preguntó a la clase: «¿Quién intentó volar el Parlamento de Londres?». Un niño que estaba sentado detrás de Wallis saltó de su pupitre gritando «¡Guy Fawkes!» justo en el momento en el que ella iba a dar la misma respuesta correcta. Furiosa, le golpeó en la cabeza con su caja de lápices de madera.

La señora de Edward D. Whitman, de soltera Susan Waters White, de noventa y cuatro años e hija del dueño de una destilería, recuerda muy bien cómo era Wallis en el jardín de infancia:

> Armaba más barullo que un grupo de monos. ¡Madre mía! Era brillante, más que ninguno de nosotros. Se propuso ser la mejor de la clase y lo consiguió. Era pobre, eso sí. Los Warfield no tenían nada. ¿Que tenían sirvientes? Bueno, cualquiera podía permitírselos. Pero no tenían dinero, ni un penique. A ella le

> encantaba el campo. Se quedaba en nuestras fincas, Robinswood y Knowleboth, que aún siguen en pie. Y se lo pasaba muy bien con nosotros, que éramos once niños. Le encantaba jugar a las tabas. Y por la noche se emocionaba con las luciérnagas. Le gustaba mucho una historia que contábamos a propósito de una vez que había venido un lord inglés a pasar unos días y al verlas dijo: «Oh, mirad todas esas luces, ¿de dónde vendrán?». A lo que mi abuelo le contestó: «¿No nos quedan más julepes de menta?».

En 1906, Alice volvió a East Preston Street, dejando a Bessie a cargo de Wallis. Dos años más tarde se mudó de nuevo, con Wallis, a los apartamentos Preston y empezó a alquilar habitaciones: un escándalo inconcebible en la sociedad de Baltimore, especialmente desde que comenzó a arrendárselas a estudiantes varones jóvenes y atractivos, entre los que figuraron, durante una época, sus primos Montague. Era poco estricta a la hora de cobrar los alquileres, tan poco que acababa teniendo dificultades para pagar el suyo propio; y de forma demasiado generosa obsequiaba a sus inquilinos de modo gratuito con comidas caras, como tortuga al estilo de Maryland o langosta a la Cardinal.

Enseñó a Wallis a cocinar; la niña, brillante y charlatana, era capaz de elaborar una tarta Lady Baltimore o una tarta de nueces a los diez años, y que el cielo ayudara a cualquiera que intentara impedírselo o que no se relamiera ante sus esfuerzos. Uno de los inquilinos, el joven Charles E. Bove, un estudiante de Medicina, recordaba años más tarde que Wallis siempre estaba trajinando en la cocina, preocupándose por los fogones y los platos. Solía llevar su cabello negro peinado hacia atrás en elaboradas trenzas. A causa de eso y de sus rasgos afilados y de pómulos prominentes, este la apodó «la india» o «Minnehaha». Ella creía la historia que le contaba su madre de que era, por el lado de los Warfield, descendiente indirecta de la princesa india Pocahontas.

A los diez años, Wallis empezó a asistir a la elegante escuela femenina Arundell, ubicada en el número 714 de St. Paul Street, apenas unas casas más allá de la de sus abuelos maternos. Cuando los otros alumnos se reían de ella porque su madre alojaba inquilinos, ella les pateaba con sus pesadas botas.

La directora de Arundell era una tal señorita Carroll. Wallis solía desacatar su autoridad, ganándose al mismo tiempo la reputación de impertinente y la de altiva. También decía tacos, para estupefacción de sus profesores. Aunque recibió bofetadas, tanto en el colegio como en casa,

Wallis siguió siendo orgullosa, cabezota e incorregible. Se esforzaba muchísimo en todo, desde el baloncesto a la costura, pasando por la cocina o las lecciones de Historia. Aunque no era guapa, y sí propensa a dolores de cabeza y desmayos de lo más teatrales cuando la atención se apartaba de ella, era popular gracias a su entusiasmo, vitalidad y encanto. Debido a su cuerpo, anguloso y fuerte, sus hombros de chico, su pelo y su cara «de india» y su prominente barbilla, era, según uno de sus compañeros, diferente a las otras chicas, «especial». Siempre inmaculadamente acicalada, sabía que cualquier relajación en su conducta le haría ganarse un golpe con un cepillo de pelo o un chapuzón en un baño helado. Sus lápices siempre estaban afiladísimos. Nunca se la vio mascando chicle o dejando las manzanas a medio comer. Siempre llevaba las blusas y las faldas plisadas inmaculadamente planchadas.

Ni siquiera su intimidante tío Sol la ponía nerviosa. Sabiendo lo mucho que ella odiaba las matemáticas, la sometía a un examen cada domingo por la noche en East Preston Street. Un día se levantó todo lo alta que era y le soltó: «El cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos». Su tío dejó caer el cuchillo sobre el plato de ternera haciendo un ruido estrepitoso.

2 UNA JOVENCITA CABEZOTA

A medida que iba creciendo, Wallis desarrollaba nuevas aptitudes. Se zambullía de forma temeraria en cualquier aventura audaz, y solo le daba miedo cuando ya se había adentrado demasiado en ella. Uno de sus compañeros en Arundell recuerda: «Una noche nos picó para que espiáramos una ceremonia masónica. Nos pilló un agente de policía que nos amenazó con arrestarnos. A Wallis le entró pánico y huimos. ¡Nos dijo que se iba a tirar al río! Todos le tomamos el pelo por aquella frase durante años». Otro alumno cuenta: «Parecía una cabeza loca. Quiero decir, gritaba mucho en las fiestas […] era elegante y estilosa sin ser en realidad guapa ni tener mucho sentido común».

Wallis se puso furiosa en 1907 cuando, después de once años de viudedad, su madre se buscó un amante. John Freeman Rasin era el hijo mayor del líder del Partido Demócrata de Baltimore, tenía treinta y siete años y era un desastre. No había estado casado nunca y era el peor candidato a marido posible: un alcohólico alto, de cara redonda y muy corpulento al que le gustaba estar todo el día tumbado en la cama leyendo tebeos y bebiendo cerveza. Su excesivo amor por la botella ya le había ocasionado dolencias renales y hepáticas. Pero había sido generoso con Wallis y Alice al ofrecerle a esta, que aún cargaba con el estigma de su primer matrimonio, la oportunidad de disponer de un hogar adecuado y un padre para su hija.

Durante el noviazgo, en el que Wallis se enfurruñaba y desmayaba cada vez que entendía que sus exclusivos dominios eran invadidos, Alice se mudó a una dirección mejor: el número 212 de Biddle Street. Allí, desafiando todas las convenciones, pasaba las noches con Rasin en la habitación de invitados, separada apenas por una fina pared de su hija de once años. Cuando Alice le anunció que Rasin iba a convertirse en su marido, Wallis se agarró un tremendo berrinche y no dejó de gritar como una histérica. Para ella resultaba bastante obvio que el mundo se había acabado. Declaró su intención de boicotear la boda hasta que la tía Bessie Merryman la convenció para que asistiera. La tía Bessie podía convencer a Wallis de cualquier cosa.

La ceremonia tuvo lugar a las tres de la tarde del 20 de junio de 1908 en el número 212 de Biddle Street; una vez más, no pudo ni plantearse una boda religiosa. En esta ocasión los Warfield y los Montague sí acudieron. Pero Wallis no era capaz de ver cómo se casaba su madre. Cuando ya no hubo nadie que prestara atención a su demostración de berrinches, abandonó el salón en plena ceremonia y se dedicó a despedazar la tarta de boda. Estaba decidida a robar el anillo, el dedal y las arras que iban en su interior, pero fue sorprendida en dicha tarea justo en el momento en el que acababa de localizar esos escurridizos tesoros. Todos los asistentes a la boda estallaron en una carcajada al verla.

Se comportó mejor en la boda de su prima favorita, la preciosa rubia de ojos azules Corinne de Forest Montague, en 1907: un acontecimiento rodeado de glamur, ya que Corinne se casaba con Henry Croskey Mustin, un pionero de la aviación naval de treinta y tres años, de facciones duras y atractivas. Hubo una guardia de honor completa uniformada de blanco. Wallis se juró que se casaría con un marido similar y tendría una boda aún más distinguida.

A los doce años, Wallis era una rebelde y un chicazo, casi demasiado brillante para que la soportaran. Con su voz de pito, su constante aluvión de preguntas, su aire de seguridad y descaro, y sus teatrales ataques de enfermedad, todos la consideraban una buena pieza. Aguantaba con diligencia las prácticas religiosas anglicanas de los Warfield y los Montague, que se aseguraron de que fuera confirmada a pesar de que, por supuesto, nunca había sido bautizada. Resistía las interminables oraciones de la mañana, el mediodía y la noche, y el irritante consejo de los pastores guiados por el reverendo Francis Xavier Brady, que tenía la misma idea de los sueños febriles y románticos que anidaban en la cabeza de una joven que la que podía tener de un lunático. En una época en la que se suponía que las chicas no debían pensar más que en coser, cocinar, preparar menús, vestirse y jugar al baloncesto, Wallis ya perseguía a los chicos (que solían estar más acostumbrados a ser los perseguidores) y se planeaba un futuro como médico, científica o exploradora.

Había muchas cosas que le apasionaban: pasear por caminos comarcales con su carro de burros, ponerse elegantes blusas nuevas y calzarse botas de cordones… Por encima de todo, le encantaba el gusto, el olor, el tacto de la riqueza. Era una adicta a sus primos ricos y guapos: Lelia Barnett, que vivía en una mansión en Virginia, Wakefield Manor, con un pórtico de cuatro columnas jónicas, y Corinne, instalada en aquel entonces en una casa preciosa en Washington y que pronto se trasladaría a Florida. A Wallis le gustaban el

lino irlandés fino, las blondas de encaje, los servilleteros de plata maciza, el cristal de Waterford, los platos de Crown Derby, las orquídeas, los tapices, los candelabros, las joyas —diamantes, esmeraldas, rubíes…— y el dinero.

En 1911 Wallis fue al exclusivo y esnob campamento de verano de Burrland, organizado en una finca familiar de Middleburg (Virginia). Cuando estaba allí, disfrutando de aquella mansión anterior a la guerra civil americana y sus cuarenta hectáreas de terrenos, se enamoró por primera vez. El objeto de su «chifladura» —palabra que se utilizaba entonces para el enamoramiento— era el adolescente Lloyd Tabb, un rico heredero delgado, moreno, atlético y atractivo. El resto de chicas de Arundell y Burrland se morían de celos por la pieza cazada. Se preguntaban unas a otras cómo ella, la menos guapa de todas, se las había arreglado para pescar al chico más deseable que nunca habían visto.

El secreto era que Wallis había investigado sobre su presa. Ella, que no tenía el más mínimo interés por el fútbol americano, averiguó cada tanto que había anotado Tabb. Se enteró de los minutos que había aportado a la victoria en cada competición, de qué sabor le gustaban los helados y también que le encantaba patinar en invierno. Los amigos de él la ayudaron en esta conspiración para seducirle.

Ella supo cómo alabarle, cómo adular el ego del adolescente. Aunque fuera algo presuntuoso, sabía qué fibras tocar. Pero también sabía cómo embelesar a la familia Tabb hablando con vos cantarina sobre Glenora, su gloriosa casa anterior a la guerra civil adornada con columnas. Pasó largas y doradas tardes de verano allí, donde ella y Lloyd se leían los poemas imperiales de Kipling o compartían las páginas, primero leyendo ella unos párrafos y pasándole la tarea después a él, de la popular *Monsieur Beaucaire*, la novela favorita de Wallis, escrita por Booth Tarkington, que contaba la historia de un plebeyo en la corte de Luis XV de Francia. De manera significativa, le gustaban las historias de reyes y reinas, y de cómo la gente más humilde podía atraer su atención; *El príncipe y el mendigo*, de Mark Twain, era otra de sus obras preferidas, y se emocionaba con los audaces poemas de amor indios de Laurence Hope. Lloyd nunca olvidaría las sesiones de armonía que compartió Wallis con su familia en la galería de madera de Glenora. Años más tarde diría:

> Curiosamente, Wallis casi nunca se unía a los demás cuando cantábamos, aunque disfrutaba de forma ostensible de los esfuerzos del resto. Era una de las que mejor proponía qué nuevas piezas podíamos interpretar. Hacía un par de

> sugerencias y se reclinaba sobre sus delgados brazos, girando la cabeza atenta, y mediante su concentración nos hacía sentir que realmente éramos un grupo de cantantes llenos de talento.

Tabb, de modo elegante, no mencionó que Wallis tenía un pésimo oído. Su habilidad consistía en aparentar que estaba disfrutando con los logros musicales de otros; tenía el encanto de ser considerada.

Lloyd disponía de un automóvil deportivo de la marca Lagonda, rojo brillante, en el que a Wallis le encantaba salir a pasear. La primera noche que él la llevó a dar una vuelta, ella le dijo, al besarle en el portal de Biddle Street: «¡Ah, el líder de los jóvenes me honra con su presencia!». Después giró hacia atrás la cabeza y se rio. Lloyd nunca olvidó esas palabras. Ni a Wallis.

En 1912, Wallis comenzó a asistir a Oldfields School. Había decidido que esta institución era mejor que su rival, Arundell, a pesar de que abandonar una en favor de la otra en lugar de continuar en la que se encontraba hasta haberse graduado fue considerado un escándalo. Incluso tuvo el descaro de ir a Burrland ese verano desde su nueva escuela, enfrentándose desvergonzadamente a la clase y el equipo de baloncesto a los que acababa de dejar plantados. En sus memorias escribió que se había graduado en una escuela antes de pasar a la otra, pero lo cierto es que en ambos colegios los estudiantes permanecían de los siete a los dieciocho años.

Oldfields era la escuela femenina más cara de Maryland y el tío Sol tuvo que rascarse el bolsillo para enviarla allí. Ella pensaba que se lo podría permitir, dado que era el presidente de la Seabord Air Line Railway y otras seis compañías ferroviarias. La escuela ocupaba una granja del siglo XVIII de listones blancos rodeada de 80 hectáreas de terreno a orillas del río Gunpowder. Había sido fundada en 1867 por el reverendo Duncan McCulloch y su mujer Anna, cuya familia era la propietaria de la granja. Anna, conocida como la señora Nan, era la directora cuando Wallis fue admitida.

Las mejores amigas de Wallis en Oldfields y en la escuela de verano de Burrland eran Renée du Pont, heredera del imperio químico Du Pont, y la deslumbrante Mary Kirk, heredera de Kirk Silverware. Las tres chicas juntas, conocidas como «las tres mosqueteras», decidieron sacar lo mejor de aquel ambiente estricto, gris y profundamente religioso de la escuela, dirigida por su propietaria y principal profesora, siempre digna y vestida de negro. Pasaban los días memorizando capítulos enteros de la Biblia, recitando oraciones, aprendiendo a coser o recibiendo lecciones de cocina. Aunque también había momentos más llevaderos: las visitas del padre de Renée, el senador Du Pont,

que repartía monedas de oro de 20 dólares a las chicas; las excursiones a Burrland en un carro de heno que iba traqueteando y que hacía que todo el mundo acabara alegremente magullado; las representaciones en el gimnasio; la puesta en escena de un espectáculo de vodevil en Middleburg en el que la rica heredera Lucie Lee Kinsolving, amiga de Wallis, hacía de Don Juan, con bigote y todo, y cantaba «Queridas, encantadoras mujeres» mientras Wallis y Mary se desmayaban de placer; los pícnics de medianoche en los que Wallis y Mary salían sigilosamente de la cama para compartir los productos de contrabando de la tía Bessie —una cesta de aceitunas, cerveza (!), bizcochos, dulces y mantequilla de cacahuete— y disfrutar el festín en el campo; calzarse unas medias azules para asistir a una carrera de caballos dominical; dejarse retratar en daguerrotipo; ir invitada a una fiesta de disfraces junto a Mary Kirk, en la que esta se vestía del famoso personaje de historietas cómicas Buster Brown y Wallis de su amada Mary Jane; hacer una excursión a Washington a ver al renombrado actor sir Johnston Forbes Robertson en *Hamlet*, viaje en el que las chicas chillaron excitadas desde que llegaron al mismo andén de la estación ferroviaria y en el que pasaron una noche gloriosa en un hotel donde Wallis y Mary despertaron a toda la escuela desde el piso de abajo cuando se pusieron a reclamar a gritos *ginger ale* y sándwiches bien entrada la medianoche.

También celebraron fiestas para recaudar fondos, y bailes y puestas de largo y graduaciones, y, por supuesto, estuvo el elegante Lloyd Tabb y su Lagonda rojo, y el segundo pretendiente de Wallis, el joven larguirucho Tom Shyrock, que salía a cabalgar con ella. Tom diría años más tarde: «Wallis afrontaba los saltos más elevados sin pestañear. Había algo regio en su forma de sentarse sobre un caballo. Yo estaba muy orgulloso de mi estilo como jinete, pero tenía que quitarme el sombrero ante Wallis».

Como millones de jovencitas en aquella época, a Wallis le chiflaba el príncipe de Gales, aquel heredero al trono británico de diecisiete años con el pelo dorado. Guardaba docenas de fotografías de él en su habitación, recortaba los artículos que lo mencionaban y seguía sus movimientos sin descanso. Lloyd y Tom no le dieron ninguna importancia a esta chiquillada.

En 1914, Wallis dejó Oldfields. Alice, que había perdido a su marido y envejecido de forma evidente, alquiló un apartamento en Baltimore, en el número 16 de Earl Court, en Preston Street, la calle en la que vivían tantos Warfield. Wallis tenía dieciocho años y debía presentarse en sociedad, algo a lo que —según requería la costumbre— debía seguir tan pronto como fuera posible el matrimonio con un joven atractivo y rico de una antigua familia de

la ciudad. Pero antes, insistió ella, quería ir al baile de Princeton con su prima Lelia, la de Wakefield Manor, como acompañante del débil pero guapo Basil Gordon, hermano de esta. Basil, que estaba saliendo con otra chica, dijo que aquello era completamente imposible. Wallis puso el grito en el cielo hasta que Basil consiguió que su mejor amigo rompiera su cita previa para llevarla. Wallis pasó de los berrinches al éxtasis. Alice y ella pasaron horas inquietas por el vestido que iban a lucir. Wallis acabó escogiendo un organdí azul y Alice prefirió el rosa. Wallis fue la triunfadora, al ser la única chica de la fiesta que iba de azul.

Y entonces llegó un reto mayor: la ocasión más importante del año para toda joven de Baltimore.

3 ASCENDIENDO EN LA ESCALA SOCIAL

El Cotillón de los Solteros era la cima: la entrada en este baile le aseguraba a una chica un lugar en la alta sociedad. De entre quinientas, tan solo se invitaba a cuarenta y nueve jovencitas al evento, que tradicionalmente se celebraba en el Lyric Theatre cada primer jueves de diciembre. A Wallis la mayoría de los hechos de relevancia mundial le habían resultado hasta entonces distantes e irreales: el terremoto de San Francisco de 1906, la crisis económica de 1907, el avistamiento del cometa Halley, la circunnavegación de la Gran Flota Blanca, la carrera por llegar al Polo Norte, la convención demócrata de Baltimore… Incluso el hundimiento del *Titanic* en 1912 y el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914 parecían irreales. Pero aquel baile…, eso sí que era real. Wallis, incapaz de dormir, alternaba la excitación histérica con el temor y la depresión, y solo podía pensar en una cosa: ¿estaría ella entre las cuarenta y nueve elegidas?

Finalmente, llegó el gran día y Wallis rasgó el sobre que… ¡contenía la preciada invitación! Ahora, hubiera o no hubiera guerra, tenía que conseguir el vestuario, a un miembro de su familia que la acompañara y un ramillete de flores.

Wallis tuvo que engatusar al viejo tío Sol para que la respaldara hasta el límite y se presentó en el lujoso Pierce-Arrow de la familia a la cita crucial en el despacho del Templo de Solomon, el reconstruido edificio de la Continental Trust. Tomó asiento como si fuera una princesa, mirando por la ventanilla de la suntuosa limusina mientras un chófer de librea gris la llevaba a su destino. ¡Riqueza! ¿Acaso había algo que se le pudiera comparar?

El tío Sol la recibió con su ostentoso estilo y escuchó sus plegarias. Él sabía tan bien como ella que no había ninguna posibilidad de que una Warfield pasara desapercibida en aquel evento, así que le concedió la increíble suma de 20 dólares, que en aquel momento alcanzaba para comprar al menos treinta vestidos. Wallis acudió a Maggie O’Connor, una modista de Baltimore, e invirtió toda su recién adquirida fortuna en un vestido, uno solo.

Era una copia exacta del vestido de gala de satén blanco diseñado en París por Worth para la famosa bailarina Irene Castle. Wallis tuvo que permanecer de pie durante horas mientras se lo ajustaban a sus angulosas formas. Y pasó aún más horas aprendiendo a bailar el *one-step* y el tango, recién llegado al país. Mejoró considerablemente sus valses. Su madre bailaba con ella en casa; varios pretendientes, con Lloyd Tabb a la cabeza, la hicieron girar por salones de baile de clubs de campo hasta que ella se vio a sí misma tan hábil como Irene Castle.

Por supuesto, debía contar, como fuera, con el mejor acompañante posible en su gran noche. La tradición era que un tío o un primo mayor bailara con las debutantes. Pero Wallis no quería llevar a nadie así. Llevaría al más guapo, elegante y joven entre sus parientes: su primo Henry, de veintisiete años y facciones duras, que en cualquier caso ya estaba medio enamorado de ella. Una vez decidido todo esto, se sucedieron semanas de meriendas y almuerzos y bailes y citas y llamadas de teléfono interminables que hacían enfadar a Alice, que no podía usar el aparato.

Finalmente, llegó el 7 de diciembre. Después de moverse de un lado a otro y girarse mil veces delante de todos los espejos, Wallis quedó satisfecha y se convenció a sí misma de que estaba estupenda. A la hora convenida, llegó su primo Henry, espectacular en un frac blanco, haciendo rugir el Pierce-Arrow del tío Sol hasta el número 212 de Biddle Street.

Bailó durante horas. Cada vez que se le presentaba una nueva pareja, ella le otorgaba toda su atención de forma absoluta, sin hablar nunca de sí misma. Como resultado, los jóvenes volvían para bailar con ella una y otra vez, a pesar de que probablemente fuera una de las debutantes menos agraciadas, algo que conscientemente suplía con inteligencia y fascinación.

Tras aquella gloriosa noche, Wallis comenzó a verse a sí misma como mujer. Alice le hacía de carabina una cita tras otra. Wallis estaba loca por los hombres; se arriesgaba a ser víctima de los chismorreos por culpa de su desconcertante sucesión de romances. Cuando se pidió a alguien de aquella época que la definiera en una palabra, este contestó: «Rápida». Le gustaban especialmente los hombres de uniforme y, en 1915, con Europa en guerra, y después de que el *Lusitania* hubiera sido hundido por un torpedo alemán, cada vez más jóvenes de aquella sociedad se concentraban en la academia naval de Annapolis o en la academia militar de West Point.

Después de la muerte de la abuela Anna, Wallis se enteró de que esta le había dejado 4000 dólares en su testamento. Aunque sintiéndose culpable por ello, estaba emocionada y no tenía ningunas ganas de permanecer de luto

durante meses. Y, lo que era peor, Carter Osburn, con quien ya casi tenía decidido casarse, fue enviado a México a las órdenes del general Pershing para luchar contra las tropas de Pancho Villa. Wallis montó una despedida teatral en la que no faltaron las lágrimas y el ondear del pañuelo cuando el tren salió de la estación.

Llenó los meses de luto familiar por Anna escribiéndole cartas de amor a Osburn, que este leía a la luz de un quinqué en solitarios campamentos mexicanos tras días de exploración o escaramuzas. Pero a ella le irritaba no poder salir ni asistir a los bailes. Ni siquiera aprender a jugar al *bridge* le servía de consuelo.

Finalmente encontró una oportunidad de salir de la ciudad. El 20 de enero de 1914, el marido de su prima Corinne, el teniente comandante Henry C. Mustin, había zarpado hacia Pensacola, (Florida), como capitán del buque de guerra de la Marina estadounidense Mississippi. Se le había encomendado ayudar a establecer un centro naval aeronáutico en el que pudieran llevarse a cabo prácticas aéreas y terrestres de las operaciones de defensa a medida que Estados Unidos avanzaba hacia la guerra. Corinne había escrito con frecuencia a Wallis contándole cómo era la vida en la base recién inaugurada: la primera de la historia estadounidense, apenas unos años después de que los hermanos Wright realizaran su vuelo pionero en la bahía de Kitty Hawk. En noviembre de 1915 Corinne la informaba muy excitada de que Mustin había sido el primer hombre en ser catapultado desde un barco: en la nave volante AB-2, desde la cubierta del buque de la Marina estadounidense North Carolina.

A Wallis, obsesionada por los militares y adicta a los partidos de fútbol americano entre el Ejército y la Marina, le emocionaron las novedades de Corinne, y más aún cuando esta le sugirió que fuera a Pensacola a pasar una temporada con ella. Wallis le rogó a su deprimente familia que le permitiera ir. Hubo un cónclave familiar para decidirlo, en el que tía Bessie y Alice defendieron su causa ante sus tíos Sol, Henry y Emory y su primo Mactier, más severos y vestidos de negro. Vencieron las mujeres. Iría a Pensacola. Y, como el tío Sol era el propietario de la línea ferroviaria que la llevaría en dirección suroeste hasta el extremo de Florida, tenía garantizado un billete en primera clase gratis.

Corinne la fue a buscar a la estación de Gregory Street y la condujo a la casa de madera blanca, una más entre una larga serie de bungalós similares, con vistas a la inmensa bahía, rodeada de tierra y bordeada de palmeras, y a la base aeronáutica con sus hangares, gradas, grúas y talleres.

Wallis se encontraba como pez en el agua. Pensacola, la mayor ciudad del golfo en el extremo noreste de Florida, con sus cientos de kilómetros de playas vírgenes de arena blanca tanto hacia el este como hacia el oeste, tenía un aire predominantemente hispano.

A Wallis le gustaba mucho Henry Mustin. Mayor que Corinne, tenía en esa época cuarenta y dos años y el rostro arrugado y moreno por pasar tantas horas en un fuselaje abierto bajo el sol tropical. Su sonrisa contagiosa y su voz profunda resultaban muy agradables y estaba impresionante cuando llevaba puesto el casco de vuelo y las gafas de aviador. En aquel momento tenía algunos problemas con el Departamento de Marina que provocaron un agrio intercambio de cartas entre él y Washington. Su principal discusión la mantuvo con el capitán Mark L. Bristol, director de Aeronáutica Naval. Mustin pretendía obtener una mayor autonomía y una mejor gestión de las operaciones por parte del Capitolio. Era una ardua pelea diaria.

Wallis se quedó en casa de los Mustin y sus tres hijos, ocupando una habitación de invitados grande y luminosa, y ayudando a Corinne con la cocina y las tareas domésticas. Las noches de los sábados iba con sus familiares al hotel San Carlos, donde se celebraban bailes al son de la orquesta en el gran comedor de estilo colonial español. De nuevo, volvía a atraer a muchos pretendientes mediante su habilidad con el *one-step* y el tango, y su capacidad para concentrarse en los intereses de sus acompañantes excluyéndose a sí misma.

A primeros de mayo, tras semanas de tomar el sol, nadar en aquellas aguas limpias y claras, salir de pícnic, ir al cine o a bailar, Corinne le pidió a Wallis que se quedara a almorzar para que pudiera conocer a tres jóvenes aviadores. Iban a ir como un favor especial. Wallis, desde el porche, vio cómo se acercaron los oficiales a grandes zancadas, luciendo sus almidonados uniformes blancos. Ella estaba emocionada; los tres eran muy atractivos, pero uno de ellos era fascinante, irresistible.

Mustin se lo presentó como Earl Winfield Spencer. Más tarde, ella escribiría: «Él se reía, pero sugería una fuerza interior y una vitalidad que me impresionaron enseguida». Durante el almuerzo, mientras sobrevolaba por su cabeza una conversación sobre asuntos aeronáuticos, Wallis era incapaz de apartar la vista de él. Mientras le miraba los hombros y sus galones dorados, él le dejó claro, con una mínima insinuación de sus ojos, que sabía lo que ella sentía por él; ella se fijaba en cada palabra que él decía, y él también advirtió eso. Wallis quiso saberlo todo sobre aviación.

Tenía el cabello castaño y lo llevaba cortado a cepillo sobre una frente despejada. Sus ojos, penetrantes, atrevidos y arrogantes, su prominente nariz y su ancha mandíbula le otorgaban un gran atractivo. Su expresión era orgullosa, desafiante, fiera. Tenía el cuerpo bronceado, ágil y musculoso, y un porte erguido y confiado. Su comportamiento no sugería delicadeza, cortesía o halago. Atraía a Wallis, a cuya cabeza se le subía como el champán. Siempre le habían fascinado los tigres.

Tras el almuerzo, se acercó a ella y, cuando se quedaron solos, la invitó a salir a cenar la noche siguiente. Desdeñó sus objeciones y le dijo que ya la llamaría él; después, se marchó. La arrogancia despreocupada, casi despectiva, del joven la dejó sin aliento. Estaba en las nubes, no percibió ninguna señal de alerta.

Spencer había nacido en una pequeña población del estado de Kansas el 20 de septiembre de 1888. Su padre era un corredor de bolsa de Chicago, cuyos antepasados norteamericanos, al igual que los de Wallis, se remontaban a principios del siglo XVII. Earl padre, alto y pendenciero, había formado parte del equipo de béisbol de Ithaca (Nueva York) y había sido un gran aficionado a la caza mayor, llegando a cobrarse bisontes, lobos, venados y antílopes, cuyas cabezas copaban las paredes del hogar familiar, situado en el número 109 de Wade Street (Highland Park, Illinois).

Winfield era el mayor de sus hijos. Los otros eran Gladys, Ethel, Egbert, Dumaresq y Frederick. Win era la mala hierba de la familia, aunque Wallis no lo supiera en ese momento. Después de enrolarse en la academia naval de Annapolis en 1905, cosechó una larga lista de sanciones en su hoja de conducta debido, entre otras cosas, a llevar los zapatos y el uniforme sucios; no limpiar ni barrer su habitación; acabar sin traje de baño una competición de natación; llegar tarde a las comidas, a las prácticas de instrucción y al coro; armar barullo en los pasillos; alborotar y mover los muebles sin permiso… A pesar de todo ello, era popular, sobre todo en los espectáculos de vodevil de la academia naval, en los que destacaba vistiéndose de mujer. Era un buen jugador de fútbol americano, y también el animador y abanderado del desfile de Navidad; «un alegre diablillo, un cantante apodado “Caruse”», dijo la revista de la academia naval. Además, en secreto, era bisexual, algo que, de haberse descubierto, habría provocado su expulsión.

Su rostro nos mira, desde la fotografía de grupo de la promoción de 1910, temperamental, sombrío y petulante entre todas las caras sinceras y frescas; con unas orejas de soplillo que se separaban de la cabeza casi formando un

ángulo recto y rebajando ligeramente el atractivo primitivo, amenazante y algo simio del conjunto.

A pesar del cariño que le tenía a Corinne, con sus inocentes ojos de muñeca de porcelana y su torrente de cotilleos, Wallis se alegraba de escaparse con Win, siempre que fuera posible, sin carabina y disfrutar de encuentros nocturnos románticos de los que no se sentía culpable. Henry Mustin rumiaba en silencio, obsesionado con sus luchas en Washington, y se podía sentir la tensión en la casa. Wallis siempre había encontrado difícil relacionarse con los niños, y los de Corinne, incluido el mayor de los chicos, el animado Lloyd, que estaba en la etapa de los trenes de juguete, la desconcertaban e irritaban, por muy adorables que fueran.

A través de Win, Wallis conoció a muchos de los hombres de la base, y quedó cautivada por su valor; flirteó con muchos, pero no es probable que se acostara con ellos. Con John Towers —comandante de la base—, George D. Murray —con quien volvería a encontrarse años más tarde—, Chevy Chevalier, Jim Rockwell y Dick Saufley, así como con sus respectivas novias, Win y Wallis iban de pícnic y a bailar, disfrutando de una vida de opulencia y frivolidad. Era agradable sentirse vivo, ser joven y despreocupado.

Pero entonces, al cielo claro y azul de Pensacola llegó el horror. El 24 de mayo de 1916, Wallis se unió a una multitud que ocupaba la playa para ver cómo el teniente Jim Rockwell, uno de los más jóvenes del grupo de Win, despegaba en un vuelo de prácticas. Su avión se elevó hacia el sol, hasta una altura de cincuenta metros. De repente, se oyó un ruido sordo. Y el avión se precipitó en picado hacia el mar. Wallis y el resto de espectadores vieron impotentes cómo el cuerpo de aquel hombre de veintiséis años era sacado a rastras de las olas.

Quince días más tarde, Dick Saufley, también de veintiséis años, sobrevoló durante varias horas la bahía. Wallis y cientos de personas cruzaron a la isla de Santa Rosa para presenciarlo. Después de pasar nueve horas en el aire, se soltaron tres riostras, lo que provocó el accidente del avión y la muerte instantánea de Saufley. Durante los siguientes treinta años, Wallis se negó a volar.

Aquella noche, Mustin, de un humor sombrío y atronador, se quejaba de la falta de mecanismos de seguridad en los diseños autorizados de los aviones, hablaba de las investigaciones y las averiguaciones oficiales, mantenía reuniones de emergencia y realizaba llamadas de teléfono.

Wallis intentó encontrar una escapatoria en los domingos. Ella y Win iban a jugar al golf, a buscar conchas a la playa y a ver películas —le encantaban

las comedias de Buster Keaton y Harold Lloyd— en un cine grande y lujoso de estuco, el Isis, donde comía palomitas de maíz y se abrazaba a Win en la oscuridad. Aún caprichosa, ella seguía saliendo con otros hombres, entre los que estaba Chevy Chevalier, con una despreocupación salvaje que aturdía. Wallis se lo tomaba como un «deporte».

Pronto se dio cuenta de que Win estaba enamorado de ella; él explotaba de furiosos celos cuando ella quedaba con Chevy. Wallis también estaba enamorada de Win y le contó a Corinne imperturbable que lo echaba de menos cuando no estaba. Corinne supo que lo inevitable iba a suceder.

Dadas las restricciones de la época, y el desastre de la indiscreción de su madre con Teackle Warfield, no cabía ninguna posibilidad de «llegar hasta el final» con Win, por muy insistentes que fueran sus ruegos. Finalmente él le pidió matrimonio, como ella esperaba que hiciera, en el porche del club de campo una noche, tras acabar la última película. Ella le contestó que debía pensarlo y discutirlo con su madre y el tío Sol. Él le dijo —le dijo, no se lo pidió— que no le tuviera esperando mucho tiempo.

En junio, ella volvió a casa. Win se despidió con un beso prolongado que a ella le hizo sonrojarse y meterse a toda prisa en el tren. De vuelta en el apartamento de Baltimore, Alice le llenó la cabeza de advertencias. Pero Wallis ya se había decidido y nada se interpondría en su camino. Disponía de un argumento convincente: la familia de Win era rica y socialmente relevante, Win le podía garantizar un futuro.

En agosto, Win llevó a Wallis en tren hasta Illinois para que conociera a su familia: al gran e imponente Earl padre, aficionado a la caza mayor; a Agnes, su tímida mujer británica, y a sus cinco hijos. Aprobaron a Wallis de forma inmediata; los Warfield también eran conocidos en Chicago. Win le compró a Wallis un anillo de compromiso de diamantes y el anuncio de sus intenciones apareció en la prensa de Baltimore el 25 de septiembre de 1916. La fecha de la boda se fijó para el 8 de noviembre. ¿Cómo iba a dormir Wallis hasta ese día?

4 UN MATRIMONIO CON CLASE

Wallis estaba decidida a que su boda fuera la más glamurosa de la historia reciente de Baltimore, todo lo contrario del patético y vergonzoso matrimonio de su madre. El tío Sol —que era más rico que nunca, ya que acababa de comprar nueve líneas ferroviarias y estaba a punto de construir la Florida and Northwestern, que recorrería 385 kilómetros a través del estado hasta llegar a West Palm Beach— proporcionó tanto la dote como el ajuar. Corinne se desplazó desde Pensacola, sin aliento por la emoción, para ayudar a Wallis a escoger el vestido.

Fueron a Lucile of Paris, una *boutique* cara del centro de Baltimore en la que Wallis eligió un vestido de terciopelo blanco que se abría en la cintura dejando ver una atrevida enagua vaporosa de encaje de Bruselas que había llevado su abuela Anna Warfield el día de su boda. Wallis se pondría una diadema de flores naranjas y un velo de tul rematado en encaje, un corpiño con un bordado de perlitas cultivadas, y unas mangas de tul largas y acampanadas. Win le regaló un broche de diamantes para su prendedor de orquídeas y azucenas del valle, y ella portaría un ramo grande del mismo tipo de flores.

Lelia Barnett y varios miembros de la familia Montague, así como algunos amigos del colegio, celebraron fiestas en su honor. La víspera de la boda, Wallis, su séquito y los miembros de la familia fueron al Lyric Theatre a ver a las Dolly Sisters en su desenfadado espectáculo *His Bridal Night* [«Su noche de bodas»].

Wallis había decidido que, para que la boda fuera más romántica, debería celebrarse en la iglesia Anglicana de Cristo después de la puesta de sol. El precioso edificio estaba iluminado, siguiendo las instrucciones de Wallis, con velas de cera de abeja; ella no quería que hubiera nada barato, como sería en este caso el sebo. Las velas encendidas y las azucenas y el enramado de crisantemos y rosas blancas creaban un ambiente atractivo en el momento en el que Wallis entró, a los acordes del órgano, agarrada del brazo del tío Sol. Les seguía su dama de honor principal, Ellen Yuille, una amiga de Oldfields,

y seis damas de honor: Mary Kirk, Lelia Barnett, Renée du Pont, Ethel Spencer (la hermana de Win) y otras dos, todas de rosa y azul. Win iba acompañado por una guardia de honor de la Marina, entre cuyos miembros estaba Chevalier, completamente uniformado; su hermano menor, Dumaresq Spencer, el favorito de la familia y también el más guapo, ejercía de testigo.

El reverendo Edmund Niver convirtió a Win y Wallis en marido y mujer. La pareja descendió los peldaños bajo una lluvia de arroz para después ser conducida al hotel Stafford, donde se celebraría el banquete. Wallis regaló un anillo de oro a cada una de sus damas de honor; más tarde ellas los usarían como anillos de dentición para sus hijos. Cuando la pareja se disponía a partir hacia su luna de miel, Wallis lanzó el ramo a Mary Kirk y los invitados tiraron a los novios pétalos de rosas blancas.

Los recién casados se dirigieron, parando en el hotel Shoreham de Washington y en el Shenandoah Valley Inn, al fastuoso hotel Greenbriar, que acababa de ser construido en White Sulphur Springs, en las montañas de Virginia Occidental, donde Wallis había pasado muchas vacaciones de su infancia, y que ya había visitado el año anterior[4]. El camino al exclusivo alojamiento consistía en un espectacular trayecto en tren cuesta arriba.

Les dieron la habitación 528, en el último piso, que disponía de una vista perfecta de las laderas revestidas de robles, arces y abetos, y coronadas por la niebla. Como ya era la hora de la cena, se cambiaron inmediatamente. Ella escribiría más tarde que Win, irritado al descubrir que en Virginia no estaba permitida la venta de bebidas alcohólicas, sacó una botella de ginebra de su maleta. Pero él lo sabía de antemano; ya había estado en Virginia Occidental.

Su alcoholismo era un hecho conocido. No hay ninguna duda de que bebió mucho durante la luna de miel, tanto en el Greenbriar como en Nueva York —donde asistieron al partido de fútbol americano favorito de Wallis, el encuentro entre los equipos del Ejército y la Marina, y a una revista musical Ziegfeld Follies—, así como en Atlantic City, donde la viuda Alice tenía una casita de «fin de semana». Tomaron el tren de vuelta a Pensacola en diciembre, y una vez más Corinne fue a recogerlos para acompañarlos al hotel San Carlos. Pasaron allí unos días antes de mudarse a la casa de la viuda Covington, situada en la esquina de las calles Bailén y González, hasta que hubieran terminado las reparaciones de los daños provocados por un huracán reciente en el número 6 de Admiralty Row: un bungaló de madera que apenas distaba un par de manzanas del hogar de los Mustin y que era de un diseño casi idéntico a este, con vistas al océano y una pequeña galería.

Siempre tan correcta, ordenada, disciplinada y orgullosa, Wallis se dio cuenta de que el comportamiento de Win empezaba a ponerla nerviosa. Llenaba con agua botellas de ginebra para disgustar a Henry Mustin, que intentaba que no hubiera bebidas alcohólicas en la base, cuando este realizaba sus inspecciones matinales de los sábados. Alborotaba los bailes de las noches de los sábados en el San Carlos como improvisado cantante y bailarín aficionado, con un sombrero de paja y una caña, y dirigiendo a la orquesta imitando a George M. Cohan. En los días libres le gustaba vestirse con pantalones cortos de cuadros de colores chillones, jerséis llamativos y zapatos bajos. Trasegaba cerveza continuamente. Solía poner como excusa que era para brindar por la bandera antes de cada vuelo; después, que necesitaba tomar otro trago para afianzar su valor y, luego, un tercero para «tranquilizarse». Tomaba martinis antes de cada almuerzo y cada cena que ocultaba en latas de sopa Campbell abiertas y se servía en tazas o boles.

Wallis odiaba la bebida y temía que Win acabara sufriendo un accidente. Cuando dos alféreces chocaron en el aire en una maniobra temeraria por estar borrachos, le empezó a entrar el pánico. Cada vez que Win tenía un vuelo de prácticas, se sentía peor. Corinne era con quien más se consolaba, pero el 31 de enero de 1917, para su desesperación, trasladaron a Henry a Washington para que fuera el segundo comandante del buque de la Marina estadounidense North Dakota, y Corinne se fue con él. Wallis se encontró muy sola en aquellos días tan largos, vacíos, soleados y húmedos.

Se consoló en la amistad de Gustav y Katherine Eitzen, un simpático comerciante de madera y su mujer, propietarios de una gran casa en la bahía; de su hija Carlin y de otra amiga, que más tarde se convertiría en la señora Fidelia Rainey, que dijo: «A Wallis le encantaba el cine. Todas y cada una de las tardes nos deteníamos ante el vendedor ambulante, le comprábamos bolsas de cacahuetes calientes e íbamos al Isis Theatre a ver alguna película, con frecuencia la misma durante toda la semana. Eso le hacía olvidar los vuelos de Spencer».

Una tarde, cuando Wallis volvió a casa, se enteró de que Win se había estrellado con el avión pero habían podido pescarlo, casi ileso, en la bahía. Empezaba a darse cuenta de las dificultades y tensiones de un matrimonio difícil. Ella ya odiaba volar antes, y durante el resto de su vida detestaría la guerra.

El 6 de abril de 1917, Estados Unidos entró en la Primera Guerra Mundial. Win solicitó inmediatamente el servicio activo en Francia. A Wallis le supuso una conmoción que quisiera separarse de ella, pero él tenía un

ferviente deseo de entrar en combate. Su hermano, su querido Dumaresq, ya formaba parte de la escuadrilla Lafayette, y Egbert y Frederick estaban a punto de unirse a la fuerza expedicionaria del Ejército estadounidense para servir en las trincheras.

A Win le denegaron el permiso para ir al extranjero, probablemente por su currículum de alcohólico: la Marina quería que su imagen en Europa fuera intachable. Win estaba furioso y pagó su enfado con Wallis; se quejó cuando se le ordenó dejar Pensacola el 8 de mayo y viajar a Boston para entrenar a los reclutas en la recién formada base de milicia naval de Squantum. Le ascendieron a teniente subalterno y le subieron el sueldo.

Tras una breve visita a Oldfields para celebrar el cincuenta aniversario de la escuela el 2 y el 3 de mayo, Wallis y Win alquilaron un piso en los apartamentos Mulberry, situados cerca del parque Boston Common. Wallis llevaba a Win a la base cada mañana y lo recogía cada noche; debido a sus accidentes por conducir borracho, se le había prohibido tener carné de conducir. Ella mataba las horas intermedias visitando museos y asistiendo a juicios penales.

La estancia en Squantum fue corta. Al llegar octubre, alguien del Departamento de Marina ya se había dado cuenta de que la meteorología de Boston al final del otoño y en invierno ponía en peligro el entrenamiento de los pilotos allí, por lo que la operación con los reclutas fue trasladada de forma repentina a Hampton Roads (Virginia). A Wallis aquello le gustó; volvería a estar cerca de sus primas Lelia y Corinne, y de su madre. Pero en lugar de concederle el puesto esperado, la Marina ordenó a Win trasladarse a San Diego, en la lejana California, para que se encargara de entrenar a los cadetes de North Island.

Aquella base aeronaval había surgido como resultado de un informe conjunto del Ejército y el Consejo de la Marina. El 20 de julio la nueva academia de entrenamiento fue bautizada como Rockwell Field, en honor a Louis C. Rockwell, segundo teniente del 10.º de Infantería, que había fallecido en un vuelo de entrenamiento en Maryland en 1912. Dado que las Fuerzas Aéreas iban creciendo muy rápidamente, tanto los oficiales como los alistados eran transferidos allí también a gran velocidad, y la falta de disciplina y organización constituían un problema serio. Dos compañías del 21.º de Infantería, seguidas de la 19.ª compañía del cuerpo de Artillería de la Costa, formaron la columna vertebral del personal de Rockwell Field. Se requisaron campos de potasa de alga kelp y se levantaron hangares, edificios de obra, bungalós y oficinas. El 20 de agosto, el Departamento de Guerra

tomó control absoluto del lugar. El 8 de septiembre la Marina se mudó allí, ocupando dos viejos edificios y el hangar de hidroaviones Curtiss. En aquella época había 413 oficiales, 144 reclutas cadetes y 1576 civiles alistados en North Island.

Este nuevo puesto de Win le suponía a Wallis, casi con certeza, tanto un alivio como un fastidio: Win no sería enviado a una muerte probable en el frente. Empezó a hacer la maleta para el largo viaje que le esperaba en dirección oeste.

El viaje, que comenzó el 3 de noviembre, conllevaba un cambio de tren en Chicago —del que llegaba procedente de Baltimore y Ohio al Santa Fe Chief — y pasar una noche en el hotel Blackstone.

Por fin, los Spencer llegaron a Los Ángeles y el 8 de noviembre tomaron el tren a San Diego, una ciudad tranquila, agradable, de unos cien mil habitantes, con un clima invernal suave y situada al borde de aquel Pacífico gris azulado. A Wallis sus palmeras le recordaban a Florida, pero los colores eran más tenues y delicados. Wallis y Win se instalaron en el laberíntico Hotel del Coronado, un pastiche de la arquitectura victoriana más recargada con elementos de caoba africana y un antiguo ascensor de jaula fabricado por Otis, que manejaba un botones. El comedor semicircular era bonito y las habitaciones, incluyendo la de los Spencer, tenían vistas a las onduladas zonas de césped y las palmeras enanas que los separaban del mar.

Mientras Win pasaba los días en oficinas del centro de la ciudad, Wallis buscaba apartamento. Finalmente, encontró el número 104 de The Palomar, situado en el número 536 de Maple Street, que tenía unas excelentes vistas a un patio[5] con fuente de estilo español y al parque Balboa, donde aún se conservaban muchas muestras de la gran exposición de 1915 que se había celebrado en él. El número 104 era uno de los dos únicos apartamentos con vistas y uno de los pocos que disponían de un dormitorio separado.

En aquellos primeros meses, Win andaba muy ocupado con la puesta en marcha de la escuela de entrenamiento en la recién encargada base aeronaval de North Island. Adiestraba no solo a los pilotos, sino también a los mecánicos. A ellos pronto se añadieron el personal de la Marina y el Ejército, y los reclutas novatos que venían de Los Ángeles. Durante una época dejó la bebida, pero, al enterarse de la muerte de su hermano Dumaresq en un combate aéreo en Francia el 16 de enero de 1918, cayó en una depresión y le embargaron los sentimientos de culpabilidad e incompetencia por no haber prestado servicio junto a él. Entonces empezó a beber de nuevo.

Win y Wallis se mudaban con frecuencia, muestra de su impaciencia e infelicidad. Volvieron al Hotel del Coronado, cuyo segundo piso fue requisado por la Marina para habitaciones de los oficiales, y después a Pine Cottage, más tarde rebautizada Redwood Cottage, en el número 1115 de Flora Avenue. Con su diminuta sala de estar, de apenas tres metros y medio de largo, su terraza y sus minúsculos dormitorios, y su pintoresco exterior con tejado a dos aguas, parecía la casa de la bruja de un cuento de los hermanos Grimm.

De ahí pasaron a la casa situada en el número 1029 de Encino Row y de esta a la del 1143 de Alameda Street, que fue su hogar durante tres años.

Wallis celebró su vigésimo segundo cumpleaños el 19 de junio de 1917. No debió de sentirse muy feliz aquel día. Win alternaba momentos de furia, enfados y profundos silencios melancólicos; ¿le estarían acosando sus impulsos bisexuales? Y Wallis no quería tener hijos, a pesar de que Win, como cualquier oficial de la Marina, sí lo deseaba. No era solo que todas las mujeres de la familia Montague, a las que tanto envidiaba, a las que había emulado «casándose con un marino», tuvieran familias, sino que también ese era el caso de varios hermanos de Win. A este le corroía la decepción de forma persistente. Que Wallis se insinuara a cualquier hombre uniformado también le suponía una gran vejación; apenas tenía veintiocho años y ya estaba bastante gordo y torpe, su rostro aparentaba el de alguien quince años mayor y el mentón del que había estado tan orgulloso yacía enterrado bajo la grasa. La bebida le había costado la belleza y el tipo.

San Diego era un pueblo; Wallis se cansó de que todos sus vestidos salieran de una máquina de coser Singer. Se encontraba perdida; no parecía existir escapatoria. Además ya no estaba enamorada.

En junio de 1918, Wallis viajó a Nueva York para hacer de dama de honor en la boda de su amiga del colegio Mary Kirk con el delegado comercial y militar de Francia, el capitán Jacques Achille Raffray. El viaje la animó; a su vuelta, comenzó a hacer amigas en San Diego, entre las que estaban Katherine Bigelow, cuyo marido había muerto en acto de servicio en Francia; Rhoda Fullam, hija de un oficial de Marina que posteriormente había sido ascendido a contralmirante; la señora Claus Spreckels, muy interesada en tierras y azúcar; la joven Marianna Sands, y Grace Flood Robert.

El 11 de noviembre de ese año, en el felpudo de la casa de Wallis, junto a la botella de leche, estaba el diario *Union* de San Diego. Lo recogió y, al leerlo, se enteró de que la guerra había terminado en Europa. Cientos de ciudadanos salieron corriendo de sus casas en pijama, gritando y chillando.

Tras el gran día, Win se quedó mucho más sombrío y deprimido que nunca. La bebida le había hecho encallar; como ya no había guerra, su puesto en North Island parecía inútil; insultaba a Wallis cuando iban a fiestas y le hacía comentarios sarcásticos sobre su cocina cuando estaban en casa. Patoso ya como bailarín, se enfurecía cuando los hombres se acercaban a su mesa en las fiestas de la Marina para disputarse a la coqueta Wallis en la pista mientras sonaban los nuevos temas de Irving Berlin y Jerome Kern. Acusó a Wallis de adulterio y, para asegurarse de que no visitaba a otros hombres ni se divertía con ellos, a menudo la dejaba encerrada en casa.

El 8 de diciembre de 1919, Mustin tomó el mando del destacamento aéreo de la flota del Pacífico. Se había mudado a Coronado antes de que lo hiciera Corinne, quien llegó a mitad de enero de 1920. Wallis se alegró de la presencia de Corinne allí.

El 7 de abril de 1920, se produjo un gran acontecimiento. El príncipe de Gales se encontraba en San Diego con su primo Louis Mountbatten haciendo una escala en el viaje que le llevaba a Australia a bordo del crucero de guerra Renown. Llegó a primera hora de la mañana y recibió al alcalde, L. J. Wilde, y al gobernador de California, William E. Stephens, así como a la prensa, en la cubierta de la nave. Cuando Wilde se dirigió a él como «Su Alteza Real», le dijo que se dejara «de rollos» en un extraño acento, a medio camino entre el estadounidense y el *cockney* de las clases bajas de Londres, que había ido adquiriendo porque odiaba la afectada dicción de la alta sociedad británica.

Esbelto, aunque no alto, de cabello dorado, encantador e informal, el joven príncipe conquistó San Diego inmediatamente. Descendió de la cubierta a las dos y media de la tarde, estrechó la mano a los veteranos de guerra y se dirigió a un auditorio de 25 000 personas congregadas en el estadio, mientras cerca de 75 000 se agolpaban en las aceras para saludar al paso del vehículo.

A Wallis debió de irritarle no haber sido invitada al refinado almuerzo que se ofreció en la cubierta del buque de guerra New Mexico en honor del príncipe, al que seguirían las recepciones a bordo del Aroostook y del buque británico Renown. Los invitados fueron trasladados a las naves a bordo de dragaminas. Los Towerse, los Mustin y sus amigos, la familia de Charlie Mason y de Pete Mitscher, estaban entre ellos. ¿Por qué no los Spencer? Es inconcebible que Wallis hubiera dejado pasar una oportunidad así. Lo más probable es que la bebida y el mal comportamiento de Win, así como sus conflictos con las autoridades, hubieran provocado este ejemplo de castigo social tan cruel.

Wallis asistió esa noche en el Hotel del Coronado al baile Mayoral. Pero, en lo que supuso otro golpe a su orgullo, no fue incluida en la lista de invitados al banquete; ella y los Mustin se encontraban entre los miles de personas que abarrotaban la sala de baile, adornada con flores silvestres de California y banderas británicas y estadounidenses. La banda del buque de guerra New Mexico tocó los éxitos del momento; un grupo de baile acrobático realizó exhibiciones de valses y del *Whirlwind One-Step*, y poco después se les unieron en la pista hombres completamente uniformados y mujeres con costosos vestidos de fiesta, formando, según la crónica de sociedad de un periodista excesivamente emocionado, «una escena de alegría caleidoscópica».

Wallis solo vio al príncipe desde lejos, engalanado con el clásico uniforme blanco de la Marina Real, estrechando cientos de manos. Se marchó pronto (para irse, según algunos testigos, a probar los placeres locales de Tijuana). Era típico de él; odiaba las recepciones y los banquetes, y solo quería disfrutar de la vida.

Aunque debió de ser emocionante para Wallis ver a su ídolo de la adolescencia, aquel episodio lo engulló la oscuridad de su matrimonio. En mayo, Alice se acercó a visitar a Wallis y se la encontró llorando; Win había pasado la noche fuera y con frecuencia al volver rompía los muebles. Una tarde, cuando Alice llegó a la casa, lo solicitó zarandeando a Wallis; habían estado discutiendo porque a ella no le apetecía ir a jugar al golf con él. Win le anunció que se volvía a Florida, contándole que se había enamorado de una chica de allí. Wallis le rogó que se quedara, pero para noviembre él ya había obtenido el permiso y se fue.

Wallis sufrió cuatro meses sin recibir una sola palabra de Win. En la primavera de 1921 le destinaron a Washington, al Departamento de Marina, bajo las órdenes del contralmirante William A. Moffett. Win le pidió que fuera con él y ella accedió. Henry Mustin había logrado por fin entrar en el Departamento y ella quería volver a ver a Corinne. Alice trabajaba en ese momento en el club de campo Chevy Chase como azafata y estaba saliendo con un pasante de abogacía, Charles Gordon Allen.

Wallis y Win se mudaron al hotel de apartamentos Brighton, en California Avenue. Ella pronto lamentaría su decisión. Los gritos de Win eran insoportables y despertaba a todo el hotel cada noche; la encerraba en el baño y la dejaba allí durante horas; se tambaleaba borracho; mantenía relaciones con otras mujeres y, quizá, también con otros hombres. Finalmente, a Wallis le pareció evidente que debía obtener el divorcio.

Jamás había habido un escándalo así entre los Montague o los Warfield. Alice y la tía Bessie estaban horrorizadas, e intentaron convencerla de que se echara atrás en su decisión. La Iglesia anglicana no toleraría algo así. Pero Wallis estaba decidida. El hecho de que nadie en su familia se hubiera divorciado no era razón suficiente para que ella se quedara atada el resto de su vida a un hombre al que odiaba.

Fue a ver al tío Sol, que ya era el mayor magnate ferroviario del sur, a su despacho en Continental Trust. Estaba furioso, horrorizado; le gritó: «¡No permitiré que nos hagas sufrir una desgracia así!». Después se calmó un poco y le pidió a Wallis que lo intentara de nuevo.

Y ella lo hizo, pero aquello era imposible. Ya podía preparar una cena con el máximo cuidado y la mayor dedicación, que Win no se presentaba a cenar.

El 19 de junio de 1922, Win le dijo a Wallis que se mudaba al Club del Ejército y la Marina. Wallis llamó a Alice, que fue al hotel, y le mostró los armarios en los que ya no estaba la ropa de Win. Alice se quedó a pasar la noche. Al día siguiente Wallis llamó al club. La respuesta fue: «El comandante Spencer no desea hablar con usted». Alice esperó una hora y después telefoneó ella misma. Le pidió encarecidamente que volviera a casa a tener una charla familiar. «Es inútil que hablemos de mi regreso. Ya he tomado la decisión de vivir mi vida como me parezca», contestó Win.

Angustiada, profundamente decepcionada y deprimida, Wallis se fue a vivir con su madre, al 2301 de Connecticut Avenue. Win se mudó al hotel Rauscher. Aquel otoño Alice le pidió a él que fuera un día a su apartamento para que pudieran hablar. Ese día, él le contó que en realidad estaba enamorado de otra mujer. «Soy mucho más feliz lejos de Wallis», dijo. Y se fue, declinando la invitación de Alice para que se quedara a cenar.

Win empezó a beber mucho más que nunca. Y en febrero de 1923 su lío extramatrimonial se desmoronó. Tenía altercados continuos en la Marina y, al igual que Mustin tiempo antes, fue castigado: se le trasladó al servicio en buques, como capitán del Pampanga, de la patrulla del sur de China, en la flota asiática.

El Pampanga era un antiguo cañonero español de treinta y seis años, 1400 toneladas, lleno de agujeros y de dudosa navegabilidad que patrullaba el delta del río Perla, por aquel entonces destrozado por la guerra. Era la única nave lo suficientemente pequeña como para entrar discretamente en los estuarios estrechos y pantanosos donde estaban teniendo lugar las batallas y un enorme derramamiento de sangre. El buque estaba lleno de agujeros que habían realizado los cañones chinos durante las frecuentes batallas marítimas; no

disponía de duchas, tan solo un cubo de agua colgado de una cuerda, y tampoco de un retrete adecuado, únicamente una primitiva letrina; no contaba con una buena ventilación, por lo que durante el calor estival los hombres debían dormir medio desnudos sobre los colchones en cubierta. Al navío, y al resto de los barcos de la patrulla del sur de China, la Marina les encomendó en secreto la tarea de llevar el petróleo de Standard Oil hasta el continente, y de forma pública la de proteger los negocios y misiones estadounidenses en una nación destrozada por las rivalidades entre los señores de la guerra y los revolucionarios de inspiración soviética. Cada capitán tenía además una misión de espionaje y la tarea de rescatar a los misioneros o el personal de Standard Oil que estuviera en peligro. Distintas facciones asesinas rivales estaban masacrando a sacerdotes a diario y existía la amenaza de una guerra con Gran Bretaña o Estados Unidos.

Castigado sin poder volar y a cargo del peor buque de la Marina, Win empezó a beber más que nunca.

Wallis afrontó la separación de la mejor manera que le fue posible. El hecho de que su marido estuviera en servicio activo y que China fuera un lugar tan peligroso a ojos de una joven hizo su situación más aceptable de lo que sería la de una futura divorciada; volvió a salir con los antiguos amigos y, a través de dos de ellos de San Diego, Marianna Sands y Ethel Noyes, se introdujo en la sociedad diplomática. Aunque lo negaría en una etapa crucial de su vida, algo más tarde, hablaba bastante bien alemán, pues lo había estudiado en Oldfields; y también chapurreaba francés.

En una recepción de la embajada italiana, Wallis le tiró los tejos, con éxito, al propio embajador italiano, muy atractivo. El príncipe Gelasio Caetani, de cuarenta y cinco años, contaba con al menos dos papas y otros dos cardenales entre sus antepasados. Hijo del príncipe Teamo y la estadounidense Ada Bootle Wilbraham, se había licenciado en Ingeniería de Caminos, Canales y Puertos en la Universidad de Roma en 1901; se había formado como geólogo convirtiéndose en una autoridad en minería y en 1910 había establecido la sede de una empresa de ingeniería —Burch, Caetani y Hearsley— en San Francisco.

En la Primera Guerra Mundial, había servido en el Ejército italiano, haciéndose acreedor de diversas condecoraciones. Nacionalista convencido, era un acérrimo partidario del fascismo y había participado en la Marcha sobre Roma de 1922; Mussolini lo consideró la persona ideal para ganarse el interés y la comprensión de las clases gobernantes estadounidenses, ya que contaba con una vasta red de contactos en los círculos culturales y financieros

de la costa este. Caetani se esforzó por conseguir la extinción de la deuda de guerra italiana, así como el establecimiento de unas relaciones fuertes con los militares y marinos italoamericanos. Con el dinero de Mussolini construyó una nueva embajada, una imitación recargada de un palacio renacentista.

No hay duda de que fue Caetani quien primero y con mayor fuerza hizo que Wallis se interesara por el dictador italiano y por su sistema de gobierno; ejercer tal influencia fue su principal motivo para mantener relaciones con ella, al margen del fuerte vínculo sexual existente entre ambos. Él sabía que ella tenía acceso a todos los niveles de la sociedad de Washington y que podría propagar las ideas fascistas, aunque fuera de un modo superficial, allá adonde fuera. El hecho fue confirmado por una fuente fiable de Roma, amigo íntimo y socio de Caetani. Pero el idilio no duró; Wallis prefirió mantenerlo en amistad.

Mantuvo en cambio una relación más seria con Felipe Espil, el primer secretario de la embajada argentina. De treinta y cinco años, rico y elegante, era el clásico *latin lover* y bailaba el mejor tango de la ciudad. Se fijaba aquel pelo tan negro a la cabeza con gomina y le brillaban los ojos como a Rodolfo Valentino. Tenía un rostro ovalado, pálido y cetrino, con unos labios carnosos, sensuales, un cuello corto y un cuerpo delgado pero musculoso. Usaba monóculo. Era el mejor partido de Washington.

Wallis no perdió el tiempo. Estuviera casada o no, debía conseguirlo. Logró que la invitaran a una cena a la que él asistiría. Espil era tal y como le habían contado. Pero, con tanta competencia de jóvenes solteras y preciosas, ella temía no tener ninguna oportunidad. Con su cara angulosa y esa figura masculina y plana, ¿qué esperanza podía albergar? Pero estaba decidida a intentarlo; nada ni nadie, ni siquiera la belleza con mejor tipo de Washington, se pondría en su camino. El patito feo se dispuso a llevarse a Felipe Espil a la cama con la misma determinación con la que Wellington planeó la batalla de Waterloo.

Se armó de valor e invitó a su anfitriona y a Espil, aunque no a la acompañante de este, a una fiesta de Navidad en el apartamento de su madre. Él acudió, solo, como se le había pedido —Wallis no dejaba nada al azar—, y ella se dispuso a fascinarle con su ingenio y su encanto. Él quedó cautivado y, para sorpresa de todos, la invitó a comer en el hotel Hamilton. Ella aceptó, aunque al hacerlo se encontró en medio de los Soixante *Gourmet*, un grupo a cuyas funciones había asistido previamente con otros jóvenes diplomáticos, la mayoría de los cuales estaban allí. Pero a nadie le importaba; en aquella época, entre los jóvenes de la alta sociedad de Washington valía todo.

Con su habitual don para la adulación, para hacer que un hombre se sintiera un cruce entre Sócrates y Apolo, logró arrebatar a Espil de las bellezas de sociedad que le perseguían. Y aunque Espil se consideraba pobre, en realidad había sido educado mediante poderosos contactos familiares en el gobierno del presidente Hipólito Yrigoyen, un represor de los trabajadores radical, simpatizante de los alemanes, que consiguió mantener a su país fuera de la Primera Guerra Mundial a pesar de los importantes intereses británicos en Buenos Aires y de los ataques alemanes a los barcos argentinos. Yrigoyen gobernó un país paralizado por la corrupción de la administración y angustiado por la pobreza generalizada. Espil era un diplomático contemporizador que pretendía evitar las guerras futuras. Wallis escuchaba y aprendía.

Su idilio se convirtió en el escándalo de Washington. La señora Lawrence Townsend, la reina de la alta sociedad, se negó a invitar a Wallis a su baile anual, el Townsend Ball, considerado el acontecimiento social del año. Cuando Wallis protestó, Espil le dijo: «¡No puedo pedirle a la señora Townsend que invite a mi querida!». Wallis estaba furiosa. Pero consiguió hacerse un hueco en otros eventos a los que estaba invitado Espil, e incluso se atrevió a ir al baile argentino como invitada suya.

Hasta que Wallis recibió su castigo.

5 CHINA

Felipe Espil, que no le había sido fiel a Wallis, conoció y se enamoró de la belleza de sociedad Courtney Letta Stilwell, descendiente de la famosa familia de políticos y militares. Cuando se enteró, Wallis montó en cólera. En un arrebato de celos atacó a Espil, clavándole las uñas en las mejillas hasta que estas sangraron. Él la abandonó de inmediato; y ella decidió marcharse de Washington, donde su derrota la había convertido en el hazmerreír de la ciudad.

Existe un considerable archivo documental sobre ella en aquella época, guardado en el Departamento de Estado, que cuenta que permaneció en la casa que tenían en Georgetown el capitán Luke McNamee, jefe de la inteligencia naval, y su mujer, la pintora Dorothy McNamee. Era el típico movimiento preliminar para poner a prueba su confidencialidad y para ser formada en secreto. Harry W. Smith, alto funcionario de la sede de la inteligencia naval, la entrevistó cuidadosamente el 9 de julio de 1923. Ese mes, ella zarpó para Francia e Inglaterra a bordo del President Garfield, acompañada por su prima Corinne. En París, se puso en contacto con William E. Eberle y Gerald Green, ambos enlaces del servicio de espionaje de la Marina en la embajada; de ahí pasó a Londres y Roma.

Era una costumbre en aquella época captar a mujeres de marinos en las que se confiara, que estas fueran formadas en la sede como correos oficiosos y que llevaran documentos clasificados a Europa y el Lejano Oriente. Los correos eran necesarios porque todos los mensajes que se telegrafiaban a la Marina destinada en China eran interceptados, descodificados y leídos; todos los mensajes de radio se transmitían desde una torre central en Manila y eran igualmente leídos. Por eso, la única forma segura de hacer llegar la información era a través de miembros fiables de las familias del personal naval. Después de su regreso de Europa, a Wallis se le pidió que se pusiera en contacto con Win Spencer en China. El capitán Henry R. Hough, que había tomado el relevo del capitán McNamee cuando a este se le encomendó coordinar el servicio de espionaje en el canal de Panamá, firmó los papeles

autorizando el viaje. Entretanto, Spencer había sido nombrado oficial de la inteligencia naval de la flota del sur de China, combinando su tarea como capitán del buque Pampanga con esta otra, de mayor importancia. Su despacho en la isla Shamian (Cantón), estaba situado en un lugar de importancia clave, ya que Sun Yat-sen y los comunistas seguían atacando constantemente a los misioneros y anexionándose las propiedades estadounidenses de la región. Win debía encontrarse con Wallis el 8 de septiembre en Hong Kong; allí, ella entablaría contacto con Mary Sadler, la mujer del oficial de inteligencia y contraalmirante Frank H. Sadler, del buque de la Marina estadounidense Sacramento. Ambas mujeres se dirigirían con mensajes clasificados a Shanghái, donde los intereses estadounidenses se veían amenazados por los señores de la guerra controlados por los rusos.

A Wallis se le concedió una autorización por parte de la inteligencia y fue puesta a bordo del carguero de tropa *Chaumont*, un antiguo *ferry* de Hog Island, de doble compuerta, que llevaba 1200 voluntarios a Pearl Harbor, Guam y Cavite. Bajo el mando del capitán F. L. Oliver, el 17 de julio de 1924 la nave amarró en el muelle número 10 de Brooklyn, perteneciente a la Marina, donde Wallis, según el registro, subió a bordo a las 16.30. Compartió camarote con Ruth Thomson, prometida del teniente R. E. Forsyth, que iba a encontrarse con él en Cavite, y otras dos mujeres. Un primo de Win de Chicago, el teniente Douglas E. Spencer, se encontraba a bordo, destinado a Cavite junto con su mujer y su hijo de cinco años. El barco iba abarrotado de marines y soldados de infantería.

El Chaumont zarpó de Brooklyn a medianoche y tuvo que anclar unas horas en mar abierto a causa de un problema en la caldera; el buque efectuó una escala en Hampton Roads (Virginia) ese mismo día, horas después. Dos días más tarde, el barco entró en el canal de Panamá con un calor sofocante y atracó en Cristóbal y Balboa; la tripulación, que se amontonaba en cuartos agobiantes, en los que llegaban a estar diez personas en cada camarote, comenzó a volverse indisciplinada y conflictiva, lo que provocó peleas con los marines que se encontraban a bordo. Un grupo de alféreces que dormían debajo de cubierta lanzaron al canal una película destinada a proyectarse en el comedor de oficiales. Un soldado atacó y golpeó a un oficial de intendencia, a consecuencia de lo cual se le formó un consejo de guerra y se le confinó al calabozo. El tránsito diurno del canal acumulaba retraso; los buques de guerra británicos Hood, Repulse y Adelaide humeaban en la esclusa y el Chaumont se vio obligado a anclar en el lago Gatún. Wallis, hastiada del viaje, exhausta y febril, tuvo una breve y triste estancia en Panamá. Cuando ya llevaban dos

días en el Pacífico, el día 28, un hombre fue asesinado y su cuerpo lanzado al mar. Se sucedieron los consejos de guerra a medida que la tripulación, borracha y alterada, se acercaba a un motín abierto.

El viaje a Pearl Harbor (Hawái) era difícil e incluía la navegación por un peligroso arrecife de coral en medio de un violento temporal. Wallis permaneció una semana en Honolulú; el buque zarpó el 13 de agosto. En Guam, el gobernador Henry B. Price celebró una recepción oficial en honor a ella, el resto de mujeres y los oficiales del Chaumont; tres días más tarde Price subió a bordo del navío para realizar el resto del viaje hasta Cavite.

Tras un viaje sofocante y monótono de varias semanas, el Chaumont atracó por fin en San Miguel, en la bahía de Manila, el 30 de agosto. Wallis hubo de ser alojada en la base naval, dado que era una de las pocas mujeres que proseguía viaje hasta Hong Kong. Había habido disturbios en los muelles a raíz de las manifestaciones estudiantiles celebradas la semana anterior. A Wallis la subieron al *Empress of Canada*, el famoso «barco gafe» de la Canadian Pacific Line, el 4 de agosto.

La llegada de Wallis a Hong Kong el 8 de septiembre fue una de las grandes experiencias de su vida. Juncos de pesca negros, con velas cuadradas de rejilla como alas de murciélago y enormes ojos amarillos pintados en sus proas, salían a saludar al *Empress*, seguidos de sampanes de un solo remo llenos de niños morenos que buceaban en las aceitosas aguas verdes para pescar las monedas que los pasajeros les lanzaban desde cubierta. Más allá, Wallis vio la amenazante montaña llamada El Pico, salpicada de chozas de madera y rodeada por los ostentosos edificios de oficinas de los bancos y las compañías mercantiles británicas. Y el sonido de los perros ladrando, las sirenas, los chillidos de los niños y los hombres anunciando sus mercancías. Y el peculiar aroma almizclado de Hong Kong, compuesto de sándalo, canela, yute, orina y alquitrán.

El *Empress of Canada* atracó a las 16.30. Siguiendo la tradición de la Marina, Win iba en su puesto en el *Pampanga* al lado del buque cuando este amarró en el Muelle de la Marina Real. Win debía, por orden del almirante Thomas Washington, comandante de la flota, tener su buque lo más reparado que fuera posible porque este sería requerido en Cantón y Shanghái.

La semana que Wallis llegó a Hong Kong, la guerra civil que amenazaba desde hacía meses estalló en toda China. El país se encontraba sin gobierno efectivo. La presencia dominante era Sun Yat-sen, líder del Kuomintang o Partido Popular, un gobierno cantonés compuesto por los hijos pendencieros de la clase comerciante y terrateniente que se oponían al gobierno militar de

Pekín. Sun Yat-sen y el gobierno escindido habían caído bajo la influencia de la Unión Soviética a través de un agente ruso que se hacía llamar a sí mismo Michael Borodin y, para enero de 1924, en el primer congreso del partido, el poder se delegó en un comité central ejecutivo que reflejaba un gobierno similar al de Moscú.

Dentro del Kuomintang existían conflictos violentos, y los elementos de extrema derecha, dirigidos por los generales rebeldes, comenzaron ese verano a chocar frontalmente con las fuerzas cantonesas. De forma simultánea, aumentaba el resentimiento hacia la presencia en suelo chino de una gran cantidad de residentes británicos, franceses y estadounidenses. En el siglo anterior, los gobernantes de China habían otorgado arrendamientos permanentes a cambio de sumas nominales a potencias extranjeras en tratados manifiestamente desiguales que habían establecido en la mayoría de las grandes ciudades asentamientos bien protegidos, militarizados y armados que no se encontraban bajo la legislación china. China era un país dividido en todos los sentidos posibles, angustiado por el hambre, las plagas y los enfrentamientos bélicos, vendido a las empresas europeas mientras la gente sufría en unas condiciones físicas deplorables.

Hong Kong, aunque en teoría era independiente del resto de China, reflejaba las tensiones de la gigantesca nación al otro lado del estrecho. Se producían continuos brotes de violencia en la colonia de la Corona. Cuando llegó Wallis, la fiebre tifoidea golpeaba con furia y había una ola de calor histórica. Rodeada de fuego y tiros, Wallis se dirigió al hotel Repulse Bay y, desde allí, reconciliada con Win, a un apartamento propiedad de la Marina en el barrio de Kowloon que contaba con cocinero y doncella. Win tuvo mucho trabajo durante las semanas que duró aquella visita. Debía abastecer el Pampanga con carbón y provisiones suficientes, y tenerlo reparado y preparado para recibir órdenes de salida de emergencia; al menos unas dieciséis horas al día de trabajo.

El 16 de octubre, llegaron las órdenes de partir. Debió de ser doloroso para Wallis, después de que consiguiera remendar su destrozado matrimonio, asumir que Win viajaba en condiciones de peligro extremo. Había sido trasladado de vuelta a Cantón, y aquella tormentosa ciudad estaba ahora sumida en el terror y el derramamiento de sangre. El llamado Ejército Rojo, una muchedumbre desorganizada de peones, estibadores y mercenarios, se había extendido por toda la ciudad, y los insurgentes cometían actos de pillaje y provocaban destrozos mientras recorrían con antorchas el laberinto de calles atestadas de casas de madera. Masacraron al Cuerpo de Voluntarios, un

ejército de vigilancia improvisado a toda prisa conocido como los Fascistas Chinos. Cinco días de lucha en la ciudad habían dejado un millar de muertos en las calles, en su mayoría mujeres y niños, quemados vivos en incendios provocados por pirómanos o abatidos sin piedad por las balas de las metralletas. Cuando Win entró navegando en el puerto de Cantón, el cielo estaba negro debido a un humo asfixiante y acre.

En un caos de violencia, hambre y enfermedades, el Pampanga atracó en la isla Shamian, protegida militarmente, con todos sus cañones, de una y tres libras, preparados para bombardear la costa. Tres buques de guerra británicos seguían a la nave hacia el muelle, y Wallis, tan cabezota como siempre, iba a bordo de uno de ellos, probablemente el *Bee*. No iba a permitirle a nadie que la dejaran atrás. Se reunió con Win en el cuartel naval del asentamiento británico-estadounidense, el único alojamiento disponible para mujeres de marinos en ese momento; la isla estaba cerrada a la población civil extranjera. Tanto el agua como la comida estaban muy racionadas. A Wallis le sobrevino un problema renal, causado por una ingestión de agua no potable, y tuvo que ser evacuada a Hong Kong el 28 de octubre.

El Pampanga, llevando a bordo a misioneros y a personal sanitario evacuado, regresó a Hong Kong el 3 de octubre para aprovisionarse. De ahí partió hacia Kongmoon el día 30 para proteger los intereses estadounidenses y llevar el petróleo de Standard Oil a la región.

Ese mes ocurrió algo curioso. Según un *dossier* preparado por orden del primer ministro Stanley Baldwin por el MI6 para el rey Jorge V y la reina María en 1935 (cuando resultó de crucial importancia evitar que Wallis se convirtiera en la reina de Inglaterra), Win introdujo a Wallis en las «casas cantantes» de la colonia de la Corona. Estaban dirigidas por una estadounidense, Gracie Hale, quien, con su cabello teñido, sus pestañas postizas, sus labios pintados de carmín y su figura ya rellena pero aún atractiva, seguía en activo en la década de 1930, cuando le concedió una entrevista al autor holandés Hendrik de Leeuw para su libro *Cities of Sin* [«Ciudades de pecado»] y le describió sus andanzas profesionales previas, en la época en la que Wallis se encontraba en Hong Kong. Las casas cantantes eran burdeles de lujo; las internas, reclutadas en la costa china, eran adiestradas desde su más tierna adolescencia en las artes amatorias. Al cliente se le recibía con música de instrumentos de cuerda, delicadas canciones eróticas y bailes de belleza exótica.

Existían dos tipos de casas cantantes (o «casas de canción», como eran conocidas en ocasiones). Las más famosas eran las «mansiones púrpuras». El

único establecimiento de este tipo que admitía a mujeres extranjeras estaba en Repulse Bay. Al entrar el cliente, aparecía un esclavo sonriente, ataviado con una bata de algodón azul, que realizaba una reverencia ceremoniosa. Después de eso, conducía al recién llegado a una inmensa habitación cuadrada cuyas paredes estaban cubiertas de telas verdes y blancas.

Más allá del vestíbulo existía un pasillo largo que llevaba a otra estancia, en la que abundaban sofás y sillones suntuosamente tapizados. Las puertas y paredes se hallaban decoradas con celosías y pergaminos con inscripciones en chino. Había habitaciones revestidas de costoso caoba, cuyas estanterías rebosaban de adornos de valiosa porcelana china. Las chicas iban habitualmente vestidas de seda roja o azul. El piso superior estaba formado por una serie de habitaciones pequeñas, aunque decoradas con elegancia, en las que las prostitutas esperaban a sus clientes. Algunas casas tenían nombres propios, como Campo de las Flores Brillantes o Club de los Patos Mandarines.

Otros burdeles eran conocidos como *Hoa Thing*, o «botes de flores», y estaban atracados en el muelle o flotando cerca del puerto. Las barcas tenían entre 18 y 25 metros de eslora y unos cinco de ancho, y su interior estaba magníficamente alfombrado y amueblado, con lámparas de cristal colgando del techo. Lo habitual era que el cliente alquilara la barca durante toda la noche, y que esta comenzara con una cena de diversos platos a las nueve. Una vez terminada la comida, el invitado cruzaría con su compañera de noche a través de una pequeña plataforma de madera a una de las varias barcas atadas al bote nodriza.

Según quienes han leído el *dossier* chino, Wallis aprendió «prácticas perversas» en estas casas de prostitución. Con esta descripción, solo puede tratarse de exhibiciones lésbicas y al arte del Fang Chung. Esta técnica, practicada durante siglos, conlleva la relajación del compañero con aceite caliente mediante un masaje prolongado y cuidadoso de los pezones, el estómago, los muslos y, tras un retraso alargado, deliberado y casi cruel, los genitales. A quien se encargara de realizar el Fang Chung se le enseñaba dónde se encontraban los centros nerviosos del cuerpo, de forma que el roce de sus dedos fuera capaz de levantar al más moribundo de los hombres. Esta técnica era especialmente útil en los casos de eyaculación precoz. Al tocar en un punto determinado, entre la uretra y el ano, podía retrasarse el orgasmo. Las masajistas retrasaban la penetración todo lo que podían para quitarles a los hombres con disfunción sexual el miedo al fracaso en el coito.

Según alguien muy cercano a Wallis, apenas había tenido oportunidad de poner en práctica esta técnica cuando Win la abandonó para compartir un apartamento con un pintor joven y atractivo. A mediados de noviembre, Wallis partió para Shanghái a bordo del Empress of Russia con la encantadora Mary Sadler, de cuarenta y dos años, mujer del ya almirante F. H. Sadler, oficial al mando del buque de la Marina estadounidense Saratoga y jefe de la inteligencia naval (como se había convenido tiempo antes en Washington).

Mucho antes de que el Empress of Russia atracara el día 22, se podían ver ya corrientes de un lodo amarillo amarronado que oscurecía el mar de China y dejaban claro que Shanghái estaba construida sobre terrenos pantanosos. El barco remontaba lentamente el río Whangpoo echando vapor y dejando atrás precarias construcciones de madera, sauces llorones y arrozales verdes bajo un cielo caqui. El río estaba tan repleto de pequeñas embarcaciones que el barco apenas podía sortearlas. Finalmente, Wallis atisbó las ominosas chimeneas de ladrillo de la Shanghai Power Company escupiendo humo. Apestaba a azufre y carbón. Ella desembarcó en una gabarra, cruzando una zona en la que el agua estaba llena de periódicos atrasados, pájaros muertos y heces. Delante de ella se encontraba el Bund, el famoso malecón con sus bancos y edificios de oficinas mal construidos y su jungla de señales luminosas. Subió a pie los peldaños del embarcadero mientras los marineros de cubierta le llevaban su equipaje y lo apilaban en el muelle. Una fila de las típicas calesas tiradas por hombres se extendía hasta donde llegaba la vista; sus conductores, cuya piel amarilla y seca se les marcaba sobre las costillas, ofrecían a gritos sus servicios. Había un grupo de carros, carretillas de mano y bicicletas; y había peones trotando con enormes pértigas de bambú sobre sus hombros estrechos.

Wallis y la señora Sadler emprendieron el corto trayecto hasta el elegante hotel Astor House; dada la situación de guerra civil, tanto el ejército como la policía las paraba cada pocos metros para inspeccionar sus pasaportes. Cuando por fin llegaron al alojamiento, encontraron su esplendor ya desgastado. Estaba formado por cuatro edificios de ladrillo conectados por pasadizos de piedra. El vestíbulo era enorme, de alfombras rojas, iluminado por candelabros antiguos de cristal tallado. Había un sofá circular en el centro que rodeaba un enorme jarrón de latón repleto de helechos. Había leones de cerámica roja, lujosos sillones rojos y dorados y vasijas de bronce con lirios de papel. Los ventiladores se movían lentamente en el techo, espantando a las moscas. Las habitaciones eran como camarotes, con literas en vez de camas; los pasillos tenían pintados ojos de buey y trampantojos de paisajes marinos,

idea que Wallis usaría tiempo después en su casa de París. El director era el capitán de la Marina Real, ya retirado, Harry Morton, y gobernaba el establecimiento como si fuera un barco, haciendo sonar incluso fanfarrias de trompetas para anunciar las comidas. Wallis y Mary Sadler se hospedaron en el Astor House durante diez días.

Shanghái era un espectáculo terrible durante la guerra. Todos los días se producían escaramuzas y masacres. Aunque el asentamiento internacional se hallaba protegido por las marinas británica y estadounidense para que la antigua vida de privilegios pudiera continuar, se oían ráfagas de disparos a menos de una manzana del Astor House. Las llamas envolvían las chabolas y las casas de vecinos, y se podían oír los gritos y los chillidos que provenían de los barrios habitados por nativos cuando la policía reprimía las incursiones de la Banda Verde, localmente famosa. Había fumaderos de opio y burdeles y callejones oscuros y siniestros, pero también existían bailes de etiqueta en las mansiones de los ricachones, entre las que se encontraba el suntuoso hogar del príncipe de los comerciantes judíos, sir Victor Sassoon, que atendían alrededor de setenta y cinco sirvientes. Existían grandes almacenes fastuosos, como el Sun Sun, el Sincere y el Wing On, que ofrecían todos los tesoros de Oriente. Wallis compró elefantes de marfil con la trompa levantada, símbolo de la buena suerte, cajas de marfil talladas y un biombo.

Se introdujo con ansia en la excitante vida social de la ciudad. Tras los muros y las atestadas líneas de infantería, los comerciantes británicos y estadounidenses y los oficiales de la colonia disfrutaban desafiantes de una vida de lujo y opulencia en el hipódromo de Eiwo, los clubes y los *thés dansants*, mientras las fuerzas de la oposición luchaban por la posesión de los extensos barrios nativos de la metrópolis.

Un informe sobre las actividades de Wallis en aquella época, fechado un día antes del ataque a Pearl Harbor, apareció entre los archivos del FBI, desclasificado a solicitud del fiscal general, tras siete años de espera, el 30 de abril de 1987. Aunque el informante se confunde acerca del rango y destino del comandante Spencer, el informe resulta fascinante en otros aspectos; y que se tardara tanto en considerar y reconsiderar su posible apertura por un comité detrás de otro nos indica que no estaba reputado como el trabajo de un mero cotilla o de un cascarrabias ofendido.

FBI, 6 de diciembre de 1941

Confidencial. Informe para D. M. Ladd elaborado por P. J. Wacks del Despacho de Washington.

> El 26 de septiembre de 1941, a las 14.30, [en blanco] se puso en contacto con quien escribe en la mencionada oficina para tratar algo concerniente a la duquesa de Windsor. [En blanco] informó de que su primer marido era un guardiamarina [sic] de la Marina estadounidense a quien la duquesa había conocido en San Diego (California); que el guardiamarina fue más tarde enviado a Singapur [sic]; que la duquesa le siguió a esa ciudad, donde frecuentó varios clubes nocturnos y contactó con diversos oficiales navales tanto de la Marina británica como de la estadounidense; que las autoridades británicas recibieron información de que la duquesa estaba intentando obtener información relativa a secretos navales de los oficiales británicos a los que conoció; que, como resultado de sus actividades, su marido… fue relevado de ese puesto de trabajo y trasladado.

¿Se trataba de un mero cotilleo? El informante era alguien que debía de saber algo. Pero ¿qué? Si Wallis espiaba para una potencia enemiga, solo podía tratarse de Rusia, rival tanto de Estados Unidos como de Gran Bretaña en la zona de China. El difunto John Costello, autor de *The Pacific War*, un buen historiador, me contó que un rumor del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, confirmado por una fuente fiable de Londres, afirmaba que Wallis había sido utilizada por los soviéticos durante su estancia. Es una conjetura fascinante, imposible de confirmar de momento.

Leslie Field, biógrafa, historiadora y editora estadounidense, que ha estado trabajando recientemente en el palacio de Buckingham con el asesoramiento de su majestad la reina en un libro sobre las joyas reales, me dijo en 1987 que el *dossier* de China contenía aún más información perjudicial para Wallis. La señora Field afirmaba en la cinta que en aquella época Wallis estaba involucrada en el tráfico de drogas, pero que estas actividades no pudieron determinarse hasta años más tarde cuando, por instrucción de la Casa Real británica, las autoridades de Hong Kong lograron confirmar estos datos con varias personas que estaban al corriente de la situación. Además, revela la señora Field, Wallis estaba respaldada por hombres ricos como gran apostadora en las mesas de juego. Teniendo en cuenta que en aquella época el juego en China se consideraba una actividad completamente corrupta, y que con mucha frecuencia se permitía a las personas «correctas» ganar en las mesas, no extraña que Wallis lograra obtener grandes sumas al bacará, la ruleta o el *blackjack*. La señora Field

afirma que se sabía que Wallis era una mantenida y que, incluso durante su matrimonio con Win, se acostaba con hombres ricos, entre los que había hasta un general chino.

Wallis y Mary Sadler fueron a Pekín el 4 de diciembre de 1924; en aquel entonces, a las mujeres estadounidenses no se les permitía viajar a la capital, salvo por negocios institucionales. El obeso señor de la guerra y general Feng Yu-hsiang, quien disfrutaba poniéndose uniformes napoleónicos con galones y oteando la distancia con un telescopio, se había hecho con el poder en la ciudad y había ocultado al «emperador niño» de China en la legación japonesa cuando la británica le impidió la entrada. Su rival, el señor de la guerra y mariscal Cheng Tso-lin, había salido de Pekín, llevándose consigo 25 000 soldados. La situación, confusa y volátil, estaba a punto de explotar de forma violenta. Sun Yat-sen acababa de regresar de Japón, donde intentó recabar apoyos para dar un golpe de Estado que le quitara el poder a Feng, tarea a la que le ayudaría el mariscal Cheng.

Las vías ferroviarias habían resultado tan dañadas por ambos bandos que el famoso Blue Express ya no podía llegar de Shanghái a Pekín. Wallis y Mary tuvieron que subirse al *Shuntien*, un navío de 1200 toneladas de la compañía B & S comandado por el capitán Einar Christiansen, para poder llegar a Tientsin pasando por Weiheiwei y Chifoo; en Tientsin cambiaron el barco por un tren para realizar el resto del viaje. Este, obstaculizado por los tifones, resultó ser una agonía de suelos inestables, platos y muebles que se estrellaban y un calor agobiante.

Como demostración de la importancia de su misión como correos, el 10 de diciembre Wallis y Mary fueron recibidas en el muelle de Tientsin por Clarence E. Gauss, orientalista y cónsul general, quien más tarde, durante la Segunda Guerra Mundial, se convertiría en el admirado embajador ante la China Libre. Gauss las informó de que el Ejército estadounidense se había apropiado del tren a Pekín, pero que las fuerzas de Cheng estaban apostadas a lo largo de la vía.

Mary Sadler enfermó de un problema gástrico y regresó a Shanghái. Wallis llegó a la estación central de ferrocarril de Tientsin en la mañana del día 11. El destartalado edificio se había convertido en un espectáculo infernal, atestado de víctimas del hambre y las fiebres tifoideas, una multitud de soldados, niños que lloraban histéricos y mujeres exhaustas que luchaban por encontrar un asiento libre. A Wallis le habían concedido una autorización militar especial y seguía llevando encima su pasaporte especial autorizado por la inteligencia. A las 12.10 del mediodía, al subirse al tren de ocho vagones

interaliado reservado a los oficiales o al personal militar[6], fue sometida a una inspección detallada, y en la estación de Pei Tsang, primera parada, las tropas de Cheng subieron a bordo y recorrieron arriba y abajo los pasillos.

Fue un viaje espantoso. La locomotora era vieja y estaba oxidada; hacía mucho frío en esta región septentrional y las ventanas, destrozadas por los balazos, dejaban pasar corrientes de aire helado; no había agua ni víveres; los aseos eran meras letrinas en el suelo. La soldadesca, bajo el mando del teniente E. M. Brannon, se encontraba borracha y fuera de control; la locomotora se averiaba continuamente, produciendo chillidos de frenos y unos ruidos agudos, violentos y misteriosos, y el tren se atascaba durante horas en colinas bajas y uniformes, junto a montículos funerarios y arrozales, esperando ser repostado y reparado. Un viaje que debería haber llevado solo noventa minutos acabó durando treinta y ocho horas.

Mucho antes de que la locomotora entrara traqueteando en Pekín, Wallis pudo distinguir las líneas de ametralladoras que las tropas del mariscal Cheng Tso-lin habían apostado a ambos lados de la vía. Cuando por fin llegaron, fue recibida, en la ruidosa oscuridad de la estación —afectada por un apagón—, por el comandante de la Marina estadounidense Louis M. Little. Wallis debía de llevar documentos de gran relevancia, ya que era una regla establecida que el oficial al mando nunca debía abandonar un puesto militar de importancia durante una guerra civil salvo por razones especialmente apremiantes, como ponerse en contacto con un correo.

Cuando el vehículo oficial blindado de Little cruzó la plaza y la puerta de Hatamen hacia el protegido barrio de las legaciones, lo primero que tuvo que ver Wallis fue una hilera de cabezas cortadas y colgadas de unos palos de bambú de diez metros; eran la señal con la que las tropas del general Feng, acampado en las colinas occidentales a la espera de una posible batalla con el ejército del mariscal Cheng y Sun Yat-sen, advertían de que no tolerarían ningún signo de rebeldía en la ciudad.

Pekín estaba aterrorizado. Cuando Wallis se registró en el Grand Hôtel, todo un derroche de decoración china, la prensa informaba de que los enemigos de Feng estaban siendo conducidos a los parques y decapitados a espada sin que se les diera la oportunidad de ser juzgados. Un día tras otro, la población británica y estadounidense, tensa y ansiosa, esperaba la noticia de la inminente llegada de las tropas de Sun Yat-sen y un estallido a gran escala de la actividad comunista en contra de todos los extranjeros. El suspense se cernía sobre la antigua ciudad, sus pequeñas ciudades amuralladas dentro de la gran ciudad, sus inmensas puertas y sus tejados amarillos y azules, sus

vientos de la llanura, aterradoramente helados y polvorientos, y su tonalidad rojiza cada vez más dominante debido a la sangre seca.

El Grand Hôtel de Pekín suponía un oasis para Wallis y el resto de desaliñados que acababan de llegar de Tientsin. El vestíbulo contaba con una tienda de curiosidades, una librería francesa y una fuente ornamental. La gran escalera de mármol ascendía hasta las puertas de cristal del salón de baile imperial. Poco después, descubriría también el cenador con su galería de trovadores y su orquesta de baile británica.

Su habitación tenía vistas al barrio de las legaciones, que se hallaba protegido por una línea de soldados de la Marina estadounidense uniformados de azul. Más allá del barrio, Wallis podía ver la antigua muralla tártara, con sus atalayas en forma de L y sus puertas llenas de adornos, y las brillantes tejas azules del Templo del Cielo. A cada hora sonaban las campanas de acero de la antigua Torre de Kublai Khan, y a las cuatro de la tarde, según una tradición sagrada, se soltaban mil palomas de unas cestas de mimbre hacia el cielo azul hielo del invierno chino; las diminutas flautas de bambú sujetas bajo las alas de las aves producían un sonido lastimero y sobrecogedor.

Mientras estuvo en Pekín, Wallis mantuvo un romance con Alberto da Zara, el agregado naval de la embajada italiana, un hombre de treinta y cinco años, rubio y afablemente atractivo. Da Zara era descendiente de un largo linaje de oficiales de caballería, de los que había heredado sus modales galantes y valientes, así como un profundo conocimiento y cariño por los caballos. Wallis lo conoció en el recinto de la embajada durante una de las recepciones que tenían lugar todos los viernes por la noche.

Bien educado y con grandes conocimientos de varias lenguas, le habían enviado todos los veranos de su juventud al extranjero, donde había trenzado una red de contactos internacionales. En 1907 había cumplido su sueño de adolescencia alistándose en la academia naval de Annapolis, lugar en el que había conocido y trabado amistad con Earl Winfield Spencer.

En mayo de 1922, se le asignó el mando de un buque, el Carlotto, amarrado en Hankou (China); zarpó para Shanghái en noviembre de ese año. Sus memorias[7] contienen vívidas descripciones de misiones militares a lo largo del río Yangtsé y de la vida social en la China de la época.

Había asumido el puesto de agregado naval en Pekín unos meses antes de que Wallis llegara allí, en la primavera de 1924. En su obra, observaba: «La perspectiva de estar al mando de un cuartel y de desempeñar el cargo de agregado naval, militar y de aviación en un país que no contaba con marina ni fuerzas aéreas, y que tenía un ejército de milicia feudal, no me atraía». Su

verdadera pasión eran los caballos, así que Wallis le acompañaba entusiasta al hipódromo. A ella en realidad no le interesaban los caballos; pero, como siempre, sabía lo que hacía. Él escribió en sus memorias: «El invierno de 1924-1925 resultó ser una gran temporada para los participantes italianos de los concursos hípicos de Pekín […]. Sin distinción de edad o sexo, profesión o estatus social, todo el mundo animaba a alguien: ya se tratara de un caballo o de un jinete, de un atleta o de un equipo, de un club o de una ciudad; ministros y cónsules, funcionarios de aduanas, directores de bancos, empresarios, grandes damas y jóvenes bellezas». Y añadía galante: «Entre estas últimas, una de las aficionadas que estaba presente con mayor frecuencia era la señora Wallis Spencer. En aquella época llevaba un corte de pelo clásico que resaltaba la belleza de su frente y sus ojos, dejando, como dirían los estadounidenses, la frente despejada, o llevando el pelo retirado, como diría yo más bien, al que se ha mantenido fiel hasta el presente. Ya entonces expresaba una preferencia por el color que se ha hecho famoso como "azul Wallis". Hacía juego con sus ojos».

Wallis quedó profundamente fascinada por Da Zara. Era un poeta, y adicto a D'Annunzio, a cuyas obras la introdujo. Autoritario como comandante, era también discreto y generoso. A Wallis le encantaba su espíritu, tan orgulloso, independiente e indómito. Su ayudante en China, el teniente Giuseppe Pighini (ahora almirante ya retirado), recuerda vívidamente el idilio de Da Zara con Wallis:

> La señora Simpson y Da Zara mantuvieron una relación muy estrecha que empezó en amor y acabó en una amistad duradera. Da Zara solía decir de ella que, a pesar de que no era hermosa, resultaba extremadamente atractiva y tenía unos gustos muy refinados y cultos. Su conversación era brillante y tenía la habilidad de sacarle siempre el tema apropiado a cualquiera con quien se relacionara y de entretenerlo de esta forma. Su gran conversación y su profundo conocimiento y cariño por los caballos eran cosas que compartía con Da Zara.

En poco tiempo el idilio se enfrió, pero Wallis siguió llevándose bien con Da Zara. Pighini recuerda que este llevó durante años allá adonde fuera una fotografía de ella dedicada en la que ponía: «Para ti, de Wally». En 1938, cuando el buque de Da Zara, el Montecuccoli, atracó en Melbourne, un periodista que estaba husmeando en su camarote encontró la fotografía y publicó una historia en el diario *Age* al día siguiente. Da Zara estaba furioso.

Alberto da Zara cimentó sin duda el amor de Wallis por Italia y su convencimiento del valor del fascismo como único modo posible de obstaculizar el comunismo, algo que ella, a su vez, pronto transmitiría al príncipe de Gales.

Wallis descubrió la Ciudad Imperial amarilla, la Ciudad Prohibida violeta, y la belleza, propia de un cuento de hadas, de los palacios construidos sobre lagos helados salpicados de hojas de loto congeladas sobre los que cruzaban puentes de mármol. Ella portaba cartas de presentación para la inteligencia francesa y los oficiales alemanes que combatían la influencia soviética en la región, y también para el elegante esteta y arquitecto Georges Sebastian, un rumano que había sido educado en Londres y París. Uno de sus pretendientes de los días de París, Gerry Green, era el enlace de la inteligencia en el consulado estadounidense y la llevó a bailar al cenador del Grand Hôtel de Pekín. Una noche Wallis reconoció una cara familiar entre el resto de parejas que bailaban en el hotel: Katherine Bigelow, ahora Katherine Rogers, la joven viuda que había sido amiga de ella en Coronado, en el sur de California, unos seis años antes. El marido de Katherine, Herman Rogers, era un oficial de la inteligencia estadounidense agregado a la embajada (dato que ha sido confirmado por su familia). Rogers era el típico ejemplo de un hombre que lo tenía todo; su único defecto era ser poco convincente como novelista. Era hijo del millonario magnate ferroviario Archibald Rogers, cuya propiedad, Crumwold Hall, distaba dos casas de la de Franklin D. Roosevelt en Hyde Park (Nueva York). Alto, atractivo y atlético, Rogers había sido educado en Groton y Yale. Se había jubilado a la edad de treinta y cinco años y, después de casarse con Katherine, a quien había conocido en Francia durante la Primera Guerra Mundial, había decidido dedicar toda su vida a viajar, al ocio, a intentar escribir «la gran novela americana» y a adquirir cultura.

Siguiendo la tradición habitual de los contactos de la inteligencia, los Rogers hospedaron a Wallis en su casa, ubicada en el número 4 de Shih Chia Huting, en el barrio de las legaciones. Hicieron todo lo posible para que ella se sintiera como en su casa; disponía de su propia calesa tirada por un hombre y de su propia doncella. En los fines de semana, Herman y Katherine la llevaban al templo budista que tenían alquilado al pie de las montañas y que también hacía las veces de puesto de vigilancia sobre las tropas del general Feng. Wallis les acompañaba a montar a caballo y a jugar al póquer, al *bridge* y al inevitable *mahjongg*. Sin embargo, los detalles de su estancia no fueron tan idílicos como ella afirmaría más tarde.

Según una amiga de Wallis, se vio involucrada en un extraño *ménage à trois* con Herman y Katherine, lo que creó gran tensión y discrepancias, a las que siguieron las discusiones; los celos mutuos y los conflictos de sentimientos la deprimieron profundamente.

Y además estaba la guerra. Tiros, explosiones, incendios y los gritos de hombres y mujeres perfectamente audibles desde el barrio de las legaciones. Sun Yat-sen llegó el día de Nochevieja, aquejado mortalmente de un cáncer de hígado; su grave situación hizo cancelar los planes del golpe de Estado y se vio obligado a firmar una tregua precaria con el general Feng desde su agónica convalecencia en un hospital. Existía el temor de que, cuando falleciera, China se desintegrara en una espiral de violencia sin sentido, y que solo la figura en auge del militar Chiang Kai-shek ofrecería algo de esperanza a la idea de crear un gobierno estable. Cuando Sun Yat-sen murió el 11 de marzo, Pekín se sumió en el duelo. En las almenas ondeaban crespones negros y llegaron representaciones de todos los rincones del mundo civilizado para presentar sus últimos respetos.

El frío de Pekín era casi insoportable. El único calor en la casa de los Rogers provenía de unos braseros de cobre, cuyo carbón, débilmente encendido, apenas aliviaba el frío y encima llenaba las habitaciones de unos humos acres y desagradables. El conductor de calesa favorito de Wallis fue atropellado por un coche, y en abril se produjeron estallidos de violencia que recordaban a los producidos anteriormente en Shanghái. Pero el peor problema con el que tuvo que lidiar Wallis residía en ella misma. La tensión que le producía su relación con Herman había llegado a ser insoportable. Ni siquiera las atenciones de Alberto da Zara le satisfacían. No le quedó más alternativa que intentar marcharse lo antes posible.

Cuando Wallis regresó a Hong Kong en tren el 21 de marzo, Win acababa de dejar el Pampanga y estaba a punto de asumir el mando del Whipple, fondeado en Shanghái, que se encontraba en ruta hacia Estados Unidos. Ambos intentaron arreglar su relación una vez más y el día 23 comenzaron una luna de miel en un ambiente no muy distinto del de su trabajo habitual, a bordo del President Grant en viaje a Shanghái. Que ella se encontraba bajo órdenes especiales, del contraalmirante C. V. McVay de la flota del sur de China, lo deja claro el hecho de que las mujeres de marinos, así como el resto de civiles, tenían prohibida la entrada en Shanghái en aquel momento. Gran parte de la ciudad había sido ocupada tras un conflicto violento en el que las tropas del mariscal Chi Hsieh-yuan habían vencido a las del mariscal Cheng, lo que hizo salir de la ciudad a 12 000 de sus partidarios, a los que llevaron

hasta el asentamiento internacional. Cuando el Cuerpo de Voluntarios de Shanghái entró en combate con la milicia Chi, las alcantarillas volvieron a inundarse de sangre, y el trayecto del muelle al barrio en el que se alojaban Wallis y Win resultó excesivamente peligroso.

El 23 de mayo se produjo un incidente en la ciudad que puso en peligro a Wallis y a todo estadounidense que se encontrara allí. Tres meses antes, los molineros chinos que se encontraban bajo dirección japonesa se habían puesto en huelga; el consiguiente conflicto entre los trabajadores y los patronos acabó de forma violenta. Ahora, los trabajadores volvían a la carga; armados con palos y pistolas, unos y otros se involucraron en una terrible batalla en la que un trabajador resultó muerto y siete heridos. El Consejo Municipal de Shanghái, bajo control británico, no solo no sancionó a los japoneses sino que además arrestó a los huelguistas. Tras el funeral por el trabajador asesinado, se produjo una manifestación de tres mil estudiantes. Un oficial británico al mando ordenó a miembros de la milicia india sij que dispararan a la multitud; once estudiantes chinos fallecieron y otros treinta y cinco resultaron heridos. Los hechos tuvieron como resultado un estallido xenófobo sin precedentes a lo largo y ancho de la nación, así como una huelga general. En Hankou, el 10 y el 11 de junio, las tropas británicas y japonesas mataron a quince chinos e hirieron a un centenar. Y el día 23 los británicos asesinaron o hirieron a otros tantos centenares en la isla Shamian y el Pampanga fue bombardeado desde la costa. Para aquel entonces, Win ya había zarpado hacia Estados Unidos como capitán del Whipple, mientras Wallis se quedaba varada en Shanghái, incapaz de salir de allí durante semanas y sujeta, como correo que era, a la posibilidad de ser secuestrada o asesinada por militantes comunistas en cualquier momento.

Mientras estaba allí, conoció y mantuvo una relación romántica con otro guapo fascista, el conde de veintiún años Galeazzo Ciano, temperamental, altivo y firme seguidor de Mussolini. Su padre, el almirante Ciano, había participado en la famosa Marcha sobre Roma y se encontraba entre las figuras involucradas en el asesinato del político antifascista Matteotti. Años más tarde, Galeazzo Ciano llegaría a ser ministro de Asuntos Exteriores italiano. Fascinado por China, el conde se encontraba en viaje de reconocimiento hacia Pekín. En aquel entonces, era aún estudiante en Roma; en 1927 ya sería vicecónsul.

Según la señora Milton E. Miles, cuyo marido era un oficial del Pampanga que más tarde llegaría a ser almirante, «Wallis subió la costa hasta Qinhuangdao, el bello complejo turístico donde la Gran Muralla china llega al

mar. Ciano bajó desde Pekín para pasar mucho tiempo con ella allí. Era el cotilleo entre las mujeres de los marinos en Hong Kong; era un escándalo público». Wallis se quedó embarazada de Ciano. Como aún estaba casada con Win, de haber dado a luz a un hijo concebido fuera del vínculo matrimonial se habrían destruido sus opciones de conseguir un divorcio equitativo y habría supuesto una desgracia tan grande que él podría haber sido expulsado de la Marina. Según la señora Miles, Wallis intentó que le fuera practicado un aborto, lo que le impidió para siempre volver a tener hijos y le provocó problemas ginecológicos graves que la persiguieron durante el resto de su vida. La señora Miles recuerda que, cuando ella llegó a Hong Kong para reunirse con su marido, él le dijo que Wallis había pasado por el ala de ginecología del Hospital Femenino.

Wallis regresó a Shanghái en el Empress of Canada para recuperarse. La huelga continuaba, aunque se permitía que los barcos estadounidenses entraran y salieran del puerto. Bajo una tormenta inclemente, el 29 de agosto Wallis zarpó, en malas condiciones de salud, en un camarote de primera clase del President McKinley, de Dollar Lines, hacia Seattle, pasando por Kobe, Yokohama y Honolulú. Cuando llegó a su destino el 8 de septiembre, ingresó inmediatamente en el hospital.

Mientras tanto, Win había dejado el mando del Whipple y estaba a punto de asumir en Hampton Roads el del buque de la Marina estadounidense Wright, con el que lideraría un escuadrón de torpederos. Wallis se mantuvo en contacto con él; preocupado por su salud, aunque aparentemente no conocía el origen de su enfermedad, se encontró con ella en Chicago y ambos hicieron un nuevo intento de reconciliación. Regresaron juntos a Washington en tren a mediados de septiembre; pronto, Win fue trasladado al Wright. Quedaron como amigos.

Win, al igual que Wallis, había establecido lazos importantes con la administración Mussolini. Ese otoño había recibido al piloto italiano Italo Balbo, uno de los primeros líderes fascistas y socio de Ciano, quien en aquel momento estaba organizando las Fuerzas Aéreas de Mussolini. Balbo había estado a cargo de la milicia de las Camisas Negras y junto al padre de Ciano había sido uno de los líderes de la Marcha sobre Roma. Su amistad con Win se mantuvo hasta su muerte en 1940, cuando fue derribado por el fuego amigo de un puesto de artillería italiana en Tobruk. En 1936 Win recibió la gran condecoración de la Orden de la Corona de Italia por su ayuda a Mussolini en asuntos relacionados con las Fuerzas Aéreas italianas.

Wallis se quedó con su madre en Washington durante tres semanas, recuperándose lentamente. De vez en cuando, viajaba a Wakefield Manor (Front Royal), que apenas había cambiado desde los días de su infancia. Su prima Lelia vivía allí con su marido, el general George Barnett, que acababa de retirarse tras pasar once años en San Francisco como comandante de los marines del Pacífico. Los Barnett se hicieron cargo de Wallis; la pusieron en contacto con su hábil abogado, Aubrey *Kingfish* Weaver, de Weaver & Armstrong, Front Royal.

Weaver le dijo a Wallis que en Warrenton, al otro lado de las montañas Blue Ridge, en el condado de Fauquier (Virginia), se podían obtener con facilidad los divorcios si existía abandono del marido. No sería difícil conseguir que Win le escribiera una carta, con fecha de junio de 1924, en la que afirmara que no quería volver a vivir con ella. El papel de la carta llevaría el membrete del Pampanga.

Tendría que establecer su residencia en Warrenton durante al menos un año, y nunca podría dejar la ciudad por un plazo mayor de algunas semanas. Wallis escuchó con atención, pero le entró un ataque de nostalgia e hizo un nuevo esfuerzo por arreglar el matrimonio. Escribió a Win al Wright; se encontraron en el despacho de Aubrey Weaver en Front Royal. Él le dijo a Wallis que quería ser libre.

Resignada, Wallis viajó a Warrenton el 3 de octubre de 1925. La ciudad estaba cerca de Middleburg, donde había estado en los años de Burrland, en el corazón de la región más aficionada a la caza del zorro. Los concursos hípicos eran los principales actos sociales de la comunidad. Las conversaciones giraban en torno a las razas de los caballos y sus sillas de montar.

Wallis se alojó en Oakwood, la mansión histórica de la señora Sterling Larrabee, propietaria de caballos y de gran relevancia social. Las presentaciones las había hecho Corinne Mustin, quien, tras el fallecimiento en el mar de Henry C. Mustin, acababa de casarse con el capitán George Murray. Después de varias semanas, Wallis se mudó al hotel Warren Green, de cincuenta años de antigüedad, un edificio de ladrillo rojo a imitación del estilo colonial que tenía una galería de dos pisos y un porche acristalado. Aunque el alojamiento había conocido días mejores, aún mantenía, con sus lujosos sillones, sus tiestos de helechos y su vestíbulo decorado con papel de pared estampado de flores, un anticuado encanto victoriano. Wallis se alojó en la habitación 212, en el segundo piso, que tenía vistas a la plaza y al Fauquier National Bank. El mobiliario era soso; había una cama, un tocador, una jarra de agua y una palangana metálicos, y un sillón de cuero agrietado; el gerente

le dio permiso para que lo mandara tapizar, dado que iba a permanecer allí un tiempo. Cuando sacó del equipaje sus cajas, sus elefantes y su biombo, se sintió un poco mejor.

Wallis se encontraba lo suficientemente cerca de los escenarios de su vida anterior como para encontrar amigos de otras épocas. Phoebe Randolph, que había sido compañera suya en Arundell, se había convertido en la señora de Henry Poole, una celebridad local, y Florence Campbell, que había sido amiga suya y de Mary Kirk en Oldfields, era ahora la señora de Edward Russell y un miembro destacado de la alta sociedad. Ambas la recibieron en sus hogares. Wallis se puso también al día con el atractivo Lloyd Tabb, uno de sus antiguos pretendientes, y con Lewis Allen, el médico que había atendido su parto y que ahora presumía de yeguas y caballos castrados que ganaban los concursos hípicos de Warrenton.

Durante la Navidad de 1926, Wallis respondió a una invitación de su antigua amiga Mary Raffray y su marido Jacques, quienes le ofrecían alojarse con ellos en su casa de Washington Square (Nueva York). Su decisión de aceptar el viaje tuvo como consecuencia un encuentro que iba a cambiar su vida y a propulsarla a su aventura más peligrosa hasta la fecha.

6 ERNEST

A última hora de la tarde del día de Navidad, Jacques, Mary y sus amigos estaban reunidos alrededor del árbol cuando sonó el timbre y Jacques se levantó a abrir. Entraron dos hombres; uno de ellos le resultó tan indiferente a Wallis que en pocos días ya se había olvidado de su nombre y de cuál era su profesión. Pero el otro le produjo una impresión tan fuerte como la que le había provocado Winfield Spencer diez años antes.

Jacques se lo presentó como Ernest Aldrich Simpson; hablaba con un acento británico impostado y demostraba unos modales ligeramente altivos. Tenía el cabello castaño, con mechones dorados aquí y allá. Y unos ojos azul intenso afables y comprensivos, las mejillas sonrosadas y la mandíbula cuadrada. Al igual que Win, lucía un bigote oscuro. De complexión robusta, caminaba con aire arrogante, seguro de sí mismo, militar. Tenía veintinueve años.

A medida que avanzaba la noche, se iban desenvolviendo los regalos y se servía la cena, Wallis empezó a sentirse intrigada. Simpson tenía unos modales refinados, sofisticados, daba la sensación de haber gozado de una buena educación y de ser inteligente, y parecía poseer un carácter equilibrado, carente de esa oculta sensación de peligro que había arrastrado a Wallis de forma tan imprudente hacia Win. Su principal problema era que estaba casado, con Dorothea Parsons Dechert, hija y nieta de los reconocidos jueces del Tribunal Supremo de Massachusetts, con la que además compartía una hija: Audrey.

Ernest Simpson era uno de los socios de Simpson, Spence and Young, una empresa que compraba y vendía navíos. La compañía tenía importantes negocios a ambos lados del Atlántico, contaba con oficinas en Londres y agentes en Hamburgo, donde trabajaba en alianza con la línea Hamburg-America Line, y en Italia, donde mantenía relaciones comerciales con el gobierno de Mussolini. Simpson se había marchado de Harvard sin licenciarse, siguiendo el impulso de defender a su amada Inglaterra: sus padres eran británicos. Se enroló en el batallón de cadetes de los Coldstream

Guards. Después, al finalizar la Primera Guerra Mundial, se vio obligado, debido a la negligente gestión de su padre, a renunciar a su cargo y tomar las riendas de la empresa. Pero siguió siendo ultrabritánico aun en Nueva York; caminaba por las avenidas luciendo bombín, la clásica corbata a rayas de su regimiento y un traje liso y oscuro, sujetando un paraguas bien cerrado, como si estuviera en Mayfair.

Este joven caballero norteamericano, impecablemente elegante y correcto, guardaba un secreto, y lo hacía tan celosamente que ni siquiera su propia hija lo conocía: era judío. Su padre había cambiado el apellido original, Solomon, porque temía, y no sin razón, que el mundo de los negocios cerraría sus puertas a una compañía judía nueva y pujante. Como tanto él como su padre eran de piel clara y la mascarada podía mantenerse, Ernest decidió no decirle nada a su primera mujer e incluso se hizo socio de varios clubes que nunca admitían a miembros judíos. Tuvo especial cuidado de ocultar la verdad en Alemania, donde el antisemitismo estaba aún más presente que en las clases políticas y comerciales de Manhattan y Londres.

Wallis nunca tuvo conocimiento de los antecedentes raciales de Ernest. A lo largo de su vida, su actitud hacia los judíos fue ambigua y cambiante; lo mismo era cercana a miembros de las dos familias judías más ricas (e interrelacionadas), los Sassoon y los Rothschild, que podía, según el autor Stephen Birmingham, hablar de dicha raza a gritos usando el término despectivo *kike*. Esto último era típico de la época; Cecil Beaton también se hizo famoso por utilizar esa palabra; en 1938 escandalizó al mundo por usarla en una famosa tira cómica.

Wallis debería haber regresado a Warrenton para cumplir los requisitos de residencia exigidos a fin de obtener el divorcio, pero en vez de ello se embarcó con toda su osadía en una relación con Ernest, a pesar del hecho de que Dorothea Simpson se encontraba en su casa de la calle 68 Este. Wallis y él tenían mucho en común. Ambos disfrutaban con los buenos libros (aunque él era mejor lector que ella); a ambos les gustaba coleccionar figuritas y adornos; ambos tenían grandes conocimientos acerca de la plata y la porcelana. Ernest era un experto en muchos campos, entre los que se incluía la pintura, la poesía y la música. Era todo un representante de una especie que hoy está en peligro de extinción: el hombre de negocios culto. Llevaba a Wallis a museos, galerías, librerías y bibliotecas; y ella aprendía todo lo que él le enseñaba.

Pero él también tenía otros alicientes. Parecía disponer de seguridad económica. Demostraba unos modales perfectos y sabía cómo pedir vinos y

comidas. Es cierto que fumaba —algo que Wallis odiaba—, pero solo le gustaba el tabaco de pipa más refinado, los habanos y los cigarrillos turcos o los de la marca rusa Sobranie. Conducía un par de turismos caros. Era respetuoso, incluso servil, y Wallis hasta entonces nunca había sido capaz de liberar el lado dominante de su personalidad del modo que ella deseaba.

Su relación comenzó a desarrollarse a través de partidas de *bridge* y póquer y de una excursión a presenciar un partido entre el Ejército y la Marina. Pero Wallis pensó que se encontraba en un callejón sin salida: Ernest se negaba a plantearse el divorcio. Estaba la niña. Wallis rompió con él durante un tiempo. Primero se mudó de la casa de los Raffray a una habitación diminuta del hotel New Weston, de estilo británico. Después trató de vender un artículo a *Vogue*, que fue rechazado. Se matriculó en una escuela de secretariado, pero la abandonó pronto. Comenzaba a lamentarse de su suerte.

Se consoló en parte al encontrarse con un viejo amigo de la época de San Diego, el poco agraciado pero encantador Benjamin Thaw, quien se hallaba a cargo de la División Latinoamericana del Departamento de Estado y estaba casado con Consuelo Morgan, la hermana mayor de las famosas gemelas Gloria Vanderbilt y Thelma Furness. Consuelo, Gloria y Thelma eran las preciosas hijas mimadas y testarudas del diplomático Harry Hays Morgan. Cuando Consuelo tenía diecisiete años, mamá Morgan había concertado su matrimonio con el acaudalado aristócrata francés Jean Marie Emmanuel de Maupas du Juglart en Bruselas, donde H. H. Morgan era cónsul general. Dos años más tarde, la pareja se divorció; Consuelo fue acusada de adulterio.

A mediados de la década de 1920, Gloria y Thelma estaban en boca de toda la alta sociedad; habían heredado el atractivo latino, provocativo y moreno de su abuela chilena. Rechazaban llevar las faldas cortas de la época, se paseaban por las fiestas de sociedad siempre *à deux*, con el cabello muy arreglado, largos collares de perlas, diamantes de tamaño industrial y la tez de un pálido espectacular. Thelma se casó con James Vale Converse (hijo), nieto del fundador de Bell Telephones; el matrimonio no duró. Gloria lo hizo con Reginald Vanderbilt, un borrachín al que le encantaban los caballos y el mejor partido de toda Nueva York: había heredado treinta millones de dólares en 1901. Cuando su tío Alfred murió al hundirse el Lusitania, recibió medio millón más.

En 1923 Consuelo contrajo matrimonio con Benjamin Thaw —los Thaw eran una de las familias reinantes en Pittsburgh—, poco después de que naciera la hija de Gloria, Gloria *la Pequeña*. En 1925 Reggie Vanderbilt

murió debido a su alcoholismo; Thelma se casó entonces con lord (Marmaduke) Furness, propietario de la línea marítima Furness-Withy, cuyos barcos hacían cruceros de Nueva York a las islas Bermudas. Benny Thaw se encargó de que Wallis se quedara en Pittsburgh con su prima, Mary Copley Thaw, de ochenta y cinco años e inmensamente rica; al mismo tiempo, habló de Wallis a otros amigos suyos, los Morgan Schiller, que buscaban a jóvenes atractivas que quisieran trabajar para ellos, intentando con pocas posibilidades vender ascensores de construcción.

El alojamiento en casa de Mary Thaw tenía sus aspectos agradables, pero también algunos problemas. La mansión de Mary, Oaklawn, era una mole gótica repleta de antigüedades, pinturas de paisajes sombríos y una colección de cuadros de Corot. Tenía setenta habitaciones, una docena de sirvientes residentes en la casa y un *chef* parisino. Mary estaba profundamente preocupada. Había demandado a su nieto por la cantidad de 600 000 dólares, que según ella él había obtenido extorsionándola. Estaba siendo chantajeada en relación con unos negocios presuntamente turbios. Y, encima, le torturaba la presencia maniática de su disoluto hijo Harry K. Thaw, quien en 1906 había disparado y asesinado al arquitecto más prominente de Nueva York, Stanford White, en el tejado del Madison Square Garden durante una disputa por el amor de la célebre corista Evelyn Nesbit Thaw.

Durante el tiempo que Wallis estuvo en Oaklawn, Thaw, que se había librado de la silla eléctrica gracias al dinero y la influencia de Mary, y había estado interno durante años en un hospital psiquiátrico, se presentaba una y otra vez sin aviso previo en medio de ataques de histeria aterradores. Iba a Nueva York, donde su exmujer, Evelyn Nesbit, tenía un club nocturno; irrumpía en el mismo, tiraba todas las botellas y los vasos al suelo y comenzaba a saltar sobre los cristales.

Wallis no logró que le dieran el puesto con los Morgan Schiller debido a sus escasos conocimientos de matemáticas, algo necesario para entender los detalles técnicos, y regresó a Warrenton pasando por Nueva York. Deprimida en aquella primavera de 1927, encontró algo de consuelo cuando la tía Bessie, que ahora se ocupaba como dama de compañía de Mary B. Adams, propietaria del *Evening Standard* de Washington, le ofreció un viaje a Europa. Justo antes de zarpar, el 16 de junio, solicitó su divorcio a través de sus abogados de Front Royal.

El viaje por Europa le resultó vacío y anodino. En París, a finales de octubre, Wallis se enteró de que el tío Sol había fallecido en Baltimore de un ataque al corazón. Le había enfadado mucho su solicitud de divorcio y

también estaba muy deprimido por los daños, valorados en tres millones de dólares, que el huracán de Florida había causado en sus líneas ferroviarias en julio de aquel año. La lucha constante con las compañías ferroviarias de la competencia y su agotadora labor defendiendo sus intereses políticos en las ciudades de Florida le habían desgastado mucho. Al principio, Wallis, que le debía tanto, lamentó mucho no poder asistir al funeral; pero pocos días más tarde acabó muy disgustada al conocer el testamento. El tío Sol le había dejado únicamente los intereses de unas acciones, valoradas en 15 000 dólares, de sus compañías ferroviarias y de las empresas relacionadas Alleghany Company y Texas Company. Ella, que esperaba un trozo mayor de aquella tarta de cinco millones de dólares, interpuso con furia una demanda judicial contra los fideicomisarios del patrimonio, en forma de advertencia de suspensión. A través de su representante, Josephine Warfield, nieta del tío Henry, denunció que Solomon Warfield se encontraba en situación de incapacidad mental y trastorno emocional en el momento de realizar su testamento, así como que su firma había sido falsificada.

En diciembre de 1927, el juez George Latham Fletcher le concedió el divorcio en Warrenton; entre las declaraciones de su madre y otras personas estaba también la carta supuestamente enviada por Win desde China, curiosamente con sellos estadounidenses, un detalle que el juez decidió pasar por alto. No hay duda de que este fue un divorcio ilícito, dado que la afirmación realizada por Wallis de que no había visto a Win desde hacía cuatro años quedaba en entredicho por las pruebas aportadas, y que ella había omitido cualquier mención de China en su declaración, cometiendo por tanto perjurio. Tuvo suerte de que años más tarde los altos funcionarios británicos, entre los que se encontraban un lord chambelán y un procurador de la Corona, por alguna razón no percibieran esos llamativos sellos de correos.

Ahora que Wallis era libre, volvió a acordarse de Ernest Simpson y regresó a Nueva York para retomar su relación con él. Dorothea se enteró de esto mientras se encontraba ingresada en el Hospital Americano de París y comenzó desde allí los trámites de divorcio. Prematuramente canosa y frágil, años más tarde esta dama de Massachusetts se permitió confesarle al autor Cleveland Amory: «Wallis era muy inteligente. Me robó el marido mientras yo estaba enferma». Ese mismo año de 1928, un tiempo más tarde, Ernest decidió hacerse cargo de la dirección general de su empresa en Londres; su padre actuaba cada vez con mayor negligencia y además estaba involucrado en una relación algo cuestionable con una mujer en París.

Wallis necesitaba tiempo; le encantaba Ernest, pero no estaba enamorada de él. A su rescate aparecieron los Rogers; habían vuelto desde Pekín a Lou Viei, su antigua e impresionante villa en Cannes, situada en la exótica zona residencial de la colina conocida como Californie, y, una vez olvidados los conflictos pasados y las complicaciones emocionales, la invitaron a reunirse con ellos. La casa había sido parcialmente remodelada por Barry Dierks, un arquitecto estadounidense de gran talento.

Wallis llegó en invierno, aunque hacía un tiempo ideal; Californie era una profusión de hibiscos, plumerias y árboles de coral, y por las noches el aroma a jazmín en flor llenaba el ambiente. La casa estaba adornada con enredaderas y ofrecía unas impresionantes vistas del mediterráneo. Herman y Katherine salieron con Wallis y varios solteros disponibles a bailar al Palm Beach Club o a navegar bajo las estrellas en yates alquilados. La Riviera era un lugar de ensueño, dado su encanto y su hermosura tropical, y Wallis se sumergió de nuevo en el lujo de la gran riqueza.

Charló con Herman y Katherine sobre si debía casarse o no con Ernest, y ellos la animaron a que se dejara llevar por sus instintos. No le llevó mucho tiempo decidirse. Ernest le ofrecía liberarse de la miseria y un refugio de seguridad. Una vez que se le había concedido el divorcio, él era libre. Ella no tenía dinero; él se abría paso en los círculos financieros británicos. Ella le telegrafió la aceptación de su vieja propuesta y partió para Londres a finales de junio de 1928.

Como siempre, la fecha fue la oportuna. Del mismo modo que había llegado a China en medio de la guerra civil, apareció en Londres justo para el inicio de la temporada de sociedad, que comenzaba oficialmente el 1 de julio. Fue un mes deslumbrante. El príncipe de Gales, que seguía fascinando a Wallis pero a quien no había vuelto a ver desde aquella abarrotada noche de hacía siete años en San Diego, acababa de inaugurar una serie de fiestas en York House, su Casa de Gracia y Favor en el palacio de St. James. Estaba muy ocupado haciendo añicos la pompa y circunstancia de la vida de la corte al contratar para estas juergas de moda a una orquesta de baile, un espectáculo de vodevil y bailarines de cabaré, e invitar a un montón de miembros de la «dorada juventud» londinense.

En las mesas de las cenas celebradas en Mayfair, que Wallis frecuentaba ahora, la conversación discurría sobre la realeza, la «gente guapa», el sexo, el tenis y los caballos. A pocos se les ocurriría hablar de las barriadas, el paro generalizado o el aumento del coste de la vida. En 1928 Mussolini era el ídolo de la sociedad londinense. Entre sus más acérrimos seguidores estaba

Winston Churchill, que había declarado en Roma, según la cita de *The Times* del 21 de enero de 1927: «Si hubiera sido italiano, estoy seguro de que habría estado a tu lado incondicionalmente, de principio a fin, en tu lucha victoriosa contra los deseos y las pasiones bestiales del leninismo». George Bernard Shaw era uno de los muchos que estaba de acuerdo con esto; al referirse al asesinato político más famoso de Mussolini, decía, en una carta a Friedrich Adler fechada en octubre de 1927: «El asesinato de Matteotti no es mayor argumento contra el fascismo que el de Thomas Becket contra el feudalismo». Casi toda la sociedad influyente de Londres estaba de acuerdo. Visto en retrospectiva, este encaprichamiento con Mussolini solo puede juzgarse peligroso y equivocado. El fascismo fue un sistema corrupto y represivo, fraudulento e incompetente. Mussolini era un cabeza hueca, un matón ridículo y de pose, sin carisma alguno; toda su política exterior, llevada a cabo por Ciano en los años siguientes, era una negación de los principios de la Sociedad de Naciones. De principio a fin, la política británica (y francesa) hacia Italia fue de conciliación y concesión, en lugar de serlo de reprimenda severa y aviso. Llegado el momento, apenas puede sorprendernos que la gente con criterio perdiera la fe en esos gurús que creían que el sistema italiano era una respuesta válida a los males del comunismo. A la vista de las relaciones románticas que Wallis mantuvo con el príncipe Caetani, el conde Ciano y Alberto da Zara, es fácil ver cómo ella también fue engatusada por aquel sistema político corrupto e inválido, y cómo también compartió la convicción de sus méritos con el príncipe de Gales.

Nacido durante el reinado de su bisabuela, la reina Victoria, el príncipe estaba obsesionado con el Imperio; sabía que algún día él sería el monarca de un tercio del mundo y de millones de personas para quienes su rey era casi una divinidad. Su padre, el rey Jorge V, era una figura remota y majestuosa que raras veces condescendía a visitarles a él y a sus hermanos, Alberto, Enrique, Jorge y el discapacitado Juan, y a su hermana María, en la guardería; según la costumbre de la época, el rey dejaba a los niños bajo las infrecuentes atenciones de una sucesión de institutrices, pocas de las cuales no eran sádicas y crueles.

El rey Jorge trataba a los tres chicos mayores como si fueran cadetes en un buque de guerra. Como más tarde escribiría el príncipe de Gales, siempre estaban «en formación». Si en sus trajes de marino o escoceses se observaba el menor desaliño, el rey les reprendía con una ira salvaje; si se metían las manos en los bolsillos, se les cosían para que no lo hicieran. Debían llevar los rígidos cuellos de Eton, que les estrangulaban y les cortaban el cuello como si

fueran sierras. Vestían medias largas y zapatos de hebilla; incluso cuando iban a nadar, debían ir tapados de la cabeza a los pies. El cuerpo, en aquella época, constituía un objeto de vergüenza; excepto en el baño, debía ser ocultado con celo. El sexo tenía como único fin la procreación; se suponía que las mujeres no debían disfrutar de sus placeres en absoluto.

Como resultado de las represiones de su juventud, pronto el atractivo príncipe Eduardo se volvió un rebelde. Tiempo después revolucionaría la moda y liberaría a los varones de las opresiones de siglos. Eliminaría los cuellos rígidos, los chalecos, los chaqués y las polainas; fomentaría las camisas de cuello abierto, los pantalones cortos e incluso el hecho de caminar en público a pecho descubierto.

Era un joven atractivo, rubio, esbelto: el príncipe azul del mundo. A medida que crecía, tan solo su hermano menor, Jorge, que era moreno y alto, mientras que él era bajito —no más de 1,65 metros—, se le podía equiparar. Ambos hermanos tenían un aire femenino: en Oxford, donde no era muy buen estudiante, los rumores vinculaban al príncipe de Gales con su tutor, Henry Peter Hansell; se les conocía familiarmente como «Hansel y Gretel». La reina María había enseñado a los chicos a tejer ganchillo desde niños; mucho se cebaron en eso los críticos, aunque de hecho era una costumbre británica de la época instruir a los miembros varones de la familia en lo que hoy entenderíamos como habilidades predominantemente femeninas.

El príncipe de Gales era partidario de Austria y Alemania; lamentaba mucho las divisiones en la familia real que habían precedido a la Primera Guerra Mundial. Y también lo hacía su madre, la princesa de Teck, que, aunque nacida en Londres, era alemana. El primo de Jorge V y padrino del príncipe, el zar Nicolás II, había sido asesinado por los bolcheviques en Ekaterimburgo; Eduardo nunca olvidó aquello y se comprometió desde joven a barrer el comunismo. Otro primo de su padre, el káiser Guillermo II, le fascinaba; y, por ello, se hizo muy amigo de su familia, hablaba alemán y pasó gran parte de su juventud en Alemania. El primo favorito del príncipe era Carlos, el duque de Sajonia-Coburgo-Gotha, educado en Eton, y quien llegado el día desempeñaría un papel siniestro en su vida.

En la década de 1920, el príncipe emprendió sus famosos viajes imperiales. Ninguna figura real anterior ni posterior cubrió tanto territorio ni saludó a tantos miles de personas. Su porte pequeño y esbelto, su cabello dorado a modo de corona, se convirtieron en el símbolo mundial de la promesa que representaba la juventud.

Era el soltero más deseado de la época, sobrepasando incluso a Valentino en inmensa popularidad entre las jóvenes de todas las naciones. En enero de 1923 la prensa anunció que se iba a casar con lady Elizabeth Bowes-Lyon, cuyo rostro miraba al lector del diario con gracia desde un adorno ovalado y bajo una guirnalda de flores. Una semana más tarde se anunció el compromiso de esta con su hermano Alberto; tiempo después, por supuesto, llegaría a ser la reina madre. Al año siguiente, la reina María de Rumanía intentó emparejar al príncipe con su hija, la princesa Ileana. En 1926 se rumoreó que lady Alexandra Curzon, quien pronto se casaría con su ayuda de cámara Edward *Fruity* Metcalfe, estaba comprometida con él. Ese mismo año, se relacionó a Jorge, el duque de Kent, con Beatriz de Borbón, infanta de España, y en 1928, con la princesa Ingrid de Suecia.

Max Beerbohm, artista y esteta, causó bastante sensación, aunque hoy se haya olvidado, en junio de 1923; con unos poderes parecidos a los de Nostradamus, predijo la abdicación que se produciría catorce años más tarde. Realizó una exposición en las galerías Leicester de Londres donde mostraba una caricatura del príncipe de Gales en 1972 en la que este, que ya había abdicado del trono, era un desdichado anciano casado con una chabacana celebridad social, hija de una casera. La caricatura fue duramente criticada pero Beerbohm se negó a retirarla de la exposición y más tarde se la vendió al representante de actores sir Gerald du Maurier.

Cada movimiento del príncipe generaba titulares; durante la estancia de Wallis en Hong Kong, Shanghái y Pekín, los periódicos estaban repletos de noticias suyas a diario. Su tendencia crónica a caerse de los caballos, su entusiasmo por conducir trenes de vapor, y su afición al charlestón, al *black bottom* y al *jazz* clásico de Nueva Orleans solían aparecer de forma destacada en la prensa.

Cuando Wallis llegó a Londres, el príncipe tenía treinta y pocos años. Era obstinado, caprichoso, encantador y furioso cuando se enfadaba. Iba décadas por delante de su época en lo que respecta a su obsesión por el ejercicio y por mantener una cintura estilizada y un cuerpo en buena forma física y bien entrenado. Se pasaba horas preocupado por la línea y cada mañana realizaba media hora de ejercicios; mientras todos aquellos que le rodeaban iban criando panza con pesados platos de carne, salsas y púdines, él mordisqueaba hojas de lechuga y fruta, y solo hacía una comida completa al día. Le encantaba el deporte y visitar clubes nocturnos; uno de sus días típicos comenzaba con un desayuno, que consistía en una manzana, a lo que seguía un enérgico partido de tenis, el almuerzo (más fruta), una tarde dedicada al

golf o al polo y una cena de pescado o pollo hervido; la jornada terminaba en uno de sus clubes nocturnos preferidos, rodeado de la juventud dorada de la época y llevando del brazo a una preciosa debutante casadera.

El príncipe acababa de estar en París, donde se había visto envuelto en una relación erótica con la famosa Marguerite Laurent, la princesa Fahmy Bey, una belleza exótica que la noche del 9 de julio de 1923, en el tercer piso del hotel Savoy, en medio de una tormenta de reminiscencias góticas, había asesinado a tiros a su marido, un egipcio voluptuoso, debido a un ataque de celos suscitado por el aparente interés de este por otra mujer. Un botones que se encontraba transportando un equipaje oyó los disparos y encontró al príncipe Fahmy en su pijama de seda, sangrando por la boca. La princesa dejó caer el revólver humeante a los pies del hombre que agonizaba y se entregó al inspector del hotel. Hábilmente defendida por sir Edward Marshall Hall, fue absuelta sobre la base de que había sido provocada; después de heredar varios millones, se mudó al hotel Ritz de París, al que el príncipe de Gales dirigía su biplano para pasar con ella muchos fines de semana románticos.

Al mismo tiempo, él mantenía aún una relación, desde muchos años atrás, con Freda Dudley Ward, quien en 1918, a pesar del hecho de estar casada con un diputado de la Casa de los Comunes con el que tenía dos hijos, se había permitido adentrarse en un prolongado idilio con el príncipe. Se la había presentado, curiosamente, la hermana de Ernest Simpson, Maud Kerr-Smiley. Otros rumores aseguraban que el príncipe era bisexual y que durante uno de los viajes imperiales había disfrutado de una relación con su célebre primo Louis Mountbatten, mientras Edwin Mountbatten encontraba consuelo en un surtido de parejas entre las que se cita al famoso pianista negro de clubes nocturnos Leslie *Hutch* Hutchinson.

El 10 de junio de 1930, en una carta a Dora Carrington, el autor homosexual Lytton Strachey escribía:

> Fui ayer a visitar la Duveen Room [Tate Gallery]. […] Había un chapero moreno paseándose en botas de goma india y deseando ser escogido. Ambos nos entretuvimos delante de varias obras maestras, vagando de sala en sala. Después, al levantar la cabeza, vi a otro más atractivo: rubio esta vez…, con cabello grueso de un dorado vivo…, la tez sonrosada y muchísima vitalidad. Así que cambié de objetivo, y comenzaba a moverme hacia él cuando, al mirarle con atención, me di cuenta de que se trataba del príncipe de Gales; sin ninguna

> duda. […] Hui…, quizá de forma absurda…, tal vez podía haber sido el comienzo de una relación muy entretenida.

Esto, por supuesto, no son más que las febriles imaginaciones de un charlatán brillante. ¿Ocurrió en realidad algo de esto? Probablemente la verdad sea que el príncipe, sexualmente ambivalente, no habría mantenido en la época ninguna relación homosexual; que le faltara virilidad a pesar de la imagen romántica que suscitaba a los ojos de millones de mujeres; y que incluso a finales de la década de 1920 fuera lo que los franceses llaman un *demi-vierge*, medio virgen. Vacilante e inseguro, era un amante poco satisfactorio, y sus inclinaciones homosexuales, profundamente reprimidas, se revelaron en lo que acabó siendo una aversión casi histérica a cualquier homosexual. Sin embargo, las figuras gays de la sociedad seguían soñando con su cabeza dorada y su cuerpo esbelto y perfectamente proporcionado. Era el principal objetivo de los cotilleos de la sociedad londinense cuando Wallis Spencer hizo su entrada en ella.

Quizá Ernest Simpson no fuera muy fascinante, pero se le abrían todas las puertas de, al menos, los niveles medios de aquella sociedad en el momento en que Wallis, cansada de vagar, agotada de luchar, se casó con él, tras un breve noviazgo que no fue consecuencia del amor sino de la apatía. El matrimonio se celebró en la oficina del registro civil de Chelsea el 21 de julio de 1928. La madre de Wallis, que sufría un tumor en el ojo, no pudo desplazarse desde Washington y ya había dejado claro que no aprobaba a Ernest, posiblemente porque había adivinado que era judío o tal vez porque su empresa empezaba a tambalearse financieramente. Desde Estados Unidos, no acudió absolutamente nadie, ni siquiera Corinne, ni Lelia, ni Mary Raffray, ni Consuelo, cuyo marido Benny había solicitado un traslado a París. Los testigos fueron el padre de Ernest y el hijo de Maud, Peter, a quien parecía gustarle Wallis tan poco como él a ella. El entorno era soso y estaba sucio, y el banquete no se celebró en la elegante Grosvenor House, donde tenían lugar la mayoría de los eventos de este tipo, sino en el anodino Grosvenor Hotel, una mole sórdida en medio del barullo de la estación Victoria.

No era un comienzo muy prometedor para el matrimonio. Pero al menos la pareja demostró algo de estilo al viajar al continente en un flamante Lagonda conducido por un chófer uniformado. Durante el viaje de luna de miel, que comenzó en París para después continuar por toda Francia y España, Ernest siguió enseñándole a Wallis mucho de arte y arquitectura. La llevaba de un sitio a otro sin descanso, mostrándole galerías, museos y palacios.

De vuelta en Londres, los Simpson encontraron una casa en el número 12 de Berkeley Street, en Mayfair. Era un buen sitio, no alejado de las maravillas de Hyde Park y Green Park. Se lo alquiló amueblado para doce meses Margot, lady Chesham, y en el contrato de arrendamiento estaban incluidos un cocinero, una doncella, un mayordomo y un chófer. Esa era la forma de vida habitual de la clase media alta en aquella época ya perdida.

Maud Kerr-Smiley hizo que Wallis se sintiera en Londres más o menos como en casa, a pesar de que odiaba el clima. Maud celebró una serie de fiestas en su honor y Wallis correspondió con amabilidad. Leía los numerosos periódicos de la ciudad de modo voraz, siguiendo especialmente cada movimiento del príncipe de Gales. Aunque se engañaba a sí misma y al resto, alegando que la obsesión británica con todo lo que rodeaba a la realeza era absurda y equivocada, el hecho es que su ansia por el tema la llevaba a leer una y otra vez el *Court Circular*, el documento oficialmente autorizado que daba cuenta diaria en *The Times* de los compromisos que los miembros de la familia real tenían cada día de la semana. Wallis no estaba bien de salud; con frecuencia contraía resfriados; su matrimonio no tenía alicientes y ella estaba triste gran parte del tiempo.

Durante el otoño de 1928, el príncipe apareció continuamente en las noticias. Estaba planeando una visita a Egipto y al resto de África, un viaje que incluiría un safari en Kenia y una relación con la aviadora Beryl Markham; disfrutó de sus favores alternándoselos con su hermano Enrique, duque de Gloucester, en un escándalo que fue cuidadosamente ocultado por los asesores de prensa de la Casa Real; aparecía en público sin chaleco, lo que instauró una nueva moda; se le vio ayudando a un niño a desenterrar lombrices en la costa; y se reunió en Francia con los veteranos de guerra de las batallas de Ypres para asistir a un funeral en el escenario del sangriento conflicto. Ese tipo de cosas, aparentemente triviales, eran las que suscitaban su interés: su amor al Imperio y la necesidad de preservar la seguridad en el canal de Suez, a través del cual se realizaban las rutas comerciales con la India; su familiaridad y cariño hacia los niños y los pobres; y su obsesión por los horrores de la Primera Guerra Mundial, que consideraba fútil y estúpida, y consecuencia de los innecesarios conflictos mantenidos entre su abuelo, el rey Eduardo VII, y el primo de su padre, el káiser Guillermo de Alemania. Esa guerra le había costado a Inglaterra la flor y nata de su juventud, y el príncipe de Gales, que había participado en el frente de Francia, estaba decidido, con toda su alma, a que nunca volviera a producirse otro holocausto de disparos, bombas y gases.

Todo esto podía comprenderlo Wallis al leer sus discursos, sobre todo la apasionada alocución de Ypres. Ella seguía odiando la guerra; le había producido una gran angustia durante su estancia en Pensacola, y nunca había logrado olvidar la muerte del hermano de su marido, Dumaresq Spencer, en acto de servicio en Francia. Y después, en Cantón (China), había visto en primera fila el horror y el peligro provocado por las sangrientas batallas entre los comunistas y los fascistas chinos. No pudo evitar sentir simpatía por la neutralidad del príncipe de Gales desde el primer momento.

Existía también otro asunto del que ella pronto estuvo al corriente y que no logró llegar ni siquiera a los periódicos más sensacionalistas. Cuando aún mantenía relaciones con Freda Dudley Ward y la princesa Fahmy, el príncipe encontró un nuevo amor: Thelma, lady Furness, la hermana gemela de Gloria Vanderbilt y la hermana pequeña de Consuelo Thaw, la amiga de Wallis. Thelma tenía una belleza sensual, morena, herencia de un antepasado latino. Su acento estadounidense hizo el resto: el príncipe siempre se encaprichaba de las norteamericanas. La conoció en una feria de ganado; ya conocía a Consuelo y a su marido Benny, dijo él, de la época en la que Benny era diplomático en Buenos Aires. Thelma se mudó con todo el descaro a Fort Belvedere, la casa del príncipe situada en el confín del Gran Parque de Windsor, y redecoró el dormitorio de invitados como el suyo, en rosa chillón, y colocando las tres plumas blancas, emblema del príncipe de Gales, en la parte superior de cada uno de los cuatro postes de madera de su cama. Al príncipe le divirtió mucho esta muestra de vulgaridad. Empezaron a practicar juegos infantiles: se compraban ositos de peluche en Harrods y se los intercambiaban como muestras de paz después de las discusiones; bordaban juntos, un arte que a ambos les habían enseñado sus respectivas madres; y se llamaban el uno al otro papá y mamá: mamá era el príncipe. Su relación sexual parece haber sido infantil y poco satisfactoria. Thelma se quejó tiempo después ante sus amigos de que el príncipe no estaba bien dotado y era un pésimo amante. Con bastante rencor le llamaba, como también lo hicieron otras, «hombrecito».

Wallis se enteró de que en diciembre de 1928 el príncipe se había visto obligado a regresar repentinamente de su viaje a Dar es Salaam (Tanganica), porque su padre se encontraba gravemente enfermo; Mussolini, a quien siempre estaría agradecido, le proporcionó el transporte. Wallis, ya fuera por accidente o de forma calculada, alcanzó a verlo una tarde oscura cuando él salía de York House, en el palacio de St. James, en el reluciente Daimler negro de la Casa Real en dirección al palacio de Buckingham para atender a

su padre enfermo. Ella afirma que iba a buscar a su marido a la City cuando lo vio; en realidad, a Ernest siempre lo traía a casa un chófer, y el palacio no se encontraba de camino desde Upper Berkeley Street. Sin embargo, es probable que, al igual que muchos entusiastas, ella estuviera simplemente esperando allí para ver si veía al príncipe.

La vida de Wallis transcurría muy lentamente; Ernest era un hombre lascivo que se insinuaba continuamente a las mujeres en las fiestas. Ella lo aceptaba. Mantenían cuentas juntos y disfrutaban de cenas, partidas de *bridge* y *backgammon*. La única sombra de su vida era la enfermedad de su infeliz madre, quien, como escribió la tía Bessie, había envejecido mal y a los cincuenta y tantos ya era una anciana. A principios de 1929, Wallis y Ernest zarparon hacia Estados Unidos en el Mauretania para visitar a Alice, cuya apariencia les dejó asustados. Regresaron para realizar un viaje por Inglaterra, pero el dolor y el disgusto se mantuvieron.

El contrato de arrendamiento de la casa de Upper Berkeley Street venció después de un año, y lady Chesham, que se había reconciliado con su marido, capitán de los Húsares Reales, de quien había estado separada, quería recuperar el domicilio. Wallis y Ernest se mudaron provisionalmente a un piso en Hartford Street, y andaban buscando casa cuando les llegó desde Estados Unidos la noticia de que Alice se estaba muriendo.

Wallis viajó sola en el Olympic. Tan oportuna como siempre, llegó en pleno crac de Wall Street. Conoció la noticia estando en el barco, y le fue imposible vender sus acciones a tiempo. Perdió casi todos sus 15 000 dólares de la herencia Warfield; su reclamación, cursada con el nombre de Josephine Warfield, no fue atendida hasta el año siguiente, en que se desestimó[8].

Solo le llevó un día o dos enterarse de que la mayoría de las acciones estadounidenses de Ernest también habían sido canceladas. Fue una semana dolorosa, y la muerte de Alice el 2 de noviembre fue la gota que colmó el vaso. Alice no le había dejado nada; era una sucesión intestada. Charles Gordon Allen, su infeliz marido en aquel momento, también estaba en la miseria; sus exiguos ahorros desaparecieron con la crisis. Wallis zarpó de regreso a Inglaterra llena de incertidumbre.

Por suerte, Simpson, Spence and Young no dependía de sus negocios estadounidenses; la compañía siguió comprando y vendiendo navíos con un buen beneficio en Alemania, Italia y los países escandinavos. Los Simpson lograron reunir suficiente dinero para comprar algunos muebles, y Wallis y Ernest encontraron un buen piso en el número 5 de Bryanston Court, en George Street; era amplio y cómodo, e incluía una plantilla de sirvientes que

se alojaban en otras zonas del mismo edificio. El piso tenía un pequeño vestíbulo antes del salón, un comedor que podía dar cabida a catorce comensales, tres dormitorios —un dormitorio principal, un segundo dormitorio y un dormitorio para invitados—, dos baños y una cocina grande. Wallis decoró las habitaciones con buen gusto, con la excepción del dormitorio de invitados, que arregló con una gran cama blanca redonda y sábanas y almohadas rosas. Cuando los invitados entraban en el salón, al mirar a la izquierda veían un sillón de brocado mullido y detrás de él una mesa de caoba con un jarrón chino traído de Pekín; delante había un armario Chippendale repleto de pequeños adornos chinos; enfrente, un espejo estilo Regencia sobre una chimenea tradicional; y a la derecha una silla Reina Ana con el asiento en seda rayada y un sofá grande, tapizado igualmente en seda. Las estanterías de obra mostraban la colección de Ernest de libros de Dickens y de A. A. Milne, autor de *Winnie the Pooh*, su libro favorito, y a cuyo personaje principal él recordaba en más de un sentido.

Durante gran parte del otoño y el invierno de 1929, las actividades del príncipe de Gales consistieron en realizar acrobacias aéreas, reformar sus casas con Thelma y planear otro viaje a África, que tuvo lugar en enero de 1930. Wallis siguió sus movimientos a diario: su largo viaje a Ciudad del Cabo capeando un temporal; su proceso febril; su cacería de elefantes cerca de Nairobi; y, durante el mes de marzo, un rebrote de malaria. Lo que ella no sabía era que Thelma Furness, que estaba participando con su marido en otro safari, se reunió con el príncipe a finales de febrero en Kenia. En una cacería de leones organizada por el gobernador, Thelma se escabulló de lord Furness tras un día de caza y se unió al safari del príncipe para pasar con él cuarenta días. Por las noches su romance supuestamente crecía en intensidad; veintiocho años más tarde, en un libro, firmado a dos manos con su hermana gemela Gloria, ella escribió:

> Era nuestro Edén y estábamos solos allí. Sus brazos rodeándome eran la única realidad; sus palabras de amor, mi único puente con la vida. Arrastrada por la creciente marea de su ardor, me encontré separada del habitual muelle de la prudencia. Cada noche me veía más poseída por nuestro amor, arrastrada cada vez con más velocidad hacia mares desconocidos de sentimientos, feliz de permitir que el príncipe trazara la ruta, sin pensar adónde nos llevaría el viaje.

Esta explicación apenas encaja con sus posteriores quejas de que él era sexualmente inadecuado como pareja; probablemente estaba fantaseando por gusto. El acceso de malaria del príncipe fue breve; Thelma ya estaba en su viaje de regreso a Inglaterra cuando él se recuperó. Filmó elefantes en sus guaridas de Uganda, escapando por poco de una carga de uno de los animales, filmó rinocerontes en el Congo, y voló a Asuán y a El Cairo para visitar los monumentos del antiguo Egipto. El avión utilizado en su viaje a El Cairo se estrelló el día después de que él lo dejara, y sus ocupantes murieron. Estaba de vuelta en Inglaterra en abril.

En octubre de 1930, Benny y Consuelo Thaw se mudaron de París a Londres, donde él fue nombrado primer secretario de la embajada estadounidense. Al mismo tiempo, y para regocijo de Wallis, Corinne Mustin Murray también apareció en la ciudad; su marido, George Murray, era el ayudante del agregado naval. Wallis comenzó a sentirse mucho más en casa en Londres. Se convirtió en parte de la colonia estadounidense, que solía encontrarse al menos dos veces a la semana e intercambiaba noticias de su país.

A través de Benny y Consuelo, Wallis conoció a Thelma Furness. Una vez hubo dado a luz a un hijo, Tony, a lord Furness ya no le importaba la continuada relación con el príncipe de Thelma; y Furness, que era inmensamente rico gracias a sus cruceros de luna de miel a las islas Bermudas a pesar de la crisis, disfrutaba de una luna de miel continua con jóvenes bellezas en el sur de Francia. Como si intentaran rodear al príncipe por todos los frentes, no solo Thelma pasaba los fines de semana en Fort Belvedere, sino que además Gloria Vanderbilt y su hija, «Gloria la Pequeña», se mudaron al imponente Three Gables, edificio que se encontraba directamente enfrente de Fort Belvedere y que podía vigilarse desde las ventanas reales.

Incluso *mamá* Morgan, Laura Kilpatrick, la pintoresca madre de las hermanas, se mudó a Three Gables para completar el asedio. Mientras tanto, inspirado por la iniciativa estadounidense de Thelma, el príncipe remodeló Fort Belvedere desde el suelo hasta el techo, instalando calefacción central —un gran lujo en la Inglaterra de aquella época—, un baño turco, un gimnasio y una piscina. El príncipe llegaba con Thelma de forma romántica a este escondite en avión, haciendo que el nuevo piloto encargado de los vuelos reales, el teniente Edward Fielden, aterrizara con pericia sobre la hierba de Smiths Lawn, en el Gran Parque de Windsor.

Wallis se hizo amiga de Thelma; posiblemente le dio la impresión de que a través de esa conexión lograría poner un pie en la corte. En cualquier caso,

ambas mujeres quedaban para comer, habitualmente en el Ritz, y disfrutaban con los cotilleos del momento; cuando, a mediados de enero de 1931, Consuelo y Benny Thaw invitaron a Wallis a Burrough Court, la casa de los Furness en Melton Mowbray (Leicestershire), el centro de la campiña en la que más se practicaba la elegante caza del zorro, ella aceptó sin pensárselo. Los Thaw le prometieron algo excitante: se esperaba que el príncipe de Gales y su hermano el príncipe Jorge, que todos los años asistían a la cacería Quorn Hunt desde su casa cercana, Craven Lodge, estuvieran también en la fiesta. Lord Furness se encontraba de safari en África en aquel momento.

En el último minuto, la madre de Benny enfermó en París y Consuelo voló hasta allí para cuidarla. Wallis, Ernest y Benny decidieron subir a Melton Mowbray en tren. Estaban en pleno enero y había demasiada niebla para conducir de forma segura.

Wallis estaba nerviosa ante la posibilidad de conocer al príncipe de Gales y se pasó el día en la peluquería. Cuando llegó el sábado, pudo enfrentarse a sí misma de forma más o menos calmada: el piso de Bryanston Court estaba lleno de espejos. Pero seguía aterrorizada: que si no iba a darle una buena impresión; que si se vería fuera de lugar, como había estado en Warrenton, en un ambiente en el que los caballos y la caza eran los principales temas de conversación; que si no se encontraría suficientemente bien —acababa de pillar un resfriado— como para deslumbrarle…

Por fin se encontró preparada. Acompañada por el sufrido Ernest, condujo hasta la estación de St. Pancras, donde se reunieron con Benny Thaw para emprender el viaje. Wallis se fue encontrando peor a medida que avanzaba el día. Mientras el tren traqueteaba a través de la niebla y de la nieve amontonada, ella tosía y estornudaba de forma incontrolada; estaba segura de que tenía fiebre. De repente advirtió que no tenía ni idea de cómo debía dirigirse al príncipe. Benny le dijo que el trato correcto era «señor». Cayó en la cuenta de que tampoco sabía hacer una reverencia; Benny debía enseñársela de inmediato. Así que en aquel tren que se balanceaba, traqueteaba y además estaba cubierto de hollín, Benny Thaw, diplomático de carrera y primer secretario de la embajada estadounidense en Londres, consiguió realizar una torpe reverencia. Wallis se sentía tan mal que no fue capaz ni de reírse. Pero imitó a Benny y al final del viaje dominaba el arte a la perfección.

El tren entró despidiendo vapor en Melton Mowbray en medio de una densa niebla amarilla. Thelma les había enviado un coche. Con una lentitud dolorosa, el chófer tuvo que luchar contra la humedad y las zonas sombrías y

heladas. Finalmente, se detuvo delante de una casa grande, con tejado a dos aguas, que imitaba el estilo Tudor. «Tudor de nuevos ricos», calificaría más tarde Osbert Lancaster este estilo arquitectónico. Averill Converse, hijastra de Thelma, era quien estaba en la puerta —en lugar de hacerlo el mayordomo— para recibir a los invitados. Averill les dijo a sus huéspedes que Thelma se había acercado a Craven Lodge para recoger a los dos príncipes. Cuando Ernest y Wallis subieron a su habitación para refrescarse, lo único que ella era capaz de hacer era estornudar y toser de forma lamentable.

Averill ofreció a sus invitados un prolongado té de la tarde. Las horas iban pasando en el reloj del abuelo. Wallis comenzó a preguntarse si los príncipes iban a aparecer en algún momento o si se habrían quedado aislados en la niebla. Finalmente, después de dos horas, a las siete de la tarde, oyó el sonido de un coche acercándose por el camino de gravilla y más tarde un murmullo de voces. Entonces, el mayordomo abrió la puerta principal.

7 EL PRÍNCIPE

Morena, vital y guapísima, Thelma entró tan tranquila con el príncipe. Era la primera vez que Wallis veía al príncipe de Gales de cerca: la figura que se movía lejana entre la multitud en el Hotel del Coronado y la presencia de cara triste que apenas había atisbado en el interior del automóvil de la Casa Real que abandonaba el palacio de St. James, el personaje de los noticiarios, periódicos y revistas… se encontraba en ese instante diciéndole «buenas noches» y dándole la mano. Ella le hizo una reverencia. Y le observó con atención, muerta de curiosidad.

A Wallis le gustó desde el primer momento. Era incluso más bajito de lo que parecía en las fotografías. Daba la impresión de estar en forma, pero era menudo, delicado y esbelto. Tenía el cabello de un dorado brillante; y los ojos, de un azul cansado, angustiado, con bolsas prematuras debajo como consecuencia, descubriría Wallis más tarde, del alcoholismo y el insomnio. Casi infantil desde lejos, tenía la piel arrugada debido al exceso de exposición al sol tropical en sus viajes a los confines del Imperio. Sus dientes eran blancos y uniformes, y los mostraba con frecuencia en una sonrisa contagiosa, socarrona, a la que muy poca gente se podía resistir. Llevaba puesto un traje de *tweed* chillón de cuadros. Se le veía relajado, informal y risueño. Su rostro, entre carcajadas, resultaba sincero, inocente y alegre; cuando estaba en reposo, parecía intensamente triste, poseído por algún dolor secreto. Parte de ese pesar estaba causado por los recurrentes problemas sexuales que Thelma Furness comentaría más tarde, con poca elegancia, en los círculos internacionales.

Ya era de noche. La cena se serviría a las nueve. Para acoger a sus huéspedes reales, Thelma preparó un segundo té, lo que obligó a Wallis, que seguía una dieta estricta, a afrontar otra ronda de bollitos, bizcochos y la bebida favorita de Inglaterra. A la conversación le faltó entusiasmo. Finalmente, Wallis y Ernest se dirigieron a sus habitaciones para arreglarse para la cena mientras Thelma se acercó a la habitación de los niños para acostar a su bebé, Tony, y a la prima de este, Gloria *la Pequeña* Vanderbilt;

Gloria madre estaba en Francia. La conversación de la cena inspiró poco a Wallis: se centró en asuntos relacionados con la caza, que seguía sin gustarle, los perros y las razas de los caballos. Se aburrió tanto y se sintió tan alienada como se había encontrado en Warrenton. Su catarro aún persistía y en la mesa estaba sentada muy lejos del príncipe.

Después de haberse recuperado un poco tras dormir hasta tarde la mañana siguiente, Wallis, que seguía moqueando en su pañuelo, bajó las escaleras y se encontró al príncipe de Gales charlando con su leal asesor, el general de brigada Gerald F. *G* Trotter, un encantador canoso que había perdido el brazo derecho en la guerra de los bóers y que llevaba la manga del uniforme sujeta al pecho de la guerrera. Wallis advirtió que en la mesa del almuerzo no había tarjetas indicando dónde debía sentarse cada uno, así que, con audacia, lo hizo junto al príncipe. Él observó de forma casual: «Debe de echar de menos la calefacción central, señora Simpson». A lo que ella, con sorprendente descaro, le contestó mintiendo: «Al contrario, señor, me gustan las casas frías de Gran Bretaña». Después, añadió: «Lo siento, señor, pero me ha decepcionado». El príncipe, comprensiblemente sorprendido por esta imprudencia, le preguntó: «¿En qué sentido, señora Simpson?». Aunque, sin duda, las expresiones de Ernest, Thelma, *G* Trotter y el resto de invitados reflejaban sobresalto y consternación, ya no había quien parara a Wallis, que respondió: «A todas las mujeres estadounidenses que venimos a Inglaterra nos preguntan lo mismo. ¡Esperaba que el príncipe de Gales fuera un poco más original!».

Wallis había captado con sagacidad, desde el primer momento en que miró al príncipe a aquellos ojos azul pálido, débiles y sensibles, que deseaba ser dominado por las personas fuertes; que le gustaba que le hicieran frente. Sus cálculos, fríos y expertos, valieron la pena. El príncipe fue incapaz de sacudirse su agudo comentario; ella había suscitado su interés, y lo sabía.

La cena de aquella noche fue todo un acontecimiento. Docenas de nobles locales y sus mujeres se reunieron en el comedor y conversaron de caballos durante horas. Al día siguiente, Wallis, Ernest y Benny regresaron a Londres. Tal vez porque el encuentro con el príncipe había despertado en ella pensamientos que no le apetecía reprimir, durante los siguientes días Wallis se comportó de forma irascible y radical. Despidió a su chófer por hacerle un comentario mínimo a Ernest; se deshizo de una doncella y echó a un cocinero. La consumía una nueva ambición: debía ver al príncipe otra vez. Una ocasión ideal sería su presentación oficial ante la corte. Cuando una amiga estadounidense, la mujer de Reginald Anderson, sugirió que debía ser

presentada, ella aceptó de inmediato, incluso a pesar de que la señora Anderson, como personalidad, le importara más bien poco. Su prima, Lelia Barnett, había ido a Londres en el otoño de 1929 para una presentación similar, y Wallis la había ayudado a escoger su vestido. Thelma Furness también había sido presentada; al igual que Consuelo y Gloria. Wallis no podía quedarse atrás.

Las condiciones de la presentación demostraban el rigor moral típico del reinado de Jorge V, cuyos elevados niveles de conducta contrastaban de forma extraña con la autoindulgencia y la promiscuidad decadentes del moderno Londres de los años treinta. Durante años, no se recibió a ninguna mujer divorciada en la corte. Para 1931, una divorciada podía ser presentada, pero debía demostrar que el cargo de adulterio, crueldad o deserción recaía sobre el marido. La mínima sospecha de que se tratara de un divorcio colusorio estaba muy mal vista, lo que reducía las opciones considerablemente.

Para lograr pasar por el ojo de la aguja que constituía la aceptación social, algo que significaba para ella mucho más de lo que reconocía, Wallis escribió ansiosa a la mujer de Sterling Larrabee, antigua anfitriona suya en Warrenton, para que obtuviera del archivo del juzgado de la ciudad los documentos de divorcio necesarios. Por qué motivo no escribió a Front Royal a su abogado, Aubrey Weaver, es un misterio, si bien Wallis no solía tener buena memoria para los nombres. En cuanto escribió a la señora Larrabee la invadió un ataque de pánico, y envió otra carta a la tía Bessie contándole su interés por el príncipe, e insistiéndole por telegrama en que no debía decir nada del encuentro en Melton Mowbray. Tenía miedo de que se filtrara algo a la prensa. Pero entonces, de forma impredecible, después de pedir esto con tanta severidad, fue ella la que no pudo resistir alardear del encuentro. Escribió a Mary Kirk Raffray a Nueva York contándoselo y después, impulsivamente, le dio permiso a Bessie para que se lo relatara a Lelia Barnett, y se lo dijo a Benny Thaw, que habló con Corinne… Era obvio que se encontraba en medio de una excitación nerviosa, mezclada con tensión, y que apenas sabía lo que estaba haciendo. Y eso que afirma en sus memorias que la realeza no significaba nada para ella.

La señora Larrabee demostró ser una buena amiga y le envió los documentos del divorcio a Londres. Pero como no era ninguna experta solicitando documentos, no supo obtener las importantísimas declaraciones de Alice y Wallis; esta la mandó ir de nuevo al juzgado para conseguirlas y enviárselas.

Mientras tanto, el príncipe de Gales y su hermano Jorge habían abandonado Inglaterra para viajar a España pasando por París y cruzar después el Atlántico hacia el Caribe y Sudamérica. El viaje, que duró muchas semanas, poseía el doble beneficio de ayudar a solucionar los problemas comerciales británicos al sur de Panamá y hacer desaparecer a Jorge, bisexual y predestinado a la tragedia, de una situación delicada relacionada con un chico parisino. Durante la ausencia del príncipe, Wallis no perdió el tiempo sacando provecho de su encuentro real. Una vez se corrió el rumor de que había conocido al príncipe, comenzó a recibir una invitación tras otra, a las que arrastraba con ella a Ernest, exhausto e irritable, que debía trasnochar después de un duro día de trabajo en su despacho.

Su ambición social era feroz, obsesiva. Entre los anfitriones de los Simpson aquella primavera de 1931 estuvieron lord y lady Sackville, quienes les invitaron a su fabulosa finca, Knole. Al mismo tiempo, Wallis comenzó a frecuentar a Thelma con mucha mayor intensidad, obviamente porque era consciente de lo que esa amistad podría acercarla al trono. Y también pudo conocer a Gloria Vanderbilt, que cada vez pasaba más tiempo en Inglaterra, y a la pintoresca Nadeja, conocida como Nada, lady Milford Haven. Rusa blanca y sofisticada, Nada Milford Haven compartía con Thelma y Gloria el ser miembro de un grupo de lesbianas de la alta sociedad que disponían de un gran poder y eran la causa de constantes cotilleos íntimos en los salones de Mayfair.

El 15 de mayo, Thelma organizó una gran fiesta de bienvenida para recibir a los dos príncipes en su casa de Grosvenor Square. Los invitados se emocionaron cuando entró Thelma, resplandeciente en un vestido plateado, con el príncipe de Gales. Cuando el príncipe se acercó a Wallis, le susurró a Thelma: «¿No he visto a esta mujer antes?». Thelma le recordó que le había presentado a Wallis en su casa. Le dio la mano a Wallis cuando ella se levantó de su reverencia y le dijo lo mucho que había disfrutado de su encuentro previo. Ella sonrió, y él siguió saludando a los presentes.

Unos días más tarde, el lord chambelán, que accidentalmente había pasado por alto los reveladores sellos estadounidenses en la carta falsa de Win desde Cantón, aprobó la presentación de Wallis en la corte. Ella estaba encantada. Era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera el gran acontecimiento que tendría lugar en junio. Sin embargo, contaba con una distracción: su amiga Mary Kirk Raffray, que se estaba separando de Jacques, le anunció que llegaría a bordo del Mauretania en pocos días. Wallis estaba demasiado ocupada para alegrarse de esta visita; el lado oscuro de su

naturaleza salió a la luz cuando empezó a inquietarse por la llegada de su amiga más antigua y querida.

Mary tuvo una travesía accidentada, pero superó el mareo mediante elaborados flirteos con varios solteros jóvenes y atractivos que se encontraban a bordo. Llegó a la estación de tren de Londres acompañada de no menos de cinco pretendientes, pero olvidó al grupo cuando se alejó corriendo con Wallis a través de la multitud. Wallis estaba invitada a comer en casa de Consuelo y Benny Thaw, y no pensaba perdérselo por nada del mundo. Con equipaje y todo, llevó a la exhausta Mary a toda prisa a la casa de Consuelo para que conociera a Thelma y Nada. Por el camino, le confió a su amiga que la casa de los Thaw era usada como nido de amor por el príncipe y Thelma.

Mary apenas tuvo tiempo para empolvarse la nariz mientras la excitada Wallis la llevaba a la carrera de un té a una cena; no llegaron a su casa de Bryanston Court hasta la madrugada. Mary se desplomó exhausta en la espantosa cama circular de sábanas y cojines de felpa rosas y edredón de satén de la habitación de invitados. Wallis pasó los siguientes días en un continuo trajín con Mary. Las ocasionales cenas en Bryanston Court tenían un aroma poco convencional: Ernest formalmente ataviado de frac o etiqueta y las dos chicas en pijama y bata de andar por casa. Felipe Espil, el antiguo enamorado de Wallis de la época de Washington, era ahora el primer secretario de la embajada argentina y recibía con frecuencia a los Simpson y Mary. El día del derbi de Epsom, el 3 de junio de 1931, el elegante diplomático estadounidense William Galbraith y su antipática y cortante esposa, Katherine, llevaron a la emocionada Wallis y su pandilla a Epsom Downs para ver la carrera desde la parte superior de un autobús de dos pisos londinense alquilado, mientras tomaban champán, caviar y pollo frío que sacaban de cestas de pícnic.

Por fin llegó el día de la presentación: el miércoles 10 de junio. En un estado de histeria, Wallis pidió prestado el abanico de Thelma, elaborado con tres plumas de avestruz, el emblema tradicional del príncipe de Gales que se requería llevara todo presentado. También era preciso el vestido blanco. Como ella era demasiado alta para que le sirviera el de Thelma, llevó el de Consuelo. Thelma le prestó la cola del vestido. Ella compró un colgante en forma de cruz de aguamarina y cuarzo y un prendedor de flores. El millonario estadounidense Lester Grant les prestó a ella y Ernest su automóvil.

Los Anderson y los Simpson salieron de Bryanston Court pronto para evitar el tremendo atasco del Mall. Ya había multitudes esperando que miraban el lujoso interior del coche intentando reconocer a sus ocupantes. Era

la primera vez que Wallis iba al palacio de Buckingham. Estaba completamente embelesada. El chófer atravesó la puerta de hierro, y aparcó el vehículo en el patio. Wallis y su grupo se dirigieron a una entrada especial, y entraron por un vestíbulo donde lacayos vestidos de librea recogieron los chales de las damas. Desde allí, los invitados subieron lentamente la alfombra roja de la gran escalera, a cuyos lados se alineaban los alabarderos de la guardia en sus trajes de época isabelina, y siguieron un pasillo iluminado por lámparas de araña hasta el salón de baile rojo y dorado. Wallis estaba fascinada por la tarima del trono. El rey y la reina estaban sentados el uno junto al otro delante del dosel de terciopelo carmesí bordado en oro, debajo del cual se habían sentado en el Delhi Durbar de 1911. Bajo la cima del dosel, estaban bordados en oro el león y el unicornio reales, y, en el otro lado, columnas onduladas blancas sostenían una muestra de figuras nobles clásicas.

El rey llevaba su uniforme completo; la reina iba ataviada con un vestido de satén blanco bordado con cuentas y una gargantilla de perlas y diamantes. El príncipe de Gales permanecía de pie detrás del trono. El indispensable *G* Trotter condujo al grupo de Wallis a los asientos de la zona delantera. Pronto, la sala estuvo completamente llena. A una señal del director de la orquesta de palacio, presentadores y presentados formaron una línea que iba pasando por delante del trono, en la que las damas, una a una, iban haciendo reverencias a la pareja real. Más tarde, todos se retiraron a unas estancias apartadas y el príncipe se unió a sus padres para conversar brevemente con los invitados. Wallis oyó cómo le decía a su tío abuelo, el duque de Connaught: «Deberíamos hacer algo con respecto a las luces. Hacen que todas las mujeres parezcan pálidas».

Tras la presentación, Thelma invitó a Wallis, Ernest y los Anderson a que se reunieran con ella y el príncipe para tomar algo en su casa. Con bastante descaro, Wallis le preguntó al príncipe por su comentario sobre las luces. Le sorprendió que su voz se hubiera oído tanto; sin duda había infravalorado la intensidad con la que ella, fingiendo indiferencia, estaba atendiendo a cada una de sus palabras. Una vez más, con gran inteligencia, había picado la curiosidad real.

Cuando los Simpson salieron de casa de Thelma a las tres de la madrugada, el chófer estaba esperándolos para llevarlos a casa. Pero el príncipe se ofreció a hacerlo personalmente en su propio coche. Wallis dio permiso a su chófer para que se fuera. Al llegar a Bryanston Court, invitó al príncipe a que subiera a tomar algo. Él declinó la oferta con una sonrisa; iba

de camino a Fort Belvedere. Pero le señaló que le tomaría la palabra en otra ocasión.

Poco después de esta noche memorable, Consuelo Thaw le ofreció a la encantada Wallis la oportunidad de realizar un viaje por el sur de Francia. La idea inicial era que se tratara de un viaje solo para mujeres; dejarían a Benny y Ernest en París, y Gloria Vanderbilt se reuniría con ellas en el hotel Miramar de Cannes. Wallis aceptó, aparentemente sin darle importancia a que la aventura podría albergar connotaciones lésbicas. Mary Raffray la acompañó durante parte de la excursión. En París, cuando Wallis, Mary y Ernest Simpson estaban cruzando una calle, un taxi, que dobló la esquina a demasiada velocidad, golpeó frontalmente a Mary lanzándola contra el suelo. Wallis, horrorizada, corrió a su lado. Llevaron a Mary, que no dejaba de llorar como una histérica, a toda prisa al apartamento de Gloria Vanderbilt, para trasladarla luego al Hospital Americano de Neuilly. Tras intercambiar varios telegramas de ida y vuelta, una tía millonaria de Mary, Minnie, que vivía en París, se ofreció a hacerse cargo de ella. Cuando, finalmente, a Wallis le pareció que Mary estaba suficientemente recuperada, siguió camino hacia Cannes. Mary regresó a Nueva York, con la salud dañada para siempre.

A Wallis le resultó violento afrontar una situación incómoda en el sur de Francia. Descubrió allí que debía compartir habitación con Consuelo. Ignoraba a qué conduciría aquello, pero una mañana la doncella de Gloria Vanderbilt, Maria Caillot, entró en la habitación de Gloria y se encontró a esta y a Nada en *négligé* disfrutando de un apasionado beso. Wallis advirtió que a los hombres les echaba para atrás este *ménage* erótico, y que ella quería ir a buscar hombres casaderos. Cuando Ernest, que tal vez tuvo el presentimiento de dónde estaba metida ella, la llamó para que volviera a Londres y asistiera a la fiesta que celebraban lord y lady Sackville, Wallis hizo la maleta y huyó[9].

De vuelta a Londres, Wallis, deprimida, se enteró de que la empresa de Ernest se iba a pique. Su continuo despilfarro había agotado todo lo que quedaba del acuerdo fideicomisario del tío Sol, y ahora había reducido a su infeliz marido a tal estado de penuria que este había tenido que despedir al chófer y vender el coche. Intentar mantenerse a la altura de los ricos le había destrozado los nervios y convertía las cuentas semanales en un tormento. Una vez más, su insistencia en las fiestas nocturnas agotaba a Ernest, que tenía que levantarse a las ocho para ir a su despacho en metro, reventado. Empezó a tener un aspecto demacrado y pálido, y se le formaron unas bolsas oscuras debajo de los ojos.

Durante el otoño de 1931, Wallis se sintió muy mal. Se le inflamaron las amígdalas y tuvieron que operarla. Consuelo iba a verla a diario; su disposición parecía ir más allá de lo habitual en una amistad normal; su interés por Wallis no se había evaporado. Wallis le tenía pavor a sus visitas. Fue un noviembre lúgubre, nebuloso; durante semanas, Wallis permaneció echada en la cama, exhausta debido a la operación, infeliz e incómoda por su penosa condición. Tardó en saber del príncipe de Gales, pero al final su paciencia se vio recompensada. A fines de enero de 1932, la deseada invitación a Fort Belvedere iluminó la melancolía invernal. Los Simpson condujeron un coche prestado a través de la campiña nevada hasta Sunningdale (Berkshire), y llegaron a primera hora de la tarde. La carretera se abría paso a través del bosque hasta que, de modo inesperado, esta desembocaba en un camino de gravilla que permitía ver las torretas iluminadas y las almenas de un castillo de cuento de hadas. La luz de las lámparas iluminaba las grandes ventanas y, al sonido del motor del coche, apareció un lacayo vestido de librea para abrir la puerta y hacerse cargo del equipaje. Con su típica informalidad, el príncipe, vestido con un *kilt*, se personó en la puerta para recibir a sus invitados.

Condujo a Wallis, feliz y rejuvenecida, y a Ernest a través de una antesala octogonal con suelo de mármol blanco y negro al salón, decorado con esmero y repleto de pinturas de Canaletto. Las lujosas cortinas de satén dorado estaban retiradas, dejando entrar la noche en la estancia; el ambiente era acogedor, cómodo y muy americano, debido a la influencia de Thelma. Había sillones tapizados en tela satinada, mesas de estilo Chippendale y un piano de cola. A pesar de que el fuego crepitaba con alegría en la chimenea, la calefacción central estaba a pleno funcionamiento. También estaba Thelma, además de *G* Trotter y los Thaw. El príncipe insistió en acompañar a los Simpson a su habitación. Cuando volvieron, una vez se hubieron arreglado para la cena, les sorprendió encontrar al príncipe, observado con atención por Thelma, bordando minuciosamente una funda para una mesa de *backgammon*. Él levantó la vista con timidez y les dijo: «Este es mi vicio secreto. El único, en cualquier caso, que intento ocultar por todos los medios».

La cena tuvo lugar en el magnífico comedor revestido, decorado con cuadros de caballos pintados por Stubbs. A Wallis le divirtió advertir que el príncipe guardaba su pitillera en la escarcela que llevaba sobre la falda escocesa. Terminada la comida, los invitados se unieron a su anfitrión en partidas de cartas o intentando completar un rompecabezas gigante. Después bailaron mejilla con mejilla los últimos *fox-trot* y rumbas. Finalmente llegó el

momento que estaba esperando Wallis: el heredero al trono le pidió que bailara con él. «Me pareció un buen bailarín, diestro, ligero, con verdadero sentido del ritmo», escribiría años más tarde.

En marzo de 1932, un viejo amigo de Wallis de la época de Pekín, Georges Sebastian, invitó a los Simpson a que lo visitaran en su elegante mansión de Hammamet (Túnez). Cuando Wallis, apenada, le contestó diciéndole que no podría por motivos económicos, él le envió los billetes. Fue un viaje agradable, y Georges un excelente anfitrión. Poco después, llegó la tía Bessie e invitó a los Simpson a un viaje por Europa. Pero, a pesar de estas aventuras, Wallis seguía en un estado de fuerte tensión; su matrimonio no funcionaba, y los problemas financieros y el deseo frustrado de ver más a menudo al príncipe de Gales la habían postrado de nuevo en un estado de salud delicado y aquejada de úlceras. Como consecuencia de ello, el viaje con la tía Bessie se vio acortado.

Wallis también se entretuvo con lo que se convirtió en un escándalo ese verano: la relación de Consuelo Thaw con una encantadora mujer extranjera. El hecho constituía un tormento para Benny, tan correcto y decente, dado su puesto en la embajada estadounidense, pero también dejaba expuesta a una avergonzada Wallis, debido a los dañinos cotilleos que hacían referencia al devorador interés de Consuelo por ella. Así que comenzó a esquivar a Consuelo. Y además tuvo otro problema: en aquellas semanas de verano, el príncipe de Gales había encontrado otra distracción femenina: la célebre aviadora Amelia Earhart, que acababa de acaparar todos los titulares de la prensa internacional al ser la primera mujer que lograba cruzar el Atlántico en un vuelo sin escalas. Aparentemente ignorando a Thelma, el príncipe sacaba ostentosamente a bailar a Amelia, demostrando una vez más su insana fascinación por las mujeres casadas. Llevó a Amelia al derbi, lo que provocó una oleada de comentarios emocionados en la prensa estadounidense; los periódicos británicos evitaban remilgadamente toda mención del nuevo romance. *The New York Times* señaló que había bailado con Amelia en la fiesta del derbi una y otra vez.

El príncipe no trató bien a Thelma ese año; buscaba nuevas conquistas. Viajó a la Italia de Mussolini sin ella y realizó el saludo fascista ante la muchedumbre al llegar a Venecia, donde bailó en repetidas ocasiones con una joven belleza húngara, con la que compartió un baño en el Lido a la mañana siguiente. Pasó revista a las flotas italiana y británica fondeadas en Corfú; después se dirigió a Montecarlo, y el 25 de agosto fue visto varias veces bailando agarrado con una joven estadounidense, Barbara Warrick, mientras

doncellas francesas les lanzaban flores desde el balcón del casino. De allí fue a Suecia, acompañado por el príncipe Jorge, y flirteó públicamente con la bella princesa Ingrid, por lo que se especuló mucho, aunque sin fundamento, acerca de un compromiso. Tras un paso rápido por Irlanda, donde existía la amenaza de que el príncipe fuera asesinado por el IRA, regresó a Inglaterra y voló al norte del país para observar las penosas condiciones de trabajo que tanto le irritaban y molestaban.

Durante el largo periplo del príncipe por el extranjero, Wallis fue sintiéndose cada vez más infeliz, frustrada y enajenada en Bryanston Court. Seguía discutiendo con sus empleados, despidiendo y volviendo a contratar sirvientes; continuaba estando enfermiza y quejica, y sus úlceras le causaban mucho dolor e incomodidad. Sin embargo, le consolaba el hecho de que el príncipe hubiera dejado pasar poco tiempo después de regresar al país antes de volver a invitarlos a ella y a Ernest a Fort Belvedere. En enero de 1933, Wallis hizo otra visita más allí, pero de sus cartas se desprende claramente que en aquella época ya estaba irritada por el control que Thelma ejercía sobre el príncipe; le escribió una nota nerviosa a la tía Bessie, claramente enojada por la imagen del príncipe y ella bordando juntos. No se daba cuenta de que el príncipe ya le había echado el ojo.

Para marzo de 1933 ya lo sabía. No era frecuente que los miembros de la familia real enviaran mensajes a los pasajeros que viajaban en barco, salvo que dichas personas hubieran sido promovidas al papel de favoritas de la corte. Cuando Wallis zarpó a bordo del Mauretania para visitar a la tía Bessie en Washington, en el barco se recibió un telegrama para ella, en el que se le deseaba un buen viaje y un feliz regreso. La noticia se extendió rápidamente por el barco, con lo que se aseguró la máxima atención de los oficiales y la tripulación. Ella vio el viaje como una oportunidad para escapar de su sofocante matrimonio. Disfrutó de las atenciones de muchos hombres y pasó gran parte de su tiempo en Washington envuelta en mareantes relaciones amorosas; añadió otro grupo de pretendientes en el viaje de regreso. Es evidente que le resultó duro volver a una relación monógama, a pesar de que el bueno de Ernest, tan aburrido como leal, la fuera a buscar cuando el barco atracó en Cherburgo.

Tras su regreso, la relación de Wallis con el príncipe de Gales experimentó un cambio. Y prueba de ello puede encontrarse en un episodio en el que participó Henry Flood Robert, el hijo de Grace Flood Robert, la vieja amiga de Wallis de los días de Coronado, que había llegado a Londres para participar en la Conferencia Monetaria Internacional. Wallis, Ernest y Grace,

que se alojaba en su casa, fueron a recoger a Henry al tren. Wallis le preparó una excelente comida norteamericana, que incluía pollo frito. Fue un encuentro emocionante; Wallis estaba encantada de recordar los viejos tiempos del sur de California. Curiosamente, Thelma Furness estuvo presente, pero tan fuera de lugar como Ernest, ambos envueltos en una oleada de recuerdos que no podían compartir. El señor Flood Robert nunca olvidará lo que ocurrió aquella tarde a eso de las cuatro:

> De repente, se abrió la puerta y entró una doncella. Anunció que el coche real estaba a la puerta. Y que esperaba que la señora fuera en él hasta Fort Belvedere… ¡porque el príncipe de Gales la estaba esperando! De inmediato, Wallis, delante de Ernest y Thelma, recogió su abrigo y su bolso y salió sin decir una palabra, dejándonos a todos tan impresionados que no pudimos reaccionar. Yo miré a Ernest y vi que se le humedecían los ojos. No fui capaz de mirar a Thelma. Sentí compasión por Ernest, pero admito que, al dirigirnos al hotel, le dije a mi madre: «¡Cuánto poder ha ganado Wallis!».

La inscripción de un brazalete que Eduardo le regaló a Wallis tres años más tarde, pero que ahora está en posesión de la condesa de Romanones, indica que no fue mucho después de ese suceso cuando el vínculo entre el príncipe y Wallis se convirtió en una relación sexual. La condesa no revela las palabras exactas de la inscripción, que se remiten a un aniversario significativo, pero sí reconoce que contienen una referencia muy íntima a una «bañera». Según el fallecido sir Dudley Forwood, posteriormente ayuda de cámara del duque de Windsor, la relación entre Wallis y el príncipe era extraña. En 1987, dijo:

> Las técnicas que Wallis descubrió en China no superaron por completo la extrema falta de virilidad del príncipe. No está claro que él y Wallis mantuvieran un intercambio sexual en el sentido habitual de la expresión. Sin embargo, sí que logró aliviarle. Aunque reprimido, él siempre había sido un fetichista de los pies, y ella se dio cuenta y satisfizo sus perversiones completamente. Además, a petición de él, se enzarzaron en unos sofisticados juegos eróticos. Entre ellos se incluían escenas de niñera y bebé en las que él llevaba pañales y ella era la maestra. Wallis era la dominante y él se sometía encantado. Así, satisfaciendo sus necesidades, unas necesidades que él

> probablemente nunca le había contado a la señora de Dudley Ward ni a Thelma Furness, se ganó su eterna gratitud y supo que él dependería de ella durante toda su vida.

Hay quien no está de acuerdo con esta opinión, y entre ellos se encuentra el teniente de Alberto da Zara, Giuseppe Pighini, quien dijo en 1987: «Amigos cercanos de Wallis me contaron que, efectivamente, ella le dio a conocer al príncipe técnicas que a él le facilitaban lograr la satisfacción durante el acto sexual. Y es que él era tan sensible que, antes de conocerla, se excitaba demasiado rápido y por este motivo no podía consumar sus relaciones».

Ese mismo año, Adolf Hitler alcanzó el poder en Alemania. Desde el principio, estuvo decidido a lograr una alianza con Gran Bretaña, cuya política exterior se inclinaba a favor de su rival entre los dictadores europeos, Mussolini. Hitler emprendió una política a través de la cual pretendía que la familia real británica reconstruyera las alianzas rotas con sus primos alemanes. Con gran inteligencia, y con la intención de asegurarse el apoyo del ejército, que mantenía sus lealtades tradicionales a la antigua clase aristocrática prusiana, no confiscó las enormes propiedades del káiser Guillermo II, primo de Jorge V. Aunque el káiser permanecía en el exilio en Doorn, en los Países Bajos, sus hijos y nueras vivían cómodamente bajo la protección del Führer en Berlín. De estos, la favorita de Hitler era la princesa Cecilia —alta, con mucho pecho, de apariencia wagneriana—, nuera del anterior monarca. Había sido en su casa, Cecilienhof, la imponente locura gótica repleta de plantas y retratos de los antepasados Hohenzollern, donde el joven príncipe de Gales había pasado días felices en su infancia. Su hijo, el príncipe Luis Fernando, tenía veinticinco años en 1933 y estaba empleado por Henry Ford en Dearborn (Michigan); Ford era un profundo admirador de Hitler y este tenía el retrato de Ford sobre su mesa en la primera y difícil época del Partido Nazi en la Casa Parda de Múnich. Alto, atractivo y moreno de piel, de un cabello negro y sedoso, el príncipe Luis Fernando fue considerado por el Führer un emisario ideal ante Londres. Tenía un trasfondo romántico calculado para atraer al príncipe de Gales: acababa de mantener una relación con la estrella de cine francesa Lili Damita, quien pronto se casaría con otro de los ídolos de Hitler, Errol Flynn.

Su anfitrión, sir Robert Bruce Lockhart, divertido y grosero, llevaba un cuidadoso diario de los encuentros de Luis Fernando con el príncipe de Gales en Londres aquella temporada; el visitante alemán también conoció a Wallis, a quien le gustó. El 11 de julio de 1933, los dos jóvenes se encontraron en York House, en el palacio de St. James. Hablaron a ratos en alemán y a ratos

en español. Bruce Lockhart escribió en su diario acerca del 12 de julio: «El príncipe de Gales se mostró bastante favorable a Hitler y dijo que no era asunto de los ingleses interferir en los asuntos internos de Alemania, ya se refirieran a los judíos o a cualquier otro tema, y añadió que los dictadores gozaban de gran popularidad en aquel momento y que tal vez sería deseable uno en Inglaterra a corto plazo». Bruce Lockhart no hacía mención a la respuesta del príncipe Luis Fernando a esta afirmación. Cabe señalar que en esa época, debido al incierto estado de salud del rey Jorge V, el príncipe de Gales estaba ocupando su lugar en algunas funciones oficiales y se esperaba que le sucediera más pronto que tarde. Quizá él mismo era el dictador que tenía en mente al hablar. Poco después, Luis conoció al príncipe Jorge, del que advirtió con perspicacia, como dejó escrito Bruce Lockhart: «Tiene dotes artísticas, es afeminado y utiliza un perfume fuerte. Todo esto me atrae».

El káiser apreció la visita de su nieto a la capital británica. El 22 de julio escribió a Bruce Lockhart:

> Le agradezco especialmente sus amables esfuerzos por hacer que el príncipe se pusiera en contacto con miembros de la familia real […]. Sería particularmente agradable que, a través de esta visita, la relación anglogermana se reforzara […]. El comentario del príncipe de Gales en referencia a que tenemos el derecho a tratar nuestros asuntos como veamos correcto hacerlo muestra la sensatez de su juicio. El príncipe Luis Fernando sin duda debió de estar de acuerdo con él en ese punto.

Aunque el príncipe Luis Fernando estaba en secreto en contra de los nazis y más tarde acabaría uniéndose a la resistencia alemana, su presencia en Londres como supuesto símbolo del apoyo de Hitler a las alianzas reales influyó irónicamente en el príncipe de Gales y, a través de él, en Wallis. Si hacía falta algo para convencer al príncipe de Gales de que la intención del Führer era restablecer las antiguas alianzas familiares, esas dudas se difuminaron. Desde entonces, él y Wallis rara vez flaquearon en su ingenua convicción de que las pretensiones y deseos de Hitler eran los de una paz duradera. El 11 de noviembre, Día del Armisticio, el príncipe de Gales confió al conde Albert Mensdorff, el antiguo embajador austriaco, su debilidad por el nazismo. Mensdorff escribió:

> Resulta relevante cómo me expresó sus simpatías por los nazis de Alemania. «Por supuesto, es lo único que puede

> hacerse, ya que aquí también estamos en peligro debido al comunismo […]. Creo y espero que nunca tendremos que luchar de nuevo en una guerra, pero de hacerlo habremos de estar en el bando vencedor, y este será el alemán, no el francés…». Es […] interesante y significativo que muestre tanta simpatía por Alemania y los nazis.

Al yuxtaponer citas significativas, puede verse que las políticas del príncipe eran, entonces y más tarde, coincidentes con las de sir Oswald Mosley, dirigente de la Unión Británica de Fascistas. En sus memorias, al defender, entre otras cosas, que Goering debería haber ido a Inglaterra a asegurarse un amplio apoyo a la Alemania nazi, sir Oswald Mosley escribió con énfasis:

> Estaba preparado para hacer cualquier cosa que evitara una guerra manteniendo buenas relaciones entre ingleses y alemanes, siempre y cuando fuera compatible con el deber hacia mi país. [Deberíamos haber dejado] que los alemanes se enfrentaran con Rusia, lo que, de haber ocurrido, habría desterrado el comunismo del mundo [en la década de 1930], habría reclamado la atención alemana en dirección contraria a nosotros y habría mantenido ocupadas sus energías durante al menos una generación, lo que nos habría concedido un margen para tomar las precauciones que hubieran sido necesarias.

En un artículo en el *New York Daily News* del 13 de diciembre de 1966, el entonces duque de Windsor escribió:

> Mis antepasados Hannover y Coburgo eran alemanes. Siempre he admirado muchas cosas del carácter alemán. En el mejor y, desgraciadamente, también en el peor de los casos son una nación viril, concienzuda y eficiente. Reconozco que, junto a otras personas bienintencionadas, permití que mi admiración por la parte buena del carácter alemán borrara lo que el lado malo le estaba aportando. Pensé que el resto de nosotros nos limitaríamos a nadar entre dos aguas mientras los nazis y los rojos luchaban hasta el fin […] la tarea inmediata […] era prevenir otro conflicto entre Alemania y Occidente que destruyera nuestra civilización.

Wallis estuvo de acuerdo con estas opiniones de Mosley y del príncipe desde el primer momento.

En diciembre, Thelma Furness tomó lo que para ella acabaría siendo una decisión fatal. Regresó a Estados Unidos para reunirse con su gemela, Gloria, que estaba muy irritada por los conflictos con la familia Vanderbilt, para realizar un viaje de evasión a Hollywood y visitar a su vieja amiga, Constance Bennett, que protagonizaba una película titulada *El burlador de Florencia*. Thelma había disfrutado de una carrera como actriz frustrada, aunque tórrida, en la época del cine mudo y había mantenido una relación con el padre de Constance Bennett. Wallis llevó a Thelma a un almuerzo de despedida en el Ritz. Refiriéndose al príncipe de Gales con un grado de preocupación bastante cuestionable, dadas las circunstancias, Wallis dijo: «Oh, Thelma, el hombrecito se va a encontrar muy solo…». A lo que, en contra de lo que cabría esperar y, quizá, de modo inocente, Thelma contestó: «Bueno, querida, cuida de él mientras yo esté fuera. Vigila que no haga travesuras». Thelma no estaba siendo ingenua ni confiada de un modo absurdo; pero la cegaba su colosal ego y estaba obnubilada por lo que ella creía que era un poder ilimitado para controlar al príncipe desde cualquier distancia. Aparentemente, no se daba cuenta de que él ya había estado haciendo travesuras con Wallis.

Thelma zarpó hacia Nueva York en un estado de ensueño, en una *suite* de primera clase repleta de flores llegadas del invernadero de Fort Belvedere. El príncipe era petulante y le irritaba que ella hubiera decidido abandonarle, aunque fuera durante unas semanas, desobedeciendo así sus órdenes reales. El día siguiente a que ella zarpara, llamó a los Simpson y les invitó a una cena en el hotel Dorchester que se celebraba en honor de un representante local de la National Broadcasting Company (NBC), su viejo amigo Fred Bate. El príncipe conversó durante toda la cena sobre la clase trabajadora de la región de Midlands, sus problemas de desempleo, su valor y su pobreza. Wallis aprovechó su oportunidad. Aunque para ella los asuntos de los parados y de la gente que vivía en la miseria no significaban nada o muy poco, fingió estar conmovida por las historias de penurias que contaba el príncipe. Se quedó con cada palabra. Cuando él pasó a hablar de su papel en el futuro del Imperio británico, ella, con inteligencia, lo halagó. Él escribió en sus memorias que para cuando acabó la cena, estaba convencido de que Wallis era una mujer con conciencia social.

Aún preocupado por la ausencia de Thelma y aparentemente insatisfecho por los breves encuentros a solas con Wallis que podía lograr, el príncipe se convirtió en un hombre obsesionado. Llamaba a casa de los Simpson a

cualquier hora del día o de la noche, a veces incluso a las cuatro de la madrugada, tan solo para charlar; siempre insomne, torturado por sus propios complejos y por la frustración de sus impulsos reales, odiaba que le dejaran solo, aunque fuera durante un momento, y por eso se presentaba en Bryanston Court sin avisar. Y entonces Wallis tenía que despertar a sus sirvientes, alojados en otra parte del edificio, para satisfacer sus caprichos. Consiguió que el pobre Ernest, que se pasaba el día intentando salvar un negocio que se desmoronaba, estuviera al borde de un ataque de nervios.

Wallis decidió sacar lo mejor de esta situación incómoda. Para entonces, el príncipe de Gales ya dependía completamente de ella; era Wallis quien tenía el control. Sabía cómo hacerle reír e, independientemente de la hora de la noche a la que apareciera, ella le agasajaba con historias y observaciones ingeniosas y atrevidas. A veces él acompañaba a Wallis y Ernest a lugares tan populares en la noche londinense como el Embassy Club. Allí, en aquel sótano atestado y honrado por la alta sociedad en el que, vestido de largo, todo el mundo se apiñaba en unas mesas abarrotadas que rodeaban la diminuta pista de baile, donde les atendía su genial anfitrión Luigi y se escuchaba a la rutilante banda de Ambrose tocar los *quick-step* y *fox-trot* más recientes, el príncipe y Wallis se enzarzaban en conversaciones estridentes mientras Ernest se sentaba exhausto y aturdido, envuelto por un humo tan denso como la niebla.

Para diciembre de 1933, Ernest se encontraba completamente afligido. Su frustración y agobio se manifestaron en un brote de furúnculos que debieron ser abiertos con lanceta, lo que le causó bastante dolor. Mientras él convalecía, Wallis preparaba los típicos *popovers* americanos —una especie de púdines de Yorkshire pequeños— para el príncipe. Justo antes de Navidad, Wallis consiguió levantarse de la cama, donde los días previos había estado enferma con una gripe, gracias a una invitación irresistible: Consuelo había organizado otra fiesta en honor a ella y el príncipe.

A mediados de marzo de 1934 Thelma Furness se encontraba en una *soirée* celebrada en el hotel Pierre de Nueva York por su amiga la señora de Frank Vance Storres, dama de la alta sociedad. En la cena, la anfitriona colocó con inteligencia a Thelma junto al príncipe de veintitrés años Aly Khan, heredero de la inmensa fortuna de su padre, el potentado indio partidario de los nazis conocido como Aga Khan. Aly era el seductor del momento. Ágil, musculoso, moreno y atractivo, era un apolo broncíneo cuya vida giraba en torno a los caballos de polo, los coches deportivos y las mujeres hermosas. Su reputación como amante era insuperable. Tan solo

Porfirio Rubirosa, el *playboy* dominicano, podría igualar su fama de alcoba años más tarde. Su padre le había enviado a El Cairo a la edad de dieciocho años para que fuera entrenado por las madamas de los grandes burdeles en el arte del Imsak, la habilidad de retener el orgasmo equivalente al Fang Chung chino. Pasar una noche con Aly Khan era como que te tocara la lotería. Tiempo después, la prensa escribiría que, al igual que Santa Claus o Papá Noel, Aly Khan «solo llegaba una vez al año».

Thelma le atrajo de inmediato. Le gustaban las mujeres morenas, provocativas, de rasgos vagamente latinos, y ella esa noche estaba más hermosa que nunca. Aún en la mesa y delante de su acompañante, él le sugirió a Thelma que se fueran en cuanto hubieran tomado el café. Ella le contestó que esa noche debía empezar a hacer su equipaje pues en dos días zarpaba para Inglaterra. Él le lanzó una mirada encendida, intentando colarse en lo más profundo de su alma, y le respondió: «Retrasa tu viaje una semana». Thelma no era tonta; le dijo que saldría el día que tenía previsto. Pero a él no iba a frenarle nada. Le preguntó qué iba a hacer la noche siguiente. Ella le sugirió que la llamara a última hora de la mañana.

Al día siguiente, Thelma fue despertada por un mensajero que traía para ella un enorme ramo de rosas rojas con una nota escrita en una caligrafía inconfundible que rezaba: «Te llamaré a las 11.30 de la mañana para concretar nuestra cena de hoy. Príncipe Aly Khan». Efectivamente, él la llamó y ella no pudo resistirse: cenó con él. Y al día siguiente zarpó. Cuando llegó a su *suite*, en la galería de cubierta del Bremen, esta se encontraba repleta de rosas, de un extremo al otro, y en la tarjeta de cada ramo se hallaba la firma de Aly.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, el Bremen se encontraba ya en alta mar. Entonces, sonó el teléfono de su camarote. Era Aly, probablemente desde Nueva York. Le propuso que quedaran a almorzar. Ella se rio ante aquella idea absurda. Sí, claro, ¿qué tal en el Palm Beach? Para su sorpresa, él contestó: «Estoy a bordo». Y así era. Después de todo aquello, ¿cómo iba a poder resistirse?

Durante el crucero, dispuso de numerosas oportunidades para aprender la diferencia entre un príncipe de Gales ardiente, pero inseguro e infantil, y una bomba sexual de piel cobriza que guardaba en su preciosa cabeza un completo mapa anatómico del cuerpo femenino. Cuando llegó a Londres, Thelma había rejuvenecido diez años.

* * *

El príncipe tenía espías por todas partes, y obviamente algunos de ellos iban a bordo del Bremen porque Thelma se había metido en un lío desde el momento en el que había aterrizado en Inglaterra. Debido a su imprudente vanidad, que resplandecía con las atenciones de su amante, parecía haber olvidado que los miembros de la realeza no toleran desobediencias o infidelidades. El príncipe de Gales se presentó en su casa de Londres y le exigió una explicación. ¿Cómo podía traicionarle con un indio?

Resulta evidente que aquello había excitado el esnobismo racista y colonial del príncipe, además de herir su orgullo. El hecho de que él también estuviera ya manteniendo una relación con Wallis no parecía resultarle una contradicción en absoluto. Aly fue inteligente y se mudó a París. Y Thelma, cegada, fue tan tonta que llamó a Wallis para pedirle, al borde de las lágrimas, consejo femenino.

Era el momento de mayor poder de Wallis y lo aprovechó, saboreándolo. Cuando Thelma entró orgullosa en el número 5 de Bryanston Court, tan espectacularmente pálida y tensa como solo ella podía estarlo, Wallis le pidió a su doncella que las dejara a solas y que no las molestara bajo ningún concepto, por urgente que fuera. Thelma se desahogó contándole toda su historia: Aly Khan, el disgusto del príncipe, su propia angustia ante las palabras de él. Wallis, calculando con habilidad y grandeza, le dijo: «Pero, Thelma, el hombrecito te quiere muchísimo… Estaba perdido sin ti».

En ese momento, entró la doncella. Wallis la miró con furia. «Pensé que le había dicho que no nos molestara», le soltó, en un tono de voz cortante. A lo que la doncella contestó: «Lo sé, señora, pero es que es… ¡Su Alteza Real, el príncipe de Gales!». Thelma puso la misma cara que habría puesto de habérsele caído encima la Torre de Londres. Wallis se dirigió al teléfono sin decir ni una palabra.

Thelma aguzó el oído para escuchar mejor. Pero lo único que pudo oír fue a Wallis decir, en un tono de voz duro y tenso: «David, Thelma está aquí». David era el nombre por el que le llamaban sus amigos más cercanos. Después, Wallis volvió. Thelma dedujo de su gesto que no le contaría nada de la llamada. Helada y deprimida, dándose cuenta de que su reino estaba llegando a su fin, Thelma se marchó poco más tarde.

El siguiente fin de semana el príncipe invitó a los Simpson a Fort Belvedere. Fueron dos días atroces para Thelma. El príncipe estuvo frío con ella y apenas escuchaba lo que le decía. Por el contrario, y delante de Ernest, se comportaba de forma profunda y cariñosamente atenta con Wallis, quien le trataba más bien del modo en el que una niñera lo haría con un niño mimado.

Lo peor sucedió en la cena de esa noche. El príncipe tomó una hoja de lechuga con los dedos para mordisquearla. Wallis le dio una palmada en la mano y le dijo de forma brusca que la próxima vez utilizara un cuchillo y un tenedor. Él sonrió tímidamente y se sonrojó como si fuera un colegial. Thelma miró a Wallis, quien le respondió clavándole los ojos de un modo helador y triunfante. Wallis se deleitaba en su victoria; esa mirada fría y altiva le transmitía a Thelma que estaba acabada. Lady Furness, comprendiendo lo que ocurría, se fue a la cama. Esa noche el príncipe asomó la nariz por la puerta de su habitación. Desde la cama, ella le susurró: «Cariño, ¿es por Wallis?».

«No digas tonterías», le respondió cortante. Pero no regresó aquella noche.

Mientras tanto, Wallis, sin duda para consternación de los sirvientes de Fort Belvedere, cuyas prerrogativas sobre la cocina eran absolutas, había invadido tan sagrado dominio. Cuando el príncipe, buscándola, por fin la localizó, ella le obsequió con un plato de huevos que había revuelto ella misma. Él se sentó a la mesa de la cocina delante del cocinero y las doncellas y se comió los huevos allí mismo. Thelma se marchó al amanecer.

Después de eso, Wallis no dudó en dejar de lado a Ernest por acudir a muchas citas con su príncipe. Syrie, la mujer del escritor Somerset Maugham, la interiorista que había ayudado a Wallis a remodelar Bryanston Court, daba una fiesta a la que el príncipe y Wallis estaban invitados. Ya de madrugada, se retiraron a la biblioteca juntos. De repente, se vieron sorprendidos por un murmullo de voces que venían del pasillo. «¿Dónde está David?», exigía una voz estridente. Era Thelma, que insistía en ver al príncipe, llamándolo por su apodo.

«Ahora te lo traigo», oyó Wallis que respondía Syrie Maugham.

Pero en ese momento Thelma abrió la puerta de la biblioteca y vio al heredero del trono y a su amante estadounidense fundidos en un abrazo. Furiosa, abandonó la ciudad y fue al sur de Francia a encontrar consuelo en Aly Khan.

A principios de 1934, la estrella de Wallis se elevó rápidamente. Estaba encantada de acaparar los rumores de la sociedad londinense por ser la mujer que reinaba sobre el príncipe, y absolutamente nadie se creía esa ficción tan cuidadosamente confeccionada de que su relación era platónica (si bien parece que en aquel momento aún estaban meramente disfrutando de juegos sexuales y no habían consumado plenamente su relación). De repente, todas las preocupaciones económicas de Wallis desaparecieron; apoyada ahora por

las sustanciales sumas del erario real, tanto ella como Ernest podían permitirse cualquier cosa que desearan, aunque ella, sagaz, se siguiera considerando pobre en las cartas que enviaba a la tía Bessie. Ernest, humilde y tranquilo, parecía estar dispuesto a seguir con este arreglo. Daba la impresión de que casi le honrara la generosidad imperial que caía sobre su mujer. No existe ninguna prueba de que encontrara consuelo en una querida.

A medio camino entre un borrego y un santo, este estadounidense monárquico, atontado e indulgente, simplemente siguió ocupándose de sus negocios diarios. Era típico de aquella época y aquel lugar que un marido aceptara el hecho de que él y su mujer llevaran vidas separadas. La alta sociedad parecía entender el matrimonio como una mera conveniencia, una fachada convencional que tapara cualquier forma de comportamiento indigno. Aun así, la reacción de Simpson resulta anormal: él estaba enamorado de Wallis, y la reacción de la mayoría de los hombres habría consistido en un ataque de celos y odio, seguido de la exigencia de poner fin al matrimonio. La situación sugiere que su relación con Wallis era esencialmente masoquista, al igual que en muchos sentidos debía de ser la de ella y el príncipe.

Una de las nuevas amistades y apoyos de Wallis entre los anfitriones londinenses era la célebre lady Colefax. Diminuta, morena y rechoncha, Sybil era una mecenas de las artes y en sus cenas podía encontrarse con facilidad a John Gielgud, Cecil B. De Mille y Osbert y Edith Sitwell. Bernard Shaw, Arnold Bennett, Somerset Maugham y Max Beerbohm pasaban con frecuencia por su exquisita casa georgiana de Chelsea, repleta de muebles del siglo XVIII y tapices de seda verdes y amarillos. Wallis siempre anhelaba cruzar el pequeño jardín amurallado y cubierto de flores de Sybil y dirigirse al salón de ventanales franceses, lleno de cultura hábilmente adquirida y origen de su buen gusto.

No menos prominente como anfitriona era lady Cunard, otra *arriviste* estadounidense que había logrado llegar a la cima desde sus humildes comienzos en San Francisco. Emerald se había casado con sir Bache Cunard, heredero de la línea de barcos de vapor Cunard, y había desplazado convenientemente a su anciano marido a una finca en el campo mientras ella reinaba en Londres. Era bajita y recordaba a un pájaro, debido a su cabello teñido de amarillo canario, sus enormes manchas de maquillaje rojizo en las mejillas y sus labios pintados en forma de corazón, a que charlaba con una voz que parecía un gorgojeo y a que nunca se quedaba quieta, pues revoloteaba por toda la sala mientras provocando a sus huéspedes con comentarios audaces y atrevidos. Tenía un amante, el director de orquesta sir

Thomas Beecham, y ella era la patrona de honor del Covent Garden, así como de sus compañías residentes de *ballet* y ópera. Era una apasionada de Hitler, Shakespeare y Balzac, no necesariamente en ese orden. Odiaba a su hija Nancy, que era de izquierdas y se sentía atraída sexualmente por los negros.

Las fiestas que daba Emerald en su casa, situada en el número 7 de Grosvenor Square, eran el foco de la creciente influencia nazi en Londres. Su salón, en el que resplandecían las pinturas de Marie Laurencin, se animaba noche tras noche con las vehementes conversaciones sobre los méritos y deméritos de Mussolini, del primer ministro británico, Ramsay MacDonald, y del nuevo Führer.

Fue Emerald quien, a sabiendas o no, comenzó a enredar a Wallis con conexiones nazis que la perseguirían durante toda su vida. Uno de los principales protegidos de Emerald, el favorito de su corte personal, era el vivaz ruso blanco Gabriel Wolkoff, hermano del almirante de la flota del fallecido zar Nicolás II. Gabriel, o Gaby, como se le conocía, era el diseñador de decorados del Covent Garden y estaba especializado sobre todo en las óperas de Wagner, que le encantaban a Hitler y que sir Thomas Beecham también favorecía.

El almirante Wolkoff era el propietario de un modesto salón de té. Hacía las veces de núcleo de un grupo de rusos blancos refugiados, rabiosamente antisemitas y muy favorables a Hitler, y de otras personas también decididas a acabar con la Unión Soviética, algo que intentaban lograr reuniendo en torno a ellos a todo británico que pudiera compartir sus ideas. La hija del almirante Wolkoff, Anna, era una joven sencilla pero decidida que trabajaba como modista para la princesa Marina de Grecia. Por sugerencia de Marina, Wallis también contrató a Anna; y fue en esa época o poco después cuando Anna se convirtió en agente nazi; para 1940, ya estaba enviando mensajes secretos cruciales a Italia que acabarían utilizándose en Berlín.

La asociación tenía suficiente interés para el Servicio Secreto de Inteligencia. Este no dejó de advertir que entre las primeras personas que el príncipe presentó a Wallis estaban los embajadores de Italia y Alemania. El conde Dino Grandi, el emisario italiano, había afirmado a través de su colega el diplomático Egidio Ortona:

> Fui el primer embajador que invitó de forma conjunta al príncipe y a la señora Simpson para que vinieran a mi embajada, situada en el número 4 de Grosvenor Square, con el propósito de romper el hielo que la rodeaba a ella. De hecho, la cena no fue un gran éxito, ya que los invitados mostraron una

> actitud fría hacia la dama estadounidense. Mi mujer, la condesa Grandi, incluso me tomó el pelo acerca del asunto en general, diciéndome: «¡Siempre se te ocurren cosas raras!». Pero a primera hora de la mañana siguiente a la cena, a las 8.00, recibimos un enorme ramo de rosas del príncipe con una nota de agradecimiento.

Poco después, la frialdad del círculo de Grandi desapareció. Grandi confirma que en varias ocasiones fue invitado a Fort Belvedere para asistir a reuniones agradables e informales en las que estaba presente Wallis, y que tanto ella como el príncipe se declaraban grandes admiradores del matón de su jefe, el dictador italiano.

Simultáneamente, el príncipe había decidido que Wallis formara parte del círculo fascista alemán de Londres al máximo nivel. La princesa Ana María von Bismarck, viuda del príncipe Otto von Bismarck, el agregado de negocios alemán, le escribió al autor lo siguiente:

Recuerdo cómo comenzó nuestra asociación. Fue en Ascot. Nos apartamos de la multitud y entramos en el palco real. El embajador Leopold von Hoesch me dijo que le asaltaba un dilema algo problemático. El príncipe le había preguntado si podría organizarle una cena en la embajada alemana. Naturalmente, el embajador accedió. El Ministerio de Asuntos Exteriores de Berlín estaba muy satisfecho. Pero, entonces, el príncipe nos preguntó sin rodeos… ¡si la señora Simpson podría ser añadida a la lista de invitados! Esto suponía evidentemente un problema, pero era asimismo una orden real. El embajador Von Hoesch me comentó lo mucho que le preocupaba que el gobierno alemán viera como un paso en falso el que se incluyera a la señora Simpson. Por no mencionar lo que pensarían el Ministerio de Asuntos Exteriores británico y la familia real.

Recuerdo haber discutido el asunto durante hora y media con el embajador, indiferente a la gente que nos rodeaba. Intenté tranquilizarle y le sugerí que informara a Berlín de que el príncipe había solicitado que se invitara a la señora Simpson. Pero él no quería ser desleal con el príncipe. Valoramos todas las posibilidades. Finalmente, le dije: «Como la cena es para el príncipe, es importante que él la disfrute, y si no se invita a la señora Simpson, se aburrirá o, quizá, ni llegue a venir».

La cena se celebró. Ignoro si fue aprobada en Berlín o en el palacio de Buckingham; supongo que a la Casa Real no se le preguntó. Yo me senté junto al príncipe porque como Von Hoesch no estaba casado era yo quien

ejercía como anfitriona. Ocupamos grandes mesas redondas, y mi marido se sentó en la mesa detrás de la mía, con la señora Simpson. Lo que ocurrió fue que, aunque el príncipe estaba hablando conmigo, no dejaba de girarse para mirar afectuosamente a la señora Simpson y asegurarse de que lo estaba pasando bien. La cena supuso un gran éxito. Yo sentía mucho cariño y admiración tanto por el príncipe como por Wallis. Ella era extremadamente ingeniosa y era visible lo mucho que a él le divertía.

Von Hoesch, el elegante y genial embajador alemán ante la corte de St. James, era un soltero homosexual heredero de una sustanciosa fortuna industrial. Y era característico de este diplomático de carrera de la vieja escuela criticar al advenedizo Hitler en privado pero al mismo tiempo trabajar de forma sistemática y taimada para que se llevaran a cabo los indeseables planes de su maestro. Su cocina estaba entre las más refinadas de Londres; sus fiestas estaban espléndidamente organizadas; y podía decirse que manejaba el más fastuoso presupuesto del Ministerio de Asuntos Exteriores de Berlín de todos los representantes diplomáticos. Hitler estaba decidido a obtener el interés y la admiración devotos de la aristocracia británica, y había dado órdenes específicas de que no se escatimara ningún gasto a la hora de recibir a la flor y nata de la sociedad británica.

Desde luego, el Führer estaba preocupado por que Von Hoesch fortaleciera los buenos sentimientos del príncipe de Gales. Según su colega diplomático Paul Schwarz, Von Hoesch era consciente de que al príncipe le gustaban, más que ninguna otra música, las melodías melancólicas y emotivas de las czardas zíngaras. Por ese motivo, contrató a la banda zíngara del restaurante Hungaria para que tocara para Wallis y Edward en las *soirées* íntimas y exclusivas que celebraban en casa de este. Él invitó a la pareja a que le acompañara en la recepción que se le daría al consejero especial de Hitler para Asuntos Exteriores y embajador sin cartera Joachim von Ribbentrop, un hombre siempre muy bien vestido pero bastante engreído. Ribbentrop quedó fascinado por Wallis. Para conmemorar el primer aniversario de su encuentro, recordaba Schwarz, Ribbentrop le envió a Wallis todas las mañanas durante un año un ramo de diecisiete rosas rojas con una tarjeta en la que le mostraba su más sincera admiración. Ella nunca le correspondió. En Londres se daba por hecho que ella le recibía con frecuencia en su casa, con su marido, que era judío, presente. Incluso se hablaba de que mantuvieron una relación que duró diecisiete noches. Ribbentrop representaba a su jefe al expresar gran fascinación por la nueva amante real. Antes de que hubiera pasado mucho tiempo, Hitler ya se había hecho con varias filmaciones de Wallis y se las

ponía, disfrutándolas extasiado de placer, en su residencia de montaña en Obersalzberg.

Este amor no correspondido interesó al Servicio Secreto de Inteligencia. Pero existía otra asociación más que resultaba provocadora a los ojos de la facción contraria a Hitler del Servicio Secreto de Inteligencia británico.

Según sir Dudley Forwood, esa relación era el idilio entre el príncipe y su ayuda de cámara, Edward *Fruity* Metcalfe, uno de los pocos sirvientes de la Corona a quien se le había denegado el título de sir en los últimos años, quizá debido a sus tendencias sexuales y políticas. (Es posible que este amor fuera platónico). Metcalfe era alto, delgado, de cara alargada y caballuna; tenía un carácter juguetón, bastante cargante y bromista que pegaba con los tejidos de *tweed* Harris tan marcados que usaba cuando no vestía sus uniformes militares.

Nacido en Irlanda, hijo del director de la junta de prisiones irlandesas de Dublín, fue descrito de un modo apasionado por el futuro Eduardo VIII en su obra *Memorias de un rey*, donde decía de él que era «alegre, atractivo, amable y comprensivo». Desde el principio, el rey Jorge V le odió, quizá porque sospechaba una relación romántica con el heredero al trono en una época en la que los hombres que tenían inclinaciones de este tipo lo que solían hacer era suicidarse; quizá porque le disgustaba que Metcalfe fomentara habitualmente la adicción del príncipe de Gales a los clubes nocturnos, los tugurios de dudosa reputación y la bebida.

A pesar de que se casara pronto con la fascista lady Alexandra Curzon, conocida como *Ba-Ba Camisa Negra*, cuñada de sir Oswald Mosley, un matrimonio que tuvo hijos, Forwood insistió en que Metcalfe era un homosexual activo y en que había mantenido una relación física con el príncipe de Gales tanto entonces como más tarde. Forwood me dijo:

> Aunque obviamente yo no estaba en el dormitorio, todo indica que existió un amor intenso entre él y mi señor. Este veneraba el suelo que pisaba Fruity, algo que ningún miembro de la familia real había sentido nunca por un mero sirviente. Se desesperaba cuando Fruity no estaba con él. Sus ausencias le volvían loco.

El 22 de septiembre de 1922, el príncipe escribió a Metcalfe angustiado durante uno de sus viajes: «Te echo de menos, terriblemente, cuando no estás». El 1 de septiembre de 1925 redactó apresuradamente una nota igual de dolorosa rogando a Metcalfe que no abandonara Inglaterra por el puesto en la

India que furioso le había encomendado el rey Jorge. Sus actividades como compañeros atletas, ya se tratara de carreras de obstáculos, carreras de velocidad, natación, golf o tenis, así como la afición a tomarse fotografías mientras se encontraban medio desnudos en los vestuarios tenían todos los indicios de una relación «griega» y una vez tras otra el rey insistía en que la abandonaran. Cuando este se negó a seguir pagando el salario de Metcalfe, el príncipe primero se encargó de restaurárselo y después se lo dobló.

En 1934, aquella relación empezó a ser peligrosa en términos políticos. Al igual que su mujer, Metcalfe era simpatizante de los nazis, admirador de Hitler y amigo de fascistas como William Joyce, quien durante la Segunda Guerra Mundial emitiría en Inglaterra programas de radio favorables a Hitler bajo el apodo «lord Haw-Haw», hecho por el que sería condenado a morir en la horca. Si hacía falta algo para hundir aún más al príncipe de Gales entre los nazis, era esta compañía tan superficial, tonta, frívola y viciosamente antisemita.

Aunque Wallis compartía las ideas políticas de Metcalfe, le odiaba intensamente. Forwood afirmaba que ella tenía celos de Metcalfe; celos que, según él, solo podían haber surgido de la convicción que Forwood compartía con ella, la de que ambos hombres compartían una relación sexual.

Al mismo tiempo, la pertenencia de Metcalfe al hitleriano January Club, así como su abierto apoyo del príncipe de Gales, constituía un peligro menor para la seguridad británica en comparación con otro asunto que se hizo público en esa época. Hitler y Ribbentrop emprendieron el plan, al que no se oponían el rey Jorge V y la reina María, de unir Inglaterra y la Alemania nazi mediante una alianza permanente buscándole una pareja al príncipe de Gales, algo que le daría a Hitler carta blanca sobre Europa y que evitaría cualquier guerra futura con Inglaterra. Esto podría traer consigo una alianza anglogermánica del tipo de la defendida por el January Club (y por la mayoría de la clase dirigente británica), algo que provocaría la deseada destrucción de la Unión Soviética.

La novia por la que Hitler se había decidido entusiasmado, y que el palacio de Buckingham encontraba sumamente aceptable, era la bella Federica, princesa de Hannover, nieta del káiser Guillermo II e hija de los duques de Brunswick, amigos cercanos y primos del rey Jorge y la reina María. Como todos ellos eran descendientes de la prolífica reina Victoria, Federica era considerada la esposa perfecta para el futuro monarca inglés. En 1911, su madre había sido propuesta de forma similar como esposa para el mismo príncipe de Gales.

En enero de 1934, Federica era una de las alumnas de North Foreland Lodge, una escuela femenina exclusiva cerca de Broadstairs (Kent). Fue invitada a Londres para que el rey y la reina pudieran examinarla en el palacio de Buckingham; la aprobaron sin dudarlo. Una vez de vuelta en Alemania, los Brunswick fueron informados por Ribbentrop de que Hitler compartía la aprobación de la pareja por parte del rey Jorge V e insistía en que tuviera lugar cuanto antes la boda.

Según la duquesa de Brunswick en la versión británica y estadounidense, ya depurada, de sus memorias, *La hija del káiser*, a ella y su marido les horrorizó la idea, desafiaron a Hitler y cancelaron sus planes. Nada podría alejarse más de la realidad; en la edición original alemana ella escribió que su hija deseaba el enlace. La princesa Federica se encontraba en la lista de novias aprobadas por la familia real británica (hasta finales de 1937, cuando se comprometió con el príncipe Pablo de Grecia) como potencial reina de Inglaterra, algo que nunca contradijo ninguna nota de prensa del palacio de Buckingham ni del Ministerio de Asuntos Exteriores británico.

Si el matrimonio hubiera tenido lugar, y Wallis hubiera seguido de amante, una situación muy común en la historia real británica, no está claro si la Segunda Guerra Mundial habría ocurrido o no. ¿Cómo podría Inglaterra haber declarado la guerra a Alemania, dada la decisión que habían tomado libremente Hitler y el rey Jorge V, y estando la nieta del anterior gobernante de Alemania sentada en el trono inglés? Dadas estas circunstancias, resulta irónico que el rey Eduardo VIII, al querer convertir a Wallis en reina, desbaratara la alianza por la que había suspirado desesperadamente toda su vida. Dadas estas circunstancias, el odio del rey Jorge hacia Wallis por echar a perder este acuerdo matrimonial es perfectamente comprensible.

Entre los mayores defensores de esta alianza romántica real se encontraban los acaudalados e influyentes miembros de la Casa de Hesse, primos del príncipe de Gales y de la princesa Federica, y muy cercanos al hermano menor del príncipe de Gales, el príncipe Jorge, posteriormente duque de Kent. Eran bisnietos de la reina Victoria e hijos de Margarita, la hermana de la duquesa de Brunswick e hija menor del káiser. Desempeñarían un papel crucial en las alianzas entre la Casa Real y los nazis llevadas a cabo a través del príncipe de Gales y Wallis, dirigidas contra el comunismo y que buscaban un acercamiento anglogermánico para entonces y el futuro.

Los dos hermanos mayores, Felipe y Wolfgang, eran gemelos, nacidos el 6 de noviembre de 1896. Mucho antes de que Hitler ascendiera al poder, ambos eran ya firmes defensores del bando nazi, así como admiradores y

amigos de Hitler y Herman Goering. Hitler, que sentía una idolatría por los héroes propia de una homosexualidad reprimida, quedó enseguida cautivado por Felipe, cuya belleza musculosa y rubia y cuya sangre real aria pura le habían llevado a un estado de adoración irracional.

Desde que alcanzó la madurez, Felipe desarrolló gran afición por Italia y, como arquitecto, si es que puede calificársele así, diseñó muchos edificios en ese país. Al igual que el príncipe de Gales y el príncipe Jorge, era bisexual y demostraba una adicción más bien poco masculina a la decoración de interiores. Durante el ascenso de Hitler, pasaba mucho tiempo en Roma, donde se había comprometido con la princesa Mafalda, hija del rey Víctor Manuel III, intentando recaudar fondos para Mussolini, quien presidió la ceremonia civil de su espectacular matrimonio, celebrado en Italia en septiembre de 1925.

Durante la década de 1930 y hasta 1942, el príncipe Felipe fue el principal vínculo político y personal entre Hitler y Mussolini. Profundamente antisemita, devoto de la causa de Hitler, se convirtió, por orden del Führer, tanto en gobernador como en guardia de asalto de la provincia de Hesse; más tarde, obtendría el acuerdo de Mussolini a la anexión de Austria por parte de Hitler. También fue quien abrió el camino a la renuente aquiescencia de Mussolini acerca de la conquista por parte de Alemania de Checoslovaquia. El príncipe Felipe nunca se cansó de intentar conseguir, a través de la cooperación del príncipe de Gales y su hermano, el príncipe Jorge, una alianza permanente con Inglaterra. («Debe combatirse a los judíos —decía— en todos los países»). Su otra alianza importante la había trabado con el cuñado del príncipe Jorge, el débil, hipócrita y vacilante príncipe regente Pablo de Yugoslavia, a quien Winston Churchill había enviado a África bajo arresto en 1942, acusado de traicionar a su país ante Alemania.

Pero aún se produjo otra amenaza de escándalo más en aquella época. Sandra Rambeau era una aventurera internacional estadounidense y una agente nazi, así como la amante del príncipe de Gales, del príncipe Jorge y del favorito de Hitler, el general bisexual Franz Ritter von Epp.

Nacida en Springfield (Missouri) el 26 de enero de 1909, e hija de un comodoro, con los años se convirtió en una mujer de belleza espectacular, cabello oscuro y ondulado, provocativos ojos entre gris y verde y una figura perfecta. Después de abandonar el instituto sin graduarse y de trabajar sucesivamente como teleoperadora, camarera y bailarina en las giras europeas del Monte Carlo Follies, conoció a Von Epp en Berlín, cuando se encontraba

allí actuando, y rápidamente lo atrajo apartándolo de un amante varón que formaba parte del grupo del homosexual Ernst Röhm que Hitler purgó.

Von Epp era miembro de la misma secta política a la que se suscribían los Hesse; llegó a encabezar la Secretaría de Estado para las colonias nazi, que pretendía la restauración de las colonias alemanas que les fueron retiradas después de la Primera Guerra Mundial en virtud de un tratado de paz permanente con Inglaterra. También fue director del AMT VIII del Servicio Secreto de Inteligencia alemán bajo las órdenes del almirante Wilhelm Canaris, quien, como agente doble al servicio de Inglaterra y Alemania, perseguía esa nefasta alianza.

Sandra Rambeau conoció al príncipe de Gales y al príncipe Jorge en París y en 1934 ya mantenían los dos una relación romántica con ella. Aún el 4 de abril de 1938, Jorge se refirió a ella indirectamente en una conversación mantenida en Londres con el embajador estadounidense Joseph P. Kennedy cuando dijo que su hermano el rey Jorge VI se quejó de que él (al igual que su hermano Eduardo) estuviera «liado» con una mujer estadounidense. Según los abundantes archivos del FBI acerca de Rambeau existentes en Washington, el príncipe Jorge le regaló varias joyas de la Corona, entre las que estaba un anillo grabado heredado que llevaba sus iniciales reales.

Viajando sin descanso de Londres a París y Berlín, Rambeau mantuvo un cuarto romance, con el atractivo general de división Bishnu Shumshere Jung Badahur Rana, autoproclamado príncipe de Nepal e hijo —y oveja negra de la familia— del primer ministro de dicho país. Bishnu, que entonces encabezaba la lista de indeseables políticos del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, y más tarde sería expulsado de Inglaterra, acabaría finalmente en Bahamas en 1942, donde acompañó al duque y la duquesa de Windsor, cuando ellos, desterrados por su cercanía a los nazis, ocuparon allí el puesto de gobernador y primera dama.

El 10 de junio de 1939, durante un viaje por Canadá, el rey Jorge VI se lo contó al primer ministro canadiense Mackenzie King, como quedó reflejado en el diario del rey:

> Mis propias relaciones familiares en Alemania se han usado para espiar y obtener datos de otros miembros de la familia.

Nadie podría haberlo dicho de forma más sucinta, ni más precisa.

Fruity Metcalfe asistió, a finales de mayo de 1934, a una cena fascista en el hotel Savoy; uniformado hasta los dientes, fue fotografiado por la revista de sociedad *Tatler*. En la lista de invitados estaban incluidos el conde Paul

Munster y su mujer —también amigos cercanos del príncipe y Wallis, y en cuyo castillo pasarían su luna de miel—; el líder fascista sir Oswald Mosley y su mujer, lady Cynthia (hermana de Alexandra Metcalfe); por último, aunque no menos importante, William Joyce, quien un día se convertiría en traidor a Inglaterra como «lord Haw-Haw», el más conocido de los locutores de radio nazis británicos de la Segunda Guerra Mundial.

En esa época, el hitleriano January Club, al que pertenecían todas las personas anteriormente mencionadas, se encontraba bajo investigación tanto por parte del MI5 como de la Liga de Defensa Judía. La Unión Británica de Fascistas, de la cual el January Club era tanto semillero como participante, estaba financiada directamente por Mussolini; los fondos se canalizaban y limpiaban a través del Minculprop, el Ministerio de Cultura y Propaganda del gobierno italiano, dirigido por el conde Ciano, antiguo amante de Wallis, quien entonces ya era el yerno de Mussolini, así como su ministro de Asuntos Exteriores.

El 27 de mayo, la misma noche en que se celebraba la cena del January Club, el príncipe y Wallis se encontraban en casa de Sibyl Colefax, en compañía del magnate del cine de origen húngaro sir Alexander Korda, la actriz Merle Oberon, lord Dalkeith (posteriormente duque de Buccleuch) y otra de las nuevas amigas de Wallis, la decoradora de interiores Elsie Mendl y su marido sir Charles. Dos de los presentes, Korda y el marido de Elsie Mendl, trabajaban para el Servicio Secreto de Inteligencia y señalaron el hecho de que durante la fiesta el príncipe de Gales expresó su más sincera admiración por la Alemania nazi. Ni a sir Robert Bruce Lockhart ni al vehemente periodista Henry *Chips* Channon, un esnob estadounidense obsesionado con los ricos y los aristócratas, les pasaron desapercibidos ni la elección de amigos de Wallis ni las frecuentes indulgencias verbales de su real consorte a favor del hitlerismo.

Una de las mejores amigas de Wallis en ese momento era Elsie Mendl. Wallis adoraba a esta gran dama de la decoración de interiores que llevaba el pelo teñido de azul y era tan elegante, ingeniosa e irresistiblemente encantadora. Lady Mendl influyó considerablemente en el ascenso de Wallis. Cuando esta llegó a Londres, probablemente por inseguridad, su presencia en aquel escenario era algo estridente, áspera, aguda, como escribió el sagaz Cecil Beaton en su diario. Lady Mendl le enseñó a afinar su personalidad para adaptarse a los requisitos británicos. La animó a hablar con un deje más suave y sureño en lugar de utilizar aquel acento tan duro, y a vestir de forma más sencilla, para acentuar las líneas angulares de su figura en vez de esforzarse

por combatir sus defectos físicos. La ropa de Wallis, sobria y clásica, se convirtió en su marca y emblema.

Mientras en la década de 1930 los vestidos tendían a ser recargados y exagerados, Wallis se aseguró de que los suyos fueran apagados y reservados, en tonos pastel o en blanco y negro. Incluso sus sombreros eran comedidos. Lady Mendl reemplazó en Bryanston Court los diseños de Syrie Maugham en blanco sobre blanco con sus propias combinaciones de colores sutiles y variadas. Enseñó a Wallis cómo recibir y cómo presentar sus comidas, prohibiendo explícitamente la sopa; su lema era: «Nunca construyas una comida sobre un lago». Pronto Bryanston Court, con ayuda del erario real, perdió su apariencia recargada y se convirtió en un derroche de efectos espectaculares, lo que mostraba la capacidad de lady Mendl para acercarse al límite de recargar la decoración y detenerse justo antes. Y además, obviamente, esta amistad le daba una oportunidad a sir Charles para vigilar las actividades y asociaciones de Wallis.

Avanzando con feroz ambición, Wallis afirmó aún más su poder durante el verano de 1934. Después de deshacerse de Thelma Furness, procedió sin piedad a asegurarse de que no se volvería a oír nada acerca de la señora Freda Dudley Ward. El príncipe no había cortado oficialmente su relación con ella. La hija de Freda, Penelope, que llegaría a ser la mujer del director de cine Carol Reed y de quien se rumoreó sin fundamento que era hija del príncipe de Gales, enfermó. Freda confió en que le llegara algún gesto de York House o Fort Belvedere, alguna muestra de preocupación o interés. No lo hubo. Finalmente, Penelope se recobró y Freda llamó a York House para informar a su antiguo amante de que había pasado el peligro. La telefonista le comunicó que había recibido la orden de que no se pasaran sus llamadas. Nunca más volvió a hablar con el príncipe de Gales.

Wallis se concentró muy seriamente en los sirvientes. Los empleados de la Casa Real disfrutaban de ciertos privilegios que habían permanecido intactos de generación en generación. Solían establecer las reglas de los distintos palacios, instruir a los empleados de grado menor y delegar las tareas al siguiente del escalafón hasta los niveles más bajos de la cocina y la bodega. De todos ellos, Osborne, el mayordomo de Fort Belvedere, era el que más privilegios tenía. Había sido el ordenanza del príncipe en la Primera Guerra Mundial, y de ahí había ido subiendo hasta su puesto actual, considerado incuestionable, absoluto y definitivo. Para su pesar, él, que solo atendía órdenes de la realeza, fue informado por el príncipe de Gales de que, de entonces en adelante, recibiría sus instrucciones de la señora Simpson… ¡una

plebeya estadounidense! Era insoportable. Sin embargo, a menos que deseara ser despedido, Osborne no tenía más alternativa que aceptar esta mortificante humillación. Wallis le ordenó que asumiera personalmente la tarea de realizar los arreglos florales en Fort Belvedere, en lugar de delegar este encargo tan poco masculino a las doncellas. Esto constituía una ruptura absoluta con la tradición. También escogió los menús para cada uno de los días de la semana, a pesar de que ella solo estaba allí los fines de semana. Esta tarea siempre había sido una prerrogativa conjunta del ama de llaves y Osborne. Insatisfechas con la decoración que había sido decretada por el príncipe de Gales y el príncipe Jorge, Wallis y lady Mendl invadieron una habitación tras otra, levantando las alfombras, quitando las cortinas y almacenando el mobiliario. Después remodelaron Fort Belvedere de arriba abajo, curiosamente manteniendo solo una habitación como había sido hasta entonces: aquel disparate de dormitorio rosa de Thelma, con su absurda cama decorada con las plumas del príncipe de Gales en cada poste.

Wallis chocó furiosamente con Finch, el mayordomo de York House. Este formidable personaje había desempeñado un papel protagonista en la infancia del príncipe de Gales. Había sido el ayuda de cámara del príncipe desde sus primeros días, y se veía a sí mismo como una combinación de niñera y padre sustituto que intentaba convencer al príncipe una y otra vez de que redujera su afición a la bebida, las salidas nocturnas, las fiestas salvajes y las mujeres fáciles. Este campesino honrado e impecable, verdadero epítome de la rectitud más enérgica, se encontraba ahora bajo las órdenes de una mujer extranjera que demostraba muy poca consideración hacia sus sentimientos. No solo tomó el mando de todo en York House, llegando incluso a encargar más de cien regalos para Navidad, sino que además insistió en que Finch aprendiera a mezclar, servir y poner hielo en las bebidas a la manera estadounidense, cuando la mera presencia de hielo en un vaso le resultaba repugnante al viejo criado. Cuando Finch se negó a obedecer las instrucciones que se le asignaban fue despedido. Su sucesor, Crisp, también duró poco. Osborne sí se mantuvo, pero solo por un pelo.

Los empleados de las dos casas favorecidas por el príncipe llegaron a odiar a Wallis debido a que se metía en todo. Les aterraba el regreso de su señor y la amante de este a las tres o cuatro de la mañana del Embassy Club, el Kit Kat o cualquier otro antro nocturno; riéndose a gritos, sacaban de la cama a las doncellas, al mayordomo y al cocinero para que les prepararan algo de comer o atender alguna necesidad imperiosa. El rey Jorge V y la reina María eran muy puntillosos en la relación con sus empleados. Las comidas se

servían a la misma hora todos los días y siempre se observaba la costumbre de que los empleados instruyeran a los empleados de grado menor. Wallis y el príncipe de Gales no mostraron la menor consideración con estas disposiciones. Wallis siempre era puntual, y se irritaba ante la laxa actitud del príncipe hacia las citas y los horarios de las comidas, pero no parecía tener ninguna comprensión o respeto cuando se trataba de los empleados.

Ese verano de 1934, el príncipe decidió desobedecer las convenciones hasta el límite e invitó a Wallis a un viaje por España y Francia que seguro que iba a atraer la atención de la prensa. No la prensa británica —en aquella época los miembros de la familia real siempre podían confiar en la mayor discreción de Fleet Street—, pero los periodistas estadounidenses en particular no dejarían de fijarse en que viajaba con una mujer estadounidense casada; a él parecía importarle poco todo esto, o el hecho de que Ernest Simpson no fuera a estar incluido en el grupo real. La inclusión de la tía Bessie Merryman fue una concesión a las críticas. Se suponía que iba de carabina, pero la idea no engañó a muchos.

El príncipe alquiló una casa, el Castel Meretmont, a las afueras de Biarritz, la ciudad de vacaciones de moda situada en el suroeste de Francia. En un avión pilotado por el teniente Edward Fielden, el príncipe aterrizó en el aeropuerto de Le Bourget, en París, a las 17.30 del 1 de agosto de 1934; iba acompañado de su ayuda de cámara, el honorable John Aird. Wallis, a la que seguía dando miedo volar, realizó el viaje con buen humor acompañada de la tía Bessie, *G* Trotter y el resto del grupo cruzando en barco el canal de la Mancha. El príncipe se unió a ellos e hicieron juntos el viaje en tren hasta Biarritz. Castel Meretmont resultó ser espacioso y confortable y, pasado el primer día, los reporteros se retiraron de forma educada al límite del terreno, satisfechos con ver los movimientos del grupo real a través de prismáticos.

El 5 de agosto, Wallis y el príncipe estaban tomando algo en el bar de una piscina junto al paseo marítimo de Biarritz cuando un niño de diez años comenzó a gritar porque se estaba hundiendo en la parte más profunda. El príncipe se quitó la chaqueta, se zambulló y rescató al niño, ante el aplauso general y el lloroso agradecimiento de su madre. La noticia se extendió con rapidez y la prensa irrumpió en la piscina cuando Wallis y el príncipe abandonaban ya el bar. El príncipe iba furioso, gritando que la historia era «mentira, todo mentira» y abriéndose camino hacia el coche real. Era obvio que se sentía avergonzado por la presencia de Wallis; le aterrorizaba que pudieran fotografiarlos juntos. Lo hicieron.

Cuando la historia apareció publicada en todos los medios del mundo a la mañana siguiente, el gobierno francés decidió concederle al príncipe la Medalla de Salvamento. La rechazó. Él y Wallis se quedaron recluidos en Castel Meretmont durante una semana. Después, el día 15, salieron bajo una intempestiva lluvia a cenar con los célebres marqueses de Portago en la opulenta Villa Pelican. En la fiesta, el príncipe le dijo a Wallis y al resto que estaba cansado de Biarritz y que iba a volar a Cannes para reunirse con el príncipe Jorge, entonces comprometido con la princesa Marina de Grecia. Jorge y Marina habían estado en Viena, visitando a los líderes del gobierno austriaco. Siguiendo las órdenes que le llegaron vía telegráfica, Edward Fielden llevó el avión real desde Londres, haciendo escalas, para recoger al grupo. Sin embargo, es probable que el pánico de Wallis a volar influyera en la decisión que el príncipe tomó después.

Entonces, el príncipe propuso realizar el viaje a Cannes en barco. Dice mucho de sus atenciones hacia Wallis el hecho de que escogiera perder la oportunidad de ver a su hermano y su futura cuñada —al ir en barco en lugar de en avión— antes que incomodarla realizando un viaje corto en avión que sobrevolara España y Francia. Decidió alquilar un velero en Biarritz y viajar rodeando Gibraltar. Planeaba llegar a Cannes a tiempo de volar a Marsella, donde se despediría de su hermano, el príncipe Enrique, posteriormente duque de Gloucester, que estaba en camino, a bordo del buque de la Marina británica Sussex, hacia Australia y Nueva Zelanda. El único navío disponible era el antiguo y maltrecho transatlántico de vapor de 700 toneladas Rosaura, que tras treinta años de servicio cruzando el canal de la Mancha, luchando valerosamente en los picados mares que separan Newhaven y Dieppe, había sido comprado por lord Moyne, explorador y etnógrafo, como buque de exploración científica en los mares del sur. El vapor estaba amarrado temporalmente en Biarritz para repostaje, aprovisionamiento y reparaciones.

El príncipe preguntó a lord Moyne si podría alquilar el Rosaura. Moyne se sintió incapaz de negarse a la solicitud real. Sin embargo, le advirtió de que las condiciones meteorológicas eran extremadamente desfavorables para realizar la travesía. El golfo de Vizcaya era famoso por sus violentas tormentas, una de las cuales se acercaba en ese preciso momento. El príncipe de Gales rehusó escuchar el sabio consejo de lord Moyne, y el capitán, bajo órdenes personales de Moyne, estableció la fecha de partida para el día 26 de agosto. En cuanto el barco salió de la bahía, fue saludado por un tremendo estallido de relámpagos y truenos. Durante cuatro días y sus noches, Wallis estuvo virtualmente confinada en su camarote en condiciones tan terribles

como las que había experimentado a bordo del vapor chino Shuntien. También le resultó agobiante el mono mascota de lord Moyne, que no dejaba de dar la lata, chillando y correteando continuamente. El *Rosaura*, con las cubiertas inundadas, llegó a Coruña el 1 de septiembre. El príncipe y su grupo desembarcaron, visitaron la tumba de sir John Moore, héroe de la Guerra de la Independencia española, uno de los ídolos de infancia del príncipe de Gales, y encendieron velas en su honor en la iglesia. Después se dirigieron en coche a Santiago de Compostela para ver los monumentos. Al día siguiente, continuaron el viaje hacia Vigo y desde allí, acompañados por los cónsules portugués y británico, se dirigieron a la frontera con Portugal, donde fueron recibidos por el diplomático portugués Pistango Vasconcelles, un viejo amigo de Wallis de su época en Washington.

Aunque siguió lloviendo durante la mayor parte del viaje, el grupo continuó hasta Tuy y Oporto, donde visitaron los famosos viñedos. Se quedaron conociendo la región hasta que, en la tarde del 3 de septiembre, una muchedumbre de mujeres locales vestidas con trajes regionales les dieron la bienvenida en Viana do Castelo y obsequiaron al sorprendido príncipe y a Wallis con una muñeca de medio metro que vestía una falda y una blusa bordadas.

La travesía rodeando Gibraltar fue dura. El día 7, el príncipe y su grupo siguieron hasta Mallorca, donde tomaron un coche hasta el hotel Formentor, situado al norte de la isla. Nadaron desde la playa y regresaron al anochecer para ver el Rosaura, iluminado de proa a popa, anclado en un cabo de la bahía. Al día siguiente visitaron la catedral y el claustro de San Francisco; pasaron el fin de semana explorando cuevas, recogiendo conchas y escalando rocas.

Finalmente el barco, haciendo ya agua, quedó cómodamente amarrado en Cannes. En algún lugar entre Oporto y Francia, la relación entre Wallis y el príncipe se había hecho aún más intensa, pero solo por parte de él. Eduardo estaba para entonces tan profundamente enamorado que habría sido feliz si el viaje hubiera podido prolongarse para siempre; la ambiciosa Wallis aceptó fríamente su locura. Tras haber telegrafiado a su hermano, el príncipe Enrique, para que esperara su llegada a Marsella y haber ordenado a Edward Fielden que volara desde París y aguardara nuevas órdenes, el príncipe decidió impetuosamente quedarse donde estaba, con la mujer a la que amaba. Envió a Fielden de regreso a Londres y su hermano zarpó para Australia sin despedirse de él.

A pesar de haber anunciado a la prensa a través de John Aird que el Rosaura no anclaría en el puerto, sino que continuaría el viaje de inmediato, el príncipe informó a lord Moyne de que se quedaría en Cannes durante varios días. Allí, perseguido por periodistas y fotógrafos a cada paso que daba, desembarcó con Wallis la medianoche del día 11. El vicecónsul británico local, John Taylor, y su mujer los condujeron al Palm Beach Club, donde bailaron una rumba tras otra hasta las cuatro de la mañana. La noche siguiente aceptaron una invitación de Herman y Katherine Rogers para cenar a medianoche y nadar bajo la luz de la luna desde el yate que le habían alquilado a un matrimonio rico de St. Louis.

Durante el tercer día, demostrando gran atrevimiento, el príncipe y Wallis se alojaron en el hotel Miramar juntos. A la una de la noche, el príncipe llamó al encargado nocturno a su *suite* y le pidió que despertara a los empleados de la sede local de Cartier y les hiciera abrir la tienda. Él salió del hotel a través de una puerta trasera y se dirigió al comercio, donde compró no solo una esmeralda y un diamante para la pulsera de dijes de Wallis, sino muchos otros artículos que mantuvo en reserva para obsequiarla con ellos más adelante. Después, regresó al hotel sacó de la cama a Wallis y al resto del grupo, y anunció a lord Moyne que deseaba hacerse a la mar inmediatamente.

Cuando el barco se encontró en mar abierto bajo la luz de la luna, el príncipe abrazó a Wallis y le colocó los dijes de Cartier en la palma de la mano. Ella se sintió halagada, pero no se conmovió. El Rosaura siguió rumbo hacia Niza y Génova, por aguas tranquilas, y llegó el 17 de septiembre. El príncipe, que ya había telegrafiado para realizar las reservas oportunas, y su grupo se dirigieron entonces en una flota de coches al lago Como, situado a los pies de los Alpes. El grupo se alojó en el hotel Villa D'Este. El tiempo fue magnífico; un sol claro calentaba las montañas y el agua del lago adquiría un azul deslumbrante. Cada mañana el príncipe y Wallis salían en una barca de remos a navegar sobre las tranquilas aguas; la primera tarde fueron en una lancha motora hasta Bellagio. La tarde siguiente jugaron al golf en Monteforno; el día siguiente condujeron por las espectaculares carreteras de montaña. El 21 de septiembre, el grupo se dirigió por carretera al lago Maggiore e hizo una excursión en barco desde Stressa a las islas Borromeo. Allí, el príncipe por fin se olvidó de su contención y permitió a la prensa que le fotografiaran caminando sin más ropa puesta que unos pantalones cortos.

El día 23, el grupo se subió al Orient Express en Domodossola; Mussolini les había ofrecido un coche privado de lujo exclusivamente para ellos. El príncipe había telegrafiado a Edward Fielden para que lo recogiera en París;

estaba ansioso por llegar a casa a tiempo para presenciar en Clydeside la botadura del Queen Mary, el barco más reciente de Cunard. Dejó al resto del grupo en el hotel Meurice y voló al castillo de Windsor, aterrizando en Smiths Lawn, en su trayecto hacia la residencia real de Balmoral. John Aird fue con él; Wallis y los otros le siguieron en el barco de la Marina estadounidense Manhattan desde Cherburgo. Pero daba la impresión de que el príncipe no podía despegarse de Wallis ni en ese momento. Antes de marcharse para la botadura del Queen Mary, se presentó en Southampton con regalos y palabras de cariño para Wallis y su tía.

8 UN PASO HACIA EL TRONO

En el otoño de 1934, el príncipe Jorge, hermano menor del príncipe de Gales, y la princesa Marina de Grecia ocupaban el centro de la atención mundial. Iban a casarse el 29 de noviembre. La familia real se sentía muy aliviada. Durante años habían circulado rumores indignos acerca de Jorge, y algunos de ellos parecían tener una base cierta. Se había afirmado que había mantenido una relación con una actriz negra. Y, según Laura, la difunta duquesa de Marlborough, uno de sus maridos, Michael Canfield, fallecido prematuramente, era hijo ilegítimo del príncipe Jorge y había sido entregado a Cass Canfield, director de la editorial estadounidense Harper & Brothers, más tarde Harper & Row, quien se hizo cargo de su educación.

A este escenario tan embriagador se añadían ingredientes aún más pintorescos. En su diario, el incorregible sir Robert Bruce Lockhart mencionaba que existían rumores en Londres sobre una relación entre el príncipe y un joven parisino, y que a causa de ella había sido objeto de chantaje. Según varias fuentes, el príncipe Jorge regaló al chico magníficos encendedores y pitilleras de Tiffany y Cartier con grabados personalizados. El príncipe de Gales se vio obligado a realizar un desagradable viaje a Francia para pagar dinero a cambio de estos objetos tan perjudiciales, pero el chico le entregó unas copias y retuvo los originales. También se hablaba de una relación con Noël Coward y con un provocador joven de origen latinoamericano. Todo el mundo se sintió muy aliviado cuando el príncipe Jorge se enamoró de la exquisita y bellísima princesa Marina. Aunque siguiera acostándose con Sandra Rambeau.

El 24 de octubre, tras dejar a Wallis en el hotel Meurice de París, el príncipe de Gales y el príncipe Jorge volaron juntos, turnándose a los mandos del biplano real, para asistir al funeral del rey Alejandro de Yugoslavia, que había sido asesinado el día 9 de ese mismo mes por un terrorista macedonio en Marsella; el asesino, que estaba en contra de los vínculos nazis del rey Alejandro, irónicamente también había asesinado al ministro de Asuntos Exteriores francés, enemigo de los nazis, Léon Barthou. Fue en esta ocasión

tan fúnebre y sombría, con todo Belgrado de luto, cuando se dio un paso crucial en la conexión real anglogermánica que involucró tanto a Hitler como a Mussolini.

Dado que el joven rey Pedro, sucesor al trono, aún era menor de edad, su primo el príncipe Pablo fue nombrado regente; la mujer de Pablo, Olga, además de nazi era la hermana de la duquesa de Kent; de hecho, Pablo era quien había organizado el matrimonio de los duques de Kent. Según el volumen de 1941 de la revista *Current Biography*, en aquella época se repetía con frecuencia el siguiente comentario: «Mientras la duquesa de Kent trajo la moda balcánica a Londres, la princesa Olga llevó a los emisarios de Hitler al Palacio Blanco [de Belgrado]». De hecho, si bien ha sido protegido por la mayoría de los historiadores, el mismo príncipe Pablo apoyaba a Hitler de forma exaltada, aunque fuera por motivos de autoprotección, y el duque de Kent y el príncipe de Gales encontraron en él un alma gemela, al igual que les ocurría con otro de los invitados al funeral, el príncipe Felipe de Hesse, jefe de la guardia de asalto. También estaba presente el mariscal de campo Hermann Goering, quien informaba a Hitler de sus reuniones con el príncipe, el duque de Kent y el príncipe Felipe con considerable entusiasmo y rogó al príncipe Pablo que visitara Berlín en cuanto tuviera la menor oportunidad. Hitler hizo la oferta y Pablo la aceptó de inmediato.

El 27 de noviembre, dos días antes de la boda, se celebró un baile en el palacio de Buckingham. El rey Jorge y la reina María insistieron al lord chambelán para que retirara el nombre de Wallis de la lista de invitados. La petición resultó muy ofensiva para ella, y Eduardo se puso furioso cuando se enteró; como consecuencia, llegó con Wallis, con quien cruzó orgulloso el vestíbulo, decidido a encontrarse con sus padres. «La metió sin permiso en palacio», le diría el rey Jorge más tarde al conde Mensdorff.

Wallis estaba ansiosa por eclipsar a la bella Marina, quien llevaba un sencillo vestido de satén blanco; la reina vestía un brocado plateado. La mayoría de las damas habían escogido tonos tenues para mantener la dignidad de la ocasión. Wallis apareció con un diseño de lamé violeta con una faja verde. Si bien muchos, entre los que se incluyeron el monarca y su consorte, le dedicaron una mirada consternada y fría, el príncipe Pablo, regente de Yugoslavia, se encargó de decirle que era la mujer mejor vestida de la sala. Sus joyas, regalos de su amante, relucían en su muñeca y su cuello. También llevaba una diadema de diamantes, alquilada en Cartier.

El príncipe Cristóbal de Grecia escribió en sus memorias:

El príncipe de Gales apoyó una mano en mi brazo de forma impulsiva, como solía.

—Cristo, acompáñame. Quiero que conozcas a la señora Simpson.

—¿De quién se trata?

—Es estadounidense. Es maravillosa.

Con evidente insolencia, el príncipe presentó a Wallis a sus padres. Ella hizo una reverencia mientras ambos la miraban fijamente. No obtuvo una bienvenida más cálida del duque de York, siguiente en la línea sucesoria al trono, ni de su mujer, la anteriormente conocida como lady Elizabeth Bowes-Lyon. A la duquesa de York, Wallis le resultó antipática de forma instantánea. Le parecieron ofensivos tanto lo que ella consideró un comportamiento descarado y vulgar por parte de Wallis como los colores chillones de su vestido. Wallis tampoco daba la impresión de estar encantada. Le resultó irritante la voz dulce y aguda de la duquesa de York, así como su sonrosada cara de rasgos escoceses y su figura regordeta. La duquesa de York acabaría convirtiéndose en la reina madre.

La Navidad le trajo nuevos problemas a Wallis. Tuvo la audacia de escoger los doscientos cincuenta regalos destinados a los empleados del príncipe de Gales personalmente. A muchos de ellos les molestó esto. Además se escuchaban rumores poco favorables respecto al regalo que el príncipe le hizo a Wallis: un broche de diamantes con dos esmeraldas cuadradas. También la obsequió con un cachorro de cairn terrier llamado Mr. Loo, pero al que casi con la misma frecuencia se referían como Slipper. A los ojos de sus empleados, el príncipe sumó a sus anteriores pasos en falso uno más al invitar al servicio doméstico de Wallis de Bryanston Court a que se reuniera con ellos alrededor del árbol de Navidad de York House. No hace falta tener mucha imaginación para darse cuenta de la tensión que existió en aquella celebración.

Agotada por las atenciones casi constantes del príncipe, además de por sus visitas y llamadas incluso obsesivas, por mucho que deseara ser su mujer, Wallis se sintió casi aliviada cuando él se fue a pasar las vacaciones con su familia a Sandringham. Después, en enero de 1935, ella cometió uno de sus mayores errores. Empezó a imitar a la duquesa de York con un estilo duro y socarrón que recordaba a las obras burlescas que representaba en Oldfields. Una tarde, Isabel entró en el salón de Fort Belvedere y se quedó helada. Wallis estaba parodiando su voz y sus gestos de forma hiriente. Salió de allí furiosa. Nunca perdonó a Wallis.

Ese mismo mes, el príncipe de Gales y el príncipe Jorge, ya duque de Kent, recibieron una visita interesante de Berlín. El duque de Kent acababa de volver de Múnich, donde había reforzado su relación con el cuñado de su mujer la princesa Marina, Karl Theodore, conde de Toerring-Jettenbach, marido de su hermana Isabel, partidaria de los nazis, quien transmitió a través de un agente especial a Berlín que el duque de Kent aceptaba el rearme generalizado de Alemania. Él invitó a Londres al barón Wilhelm de Ropp, un agente doble itinerante y emisario del teórico del nazismo Alfred Rosenberg, quien, durante una visita a Londres en 1933, había colocado una corona de flores con forma de esvástica en el monumento funerario de Whitehall. El motivo de la visita de De Ropp a Londres era conocer al príncipe y al duque de Kent para hacerles un retrato completo de las cualidades de Hess, Rosenberg y el resto de líderes. Sir Robert Bruce Lockhart escribiría más tarde en su diario que el duque de Kent era «muy partidario del lado alemán».

El príncipe de Gales decidió realizar otro viaje por Europa con Wallis y un grupo de amigos. Iba a tratarse de una combinación de vacaciones y aventura política. Ese año, la situación del continente era extremadamente delicada. El Ministerio de Asuntos Exteriores británico se había embarcado en una política, promovida por el primer ministro Ramsay MacDonald, que parecía querer apaciguar tanto a Hitler como a Mussolini en sus ambiciones territoriales a fin de asegurar de cara al futuro tanto el equilibrio de poder que tenían los británicos en la Europa occidental como la derrota del comunismo. El Ministerio de Asuntos Exteriores británico pretendía separar a Hitler y Mussolini a toda costa y disuadirles de formar una alianza a gran escala que pudiera hacer peligrar la hegemonía británica. Entre las preocupaciones más urgentes del gobierno británico estaba preservar su poder en el Mediterráneo y prevenir el bloqueo o la conquista del canal de Suez, a través del cual se mantenían todas las rutas comerciales de importancia con las colonias británicas de África oriental y la India, la joya de la corona del Imperio británico.

Gran Bretaña participaba en un peligroso juego de conciliación con Mussolini, cuyas actividades cada vez se veían como más hostiles contra los intereses británicos, así como una amenaza para su flota. En esa época, Mussolini estaba tomando una posición contraria a Hitler porque temía que este le robara protagonismo en la escena europea. Ambos dictadores pensaban que la posesión de Austria, que en sí misma era una nación débil, asolada por la pobreza y políticamente flácida, decantaría el equilibrio de poder definitivamente en la dirección del país que la conquistara. Gran Bretaña

intentaba alentar la influencia italiana en Viena porque debía dejar a Hitler rodeado por un círculo de poder seguro. Estaba mucho en juego en Whitehall, y el príncipe de Gales, tanto por deber como por empeño personal, participó en dicho juego.

Siempre un convencido del Imperio, consciente de la importancia de la India en la Mancomunidad Británica de Naciones, el príncipe estaba haciendo todo lo que podía por ejecutar la política exterior británica al realizar el viaje cuando lo hizo. Sin embargo, no era algo acostumbrado ni deseable que los miembros de la Casa Real se inmiscuyeran en asuntos políticos de esta forma, independientemente de lo bienintencionado que fuera su propósito. El objetivo del príncipe era animar a los austriacos y a sus vecinos los húngaros a que mantuvieran con toda la firmeza de la que fueran capaces su conexión con Italia y proporcionaran así un bloqueo a los avances de Hitler hacia el sur. La empresa fue aprobada por un amigo suyo, sir Oswald Mosley, cuya Unión Británica de Fascistas seguía estando financiada por Mussolini y el conde Ciano a través del Ministerio de Propaganda italiano. Wallis era una «tapadera» conveniente para esta misión en Viena y Budapest. En vista de que, por lo que él mismo admitió en sus memorias, el príncipe de Gales le pedía consejo respecto a todo, y de que sabemos que ella estaba plenamente informada de todos los asuntos políticos y leía todos los periódicos de Londres de la primera página a la última, resulta imposible creer que no estuviera al tanto del propósito del viaje. Pero no existe prueba alguna de que lo supiera.

El viaje comenzó como unas vacaciones. El séquito real viajó desde París en el Simplon Express hasta la estación de esquí de Kitzbühel, en Austria. Se suponía que el príncipe y sus acompañantes iban a cruzar el paso de Augsburg, pero una avalancha cayó sobre la vía y la bloqueó. En lugar de ello, fueron trasladados a otro tren, que, enviado por el gobierno austriaco a la ciudad de Wörgl, les hizo dar un rodeo de mil quinientos kilómetros. Tuvieron que esperar varias horas a una temperatura heladora a que llegara el tren.

El 5 de febrero llegaron a Kitzbühel, donde una multitud de corresponsales de prensa y fotógrafos ya les estaban esperando. El príncipe respondió en un alemán fluido a los discursos pronunciados por el alcalde y el prefecto de policía. Se alojaron en el Grand Hotel. Los copos de nieve arremolinándose y el cielo plomizo creaban un ambiente de penumbra gótica. Quince personas habían muerto en las avalanchas y un hotel de la estación y ocho casas habían quedado sepultados.

En Kitzbühel, Wallis y el príncipe trabaron amistad con alguien que le gustó a Wallis y que iba a desempeñar un papel importante en sus vidas. Se trataba del joven, ingenioso y atractivo Dudley Forwood, cuyo bigote perfectamente recortado, robusta figura y elegantes trajes inspiraban confianza en cualquiera que lo conociera. Era el agregado ayudante de sir Walford Selby, enviado británico y ministro plenipotenciario en Viena. Era costumbre enviar un agregado o primer secretario para que atendiera a los miembros de la Casa Real cuando estos llegaban a una nación extranjera. En el Grand Hotel, Forwood se unió al séquito real, en el que se encontraba Bruce Ogilvy, el hijo de lord Airlie, quien no tenía buen concepto de Wallis, Colin Buist y su mujer, y el ayuda de cámara y comandante Lambe.

Después de una frustrada clase de esquí, Wallis se quedó en el hotel jugando al *bridge*, al *backgammon* y al póquer junto al resto de miembros del grupo, mientras el príncipe salió a esquiar, desde la mañana hasta la noche, soportando rachas de fuerte viento y aguanieve.

El 9 de febrero por fin salió el sol y el cielo se volvió de un azul helado. Esa noche una radiante Wallis apareció vestida con un traje típico tirolés junto al príncipe, a quien se vio obligada a compartir con varias jóvenes preciosas en los bailes folclóricos tradicionales. El grupo se quedó allí durante una semana y se marchó de Kitzbühel en el expreso de medianoche del 16 de febrero en dirección a Viena.

Era una época emocionalmente compleja. Austria había salido de la Primera Guerra Mundial como una nación rota y abatida. Al hambre, la ruina económica y la desesperación les siguió la convicción de que la única esperanza para el futuro dependía de una alianza con Alemania. Algunos socialdemócratas y algunos socialistas cristianos, a pesar de encontrarse de forma clara a la izquierda del centro ideológico, se decantaban totalmente por mantener relaciones amistosas con los nazis. Cuando Hitler ascendió al poder, dejó claro que, como austriaco, esperaba que Austria fuera absorbida por el III Reich. Cuando resultó evidente que Alemania nunca aceptaría a Austria como igual, esta se volvió hacia Mussolini. Toda política se ejecutaba bajo la más estrecha consulta y colaboración con el dictador italiano. Se suprimió el gobierno parlamentario; el socialismo fue aplastado por el fascismo. Apenas unos días antes de que el príncipe y Wallis llegaran a Viena, los socialistas y los comunistas se habían manifestado distribuyendo pasquines en los barrios de Viena, y diez personas habían sido arrestadas. Se produjeron disturbios en las conmemoraciones del aniversario de la revolución socialdemócrata derrotada el año anterior. Y hubo más detenidos; al día siguiente de que el

séquito real llegara a la ciudad, la policía y los socialistas se enfrentaron con violencia en Florisdorf, y otras cuarenta y cinco personas fueron arrestadas durante reuniones de radicales.

Se produjeron manifestaciones de signos contrarios a la puerta del hotel Bristol, lugar donde se hospedaba el grupo; algunos trabajadores pensaban que el príncipe de Gales estaba de su parte; otros, que era favorable al fascismo. Dejando en el hotel a Wallis, muy nerviosa, él salió el día 17 para realizar su primera visita a la Cancillería, donde conocería al presidente Miklas, al canciller Von Schuschnigg y al vicecanciller Von Stahremberg. George Messersmith, ministro estadounidense en Austria, que disponía de espías en sus reuniones, informó sobre el contenido político de las mismas al Departamento de Estado estadounidense unos días más tarde. El propósito era establecer la solidaridad del llamado Pacto de los Balcanes, ese grupo de naciones del sur de Europa que se habían unido en una alianza incómoda con Italia en oposición a la influencia de Hitler. Sin embargo, como Messersmith apuntaba en su informe, el príncipe de Gales estaba preocupado por que el Partido Laborista británico no aprobara su contacto con el gobierno fascista austriaco y por esta razón insistía en que las reuniones de alto nivel fueran minimizadas o ignoradas por la prensa. El príncipe, continuaba el informe de Messersmith, también realizó una visita especial al inmenso y esmerado complejo de apartamentos para trabajadores construido por el antiguo régimen socialista.

Él y Wallis continuaron su viaje en tren hacia Budapest. La capital húngara, que entonces se encontraba en la cima de su sofisticación y entretenimiento, resplandecía luminosa para recibirlos. Allí el gobierno, partidario de Mussolini, era incluso más opresor que el austriaco. Mientras mantenía una incómoda relación de amor-odio con su nación vecina, en aquella época Hungría también se había unido con firmeza al Pacto de los Balcanes. El príncipe mantuvo reuniones con el almirante regente Horthy y el feroz general Julius von Gombös, cuyo régimen opresor (pronto disolvería el gobierno que existía en ese momento) ya había ofendido a muchos comentaristas bien informados. Una vez más, el príncipe discutió la restauración de los Habsburgo, así como las necesarias alianzas con Italia para oponerse a Hitler. Al mismo tiempo, él y Wallis disfrutaron de los placeres barrocos del hotel Danube Palace, el casino y las tiendas repletas de antigua joyería húngara. El futuro rey de Inglaterra sorprendió a los clientes del palacio de baños termales St. Gellert apareciendo delante de ellos completamente desnudo.

La visita fue un éxito desde cualquier punto de vista. Tanto Austria como Hungría estaban ahora ligadas con mayor fuerza a la órbita italiana debido a la influencia del príncipe, limitando así la influencia de Hitler. Cuando el príncipe y su séquito regresaron el 28 de febrero a París, una gran multitud los recibió en la Gare de l'Est. La policía requisó cámaras y bombillas de *flash* usadas, pero aun así aparecieron algunas fotografías. Cuando Wallis y el príncipe se bajaron del tren en Londres, huyeron a través de la multitud hacia York House para cambiarse a toda prisa y acudir a cenar a casa de lady Cunard. Había sido un viaje excitante y agotador.

Pero aún les quedaba por delante algo más emocionante, un asunto de la mayor preocupación para el trono.

Como puritano de la última época victoriana, en marcado contraste con el rey Eduardo VII, Jorge V, cuyo propio historial sexual estaba lejos de ser intachable, tenía mucho de lo que ocuparse en su familia más inmediata. Aunque probablemente se habría mostrado reacio a condenar a sus hijos por permitirse una actividad sexual «normal» a escondidas, se oponía de forma categórica a su elección de determinadas parejas. Había tenido que afrontar el hecho de que dos de sus hijos, el príncipe de Gales y el duque de Gloucester, hubieran compartido la cama de la aviadora Beryl Markham, famosa por sus amoríos; había tenido que soportar el romance del príncipe de Gales y el duque de Kent con Sandra Rambeau; la aventura del duque de Kent con el efebo parisino David Edge, y algún otro; y también los escarceos del príncipe de Gales y el duque de Kent con Noël Coward. El hecho de que el duque de Kent se hubiera casado con la princesa Marina de Grecia había resultado una especie de alivio, especialmente porque dos de sus hermanas estaban casadas con hombres que podrían ayudar a preservar una paz duradera con Alemania. Pero lo peor de todo era la relación del príncipe de Gales con Wallis, una mujer casada de mala reputación, una cazafortunas evidente y un exponente de lo que solía llamarse, en aquella época antediluviana, prácticas sexuales perversas.

El rey, que estaba a punto de cumplir sus bodas de plata casado con la aún más correcta y honrada reina María, se embarcó en una empresa que era, como poco, contraria a su carácter. Consistía en obtener, por decirlo delicadamente, toda la basura que pudiera relacionarse con Wallis Warfield Simpson.

Aunque una vez, en un ataque de despecho, había dicho que esperaba que Eduardo nunca se casara, claramente seguía confiando en la unión de su hijo con la princesa Federica, un matrimonio que podría evitar otra guerra

mundial, la segunda de su vida. El horror de las trincheras, el barro, las ratas, los obuses, la sangre derramada, el conflicto entre primos alemanes, la pérdida de un mundo elegante y culto, la destrucción de la flor y nata de los varones ingleses… eran las obsesiones de todo el mundo en la generación de Jorge V, y él habría dado, es justo decirlo, cualquier cosa por evitar que estos hechos volvieran a suceder.

Y por eso, a principios de 1935, el rey se puso en contacto con lord Trenchard, un viejo y leal amigo, además de inspector jefe de la Policía Metropolitana de Londres. Trenchard, inmensamente distinguido por ser el creador de las Fuerzas Aéreas Reales, era, como su soberano, un obstinado puritano. En el transcurso de la revisión de la estructura burocrática de Scotland Yard, había conseguido mejorar la calidad del cuerpo, fundado una escuela de entrenamiento para los policías y despedido a los miembros poco eficientes de esta fuerza de la autoridad. No quería de ninguna manera que sus agentes se dedicaran a perseguir mujeres de vida alegre en dormitorios o zonas de combate sexual, obtener información de codemandados que condujeran a un divorcio o hacerse cargo de cualquier otra tarea sórdida más apropiada para un detective privado. Y lo que el rey le pidió a Trenchard era que investigara a Wallis Simpson como si fuera una vulgar prostituta.

A Trenchard no debió de hacerle ninguna gracia la tarea. De hecho, a pesar de sus enérgicas reformas, nunca disfrutó de su trabajo a cargo del crimen; su pasión eran las fuerzas aéreas.

Su trabajo diario en Scotland Yard ya era bastante oneroso y desagradable sin esta sórdida carga extra; pero era un viejo soldado caballeroso y nunca habría dejado de satisfacer a su rey. En realidad, había dimitido dos años antes, deseando poder disfrutar de una jubilación más que merecida, pero el monarca había insistido en que se quedara, primero para encargarse de la seguridad en el matrimonio de los duques de Kent, potenciales objetivos de los terroristas comunistas, y más tarde para los preparativos de las bodas de plata de su reinado.

La rama especial de Scotland Yard estaba destinada a proteger, no a exponer, a los miembros de la familia real. Comenzó sus investigaciones sobre Wallis a finales de la primavera de 1935; el esforzado subjefe Albert Canning estaba al cargo. Este descubrió a través de varios amigos de Wallis que ella se estaba acostando con un hombre del que por algún motivo nadie decía el nombre. A Canning no le llevó mucho tiempo descubrir que su amante era un ejecutivo de ventas de la compañía de automóviles Ford llamado Guy Marcus Trundle.

Atractivo, elegante, de treinta y cinco años en aquella época, Trundle era poco más que un gigoló, dado que por sus servicios sexuales Wallis le había dado dinero que ella recibía del príncipe de Gales. A fin de reflejar el notorio antisemitismo y el amor por Hitler de su patrón estadounidense Henry Ford, los empleados de dicha compañía no podían ser judíos y debían tener ideología de extrema derecha y aprobar la decisión de su empresa de construir camiones y vehículos armados para el Ejército alemán, un proceso que no cesó durante la Segunda Guerra Mundial. Hitler idolatraba a Ford, al que incluso dedicó una mención honorífica en *Mi lucha*, y tenía un retrato de él siempre en su mesa. Por lo tanto, Trundle debía de ser en el fondo un leal fascista ario y un hombre con quien Wallis podía entenderse bien.

Casado en aquella época, descrito por muchos informantes de Canning como un sinvergüenza o un canalla, Trundle parecía caerle mal a todo aquel con quien habló Canning. La pregunta era: ¿dónde pudieron ella y Trundle consumar su relación?

No podía ser en un hotel, lleno de empleados cotillas, porque el príncipe de Gales se habría enterado. Tampoco podía haberles prestado una casa o un apartamento ningún amigo que Wallis hubiera conocido en sus relaciones de sociedad. Como Trundle estaba casado, no podían encontrarse en la casa de este, que era una propiedad de la Casa Real cercana al lugar de nacimiento de la duquesa de York en Bruton Street; y desde luego Wallis no podía llevarlo al número 5 de Bryanston Court. Lo más probable es que las citas fueran, como indica su siguiente relación con William Bullitt, embajador estadounidense ante Francia, en su modista: el único lugar al que el príncipe de Gales no la seguiría.

Su modista habitual, la agente nazi Anna Wolkoff, tenía un pequeño establecimiento en Mayfair; pero otra amiga, Elsa Schiaparelli, la célebre diseñadora de moda italiana, cuyas prendas empezó a llevar Wallis a mitad de la década de 1930, acababa de abrir un taller de costura en el número 36 de Upper Grosvenor Street, muy cerca de una de las antiguas residencias de Wallis. En 1990, el director de cine Jean Negulesco me contó que entre su grupo de amigos se sabía que el edificio, ahora un bloque de pisos en el que él mismo había tenido un apartamento desde 1950, era el lugar donde la señora Simpson se encontraba con su amante y donde Schiaparelli (a quien él había conocido en París a finales de la década de 1930) les protegía a ambos.

Schiaparelli era la tapadera perfecta, porque ella también simpatizaba con los nazis. Los archivos sobre ella del FBI y del Departamento de Estado estadounidenses existentes en los Archivos Nacionales de Washington

demuestran que operaba de forma continuada en representación de Hitler y, algo mucho más importante a la vista de su conexión con Wallis, compartía con ella al abogado francés nazi Armand Grégoire; este ya trabajaba para Wallis desde 1934.

Un aspecto curioso del informe de Canning es que en él se decía que Wallis, al tiempo que mantenía este idilio, se encontraba celosa de una mujer «austriaca o húngara» presente en la vida del príncipe de Gales. No se aclaraba su nombre, pero no era costumbre en las investigaciones de Scotland Yard mencionar a los miembros de la realeza. Y es que, probablemente, la mujer concernida fuera la princesa Federica de Hannover, que dividía su tiempo entre Londres y Viena en aquella época. «Austro-húngara» puede ser una descripción policial comprensible de una hija del duque de Brunswick, si Canning, como es probable, tenía algún conocimiento de sus detalles genealógicos.

En medio de la investigación policial sobre Wallis, lord Trenchard dimitió finalmente y de forma irrevocable el 5 de junio de 1935, quizá (su nieto lo pone en duda) porque le desagradaba esta continua y sórdida tarea de la Casa Real, aunque permaneció en su puesto hasta diciembre para poder ayudar a su sucesor, sir Philip Game. Este, tras un desafortunado periodo como gobernador general de Australia, fue degradado considerablemente al ser designado inspector jefe de policía. Ahora debía ayudar al rey a llevar a cabo, en cooperación con el Servicio Secreto de Inteligencia, una investigación sobre la vida de Wallis en Estados Unidos con la que el monarca pudiera ganarle la partida cuando llegara el momento.

Con una hipocresía y un descaro asombrosos, Wallis se las arregló para fingir delante del príncipe de Gales. El 15 de junio, en medio de su idilio con Trundle, posó para Cecil Beaton y le obsequió el retrato al príncipe dedicándoselo. La fotografía apareció en la revista *Vogue* del 10 de julio. El día 27, le regaló otro retrato suyo, realizado esta vez por Man Ray, en el que escribió, curiosamente: «QUÉ GRANDE». Dado que el príncipe no era conocido precisamente por el tamaño de sus atributos, ¿se trataba de una broma privada y desagradable, pensada para mantenerle en vilo, y una referencia malintencionada y subrepticia a Guy Trundle, mucho más viril que él?

Una de las pocas aficiones permanentes de Jorge V, al margen de los deportes, era China; poseía un conocimiento del país tan formidable que lord Killearn, embajador británico en Egipto, en una visita que realizó al palacio de Buckingham en esa época, se quedó tan sorprendido que dio cuenta de ello

en su diario. Además, Stanley Baldwin, elegido primer ministro en junio, también tenía un gran interés por China, país que había visitado durante la década de 1920. Armados con este conocimiento previo, tanto el rey como el primer ministro estaban bien preparados para instruir al agente del Servicio Secreto de Inteligencia en China, Emmanuel Cohen, para que procediera a sacar a la luz la carrera de Wallis en ese país.

Scotland Yard y el Servicio Secreto de Inteligencia suministraron todos los hechos que fueron necesarios de su paso por Hong Kong, Shanghái y Pekín, y otros agentes de Baltimore, San Diego, Pensacola y Nueva York obtuvieron detalles relacionados con el juego, la promiscuidad sexual y el tráfico de drogas. Baldwin entregó los informes resultantes al rey; dada la sensibilidad de la reina María, se dejó que fuera su gran amigo y ayuda de cámara, el honorable John Coke, distinguido y moralmente impecable hijo del conde de Leicester, quien le mostrara los informes personalmente. Él escribiría años más tarde que la impresión que se llevó y su consternación fueron indescriptibles.

En enero de 1951, cuando surgió el controvertido tema de si se debía permitir a Wallis utilizar el tratamiento de Su Alteza Real, Winston Churchill llamó a Coke para que acudiera a su residencia de vacaciones en Marrakech, donde se encontraba trabajando en una historia popular, para preguntarle sin rodeos por qué se le seguía negando este privilegio. Coke le recordó que en 1936, durante el último mes de vida de Jorge V, él mismo había escuchado a la reina María decir que, en vista del informe que él le había mostrado, Wallis nunca podría llegar a reina. Ella, la duquesa de York y la duquesa de Kent estuvieron de acuerdo sobre el tema en aquella época.

Desde ese día hasta la actualidad, historiadores y biógrafos han negado la existencia del informe, pero constituye la excepción a esta lista Kenneth de Courcy, duque de Grantmesnil, amigo de John Coke y el príncipe de Gales, quien sabía de su existencia a través de la reina María y Coke, si bien creía que se trataba de una falsificación. Es absurdo; ni el rey Jorge V ni Baldwin ni John Coke habrían falsificado nunca un informe; no eran delincuentes.

Es importante reseñar que la familia real confiaba tanto en Coke que nunca fue despedido de su empleo. Si hubiera sido parte de una falsificación dirigida por Baldwin, habría sido apartado y se le habría destinado a algún puesto remoto de la Mancomunidad Británica de Naciones, que era el procedimiento habitual con los empleados reales que cometían algún error grave. Él siguió siendo el ayuda de cámara de la reina María hasta el final de la vida de esta y el del rey Jorge VI (quien nunca habría admitido a un

mentiroso a su servicio) hasta que este murió. Tampoco le rechazó Winston Churchill cuando fue a Marrakech en 1951; muy al contrario, le tenía un gran respeto.

Los escépticos siguen haciéndose oír; en su biografía no autorizada del rey Eduardo VIII, publicada en 1991, Philip Ziegler afirmaba incorrectamente que todo el mundo parecía haber conocido a alguien que había visto el informe pero que nadie parecía haberlo visto en persona, ofendiendo así la memoria de Coke.

Durante la primavera de 1935, Wallis se dejó ver por la noche en todas partes triunfante, tan resplandeciente como sus esmeraldas. Henry *Chips* Channon observó que en un almuerzo celebrado el 4 de abril Wallis «ya poseía el aire de un personaje que entra en una habitación casi esperando que los demás le hagan una reverencia. Tiene un dominio absoluto sobre el príncipe de Gales». El 31 de mayo, el príncipe y Wallis fueron invitados por lady Cunard a su palco de la Royal Opera House de Covent Garden. Cuando llegó el primer entreacto, Wallis le dijo cortante al príncipe de Gales: «Date prisa, David. O llegarás tarde al baile del Consejo del Condado de Londres. Y saca ese puro del bolsillo de la chaqueta. ¡No es que quede bonito, precisamente!».

Esa primavera, la alta sociedad londinense estaba muy emocionada con respecto a las bodas de plata del reinado de Jorge V. Se estaban gastando enormes sumas de dinero para conseguir que aquella mugrienta ciudad tuviera una apariencia razonablemente festiva; los edificios fueron engalanados con banderas y flores, y se encendieron hogueras por toda Inglaterra. El rey dejó claro a su equivocado hijo que Wallis no sería bienvenida en el baile; como divorciada, también tendría prohibido el paso al palco real de Ascot y se le negaría cualquier otro privilegio sobre el que tuviera control la familia real.

El rey se opuso frontalmente al príncipe en todo lo referente a Wallis. Este le dio a su padre su palabra de honor de que nunca había mantenido relaciones sexuales con ella. Algo que, por supuesto, quizá fuera literalmente cierto si él y Wallis aún se conformaban con realizar juegos sexuales fetichistas que no implicaran la consumación plena de su relación. El príncipe insistió en que Wallis era «una persona estupenda» y que le hacía «supremamente feliz», a diferencia de Thelma Furness, quien era, como deslealmente confesó, «una bestia». Insistió una vez más en que Wallis no era su amante y rogó que se le permitiera entrar en el palco real, así como aparecer en el baile. El rey le replicó que, en vista del hecho de que su relación con Wallis era (como equivocadamente creía él) estrictamente

platónica, ordenaría que los Simpson fueran invitados. Lord Wigram, secretario privado del rey, escribió en su diario: «Los empleados del príncipe estaban horrorizados ante la audacia de las afirmaciones de [S. A. R.] el príncipe de Gales. Aparte del hecho de que ellos habían visto a S. A. R. y la señora S[impson] en la cama juntos, tenían pruebas suficientes de que S. A. R. vivía con ella».

El baile se celebró el 14 de mayo. Según la tradición, el príncipe debería haberlo abierto bailando con su madre. En lugar de ello, causó un tremendo revuelo al dirigirse hacia Wallis y hacerla girar por la pista en la segunda pieza de baile. Para empeorar aún más las cosas, bailó con ella justo delante de sus padres, quienes le dirigieron una mirada de acerado disgusto. Ella se sintió humillada.

Después del baile, Wallis, el príncipe y un grupo de amigos fueron a bailar al Embassy Club hasta las cuatro de la madrugada. La novelista Marie Belloc Lowndes afirmó que Wallis guardaba en su bolso enjoyado los puros tanto del príncipe como de Ernest Simpson y se los daba como si repartiera golosinas a niños traviesos. Cuando la señora Lowndes se lo contó a su marido al llegar a casa, él le respondió: «Había oído hablar del precio de la vergüenza, pero nunca de que este tuviera forma de puro».

Wallis estaba decidida a presenciar la procesión de las bodas de plata que finalizaba en la catedral de San Pablo. York House no contaba con unas vistas satisfactorias. En la mañana de la procesión, el príncipe de Gales telefoneó a la secretaria ayudante de su padre, Helen Hardinge, mujer del honorable comandante sir Alexander Hardinge. Los Hardinge vivían en una Casa de Gracia y Favor cercana a York House, que tenía una situación inmejorable para ver la procesión. Él le dijo a Helen Hardinge: «A dos de mis doncellas les encantaría ver el desfile. ¿Podrías guardarles un sitio en una de tus ventanas?». La señora Hardinge le hizo el favor. Cuando ella y su marido salían para San Pablo, llegaron las dos «doncellas». Eran Wallis y lady Cunard. La señora Hardinge estaba furiosa.

Durante todo ese mes, muchos miembros de las casas reales extranjeras, entre los que se incluían diversos parientes del monarca, llegaron a Londres para estar presentes en las celebraciones de las bodas de plata del reinado. De forma inteligente, Hitler consideró este acontecimiento como la oportunidad ideal para reforzar el progermanismo de muchas personalidades, tanto dentro de la familia real británica como entre los círculos aristocráticos. Consciente de que el gobierno aún se decantaba a favor de Italia, buscando limitarle para mantener el equilibrio de poder británico, se esforzó por corregir la situación

sacando una escalera de color del apagado mazo de cartas en que se había convertido la destronada familia real alemana de Hohenzollern. Habría sido un error enviar al débil káiser a Londres, porque la opinión pública británica se habría alzado airada contra el antiguo enemigo. En vez de eso, con gran astucia, Hitler envió a la nuera del káiser, la princesa Cecilia, su hija Victoria y su hijo Ernesto Augusto, junto al favorito del príncipe, Carlos, el duque de Sajonia-Coburgo-Gotha, que militaba en las SS. El Führer pensaba que podía confiar en estas figuras, completamente comprometidas con su causa, aunque solo fuera para proteger sus intereses, para causar una buena impresión en el palacio de Buckingham. Inevitablemente, Wallis se encontró con ellos en esa época. Entre sus nuevos amigos estaban el príncipe y la princesa Von Bismarck, y entre otras conexiones cruciales con los primos de la realeza alemana se hallaban sus leales anfitriones, sir Harold y lady Zia Wernher. Lady Zia era la hermana, y también rusa blanca, de Nada Milford Haven. Sir Harold era el director de Electrolux en Gran Bretaña, y por consiguiente un socio del magnate multimillonario sueco y propietario de Electrolux Axel Wenner-Gren, monárquico y amigo del mariscal de campo Goering, quien tiempo después desempeñaría un papel protagonista en las vidas de Wallis y el príncipe. A finales de mayo Leo von Hoesch celebró una fiesta de gala en la embajada de Carlton House Terrace en honor a Wallis, el príncipe de Gales, los Bismarck, la princesa Cecilia y los Wernher.

Durante la cena, a Wallis le intrigó escuchar que la princesa Cecilia instara al príncipe a que hiciera público su deseo de que se firmaran alianzas más estrechas con la Alemania nazi. Le sugirió que una ocasión ideal podría ser el discurso que tenía previsto dar en el Queen’s Hall a los veteranos de la Primera Guerra Mundial miembros de la Legión Británica. Esta formación se encontraba ya en estrecho contacto con su homóloga alemana y estaba ansiosa por reparar el daño hecho durante la Gran Guerra estrechando la mano de la amistad por toda Europa. El príncipe estuvo de acuerdo en que la idea era excelente. Aparentemente, nunca se le había ocurrido que, al aceptar tal compromiso, pondría al descubierto el doble juego que estaba llevando a cabo con las potencias europeas y enfadaría mucho a sus amigos de Viena y Budapest, así como al gobierno francés, que ya era uña y carne con Mussolini.

El 19 de junio de 1935, tras una atronadora ovación, el príncipe, sin Wallis, subió al podio del Queen’s Hall y dio un discurso a la Legión en el que se hacía explícito su deseo de olvidar los conflictos de la Gran Guerra. El público se puso en pie aplaudiendo; la gran mayoría de los presentes aún

vivían angustiados por el horror de las trincheras. En el mismo momento en que el príncipe estaba hablando, algunos veteranos alemanes, portando banderas con esvásticas y las bendiciones del Führer, se encontraban de camino a Brighton, donde unos días más tarde marcharon por las calles e hicieron aparición en una cena, celebrada por el príncipe Otto von Bismarck, en la que se leyó un mensaje en alemán que había enviado para ellos el príncipe de Gales. En una ceremonia que tuvo lugar en el ayuntamiento, el líder de la Liga del Reich Klaus Korres dijo: «El príncipe de Gales es el hombre del momento, no solo en su país, sino también en Alemania. *Heil Hitler!*».

El discurso del príncipe en el Queen's Hall provocó una enorme controversia. El rey Jorge estaba furioso, particularmente dado lo importante que era continuar con la política de contemporización con Mussolini para proteger el Mediterráneo y el canal de Suez. Y, lo que era más importante, resultaba esencial que los miembros de la familia real no se expresaran públicamente sobre asuntos políticos. El discurso del príncipe solo sirvió para ilustrar su ingenua y confusa posición política. Díscolo y desafiante, se estaba comportando como un entrometido y resultaba irritante de todas las formas posibles. Goering y el general y conde Von der Götz, jefe de la Liga de Oficiales Alemanes del Reich, enviaron telegramas aprobando su intervención. Una semana más tarde, en una concurrida asamblea de doscientas personas celebrada en Núremberg, Goering, después de denunciar de forma salvaje a los judíos, dijo: «Los alemanes quedaron profundamente reconfortados con la declaración del heredero al trono británico. Puede estar seguro de que los soldados alemanes del frente, así como el pueblo alemán en general, estrecharán con entusiasmo la mano que se les ha tendido».

En la Casa de los Comunes, Aneurin Bevan, miembro laborista del Parlamento por Ebbw Vale, planteó preguntas sobre el tema, asediando al nuevo secretario de Asuntos Exteriores, el conservador sir Samuel Hoare. Este dejó claro que el príncipe había actuado por su cuenta, sin sanción ni autorización indirecta de ningún tipo. Sin embargo, en algún sentido, la respuesta hasta cierto punto honrada de Hoare nacía viciada por la hipocresía, ya que tan solo seis días antes del discurso se había firmado el Acuerdo Naval Anglo-Germánico, que permitía a Hitler, contraviniendo el Tratado de Versalles, reconstruir la flota alemana hasta el treinta y cinco por ciento de la fuerza naval británica.

Al mismo tiempo, la relación de Gran Bretaña con Italia, fomentada tan cálidamente por el príncipe, comenzó a verse amenazada por la política

exterior de Anthony Eden. El conde Grandi recuerda que, después de una reunión con Eden en Roma, Mussolini le llamó para que se acercara y, en un tono duro y resuelto, le dijo: «Los ingleses y los franceses han declarado su absoluto desinterés por el destino de Austria […]. Pronto la bandera nazi ondeará sobre la frontera del Brennero. Es doloroso pero inevitable. Maquiavelo escribió: "Si no puedes con tu enemigo, únete a él". Llegará el mal día en que tendremos que unirnos a los alemanes. Y no será agradable». Grandi continúa:

Mussolini advirtió que Eden, al tiempo que adoptaba una actitud beligerante hacia nosotros, también mostraba cierta ceguera en lo referente a nuestros problemas con África. Mussolini me dijo: «Desde este momento, se producirá un cambio en nuestra política exterior. Ya que somos incapaces de salvar Europa, nos moveremos hacia África».

Los ingleses se mostraron indecisos con respecto a nuestras acciones en África, sobre todo en relación con Abisinia. Ni aprobaron ni se opusieron a nuestros planes de conquistar Etiopía. En junio de 1935 los intereses británicos se centraban en su política interior debido a la inminencia de unas elecciones generales. Pero a medida que avanzó ese año, se intensificó un sentimiento contrario a Italia.

El príncipe de Gales ejerció toda la presión que pudo sobre los círculos de la alta sociedad para contrarrestar la creciente oposición al colonialismo italiano. A este respecto, dada su amistad con Grandi, Wallis estuvo completamente de acuerdo. Y además estaba la contradicción de que tanto Wallis como el príncipe flirteaban con los alemanes en Londres. Wallis logró otra amistad que provocó a los elementos antialemanes de Whitehall: el 29 de junio había sido invitada por lord y lady Londonderry, en una época en la que este escribía cartas de admiración a Hitler (a quien había visitado) y apoyaba descaradamente el régimen nazi. El 15 de junio, con la bendición del príncipe de Gales, algunos miembros de la Legión Británica viajaron a Berlín, donde fueron recibidos con gentileza por el Führer.

Durante este periodo de enorme publicidad y corrientes conflictivas en el mundo de la política, el príncipe de Gales estuvo sometido a mucha presión. Cada vez dependía más del apoyo de Wallis, pero ella aún conservaba una actitud ambigua hacia él. Por un lado, ella disfrutaba despreciando las convenciones, regodeándose con la atención pública y aumentando su poder personal. Por otro, como deja claro una escalofriante carta escrita en esa época a la tía Bessie, en realidad no estaba enamorada. De hecho, cada vez le

afligían más la dependencia infantil del príncipe —a pesar de que hubiera sido ella quien había creado esa situación— y sus llamadas y visitas, todavía insistentes. Con frecuencia aburrida, crispada o impaciente, aunque fuera imposible lo quería todo: un marido impasible y leal y un príncipe completamente esclavizado; tanto respeto como notoriedad; las ventajas de la privacidad y las del protagonismo social. Esa necesidad tan propia de la realeza de ser satisfecha de todas las formas posibles había resultado ser contagiosa.

En una conversación mantenida con el embajador estadounidense en Londres, Joseph P. Kennedy, el 13 de junio de 1938, como anotó el propio Kennedy en su diario, sir Edward Peacock, encargado de las finanzas de la Casa Real como administrador general del ducado de Cornualles, afirmó que en aquella época el príncipe de Gales comenzó a sacar divisas reales del país, sobre todo a Estados Unidos, donde, a pesar de la Gran Depresión, se podían encontrar mejores inversiones que en Inglaterra. Al igual que Hitler y Goering, el príncipe invirtió sumas considerables en acciones de empresas ferroviarias, preferiblemente del nordeste de Estados Unidos.

En julio, ya se estaba planeando otro viaje político a Europa continental bajo la apariencia de unas vacaciones. Utilizando el pseudónimo de lord Chester, que en realidad no engañaba a nadie, el príncipe salió con Wallis y unos amigos hacia Francia, y llegó el 7 de agosto a Cannes en el Tren Azul. Sus amigos, el vicecónsul John Taylor y su mujer, salieron a recibirles. Aparentemente indiferente al apoyo del príncipe al régimen antisemita de Hitler, sir Philip Sassoon seguía siendo uno de sus amigos íntimos y dispuso que se alojaran en casa de su hermana, lady Cholmondeley; su Villa le Roc se encontraba al lado del famoso castillo de l'Horizon de Maxine Elliott. Aquella preciosa casa blanca estaba situada junto al mar y disponía de una piscina como las de los transatlánticos, ingeniosamente contenida dentro de las rocas sobre las que se había construido la casa. También disponía de un pantalán para el yate privado.

El séquito real nadó, practicó esquí acuático, jugó al golf y realizó un pequeño crucero por la zona a bordo del yate *Sister Anne*, propiedad de la heredera de la empresa de máquinas de coser Singer, la honorable señora *Daisy* Fellowes. Sin embargo, en estos días dorados, bañados por el sol, subyacía una corriente de peligro y tensión. Existía el peligro de que asesinos comunistas intentaran disparar al príncipe. Tanto él como Wallis debían estar vigilados todo el día, y no podían abandonar la casa sin que les acompañaran agentes especiales franceses y británicos y un comisario de Scotland Yard,

David Storrier. La vigilancia se intensificó cuando, el 1 de septiembre, Wallis, bastante asustada, y el príncipe zarparon en el Cutty Sark, el yate valorado en un millón de libras propiedad del filonazi duque de Westminster, uno de los terratenientes más ricos de Inglaterra, que poseía grandes propiedades de terreno en Londres. El viaje fue un acto de locura, dado que el barco amarró en Córcega, isla repleta de terroristas. Al final, los comunistas no realizaron ninguna acción y, el 9 de septiembre, después de semanas de sol, mar y fiestas con, entre otros, Herman y Katherine Rogers, la controvertida pareja partió hacia Budapest.

Se detuvieron brevemente en Ginebra, dedicando la mañana a visitar fábricas de relojes y la tarde a una reunión con el secretario privado de sir Samuel Hoare, quien les informó de las actividades de este en la Sociedad de Naciones. Las tropas italianas estaban preparadas para invadir Abisinia, el enorme y empobrecido reino situado en África oriental dedicado al cultivo de algodón y gobernado por el emperador Haile Selassie. Hoare estaba dispuesto a permitir a Mussolini carta blanca en la región debido a diversas razones, entre las que se incluía el que garantizaba la protección de los cuantiosos intereses económicos británicos en empresas ferroviarias y ganaderas, y el acuerdo no escrito de que el dictador italiano no bloquearía el canal de Suez ni atacaría a la flota británica del Mediterráneo ni Gibraltar.

El 11 de septiembre, Wallis y el príncipe llegaron a Budapest. Allí los titulares estaban monopolizados por el discurso que había realizado Hitler el día anterior en el Congreso de Núremberg, condenando el marxismo judío y al moderado Partido Centrista, y prometiendo emplearse contra ambos con mayor dureza en el futuro. Una vez más, el príncipe mantuvo reuniones con el regente Horthy y almorzó con el presidente Gombös. Al mismo tiempo, continuaba su torpe doble juego de prolongar la conexión italiana para asegurarse de que, al mantener la política exterior británica, no se producirían interferencias con las expansiones coloniales de Mussolini. La pareja siguió viaje a Viena, donde de nuevo el príncipe combinó visitas a la Escuela Española de Equitación, a salones de té y a clubes nocturnos con reuniones al más alto nivel en la Cancillería.

Realizaron también un viaje relámpago a Múnich para contentar a los alemanes y un escalofriante trayecto en coche por la autopista transalpina hacia Francia. Una vez en París, reforzó dos vínculos. El primero de ellos fue con Albert Frédéric Armand Grégoire, descrito en un informe confidencial de la Sûreté francesa realizado el 9 de abril de 1934 como «uno de los espías nazis más peligrosos». Seguía siendo el abogado de Wallis, así como el

representante en Francia de los negocios de la compañía Simpson, Spence and Young ante la línea marítima alemana Lloyd y la Hamburg-American Line. También era el abogado de Elsa Schiaparelli, Ribbentrop y Otto Abetz, más tarde embajador alemán en París, así como el principal contacto de sir Oswald Mosley en la ciudad.

Robusto y moreno, con una cicatriz consecuencia de un duelo que le cruzaba la mejilla izquierda, Grégoire había nacido en Metz (Lorena), en 1894. Le había sido otorgada la Cruz de Hierro, de primera clase, por el káiser Guillermo II, y se había convertido en íntimo amigo del príncipe heredero y de la princesa heredera Cecilia. Era el fundador y director del fanático movimiento francista de Marcel Bucard, una de las principales células fascistas de Francia. Bajo el pseudónimo de Greg le Franc publicó artículos filonazis en *Le Franciste*, la incendiaria publicación oficial del movimiento. En el ejemplar de enero de 1934 (vol. I, núm. 2) había escrito:

> Naturalmente, confiamos de todo corazón en una alianza con la Alemania nazi. Somos completamente conscientes de que esta alianza constituye el único medio posible de evitar la corrupción mundial. Entendemos que esta alianza es posible, de hecho más sencilla que una con los británicos, nuestros antiguos enemigos, con quienes tenemos mucho menos en común de lo que tenemos con los alemanes.

Que Wallis utilizara al famoso Grégoire como contacto y abogado (en 1937 la representaría en un importante juicio por calumnias) era algo desastroso, y el Servicio Secreto de Inteligencia intensificó su vigilancia sobre ella. Mientras estaban en París, Wallis y el príncipe también se hicieron amigos de Pierre Laval, primer ministro francés. Taimado, poco fiable, famoso por su apariencia grasienta y por una pajarita blanca lavable que en realidad nunca lavaba, Laval estaba casado con una mujer encantadora y elegante. Llevó a cabo una política en la que intentó complacer a las naciones balcánicas, los alemanes y los italianos mientras en secreto intentaba enfrentar a unos con otros. Soñaba con darle a los alemanes carta blanca para que pudieran destruir la Unión Soviética mientras mantenía separados a Hitler y Mussolini para preservar el equilibrio de poder francés. Despreciaba a los ingleses, a pesar del acuerdo que había firmado con ellos sobre estos temas.

* * *

Estando en París, Wallis fue finalmente impulsada a los niveles más altos del poder europeo. Hasta entonces, el príncipe de Gales la había excluido de las reuniones con los jefes de Estado, dejando que fuera de compras mientras él se daba el gusto de intervenir en el artero juego de la política europea. Este movimiento resultaba no solo escandaloso a los ojos del palacio de Buckingham sino también significativo al ilustrar tanto la confianza que el príncipe tenía en Wallis como la necesidad que sentía de que ella se convirtiera en su consorte real. Dispuso lo necesario para que ella asistiera a un almuerzo con Laval, ofrecido por el embajador británico, sir George Clerk, que se celebraría en la embajada el 1 de octubre.

La fecha del almuerzo era relevante. Durante semanas, Anthony Eden, como representante de Gran Bretaña en la Sociedad de Naciones, había consultado con Laval el delicado asunto de la alianza secreta entre Francia y Mussolini, a la que Eden se oponía. Ese enero, en Roma, Laval había firmado un acuerdo con el dictador italiano que le daría a este carta blanca en Etiopía. Ahora, con su gesto, el príncipe de Gales confirmaba que respaldaría a Laval en su rotundo apoyo a las ambiciones coloniales de Mussolini, un hecho sobre el que testificaría Laval en agosto de 1945, cuando se enfrentara al cargo de traición contra Francia[10].

No existían precedentes: el heredero al trono asistiría, acompañado por su amante, a un encuentro político sancionado por el embajador británico. El yerno de Laval, el distinguido abogado parisino y conde René de Chambrun, un descendiente directo de Lafayette, reveló en 1987 a este autor los secretos de la reunión[11]. Durante la reunión, el príncipe prometió obtener la aprobación de la política de Laval con respecto a Mussolini por parte de su padre el rey y su gobierno. A cambio, afirma el conde de Chambrun, se haría prometer a Mussolini que no firmaría una alianza con el Führer que pusiera en peligro a Gran Bretaña y Francia. Al mismo tiempo, se le exigió a Laval que asegurara, cosa que hizo, que permitiría a Gran Bretaña usar los puertos franceses si en cualquier momento futuro esta mantenía un conflicto directo con Italia en el Mediterráneo.

El conde de Chambrun vio este encuentro como un síntoma de la audacia y la inteligencia tanto de su suegro como del príncipe de Gales. Pero se le pasó por alto un detalle relevante. Un día antes de la reunión en la embajada, Hitler había asegurado a Laval, algo ampliamente publicado en la prensa internacional pero ignorado por los historiadores, que no emprendería ninguna acción contra Francia, independientemente de qué acuerdos firmara esta con Italia. Esta garantía le había llegado a Laval a través de sir Samuel

Hoare. Este anuncio dejaba claro que Hitler ya estaba planeando una alianza con Mussolini para afianzarse de forma permanente en el Mediterráneo y controlar Austria y los Balcanes.

En los días siguientes, Wallis, el príncipe de Gales y Laval, en compañía de madame Laval y Josée, hija de Laval, intercambiaron muchas visitas. Los Laval fueron a cenar al hotel Meurice, y Wallis y el príncipe fueron a casa de los Laval. Debe mencionarse una vez más que la inclusión de Wallis en tales reuniones al máximo nivel era algo extraordinario; estaba recibiendo el trato de princesa, responsable política y diplomática. En una reunión a la que Wallis no asistió, Laval sugirió que el príncipe intentara llegar a un acuerdo con Alemania que reuniera a Mussolini y al Führer. Laval dijo que él estaba seguro de que Mussolini aceptaría un acuerdo honrado y sugirió al príncipe que hablara con el rey. El príncipe le contestó: «Mi padre no se entromete en política, pero yo hablaré con él».

El príncipe tenía claro que ya no hacía falta que siguiera realizando un doble juego entre los dictadores italiano y alemán, que podrían unirse para lograr un objetivo común. Que dicho objetivo era romper el pacto francosoviético, prevenir la extensión del bolchevismo y destruir la Unión Soviética fue algo que el conde de Chambrun le dejó claro al autor de este libro.

Mientras tanto, el duque de Kent estaba ocupado con la misma agenda política. Poco después de que el cobarde príncipe Pablo de Yugoslavia nombrara primer ministro al siniestro fascista Milan Stoyadinovich —cargo que este hacía compatible con ejercer también de ministro de Asuntos Exteriores— y que llegara a un acuerdo infame con el gobierno de Hitler para el comercio de bauxita, carbón y cereales, se reunió con Laval para aprobar la invasión italiana de Etiopía. En el encuentro estaban también el príncipe Felipe de Hesse, cuyo suegro el rey Víctor Manuel pronto sería coronado emperador de ese país de forma ilegal, y el duque de Kent, quien se alojaba en Múnich en la casa del conde Toerring, su cuñado nazi. No hace falta tener mucha imaginación para saber qué alianzas discutieron estos taimados conspiradores.

El día siguiente a la reunión en la embajada británica, los planes del príncipe de Gales y Pierre Laval se cristalizaron. Los británicos garantizaron a Mussolini el paso de una tropa de 150 000 soldados a través del canal de Suez. Italia invadió Etiopía sembrando la devastación y la destrucción. Su ejército utilizó gas mostaza, prohibido por la legislación internacional debido

a sus terribles consecuencias, entre las que se incluía la ceguera, la locura y la muerte.

Simpson, Spence and Young tenía un interés particular en que la invasión de Etiopía continuara. El comandante italiano (Treves), era un estrecho colaborador de uno de los socios de Ernest Simpson. La compañía estaba intentando obtener un préstamo en la Bolsa de Londres para financiar el desarrollo de una industria algodonera en ese país. Treves y la empresa asediaron constantemente al Tesoro para recibir el permiso de explotación del territorio apropiado. En esta iniciativa, como demuestran los documentos, fueron apoyados directamente por el gobierno italiano a través de su agregado de comercio de la embajada en Londres. El argumento para obtener el préstamo era que, si la industria algodonera de Etiopía era financiada por cualquier otro país que no fuera Gran Bretaña, este hecho le crearía una seria competencia a la industria algodonera egipcia, que se hallaba bajo control británico. La solicitud no fue recibida favorablemente, ya que el Tesoro lo veía como un movimiento conjunto de Ciano y el marido de Wallis. No resulta sorprendente, en vista de esta última maniobra, que los esfuerzos del Servicio Secreto de Inteligencia se concentraran cada vez más en Wallis. El 7 de septiembre, Wallis iba a añadir un toque revelador a este asunto al escribirle a la tía Bessie: «Si se acaba produciendo una guerra entre Italia y Abisinia, quizá el transporte dé un paso adelante y sea capaz de ir [a Estados Unidos]».

De vuelta a Londres, según lo afirmado por Laval bajo juramento en su juicio, el príncipe trasladó el asunto de Mussolini y Hitler al rey Jorge V. El monarca estuvo aparentemente de acuerdo en que no debía hacerse nada para detener al dictador italiano en su camino de conquista. Sin embargo, Anthony Eden, posiblemente sintiéndose culpable por haber facilitado dicho camino a la destrucción de una nación desafortunada, comenzó a presionar para que la Sociedad de Naciones sancionara a Italia. A este respecto, el príncipe de Gales se opuso violentamente a él. Seis meses más tarde, el príncipe le diría al embajador Dino Grandi que quería que los italianos supieran que él estaba de su parte y que consideraba el intento del gobierno británico de apoyar las sanciones de la Sociedad de Naciones una política «grotesca y criminal». Nunca dejó de mantener, en los años posteriores, que jamás se debería haber interferido con Mussolini. El conde Grandi lo recordó en 1986:

Mantuve varios encuentros y discusiones con las principales figuras del gobierno británico acerca del tema de las sanciones. Sir Robert Vansittart compartía con Eden el punto de vista de que la aplicación de las sanciones no

estaba meramente diseñada para mostrarnos la posición británica, sino también para servir de advertencia indirecta a la Alemania nazi de que desistiera de sus ambiciones territoriales. Sin embargo, el único efecto que tuvo, desgraciadamente para todos los concernidos, fue empujar a Alemania a las armas.

Intenté avisar a Eden de esto, aunque sin éxito. Mantuve con él varias reuniones complicadas. Tras ellas, juzgué necesario reunirme con el príncipe de Gales. Siempre lo hacía a través de la señora Simpson. La telefoneaba a su casa, y le pedía que realizara las gestiones necesarias. Ella lo hacía así, y las reuniones tenían lugar alrededor de las diez de la noche. El príncipe se mostraba siempre muy receptivo a lo que yo tenía que decirle y me escuchaba con atención. Siguió haciéndolo después, cuando se convirtió en rey.

Durante el otoño de 1935, el viejo rey enfermó, agotado por la tensión de mantener una durísima serie de reuniones oficiales que pusieron a prueba sus menguadas fuerzas más allá de su resistencia. Lo relacionado con Wallis estaba entre sus mayores cargas. El 31 de octubre, él y la reina María se pronunciaron con gran tristeza y enfado acerca del príncipe delante del embajador austriaco en Londres, su viejo amigo el conde Mensdorff. Le contaron a Mensdorff que el príncipe había llevado a Wallis al palacio de Buckingham contra su voluntad. «¡Esa mujer en mi casa!», exclamó el rey Jorge. El monarca continuó: «La anterior amante de mi hijo, lady Furness, también era espantosa. La primera, la señora de Dudley Ward, tenía mucha más clase y era una dama de la alta sociedad. [Mi hijo] no tiene ningún amigo que sea un caballero [y] no sale con nadie decente de la alta sociedad».

El conde Mensdorff contestó: «Pero el príncipe tiene tantas cualidades atractivas, encanto y talento…».

A lo que el rey le replicó: «Sí, sin duda. Esa es la lástima. Si fuera tonto, no nos importaría. Apenas le veo y nunca sé lo que está haciendo».

El príncipe de Gales estableció relaciones de índole aún más dudosa. Documentos propiedad de la Liga de la Defensa Judía muestran que estaba en contacto con el doctor Frank Buchman, un clérigo estadounidense que encabezaba el llamado Grupo de Oxford, o Movimiento de Rearmamento Moral, que contaba con millones de seguidores por todo el mundo. El doctor Buchman, íntimo amigo de Himmler, con quien había estado en Alemania, pronto iba a hacerse famoso por la afirmación «Doy gracias al cielo porque exista un hombre como Adolf Hitler». Entre los admiradores británicos del doctor Buchman estaban sir Samuel Hoare, el primer ministro Baldwin, el conde de Clarendon, el marqués de Salisbury y el conde de Cork y Orrery.

Mientras tanto, la Unión Británica de Fascistas había expresado su continua admiración por el príncipe de Gales. Aunque sir Oswald Mosley tuvo cuidado de no resultar demasiado obvio en sus relaciones con Wallis y el príncipe, se encontraba en su periodo más radicalmente activo. Durante las celebraciones por las bodas de plata del reinado, sus brigadas de camisas negras incluso realizaron el saludo fascista delante del rey Jorge. Se celebraban cientos de reuniones cada semana en distintas zonas de Gran Bretaña. Las bandas de Mosley daban palizas a judíos y comunistas. Y eso que había judíos entre los líderes del movimiento, entre los que estaba el famoso campeón de boxeo Kid Lewis, lugarteniente de Mosley. Además, el Partido Nazi estableció su propia sede en Londres y mostró interés por el príncipe de Gales. Rudolf Hess, segundo del Führer, se encontraba al cargo junto a Ernst Wilhelm Bohle, jefe de la AO[12], la organización de los alemanes residentes en el extranjero.

Cuando 1935 se aproximaba a su final, el rey empeoró aún más. Quedó muy afligido por la muerte de su amada hermana, la princesa Victoria. Hitler le envió un mensaje de condolencia.

En diciembre, el príncipe de Gales, acompañado por Wallis, voló a París a reunirse una vez más con Pierre Laval para tratar el asunto de Etiopía y la continua contemporización de Mussolini. La visita se mantuvo comprensiblemente en secreto, y tan solo ha sido revelada ahora por el conde René de Chambrun. Sir Samuel Hoare se unió a las reuniones celebradas en Rambouillet. Laval propuso que la guerra finalizara con el siguiente acuerdo. A Etiopía se le garantizarían 7500 kilómetros cuadrados de terreno, en gran parte estéril, de la Somalia italiana. A Mussolini se le aseguraría un gran pedazo de las tierras más ricas en algodón de la nación africana. Se suponía que este detestable acuerdo debía mantenerse en secreto hasta que el asunto pudiera plantearse ante la Sociedad de Naciones. Sin embargo, el hábil *Pertinax* (André Géraud), corresponsal extranjero del *Echo de Paris* y colaborador del *Daily Telegraph*, logró de alguna forma obtener el texto del acuerdo Hoare-Laval y lo publicó en ambos periódicos. Inmediatamente, el asunto fue denunciado en la Casa de los Comunes, si bien ninguno de sus miembros conocía el papel del príncipe de Gales en el tema. Hoare fue gravemente insultado y dio un discurso a modo de fútil explicación ante los Comunes. Precipitadamente el príncipe dio el paso de apoyar públicamente a Hoare al aparecer en la Galería de los Extranjeros Distinguidos para escuchar el discurso de este. Supuestamente lo aplaudió, atrayendo así una atención adversa en medio de un coro de abucheos.

Según afirmaba el fallecido conde Grandi en 1986:

Hoare hizo el ridículo en el asunto Hoare-Laval. La opinión pública británica no estaba preparada para asumir una política de su gobierno tan cautelosa y astuta, así que la idea del pacto sorprendió al pueblo británico como si se tratara de un cubo de agua helada sobre una pieza de acero incandescente. Fue un contratiempo terrible. Si las propuestas hubieran sido aceptadas, Italia habría resultado satisfecha y Mussolini nunca se habría unido a Hitler. Ni habría extendido su imperio.

Mussolini intentó más tarde que se creyera que había rechazado la propuesta del acuerdo Hoare-Laval, pero eso no es cierto. Convocó una reunión del Gran Consejo el 10 de diciembre y en la agenda del día se encontraba la aceptación de la propuesta Hoare-Laval. Nunca olvidaré que recibí una llamada de Londres para contarme lo que estaba ocurriendo en la Casa de los Comunes. Mussolini interrumpió la reunión del Gran Consejo para hablar conmigo, y me expresó una gran sorpresa y desilusión.

En sus frecuentes reuniones con Grandi de aquella época, el príncipe de Gales se mostraba incuestionable y completamente de acuerdo con el asunto. Hasta sus últimos días le contó a cualquiera que quisiera escucharle (y el editor y autor Frank Giles dejó constancia sobre este tema en sus memorias) que el mayor error cometido por Inglaterra en su historia fue el asunto relacionado con Mussolini y Etiopía.

Wallis también estuvo siempre de acuerdo. Tampoco pudo olvidar nunca que el ministro de Asuntos Exteriores de Italia, el conde Ciano, era el padre de su hijo muerto. Pero, a pesar de ser favorable al fascismo, estaba contenta y pasó las Navidades con el judío sir Philip Sassoon en Trent Park. Mientras tanto, el príncipe se encontraba en Sandringham con sus padres. Como consecuencia del *dossier* de China y la investigación de Baltimore, el ambiente estaba aún más cargado que de costumbre. El príncipe realizó un esfuerzo conmovedor para aliviar el dolor de su padre pidiéndole al proveedor real que obtuviera una docena de aguacates como regalo navideño para el rey. Corbitt asumió la formidable tarea de encontrar una fruta tan difícil de localizar en medio de un invierno inglés salvaje. Según sus propias memorias (algunos historiadores han cuestionado la veracidad de la historia), cuando llegaron los aguacates, el príncipe se los sirvió con vinagreta al rey, quien desagradecido le espetó: «¿Qué demonios es esto?». Que su padre no apreciara este gesto disgustó al príncipe, quien telefoneó y escribió a Wallis

para decirle que se encontraba profundamente deprimido y preocupado por la situación de su familia.

El príncipe de Gales reemplazó a su padre en varias funciones oficiales. No estaba ansioso en absoluto cuando le preguntaban qué ocurriría después de que accediera al trono. Con frecuencia les decía a sus amigos: «Mi hermano Bertie sería mucho mejor rey que yo». Incluso en privado se refería a la duquesa de York como «reina Isabel». Hablaba de mudarse a su rancho de las montañas rocosas canadienses para pasar el resto de sus días.

Enero era un mes típicamente duro en Inglaterra; por todo el país se extendían la nieve, el aguanieve y los fuertes vientos. El viejo monarca desarrolló una bronquitis, condición agravada por su desafortunado hábito de fumar con mucha frecuencia. El 16 de enero, el príncipe, que había estado cazando en el Gran Parque de Windsor, entró en el salón de Fort Belvedere y le pasó a Wallis una nota. Estaba escrita en la caligrafía de la reina María y decía: «Creo que deberías saber que papá no está muy bien». A continuación, la reina sugería que el príncipe fuera a Sandringham a pasar el fin de semana, pero que tuviera cuidado de no revelarle su preocupación a su padre enfermo.

El príncipe tomó la mano de Wallis entre las suyas. Sabían que el rey se estaba muriendo. Pronto el príncipe sería rey de Inglaterra. ¿Se divorciaría entonces Wallis de Ernest Simpson y se convertiría en reina?

Cuando el príncipe llegó a Sandringham, encontró a su padre, dolorosamente esquelético y frágil, sentado y envuelto en una vieja bata tibetana, tiritando delante de un gran fuego de leña. El rey apenas fue capaz de reconocer a su hijo. Un equipo de médicos dirigidos por el doctor real lord Dawson of Penn había dictaminado que, además del catarro bronquial que sufría el monarca, existían síntomas de una insuficiencia cardiaca que eran lo suficientemente importantes como para alarmarse. Lord Wigram, su principal secretario privado, había sido informado de que el rey no viviría mucho más. Él discutió con el príncipe de Gales y el duque de York los preparativos que tendrían lugar para que se realizara la sucesión. Al día siguiente, los dos príncipes se dirigieron a Londres para reunirse con el primer ministro, Stanley Baldwin. La reina se encontraba especialmente preocupada por el mantenimiento de Sandringham. Se planteó una sociedad por acciones, a la que el príncipe de Gales y el duque de York contribuirían con fondos. Sin embargo, el príncipe de Gales esperaba heredar el usufructo vitalicio de Sandringham y Balmoral cuando ascendiera al trono. El mantenimiento de ambas residencias se descontaría de los fondos de la Corona. La reina estaba disgustada; también temía que su hijo regalara las joyas de la difunta princesa

Victoria, cuya muerte había deprimido tanto al rey Jorge, a la señora Simpson. Se aseguró de que el testamento dividiera las joyas entre la princesa real y las duquesas de York, Gloucester y Kent.

El 17 de enero, con el rey en un limbo entre la vida y la muerte, como reveló Baldwin en una conversación mantenida con Joseph P. Kennedy, embajador estadounidense, el 13 de junio de 1938, el príncipe de Gales, en vez de permanecer al pie de la cama de su padre junto a todos los miembros de la familia que no se encontraran en ese momento en el extranjero, se desplazó a Downing Street a contarle a Baldwin que él había esperado poder librarse de ser rey pero que nunca había tenido el valor de hablarlo con su padre; y después, dejando a Baldwin en estado de *shock*, deprimió aún más al primer ministro al irse con Wallis a un club nocturno.

El 19 de enero, el rey comenzó a hundirse en su último sueño. Le murmuró a lord Wigram: «¿Cómo va el Imperio?». «Todo va bien, señor, en el Imperio», contestó Wigram.

A mediodía, el rey logró firmar un documento mediante el que se autorizaba la reunión de un Consejo de Estado. Mientras Wallis esperaba junto al teléfono en Bryanston Court, el príncipe de Gales voló de vuelta a Sandringham con el duque de York, y tras la cena él y sus hermanos, el duque de York y el duque de Kent, prepararon el funeral. A las diez de la noche, el rey ya se encontraba en coma. Si seguía vivo más allá de la medianoche, el anuncio de su muerte no podría aparecer en la edición matutina de *The Times*; en vista de esta desafortunada contingencia, así como de su doloroso sufrimiento, se decidió poner fin a su vida de inmediato. A las once en punto, lord Dawson —de forma inapropiada, según la ley, que prohibía la eutanasia — inyectó tres cuartas partes de un grano de morfina y un grano de cocaína en la dilatada vena yugular del monarca cuando la enfermera que le asistía rehusó realizar dicha tarea. Quince minutos después la vida del rey se había extinguido y, antes de que la BBC emitiera su boletín de noticias a las doce y diez, *The Times* ya había sido avisado. El príncipe de Gales llamó a Wallis, que se encontraba con el ayudante y protegido de lady Mendl, Johnny McMullen, en Bryanston Court.

Durante toda la noche y gran parte del día siguiente, el príncipe llamó a la ansiosa pero irritable Wallis innumerables veces, relatándole cada sucesiva etapa de los preparativos para los siguientes días. Se planteó la posibilidad de la cremación, lo que, según algunas autoridades, habría sentado un precedente, pero finalmente no se llevó a cabo. Todo el mundo recordaba el espantoso episodio del entierro del duque de Teck, cuando el cuerpo,

aquejado de una infección, se abrió de golpe haciendo un ruido evidente durante la procesión del funeral. Debido a este desagradable recuerdo, se decidió embalsamar al rey.

El príncipe de Gales voló de vuelta a Londres con el duque de York para tratar unos asuntos con el Consejo de Ascenso al Trono y para ser declarado rey de forma oficial. Mientras tanto, el ataúd real descansaba en la iglesia de Sandringham. El 22 de enero se celebraron en Londres las proclamaciones públicas oficiales. Por petición explícita del nuevo monarca, Wallis, fascinada, presenció la ceremonia desde un ventanal de York House.

Cuando sonaron las salvas, Wallis notó que una mano firme agarraba la suya. El rey se encontraba a su lado. De nuevo había roto la tradición al presenciar la ceremonia de su ascenso al trono desde allí y junto a ella.

Se les vio salir juntos en el coche real; él llevó a Wallis a Bryanston Court antes de continuar su camino hacia el palacio de Buckingham. A las 14.30 salió hacia Sandringham. A su llegada, se reunió con su madre y el resto de la familia para escuchar la lectura del testamento por parte del notario real, sir Halsey Bircham. Para horror del nuevo rey, no se le incluyó en el mismo. Se iba leyendo una cláusula tras otra y cada pocos minutos interrumpía el proceso con un angustiado: «¿Dónde aparezco yo?». Sir Halsey se vio obligado a comunicarle que no aparecería en ningún sitio. Lord Wigram afirmó que no se le había dejado herencia porque se presumía que ya habría reunido una considerable suma a partir del ducado de Cornualles. El rey, que estaba sentado a su lado, exclamó furioso: «¡Mis hermanos y hermana disponen de todo este dinero y yo no tengo nada!». Se estima que para esa época habría amasado a partir del ducado de Cornualles una suma cercana al millón de libras en inversiones y propiedades. Además, había heredado, por supuesto, el usufructo de Sandringham y Balmoral.

Así que, en realidad, el nuevo monarca era bastante rico. El ducado de Cornualles le había hecho ganar al menos 364 000 libras al año. Y recibiría otras 425 000 libras más del ducado de Lancaster, más 2 355 000 libras del presupuesto asignado por el Parlamento a la familia real. Sandringham y Balmoral estaban valoradas en al menos 5 millones de libras. También dispondría del uso del palacio de Buckingham, valorado en 15 millones de libras, y que contenía solo en baño de oro al menos otros 10 millones. El palacio albergaba además una colección de obras maestras valorada en otros 5 millones. Y el rey poseía propiedades entre las que estaban un rancho en Calgary (Alberta), con varios cientos de cabezas de ganado shorthorn, y

muchas acciones en empresas judías, que habían obtenido para él los Rothschild.

Wigram estaba sumamente disgustado con el nuevo rey a causa de su comportamiento en relación con el testamento. Dejó claro que dimitiría de su puesto en un plazo de seis meses y enfatizó aún más que no serviría como secretario privado al nuevo monarca. Sus sentimientos fueron compartidos por una alta proporción de los empleados reales, que quedaron horrorizados ante el hecho de que el rey pareciera más preocupado por su propio bienestar económico que por ninguna otra cosa. Dos días más tarde el rey irrumpió en las oficinas del ducado de Cornualles exigiendo que se le asegurara inmediatamente que no se le negaría porción alguna de los ingresos, obtenidos en parte de los alquileres de las familias pobres de Londres. Se le informó fríamente de que no se le negaría.

Mientras tanto, el cuerpo de Jorge V había sido trasladado a Londres para que fuera portado en una procesión sencilla a través de las calles hasta Westminster Hall. Un signo de mal agüero apareció en tan sombrío día: debido al traqueteo del armón de artillería sobre el que descansaba el féretro del monarca, la enjoyada cruz de malta que remata la corona imperial, que había sido fijada al ataúd sobre el estandarte real, se soltó y cayó en una alcantarilla.

Unos días más tarde tuvo lugar una procesión mucho más sofisticada, y a ella asistió una enorme multitud de ciudadanos de duelo.

El cuerpo llegó por fin a Westminster Hall. Durante días y noches, cerca de un millón de personas desfilaron delante del ataúd. En cada una de las esquinas de la tarima se mantenía firme un oficial de la Guardia Real y en la tenue luz resplandecían las velas funerarias. En las primeras horas de una de las madrugadas, cuando la multitud ya se había ido, al rey, que quizá sentía un remordimiento de conciencia debido a su comportamiento, se le ocurrió el conmovedor gesto de llamar a sus hermanos para que se quedaran con él guardando vigilia situados entre los oficiales. Otra madrugada, él y Wallis llegaron a través de una puerta trasera y se quedaron allí contemplándole en silencio. Según el biógrafo de Ribbentrop, Paul Schwarz, un agente alemán logró filmarlos y enviar la cinta a Hitler, a quien le dio un incontrolable ataque de risa al verla. Él ya tenía en su posesión películas de los cruceros del yate real del verano anterior y, como Eva Braun, se había quedado anonadado por el cabello de Wallis, su rostro tan cuidadosamente maquillado y su exquisita ropa. Le dijo a la señora Ribbentrop que admiraba profundamente a Wallis.

En medio de estas tristes celebraciones, con Londres entero vestido de negro y en espíritu de duelo, el nuevo monarca logró de alguna forma concertar reuniones con representantes de la Alemania nazi. Ya antes de que muriera su padre se había visto con Leopold von Hoesch y le había comunicado su intención de asistir ese verano a los Juegos Olímpicos organizados por Hitler[13]. También pudo hacer un hueco para recibir a varios grupos de militares alemanes y, cuando el cadáver de su padre apenas se había enfriado aún, mantuvo un encuentro junto a la chimenea de York House con Charles, duque de Sajonia-Coburgo-Gotha. Le dijo a su primo, educado en Eton y miembro de las SS, que deseaba conocer a Hitler, que sentía la mayor de las admiraciones por Rudolf Hess y que Ribbentrop había realizado un gran trabajo al lograr el Acuerdo Naval Anglo-Germánico. Le dijo que Von Hoesch, a pesar de ser «un buen representante del Imperio alemán», era «un mal representante del III Reich de Hitler», y que él como rey exigiría «un representante nacionalsocialista como embajador de Alemania, alguien que, gracias a su categoría personal en la alta sociedad, se moviera con naturalidad entre la nobleza y fuera visto como un representante de la política oficial y de la confianza de Hitler». Esta afirmación sugería la necesidad urgente de que Von Hoesch fuera reemplazado por el príncipe Von Bismarck, íntimo amigo del príncipe y de Wallis, anteriormente miembro del Parlamento y que desde marzo sería el encargado de negocios.

Uno de los primeros actos del rey como monarca fue encargar, en persona, en Lendrum and Hartman (Mayfair), una copia exacta del Buick de la Casa Real, que había sido fabricado en Canadá. El segundo Buick, que llevaba la misma matrícula y también la insignia real en el capó, estaba destinado al uso exclusivo de Wallis. En el círculo de la corte mucha gente lo consideraba un escándalo. Wallis se granjeó un gran número de enemigos ese enero. Entre ellos destacaba el honorable comandante Alexander Hardinge, tan severamente correcto, y su mujer. Helen Hardinge, de un carácter moral anticuado y miembro de la distinguida familia Cecil, detestaba a Wallis. Además, varias de las ayudas de cámara reales rehusaban darle la mano. Cuando Wallis se acercó a una de ellas tendiéndole la mano, la mujer dejó caer su bolso y se agachó para recogerlo y así evitar el contacto.

El 28 de enero Hitler mandó celebrar un funeral solemne en honor de Jorge V en Berlín, al que de forma inesperada asistió personalmente. Le concedió a la princesa Cecilia el lugar de honor a su lado, y Himmler, Goebbels, Goering y el resto del gabinete también estuvieron presentes.

La misma noche, el rey celebró la acostumbrada cena de ceremonia que sucedía a un funeral real; tuvo lugar en el palacio de Buckingham. Entre los invitados estaban el príncipe Pablo, regente de Yugoslavia; el príncipe del Piamonte, y el vicecanciller austriaco, Ernst von Stahremberg. Hitler envió en representación al barón Constantin von Neurath, antiguo embajador ante la corte de St. James y amigo íntimo de la reina María, y a Carlos de Sajonia-Coburgo-Gotha. En la cena, servida en el comedor dorado, el rey estrechó la mano de todos ellos de forma bastante mecánica. Pero cuando llegó el turno de Von Neurath, Sajonia-Coburgo-Gotha y Von Hoesch, hizo esperar a toda la fila unos veinte minutos, rompiendo completamente el protocolo, mientras hablaba con ellos animadamente en alemán. Todos los presentes lo advirtieron, como él deseaba que ocurriera. Evidentemente, el rey confió en que, dado que Mussolini y Hitler comenzaban a moverse en la misma dirección, este gesto no ofendería al príncipe del Piamonte. Calculó acertadamente.

Había rechazado que se permitiera al enviado ruso, Maxim Litvinoff, sentarse a la misma mesa en la que se encontraba su primo el gran duque Dimitri de Rusia. En lugar de ello, atendió a Litvinoff y al resto de figuras que no formaban parte de la realeza en una recepción separada unas horas más tarde. Ignoró deliberadamente a Litvinoff, convocándole a una reunión distinta en el palacio de Buckingham, donde le preguntó directamente: «¿Por qué mataste a mi primo el zar Nicolás?».

Litvinoff contestó con astucia: «No fui yo. Yo estaba entre los conservadores».

El rey continuó irritando a casi todo el mundo en la casa. Ya había enfadado a muchos sirvientes al cambiar los relojes, que se habían adelantado media hora en la época de sus abuelos a fin de ahorrar horas de luz para destinarlas a la caza, y devolverlos al horario normal. Le dio instrucciones a Frederick Corbitt para que el almuerzo dejara de ser a la una, como se había venido haciendo durante al menos un siglo, sino que se serviría cuando fuera que tuviera hambre, habitualmente alrededor de las dos y media. Esto supuso un problema grave en las cocinas. Dejó claro que los empleados de todas las dependencias reales debían estar preparados para responder a una llamada a cualquier hora del día o de la noche. Pidió consejo a Wallis sobre el presupuesto real. Ella le aconsejó que hiciera una buena limpieza entre los empleados, despidiendo a todo aquel que no fuera competente y recortando un diez por ciento el salario de quien no tuviera un puesto esencial. Para eterno disgusto de Wigram y los Hardinge, despidió a muchos sirvientes

mayores o enfermos. Wallis y él, de forma conjunta, decidieron que se modificara la vestimenta de la corte y que se eliminaran los chaqués. Ambos se presentaron, sin avisar, en las cocinas, en las habitaciones de las sirvientas, en las bodegas, las despensas y los sótanos para llevar a cabo rápidas inspecciones y realizar cambios radicales. Años después, el rey le contó al comandante Grattidge que le había divertido encontrar en las entrañas del palacio de Buckingham a un grupo de hombres diminutos que se encargaban de alimentar las calderas, y que, cual cavernícolas, apenas salían a la superficie.

El príncipe, que siempre estaba a régimen, restringió en dos tercios la compra de comida de todas las dependencias reales; él comía ensaladas, fruta y pequeñas porciones de carne. El único capricho que se permitían él y Wallis era un delicioso postre escandinavo llamado Rødgrød, realizado a base de frambuesas y grosellas trituradas y arroz. Le surgieron algunas dudas acerca de si llevar a Wallis al palacio de Buckingham, pero una noche decidió enseñárselo. Ambos decidieron que el anticuado edificio debería ser remodelado por entero de forma moderna y que, y esto sí que era un escándalo, debería encargarse de ello lady Mendl. Al final, la idea nunca se llevó a cabo. Para el momento en el que lady Mendl hubo terminado sus bocetos, el rey ya estaba fuera del trono.

Su rebelde informalidad era tan extrema, y su sumisión a Wallis tan absoluta que hacía cosas inconcebibles. Cuando ella abandonaba las residencias reales, con frecuencia después de pasar allí la mayor parte de la noche o toda, a una brusca orden de Wallis, él salía disparado por delante de sus empleados y, a menudo bajo la lluvia o a oscuras, llamaba desesperadamente a un taxi tras otro hasta que uno paraba. El conductor, al reconocer al monarca, respondía a los gritos de este, «¡Pare! ¡Soy el rey!», con una mirada fija de sorpresa, abriendo aún más los ojos cuando tan sublime personaje se ponía a abrir la puerta para ayudar a que su famosa amante entrara. Se puede decir sin temor a equivocarse que no ha habido gobernante inglés que haya actuado de esta forma ni antes ni después.

El contraalmirante sir Lionel Halsey fue despedido de la residencia real; y el rey también echó a sir Louis Greig, otro cortesano fiel, además de intentar arrebatarle su casa de Richmond Park (sin embargo, Jorge V se había asegurado mucho tiempo antes de que a Greig se le otorgara un arrendamiento por noventa y nueve años y que la propiedad no pudiera estar nunca sujeta a confiscación real). El general de brigada G. F. Trotter fue otra de las víctimas; la lista negra aumentaba cada día.

Y las maldades del rey eran atroces. Incluso Wallis, a quien no le caía bien Dudley Forwood, y de quien además sentía celos, puso objeciones cuando el monarca le hizo arrodillarse a recoger papeles de la alfombra, papeles que el propio rey había tirado allí de forma deliberada. Cuando Forwood anunció que algunos empleados bebían agua Evian importada, Eduardo mandó a la cocina un aviso diciendo que solo se bebería Evian en la mesa real y que cualquiera que fuera visto bebiéndola sería despedido en el acto y no recibiría referencias. Como así fue.

El rey de Inglaterra, según la tradición, recibía a los altos dirigentes de uno en uno. Esta práctica exasperaba al nuevo monarca, quien en vez de ello exigía que se presentaran ante él de forma simultánea distintos grupos de dirigentes, con el consiguiente enfado de muchos de ellos. Descartó el vagón privado que ponían a su disposición la compañía ferroviaria y viajaba en vagones normales. Se deshizo del taquígrafo y mecanografiaba su propia correspondencia con dos dedos hasta que el elevado número de cartas que debía responder le obligaba a rendirse. Acumuló colosales facturas telefónicas en llamadas realizadas desde el palacio. Cuando Wallis se irritó un día con el servicio telefónico, le sugirió que avisara al director general de Correos de Inglaterra para que este resolviera los problemas, que no volvieron a aparecer, al menos durante el tiempo que estuvieron allí.

El mundo estaba emocionado e impresionado con el nuevo monarca. En Estados Unidos, millones de ciudadanos observaron embelesados el noticiario de su ascenso al trono. Uno de sus mayores admiradores fue mi padre, sir Charles Higham, quien, en una entrevista concedida en el hotel Waldorf-Astoria, en Nueva York, en la que le acompañaba yo, su hijo, manifestó:

> El rey Eduardo es un rey para la gente joven. E Inglaterra está empezando a ser un país de gente joven, ya que el vacío en las filas de su juventud, causado por la guerra, se está llenando con gente inteligente aún más joven. Eduardo será su ídolo. Sabe montar a caballo, bailar, pilotar, mezclarse con los plebeyos, tratar con los diplomáticos… ¿Qué no sabe hacer? Está perfectamente preparado para su cometido, tanto como lo haya estado ningún rey.

La prensa alemana estuvo de acuerdo de forma entusiasta. Y los que más disfrutaban del nuevo monarca, los italianos.

* * *

Wallis se encontró bajo una tensión considerable durante esas primeras semanas de reinado de su amante. A pesar de todo, ella parecía disfrutar con este nuevo juego de ser la amante del rey, y escribió a la tía Bessie que «se estaba riendo mucho por dentro». Aunque sus apologistas lo han negado, ya tenía los ojos puestos en el trono, dado que el 1 de febrero escribió a su tía en relación con los árboles genealógicos de las familias Warfield y Montague, mostrándole su determinación a que se levantaran contra estas «1066 familias de aquí». Tan solo una semana más tarde pareció darse cuenta de la locura que suponía pensar en convertirse en reina, ya que escribió a Bessie contándole que sería una buena idea que el rey se casara con alguien que tuviera un origen adecuado. También le dejaba claro que ella nunca, nunca, renunciaría a su poder.

Seguía sin haber nada en sus cartas de aquella época que indicara el más mínimo amor, o siquiera afecto, por el nuevo monarca; tan solo dejaba entrever un frío conflicto en su interior sobre si debía buscar o no metas más altas. Por el contrario, el rey, a pesar de su apretadísima agenda, parecía odiar todo minuto que se encontrara separado de Wallis; le enviaba un torrente de cartas, escritas en un papel con bordes negros que guardaba luto en recuerdo de su padre, en las que expresaba una adoración infantil y obsesiva, salpicada por un código privado de balbuceos de bebé[14]. En algún momento a finales del invierno él reforzó su admiración con un atrevido gesto económico. Le regaló a Wallis 300 000 libras, casi exactamente un tercio de los ahorros de toda su vida. Según la revista *Time*, más tarde se asustó ante la dimensión de su obsequio y lo redujo a 100 000. Wallis informó a su tía Bessie Merryman de que ya se había ocupado del acuerdo financiero, que sin duda ella había exigido. Pronto el rey estaría gastando miles de libras en joyas para ella.

En febrero, Ernest Simpson deseó ser recibido como miembro en una logia masónica sobre la que tanto el rey como el duque de Kent, que era gran maestro, tenían una suprema influencia, y que presidía sir Morris Jenks. Este denegó la entrada de Simpson. El rey quiso conocer los motivos. Jenks le dijo que iba contra la ley masónica aceptar a un marido cornudo como miembro. Una vez más, el rey insistió en que su relación con Wallis era platónica. Por supuesto, no se trataba más que de un detalle técnico. Como resultado, Ernest fue admitido. También recibió la incumplida promesa de la dignidad de baronet.

En algún momento de ese mes, Ernest acudió a York House a visitar al rey; fue acompañado por un testigo, Bernard Rickatson-Hatt, de Reuters. Según este, durante el transcurso de la noche, Ernest, que estaba en ese

momento enamorado de Mary Raffray, le dijo atrevidamente al monarca que Wallis debía escoger entre ambos y le preguntó al rey qué pensaba hacer al respecto. ¿Pensaba casarse con ella? El rey le contestó: «¿Cree que voy a ser coronado sin que esté Wallis a mi lado?». Ernest acordó finalizar el matrimonio una vez que el rey le prometió ser fiel a Wallis y cuidarla.

Si esta conversación (cuya veracidad ha sido cuestionada por ciertos historiadores) hubiera sido filtrada, habría acabado con las opciones de divorcio para Wallis del año siguiente; un acuerdo colusorio habría sido desenmascarado por el procurador de la Corona, que tendría que juzgar el asunto, y el matrimonio más famoso del siglo nunca habría tenido lugar.

9 CASI LA GLORIA

En marzo de 1936, el conde de Harewood, marido de la princesa real, la hermana del rey, dio un discurso a la Legión Británica que fue muy distinto del leído por el rey el verano anterior. Atacó la reocupación de la desmilitarizada Renania por parte de las tropas de Hitler, acción que desafiaba lo acordado en el tratado de Versalles. Entre otras cosas, buscaba evitar que la Legión se asociara a los nazis. Según el actual lord Harewood, el rey escribió una reprimenda punzante a su cuñado, en la que le recriminaba el discurso y le preguntaba: «¿Cómo voy a contribuir a la política exterior si mis propios parientes realizan afirmaciones irresponsables?».

Ese mismo mes, Wallis partió hacia París para encargar su vestuario de primavera en Mainbocher. Wallis vio bastante a la señora Beatrice Cartwright, heredera de la fortuna de Standard Oil; esta empresa poseía vastas propiedades en Alemania y continuó colaborando con el III Reich durante la Segunda Guerra Mundial[15].

Mientras Wallis estaba en París, la situación en Europa se fue ensombreciendo. Decinueve batallones de infantería y tres de artillería del ejército nazi se habían apostado en la frontera francesa, ante lo cual la opinión pública gala sin embargo parecía apática, debido a los aún presentes recuerdos de miseria y agotamiento que les había dejado la Primera Guerra Mundial, y ansiosa por evitar siquiera una muestra de hostilidad a las amenazantes fuerzas del Führer. En Londres, el sentimiento de los líderes económicos era, como dejan claro los documentos del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, abrumadoramente filonazi y antifrancés. Que Wallis compartía este punto de vista resulta evidente al leer lo que afirmaba en una carta a la tía Bessie, en la que expresaba la esperanza de que los alemanes maltrataran a los modistos franceses y a otros que le causaban problemas a ella. Su actitud ante lo francés era ambigua: por una parte, le encantaban su cocina, el hotel Meurice, la *boutique* de Mainbocher y el glamuroso mundo de la alta sociedad francesa; pero, por otro lado, creía que el país era

completamente corrupto, débil e incompetente, una víctima natural de las superiores fuerzas alemanas.

Por lo que respecta al rey de Inglaterra, en un informe «estrictamente confidencial», el corresponsal en Londres del *Berliner Tageblatt* le comunicó, a través de la embajada alemana, a su editor extranjero el 18 de marzo: «[El monarca] ha convocado a varios miembros importantes del gobierno y, en referencia a la ocupación de Renania por parte de Hitler, les ha dicho: "¡Qué mejor forma de empezar mi reinado!"». Irónicamente, Wallis le expresó a su tía la preocupación de que, en vista de lo que se iba deteriorando la situación internacional, Ernest Simpson, que continuaba negociando con las empresas navieras de Hamburgo, ahora controladas por los nazis, pudiera ser recluido.

Mary Raffray llegó a Londres. Había frecuentado bastante a Ernest en Nueva York durante el otoño anterior, cuando habían iniciado su idilio secreto. Iba guardando toda la información posible de la relación de Wallis con Ribbentrop, que insistía en calificar ante su familia como otro idilio. Por este motivo, «odiaba» a Wallis, le escribió a su hermana Anne, que vivía en Saint Louis. En una curiosa inversión de la doble moral, Wallis parecía oponerse a la relación de Mary con Ernest; aunque al mismo tiempo ella y el rey veían este idilio como una forma perfecta de despachar el matrimonio de Wallis y facilitar el camino a un nuevo enlace. Ya a mediados de marzo el monarca comenzó a planear el divorcio, consultando a varios consejeros de confianza sobre el mejor modo de proceder. Por supuesto, fue desanimado por las personas de su círculo, y con frecuencia perdía los nervios ante sus objeciones a que Wallis fuera la futura reina. Uno de los que fueron despedidos aquella primavera fue el honrado y fiel *G* Trotter, que también cayó bajo el hacha ejecutora porque había quien pensaba que seguía en contacto con Thelma Furness. Según varias fuentes, Trotter pasó una época muy dura e incluso se vio reducido a trabajar como dependiente de unos grandes almacenes. El rey nunca levantó un dedo para ayudarle.

El 9 de abril, Jueves Santo, todo un acontecimiento religioso en la abadía de Westminster, a la que el monarca reinante acudía a dar limosnas a los necesitados, Eduardo hizo enfurecer deliberadamente al arzobispo de Canterbury al permitir que Wallis asistiera a la celebración y se sentara en una zona de bancos habitualmente reservada para las familias reales extranjeras.

A medida que crecía su poder, Wallis fue comportándose con una audacia cada vez mayor, algo que queda patente en la situación extraordinaria que se produjo entre ella, el rey, Ernest y Mary, quienes se vieron involucrados en lo que rápidamente se convirtió en un flagrante *ménage à quatre*. Ernest y Mary

se alojaron con Wallis y el rey en Fort Belvedere y también en casa de lord Dudley, Himley Hall, y el rey pasaba noches en Bryanston Court mientras Ernest y Mary compartían el dormitorio de invitados. El 23 de abril Mary escribía a su hermana Anne:

> He visto al rey con frecuencia, y cenado en York House […] y pasado un fin de semana en Fort Belvedere […]. El sábado por la noche nos llevó a todos al castillo de Windsor; en casa del conde de Dudley, conocimos a lady Oxford [Margot Asquith], lady Cunard, Ribbentrop y lady Diana Cooper […]. Wallis está siempre en medio de todo, y es recibida y adulada por todos debido a su influencia sobre el rey. (Esto por supuesto no debes contarlo bajo ningún concepto).

Ribbentrop pasó por Londres con frecuencia aquella primavera; además de seguir enviando sus diecisiete rosas rojas diarias a Bryanston Court, podía decirse que era uno de los invitados a fiestas más populares de Londres. Emerald Cunard, Laura Corrigan y lord y lady Londonderry —el grupo de Wallis— le recibían constantemente; se le empezó a conocer popularmente como «Herr Londonderry». Ribbentrop era también íntimo de *Chips* Channon y su mujer, quienes le rendían pleitesía. Channon, a pesar de ser un escritor de talento, no era muy perspicaz en lo referente a tratar con líderes nazis; le embriagaba la idea de contar con un miembro del gobierno alemán en sus cenas. En la entrada de su diario correspondiente al 10 de junio de 1936, Channon escribió que Ribbentrop recordaba a «un alegre viajante de comercio». La señora de Ronald Greville, amiga de la reina María y más tarde del rey Jorge VI y de la reina Isabel, era otra de sus anfitrionas filonazis preferidas. Allá donde fuera, se le halagaba profusamente por la derrota del paro y el bolchevismo que él y el Führer estaban llevando a cabo; algunos incluso se atrevían a elogiar la política oficial alemana con respecto a los judíos.

Mucha gente creía (entre los supuestos testigos estaba Mary Raffray) que Wallis mantenía en ese momento una relación con Ribbentrop y que él le pagaba con fondos directamente llegados desde Berlín el hecho de que influyera —como si eso fuera necesario— en el rey. Ciertamente, como Mary le declaraba a su hermana Anne en una carta larga y detallada de aquella época, que esta a su vez transmitió a modo de informe al biógrafo de Eduardo VIII, Frances Donaldson[16], Ribbentrop se encontraba constantemente en el apartamento de Bryanston Court; y resulta difícil creer

que en este caso el espeso humo del cotilleo no provenga de un fuego. Una relación así nunca podría haber llegado a los archivos oficiales, no fuera a ser que su contenido se filtrara a la rica esposa de Ribbentrop, heredera de la industria del champán Annelise Henkell, y esta minara la posición de su marido creando un escándalo público. La señora Von Ribbentrop tenía hijos pequeños y era de carácter celoso y posesivo; y no se le podía permitir que arruinara la carrera de Ribbentrop. Con respecto a Wallis, sabemos por sus cartas que no estaba enamorada del príncipe de Gales; disfrutaba de su poder, pero al mismo tiempo temía que él quisiera casarse con ella. No existe ninguna prueba de su relación con Ribbentrop, pero los integrantes del grupo de Wallis están convencidos de que se produjo.

El 27 de marzo, Eduardo le regaló a Wallis su pieza de joyería más fina: un brazalete de rubíes y diamantes de Van Cleef & Arpels. Grabadas en el cierre estaban las palabras «Agarra fuerte» y la fecha, quizá una traviesa referencia a la «presa de Casanova», su método para mejorar las erecciones débiles, que consistía en agarrar fuerte con la mano cerrada en puño la base del pene en el momento de la penetración y realizar después contracciones musculares internas, algo que Wallis, según el difunto sir Dudley Forwood, había elevado a la categoría de arte. El 2 de abril Wallis celebró una fiesta de gala en Bryanston Court en honor al autor y diplomático Harold Nicolson. Recibió, en medio de un derroche de orquídeas blancas y lirios, a sus invitados, entre los que se encontraba el rey, el ocurrente periodista estadounidense Alexander Woollcott (que escribió en su diario «Ella lleva al rey “así”») y, de forma atrevida, a sus archirrivales lady Cunard y lady Colefax, quienes también deseaban monopolizar al rey. Estas estaban furiosas; Wallis evidentemente disfrutaba de aquella pesada broma de reunirlas a las dos bajo su techo. Organizar una *soirée* así era típico de su comportamiento travieso y nervioso.

Ese mes, ella y el rey invitaron al duque de Connaught, un tío abuelo miembro de la realeza, y a su amiga lady Leslie a Fort Belvedere a tomar el té de la tarde. Según el recuerdo de la hija de lady Leslie, Anita, el grupo salió a dar un paseo; cuando volvieron a la casa, los zapatos de Wallis estaban manchados de barro por la humedad del suelo. Sin previo aviso, ella le ordenó al rey: «¡Quítame estos zapatitos sucios y tráeme otro par!». Para estupefacción de los dos invitados, el monarca se arrodilló y accedió sonriente.

En otra ocasión, el rey llegó con Wallis a una fiesta que celebraba lady Cunard en su casa. Él había estado bebiendo agua de Vichy durante la cena,

pero había decidido añadir unas gotas de *brandy* cuando tomó el café. Incapaz de encontrar un sacacorchos, se giró hacia Wallis. Esta ordenó a Ernest que sacara el suyo de su llavero y le abriera la botella a su amante.

Con frecuencia, el rey irritaba a sus invitados y a la propia Wallis tocando la gaita después de las cenas que celebraba en Fort Belvedere. Una noche, delante de un grupo numeroso y muy elegante, Wallis puso un gesto tan severo durante su actuación que él se detuvo de inmediato, sonrojándose como un colegial. Ya estaba claro para todo el mundo que él no tenía voluntad propia. Cedía incluso a las súplicas de Wallis para que la acompañara a la Royal Opera House de Covent Garden. El público murmuraba cuando llegaba con Wallis y sus amigos, y ocupaban el palco de lady Cunard. No le gustaba la ópera y se escapaba en cuanto podía en medio de la representación a fumar como un cosaco mientras Wallis, que seguía teniendo un pésimo oído, aparentaba estar disfrutando mucho de la función. En realidad, con lo que más disfrutaba era con advertir que el público apenas miraba a la escena; la mayoría de las miradas estaban clavadas en ella.

Esa primavera el rey mantuvo varias reuniones con el comité encargado del presupuesto que el Parlamento asignaba a la familia real para discutir las partidas destinadas a la «futura reina». Encontró resistencia en este asunto pero persistió en su insistencia, para irritación del resto. El honorable comandante Alexander Hardinge y su mujer estaban decididos a oponerse al matrimonio a toda costa. Intentaron establecer contacto con el consejero legal del rey, Walter Monckton, para ponerlo de su parte, pero este se encontraba en la India. Siguieron maniobrando entre bambalinas.

El rey añadió a sir Robert Johnson, subdirector de la Real Casa de la Moneda, a su larga lista de enemigos. Sir Robert se encargaba de los diseños de las monedas británicas. Era costumbre que en cada reinado el monarca fuera fotografiado desde el lado opuesto al que lo había sido su predecesor. Era una tradición que se remontaba a siglos atrás. Jorge V había sido fotografiado desde la izquierda. Pero cuando el rey descubrió que el diseño de sus monedas estaba basado en una fotografía tomada desde su lado derecho, se puso hecho una furia y, convencido de que su perfil derecho era espantoso, exigió que se rectificara inmediatamente. Lo consiguió.

Provocó aún más críticas cuando, el 20 de abril, envió un telegrama a Hitler por su cumpleaños, en el que deseaba al Führer «felicidad y bienestar» para el futuro. Cinco días antes, el embajador Von Hoesch había muerto de un infarto al corazón. Fue reemplazado inmediatamente por el íntimo amigo del rey y Wallis, el amable príncipe Otto von Bismarck, que había sido encargado

de negocios hasta que Ribbentrop se había ocupado de ello aquel otoño. Era notorio que Bismarck frecuentaba Fort Belvedere, lo que sugería la existencia de un fallo de seguridad.

La razón para que en Whitehall se albergara ese miedo estaba clara. Un día tras otro, desde el principio del reinado, se habían enviado carteras rojas desde Londres a Fort Belvedere. Contenían documentos secretos procedentes de embajadas británicas de todo el mundo que hacían referencia a la situación internacional. Solo podían verlos los ministros del gabinete y el monarca, y nadie más debía tener acceso a ellos. Se convirtió en un escándalo que el rey, aburrido del papeleo y fatigado por su vista cansada, hubiera dejado documentos de vital importancia desordenados, y que algunos de ellos quedaran incluso marcados con el cerco de las tazas de té o café. Se sospechaba además que cierta información crucial de estos informes se transmitía a Berlín. Se pensaba que se filtraban a través de Wallis. En una biografía del primer ministro Stanley Baldwin, escrita por Keith Middlemas y John Barnes, aparece el siguiente párrafo:

> Con respecto a la señora Simpson, existían grandes sospechas. Se creía que mantenía un vínculo fuerte con los círculos monárquicos alemanes […]. Se encontraba bajo estrecha vigilancia por parte de [sir Robert] Vansittart [subsecretario permanente del Ministerio de Asuntos Exteriores], y tanto ella como el rey no habrían estado muy contentos de haber sabido que los servicios de seguridad realizaban informes de seguimiento de ella y algunos de sus amigos. Las carteras rojas enviadas a Fort Belvedere eran revisadas cuidadosamente por el Ministerio de Asuntos Exteriores para asegurarse de que ningún asunto altamente secreto se fuera a la papelera. Detrás de la fachada pública, detrás de la popularidad del rey, el gobierno había advertido un peligro que no tenía nada que ver con una cuestión matrimonial.

En los archivos del FBI guardados en Washington, un informe titulado «Espionaje internacional tras la abdicación de Eduardo» contiene la siguiente frase: «Algunos asuntos que podrían llegar a ser secretos de Estado fueron puestos en conocimiento de Eduardo, y cuando se supo que Ribbentrop había recibido la misma información, Baldwin se vio obligado a aceptar de inmediato que la fuente de filtración había sido localizada». El mismo

informe afirma categóricamente que Wallis era la responsable de este fallo de seguridad.

En su biografía *This Man Ribbentrop*, Paul Schwarz, un empleado de la plantilla del Ministerio de Asuntos Exteriores de Ribbentrop, informaba de que algunos secretos de las carteras rojas circulaban mucho por Berlín y que algunos materiales relacionados con la seguridad nacional británica que habían sido enviados por un embajador británico en Alemania, sir Eric Phipps, habían vuelto a la capital alemana. Una vez más, Schwarz parecía insinuar que Wallis era la responsable.

Sir Robert Vansittart, el controvertido cerebro en la sombra de la inteligencia británica, se hizo cargo de la situación. Alto, ancho de hombros, robusto y atlético, rebosante de decencia y de un sentido común cálido, Vansittart sucedió al habilidoso sir Ronald Lindsay como subsecretario permanente del Ministerio de Asuntos Exteriores británico en 1930. Puede decirse que fue la figura política más atrevida, librepensadora, brillante y de mayor y más penetrante perspicacia de su época, salvando siempre a su íntimo amigo y vecino Winston Churchill. John Connell escribió en su obra sobre la diplomacia británica, *The Office*:

> Tenía velocidad de análisis […] lo que unía indisolublemente a una velocidad equivalente en su deseo de acción. Se impacientaba si la acción que él consideraba obviamente necesaria no se ponía en práctica de forma inmediata y firme después de que él hubiera realizado una valoración de la situación o hubiera ofrecido un consejo al respecto. Esto provocaba que quienes eran más timoratos o menos decididos le vieran imprudente y poco juicioso.

Poeta, tahúr y *bon vivant*, Vansittart era íntimo amigo y socio de Alexander Korda; a finales de la década de 1930, como estrecho colaborador y jefe suyo en London Films, contrató a Korda para el Servicio Secreto de Inteligencia junto a otros empleados húngaros de la empresa que también hablaban alemán. Vansittart había estado en el servicio exterior en París, Teherán, El Cairo y Estocolmo, y era quien tenía las ideas más claras en Londres con respecto a la amenaza alemana. Era el director oficioso del MI6, que nominalmente coordinó el almirante sir Hugh Sinclair hasta 1939. Connell escribió: «Era un leopardo cuyo destino era compartir arnés con un grupo de gatitos atigrados, domesticados pero traviesos y vengativos». Fue el enemigo

implacable de Wallis desde el día en que estuvo convencido de que ella era una colaboradora de los nazis.

¿Cómo llegó Vansittart a la conclusión de que Wallis era responsable de la filtración de documentos cruciales al gobierno alemán? Según el fallecido historiador John Costello, el agente secreto ruso Anatoly Baykalov era la fuente de esta información. La afirmación aparece confirmada en la obra de Richard Deacon *The British Connection*, impecablemente investigada. En ella escribe:

> Baykalov tenía un as en la manga, uno que jugó con mucha habilidad durante los últimos años del gobierno Baldwin y que preparó el terreno hacia la abdicación […]. Baykalov informó al MI5 de que la señora Simpson era una agente secreta de los alemanes. Apuntó que ella frecuentaba mucho la embajada alemana […]. Esta información se la transmitió a Baldwin su ministro de enlace con el Servicio Secreto, J. C. C. Davidson.

Aunque aparentaba ser un ruso blanco, Baykalov era parte del mismo equipo que incluía a la modista de Wallis, Anna Wolkoff, lo que explicaría su conocimiento del asunto. Da la impresión de haber actuado como agente doble para los británicos. Comunicó la filtración a los rusos y también en febrero de 1936 a J. C. C. Davidson, quien ahora era canciller del ducado de Lancaster. A su vez, Davidson le transmitió la información a Vansittart, quien después se la comunicó a Stanley Baldwin.

Vansittart contaba con dos infiltrados de confianza en la embajada alemana que le informaban cuando llegaba cualquier material que debía transmitirse a Alemania en valija diplomática. Wolfgang zu Putlitz era uno de estos espías; más tarde, cuando fue enviado a La Haya, reveló la filtración de importante información que había realizado el duque de Windsor acerca de una reunión del Consejo de Guerra británico. Putlitz trabajaba en cooperación con otro espía británico, el agregado de prensa de la embajada alemana Iona von Ustinov, padre del actor y dramaturgo Peter Ustinov. Nigel West escribió en su libro *MI6* (la historia del Servicio Secreto de Inteligencia): «Durante […] años, Zu Putlitz mantuvo a Ustinov […] al tanto de todo lo que sucedía dentro de la embajada alemana en Londres».

Wallis debería haber tenido que utilizar la embajada italiana como conducto para la información. ¿Cuál podría haber sido su motivo? Sir Eric Phipps, embajador británico en Berlín, había disgustado mucho al rey con sus misivas y telegramas, que reflejaban un descontento y una desconfianza

intensos hacia el régimen de Hitler. Ella no se habría arriesgado a actuar sin una autorización real; parece probable que el rey en persona deseara que esta información volviera a Alemania para reforzar la oposición a Phipps y para socavar las políticas secretas de este.

El 4 de mayo, Wallis envió una carta larga y emocionada a la tía Bessie, quejándose de la tremenda presión que llevaba soportando durante el último año y medio, tiempo en el que el rey y Ernest la estaban destrozando; qué dolorosamente difícil era aplacar y entretener a dos hombres al mismo tiempo y encajar en sus vidas separadas; cómo se encontraba permanentemente cansada, nerviosa e irritable. Incluso así, ella siguió adelante; ella, Ernest y el rey discutieron su curiosa relación de una forma razonablemente amistosa, pero, a pesar de que Ernest parecía ver su situación de cornudo con complacencia, Wallis no podía resistir mucho más estrés mental ni físico. Ella sabía que Ernest se le había quedado pequeño; si decidiera dejar al rey lo lamentaría y, si el rey mantuviera una relación romántica con otra persona, ella dejaría de tener el poder y las posesiones de los que ahora disfrutaba. La carta es una cruda y asombrosa revelación de sus ambiciones.

El 27 de mayo el rey invitó al primer ministro Baldwin y su mujer a York House para que conocieran a su «futura esposa». Entre los invitados se encontraban Charles y Anne Lindbergh. Este acababa de volver de Alemania, donde le habían hecho recorrer todo el país a petición expresa de su amigo el mariscal Goering. En algún momento después de la cena, Lucy Baldwin le dijo a su marido: «La señora Simpson ha cazado al príncipe azul».

Walter Monckton, el consejero legal del rey, regresó a Londres desde la India. Los Hardinge intentaron presionarle, pero él demostraba una lealtad sin fisuras al rey, rechazaba categóricamente los cargos de espionaje contra Wallis y solo hacía lo que el rey quería. Sabía que no había poder sobre la tierra que pudiera hacer tambalearse el amor del rey por Wallis. En una ocasión esa primavera Monckton se encontraba con el monarca inspeccionando una propiedad deprimida que poseía en Londres el ducado de Cornualles cuando advirtió que el rey se quedó mirando por la ventana con una intensa añoranza en sus ojos. «¿Qué mira, señor?», le preguntó. El rey contestó que Wallis se encontraba en la dirección en la que él miraba. En aquella época, incluso una breve separación de su lado le resultaba atormentadora.

Se produjo otro incidente que también fue muy comentado en Londres. En un esfuerzo por arreglar el conflicto entre Wallis y su hermano y cuñada, los duques de York, el rey decidió que ella le acompañara a visitarlos en su

residencia real de Windsor. Wallis habló con ellos, y al principio comenzaron a ablandarse un poco. Mimó a sus niñas, las princesas Isabel y Margarita Rosa. Pero entonces Wallis destrozó toda posibilidad de reconciliación. La institutriz, Marion Crawford, recuerda en sus memorias que, justo delante de sus anfitriones y sus hijas, Wallis se acercó a la ventana y exclamó que la vista podría mejorar mucho si se talaran o replantaran determinados árboles y parte de una colina fuera arrasada. La recomendación no fue muy apreciada.

Durante el verano de 1936, se aplicó una fuerte censura a cualquier mención a Wallis en Inglaterra. Los magnates de la prensa, leales al rey, introdujeron un edicto autoimpuesto que descartaba tanto fotografías como artículos que desvelaran la relación existente entre ella y el monarca. Los periódicos y revistas extranjeros eran enviados por sus distribuidores a un despacho oficial donde los pasajes relativos al rey y Wallis se recortaban. El semanario británico *Cavalcade* se atrevió a sacar un número en el que cubría a cinco columnas la vida de la señora Simpson, un número que se vendió muy bien pero que finalmente fue retirado de los quioscos y confiscado. A pesar de ello, las copias de las revistas europeas existentes en el mercado negro conseguían llegar a muchos hogares de la alta sociedad y eran leídas con risitas disimuladas en los desayunos.

El 30 de junio Albert Canning, subjefe de Scotland Yard, que seguía persiguiendo a Wallis por orden de lord Trenchard y sir Philip Game, advirtió a este de que el Partido Comunista de Inglaterra estaba muy preocupado con la relación que mantenían el rey y Wallis y que, en una reunión dirigida por el instigador político Harry Pollitt en la Conferencia de Paz Ciudad de Leeds, este había gritado, ante los aplausos y las risas generales: «Si se nos van a dar máscaras de gas [en una futura guerra], debemos exigir para nuestras mujeres las mismas máscaras que se le darán a la señora Simpson». Este hecho se produjo en una época en la que los señores de la prensa de Inglaterra, liderados por lord Rothermere, del *Daily Mail*, y lord Beaverbrook, del *Daily Express*, seguían la política, dictada por el rey y el primer ministro, de comportarse como si la famosa mujer estadounidense no existiera.

Uno de los actos más llamativos del rey ese verano fue convocar una reunión de su Consejo Privado a finales de junio para discutir las circunstancias en las que Mussolini había subyugado y saqueado brutalmente Etiopía. En diez minutos, suspendió las sanciones establecidas por su padre contra el comercio italiano, algo que beneficiaba muchísimo a Ernest Simpson, dejándolas sin efecto desde el 15 de julio. Le ordenó a sir Samuel Hoare, primer lord del Almirantazgo, que retirara los buques de guerra de

aguas italianas, y dio un paso atrás cuando Mussolini obligó a Turquía, Grecia y al príncipe Pablo, regente de Yugoslavia, a retirar sus sanciones.

Para mediados de verano, todos los documentos confidenciales eran retenidos por el rey y ni siquiera se pasaban desde el Ministerio de Asuntos Exteriores más allá del comandante Hardinge. El secretario de Asuntos Exteriores, Anthony Eden, fue el responsable de esta restricción, junto a sir Robert Vansittart. Eden no soportaba al rey y el sentimiento era mutuo.

Eden, seriamente preocupado aún por la contemporización que se tenía con Mussolini y consternado por el hecho de que el gobierno del cual él formaba parte no permitiera castigo alguno al dictador italiano, tenía dos opciones en ese momento. O bien aceptaba las decisiones mayoritarias del gabinete, o bien, si se sentía con las suficientes fuerzas para hacerlo, podía presentar su dimisión. Indudablemente, habría dimitido, pero, como fue revelado más adelante en su carrera, él tendía a ser indeciso en las cuestiones morales durante las crisis. No fue hasta 1938 cuando finalmente renunció debido a la política de contemporización oficial. El gabinete desempeñó un papel decisivo en concertar la derogación de los pactos navales del Mediterráneo firmados con Grecia, Turquía y Yugoslavia que se suponía iban a garantizar la seguridad colectiva en contra de Mussolini. Al mismo tiempo, Mussolini y Hitler se habían involucrado juntos en lo que acabaría siendo una alianza fatalmente peligrosa. Y tan solo para asegurarse de que Italia iba a disponer de un poder ilimitado en el Mediterráneo, donde estaba implicada en secreto en una guerra submarina con la Unión Soviética[17], el rey planeó otras «vacaciones» en Europa.

Poco antes de que se marchara con Wallis, el depuesto sir Louis Greig descubrió que la pareja se estaba alojando en el palacio de Blenheim, hogar ancestral de los duques de Marlborough, mientras Ernest Simpson estaba recluido en una habitación separada. Allí, determinó Greig, los tres urdieron los detalles del futuro divorcio de Wallis, por el que Simpson recibiría una gran cantidad de dinero. Mary Raffray, que utilizó el pseudónimo de «Buttercup», se comprometería, a cambio de una cantidad económica, a que ni su compañero sexual ni los testigos lo testificaran nunca. Evidentemente, el rey no sabía aún que Wallis seguía acostándose con Guy Trundle.

Mientras se desarrollaban los preparativos del viaje, tuvo lugar un extraordinario incidente. El 16 de julio el rey asistió a una parada militar en Hyde Park, donde pasó revista a caballo a una excelente formación de soldados de la Guardia Real ataviados con su uniforme escarlata. Les recordó sus heroicas tradiciones, que se remontaban a doscientos cincuenta años, a la

época en la que su líder y patrón era el duque de Marlborough. Les habló de los horrores de la guerra, alentando a la tropa en su esperanza de no sufrir nunca los cañonazos y disparos que habían padecido sus predecesores. «Con todo mi corazón espero, y de hecho ruego, que nuestra época y nuestra generación nunca más deba afrontar días tan severos y terribles. La humanidad reclama a gritos la paz y que esta sea garantizada», dijo. Era una ceremonia que tenía lugar una vez cada quince años.

Bajo el brillo del sol, los batallones marcharon por delante del rey. El monarca pasó por detrás de los hombres de la banda situados a la cabeza de las Brigadas de Guardias en su camino alrededor de Hyde Park Corner hacia el palacio de Buckingham. Cuando el desfile pasó por debajo del Arco de Wellington, un hombre que estaba en la segunda fila de los espectadores levantó una pistola y apuntó directamente al rey. El caballo de un policía se interpuso marcha atrás en la línea de tiro del hombre, y el agente lanzó impetuosamente el revólver que no había sido usado bajo los cascos del caballo del rey. «¡Maldito idiota!», exclamó el rey mientras alguien gritaba: «¡Detengan al asesino, no le dejen escapar!». Tres policías cogieron al potencial homicida y se lo llevaron de allí a la fuerza. Adusto pero calmado, el rey continuó su recorrido hacia el palacio.

El agresor resultó ser un tal Jerome Bannigan, un irlandés residente en Glasgow que utilizaba el pseudónimo George Andrew McMahon. Alcohólico contrariado y de temperamento inestable, Bannigan ya había sido condenado a doce meses de prisión por difamar a dos policías a los que él acusaba de chantaje. La condena había sido anulada por el Tribunal de Apelación Penal. Se alegó que se encontraba en estado de angustia porque la revista de la que era editor, *The Human Gazette*, había sido mutilada en un acto de censura por parte de las autoridades. Él afirmó en una historia incoherente que un grupo político de origen nazi le había ordenado matar al rey. Semejante absurdo fue tratado con desdén, y después de un juicio breve se le condenó a doce meses de cárcel**[18]**.

El 21 de julio, una tormenta empapó a los invitados de la primera fiesta exterior que se celebraba en el palacio de Buckingham en seis meses. El rey canceló la recepción hasta el día siguiente. Cuatro días después zarpó hacia Francia a bordo del yate del Almirantazgo Enchantress para inaugurar el monumento a las víctimas de la guerra de Canadá en Vimy Ridge. En una ceremonia solemne, descubrió el costoso monumento en piedra blanca ante cincuenta mil veteranos y, en un discurso al que había aportado mucho su

amigo Winston Churchill, habló con elocuencia de los caídos por la gloria y una vez más hizo un llamamiento a una paz duradera.

Su plan era pasar algunos días en la Riviera, en el castillo de l'Horizon, propiedad de la estrella de Broadway Maxine Elliott, antes de realizar un crucero por el Mediterráneo. Sin embargo, Léon Blum, de la coalición de partidos de extrema izquierda Frente Popular, se había convertido en el primer ministro de Francia después de un interregno parlamentario causado por el desmoronamiento del gobierno Laval durante el anterior mes de enero. Existía el temor de que ciertos elementos comunistas que se hubieran pegado a la administración Blum pudieran intentar asesinar al rey, y el Ministerio de Asuntos Exteriores británico le recomendó que evitara pasar por la Riviera. En vez de eso, él alquiló el Nahlin, un yate de lujo de 1391 toneladas propiedad de la excéntrica millonaria lady Yule, que tenía su casa llena de animales disecados y un cementerio para sus mascotas en el jardín. Bajo el mando del capitán Doyle, el yate recorrería gran parte del Mediterráneo oriental, donde italianos y rusos libraban su guerra secreta; el yate real Victoria and Albert, de 4700 toneladas, habría resultado demasiado grande para entrar en las ensenadas de Dalmacia.

Era una época peligrosa para viajar. Había estallado la Guerra Civil española. La situación de los Balcanes era potencialmente volátil. A pesar de eso, nada iba a parar al rey en su decidido esfuerzo por embarcarse en otra desventura política disfrazada de viaje de vacaciones. Seguía empeñado en apaciguar Italia, a pesar de que la política imperial de esa nación seguía siendo manifiestamente opuesta a los intereses británicos en el Mediterráneo. Una vez más, su preocupación en política exterior, torpe y chapucera, pero en líneas generales bienintencionada, era garantizar la estabilidad de la ruta comercial a la India a través del canal de Suez; poco antes de su partida, recibió a Farouk, el adolescente heredero del trono de Egipto, a fin de que lo tranquilizara con respecto a Suez. También le agradó aprobar el crucial nombramiento por parte de Baldwin de su viejo amigo sir Samuel Hoare como primer lord del Almirantazgo. No era una elección casual. Él necesitaba a Hoare para que le ayudara a garantizar la cooperación permanente de Italia, así como libertad para continuar su guerra submarina antisoviética y reforzar Gibraltar, Malta y Chipre. Además, el rey tenía en cuenta las instalaciones de armamento pesado en Yugoslavia de la compañía británica Vickers. En Grecia se pondría en contacto con el rey Jorge y el general Ioannis Metaxas, dictador que acababa de alcanzar el poder recientemente y admirador de Mussolini. También se reuniría con Kemal Atatürk, dictador turco, para

intentar que el Ejército y la Marina de Turquía se aliaran con Gran Bretaña en un futuro indeterminado[19]. Existía el temor de que los turcos estuvieran construyendo submarinos o incluso utilizándolos para ayudar a sus aliados rusos en contra de Italia.

Como era habitual, el rey voló a Calais mientras Wallis y el resto del grupo cruzaban el canal en vapor. En esta ocasión, el rey utilizó uno de sus títulos hereditarios, el de duque de Lancaster. El séquito real tomó el Orient Express, de nuevo en un vagón privado ofrecido por Mussolini, vía Salzburgo, y llegó a Jesenice, en la frontera yugoslava, por la tarde. Los viajeros fueron recibidos por el príncipe regente Pablo y John Balfour, encargado de negocios británico en Belgrado. El rey se bajó para charlar con el regente y Balfour. Sentada aún en el vagón privado, a Wallis le sorprendió ver que este era desviado por una vía muerta para ser unido al tren real. Existía una gran preocupación acerca de que Eduardo y Wallis pudieran ser asesinados por comunistas o por terroristas croatas. Cuando ambos rompieron brevemente su plan de viaje y realizaron una excursión en coche por la zona para tomar un té con el príncipe Pablo y la princesa Olga, a quien no le caía bien Wallis, el chófer, siguiendo instrucciones, condujo a una velocidad frenética, asustando a pollos y cabras en todas las direcciones. Las autoridades temían que, si el grupo viajaba lentamente, los croatas les atacaran.

El propósito de la reunión no era meramente social. La fecha había sido cuidadosamente estudiada y la reunión preparada, a pesar de que tanto en las memorias de Wallis como en las del rey se afirma que había sido consecuencia de la insistencia del príncipe Pablo en interrumpir su viaje hacia el sur. Dos meses antes, el doctor Hjalmar Schacht, economista de cabecera y mago de las finanzas de Hitler, se había reunido con el príncipe Pablo para discutir contratos de armamento masivo; al mismo tiempo, Mussolini había estado en estrecho contacto con el príncipe para alcanzar unas relaciones políticas y económicas parecidas. Como resultado, cuando el rey Eduardo y Wallis llegaron a Yugoslavia, la mitad de las exportaciones e importaciones de ese país eran consecuencia de sus contratos con Alemania e Italia. Resulta evidente que una vez más el rey de Inglaterra quiso que le aseguraran que las alianzas fascistas establecidas en Bucarest no afectarían al equilibrio de poder británico en Europa, especialmente en la cuenca del Mediterráneo. El príncipe Pablo no tuvo ningún problema en asegurárselo.

Wallis y el rey continuaron después su viaje hacia la costa dálmata, subiéndose al Nahlin en Sibenik. El tiempo era perfecto, y el yate,

remodelado según las instrucciones reales y recién pintado de blanco de proa a popa, daba una magnífica impresión amarrado en el puerto delante de aquel mar y cielo de un azul tan vívido. Veinte mil personas ataviadas con el traje regional saludaron al grupo real mientras este se abría camino en coche hasta el muelle. En la prensa local habían ido apareciendo con regularidad historias sobre Wallis; todo el mundo sabía que era la amante del rey. A través de aquel aire húmedo y cálido llegaban gritos de «¡Larga vida al rey!» mientras la nave blanca se separaba de su amarre y comenzaba a salir hacia el mar brillante.

Durante los siguientes tres días, la política quedó a un lado y el grupo real, al que escoltaban dos destructores, disfrutó de los pequeños puertos del Adriático y del placer para la vista que suponía aquella costa mágica y montañosa. Wallis nunca olvidaría una noche en particular, en la que el Nahlin estaba atracado en un muelle que se encontraba justo debajo de la sombra de una amenazante montaña. Varios miles de campesinos se acercaron a recibir el yate, portando antorchas en una larga procesión que serpenteaba en su descenso por los senderos de los acantilados, mientras el sonido de los cánticos llenaba la noche. En Dubrovnik otra muchedumbre rodeó a Wallis y al rey, mientras estos realizaban unas compras, gritando: «¡Larga vida al amor!». A pesar del calor y la humedad, la proximidad de los camarotes y la ausencia de viento que ayudara en su travesía al yate, Wallis disfrutaba de su papel de reina sustituta, y el rey estaba encantado de hacerle probar lo que significaba ser un miembro de la realeza.

Entre los invitados al crucero se encontraban el ministro de Guerra, Duff Cooper, y su mujer, lady Diana, que se habían sumado al grupo a mitad de la travesía. Ninguno de los dos era un entusiasta de Wallis, como tampoco la estadounidense lo era de ellos. Ambos encontraron siniestramente profético que Wallis estuviera ya llevando, en una gargantilla de oro que se había puesto en la muñeca, copias exactas de las dos cruces que llevaba el rey. Diana apuntó en sus memorias que la pareja ocupaba la *suite* principal (que en realidad era una biblioteca reconvertida de la que se habían sacado todos los libros) en la proa del barco, mientras los numerosos invitados viajaban apretados en la popa.

El monarca insistió en comportarse como un turista normal. Mientras el Nahlin atravesaba lentamente el canal de Corinto, él se mantuvo erguido en cubierta, sin más ropa puesta que unos pantalones cortos, lo que provocó cientos de fotografías, así como críticas severas y puritanas en Londres. El rey Jorge de Grecia subió a bordo durante dos horas para conocer a Wallis;

relacionado con la familia real británica, llevaba años tratando con Eduardo, si bien de forma intermitente. Después, la pareja desembarcó con Jorge para conocer a su amante británica, la señora Jones. La situación en Grecia era muy tensa. Tan solo dos semanas antes, el general Ioannis Metaxas se había hecho con el poder en Atenas, y se había nombrado a sí mismo primer ministro, ministro de Ejército, Marina y Fuerzas Aéreas y ministro de Asuntos Exteriores. Había cortado toda comunicación telefónica y telegráfica, censurado la prensa y enviado a la policía para que disolviera los sindicatos. En unos días, disolvería también el parlamento. Tanto él como el rey Jorge habían consolidado relaciones con Italia y Alemania; de nuevo, era importante para el rey Eduardo que le aseguraran que el nuevo régimen no afectaría a los intereses británicos. Y así fue.

El séquito real continuó su viaje hacia Atenas, donde el rey y Wallis acabaron agotados de tanto caminar explorando la Acrópolis y el Partenón. Mientras Wallis iba de compras, el rey y Duff Cooper visitaron al general Metaxas durante dos horas y tomaron el té de la tarde con él. Según un reportaje del viaje realizado por la revista estadounidense *Living Age*, durante el transcurso de la reunión acordaron un importante préstamo británico a Grecia a través del banco Hambro, que en efecto ayudó a colocar a Gran Bretaña con mayor firmeza en el bando de Hitler y Mussolini.

De vuelta a bordo, lady Diana Cooper fue testigo de una escena extraña. De repente, el rey se arrodilló para sacar el borde del vestido de noche de Wallis, que se había quedado pillado debajo de una pata de su silla. En lugar de darle las gracias, ella se quedó mirando fijamente al monarca y le soltó: «Vaya, ¡es la actuación más extraordinaria que haya presenciado nunca!». Y entonces, para asombro de todos los presentes, atacó de forma ácida al rey, criticándole el modo en que había tratado al rey griego y su amante. Diana escribió en una carta: «No hay quien aguante a Wallis. Resulta irritante su ordinariez y su parecido a Becky Sharp». No era la primera vez que se comparaba a Wallis con la heroína de *La feria de la vanidad*. Diana apuntó en su diario que Wallis siguió metiéndose con el rey de forma fría, cansina e irritante. Más tarde, el capitán del yate escribió un libro que no llegó a publicarse acerca del crucero en el que señalaba lo malhumorados e impacientes que se habían mostrado tanto Wallis como el rey y cómo constantemente daban la lata y atosigaban a la tripulación.

«El buen barco Esvástica», como más tarde Malcolm Muggeridge apodaría al Nahlin, siguió su travesía hacia Turquía, golpeando un puente por el camino. Wallis observó, riéndose, cómo el rey se cayó al agua cuando su

pequeña barca de remos zozobró en un fuerte oleaje. Después de varios pícnics, escalar algunas rocas, recoger conchas y nadar en aquel mar cálido aún bañado por el sol, el grupo siguió travesía hacia Turquía, donde recibió una bienvenida especialmente tumultuosa. Los destructores turcos *Adapepe* y *Kojapepe* recibieron al yate real en la costa de Imbros a las 8 de la mañana del 3 de septiembre. El general del ejército turco Altay llegó a bordo en una lancha motora con un mensaje de bienvenida del dictador turco Kemal Atatürk. Los destructores turcos se unieron a los destructores británicos que escoltaban el crucero real hasta que este llegó a Seddul Bahr. Wallis y el rey pasaron dos horas caminando por el cementerio británico y australiano de Gallipoli. Este hecho causó un gran enfado en Australia y Nueva Zelanda, ya que mucha gente en estos países echaba la culpa a los británicos, y en especial a Winston Churchill, de la incompetencia que había provocado el sacrificio de las tropas australianas y neozelandesas en la batalla librada contra los turcos en esa región durante la Primera Guerra Mundial.

A mediodía, el Nahlin ancló junto al palacio de Dolmabahçe. El rey y Wallis fueron recibidos por Kemal Atatürk, el primer ministro, el ministro de Asuntos Exteriores y el embajador turco ante la corte de St. James. El grupo real se repartió en vehículos descapotables, con los que pasó a una considerable velocidad por delante de la multitud que lo vitoreaba en su camino hacia la embajada británica, donde se reuniría con el embajador, sir Percy Loraine. Una vez más, lo que parecía ser una mera visita de cortesía era en realidad una negociación crucial para asegurar los intereses británicos en la región. Después de varios meses de negociaciones, la Sociedad de Naciones había acordado finalmente permitir a los turcos que superaran los acuerdos firmados tras la Primera Guerra Mundial y refortificar el Bósforo. En vista de las alianzas políticas y económicas recientemente fortalecidas por Turquía con la Unión Soviética, así como su proximidad con Egipto y el canal de Suez, se estimó que la situación era potencialmente peligrosa para los intereses británicos. Durante sus reuniones con el dictador turco, el rey logró que Gran Bretaña se hiciera con los contratos para la refortificación de los Dardanelos justo delante de las narices del doctor Schacht, enviado por Hitler, y siendo también más listo que Skoda, una compañía checa.

Esa noche, Atatürk organizó una regata veneciana para el séquito real, con la flota turca iluminada de proa a popa y un despliegue de fuegos artificiales que alumbraban la cúpula de Santa Sofía en un derroche de luz multicolor. Fue una noche inolvidable para rematar una visita inolvidable.

El rey y Wallis siguieron viaje hacia Bulgaria, cuyo rey Boris era otro socio y admirador de Hitler. La visita, inicialmente planteada de forma absurda como un viaje de incógnito, se convirtió de la noche a la mañana en todo un acontecimiento de gala. En esta ocasión, el comportamiento de la pareja fue vergonzoso. No solo tuvieron la osadía de dormir juntos en el vagón privado del tren imperial, facilitado por Boris para que recorrieran la distancia entre la frontera y la capital, Sofía, prestándose él mismo a hacer las veces de maquinista real, sino que además rehusaron salir de la cama al llegar pronto, incluso a pesar de que se les informó de que había cientos de niños en la entrada de la estación con flores de bienvenida y una banda de música.

Entre la multitud hubo muchos que intentaron fisgar en su dormitorio, pero afortunadamente las persianas estaban bien bajadas, lo que evitó que se produjera una extraña lección de anatomía. Despectivamente, el rey envió a un sirviente de su séquito de origen africano para que apareciera en su lugar, saludara y dijera unas palabras a la multitud. En un país conocido por su racismo, este hecho suponía un insulto deliberado, pero este se le volvió en contra al rey; los niños nunca habían visto antes a un negro y comenzaron a saltar emocionados con el espectáculo. Como señaló el jefe de protocolo del rey Boris, Stoyan Petrov-Tchomakov, en diciembre de 1965 en una entrevista concedida al *Monthly Bulgarian Review* de Buenos Aires: «[Los niños] se apresuraron a aprovechar la oportunidad única [de ver] un espécimen vivo de la raza africana».

El rey sorprendió a sus anfitriones al sacar fotografías de las hermosas chicas locales con su cámara Leica; en una traviesa referencia a la relación bebé-niñera que mantenía con Wallis, durante una visita al palacio imperial, cuando la hija de cuatro años del rey refunfuñó porque debía volver al cuarto de los niños, Eduardo le respondió con las siguientes palabras maliciosas: «Y yo también, cariño». Tampoco hizo que el ambiente mejorara cuando decidió apodar «Petrol» [gasolina] a Helen Petrov-Tchomakov, la ayuda de cámara de la reina; «Handkerchief» [pañuelo] a Georghi Hanschief, secretario real, y «Bugger off» [¡Vete a la mierda!] a Alexei Bugharov, íntimo amigo y ayuda de campo del rey. El Servicio Secreto de Inteligencia utilizó estos tres apodos como códigos para estos funcionarios durante la Segunda Guerra Mundial.

Wallis y el rey fueron recibidos en Viena por un coche real especialmente transportado desde Londres. Como siempre, se alojaron en el hotel Bristol, su favorito. La azafata y columnista estadounidense Elsa Maxwell se encontraba en el vestíbulo cuando entraron ellos, seguidos por una inmensa cantidad de

maletas y baúles. La señora Maxwell advirtió la mirada fija y resuelta de Wallis, así como su actitud dura y decidida.

En la mañana del 9 de septiembre, Wallis y el rey visitaron la feria de Viena, pasando bastante tiempo en el pabellón británico-indio. Después visitaron al presidente Miklas y al canciller Von Schuschnigg. La situación política en Austria era excesivamente volátil. En junio, Hitler y Von Schuschnigg habían firmado una alianza que garantizaba la asociación política, e Italia se había unido al acuerdo. Esto provocó un descontento generalizado entre los judíos y los socialistas del país, y el 10 de septiembre, segundo de la visita de Wallis y el rey, se produjeron revueltas en las que algunas zonas de Viena fueron incendiadas por los rebeldes. Hasta entonces, el rey siempre podía utilizar la excusa de que tenía una alianza con Von Schuschnigg y así evitaba tener que aliarse con austriacos, italianos y alemanes. Pero ahora estaba dando su apoyo personal a un gobierno que se había comprometido de forma absoluta con Hitler. Al mismo tiempo, parecía no ver nada incoherente en el hecho de que Wallis y él visitaran a una de las figuras principales de la comunidad financiera judía, el barón Eugene Rothschild, y su esposa estadounidense, Kitty, en su casa de campo, Schloss Enzesfeld. Para aumentar aún más la ironía, esa noche él y Wallis asistieron a una representación de la obra maestra de Wagner *El crepúsculo de los dioses*, que era la ópera preferida de Hitler; fueron acompañados por la hija del compositor, la filonazi Winifried Wagner. El rey también cazó rebecos, visitó a Heinrich Neumann (el médico judío que había rehusado atender a Hitler) para que le mirara un problema en el oído, que había empeorado por los baños en el mar, y apareció en un baño turco público acompañado de un avergonzado David Storrier, de Scotland Yard, y seis de los principales inspectores de Viena; los ocho se relajaron desnudos, aunque armados, lo que sorprendió a los clientes de la casa.

Wallis y el rey regresaron al teatro de la ópera para ver *El holandés errante*; en esta ocasión el rey se pasó la mayor parte de la representación fuera del palco fumando con impaciencia. Se encontró mucho más cómodo cenando en el famoso restaurante Los tres húsares, volviendo al Rotter Bar y disfrutando de los valses en el Bristol.

Después de una estancia de una semana, la pareja tomó un tren a Zúrich, desde donde el rey voló a Londres, y Wallis y el resto del grupo continuaron en el expreso. George Weller, el corresponsal en Atenas del *New York Times*, escribió el 6 de septiembre: «Durante las visitas de Eduardo [al Mediterráneo], cuatro naciones habían previsto la posibilidad de una nueva

política británica fuerte. Se preguntaban si una síntesis de la sinceridad de Eduardo y el entusiasmo de Hitler no sería mejor protección que la otorgada por la Sociedad de Naciones. Y tal vez no estaban muy en contra de ser dominados por británicos y alemanes». Weller había puesto el dedo en la llaga acerca del principal propósito del viaje del Nahlin.

De vuelta en Londres, Wallis y Ernest finalmente se separaron. Ernest se mudó a su club y Wallis se alojó en una habitación del hotel Claridge. Ella mantuvo una reunión con su abogado, Theodore Goddard, que ya había comenzado a trabajar en los trámites del divorcio. Goddard la informó de que él había decidido que el caso no fuera visto en Londres, ya que el calendario estaba tan lleno que podría pasar un año antes de que el divorcio le fuera concedido. En vez de eso, lo había llevado a Ipswich (Suffolk). Wallis sería representada por el célebre Norman Birkett, abogado de la Corona.

El rey invitó a Wallis, Herman y Katherine Rogers, que habían compartido con ellos una parte del crucero en el Nahlin, a que se quedaran con él en Balmoral. Entre otros invitados, también se encontraban los duques de Kent, lord y lady Mountbatten, los duques de Marlborough y los duques de Sutherland. Después de cancelar la inauguración de la enfermería del hospital de Aberdeen, el rey desapareció del castillo y condujo hasta la estación de Aberdeen para recoger a Wallis y los Rogers. El tren llegaba tarde; a pesar de disimular su presencia con unas enormes gafas de conducir, todo el mundo reconoció al monarca, salvo un policía que le reprendió por haber estacionado su vehículo en una zona en la que estaba prohibido aparcar. Wallis no había estado nunca en Balmoral.

Wallis pareció regocijarse ante el hecho de que estaba ocupando habitaciones que habían sido usadas anteriormente por la reina Victoria, la reina Alejandra y la reina María. Era evidente que aquella incongruencia le divertía al salir cada mañana en pantalones cortos con el rey e ir de compras al pueblo cercano de Crathie.

Regresó de buen humor a Londres mientras el rey se quedó en Balmoral, donde celebró su primer Consejo Privado fuera de la capital. Al mismo tiempo, se encontraban ya muy avanzados los preparativos para su coronación, que iba a tener lugar el 12 de mayo de 1937. Todos los hoteles situados a lo largo del recorrido de diez kilómetros que seguiría el desfile tenían todas las habitaciones reservadas. Los grandes almacenes iban a gastarse cientos de miles de libras en decoración. La empresa aseguradora Lloyd’s calculaba la posibilidad de que el evento tuviera que posponerse, avalando el riesgo. Se anunció que la abadía de Westminster se cerraría al

público desde el 4 de enero para permitir que la Office of Works preparara el vetusto edificio para las ceremonias. El órgano de la abadía ya se había trasladado para poder repararlo.

A principios de octubre, Wallis envió sus felicitaciones a sir Oswald Mosley y su nueva mujer Diana, hermana de la filonazi Unity Mitford, con motivo de su boda, celebrada en casa del doctor Goebbels en Berlín, que contó con la asistencia de Hitler. Tras una breve estancia en el Claridge, Wallis se mudó a una casa de principios del siglo XIX, situada en el número 16 de Cumberland Terrace y propiedad de la Corona; le fue subarrendada por el inquilino, que estaba dando la vuelta al mundo en crucero. Enorme y amueblada de forma suntuosa, la casa, diseñada por John Nash, disponía de un inmenso salón en la planta superior con vistas a Regent's Park que Wallis llenó de un extremo a otro con sus flores preferidas. Comenzó a redecorar habitaciones con la ayuda de lady Mendl. De forma simultánea, Neville Chamberlain había alquilado su casa de Eaton Square a Ribbentrop.

Cuando Wallis llegó a Cumberland Terrace el 7 de octubre, bajo la más estrecha vigilancia del Servicio Secreto de Inteligencia, miró hacia arriba y vio en el tejado de la casa figuras que representaban el Amor, la Justicia, la Sabiduría y la Victoria. Associated Press anunció que, hasta esa fecha, el rey había regalado a Wallis joyas por valor de 200 000 libras y que una empresa británica había importado de Julius Greene (Nueva York) pieles de zorro plateado por valor de 10 000 libras como regalo del rey a su amante. El día 11, el rey ocupó por primera vez oficialmente la residencia del palacio de Buckingham.

El rey convocó a los propietarios de los periódicos de Londres y logró obtener de ellos la promesa de que el inminente divorcio de Wallis, que estaba teniendo su vista en Ipswich, sería tratado con la máxima discreción por parte de la prensa. Sin embargo, la prensa estadounidense no se ponía restricciones y, para la segunda semana de octubre, todos los hoteles de la ciudad de Suffolk estaban atestados de reporteros llegados desde las principales ciudades estadounidenses. Como consecuencia, los corresponsales de los periódicos europeos tuvieron que hospedarse en pueblos cercanos.

Durante su breve estancia en Cumberland Terrace, antes de mudarse a Suffolk, Wallis se encontró bajo protección real. El 20 de octubre fue a su peluquero, Antoine, de Dover Street. El inspector Storrier había aparcado su flamante Buick, copia exacta del vehículo del monarca que había sido encargada en enero, en la parte trasera de la casa; pero este intento poco convincente de disimular su salida de la casa no tuvo éxito, y había una

multitud esperándola cuando salió. La siguieron hasta la peluquería en coches y bicicletas, y cuando entró corriendo, sonrojada e incómoda, de nuevo en el coche para dirigirse al banco, el inspector tuvo que dejarle el camino libre. Esa noche, Wallis se mudó a una casa de campo en Felixstowe, cerca de Ipswich, un lugar aburrido con vistas a una playa de guijarros y un mar gris pizarra. El rey abandonó una cacería que se celebraba en Sandringham para recibirla, dejando que su cuñado, el conde de Harewood, y sir Samuel Hoare continuaran sin él. A Wallis la acompañaban sus viejos amigos George y Kitty Hunter, a los que conoció en sus primeros días en Londres y cuyo piso de Mayfair había usado para pasar noches románticas con el rey. Wallis se encontraba bajo la permanente vigilancia de David Storrier. El rey la visitó otra vez más durante esa difícil semana de espera[20].

El día 23 el rey fue a Londres a cenar con su madre en Marlborough House. La encontró bastante alterada ante la perspectiva de que se casara con Wallis, si prosperaba el divorcio de ella y Ernest Simpson. Al rey le fue imposible influir sobre ella en este asunto. La vista de Ipswich estaba prevista para el sábado 24. El viernes Wallis no pudo dormir en toda la noche. Vagaba de un lado a otro por su habitación de Felixstowe torturada por muchos pensamientos. No le hacía feliz perder a Ernest; ni tampoco el que se le obligara a ser reina. Se habría conformado con mantener su papel de amante real, como la señora Fitzherbert en el reinado de Jorge IV o la señora Keppel en el de Eduardo VII. En su imprudente búsqueda de poder, posición y dinero, en su ejercicio de poder frío y dominante, había dejado de hacer pie. ¿Adónde la conduciría esta locura que ella misma había ideado?

Para prolongar su agonía, su caso fue pospuesto hasta el martes 27 de octubre. El juez tenía su agenda demasiado repleta de delitos menores, como la caza furtiva de conejos, para tratar este asunto tan importante, y como además tenía tos, un resfriado y el peor carácter posible, su señoría, el juez Hawke, no estaba de humor para extraer su caso de la secuencia natural. Mientras Wallis pasaba todos los tormentos en Felixstowe, los bares de Ipswich estaban abarrotados de periodistas de buen beber que cada vez se encontraban más irritados y frustrados. Por fin, llegó la hora. A las 14.15 del 27 de octubre de 1936 su señoría el juez Hawke entró acompañado de dos trompetistas militares que tocaban una fanfarria con sus instrumentos plateados. Irónicamente, los músicos pertenecían a la banda de Coldstream Guards, en la que había servido Ernest Simpson durante la Primera Guerra Mundial. Un alguacil uniformado de negro y rojo anunció la entrada del juez, tocado con peluca, tosiendo y sonándose la nariz con un pañuelo gigantesco.

Wallis, extremadamente pálida y exhausta, vestida con un abrigo cruzado azul marino y un pequeño sombrero de fieltro y una falda a juego, recorrió la distancia entre el Buick y el banquillo de los testigos a través de la multitud. Iba acompañada de Norman Birkett, con su famosa peluca gastada y enormes gafas de montura de concha, y su segundo, el regordete y sonrosado Walter Frampton. Ernest no estaba presente, ni representado por su abogado; sí había ido su procurador, North Lewis.

Hawke, con gesto serio, formando con la boca una línea dura y resistente en medio de una cara rojiza y mofletuda, habló en un tono de voz apagado durante los siguientes minutos a través de su pañuelo de lino y una avalancha de toses y estornudos. Lo que no ayudaba mucho a los ya agotados nervios de Wallis. Se levantó con el guante de cabritilla azul de la mano derecha ya quitado para prestar juramento. Su acento estadounidense sonó incongruente en aquel juzgado tan monótonamente británico. Aunque supo evitar que sus manos temblaran, su tensión la traicionó provocándole un gesto característico, un movimiento rápido de la lengua alrededor de los labios.

Bajo juramento, al ser preguntada por su abogado, le contó que había sido feliz en su matrimonio con Ernest hasta el otoño de 1934, cuando él empezó a irse los fines de semana. Ella describió un episodio que tuvo lugar el día de Navidad de 1934, en el que encontró una nota sobre su tocador con caligrafía de mujer. No mencionó qué ponía, pero se entregó al juez. Casi con seguridad, se trataba de una carta fabricada de dos páginas de Mary Raffray agradeciéndole unas rosas que le había regalado. Wallis dijo que esto le había supuesto una «angustia considerable».

Siguió contando que en Pascua de ese año había encontrado una carta en un papel azul idéntico dirigida a su marido. Sorprendentemente, afirmó que Mary Raffray había escrito tanto la nota de amor a Ernest como una sencilla carta a Wallis desde el sur de Francia y que «casualmente» las había puesto en los sobres equivocados.

Dos camareros que habían trabajado en el Hôtel de Paris en Bray afirmaron que el 22 y 23 de julio de 1936 habían servido el desayuno en la cama a Ernest y una mujer, que era Mary Raffray. Norman Birkett se puso en pie y le pidió al juez una sentencia condicional de divorcio. Hawke, visiblemente malhumorado, había interrumpido el testimonio de Wallis varias veces sin razón aparente salvo su propia aversión hacia ella. No respondió inmediatamente a la petición de Birkett. Wallis le lanzó al abogado una mirada ansiosa.

—Imagino lo que tendrá en mente su señoría —dijo Birkett.

—¿Y qué es lo que tengo en mente? —le preguntó el juez cortante.

—Que no son más que pruebas de hotel —dijo Birkett—. Pero el nombre de la dama ha sido divulgado en la petición realizada a su señoría y se la ha citado para que compareciera.

—Supongo entonces que debo concluir que ha existido adulterio en este caso. De acuerdo, concedo la sentencia condicional de divorcio —dijo el juez. Pasarían seis meses más antes de que fuera definitiva.

Wallis, rodeada por la policía que había enviado Scotland Yard cumpliendo órdenes reales para protegerla de los fotógrafos, bajó las escaleras de forma rápida y nerviosa y entró en el coche. El suplicio había durado menos de veinte minutos. Ni siquiera había tenido que hacer frente a la gente en una galería pública. Le habían despejado el camino al rey. No había hablado con los propietarios de los periódicos en vano. Apenas apareció una sola mención de la concesión del divorcio en la prensa británica. El rey, que se encontraba esa noche en el palacio de Buckingham, llamó a Wallis para felicitarla[21].

El rey le regaló a una complacida Wallis un anillo de compromiso. Ella había oído hablar de la legendaria esmeralda de los mongoles, una de las piedras más finas de su clase, cuyo origen se remontaba hasta los antiguos gobernantes de la India. Ella debía tenerla, y el rey se había puesto en contacto con el gran joyero parisino Jacques Cartier para conseguírsela. Cartier había emprendido una búsqueda por todo el mundo, que acabó llevándolos a él y a sus espías a Bagdad. Allí, un grupo de personas estaba preparado para vendérsela a cambio de una cuantiosa suma. Fue traída a Londres con un mensajero tras ser comprobada de forma exquisita por los especialistas de Cartier. Según una versión de la historia que circulaba entonces, el rey declaró que el precio era demasiado elevado y que solo pagaría la mitad, por lo que Cartier sacó la esmeralda, la partió por la mitad y le dio al rey una esmeralda más pequeña.

Wallis regresó a Cumberland Terrace, donde todo había sido preparado para ella por su cocinero y su doncella. La empresa de mudanzas Carter Patterson había traído gran parte de su mobiliario de Bryanston Court, entre el que se encontraban muchas de sus cosas de China; además, el rey había enviado muchas posesiones reales, incluyendo muebles suntuosos, espejos, ropa de cama, porcelana y platería. Esa noche Wallis cenó con el rey en su casa. Él le contó un incidente preocupante que había tenido lugar. Unos días antes de que le fuera concedido el divorcio, el primer ministro Baldwin se había presentado en Fort Belvedere en su diminuto coche negro y, después de

mucha charla intrascendente, había ido al grano y le había pedido al monarca que persuadiera a Wallis de que abandonara el proceso. Wallis estaba horrorizada. No era solo que no tuviera intención de casarse con el rey, sino que, a pesar de toda su audacia, no estaba preparada para enfrentarse y entrar en conflicto con el primer ministro de Inglaterra.

Poco pudo prever la tormenta que se avecinaba.

10 ABDICACIÓN

Incluso entonces, Wallis siguió acostándose con Guy Trundle. Y una cosa era ponerle los cuernos a un príncipe y otra ponérselos al rey.

El 13 de junio de 1938 sir Edward Peacock le dijo al embajador estadounidense Joseph P. Kennedy que Wallis se estaba acostando con un «hombre joven» durante el reinado y que esto «amargaba al gabinete más que nunca». Kennedy apuntó la frase en su diario esa noche.

Wallis estaba en la Galería de los Extranjeros Distinguidos para ver cómo inauguraba el rey su primer curso parlamentario. El tradicional discurso desde el trono repasó acontecimientos y legislación de la sesión anterior. El rey se refirió también a la próxima coronación, a la conferencia imperial, al tratado de alianza con Egipto, a la conferencia internacional de Montreux, a los trágicos sucesos de España, a la gran preocupación causada por las hostilidades entre Japón y China, a los acuerdos navales bilaterales entre Inglaterra y Alemania y al fortalecimiento de las fuerzas de defensa. Asimismo mencionó el continuo crecimiento del comercio, los problemas relacionados con el empleo, la Ley del Entrenamiento Físico y de Recreo, el progreso en la eliminación de suburbios, la mejora de las condiciones de trabajo en las fábricas, la defensa de los préstamos y subsidios para el transporte… Anunció que visitaría la India inmediatamente después de su coronación y que repetiría el lujoso Delhi Durbar en el que sus padres habían sido proclamados emperadores de la India en 1911. Esto último constituía una revelación simbólica de su continua preocupación por el Imperio; tácitamente reafirmaba la opinión de algunos comentaristas bien informados que sostenían que su principal preocupación al aplacar a Mussolini y Hitler era mantener abiertas las tradicionales rutas comerciales hacia Oriente. El conde Grandi recordaba en 1986:

En una ceremonia relacionada con la apertura del curso parlamentario, me quedé hablando con el rey y el arzobispo de Canterbury. Al entrar, oí que la

gente me aplaudía. El arzobispo me dijo: «Dese cuenta, señor, de que el aplauso es para su persona y no para el país al que representa».

A lo que yo respondí: «Pero yo no soy una persona, soy mi país y su bandera».

Y el rey entonces añadió: «¡Bien dicho! ¡Bien dicho!».

Esta expresión pública de apoyo a Mussolini discretamente evitó mencionarse por la siempre leal prensa británica. Grandi continúa: «El príncipe de Gales me aseguró: "Nunca habrá una guerra entre Italia e Inglaterra"».

Una amenazadora tormenta había barrido los planes de la procesión que debía llevar al monarca desde el palacio de Buckingham al Parlamento y de regreso. El rey celebró la ocasión enviándole a Wallis una cesta de un metro y veinte centímetros de alto llena de flores, entre las que estaban sus amados crisantemos blancos, rosas rojas y rosas, y hojas de otoño. Le llegó en la furgoneta proveedora de la Casa Real, por lo que llevaba pintados el león y el unicornio y a esta le siguió una hora más tarde una furgoneta idéntica con suministro de licores y bebidas no alcohólicas. Llegados a este punto, al rey probablemente le importaba poco si alguien se daba cuenta o fotografiaba estos vehículos o no.

Con casi total seguridad, le resultaba igual de indiferente el hecho de que la gente podría darse cuenta de que la casa que Wallis ocupaba estaba siendo reamueblada poco a poco con plata, cuadros, espejos e incluso porcelana traídos del palacio de Buckingham y Fort Belvedere. Es discutible si el rey tenía derecho a regalar estas reliquias de familia, ya fuera a Wallis o a cualquier otra persona. Más adelante, muchos de estos objetos serían llevados a sus casas de Francia. De forma simultánea, los informes muestran que él había pagado joyas por valor superior a 100 000 libras de sus ahorros obtenidos del ducado de Cornualles para conseguirle a Wallis sus amadas gemas. Había quienes entendían que este despilfarro se encontraba en clara contradicción con su aparente preocupación por los sufrimientos de la clase trabajadora británica, sumida en la depresión económica.

El 6 de noviembre Wallis provocó murmullos entre el público del Covent Garden cuando, cargada de esmeraldas, con un vestido de satén negro y un brocado verde y dorado, se sentó en el palco de Emerald Cunard con los Channon, lady Diana Cooper y sir Victor Warrender, antiguo vicechambelán e interventor de la residencia de Jorge V. Ella pareció no alterarse por la expectación levantada. Esa semana estaba triste debido a la partida hacia Berlín del príncipe Otto y la princesa Ana María von Bismarck; las fiestas de

despedida se sucedían. Hitler, probablemente influido por el hecho de que Bismarck se encontrara bajo vigilancia permanente por parte del Servicio Secreto de Inteligencia y sir Robert Vansittart, había decidido reemplazar al príncipe por Ribbentrop.

La tía Bessie llegó en noviembre para darle apoyo moral a Wallis. El día 12, el rey acudió al puerto de Portland para pasar revista a la Home Fleet, parte de la flota de la Marina Real que protegía las aguas territoriales británicas, desde la cubierta del buque insignia Nelson. A causa de las inundaciones el nivel del agua alcanzaba una altura de sesenta centímetros, lo que hundió el tren real y el chófer del Buick de la Casa Real apenas era capaz de abrirse paso a través de las anegadas calles de la ciudad. Diluvió durante toda aquella tarde en la que el rey se subió a bordo del portaaviones Courageous para pasar revista a las tropas, empapado hasta los huesos y rechazando tanto un impermeable como un paraguas. En la noche del día 13, regresó a Fort Belvedere de buen humor. Abrazó a Wallis y a la tía Bessie, pero apenas lo había hecho cuando fue requerido por un mensajero recién llegado del palacio de Buckingham, por lo que no pudo expresarle su satisfacción a Wallis hasta la tarde siguiente. La nota era de Alexander Hardinge, quien le advertía de una situación grave. Le contaba que era apenas cuestión de días que la prensa rompiera su promesa de silencio acerca de Wallis. A continuación afirmaba que Baldwin y el gabinete tenían una reunión programada ese día para discutir la situación y que podrían dimitir. Sería complicado que el rey pudiera formar otro gobierno; la única alternativa que quedaba era disolver el Parlamento y convocar unas elecciones generales, con el consiguiente descrédito de la Corona. Sería mejor evitar estas circunstancias pidiéndole a Wallis que se marchara al extranjero.

Los Hardinge habían estado tramando esta maniobra desde sus comienzos. El rey respondió con enfado. Cuando Wallis había comentado que le gustaría irse del país, él le había dicho que no debía hacer algo así y que a él nada iba a impedirle casarse con ella. Ella le rogó que cambiara de idea. Él le contestó que no lo haría. Le dijo que, si el gobierno no aprobaba su matrimonio, estaba dispuesto a abandonar el trono. Ella comenzó a llorar. Le dijo que era una locura seguir dándole vueltas a aquello. Él se mantuvo inflexible. Consultaría inmediatamente a sir Samuel Hoare y a Duff Cooper, y convocaría al primer ministro. Wallis estuvo de acuerdo en quedarse. Una decisión de la que se arrepentiría más tarde.

El 16 de noviembre el rey realizó una visita a la cuenca minera del sur de Gales, una de las zonas más deprimidas de las islas británicas, donde la

pobreza y un alto índice de paro llevaban muchos años existiendo. Bienvenido allá adonde fuera, poseído por la ardiente preocupación por mejorar las condiciones locales del lugar que visitara, el rey disgustó a su gabinete al afirmar públicamente que «había que hacer algo». Los reyes no solo debían evitar cosas como meter baza en política internacional o casarse con mujeres que ya se habían divorciado dos veces, también se suponía que no debían expresar a sus ministros opiniones sobre la reforma social.

Y tampoco debían llevar a su amante en el tren real. En las memorias que publicó en 1971 la millonaria dama estadounidense de la alta sociedad Anne Fremantle, tituladas *Three-Cornered Heart*, recordaba una conversación que ella había mantenido con el representante de la Corona en el condado de Monmouthshire en el que este le había expresado su conmoción al descubrir que Wallis estaba en la cama con el rey en su vagón. Más tarde, ella y su marido hablaron del tema con el arzobispo de Canterbury, quien les dijo que el hecho de haber mantenido un intercambio sexual ilícito en el tren real excluía para siempre la posibilidad de que él presidiera el matrimonio de la pareja en la abadía de Westminster o en cualquier otro lugar. En comparación con esto, la costumbre del rey de llamar a la puerta de las casas de mineros en paro y decir «Soy el rey, ¿puedo entrar?» resultaba tan solo moderadamente sorprendente.

En el tercer día de su viaje, Wallis dejó el tren y se marchó rápidamente a Londres en coche. Tenía una cita para almorzar en el Claridge con el ultraderechista Esmond Harmsworth, hijo del magnate de la prensa lord Rothesmere, quien pronto sería vecino suyo en el sur de Francia.

Le sugirió a Wallis que debía abandonar toda idea de convertirse en reina; ella le aseguró que nunca se le había pasado por la cabeza serlo. Él le recomendó un matrimonio morganático, lo que le haría posible permanecer en Inglaterra sin encontrarse continuamente expuesta al comentario y el escándalo. Su presencia en el Reino Unido sería, por supuesto, una ventaja desde el punto de vista de los nazis. Ya existían precedentes en la historia británica. Si se llegara a un acuerdo así, Wallis sería nombrada duquesa o recibiría otro título. Sin embargo, no se permitiría su inclusión en el presupuesto asignado por el Parlamento a la familia real en lo relativo a sus ingresos personales; si tuviera herederos, estos no tendrían derecho a parte alguna de la herencia real. Ni tampoco estarían en la línea de sucesión al trono.

A Wallis le sorprendió y le intrigó esta sugerencia. Dejó el tema abierto al acabar el almuerzo, sin dar su opinión al respecto, pero sin descartar tampoco

la idea. Y eso era como decir que aceptaba.

Cuando el monarca volvió de la cuenca minera galesa para asistir a una fiesta en casa de los Channon, Wallis le preguntó si él aceptaría el plan de Harmsworth. Respondió con una negativa, pero en una charla posterior con este comenzó a mostrar algo de interés. Sin embargo, cuando convocó a Baldwin al palacio de Buckingham para discutir el asunto, el primer ministro le dejó claro que los obstáculos que encontraría un acuerdo así serían enormes, quizá insalvables. Un matrimonio morganático tendría que abrirse paso por cauces muy problemáticos. El gabinete tendría que dar su visto bueno; tendría que aprobarse una legislación especial en forma de ley parlamentaria. Y Baldwin, aunque probablemente no viera apropiado mencionarlo, sin duda tenía presente el potencial peligro de que una idea así emanara de una fuente política muy discutible. Este riesgo se conocía en los círculos privados de Whitehall, pero juiciosamente nunca se mencionó por escrito.

Según el diario de Chips Channon, otro incidente ocurrió esa semana. El rey llamó a los duques de Kent y de Gloucester, y les dijo que iba a casarse con Wallis. Parece ser que el duque de Kent exclamó: «¿Y qué va a ser Wallis?».

«¿Tú qué crees? Pues reina de Inglaterra, por supuesto», se supone que le contestó el rey. Y añadió: «Sí, y emperatriz de la India, y todo el resto de cargos». Sus hermanos se quedaron pasmados.

Durante la crisis, una de las pocas personas que les apoyaron y en quien Wallis y el rey pudieron confiar fue Walter Monckton, que seguía siendo el principal consejero legal del príncipe de Gales, lo que le asociaba de forma directa con una importante fuente de los ingresos del monarca. En vista del hecho de que el rey estaba obsesionado con el dinero y aterrado ante la posibilidad de perder fondos considerables si decidía abdicar, el apoyo de Monckton fue crucial. Con aquellas gafas y su apariencia ligeramente intelectual, Monckton daba la imagen de un catedrático que hubiera pasado mucho tiempo en una sala de profesores llena de humo, pero cuando su sonrisa vívida, divertida y sincera le iluminaba aquella ascética cara se convertía en una criatura completamente diferente. Era, sobre todo, firme y leal, un raro ejemplo de abogado humanista; monárquico hasta la médula, estaba profundamente preocupado por el bienestar del rey y rechazaba de plano las sospechas de Vansittart y Hardinge acerca de que Wallis fuera un contacto nazi.

Un día tras otro en esa última semana de noviembre el rey convocó a Monckton al palacio de Buckingham, un procedimiento que implicaba una serie de maniobras confidenciales. El rey estaba decidido a que Monckton no dijera nada que pudiera ser oído por casualidad por Hardinge, quien, en opinión del rey, estaba espiando constantemente para Vansittart y cuyo despacho estaba justo al lado de la *suite* Belga de Eduardo en el piso de abajo. Siguiendo instrucciones, Monckton debía aparcar su coche en la parte trasera del palacio y después acceder por la entrada personal del monarca y subir en ascensor hasta la última planta. Desde allí, debía cruzar a pie el inmenso edificio hasta llegar a la parte delantera y allí tomar otro ascensor que descendía directamente a la *suite* Belga. Este subterfugio era inútil, dado que había empleados del palacio que informaban de cada movimiento de Monckton a Hardinge, quien una tarde mordazmente le invitó a pasar a su despacho y tomar algo.

En sus reuniones supuestamente secretas con Monckton, el rey dejó claro que nada haría flaquear su completa implicación mental, física y emocional con Wallis. Monckton vio desde el principio que no tenía sentido intentar discutir con su viejo amigo. «Si quieren a alguien que sea exactamente como mi padre, ahí tienen al duque de York», dijo el rey, insinuando que estaba más que dispuesto a abdicar a favor de su hermano.

Monckton no pudo evitar respetar la extraordinaria devoción del rey, que iba más allá de su amor por el Imperio y su deseo de ocupar una posición de poder. Además, Monckton sentía el mayor de los respetos por Wallis. Sabía que había sido ella quien había logrado que el rey dejara de emborracharse y quien había reducido su adicción al tabaco. También sabía, al igual que Winston Churchill, que si bien el rey había estado triste y se había comportado como un neurótico y un atormentado antes de conocer a Wallis, ahora se había liberado de las ataduras de sus problemas emocionales y sexuales, y era un hombre realizado y seguro de sí mismo. Ante una transformación así, ¿cómo iba el monarca a poner límites a su gratitud por cuestiones de obligación, honor y Estado?

Monckton le dio un consejo sabio. Le sugirió al rey que no tomara ninguna decisión drástica hasta que se le concediera la sentencia definitiva de divorcio en abril de 1937. La coronación tendría lugar poco después, cuando se pudiera tomar una decisión con más prudencia y desde una posición de mayor poder. Sin embargo, el rey replicó que eso era totalmente imposible. No podría someterse a una importante ceremonia religiosa como jefe de la Iglesia, el Estado y la Mancomunidad Británica de Naciones cuando tenía en

mente que su juramento podía ser declarado inválido debido a la decisión de llevar adelante su boda desafiando a la opinión pública y al gabinete. Como escribió lord Birkenhead en su biografía de Monckton, «[el rey] odiaba y le repelía la idea de ser coronado de manera fraudulenta». Monckton quedó impresionado por el hecho de que el rey no estuviera dispuesto a ser deshonesto, por mucho que estuviera rompiendo el protocolo e incluso su obligación real.

Basándose en esto, Monckton confiaba en obtener un compromiso entre Downing Street y palacio. No era una tarea fácil. Ni le ayudaba el hecho de que la reina María estuviera atormentada por la situación y afligida por la idea de que su hijo mayor pudiera abdicar, dejando el trono a su segundo hijo, Alberto, quien tímido, físicamente frágil y completamente falto de carisma se encontraría muy incómodo en un puesto de tanta responsabilidad. Aun así, no perdía el humor, ni siquiera en aquellas circunstancias. En una de sus reuniones con Baldwin, celebrada el 15 de noviembre, le dijo: «¡Hay que ver qué embrollo!». Los duques de York estuvieron muy incómodos durante toda la crisis. La duquesa, que seguía muy descontenta con la mera presencia de Wallis en escena, habría preferido que se la hubiera desplazado completamente, pero era evidente que eso era imposible. No le entusiasmaba imaginarse a su frágil marido sufriendo las presiones y tensiones que conllevaba ser rey. A los duques de Kent y Gloucester también les atormentaba la idea de una posible abdicación.

Winston Churchill decidió que Wallis debía irse. («¡Menuda puta!», la llamaría más tarde). En lo que él consideraba lo mejor para el rey y un intento de salvar el trono, conspiró una estrategia para sacar a Wallis de Inglaterra. En esta tarea estaba, según sir John Colville, que sería su secretario tiempo después, ayudado y amparado por lord Beaverbrook, propietario del *Daily Express*. Beaverbrook, que se encontraba camino de unas vacaciones en Arizona, regresó repentinamente a petición del rey, pero después procedió a traicionar a su monarca del modo más abyecto. Sir John Colville confirmó que Beaverbrook fingió ofrecerle al rey su ayuda, que requería poco más que la discreción de su periódico en el tratamiento de la crisis, mientras un empleado suyo tramaba un atentado, supuestamente originado en Ámsterdam, en el que un asesino a sueldo australiano mataría a Wallis. El mismo hombre debía enviarle cartas amenazadoras en las que se le decía que alguien le tiraría a la cara ácido sulfúrico, una sustancia que la heriría y la dejaría ciega de por vida.

En ese momento intervino Kenneth de Courcy, amigo del rey y Wallis. Era el secretario honorífico del Grupo de Política Imperial, una institución monárquica fundada en 1934 por sir Reginald Mitchell-Bank que incluía entre sus miembros a personajes como lord Mansfield, lord Bertie of Thame, Alan Lennox Boy, el conde de Glasgow, sir Charles Petrie y lord Phillimore. En estos años, este grupo había tratado de convencer, desde todos los niveles del gobierno, a los ejecutivos de Francia, Italia, Austria y España de que, a pesar de los pronunciamientos oficiales, la política exterior de Gran Bretaña, si bien secreta, era mantenerse al margen de todos los conflictos europeos para dar carta blanca a Hitler y Mussolini en su lucha contra la Unión Soviética. No es necesario decir que esta temeraria revelación aseguró un vínculo aún más fuerte entre De Courcy, el rey y Wallis, como tampoco hace falta decir que consiguió irritar tanto a Vansittart como a Hardinge. De Courcy era cercano a George y Kitty Hunter, amigos de Wallis desde que ella había llegado a Londres. Los Hunter se enteraron (probablemente a partir de la información suministrada por Robert Vansittart) de la trama propuesta para asesinar a Wallis. De Courcy recordaba en 1987 que él se lo había contado a la tía Bessie en Cumberland Terrace. La asustada Bessie se echó a llorar. «Llamó al rey, que estaba en Fort Belvedere; él le dijo que no se preocupara. Pero Wallis estaba absolutamente aterrorizada cuando recibió la noticia».

Una noche, Wallis se despertó de repente gritando sobresaltada por la rotura de un cristal. Alguien a sueldo de Beaverbrook había lanzado un ladrillo contra las ventanas de la casa vecina. Desde entonces, se pasó la mayor parte del tiempo en un estado de terror entre el Claridge y Fort Belvedere, y Scotland Yard recibió instrucciones del rey para que se doblara la protección.

Para el 29 de noviembre, Wallis ya estaba al borde de un ataque de nervios. Ni siquiera la presencia de la tía Bessie podía calmar su irritación. Cuando sus amigos, encabezados por Sibyl Colefax, venían a verla, siempre estaba a punto de echarse a llorar. Finalmente, se dio cuenta de que en su temeraria ambición podría haber dañado su salud. El rey estallaba en ataques de histeria, condenando a sus enemigos y declarando su amor incondicional por ella. Aquel crepúsculo londinense era de un prodigioso rojo brillante. Wallis comenzó a plantearse en serio abandonar Inglaterra. Pero se encontraba demasiado agotada en Fort Belvedere para considerar hacer nada por el momento. Mencionó la posibilidad de regresar a Estados Unidos; el rey dijo que él iría tras ella en el siguiente barco. El día 30 escribió a su amiga Foxy Gwynne contándole que le dolía el corazón y que apenas tenía visitas,

que se marcharía y solo regresaría cuando «esa maldita corona estuviera colocada con firmeza».

El 1 de diciembre, el reverendo A. W. F. Blunt, obispo de Bradford, dio un discurso en la conferencia diocesana anual. Invocó la gracia de Dios, rogando que inspirara al rey para que realizara sus funciones con lealtad. Expresó su esperanza de que el rey fuera consciente de su necesidad de la gracia de Dios; entonces añadió: «Algunos de nosotros desearíamos que diera mejores muestras de ser consciente de ello». Criticó que el obispo de Birmingham hubiera afirmado que la coronación debía ser acompañada por un amplio despliegue de clérigos. Sugirió que en tal situación el significado religioso de la ceremonia de coronación se encontraba literalmente en peligro. Con ello se abrieron las compuertas para los comentarios adversos en periódicos de toda la nación. A pesar del supuesto control de la prensa por parte del rey, varios editoriales le recordaron con severidad el deber sagrado de su elevada tarea. Estaba claro que no había logrado convencer a los propietarios de los periódicos de que siguieran su línea de pensamiento; estos tenían demasiado presente la sensibilidad cristiana de sus lectores, así como su preocupación por los valores morales.

Baldwin incluso llegó al extremo de no enviar al rey las actas de las reuniones del gabinete en las que se discutía la crisis. Cuando el rey abrió la cartera roja, lo único que pudo encontrar fue un documento confuso sobre la venta de armas a España. Sin embargo, contaba con un espía en el gabinete que le informó de que Baldwin había descartado la propuesta del matrimonio morganático en la última reunión sin siquiera intentar presentársela al Parlamento. El primer ministro había forzado la decisión de que o bien el gobierno aceptaba a Wallis como reina o el rey debía abdicar. Fue después de esta reunión cuando estalló la crisis institucional a gran escala.

En la tarde del 3 de diciembre, los duques de York llegaron a Fort Belvedere para tratar con urgencia lo que pasaría si el rey abdicaba en las siguientes veinticuatro horas. Esa misma noche Baldwin se reunió con el rey, quien condujo hasta el palacio de Buckingham, donde tuvo lugar un tormentoso encuentro en el que el monarca dejó claro que él no movería un centímetro su postura. Al día siguiente, los altos comisionados de Canadá, Australia y Sudáfrica ejercieron una enorme presión sobre el rey. Encabezados por el alto comisionado australiano, quien representaba al primer ministro, católico romano estricto, Joe Lyons, dejaron claro que los dominios nunca aceptarían a Wallis como reina, ni siquiera como esposa morganática. Ella misma estaba deseando retirarse; odiaba que él debiera

rechazar el trono. Incluso el alto comisionado canadiense, Vincent Massey, cuyo hermano, el actor Raymond Massey, era un viejo amigo que había compartido partidas de póquer con Wallis y el rey, se vio obligado a expresar las más severas advertencias a palacio. En todos los países de la Mancomunidad Británica de Naciones la prensa fue rotunda en su abierto ataque al tema. Esto fue muy angustioso para Wallis y el rey, quienes se habían mostrado encantados de que Baldwin abriera el debate al Imperio. Resultaba evidente que, hora a hora, su posición se hacía cada vez más insostenible, y para el 3 de diciembre todos los costosos y detallados preparativos para la coronación se encontraban paralizados.

El duque de York estaba agobiado por el horror que se veía venir. Detestaba la idea de ser rey tanto como su hermano mayor, y comenzó a hablar en términos generales sobre una abdicación por adelantado y (pasando por alto a su hermano aburrido, el duque de Gloucester) a dejar abierta a un plebiscito la idea de que el sucesor fuera el egregio duque de Kent, el comodín que se guardaba la Casa Real. El duque de Kent, que volaba sin descanso a Múnich para mantener sus vínculos nazis a través de su cuñado, el conde Toerring, había sido sugerido durante años como heredero a todo tipo de tronos: Rumanía, Grecia, Hungría, Polonia…; la lista era larga.

Le gustara o no, y por mucho que temiera el efecto que podía tener sobre su salud o incluso su razón, York tuvo que afrontar un espantoso futuro de ritos y responsabilidades. Al regresar de un viaje a Escocia en tren el 3 de diciembre, vio en los carteles de los expositores de periódicos que había en la estación las temidas palabras: «EL MATRIMONIO DEL REY». En un estado de gran nerviosismo, fue derecho a ver a su madre, la reina María, que hizo todo lo posible por recordarle severamente su futuro necesario. Él la dejó sumido en una desesperación cercana al suicidio. Seis días más tarde volvió a verla, se derrumbó, se arrodilló delante de ella y acabó llorando en su regazo como si fuera un niño.

En el mercado de sellos de correos se produjo una gran agitación al lanzarse miles de personas a comprar el juego conmemorativo completo de sellos por si estos se quedaban obsoletos una semana más tarde y por ello aumentaban considerablemente su valor. Simultáneamente, los amigos del rey que estaban en Berlín le apoyaron una vez más. Por expresas instrucciones de Hitler, el doctor Goebbels emitió un comunicado prohibiendo a todo periódico o emisora de radio de Alemania mencionar la crisis constitucional. Hitler se encontraba profundamente molesto con la situación: él contaba con que el rey siguiera manteniendo una relación especial con Alemania en el

futuro. De forma similar, Mussolini estaba muy decepcionado, y el conde Grandi desde Londres expresó dicha desilusión al monarca. Que estas posiciones de las potencias del recién formado Eje aparecieran en la prensa estadounidense no fue de mucha ayuda a la causa del rey en Whitehall.

Durante la crisis, el Grupo de Política Imperial celebró reuniones día y noche. Kenneth de Courcy recordaba la extrema tensión que reinaba entre los miembros del grupo a medida que trataban de encontrar una salida a la maraña de problemas creados. Se mantuvo una reunión a la que asistieron pares interesados e influyentes, así como miembros del Parlamento en la casa londinense de la madre de De Courcy, y otras en el despacho de este, situado en Old Queen Street. El grupo envió representaciones al obispo de Londres, a lord Salisbury y a Walter Monckton en un esfuerzo por mejorar la situación. Su propósito estaba claro: pretendía forzar al rey para que este emplazara al gobierno a dimitir o, al menos, para que lo empujara a una situación desde la que no pudiera hacer otra cosa que dimitir. El rey pediría entonces a Winston Churchill —quien tal vez no fuera consciente de estos planes— que formara un nuevo gobierno; el Grupo de Política Imperial estaba convencido de que había suficientes personas tanto en la Casa de los Comunes como en la Casa de los Lores que llevarían a cabo este propósito. De Courcy me dijo que él creía que Churchill habría alcanzado el poder con una mayoría aplastante; que habría logrado un apoyo de la opinión pública enorme y que habría hecho que Gran Bretaña adoptara una posición mucho más firme con respecto a Alemania y Mussolini.

Sin embargo, el Grupo de Política Imperial estaba destinado al fracaso. Monckton demostró ser obstruccionista. Uno de los principales problemas fue que Thomas Dugdale, miembro del Parlamento, informó a De Courcy y a otro miembro, lord Mansfield, de que existía un defecto en el caso del divorcio de Wallis que podría hacer que fuera imposible que se le concediera el mismo; también puso en conocimiento de sus visitantes que el Servicio Secreto de Inteligencia custodiaba un *dossier* sobre Wallis que, si lo leyeran, les haría cambiar completamente de opinión: una referencia directa al *dossier* de China y los vínculos italianos y alemanes de Grégoire y Wallis. Si el Servicio Secreto de Inteligencia sospechaba que Wallis era un contacto nazi, debían prepararse para utilizar esa carta en el momento correcto; de lo contrario, todos los esfuerzos del grupo con respecto al matrimonio real y la ascensión de Winston Churchill a primer ministro se desmoronarían.

Ante esta revelación, De Courcy y el Grupo de Política Imperial se sintieron comprensiblemente debilitados en su propósito. Además, Monckton

no transmitió su intención al rey. O bien pensó que eran demasiado inconformistas y poco fiables o a esas alturas él ya notaba que el monarca estaba dispuesto a —o incluso preferiría— abandonar su sagrada tarea; o tal vez se había enterado del complot contra Wallis y pensaba que, si Churchill llegaba a primer ministro, ella no tendría ninguna oportunidad de convertirse ni en reina ni en esposa morganática.

Los encuentros entre el rey y Wallis en aquella época eran melancólicos y premonitorios. *The Times*, bajo la dirección de Geoffrey Dawson, la atacaba con amargura. Una noche, mientras la pareja paseaba por el camino de baldosas de Fort Belvedere entre aquella niebla tan húmeda e inglesa que ascendía desde Virginia Water, el rey le explicó a Wallis que no había solución intermedia: o abdicaba o ambos debían separarse para siempre. Wallis estaba exhausta, ya no podía aguantar más. Comenzó a hacer los preparativos para abandonar el país, sus empleados de Londres recibieron órdenes de empaquetar todas sus posesiones.

Wallis ahora deseaba haberse marchado cuando le llegaron las primeras señales del desastre que iba a producirse. El 3 de diciembre lo organizó todo para mudarse a la casa de campo que tenían Herman y Katherine Rogers en Cannes; mediante conferencia telefónica ellos se habían mostrado de acuerdo, como tantas otras veces, en ofrecerle refugio y seguridad. El rey le dijo que le proporcionaría un acompañante y un guardaespaldas para el viaje: el delicado y sumiso (además de millonario) Peregrine (*Perry*), cuarto barón Brownlow. Era un amigo querido y digno de confianza. El chófer real, George Ladbroke, los llevaría hasta Newhaven, donde embarcarían para Dieppe. El inspector Storrier de Scotland Yard se encontraba de permiso, así que su protector oficial sería el inspector Evans. Ante el temor de ser asesinada durante el viaje, Wallis se apresuró a aumentar el seguro de sus joyas y redactó un testamento en su dormitorio de Fort Belvedere, por el que le dejaba la mayor parte de sus posesiones a la tía Bessie, a sus dos doncellas fieles y a un puñado de amigos. Su abogado, George Allen, le ayudó con el documento, que fue redactado en el papel de carta azul de Fort Belvedere. A última hora de la tarde, el rey, junto a Winston Churchill, Walter Monckton y otros, estaba en Fort Belvedere terminando los preparativos del anuncio de su abdicación. Wallis se marchó de forma tan apresurada que apenas tuvo tiempo para despedirse del rey (quien le dio un dije en forma de mariquita que llevaba grabado «Vuela a casa»), la tía Bessie y sus empleados. Para su disgusto, no podía llevar a su perro, Slipper. Angustiada y pálida por la

tensión, besó al rey mientras le abrazaba. Él le pidió que le esperara, el tiempo que fuera. Que nunca renunciaría a ella.

Su automóvil se deslizó entre la bruma. Su pasaje y el de Brownlow se habían reservado bajo los nombres de «señor y señora Harris». Poco después de la salida de Wallis hacia el *ferry* que cruzaba el canal de la Mancha, el rey condujo hasta el palacio de Buckingham para reunirse con Baldwin. Le habló del anuncio de abdicación y le mostró el texto. Mientras tanto, Wallis rehusó retrasar su salida, a pesar de que cada vez había más niebla. Envuelta en un abrigo de marta cibelina para combatir el frío, se sentó muy seria, dejando que su mirada se perdiera en la noche. El *ferry* zarpó a las diez. Sabía que no sería capaz de dormir aquella noche. Durante la travesía, apremió a lord Brownlow para que encontrara un modo de que el rey se olvidara del matrimonio, terminara con la crisis y retuviera su trono. Tenía la idea de regresar en algún momento después de la coronación y ocupar la posición de amante del rey.

La niebla no cesó durante el viaje a través del canal ni al llegar a Francia. Wallis y Brownlow se registraron en el Hôtel de la Poste, de Blois, a las 11 de la mañana del 4 de diciembre. Ella pidió una habitación por unas horas y se tumbó en la cama. Según lord Brownlow, Wallis sintió una punzada de soledad y le pidió que se tumbara en la otra cama de la habitación para hacerle compañía. Lloraba, recuerda él, con un dolor primitivo. Él la tomó de la mano con dulzura, pero no había quien detuviera las lágrimas.

El día 5, para evitar a los periodistas que se habían enterado de sus movimientos y que la habían perseguido desde la costa, Wallis se vio obligada a abandonar su plan e irse a París y recurrir a lady Mendl, porque era evidente que de lo contrario los chicos de la prensa le darían caza. Aún le aterraba la posibilidad de ser asesinada. Ladbroke tomó una ruta tortuosa hacia el sur para asegurarse de que no había peligro. Atravesaron Évreux, en Normandía. En el antiguo hotel rural de la ciudad, la Hôtellerie du Grand-Cerf, le pidió a Brownlow que pusiera una conferencia para hablar con Fort Belvedere. Se había puesto de acuerdo con el rey para utilizar nombres en clave por si acaso alguien escuchaba su conversación. Después de una larga espera, Brownlow logró pasar la llamada. Wallis apenas podía oír la voz del rey entre una tormenta de interferencias. Ella le dijo: «Bajo ningún concepto debe el señor James dar un paso atrás». En otras palabras, el rey no debía abdicar. Y continuó: «Pide consejo. Reúne a tus viejos amigos. Habla con Duff Cooper, con lord Derby, con el Aga Khan [usando nombres en clave para todos ellos]. No te apresures. Yo me iré a Sudamérica o a cualquier otro sitio». Al rey le resultaba tan difícil oírla que ella se veía obligada a gritar.

Cuando abandonó el hotel, horrorizada se dio cuenta de que en la cabina telefónica se había dejado las notas que había usado en la conversación. Brownlow la advirtió de que si volvía para recuperarlas sería descubierta. De hecho, ya era un milagro que no la hubieran descubierto todavía. Así que, en un estado de gran tensión, decidió abandonar las anotaciones. Un encargado muy considerado las guardó en su caja fuerte, aparentemente sin caer en la tentación de leerlas. Al año siguiente las recuperó para ella Harold Nicolson.

De vuelta a Inglaterra, sir Oswald Mosley, cada vez más desacreditado, no sirvió de mucha ayuda a la causa del rey cuando afirmó que estaba completamente de su lado y que el tema de la abdicación debería ser sometido a referéndum popular. Esta declaración otorgó aún más fuerza a Baldwin, sir Robert Vansittart y Alexander Hardinge.

El 5 de diciembre Winston Churchill le envió un informe al rey desde su casa, situada en el número 11 de Morphet Mansions, en el que le aconsejaba no abandonar el país bajo ninguna circunstancia y le advertía de que no debería tomarse ninguna decisión definitiva hasta pasadas las Navidades, probablemente mejor pasado febrero o marzo. Ese mismo día, el arzobispo de Canterbury abogó por guardar «silencio y prudencia» respecto a la crisis hasta que la decisión del rey fuera pública.

Para ese momento, según el diario de la señora de Thomas Dugdale, subsecretario parlamentario de Baldwin, el rey se encontraba «muy nervioso, amenazando ejercer la violencia contra sí mismo». El *Times* de Geoffrey Dawson bramaba más que nunca. El primer ministro, acompañado por Dugdale, se había desplazado ese día a través de la niebla hasta Fort Belvedere para reunirse con el rey una vez más.

Ese mismo día, Baldwin celebró una reunión especial de su gabinete en Downing Street. Una multitud se agolpaba bajo la lluvia cuando los ministros salieron de sus coches. Sir Samuel Hoare fue el primero en llegar; le siguieron el ministro de Hacienda Neville Chamberlain, sir Kingsley Wood, Duff Cooper y Anthony Eden, entre otros. Cuando abandonaban el edificio, los alborotadores les recibieron al grito de «¡Eduardo tiene razón! ¡Baldwin se equivoca!».

Otros cientos de ellos pululaban alrededor de las puertas del palacio de Buckingham chillando: «¡Queremos a Eduardo!». Un grupo se presentó en la casa que tenían en Piccadilly los duques de York, cantando al unísono: «¡Queremos a Eddie y a su mujer!». Una manifestación de mujeres realizó una marcha desde Marble Arch hasta el palacio con unas pancartas gigantes en las que, en letras rojas y azules, se podía leer el eslogan: «Después de lo de

Gales del Sur no le podemos dejar tirado. Vayamos al palacio a animarle. Hagamos saber al rey que estamos con él». Unas horas más tarde, la multitud apostada frente al palacio comenzó a cantar: «¡Porque es un chico excelente…!». Doscientas personas más permanecieron en la esquina de Whitehall y Downing Street después de que anocheciera, gritando: «¡Queremos a nuestro rey!». Fueron dispersadas rápidamente por la policía. Mientras tanto, los periódicos de lord Rothermere titulaban sus portadas «¡Dios salve al rey!». El mundo contenía el aliento; el irónico periodista estadounidense H. L. Mencken dijo que era «la mayor noticia después de la Resurrección».

También el 5 de diciembre Winston Churchill escribió a Neville Chamberlain, ministro de Hacienda, para relatarle su cena con el rey en el palacio de Buckingham la noche anterior. Le decía que el monarca había comenzado la cena de un humor alegre, pero que pronto sucumbió a la depresión y se quedó dos veces en blanco, perdiendo completamente el hilo de la conversación y encontrándose de forma visible al borde de un ataque de nervios.

Años más tarde, sir Edward Peacock le habló al embajador Kennedy acerca de una reunión mantenida al día siguiente entre el primer ministro Baldwin y el rey en Fort Belvedere. Baldwin describió el encuentro al ensayista y biógrafo Harold Nicolson como emotivo y sentimental, con ambos hombres deshaciéndose, al igual que en *Alicia en el país de las maravillas*, en charcos de lágrimas. En la versión de Peacock, Baldwin señaló que Wallis no «estaba hecha para ser reina», a lo que el monarca le replicó: «Así que puedo tenerla de amante pero no de esposa. ¡Menuda hipocresía!». Baldwin ya había aguantado suficiente y le gritó, en clara referencia al *dossier* de China: «Si el rey desea acostarse con una puta, eso es cosa suya. Pero el asunto atañe a todo el Imperio si pretende convertirla en reina».

La reacción del rey a este diálogo fue destinar aún más inversiones para Wallis. Le dijo a Peacock que no quería que «acabara como lady Hamilton», la amante de lord Horacio Nelson, que murió en la pobreza. Cuando quiso ceder a Wallis ciertas propiedades reales, entre las que estaban el New Gallery Cinema (de Regent Street); el Criterion Restaurant, His Majesty’s Theatre, el Regent Palace y los hoteles Strand Palace, Peacock le advirtió de que ninguna de estas propiedades podría estar sujeta a permuta o donación y que no habría ninguna posibilidad de que la Casa de los Comunes o la Casa de los Lores aprobara su adquisición por parte de Wallis. Furioso, el rey se dio por vencido.

El resto de los miembros de la familia real permanecieron recluidos, sin abandonar sus casas. El rey aplazaba continuamente la reunión con su hermano el duque de York, quien, nervioso, se daba cuenta de que estaba apenas a un paso de verse obligado a afrontar unas enormes responsabilidades. Insomne y agotado, al rey no le quedaban fuerzas más que para ver a su primer ministro.

Mientras tanto, Wallis proseguía su viaje atravesando Francia hacia el sur. El tiempo era horrible, ráfagas de viento arrojaban una mezcla de nieve y aguanieve contra el parabrisas del Buick. El grupo desayunó en el Hôtel de Paris en la ciudad de Moulins. Cuando continuó su camino, a través de unas condiciones cada vez más peligrosas para la conducción, el coche se llenó de un fuerte aroma a *whisky* escocés. Lord Brownlow, que había metido una pequeña petaca de cristal en el bolsillo de su abrigo, la había roto accidentalmente y se había empapado de *whisky*. Cuando abrió la ventanilla para que el olor se evaporara, entró tanta nieve que tuvo que volver a cerrarla.

Wallis y sus acompañantes continuaron su camino hacia la antigua y sombría ciudad de Lyon, donde fueron alcanzados por la prensa, a la que había alertado un peatón al que Brownlow había preguntado temerariamente por el camino. Fueron perseguidos sin descanso por toda la ciudad, en medio de un ensordecedor ruido de cláxones, pero lograron huir hacia Vienne. Era la una y media de la tarde. Un único periodista, Jean Bouvard, de *Paris-Soir*, logró obtener una declaración de Wallis cuando esta llegó al Restaurant de la Pyramide. Ella le dijo en su francés de colegio, que apenas había mejorado desde sus días de Oldfields: «Vosotros, los franceses, sois muy simpáticos, pero muy pesados. No he podido dormir en dos días. En el hotel en el que me alojé anoche había veinticuatro periodistas. Me gustaría descansar, descansar mucho […]. No puedo hacer ninguna declaración. El rey es el único juez. No tengo nada que decir, salvo que quiero que me dejen en paz».

Wallis entró al restaurante por una puerta trasera con la ayuda de su vieja amiga madame Point, propietaria del Pyramide. Madame Point había preparado un salón privado en la primera planta para servir allí el almuerzo. Wallis pudo llamar a los Rogers y decirles que llegaría en unas horas. Madame Point era una buena mujer de negocios. Convocó a los periodistas y les dijo que estaba considerando cambiar el nombre del restaurante por «Señora Simpson».

Wallis logró escapar de la prensa de una forma que habría hecho justicia al conde de Montecristo. Sobre el fregadero de la cocina había una ventana lo suficientemente grande como para que se colara por ella. Para hacerlo, debía

subirse a la mesa de la cocina mientras lord Brownlow y madame Point la sujetaban. El inspector Evans y monsieur Point esperaron en el callejón para agarrar a Wallis cuando saltara. Una vez logrado esto, todos se precipitaron al Buick que les esperaba y se pusieron de nuevo en marcha a través del aguanieve.

Mientras tanto, Mary Burke, la doncella de Wallis, había llegado en tren a Cannes con sus dieciséis baúles y sus treinta y seis maletas. Wallis se detuvo de nuevo en la población de Brignoles para comprar unas medicinas y volver a telefonear a los Rogers para confirmarles que llegaría pronto. Lord Brownlow intentó despertar a los empleados de la estafeta local de correos, pero al principio no obtuvo respuesta. Después, las ventanas se abrieron de repente y los empleados le gritaron furiosos mientras él les preguntaba desesperado dónde podía encontrar un teléfono. El grupo finalmente localizó uno y Brownlow, golpeando el instrumento con impotencia y gritando por el micrófono, por fin logró comunicarse con Villa Lou Viei.

A las dos de la mañana del día 6, mientras el rey dormía angustiado en Fort Belvedere, el Buick por fin llegó a la verja de hierro forjado de la villa propiedad de los Rogers en Cannes. Les esperaban cientos de espectadores, y el coche apenas pudo abrirse camino entre la multitud mientras la policía luchaba por controlar la histeria de la gente, que llevaba horas esperando bajo la lluvia la llegada de Wallis. Esta iba acurrucada en el suelo del coche, completamente oculta por una pesada alfombra.

Cuando Wallis y lord Brownlow entraron en el vestíbulo, los Rogers los recibieron con un inmenso alivio. Habían temido que hubieran sufrido algún accidente o colisión en el camino y se encontraban casi tan angustiados como Wallis. A pesar de dar una imagen tan pálida, exhausta y frágil bajo su sombrero marrón y embutida en un abrigo tres cuartos de marta cibelina, Wallis se sintió aliviada al advertir que Mary Burke estaba felizmente instalada en la casa y que sus baúles y maletas habían sido llevados a su habitación. Había escaleras y botes de pintura por toda la casa porque hasta esa misma noche había habido pintores y electricistas arreglando seis dormitorios y varios baños. Wallis entró con sus anfitriones en la lúgubre sala de estar, donde el fuego de una chimenea crepitaba en un intento por disipar la niebla. Se derrumbó en una silla.

En Londres, las manifestaciones multitudinarias continuaban. Los jóvenes ingleses estaban mayoritariamente del lado del rey y Wallis. Los laboristas se veían así integrando una curiosa alianza con los fascistas. En Berlín, la manta de silencio continuaba. Los alemanes, ansiosos por enterarse de las últimas

novedades de la crisis, tenían que hacer llegar periódicos desde Austria. Walter Monckton intentó un último esfuerzo recomendando que el Parlamento aprobara una legislación que permitiera la concesión definitiva del divorcio de forma inmediata, sin que hiciera falta esperar el periodo de seis meses. La idea se rechazó de plano.

Cuando el rey esbozó una propuesta de texto con el que convocar a la nación a que se solidarizara con él en su amor por Wallis, Baldwin rechazó su difusión. El primer ministro volvió a descartar de nuevo la idea del matrimonio morganático y no estaba de acuerdo en que se modificara el estatus tradicional de la mujer del rey y permitir de esta forma que Wallis asumiera algunos privilegios. Informó de su posición a los miembros de la Mancomunidad Británica de Naciones, y tanto estos como el *Times* de Dawson le apoyaron en su determinación por evitar que Wallis se convirtiera en la mujer del rey. Beaverbrook y Rothermere siguieron abogando por retrasar la decisión hasta que el asunto pudiera sopesarse con mayor perspectiva, preferiblemente después de la coronación. Winston Churchill sugirió al rey que pidiera una breve prórroga y se retirara al castillo de Windsor, cerrándole la puerta con firmeza al primer ministro. Después, Churchill le envió una carta a Baldwin en la que insistía en que no apremiara la decisión del rey y afirmaba que era fundamental que este dispusiera de tiempo. Incluso a pesar de que Churchill empezara a maniobrar en esa dirección, el rey, que no dejaba de dar vueltas solo en su dormitorio, sabía que no podía plantearse una lucha con Baldwin. Lo único que conseguiría cualquier mínimo retraso sería causarles más daño a él y a Wallis. Tampoco podía luchar con la Mancomunidad Británica de Naciones. Podría arriesgarse a provocar una guerra civil. Y entonces ya no podría reinar sobre una nación unida. Esta quedaría desgarrada por la controversia, el enfado y la amargura durante el resto de su reinado. Además, no solo Wallis estaría en peligro si forzaba el matrimonio; su propia impopularidad entre los partidos políticos y las figuras de mayor superioridad moral de la Iglesia anglicana harían la situación insostenible.

El 6 de diciembre, Wallis escribió al rey expresándole angustiada su convicción de que no debía abdicar. Temía que, de hacerlo, ella «daría una mala imagen ante el mundo entero porque muchos dirían que yo podría haberlo evitado». En el transcurso de una carta larga y confusa, Wallis continuaba sugiriendo que todo este asunto debería posponerse de alguna forma hasta el otoño de 1937. Ella proponía que el rey animara a Baldwin para que aceptara el aplazamiento. Repetía que «le aterraba lo que pudiera

decir el mundo» y de forma incoherente insistía una y otra vez en la idea del aplazamiento. Incluso perdía el control de la ortografía al hablar de que el rey hiciera un «sacrificio de ocho meses» por su pueblo posponiendo la decisión. Parte del motivo de desear el aplazamiento era escapar ella misma de la situación; escribió a Sibyl Colefax en fecha posterior, indicándole claramente su continua necesidad de huir a algún lugar desconocido. Era tan apabullante su pánico que no dormía y se encontraba exhausta, devastada por el terror.

Después de no dormir tampoco él, el rey finalmente decidió, el día 7, que abdicaría. Una vez tomada la decisión, le inundaron el alivio y la felicidad. Si dos días antes se había encontrado al borde del suicidio, ahora estaba convencido desde lo más profundo de su corazón de que había tomado la decisión correcta. Las dos cosas que más le importaban en el mundo eran el Imperio británico y Wallis. Escogiendo a Wallis, salvaría la Mancomunidad Británica de Naciones. Llamó a Monckton y le dijo: «Quiero que vayas a Londres inmediatamente y avises al primer ministro de que cuando venga a Fort Belvedere esta tarde le notificaré formalmente que he decidido abdicar».

Monckton le recordó lo que significaba ese paso. Le dijo al rey que unos días más tarde no sería más que un ciudadano normal y que, dado que pretendía irse del país, sería perseguido sin descanso por los periodistas. Además, no podría ver a Wallis hasta que a esta se le hubiera concedido el divorcio, o se arriesgaría a que sus enemigos presionaran al procurador de la Corona, que era quien se encargaba de decidir si un divorcio se concedía de forma definitiva sin que este encontrara obstáculos.

Ese día Winston Churchill se presentó en la Casa de los Comunes defendiendo la causa del rey, pero fue recibido con gritos de «¡Siéntese!» y «¡Qué vergüenza!». Aunque Baldwin había perdido algunas de sus notas, varias de ellas en el aseo, y se le habían caído otras en el suelo y se había golpeado la cabeza con la mesa cuando se levantaba de recogerlas, supo recuperarse y dio el que probablemente sea el discurso más logrado de su carrera. Expuso correctamente todos los temas políticos y morales relacionados, alcanzando una dignidad que incluso sus muchos enemigos se vieron obligados a admitir como incomparable. Fue el héroe de esa hora a los ojos de todos salvo de los laboristas más fervorosos y del único miembro comunista, Willie Gallacher.

Wallis estaba consumida por el sentimiento de culpa y aterrorizada. Cuando se enteró de la intención del rey de abdicar, le escribió una carta apasionada, en la que insistía en que reconsiderara su oferta de echarse atrás completamente. Sus enemigos, encabezados por los duques de York,

Baldwin, Vansittart y los Hardinge, estaban convencidos de que realizaba esa súplica para ganarse la devoción del rey de por vida. Rechazaron creer en su sinceridad cuando se enteraron del gesto. Mandó la carta por correo aéreo y el mismo día 7 llamó al rey a Fort Belvedere para leerle una declaración que había enviado a la prensa; le habían ayudado a escribirla lord Brownlow y Herman Rogers. En ella Wallis se ofrecía «a retirarse inmediatamente de una situación que se había vuelto tan lamentable como insostenible». Lord Brownlow leyó la declaración en una rueda de prensa celebrada ante un gran número de periodistas de medios internacionales en el Hôtel Majestic de Cannes. Mientras lo hacía, Associated Press emitía la siguiente información: «En su refugio de Villa Lou Viei, una tenue luz brillaba en el dormitorio de la señora Simpson. Delatada por una débil sombra, una figura esbelta vagaba adelante y atrás mientras la divorciada estadounidense esperaba el siguiente movimiento: la aceptación de Eduardo, o su rechazo a rendir su amor incluso a costa del trono». El autor de este texto no se daba cuenta de que el rey ya había tomado su decisión y que nada que Wallis ni ninguna otra persona dijera haría tambalear su inexorable resolución.

Mientras tanto, sir Horace Wilson, consejero especial del rey y enlace diplomático entre varios grupos políticos opuestos, entre los que estaban el Partido Laborista, la Unión Británica de Fascistas, la Hermandad Anglo-Alemana, el grupo pronazi The Link [«El Vínculo»] e incluso los comunistas, preparaba un informe de sesenta y cuatro páginas para el ministro de Hacienda, Neville Chamberlain, sobre los duques de Windsor y las circunstancias de la abdicación. Sus conclusiones eran irrefutables. Decía así:

Al no poder encargarse el primer ministro, creo que debo ser yo quien se refiera a los «planes» para el futuro de la señora Simpson. Me resulta evidente que es su intención no solo volver aquí sino (ayudada por lo que ella espera que sea una generosa partida de los fondos públicos) establecer una «corte» propia y —sin ninguna duda— hacer todo lo que pueda por resultar incómoda al nuevo ocupante del trono. No debe asumirse que haya abandonado la idea de convertirse en reina de Inglaterra. Es conocida su ambición sin límites, y también su deseo de intervenir en la política: ha estado en contacto con el movimiento nazi y es firme partidaria de una dictadura.

Las bases de su plan son (a) obtener el divorcio y (b) que se le suministren unos ingresos suficientes.

Con respecto a (a), asunto que le preocupa mucho, no es necesario que yo diga nada. Con respecto a (b) contamos con medios para, al menos, salvar al país de futuros problemas graves.

Para el día 8, el rey aún no había abdicado. Ni se había afirmado públicamente que fuera a hacerlo. Sin embargo, su decisión ya se había filtrado. Los Camisas Negras de Mosley se habían manifestado ante el palacio de Buckingham. Al mismo tiempo, el abogado de Wallis, Theodore Goddard, había decidido volar a Cannes en un último esfuerzo por persuadirla para que abandonara al rey completamente. Baldwin y uno de sus aliados en la crisis, sir Horace Wilson, estaban detrás de la misión de Goddard. El rey se puso furioso cuando se enteró y prohibió a Goddard que fuera, pero este se encontraba bajo las órdenes del primer ministro. A pesar de sufrir una afección cardiaca, Goddard se subió a un avión que habitualmente solo se usaba para negocios oficiales y que volaba gracias a un motor inestable que amenazaba con dejar de funcionar en cualquier momento, y se sometió a un vuelo angustioso bajo una tormenta. Le acompañaba el doctor William Kirkwood, su médico personal, que también era ginecólogo.

Al mismo tiempo, el rey acordó finalmente ver a su hermano el duque de York, que se había presentado en Fort Belvedere sin que se le hubiera invitado. Era necesario discutir con aquel hombre tímido y torpe las responsabilidades de las que tendría que hacerse cargo en pocos días. Ambos estaban desesperadamente agotados. Y su estado mental no mejoró al producirse la llegada también de improviso de Baldwin, quien entró con Dugdale y Monckton a las cinco y media de la tarde. Para horror del rey, Baldwin llegó con una maleta. Al monarca le molestó la posibilidad de que aquel primer ministro al que tanto odiaba tuviera la cara de pretender pasar la noche en Fort Belvedere. El rey ya había decidido que sería inútil seguir discutiendo. Tras una cena sin sentido Baldwin se fue, pálido y deprimido, despidiéndose del rey cuya integridad moral él había intentado por todos los medios preservar.

El rey parecía aliviado y feliz aquella noche. Ahora que ya había tomado su decisión, disfrutó de su primera noche de sueño desde hacía más tiempo del que podía recordar. A pesar de ello, los periódicos seguían diciendo que aún no se había decidido.

En Cannes, en la noche del día 8, Wallis recibió a Theodore Goddard. Lord Brownlow estaba furioso por el hecho de que lo hubieran enviado y dejó claro que el ginecólogo doctor Kirkwood no sería bienvenido. La presencia de una persona así en la casa tan solo dispararía los rumores de que Wallis estaba embarazada. Goddard le comunicó entonces a Wallis que ella debía retirar inmediatamente la demanda de divorcio contra Ernest Simpson, que, si lo hacía, la crisis acabaría. Al final, no hizo falta mucho para convencerla. En su

estado de agotamiento nervioso, se habría conformado con desaparecer en Nueva Zelanda o Argentina y no volver a ser vista nunca. Ella contestó que haría cualquier cosa por mantener al rey en el trono. Goddard le expresó su alegría ante esa respuesta. Wallis se giró para pedirle consejo a lord Brownlow, quien le dijo: «Si el rey abdica, su objetivo será el matrimonio; si descartas el divorcio, te encontrarás ante una situación desesperada, una tragedia en todos los aspectos». Aun así, Wallis estaba dispuesta a hacer lo que Goddard pedía. Intentó llamar a Fort Belvedere. El rey no podía ponerse. Volvió a llamar a mediodía. Wallis le dijo: «Estoy de acuerdo en retirar mi demanda de divorcio». El rey respondió tanto de forma independiente como a través de su abogado George Allen que el proceso ya no podía detenerse. Los documentos de abdicación ya estaban redactados. El rey le dijo: «Puedes ir adonde quieras. A China, a Labrador o a los mares del Sur. Pero allá donde vayas, te seguiré». Y a Wallis le quedó claro que nada haría tambalear la resolución del rey.

Wallis se preguntaba qué debería hacer entonces. Pensó que debería volver a Pekín. Por el momento, podía ir a Italia, en tren especial, y alojarse con lord y lady Berkeley, viejos amigos suyos que disponían de una casa de campo en Roma y protección policial. ¿Se acordaría de su antiguo amante, el conde Ciano? Aún decidido a salvar la situación y lograr alguna forma de matrimonio, lord Rothermere pidió a Esmond Harmsworth, que en aquel momento se encontraba en la Riviera, que intercediera ante Wallis, pero Harmsworth no pudo darle ninguna razón apropiada para que ella cambiara de idea. Goddard volvió a Londres derrotado.

En la mañana del 10 de diciembre, el rey celebró una reunión con su hermano el duque de York, Monckton y otros consejeros para tratar todo lo relativo a su futuro económico. Tenía derecho al usufructo vitalicio de Sandringham y Balmoral. Aunque se le había sugerido que devolviera esas propiedades a la Corona cuando abdicara, no se mostró dispuesto a cooperar. En lugar de ello, obligaría a su hermano a pagarle 25 000 libras anuales por dejar libres las dos casas. Se le requeriría que se hiciera cargo de parte de las pensiones de los empleados de Sandringham y Balmoral a los que había despedido o que se habían jubilado por propia voluntad o a la edad apropiada. A través de intermediarios, Baldwin le comunicó una restricción aún más severa: a cambio de estas consideraciones económicas, el rey no debía volver a Inglaterra a menos que recibiera un permiso especial del gobierno. Esto implicaba que, de negarse a obedecer la petición, podría ver restringidos los

ingresos que recibía del presupuesto que el Parlamento destinaba a la familia real.

El rey estaba disgustado. La noticia de que ya no percibiría más los ingresos del ducado de Cornualles le dejó consternado. Parecía haber olvidado que un monarca que abdicaba ya no tenía derecho a ese emolumento. Se ha afirmado que estuvo muy cerca de negarse a abdicar en ese momento. Pero, en lugar de ello, firmó la declaración de abdicación: «Yo, Eduardo VIII de Gran Bretaña, Irlanda y los dominios británicos de ultramar, rey y emperador de la India, por la presente declaro mi decisión irrevocable de renunciar al trono para mí y mis descendientes, así como mi deseo de que tenga efecto esta declaración de abdicación de forma inmediata». Cuando el rey plasmó su firma en el documento delante de sus hermanos, los duques de York, Gloucester y Kent, se sintió de maravilla: «como un nadador que sale a la superficie desde una gran profundidad», escribió en sus memorias.

Esa misma noche, treinta fascistas, cuatro de los cuales vestían el uniforme de las Camisas Negras, se dejaron ver en Regent Street. Se separaron y se dirigieron de dos en dos y de tres en tres al palacio de Buckingham. A las nueve de la noche quinientos filonazis se les habían unido. Unos doscientos jóvenes permanecían allí de pie cantando «¡Queremos a Eduardo!» y «¡Un, dos, tres, cuatro, cinco…, queremos a Baldwin, vivo o muerto!». En ocasiones, realizaban el saludo fascista, jaleaban y cantaban temas patrióticos y el himno nacional. Justo antes de las diez, varios jóvenes, encabezados por uno que vestía el uniforme fascista, guiaron a ochocientos manifestantes hasta el número 10 de Downing Street. Otros manifestantes fascistas formaron un piquete en la Casa de los Comunes con pancartas en las que se leía: «¡Despidan a Baldwin! ¡Apoyen al rey!». Al mismo tiempo, realizaban el saludo fascista. Hacia medianoche, los Camisas Negras gritaban: «¡Larga vida al rey! ¡Larga vida a Bessie Warfield!». Al día siguiente, según los informes de Scotland Yard, unos tres mil asistieron a una reunión en Stepney en la que sir Oswald Mosley exigió que la abdicación fuera consultada al pueblo. Se rompieron ventanas en Bancroft Road. Hubo peleas entre fascistas y antifascistas en la calle.

Según lo afirmado por sir Edward Peacock en reuniones con el embajador estadounidense Kennedy, y también según sir Dudley Forwood y la fallecida Laura, duquesa de Marlborough, al rey le empezó a entrar el pánico cuando Peacock le señaló la cantidad de dinero que perdería como consecuencia de su abdicación. Temía ver desvanecerse gran parte de su herencia, custodiada por Peacock, debido a que no tenía heredero varón, y toda cantidad que le

correspondiera de las partidas tendría que ser autorizada por su hermano, que odiaba a Wallis con amargura.

El Partido Laborista estaba particularmente deseaba que el rey diera marcha atrás a la abdicación, y el rey le dijo a Peacock que se lo plantearía y que cedería a la idea del matrimonio morganático después de todo. El líder socialista John Strachey se acercó a Claude Cockburn, el conocido editor irlandés de izquierdas responsable de *Week*, un periódico agresivamente liberal, con una sugerencia intrigante y misteriosa. Él y lord Louis Mountbatten, un primo del rey, suministrarían a Cockburn una historia verdadera y sensacionalista, autorizada por el rey, dijo Strachey, que acabaría con la abdicación y le daría a Cockburn la primicia de su vida. La historia le sería entregada cierta medianoche por un motorista enviado directamente desde Fort Belvedere.

Cockburn y su plantilla esperaron, conteniendo el aliento, las instrucciones específicas del rey a la hora convenida. Pero no llegó ningún motorista y, muy enfadado, el editor tuvo que cerrar la edición sin artículo de cabecera. La cuestión es: ¿cuál era la primicia periodística misteriosa (y ausente)?

Cockburn, en sus memorias, *A Discord of Trumpets*, escribió que él no tenía ni idea; su hijo, el analista político Alexander Cockburn, sigue estando igual de desconcertado, y los diarios de Cockburn están almacenados en Irlanda y no pueden ser consultados. La respuesta más probable es que el rey no supiera nada acerca del asunto; que Mountbatten y Strachey hubieran decidido pasarle a Cockburn la historia del idilio de Wallis con Guy Trundle, enviándosela a través de un hombre disfrazado de mensajero real, lo que obligaría al rey a abandonar la idea de casarse con ella y le mantendría firme en el trono como el «monarca del pueblo». Popular entre las clases trabajadoras, en opinión de ellos, ayudaría mejor a la causa del laborismo que a la de los conservadores. Pero en el último minuto a los conspiradores les entró miedo y echaron atrás el plan.

El rey almorzó con Winston Churchill, cuya presencia lejos del poder estaba destinada a alargarse debido a su lealtad al monarca. Churchill ayudó al rey a realizar algunos cambios de última hora en el discurso de abdicación, sobre el que Walter Monckton ya había trabajado de forma exhaustiva. Cuando Churchill, al borde de las lágrimas, abandonó la casa, citó dos versos: «Nada indigno hizo ni quiso / en aquella escena memorable…». Eran obra del poeta Andrew Marvell y se referían a la decapitación del rey Carlos I. Después del almuerzo, el rey tuvo otra reunión con el duque de

York, quien seguía intentando superar su nerviosismo y su miedo a que la tartamudez le impidiera dirigirse al pueblo o pronunciar discursos públicos. El duque de York sugirió que su hermano debería asumir desde entonces el título de duque de Windsor. El rey se mostró encantado con la sugerencia y aceptó de inmediato.

A media tarde, Monckton llegó desde Londres, adonde había llevado el texto que dirigiría el rey al pueblo para recibir la aprobación oral de Baldwin. Este le pidió que lo reescribiera entero y que añadiera una frase diciendo que él había tratado al rey «con la máxima consideración» durante la crisis. El rey se irritó ante la audacia de esta petición por parte de su archienemigo, pero pensó que por una cuestión de decoro debía incluir la frase. Antes de abandonar el castillo de Windsor para realizar su discurso de las diez, el rey llamó a Wallis para decirle que se iría a Suiza y se alojaría en un hotel cercano a Zúrich.

Wallis le dijo que le había sorprendido que el gobierno británico no le hubiera suministrado un refugio donde pudiera disfrutar de su privacidad. Si él se iba a un hotel, tendría que soportar la misma pesadilla con la que luchaba ella, una sensación de encontrarse bajo permanente acecho. No volvería a tener un minuto de tranquilidad ni por parte de la prensa ni del público. En lugar de ello, por sugerencia de lady Mendl, lord Brownlow podría disponer que se alojara con sus amigos los barones Rothschild en su castillo, Schloss Enzesfeld, cerca de Viena. Wallis dijo que le llamaría inmediatamente para encargarse de los preparativos oportunos. Lo hizo, y ellos estuvieron de acuerdo desde el principio. La estadounidense Kitty Rothschild se alegró especialmente ante la idea.

Acompañado por su adorado perro Slipper, el rey se despidió de sus empleados de Fort Belvedere. Las maletas fueron llevadas al Buick de la Casa Real. Al descender el camino de entrada, con Ladbroke al volante, el rey echó la vista atrás hacia su amado castillo, dándose cuenta de que probablemente nunca volvería a verlo. En pocos días, los muebles quedarían almacenados; gran parte quedó así durante casi una década. Le resultó doloroso. Fort Belvedere había sido su casa durante tantos años…; había invertido tanto tiempo y esfuerzo en remodelarlo, creando un oasis, un refugio del mundo cruel… El coche se dirigió a las dependencias reales de Windsor, donde su madre, la reina María, sus hermanos y su hermana, la princesa real, le esperaban. La conversación de la cena fue torpe; el duque de Kent, siempre tan sensible, se desmoronó y sollozó de forma incontrolable en la mesa; el duque de York estuvo al borde de las lágrimas. Cuando la cena concluyó,

llegó Monckton para acompañar al rey al castillo de Windsor. Mientras tanto, Herman Rogers había logrado comunicarse con Monckton y transmitirle que los Rothschild estarían encantados de alojar al rey en su casa.

Por ironías del destino, el viejo enemigo del monarca, lord Wigram, era ahora subgobernador del castillo de Windsor; recibió al rey y a Monckton de forma impasible cuando estos entraron en el gran vestíbulo. En la torre Augusta, el director de la BBC, sir John Reith, rodeado del equipo técnico, esperaba con lo que un testigo definió como «una mirada de basilisco». La habitación de la torre se había convertido en un estudio provisional. Entonces, a las diez, el rey habló, de forma cálida, confiada, liberada de su tormento. Dejó claro que la decisión de abdicar era suya y solo suya; que la mujer a la que amaba había intentado hasta el último minuto convencerle de que tomara un camino distinto; que su hermano, el duque de York, ocuparía su lugar en el trono «sin interrumpir ni dañar la vida y el progreso del Imperio. Y [añadió Winston Churchill] cuenta con una bendición incomparable, que tantos de vosotros disfrutáis pero que no se me ha concedido a mí: un hogar feliz con su mujer y sus hijos». El rey mencionó a continuación, sin duda con desazón, cómo los ministros de la Corona «y en particular el señor Baldwin» le habían tratado siempre con la máxima consideración. Y concluyó:

> Ahora me retiro de los asuntos públicos, y dejo a un lado mi carga. Quizá pase algún tiempo antes de que regrese a mi tierra natal, pero siempre seguiré los destinos de la raza y el Imperio británicos con el mayor interés; y si en algún momento del futuro puedo ser útil a Su Majestad desde un puesto anónimo, no le decepcionaré. Pero, ahora, ya tenemos todos un nuevo rey. Desde lo más profundo de mi corazón le deseo a él y a vosotros, su pueblo, la mayor felicidad y prosperidad. ¡Dios os bendiga! ¡Dios salve al rey!

Con los Rogers, Wallis escuchó la retransmisión en el salón de Lou Viei. Ella dijo que se encontraba tranquilamente apesadumbrada, pero Katherine Rogers le contó a su amiga Fern Bedaux que en realidad a Wallis le dio un berrinche, gritaba con furia y rompía cosas. Odiaba la idea de la abdicación. Habría querido ser la amante del rey y mantener a su marido; habría querido ser poderosa sin soportar las cargas del poder y la agonía de sentirse culpable. Educada como tantos estadounidenses en la creencia de que cualquier ambición es posible y de que el mundo estaba a sus pies, había conocido, escribió, «los posos de mi taza de fracaso y derrota». Había descubierto que

un primer ministro, un gabinete y un Servicio Secreto de Inteligencia resueltos a acabar con ella no le habían dejado ninguna posibilidad, ninguna esperanza de supervivencia. Además, durante el resto de su vida la acusarían de haber destruido al monarca y de haber derrumbado su gobierno. Sabiendo todo eso, se fue a su habitación sola a pasar una noche muy dolorosa.

11 EXILIO

El duque de Windsor, como sería conocido desde ahora, aunque el título no fue anunciado públicamente hasta mayo, mantuvo una última reunión con su madre y sus tres hermanos varones; la reina María se mostró, como siempre, magníficamente contenida, pero el duque de Kent estaba visiblemente alterado y llegó a decir en un momento: «Esto es una locura». Le disgustaba profundamente la idea de no volver a ver a su hermano durante un plazo incalculable. Cuando el nuevo duque de Windsor iba a dejar la casa, recordó sus modales y se inclinó ante el nuevo rey.

El duque tuvo dos visitas de última hora. La primera fue la de Winston Churchill, quien le dedicó una cálida despedida. La segunda fue la del conde Grandi, quien le expresó la simpatía del gobierno de Italia. De ninguna de estas dos visitas quedó constancia en la prensa de ningún país; le fueron reveladas al autor por el conde Grandi en 1987.

El viaje, con Ladbroke al volante del Buick, hasta Portsmouth para tomar desde allí el *ferry* nocturno a Boulogne se vio alargado debido a la climatología, cada vez más adversa. El duque se entretuvo hablando con Monckton, que le había solicitado poder viajar con él hasta el muelle, acerca de los preparativos que se habían hecho en la Europa continental. También leyó una carta de su cuñada Isabel, duquesa de York, que había estado enferma pero que, a pesar de todo lo que odiaba a Wallis, le deseaba lo mejor. Y le contó a Monckton cuánto quería a su madre; no reflejó ninguna amargura en su voz a pesar de la actitud que había mostrado ella respecto a la mujer a la que él amaba.

La niebla, algo de llovizna y repentinos chaparrones retrasaron la llegada del vehículo al puerto de Portsmouth. Ladbroke pasó por delante del buque insignia de Nelson, el Victory, que se había convertido en una atracción turística, y se dio cuenta de que se había perdido. Cuando buscó la entrada correcta, la Puerta del Unicornio, el duque señaló varios barcos a Monckton, mientras contaba detalles de sus historias. Siguieron conduciendo, buscando el buque Fury, que en el último momento había reemplazado al Enchantress;

según varias versiones, este barco había sido rechazado debido a las desafortunadas asociaciones de su nombre[22].

El duque embarcó en el Fury acompañado por el comandante Ulick Alexander, administrador de los gastos privados de la familia real, a quien se había encargado que se ocupara de los asuntos económicos del duque, y por su nuevo ayuda de cámara, sir Piers Legh. Fue recibido a bordo por el comodoro de la flota, el almirante sir Williams Fisher, y otros dos almirantes. En su camarote, el duque se despidió de su secretario privado, sir Godfrey Thomas. Después, tomó las manos de Monckton entre las suyas; nunca había tenido un amigo tan fiel.

El barco zarpó a las dos de la mañana. El mar del canal estaba picado; el duque permaneció encerrado en su camarote. Fue recibido en Boulogne por el Orient Express, que había sido desviado especialmente para realizar este enlace. El revisor del tren, Roger Tibot, le saludó cuando subió; el duque había especificado que en esta ocasión no era necesario un vagón privado, sino sencillamente un compartimento de primera clase; afortunadamente este ardid, junto al desvío del tren, despistó a los periodistas. El duque le dijo a Tibot que no deseaba comer en el vagón restaurante e insistió en que el servicio de los coches cama le sirviera en el compartimento. El duque desayunó, comió y cenó de forma ligera y sencilla en bandejas que colocaba sobre las maletas que llenaban el espacio existente entre los asientos enfrentados. Esto agobió a Tibot, que estaba acostumbrado a que el anterior rey entrara en el vagón restaurante, después de que el resto de pasajeros se hubiera ido, para disfrutar de una comida exquisitamente preparada.

Mientras tanto, Wallis no estaba nada cómoda en Lou Viei, que le había gustado mucho más en 1928. La casa tenía más de seiscientos años. Los dormitorios de los invitados estaban en distintos niveles, y pasaba una antigua muralla de piedra entre los pisos. Los gruesos muros exteriores retenían la humedad del invierno mediterráneo. La sala de estar, que parecía oscura incluso en primavera y verano, era cavernosa, oscura y sombría a pesar de sus sillas tapizadas en cretona y los tiestos de plantas verdes sobre la mesa provinciana francesa. Había incluso, Wallis se enteró entonces, un fantasma: Herman juraba que él había visto al constructor original de la casa moviéndose como una sombra por pasillos y habitaciones. La residencia, que en una ocasión le había parecido un refugio radiante, cada vez le parecía más una lujosa mazmorra.

Los Rogers hicieron todo lo posible por animar a Wallis. Pero lo único que ella veía cuando miraba taciturna por la ventana eran cinco gendarmes y

tres policías británicos haciendo guardia, y más allá de la cuidada huerta de Herman, bajo la niebla y la lluvia, las laderas que descendían hacia Cannes. Incluso la comida era deprimente; la anciana pareja que ejercía de mayordomo y cocinera se esforzaban sin gran éxito en una cocina muy poco preparada. Wallis empezó a desear haber ido a cualquier otro lugar. Mientras tanto, su cocinero, su doncella y su chófer habían tomado el *ferry* a Dieppe con una docena de maletas y baúles, para viajar desde allí en coche hacia Cannes; llegaron dos días más tarde. Wallis se puso en contacto con Georges Sebastian, que se encontraba en Hammamet (Túnez), pero al final decidió no ir allí. Se enfadó mucho cuando al día siguiente llegó una avalancha de cartas, muchas de ellas amenazantes y algunas incluso advirtiéndola de que el plan de asesinarla no había sido abandonado. Como consecuencia, llamó al jefe de policía de Cannes para consultarle el tema. Él mismo se apostó a la puerta de su habitación, consciente de que, si algo le ocurría a ella, la desgracia caería sobre toda aquella zona. El 12 de diciembre Wallis escribió al duque contándole que había oído que existía «una organización de mujeres» que había jurado matarla. E insistió para que le suministrara protección permanente; desde entonces se encontró bajo vigilancia armada.

El duque siguió su camino y llegó a Viena en el Orient Express el 13 de diciembre. Allí fue recibido por el ministro británico en Austria, el genial sir Walford Selby, y por un grupo de periodistas que se comportaron con una reserva poco habitual. Entre ellos estaba Douglas Reed, más tarde autor del libro *Insanity Fair*, quien observó que, a pesar de todo, a sus cuarenta años, el duque seguía manteniendo una apariencia juvenil, inocente y apenas marcada por el tiempo y las tensiones.

Otra persona presente era el agregado Dudley Forwood, quien había conocido a Wallis y al entonces príncipe de Gales en Kitzbühel. A petición del duque, Forwood se convertiría pronto en su ayuda de cámara y secretario privado; mientras tanto, sir Walford Selby le había encargado los preparativos de la visita real. El duque quería continuar su camino al castillo de los Rothschild, Schloss Enzesfeld, de inmediato. Pero no era posible, porque el protocolo exigía que fuera a presentarle sus respetos al presidente Miklas. El duque cumplió esa tarea acompañado por Forwood; además, después de la visita al presidente, debía personarse en la embajada británica también para presentar sus respetos. Este ritual agotador seguía y seguía. Sir Dudley recordaba:

> Cuando informé al rey del último requisito, dijo: «¡Oh! Entonces, sería mejor que comiéramos con Miklas». Pero

existía un problema. Lady Selby era una buena anfitriona pero extremadamente tacaña. Independientemente de quién se tratara, sus invitados tan solo recibían una chuleta de cordero por cabeza. Yo estaba muy interesado en que las cosas se hicieran mejor en esta importante ocasión. Pero el chef había recibido la orden de suministrar un máximo de cuatro chuletas, algo que ya no podía modificarse. Al enterarse, el duque me dijo ¡que no era necesario que yo fuera al almuerzo!

Los Rothschild enviaron a su chófer para recoger al duque y su séquito y llevarlos a Enzesfeld. Dudley Forwood se encontraba entre ellos. El duque ya había estado en el castillo brevemente el año anterior, recuperándose de un mal resfriado. Forwood recordaba lo siguiente:

Regresé a Viena casi inmediatamente, pero tuve que volver al castillo porque habían surgido muchos problemas. El primero era que nadie en el séquito personal del duque hablaba alemán, aunque por supuesto él sí lo hiciera. Esto les dificultaba comunicarse con los empleados. El ayuda de cámara, el honorable John Aird, tuvo que marcharse, al ser llamado por el rey desde el palacio de Buckingham. El otro ayuda de cámara, sir Piers Legh, se quedó pero no se entendía nada bien con el duque. Era un hombre mayor, muy nervioso y tenso, horrorizado por la idea de la abdicación, nada comprensivo con la señora Simpson y disgustado por el hecho de no saber hablar alemán. Así que, en esta situación tan difícil, se me pidió que volviera como ayuda de cámara. Acepté de inmediato.

Forwood aprendió pronto el ritual de servir a «su señor», un término que aún utiliza en referencia al duque. Por la mañana, su ayudante debía despertar al duque, después de lo cual Forwood entraría en el dormitorio y le anunciaría el orden del día. Debía realizar una reverencia al hacerlo; y, en las ocasiones en las que no lo hacía, el duque le reprendía. Especialmente importante era lo relativo a la vestimenta real. Sir Dudley escribió que, cuando el duque jugaba al golf, usaba ropa de golf; no debía llevar ese atuendo en el almuerzo, debía ponerse un traje y una corbata; si deseaba trabajar en el jardín por la tarde, debía cambiarse de nuevo. Y, por supuesto, por la noche era obligatoria la etiqueta y, en las ocasiones especiales, el chaqué.

Pero, desde el principio, y a pesar de la importancia de los retos, Forwood mostró una dedicación absoluta al duque. En 1987, seguía sin soportar la mínima crítica a «su señor». Uno de sus recuerdos más vívidos de Enzesfeld es que el duque llamaba a Wallis varias veces al día. Se mostraba reacio a contenerse, desahogando con ella su angustia, cuando en aquella época de carestía las facturas de teléfono suponían el equivalente a un promedio de sesenta a ochenta libras a la semana; mientras hablaba con Wallis, miraba las docenas de fotografías de ella que se había traído de Fort Belvedere. Aunque estaban encantados de alojarle allí, sus anfitriones tenían sentimientos encontrados respecto a él, lo mismo que él respecto a ellos. Kitty Rothschild seguía siendo una mujer muy atractiva, pero el duque no la encontraba especialmente inteligente; siempre decía en broma que se había hecho protestante al casarse con su primer marido, católica al casarse con el segundo y judía con el tercero[23].

Wallis seguía sufriendo lo indecible. Le escribió al duque: «Se han rumoreado tantos escándalos sobre mí, incluso se ha dicho que soy una espía, que la gente me evita; así que hasta que cuente con la protección de tu nombre debo permanecer escondida». Le expresó su deseo de caer en el olvido, un deseo patéticamente fútil en aquellas circunstancias. También le contó que confiaba en que el amor que compartían ambos lograra vencer todos los obstáculos.

En Inglaterra, Emerald Cunard y sir Philip Sassoon renegaron de la pareja exiliada de inmediato. Después de que Stanley Baldwin realizara en la Casa de los Comunes una declaración hipócrita de comprensión y pesar, el 13 de diciembre el arzobispo de Canterbury emitió por la BBC un discurso moralista excesivamente largo, en el que hablaba, entre otras cosas, del antiguo monarca:

> Aún más raro y triste es que él haya buscado su felicidad de un modo incongruente con el principio cristiano del matrimonio y dentro de un círculo social cuyos modos de vida son ajenos a los buenos instintos de la gente. Dejad que sepan quienes pertenecen a estos círculos que hoy son reprendidos por el juicio de la nación que había amado al rey Eduardo.

Sus comentarios volvieron al arzobispo especialmente impopular, y no solo entre quienes seguían siendo amigos leales al duque. Su desagradable discurso le había hecho quedar como un clérigo lleno de superioridad moral pateando a un hombre desgraciado cuando este estaba en el suelo. Dos días

más tarde, la diputada laborista Ellen Wilkinson, tanto en la Casa de los Comunes como en un artículo publicado en el *Sunday Referee*, dio un paso más al decir:

> Se ha creado un creciente desasosiego acerca de las tendencias políticas que la rodean [a la señora Simpson], o quizá sería más justo decir de los grupos que han estado ejerciendo su influencia sobre el rey Eduardo para lograr sus propios objetivos. […] Encantado de esconderse tras la señora Simpson, había un grupo que no oculta su entusiasmo por las doctrinas políticas y sociales de una potencia no especialmente amistosa con Gran Bretaña. El primer ministro Baldwin describió recientemente lo que él consideraba una mentalidad política peligrosa: «el hecho de disfrutar del poder sin responsabilidad».

Como compensación al público (y quizá para evitar una demanda), la señora Wilkinson añadía que ella no quería decir que ni el duque ni Wallis fueran conscientes de lo que políticamente se estaba haciendo con ellos. Pero esto apenas suavizó los fruncidos ceños de las víctimas de su discurso y artículo.

Al mismo tiempo, cayó otro golpe más. Francis Stephenson, un empleado judicial anciano y desconocido, intervino en lo que parecía ser un procedimiento legal bastante sencillo para la concesión definitiva del divorcio. Afirmó ser capaz de demostrar el motivo por el que la concesión del divorcio debía detenerse. De qué información disponía, si es que tenía alguna, nunca se supo, ya que al poco tiempo se le hizo callar. Sin embargo, lo probable es que se hubiera enterado de lo colusorio del proceso. Wallis quedó sorprendida y asustada cuando conoció dicha intervención, y le escribió al duque: «Nunca pensé que el mundo pudiera presionar tanto a dos personas cuyo único pecado es quererse». Añadió que aparentaba tener cien años y que ya solo pesaba 55 kilos, y que Inglaterra la había convertido en una «ruina […]. El mundo está contra mí y solo contra mí». Se preguntaba si sobreviviría a aquel suplicio.

Wallis debía de estar preocupada por que se supiera la verdad acerca del acto colusorio en el divorcio de Spencer y que alguien probara que ella había nacido fuera de un vínculo matrimonial y no estaba bautizada, lo que impediría su matrimonio religioso con el duque, incluso aunque su matrimonio con Ernest se declarara nulo. Daba largos y absurdos paseos en coche por las carreteras llenas de curvas de los tres acantilados, dejando que

su melena al viento y las repentinas vistas del mar la distrajeran temporalmente de su agobio. Le alivió enterarse de que la tía Bessie iba a visitarla en Navidad.

En aquella época de soledad y pesar, Wallis por fin empezó a sentir algo de cariño por el duque. Las cartas que le escribía expresaban devoción y lealtad, aunque siguieran sin tener el apasionado afecto de las que él le dirigía a ella. En aquella época Newhold Noyes, que estaba casado con Lelia, la prima de Wallis de Wakefield Manor (Virginia), estaba publicando una serie de artículos en Estados Unidos (y poco después lo haría en Francia) basados en lo que Wallis y el duque pensaban que eran conversaciones privadas mantenidas en noviembre en Fort Belvedere y Cumberland Terrace. Los artículos eran en su mayoría halagos casquivanos sobre lo que le gustaba o dejaba de gustar a la pareja (Wallis odiaba los gatos; le encantaban las chimeneas y los vientos fuertes). Sin embargo, Wallis pensó que los textos constituían una invasión de su privacidad, y reaccionó de forma tan extrema ante ellos que le puso una demanda a Noyes.

Cometió un grave error. En lugar de contratar a un abogado francés respetable, se volvió de nuevo hacia el activista nazi Armand Grégoire. Este seguía siendo célebre; aún estaba en la lista del Deuxième Bureau y de la Sûreté como uno de los principales agentes nazis de Francia. Los archivos de espionaje sobre él actualmente depositados en los Archivos Diplomáticos de París y los Archivos Nacionales de Washington revelan que, a pesar de su posición como abogado prominente, con despacho en la Place Vendôme y una mujer muy conocida en la alta sociedad, Crystal, que había nacido en Estados Unidos, se encontraba bajo permanente vigilancia por parte de las autoridades. Francia vivía aún bajo el gobierno socialista de Léon Blum y, debido a una peculiar ironía, la cabeza del gabinete de Blum, monsieur Blumel, era el hermano de la letrada Suzanne Blumel, más tarde Blum[24], que sucedería a Grégoire años después como abogada de Wallis.

La situación estaba claramente controlada por Herman Rogers, que mantenía su posición como agente estadounidense; la decisión de Wallis de contratar a Grégoire aumentó las sospechas de los agentes del MI6 en la ciudad respecto a sus vínculos con los nazis. En resumen, tenía más problemas que nunca.

Las llamadas y las cartas continuaron. Y también las infinitas amenazas, lo que provocó que los Rogers tuvieran que cambiar su número de teléfono una y otra vez. Se produjo una desagradable nota al pie en un mes que ya lo estaba siendo de por sí cuando las noticias anunciaron que una antigua

vivienda de Wallis, situada en el número 212 de North Biddle Street, en Baltimore, había sido comprada por un abogado que planeaba convertirla en museo.

En Austria, el duque viajaba con frecuencia a Viena, tanto para recibir tratamiento en el oído por parte del profesor Neumann como para renovar su antigua amistad con el canciller Schuschnigg y el presidente Miklas. Ahora que ya no ocupaba el trono, tenía cuidado de restringir sus conversaciones con estos hombres a las meras convenciones de sociedad. También recuperó su amistad con el inteligente y sofisticado ministro estadounidense en Austria, George Messersmith, quien desde su primer día en Viena había elaborado, a través de una red de contactos de la inteligencia y la continua interceptación de telegramas y llamadas telefónicas de otras embajadas, lo que había acabado siendo un detallado informe de vigilancia del duque. Durante la tarde del 15 de diciembre, este se levantó de su cama de enfermo, en la que le habían confinado el grave dolor de oídos y un fuerte dolor de cabeza, para compartir una cena con Fritz Mandl. Mandl, marido y descubridor de la estrella de cine Hedy Lamarr, era un judío constructor de armamento que ya se había convertido en suministrador de Hitler a pesar de su origen étnico. El duque también conoció al hermano de Eugene Rothschild, Louis, a quien más tarde ayudaría a salir de Europa. Lord Brownlow había llegado entretanto desde Cannes con un montón de notas y recordatorios de Wallis, solo algunos de los cuales acabaron formando parte de la correspondencia publicada por Michael Bloch.

Dos problemas de suma importancia, distintos del aún tormentoso asunto de la separación, ocupaban la cabeza de Wallis y el duque. El primero era la cuestión de dónde vivirían una vez se hubieran casado. Se plantearon irse a la propiedad que tenía en Francia el duque de Westminster, que en una ocasión previa ya les había facilitado el uso de su yate. Pero no habría sido inteligente haber aceptado la idea: el duque de Westminster seguía teniendo vínculos nazis muy fuertes y célebres. El príncipe Roman Fancuszko les ofreció que se mudaran a su castillo de Polonia; y también comentaron la posibilidad de comprar la propiedad de 1600 hectáreas que tenía el conde Bela Zichy en Hungría. Ninguno de estos planes parecía práctico, pero sí hubo uno que la pareja se planteó en serio. Los Rogers dejaron caer la idea de que deseaban mudarse, al menos por un tiempo, al castillo de Candé de *Tour*, no lejos de París; el castillo era el hogar del magnate de los sistemas industriales Charles Bedaux, nacionalizado estadounidense, y su mujer Fern, natural de dicho país.

El segundo problema era el asunto de los ingresos que recibía el duque del presupuesto designado por el Parlamento, que se le otorgaban con la intención de mantenerle acomodado durante el resto de sus días. A pesar de la aprobación verbal del nuevo rey, el asunto tardaría varias semanas o meses en pasar por el comité necesario. Y no existía garantía de que, pasado ese tiempo, se aprobara el arreglo. De momento, aunque él lo mantenía en secreto, el duque conservaba la sustanciosa cantidad de dinero que había salvado del ducado de Cornualles. Pero ni siquiera dicha generosidad sería suficiente, dado el nivel de vida al que estaba acostumbrado, para mantenerle de forma indefinida. En algún momento de esta época Wallis estuvo de acuerdo en renunciar a las 300 000 libras que él le había destinado, cambiándoselo por una renta de 10 000 libras anuales mientras viviera. Sin embargo, el duque seguía inquieto, obsesionado como siempre por el dinero. En Londres, su fiel Winston Churchill nunca dejó, ni entonces ni en los siguientes meses, de presionar de forma reiterada para que se le concediera el dinero. Como miembro del comité que otorgaba el presupuesto a la Casa Real, Churchill hizo todo lo posible por ignorar las objeciones del resto. Él aún se veía a sí mismo, y lo seguiría haciendo siempre, como el segundo padre o el tío cariñoso del duque.

Los periodistas seguían aferrados de forma incansable tanto a Schloss Enzesfeld como a Villa Lou Viei. En esta última, Wallis se obligó a sí misma a realizar una torpe aparición una tarde, dando una breve rueda de prensa en la que dijo pocas cosas interesantes. Se sentía pedaleando en el agua, consumida por el aburrimiento y la soledad, incapaz de dormir. Ella disfrutaba con el protagonismo, la publicidad y la admiración y no podía soportar la idea de ser odiada como pocas mujeres lo habían sido en la historia. Apenas le supuso alivio enterarse de que una figura de cera de ella ataviada con un vestido de noche simbólicamente escarlata ocupaba ya una sala del museo de Madame Tussaud en Londres. Los visitantes advertían que sus ojos de cristal violetas, sorprendentemente realistas, miraban de forma hostil a los del arzobispo de Canterbury.

Aumentaron también los problemas menores. El duque llamó a Wallis frenético para contarle que su amado Slipper había sido atacado por los perros del barón Rothschild y que había tenido que llamar a un veterinario para que se ocupara del animal. Cuanto más se aproximaban las Navidades, menos humor tenía para disfrutar de esas fechas. Las pilas de cartas que se amontonaban en su mesa superaron incluso a las de Wallis. Cuando puso un anuncio para contratar a una secretaria, se presentaron ochocientas mujeres

para el puesto. Finalmente escogió a una, dirigiéndose a ella entre estornudos y un dolor de cabeza que iba empeorando mientras bebía un vino tinto caliente especiado con clavo, azúcar y canela.

Cuando Wallis se iba de compras, la prensa y el público volvían su excursión imposible. Su sombrero blanco y su abrigo de armiño eran fácilmente reconocibles cuando iba a caminar por el paseo marítimo de Cannes, y tenía que huir de regreso al coche. Tampoco mejoraban las cosas en Inglaterra: a La Voz de su Amo, compañía que tenía la patente real para reproducir los discursos, John Reith le prohibió publicar la grabación del discurso de abdicación. Las copias piratas se vendieron de forma imparable en Estados Unidos y la Europa continental.

El 19 de diciembre, la tía Bessie llegó por fin a Lou Viei; Wallis la abrazó llorando. Era un reencuentro emotivo, largamente anhelado. Mientras, el duque se ocupaba de los preparativos navideños. Le envió a Wallis una capa de visón; ella le mandó a cambio un abrigo de zarigüeya. Recuperado ya de su resfriado, volvió a su costumbre de realizar ejercicios de gimnasia matutina y a jugar al golf y a los bolos, e incluso intentó cantar a la tirolesa en una pequeña cena celebrada en el bar y el comedor recién construidos. Y se mostró encantado cuando el infeliz Slipper, que había estado tumbado en su diminuta caseta, se recuperó repentinamente de sus heridas y despertó a toda la casa para contarles que había acorralado con éxito y matado a un gran ratón gris. Pero su humor cambiaba rápidamente. Se volvió a deprimir en su soledad cuando, el 22 de diciembre, escribió a Wallis contándole la angustia que le suponía la idea de seguir separado de ella otros cuatro meses. Los diez días que había pasado en el castillo casi le habían vuelto loco debido a su lentitud y monotonía. Le contó que solo vivía por sus conversaciones de teléfono nocturnas, que sin el invento de Alexander Graham Bell la vida le resultaría insoportable. Se quejó de los periódicos, crueles e inhumanos; y también le habló de la crueldad de la vida misma. Ese mismo día el duque escribió a la tía Bessie, contándole que las dos últimas semanas habían sido «una pesadilla».

El día de Nochebuena, Wallis decidió ignorar a la prensa y se abrió camino acompañada de los Rogers a través de una multitud entusiasta hacia el casino Palm Beach de Cannes. La versión oficial fue que había permanecido en casa. Aunque no pusieron árbol de Navidad, se habían esforzado mucho en decorar la casa con acebo y mimosas. Como desagradable regalo de Navidad a la pareja, el palacio de Buckingham publicó el anuncio de que sesenta empleados de Sandringham que habían sido despedidos por el duque habían

sido restituidos en sus antiguos puestos de trabajo. El duque asistió a misa en Viena el día de Navidad, acompañando a George Messersmith. Sir Walford Selby se encargó de la primera lectura, y el duque leyó, con aquella excelente voz que conservaba matices de los acentos estadounidense y *cockney*, los primeros veinte versículos del segundo capítulo del Evangelio de San Lucas. Él y Wallis intercambiaron llamadas de teléfono. La tarde siguiente el duque fue acosado por cientos de niños mientras repartía juguetes en Enzesfeld. Parecía alegre, entusiasmado y en buena forma física cuando salió a la calle bajo la intensa nevada.

Durante las Navidades, el duque bombardeó al rey con llamadas a Sandringham, según sir Dudley Forwood, ofreciéndole consejos fraternales sobre cómo comportarse como monarca. Aunque esto no fue particularmente bien recibido, la familia real, independientemente de lo que pensara de los consejos o de Wallis, no dudó en transmitirle al duque su amor y sus más afectuosos pensamientos. Sin embargo, el coste de las llamadas del duque, que se extendían durante horas, preocupaba mucho a los Rothschild. Kitty Rothschild le dijo a George Messersmith: «Eduardo no tiene sentido del dinero, ¿sabe? Nosotros no estamos entre los Rothschild ricos y estas llamadas de teléfono me llenan de consternación». Un mensaje navideño añadió combustible al fuego prendido por los enemigos del duque: el de su amigo Lloyd George, antiguo primer ministro de Inglaterra, que se encontraba de vacaciones en el Caribe. Lloyd George había visitado a Hitler y admiraba al Führer hasta la obsesión; tan intenso era el apoyo nazi que le rodeaba en Inglaterra que el Servicio Secreto de Inteligencia les vigilaba a él y a sus amigos día y noche.

En la noche de Navidad, Wallis, por invitación de su fiel amiga Sibyl Colefax, que había permanecido leal durante la crisis, fue con los Rogers a cenar a Villa Mauresque, donde Somerset Maugham, entonces en la cima de su fama como novelista y dramaturgo, les recibió con su célebre sonrisa de cocodrilo. La noche se volvió algo embarazosa por las interrupciones alcohólicas de su «secretario», su amante borracho Gerald Haxton. Al ser preguntada después de una partida de *bridge* por qué no había usado el rey de corazones, Wallis contestó: «Mis reyes no ganan bazas. Solo abdican». Wallis no se mostró especialmente amable con su anfitrión, ni él con ella. Pero este tenía algo en común con ella y con Herman Rogers: los tres habían estado implicados en tareas de inteligencia, Maugham en la Primera Guerra Mundial.

El 1 de enero de 1937 la tía Bessie escribió a Corinne Murray, la prima de Wallis, que había regresado a Pensacola (Florida), para contarle su estancia en

Lou Viei: «Los sucesos del mes pasado son demasiado importantes para que mi débil mente pueda hacerles frente», le decía. Después le contaba que Wallis tenía buen aspecto pero que estaba «demasiado delgada, por supuesto», y que debería ganar tres kilos. Deseaba que los periódicos dejaran de perseguirla; había tantas cartas que responder que la propia Bessie debía encargarse de algunas, como esta, en lugar de ella. Pero sí se dio cuenta de que los turistas habían dejado de cotillear a través de las puertas; solo los más curiosos seguían rondando.

También el día de Año Nuevo, el duque escribió a Wallis una vez más para expresarle su angustia y su tensión debido a la separación. Esa noche, al llamarla por teléfono, sollozó como un niño y, después de que él finalmente hubiera colgado, Wallis, muy emocionada, apresuradamente le escribió una nota en la que decía: «No puedo soportar oírte llorar».

A pesar de que avanzaba enero, la preocupación de Wallis por que el divorcio no le fuera concedido no cesaba. El duque estaba tan ansioso e irritable que ni siquiera iba a los clubes nocturnos de Viena, ni al Rotter Bar. El 21 de enero, *Fruity* Metcalfe telefoneó desde el Grand Hotel de Kitzbühel para advertirle de que tal vez se acercara a Schloss Enzesfeld y se quedara una temporada. El duque accedió imprudente. A Wallis la consumían los celos.

El duque se fue a esquiar con Fruity a Semmering; Metcalfe escribió en las cartas que le enviaba a su mujer lady Alexandra a Londres que el duque estaba tan entusiasmado y alegre como un colegial. Seguía siendo tan insomne como siempre, y rara vez se acostaba antes de las cuatro de la mañana, y mantenía a Fruity, cuyas cartas de la época conservan una calidad intensa, ocupadísimo.

Durante todo enero, Wallis siguió escribiendo al duque, y continuó quejándose de su situación de desterrada y objeto del escándalo internacional. Nunca dejó de refunfuñar por lo mal que, según ella, el rey estaba tratando al duque. El aburrimiento y la notoriedad la estaban desgastando cada vez más profundamente. En su desesperación llegó a recurrir a un astrólogo suizo, pero su horóscopo solo la deprimió aún más al profetizarle muchos más obstáculos.

El 27 de enero Wallis escribió al duque contándole que le afligía el hecho de que Baldwin no permitiera a los duques de Kent y al duque de Gloucester ir a visitarle al castillo. Acusó a Baldwin no solo de arruinar las relaciones familiares sino también de seguir humillando al duque.

Eugene Rothschild se fue a París la tercera semana de enero, para transferir la mayor parte de sus fondos a los bancos parisinos, pero Kitty no se marchó hasta el 2 de febrero, día en el que el duque ni siquiera tuvo la amabilidad de levantarse de la cama a despedirse de ella y agradecerle todas sus atenciones.

El 3 de febrero Wallis escribió al duque transmitiéndole su desazón ante el comportamiento del rey Jorge VI, al que acusaba de ser una mera marioneta del gobierno que había desplazado a su amado del trono, usándola a ella como «herramienta necesaria». Le expresaba su enfado por el hecho de que su próximo matrimonio con el duque no se mencionara en el *Court Circular*; esto suponía una decepción porque aún era reacia a la idea de ser despojada de dignidad y de unirse a «los innumerables aristócratas que vagan por Europa sin significar nada». Quería que el duque escribiera al rey explicándole por qué él no debía ser tratado como un desterrado y ella merecía un título nobiliario. Además revelaba su disgusto con la familia real entera por negarle a ella un grado de dignidad.

No fue hasta el 3 de febrero que el duque realizó una aparición pública en un evento social, asistiendo, junto a Messersmith, los Selby y la señora Miklas, a un concierto que daba la joven soprano australiana Joan Hammond. La elección del programa fue, cuando menos, desafortunada. Un lied de Hugo Wolf se titulaba «En el retiro», y contenía las frases «Déjame en paz, ¡oh!, mundo, permite que mi corazón se quede solo con su dolor y su dicha». «Dedicatoria», de Richard Strauss, empezaba: «Sabes, alma querida, que lejos de ti sufro. El amor hace enfermar mi corazón». Y de lo más inoportuna fue la canción «El pequeño extranjero», de Cyril Scott. En ella, la protagonista declaraba que había llegado a Londres desde un país muy lejano para «prender fuego al Támesis». Al duque, que ya se encontraba muy incómodo, el remate final le llegó en la canción «Las verdes colinas de Somerset», en cuyo estribillo se decía: «Ya no caminaremos más por tus verdes colinas, nunca más».

Dos días más tarde, la princesa real, la amada hermana del duque, y su marido, el conde de Harewood, viajaron de Londres a Enzesfeld. Según el *New York Times*, el motivo de la visita era discutir el futuro económico del duque. Baldwin seguía mostrándose inflexible en que el duque no recibiera cantidad alguna del presupuesto que el Parlamento destinaba a la familia real. La princesa y su marido habían ido a comunicarle esta desagradable decisión y a intentar aliviarle la fiebre. Cuando llegaron, el duque almorzó con ellos en el hotel Bristol y les llevó a visitar varios museos. Consternado por la noticia

de que se le habían congelado los ingresos, le recordó a la princesa real que aún poseía Balmoral y Sandringham y que no los liberaría hasta que se le pagara. Refiriéndose al antiguo palacio de los emperadores austriacos, dijo con amargura: «En el peor de los casos, siempre podría ganarme la vida enseñándole a la gente Schönbrunn». Les dio a su hermana y su cuñado una visita guiada por el desmoronado edificio, mostrándoles el carruaje para ponis del príncipe heredero Rodolfo, quien mató a su amante y se suicidó después en un célebre doble asesinato. También les enseñó a sus parientes los apartamentos para trabajadores con los que ya había hecho pasar vergüenza a sus amigos fascistas de Viena dos años antes.

En febrero, una serie de cartas angustiadas enviadas por Wallis al duque ponen de manifiesto su extremo nerviosismo acerca del resultado de la investigación llevada a cabo por el procurador de la Corona en relación con el divorcio de Ernest. Una de sus cartas, fechada el día 7, era especialmente confusa y embrollada, y transmitía bastante pánico. Quería que el duque intercediera ante el rey sobre el asunto, lo que era obviamente imposible. Le echaba la culpa de todo lo sucedido a la reina, a quien ella insistía en llamar «duquesa de York». («Toda la culpa es de su mujer, que nos odia a ambos»). Queda claro por esta y otras cartas que Wallis sabía que no era ni mucho menos seguro que se le concediera el divorcio; y podía revelarse que mantenía algún tipo de relación sexual con el duque. Si ella (como afirma Michael Bloch, editor de las cartas completas) hubiera mantenido una relación casta con el duque, sus cartas habrían tenido un cariz completamente distinto, basado en la seguridad de que nadie podría acusarla de adulterio.

El 12 de febrero Wallis, sintiéndose un poco mejor, hizo su debut social de 1937 en la Riviera en una fiesta de gala que daba Henry Clews (hijo), un famoso millonario de la alta sociedad neoyorquina. El evento, celebrado en el casino Palm Beach, fue animado por un alboroto producido cuando algunos turistas que se habían colado trataron de fisgar a través de las cortinas que protegían la mesa en la que estaban sentados Wallis y los Rogers con sus anfitriones. Ataviada con un espléndido vestido negro de encaje y un collar de perlas, Wallis bailó dos veces con el propietario del casino, el griego Nicolas Zographos.

Al día siguiente, la princesa real y el conde de Harewood se fueron de Viena en tren. La princesa lloraba; el duque gritó enfadado a unos cámaras que intentaban fotografiar al grupo, situado en el andén, y la policía requisó e hizo añicos las cámaras. Se creía que en el último momento los Harewood habían intentado convencer al duque de que rompiera con Wallis. Como era

de esperar, dicha sugerencia fue rechazada de forma abrupta. Pero sí lograron persuadirle de que pospusiera su boda hasta que hubiera pasado la coronación. Y se vieron obligados a informarle, después de hablar con Londres, de que aún no había acuerdo con respecto a sus perspectivas y provisiones económicas. Le dijo a Messersmith que había sido tratado «vilmente». Que el duque tenía la idea de regresar a Inglaterra y apropiarse del trono queda patente una vez más en una frase de una carta que le escribió a Wallis con fecha del 18 de febrero: «Regresaremos con todo nuestro esplendor antes de lo que pensamos».

En Londres, Joachim von Ribbentrop apareció en el palacio de Buckingham para presentar sus credenciales como embajador ante el rey y transmitirle los mejores deseos de parte de Hitler. Habló con el rey de los apartamentos para trabajadores de Alemania y de las reformas sociales; la conversación fue amistosa y cordial. Al final de la reunión, Ribbentrop realizó el saludo nazi delante del monarca. Es evidente que el propósito de Hitler era obtener el apoyo de la familia real británica independientemente de cuál de sus miembros ocupara el trono.

El día 24, el duque de Kent llegó a Viena desde Múnich. Los dos hermanos visitaron juntos varios museos y el palacio de Schönbrunn, y el duque de Kent se quedó durante varios días. Lord Brownlow llegó desde Londres el día 26; allí no le habían tratado bien porque había apostado por el caballo perdedor. Le dijeron que no solo no se le nombraría ayuda de cámara del nuevo rey, como él esperaba, sino que se le consideraba persona non grata en la corte; el resto de los caballeros abandonaban el bar de su club cuando él llegaba. Se iba a prohibir que apareciera su nombre en el *Court Circular*. Cuando preguntó al lord chambelán, lord Cromer, si había sido rechazado como un empleado deshonesto sin recibir notificación alguna, se le dijo que su suposición era correcta. El hecho de que hubiera acompañado a Wallis constituía el golpe de gracia a su carrera, y posiblemente a su vida social.

Al mismo tiempo, aumentaban los rumores en Londres y el sur de Francia de que Wallis de alguna manera se había llevado las esmeraldas que le había legado al duque su madre, la reina Alejandra. Se suponía que o bien se las había sonsacado al rey o bien este las había recuperado de la joyería Garrard de Londres como atención hacia ella. No era cierta ninguna de las dos suposiciones: las esmeraldas eran producto de la imaginación colectiva. Lo cierto es que, cualesquiera que fueran las joyas que había dejado la reina Alejandra, se habían dividido entre los miembros femeninos de la familia y nunca habían estado a disposición del duque. Pero la historia, que perduró

hasta hace muy poco tiempo, cuando fue finalmente desmentida por Leslie Field, aumentó la histeria que parecía acompañar cada movimiento de Wallis.

El duque de Kent había llegado a Viena con malas noticias. Se vio obligado a comunicarle al duque de Windsor que no existía ninguna perspectiva de que recibiera dinero alguno del presupuesto que el Parlamento destinaba a la familia real. Esta noticia, sumada a las que le había traído su hermana unos días antes, sumió al duque en un estado de enfado y profunda depresión. Él y Wallis discutieron el tema durante horas por teléfono, gritándose el uno al otro noche tras noche.

El 2 de marzo Wallis asistió a su primer desfile de moda en un año; el capitán Edward Molyneux mostraba su colección de primavera en Cannes. Compró trece prendas entre vestidos y trajes, de las que una era un vestido de noche en crepé satinado azul grisáceo, con una chaqueta que abrochaban tres botones enfrentados; el artículo más caro que compró era un abrigo de zorro plateado realizado a partir de diez pieles dispuestas de forma longitudinal. Se lo puso para asistir a otra fiesta en el chalé de Somerset Maugham ese fin de semana.

El miedo a que la asesinaran se intensificó en marzo. Wallis recibió otra carta amenazadora, y había vuelto a ser avisada por parte de Kenneth de Courcy de la existencia de una organización que estaba decidida a acabar con ella y que recibiría una buena suma por su asesinato.

Se hablaba de que Wallis y el duque se mudarían a Estados Unidos, y el duque incluso comenzó unas negociaciones preliminares para comprar Cloisters, una inmensa residencia en forma de castillo propiedad del señor y la señora Sumner A. Parker a las afueras de Baltimore. Aquello no llegó a nada. Finalmente, el día 9, Wallis se marchó con los Rogers al castillo de Candé, propiedad de Charles Bedaux; la acompañaron su doncella, Mary Burke, y veintisiete maletas. Almacenó el resto de las posesiones que había traído de Inglaterra en Villa Lou Viei. Charles Bedaux se encontraba en Estados Unidos en ese momento, alojándose en su apartamento de la Quinta Avenida; Fern Bedaux había cancelado un viaje a Londres y se afanó incansable durante más de una semana en los preparativos para recibir a su célebre huésped. Un ejército de sirvientes, que aumentaron su número con gente del pueblo, había limpiado el polvo, fregado y repintado el antiguo edificio sin descanso. El Buick, que había estado guardado en el garaje durante la mayor parte de las semanas previas mientras Wallis usaba el coche de los Rogers, subió majestuosamente la colina que conducía a la inmensa y arabesca entrada de pomos de acero del castillo. Cuando llamaron a la puerta,

esta se abrió chirriando y reveló un vasto vestíbulo en el que se alineaban veintidós empleados, todos ellos uniformados. Encabezándolos estaba Hale, el mayordomo inglés, vestido de forma impecable con un traje hecho a mano en Savile Row. Los lacayos vestían libreas en azul intenso y dorado, pantalones negros y zapatos de hebilla dorada. Las doncellas llevaban vestidos de seda negra hasta los pies con cofia y delantal de volantes, y el ama de llaves portaba una larga cadena de llaves. Los candelabros iluminaban desde el techo aquella tarde de miércoles húmeda y sombría. De los jarrones de cristal salían flores por valor de diez mil francos. Wallis fue acomodada en el propio dormitorio de Fern, que estaba decorado en seda de color marfil y satén y tenía vistas a los oscuros bosques y a la campiña.

Exhausta por el viaje, Wallis pasó su primer día descansando en su habitación. Cuando se decidió a salir de casa al atardecer, se puso a llover con tanta fuerza que tuvo que regresar de inmediato. Llamó al duque varias veces durante sus primeras veinticuatro horas allí.

Dio una rueda de prensa en la biblioteca, evitando con cuidado cualquier mención a sus planes de matrimonio. Preguntada, lo que era raro en aquellas circunstancias, por su punto de vista sobre la Guerra Civil española, en la que se enfrentaban las tropas fascistas y comunistas en un duelo mortal, fue lo suficientemente inteligente como para decir: «Lo siento por ambos bandos. Será la ruina de la preciosa España». Varios periodistas advirtieron que llevaba un anillo de compromiso con un enorme zafiro en el dedo corazón de su mano izquierda; parecía haberse cansado del anillo de compromiso de la esmeralda mongola que el duque le había regalado la noche en la que se le había concedido el divorcio de forma provisional en Ipswich o que prefería una joya cuyo color se acercaba más al de sus ojos.

Durante los siguientes días, Wallis se acostumbró al ambiente del castillo de Candé. Observaba todo lo que hacía Fern con el mayor de los cuidados; le dijo a Fern que el castillo era la casa mejor llevada en la que se había alojado nunca. Esta, una mujer alta, elegante y exquisitamente acicalada, de Grand Rapids (Michigan), había crecido en una familia muy acomodada y llevaba su casa con una habilidad soberbia. Era severa como jefa; si oía a una de las doncellas o de los sirvientes hablar o reírse fuera de la cocina, el infractor era enviado inmediatamente a la zona de los sirvientes. Hale era un mayordomo quisquilloso pero muy hábil. De forma enérgica, y dando palmadas con frecuencia, daba órdenes a dos lacayos, las doncellas de las damas, la doncella del piso de arriba, la del piso de abajo y la que se ocupaba del fregadero; la única parte de la casa en la que no estaba al mando era la cocina. Esos eran

los dominios de Legros, que había sido *chef* del duque de Alba, uno de los principales financieros de Franco; a Legros se le consideraba virtualmente incomparable, y su cocina de tres estrellas habría estado a la altura de los mejores restaurantes de París. Después de la mediocridad de la cocina elaborada por la pareja que atendía a los Rogers, Wallis pudo por fin comer algo decente.

Bedaux y sus arquitectos habían modernizado el castillo, cubriendo los muebles con piezas de lino estampadas del siglo XVIII que se habían encontrado enrolladas en el desván al comprar la casa a los anteriores propietarios, unos aristócratas franceses venidos a menos. También habían instalado nuevas cañerías y calefacción, mediante grandes hornos situados en el sótano. El cuarto de baño de Wallis disponía de toalleros térmicos recubiertos de platino y una enorme bañera equipada con grifos de oro. Incluso había una fuente dorada en la que mantenían fresco el pescado recién comprado, porque los peces se compraban vivos en el castillo de Candé.

Las cenas que se celebraban en el castillo eran íntimas pero formales y con mucho estilo. Se ponían dos manteles: el primero era un mantel de oro; el segundo, de encaje fino de Bruselas. El efecto era precioso; el oro brillaba a través del encaje y bajo la refulgente luz de los candelabros. Las comidas las servían Hale y los lacayos de librea. La porcelana grabada y la plata eran de la mejor calidad. Cada invitado recibía el menú escrito en caligrafía y colocado en un pequeño soporte de plata que encontraba delante. Si a Hale no le caía bien alguien, giraba la bandeja que le ofrecía desde la izquierda para que al invitado le tocara el peor trozo de ave o pescado; y nunca le servía vino sin que se lo hubiera pedido específicamente. Las piezas de ave se traían a la mesa «vestidas» (con las plumas puestas) para que todos pudieran verlas y tocarlas. Después se cocinaban y servían.

Tras la cena, en las ocasiones más íntimas, Hale ponía discos de música para bailar. En los eventos más numerosos, Marcel Dupré, el mejor organista de la época, tocaba el enorme órgano de teclados sobrepuestos que había en la sala de estar, cuyos tubos de bronce se hallaban escondidos bajo paneles de roble y en el que la música de Bach y Haendel emergía a través de una rejilla. A veces Fern Bedaux llevaba a sus invitados a un pequeño pabellón de la planta baja, una dependencia diminuta más que un pabellón de caza. Allí, Wallis y sus amigos jugaban a las cartas o enrollaban la alfombra y bailaban al ritmo del gramófono de cuerda. Fern siempre se quedaba a un lado, nunca participaba. Wallis no podría haber estado más contenta en este ambiente tan

suntuoso. Incluso sus gustos más caprichosos habían sido satisfechos finalmente.

Mientras tanto, el 18 de marzo, por fin avanzó algo el tema del divorcio. El procurador de la Corona, sir Thomas Barnes, anunció que el tribunal se ocuparía del caso al día siguiente. Sir Boyd Merriman, presidente del tribunal, vería el asunto a las diez y media de la mañana. El fiscal general sir Donald Somervell se presentaría para informar del resultado de las investigaciones conducidas por el procurador de la Corona. Sorprendentemente, no se exigió la comparecencia ni de Ernest ni de Wallis. Ella fue incapaz de dormir esa noche, pero en realidad no debería haberse preocupado. Somervell anunció que no había encontrado razones para realizar una intervención y que no había base jurídica para pensar que el divorcio era un acto colusorio. El juez preguntó si Francis Stephenson, el empleado que había presentado una demanda por las irregularidades en el proceso, se encontraba allí. Stephenson contestó que así era. Bajito, regordete, de bigote gacho y gris, admitió haber emprendido una medida legal el 9 de diciembre. Sin embargo, confirmó que ya no tenía ningún motivo por el que mantener la demanda y pidió que se eliminaran los cargos originales del expediente. Preguntado por los periodistas al salir del edificio por el motivo de haber emprendido la medida legal inicialmente, les soltó: «¡Pueden seguir preguntándoselo! ¡Váyanse! ¡Tengo mejores cosas que hacer!». Parece obvio que se le había encomendado la tarea de interrumpir el divorcio, pero se había tenido que retirar debido a sus sentimientos de súbdito leal. La ironía, por supuesto, es que el divorcio sí era de hecho un acto colusorio; lo increíble es que nadie fuera capaz de demostrarlo.

Aún pasaría algo de tiempo hasta que fuera concedido el divorcio de forma definitiva. Sin embargo, Wallis se quedó muy aliviada al saber que desde entonces ya no existirían grandes obstáculos. El duque estaba igualmente complacido con la noticia, pero seguía tan intranquilo e inquieto como siempre; después de haber echado virtualmente a Kitty de su casa, ahora le agobiaban los problemas de llevar Schloss Enzesfeld y comenzó a hacer planes para mudarse a otro sitio. Para marzo, las cartas que el duque enviaba a Wallis se habían vuelto casi histéricas. «¡Que Dios maldiga a esas brujas inglesas que se atreven a insultarte!», escribía. Sir Walford Selby y Dudley Forwood le encontraron una nueva residencia; un pequeño hotel llamado Appesbach House, cerca de St. Wolfgang, en la región austriaca llena de lagos de Salzkammergut. Tenía una playa privada, un pantalán, una pista de tenis y una gran vista del lago y las montañas. En las semanas previas el

duque había contratado a no menos de diecisiete empleados, entre los que había varias doncellas y un ayuda de cámara, dos tercios de los cuales estaba obligado a despedir ahora. Tenía un fuerte dolor de muelas y había hecho traer en avión al doctor Sumner Moore de Wimpole Street para que se ocupara del problema. Su dolencia en el oído también seguía molestándole a pesar de los numerosos cuidados del doctor Neumann. A su humor apenas le ayudaba el hecho de que Winston Churchill siguiera tropezando en Londres con todos los obstáculos imaginables en el tema económico. El 22 de marzo, el duque escribió a Wallis diciéndole que un día se vengaría «de todos esos canallas [de Inglaterra]» y les haría darse cuenta de «lo asquerosos y antideportivos» que habían sido con él.

El día 31 Wallis escribió al duque, atacando una vez más a su «miserable hermano» y sugiriéndole que, si este seguía tratándole así, proclamara ante el mundo entero el maltrato que estaba recibiendo. Aconsejó al duque que hiciera que el rey «se avergonzara de sí mismo, si era posible».

El 28 de marzo el duque recibió una despedida de Enzesfeld en forma de procesión de antorchas. Los niños del colegio, seguidos de miembros del cuerpo de bomberos y de la policía, marcharon por el pueblo y llegaron hasta el castillo portando antorchas y cantando al unísono, regalándole un concierto de música tradicional de la zona. A la mañana siguiente el duque condujo hasta St. Wolfgang. Le acompañaban sir Godfrey Thomas y Dudley Forwood. Al llegar a Appesbach House, el duque salió al balcón de su dormitorio y, nostálgico, se quedó mirando las montañas cubiertas por el velo de la niebla primaveral matutina. Le acompañaba su nuevo cairn terrier, Schnuki; a Slipper ya se lo había enviado por tren a Wallis. Pasó los días siguientes subiendo montañas con Forwood y visitando los monasterios locales y la residencia de verano del fallecido emperador Francisco José. Le apasionaba el paisaje teutónico y le fascinaban las reliquias de los Habsburgo. Aún intentaba entre bambalinas la restauración en el trono austriaco del archiduque Otto.

El 8 de abril Slipper, que tenía tendencia a perseguir ratas y ratones, se extravió en el campo de golf cercano al castillo de Candé y resultó fatalmente herido por una víbora. «Ya no podrá asistir a la boda su principal invitado», escribió una angustiada Wallis al duque. Él respondió con amabilidad, diciéndole: «Esta mañana se me rompe el corazón de tristeza, querida». Ambos estaban devastados con la pérdida; Wallis no podía soportar la idea de enterrar al animal, así que Herman Rogers se hizo cargo de ello. Lady Mendl y su amante Johnny McMullen bajaron hasta el castillo a consolar a

Wallis[25]. Esta tenía además otros problemas: Fern se había ido a París y Londres para realizar la visita que había pospuesto por recibir a Wallis, y esta no estaba del todo cómoda viviendo con la única compañía de los empleados. Además, estaba perpleja por el asunto de su partida de nacimiento. Durante un mes acosó a la tía Bessie para que le consiguiera algún certificado de cualquier tipo, como exigía la legislación francesa, pero obviamente no aparecía ninguno. Finalmente, la emprendedora tía Bessie encontró una solución. Se pondría en contacto con el joven médico Lewis M. Allen, al que habían enviado rápidamente a Blue Ridge Summit para que se ocupara del parto. Este firmó una declaración jurada de la fecha y hora del nacimiento de Wallis.

El 25 de abril, el número 212 de East Biddle Street (Baltimore) fue abierto como museo. El dormitorio de Wallis fue exhibido de forma prominente; ciento cincuenta personas entraron en grupos de seis a cotillearlo después de subir por la estrecha escalera. Parece ser que no se conservaron los muebles originales; tan solo la cocina, con su estufa de carbón, era más o menos la misma. La receta de los *popovers* de manzana, manuscrita por Wallis, fue colocada en una estantería sobre ella.

Wallis se puso furiosa cuando se enteró de que en el museo se mostraba una figura de cera de ella, con el vestido de novia con el que se había casado con Ernest Simpson; este se lo había robado a ella y su amiga Mary Raffray se lo había vendido a los propietarios del museo a través de una agencia de su amiga Gloria Vanderbilt; y, para ahondar más en la herida, se la mostraba arrodillándose ante el rey Jorge y la reina María, sus peores enemigos. Cuando un periodista le preguntó al copropietario del museo si aquello era un santuario de la duquesa de Windsor, este le soltó: «Los santuarios son solo para Dios y los santos. ¡Y la señora Simpson no es ni una cosa ni la otra!». Cuando Thelma Furness le contó esto a Wallis (y admitió que se había llevado un porcentaje de la venta del vestido robado), Wallis le contestó: «Pero ¿quién se cree este hombre que es? ¿El arzobispo de Canterbury?».

Al duque le perturbó la publicación en la editorial de William Heinemann del libro titulado *Coronation Commentary*, escrito por Geoffrey Dennis. El duque afirmaba que en aquel libro se le calumniaba, incluso a pesar de que leído hoy parece completamente inofensivo. De hecho, demandó a la editorial a través del despacho de George Allen, con la intención de que el libro fuera retirado del mercado. Al mismo tiempo, Wallis retiró su demanda contra Newbold Noyes, marido de su prima, en relación con los artículos publicados

por este en la prensa francesa y estadounidense. Armand Grégoire seguía siendo su abogado.

El 14 de abril, Wallis escribió la más reveladora de cuantas cartas le enviara al duque. Afirmaba, refiriéndose al rey: «Bueno, ¿a quién le importa?, dejemos que lo expulsen del trono». No hay duda de que también expresaba este tipo de ideas en sus cenas de la Riviera, asegurándose la permanente desaprobación por parte de muchos en palacio. Leída junto a las amenazas, vertidas por el duque en una carta previa, de regresar a Inglaterra y recuperar el trono («Regresaremos con todo nuestro esplendor antes de lo que pensamos»), y sus planes, que pronto serían anunciados a un periodista de Londres, de instaurar una república en Inglaterra con él de presidente y Wallis de primera dama, es evidente que su afirmación, considerada una traición viniendo de un ciudadano británico, no puede tomarse a la ligera.

A finales de abril, lord Wigram anunció a Winston Churchill que el rey le había garantizado personalmente que se ocuparía de los ingresos del duque en el futuro. A Lloyd George se le aseguró lo mismo. Como consecuencia, ni Churchill ni Lloyd George llevaron el asunto ante el comité encargado del presupuesto que el Parlamento destinaba a la familia real. El duque quedó muy aliviado al enterarse de la noticia. Pero aún debía afrontarse un problema. La ley británica exigía que las bodas de sus ciudadanos celebradas en el extranjero tuvieran lugar en un consulado local, no en una residencia privada. Por otra parte, sería virtualmente imposible encontrar a un sacerdote anglicano que celebrara la ceremonia. En esta época, además, las investigaciones realizadas por los detectives contratados por Baldwin debían haber establecido ya que Wallis había nacido fuera del vínculo matrimonial y que no existía certificado de bautismo; además, según la ley británica, el matrimonio no podía tener lugar hasta pasados seis meses de la concesión del divorcio. Sin embargo, Wallis siguió insistiendo en sus planes. Como no podía salir y enfrentarse a los periodistas, les pidió a varios diseñadores parisinos que le enviaran sus últimas creaciones para que las tomara en consideración para su ajuar. Escuadrones de ayudantes de modistos se desplazaron para mostrarle una extraordinaria variedad de trajes de mañana, tarde y noche. Entre los que le enviaron sus vestidos se encontraban Schiaparelli, Mainbocher y Chanel. Finalmente decidió darle a Mainbocher la autorización para que la vistiera para la boda; sus competidoras aportarían el ajuar.

Mainbocher llamó al color de su vestido de boda «azul Wallis». Dispuso de un total de sesenta y seis vestidos, entre los que se incluían varios de un

diseño atrevido, por no decir vulgar, con estampados de langostas y mariposas sobre fondos blancos o plateados. Estos contrastaban de forma intencionada con su imagen de persona de exquisito gusto en todas las ocasiones.

Gran parte de la preocupación que muchas de las personalidades más importantes sentían acerca del asunto Windsor fue expresada en una nota confidencial, enviada desde el palacio de Buckingham y escrita por Alexander Hardinge a sir Robert Vansittart. Fechada el 1 de mayo de 1937, decía:

Querido Van:

Como te comenté durante nuestra charla de ayer, al rey le pidieron instrucciones ambos [embajadores], Phipps y Selby, acerca de la actitud que debían adoptar en su relación con el duque de Windsor y la señora Simpson, una vez que estos se hubieran casado.

Deseaban saber cuáles eran los deseos de Su Majestad con respecto a su mantenimiento, ya fuera oficial o privado, y a su participación en ceremonias oficiales de cualquier tipo.

El rey es consciente de que en el futuro sus representantes pueden encontrarse con problemas de este tipo con muy poca antelación y sería deseable, en opinión de Su Majestad, en todo lo posible, que se les dieran instrucciones por adelantado.

El rey por tanto te agradecería que tuvieras la amabilidad de hacerle llegar alguna sugerencia sobre el modo de tratar con las diferentes situaciones que, en tu opinión, sea probable que surjan.

Vansittart respondió el 4 de mayo:

Muchas gracias por tu carta fechada el día 1 sobre el duque de Windsor.

Estoy completamente de acuerdo con el rey, si con todo el respeto puedo decirlo, al pensar que S. A. R. debería recibir tanta orientación como fuera posible en un asunto del que no existen precedentes y que está plagado de toda fuente de problemas posible.

Dicho esto, no me extenderé sobre la dificultad de dar un consejo apropiado ni acerca de la vaguedad de las sugerencias que me considero capaz de realizar en estas circunstancias.

Tal como están las cosas, se dividen en dos categorías: (1) oficiales y (2) privadas. En cuanto al primer tipo (1): por ejemplo, cuando el duque y la (futura) duquesa estén presentes en una capital donde se ofrece una recepción oficial y surja la duda de si deben darse pasos para que sean invitados. Debo decir que el único camino que puede seguirse es que los representantes de

S. M. pidan instrucciones en cada caso, para lo que tendremos por supuesto que consultarte.

En cuanto al segundo tipo (2), mi impresión es que estos casos deben dejarse a la discreción de quien se encuentre al cargo en cada momento, con la opción, por supuesto, de pedir consejo si lo necesita […]. Lo que creo que deberíamos evitar, si es posible, es una situación en la que el duque le pida a un embajador o ministro que él y su mujer puedan realizar una visita. Creo que no es probable que surja esta situación. Podría dar lugar a ideas equivocadas, sobre todo si tuvieran lugar durante la estancia entrevistas o contactos con personalidades políticas […]. Como línea general, Eden cree que nuestros representantes deberían tratar al duque de Windsor y su mujer como lo harían con un miembro de la familia real que estuviera allí de vacaciones; pero si estuviera previsto algo que diera a la visita un cariz más serio, nuestros representantes deberían necesariamente comunicárnoslo […]. En cualquier caso, precisamos instrucciones o confirmación por parte del rey.

Dos asuntos surgen de las veladas formas utilizadas por Vansittart en su escrito. El primero es que existía un temor real a que el duque y Wallis mantuvieran vínculos políticos perjudiciales mediante el uso de las instituciones facilitado por las embajadas de las diferentes capitales; el segundo, que entonces, como también más tarde, todas y cada una de las decisiones relativas a los Windsor venían directamente del rey. Solo me fue posible llegar a esta última conclusión en 1987, cuando tuve acceso a estas cartas, de importancia crucial.

El 2 de mayo los habitantes de St. Wolfgang se echaron a la calle para realizar una fiesta en honor del duque. Llevaron a cabo un elaborado desfile de historia local, con trajes regionales, y en la ladera de la montaña brillaba una esvástica gigante que parecía estar encendida. Cuando el duque preguntó con falsa ingenuidad por qué se usaba el símbolo nazi, le dijeron, sin duda con un toque de humor cínico local, «es una manifestación de nuestros sentimientos». El día 3, sir Boyd Merriman, sin más preámbulos, concedió el divorcio de forma definitiva en Londres. En cuestión de minutos, los periodistas se precipitaron a los teléfonos para llamar al duque a Austria. Él estaba encantado e inmediatamente hizo que sus empleados lo empaquetaran todo; sin esperar ni un instante más de lo necesario, se marchó por carretera a Salzburgo, donde se subió al expreso que iba a París. Lo hizo a las cinco menos cuarto de la tarde, portando en sus brazos dos regalos para Wallis, un ramo de Edelweiss y un *dirndl*, el traje regional austriaco. Su vagón privado estaba atestado con las diecisiete maletas que había rehusado meter en la

furgoneta de la mudanza; casi era imposible moverse. Le acompañaban su guardaespaldas, Storrier, y un sirviente; el resto de los empleados iría en otro tren. La declaración jurada del doctor Allen acerca del nacimiento de Wallis había llegado a través del cónsul francés a la legación británica esa misma tarde. También el mismo día, se había publicado en Londres el presupuesto que el Parlamento destinaba a la familia real, sin mencionarse en él al duque.

El 4 de mayo el duque llegó a Verneuil l'Etang, una pequeña ciudad cercana a París; sir Eric Phipps, ahora embajador en Francia, había arreglado que el Orient Express parara allí y que su primer secretario, Hugh Thomas, que tanto admiraba al duque, le recibiera en el andén. Se había vaciado la estación, y al equipo de cámara del noticiario y a los periodistas que habían traspasado el velo de secreto que rodeaba la llegada no se les permitió entrar en la estación. El duque abandonó el tren con su ayuda de cámara, el capitán Greenacre, el siempre presente Storrier y varios periodistas que habían viajado en el vagón adyacente. De muy buen humor, charló brevemente con los oficiales de la Sûreté que se encontraban allí para garantizar su seguridad y partió casi inmediatamente hacia el castillo de Candé, escoltado por un coche de policía y dos motos de la guardia móvil.

A las puertas del castillo esperaba una multitud cuando el duque cruzó la verja y abrazó a Wallis de forma entusiasta. Charles Bedaux había llegado una semana antes desde Nueva York. Fornido, orejudo, con el rostro de un boxeador profesional que hubiera recibido varias palizas en el *ring*, Bedaux se hizo querer inmediatamente por Wallis y el duque. Para ello usó el encanto, el carisma y la energía que le habían sacado de la penuria como trabajador anónimo en Nueva York hasta convertirse en un empresario millonario. Su muy controvertido «Sistema unitario Bedaux B» ayudó a aumentar la eficiencia en fábricas y oficinas, y había mejorado la gestión de un gran número de empresas importantes al tiempo que levantaba considerables críticas entre los miembros de izquierda más radical de los sindicatos debido a sus supuestos efectos agotadores. Aunque se le acusaba con frecuencia de filonazi, Bedaux no soportaba a Hitler ni a Mussolini más que al presidente Roosevelt o a Stanley Baldwin. Era el prototipo del hombre de negocios aventurero, pragmático e internacionalista de la época, que cruzaba todas las fronteras e ignoraba las guerras, entendiéndolas como inconveniencias temporales, y que hacía negocios con cualquiera que quisiera hacerlos con él. Su compañía alemana había sido confiscada, y en ese momento se encontraba en proceso de recuperarla. En el transcurso de sus esfuerzos, se había hecho

amigo de otro internacionalista hábil, el culto e ingenioso Fritz Wiedemann, ayudante de Hitler y comandante en la Primera Guerra Mundial.

Fue en estas primeras semanas en el castillo de Candé cuando el duque, a través de Wiedemann, entabló un contacto directo con Hitler, y le preguntó si sería conveniente organizar una visita a Alemania para estudiar las condiciones laborales existentes allí. Que deseara llevar a cabo una misión así reflejaba un descaro y un desafío al palacio de Buckingham por parte del duque. Se comprendía que Ribbentrop fuera recibido, como era costumbre en el caso de los embajadores, por su hermano el rey y que Anthony Eden, que seguía siendo secretario de Asuntos Exteriores, llevara a cabo una política que no provocara al Führer; sin embargo, que cualquier miembro de la familia real se embarcara en una visita así a Hitler solo podía provocar el mayor nerviosismo en Whitehall. Los británicos seguían intentando ganar tiempo, confiando en reforzar su posición en términos de recursos militares mientras aparentaban no desaprobar el régimen nazi. Y se temía que, con lo resentido que estaba el duque, descubriera el pastel.

Al mismo tiempo, de forma precipitada escogió como destino para su luna de miel Schloss Wasserleonburg, situado en el sur de Austria y propiedad del conde Paul Munster, marido de Margaret (Peggy) Ward, emparentada a su vez con la antigua amante del duque, la señora de Dudley Ward. Munster, miembro del January Club que disponía tanto de la ciudadanía británica como de la alemana, estaba en la lista de vigilados por Vansittart. Parecía que el duque intentaba casi de forma deliberada captar el interés del Servicio Secreto de Inteligencia.

El duque pidió a sir Eric Phipps que solicitara al gobierno francés que garantizara una dispensa especial que permitiera al alcalde de Monts realizar la ceremonia civil en el castillo en vez de en el ayuntamiento a fin de minimizar la publicidad y la presencia de una multitud. Se aprobó. En Candé, Wallis y el duque, con dormitorios situados discretamente en extremos opuestos del castillo, pasaban el tiempo jugando al golf y a las cartas, y charlando con sus anfitriones. Ahora que ya se habían reunido, daban la impresión de ser muy felices a ojos de cualquier observador. Sus anfitriones les dejaron solos durante varios días, permitiéndoles disfrutar al uno de la otra en solitario. Incluso posaron para los fotógrafos en el césped y charlaron de forma relajada y graciosa con los periodistas.

12 LA BODA DE LA DÉCADA

La coronación del rey Jorge VI y la reina Isabel fue fijada para el día 12 de mayo. Por supuesto, sería imposible que el duque de Windsor y su amante asistieran. El 7 de mayo, el duque y Wallis realizaron su primera excursión fuera del castillo. Fueron seguidos por reporteros con cámaras hasta la población de Semblançay, donde los periodistas se encaramaron de forma temeraria a los tejados, gritando y rehusando dar su brazo a torcer cuando la policía local les ordenó que bajaran. La pareja almorzó en una taberna y después continuó su viaje hacia Vendôme, donde se reunieron con el cónsul estadounidense George Tate en el Grand Hotel. Este le entregó a Wallis la declaración jurada del doctor respecto a las circunstancias de su nacimiento, documento que la prensa describió como «partida de nacimiento». Como si se estuviera mentalizando seriamente para una vida más responsable como hombre casado, el duque renunció a los licores fuertes y los reemplazó por vino.

Schloss Wasserleonburg se estaba preparando para la llegada de la pareja; se había dispuesto una nueva pista de tenis y el camino de entrada, lleno de baches, se estaba reparando con cuidado. Entre los que llegaron a Candé a felicitarlos estuvieron lady Brownlow, la señora de Ronald Greville, la señora de Richard Norton y el ayuda de cámara del duque, el capitán W. D. C. Greenacre, que acababa de volver de su permiso en Londres. Al día siguiente, Wallis completó los preparativos para modificar oficialmente su nombre, que volvería a ser Wallis Warfield. En su solicitud de la licencia matrimonial, se declaraba «soltera».

El duque aún mantenía la esperanza de que los duques de Kent y los de Gloucester y su hermana María asistieran a la ceremonia, y que el duque de Kent fuera su testigo. El 11 de mayo anunció finalmente su compromiso formal con Wallis, situando estratégicamente la rueda de prensa de Candé la víspera de la coronación de su hermano en la abadía de Westminster. Wallis exhibió la esmeralda mongola en su anillo de compromiso; el zafiro había

caído en desgracia. Mainbocher acudió junto a sus empleados para la tercera prueba de su vestido de novia.

La pareja había sido ya informada de que el gobierno francés, por motivos de cortesía hacia su contraparte británica, no permitiría que la boda fuera retransmitida por la radio. Cuando la CBS y la NBC solicitaron hacerlo, se les informó de que cualquier intento de introducir micrófonos en el castillo sería impedido por la policía. En la tarde del día 12, Wallis y el duque escucharon al discurso dubitativo de un rey Jorge ya coronado; fuera, una fuerte tormenta azotaba el castillo mientras el duque tejía un jersey azul para Wallis, manejando las agujas con rapidez. Ni Wallis ni el duque se sintieron motivados a celebrar el discurso con un brindis, como estaban haciendo millones de personas en todo el mundo. A medianoche llegó al castillo un telegrama que anunciaba que tía Bessie había zarpado en el transatlántico President Roosevelt. Lelia Barnett había cometido el error de regalarle un ejemplar de *Coronation Commentary* como regalo de despedida.

En los días siguientes, se planteó la duda de si Wallis recibiría el tratamiento de Su Alteza Real; el duque llevaba semanas dando la lata a palacio para conseguirlo. Walter Monckton hacía todo lo que estaba en su mano, y también Winston Churchill, pero sus esfuerzos resultaron fútiles. Se había decidido que el matrimonio sería nulo a los ojos de la Iglesia, que no reconocía el divorcio. El duque buscaba el anuncio de la boda en la *London Gazette*, que normalmente contenía las listas de bodas aprobadas por el rey. No hubo respuesta de palacio en este caso.

Wallis y el duque no dejaron de advertir un suceso de mal agüero ocurrido en Londres. El conde Grandi lo describía así en 1986:

> Sucedió algo que amargó mucho nuestra relación con Gran Bretaña. Como sabemos, el anterior rey había rechazado reconocer al emperador Haile Selassie justificando su decisión en que no quería provocar a Mussolini. Pero el rey Jorge VI invitó al antiguo embajador de Etiopía a la coronación. Cuando Mussolini se enteró, se puso furioso. De forma impulsiva prohibió a los príncipes del Piamonte, miembros de la familia real italiana, que asistieran. El gobierno británico interpretó este rechazo como una ofensa grave a la Corona de Inglaterra.

Los príncipes del Piamonte eran grandes amigos del duque de Windsor. A este debió de quedarle claro entonces que todo lo que había temido con

respecto a una eventual ruptura de relaciones entre Mussolini y el gobierno británico empezaba a hacerse realidad.

El 16 de mayo Wallis y el duque fueron invitados por sus amigos los Grafton W. Minot, personalidades de la vida social de Boston y Nueva York, a un castillo cercano. Durante la cena, cuando la anfitriona brindó por la feliz pareja, un rayo golpeó la instalación eléctrica de la habitación contigua, sumiendo en la oscuridad de forma ominosa a todos los presentes en el comedor. La noche siguiente Dudley Forwood zarpó hacia Inglaterra para recoger a la tía Bessie y acompañarla hasta el castillo.

El día 19, el duque visitó en París al presidente de Francia, a quien conocía bien del funeral por el asesinado monsieur Doumer y de un almuerzo en la residencia del presidente en Rambouillet. En la reunión, discutieron sus ideas sobre cómo mantener la paz en Europa.

Ese mismo día, llegó la decisión final del palacio de Buckingham, según la cual el rey y el primer ministro no permitirían a ningún miembro de la familia real británica asistir a la boda, lo que constituía un final deprimente a tres meses y medio de negociaciones. Por alguna razón, Wallis decidió que ella tampoco invitaría a ningún miembro de su familia, a excepción de la tía Bessie. Quizá pensaba que incluir a sus primas Corinne y Lelia, y a sus familias, resultaría una ofensa para Whitehall, y posiblemente sentía aún tanto desafecto hacia Newbold Noyes, el marido de Lelia, por sus artículos que no se habría planteado invitarlo a él.

La boda se fijó para el 3 de junio. Por lo que uno espera que fuera una lamentable casualidad, esa fecha coincidía con la del nacimiento del rey Jorge V. El 16 de mayo Wallis y el duque firmaron su contrato matrimonial, en el que se garantizaba la separación de bienes y que ninguno de los dos reclamaría nada al otro en caso de que se produjera un divorcio. Inicialmente, Herman Rogers anunció que no se realizaría ceremonia religiosa, solo un matrimonio civil que llevaría a cabo Charles Mercier, alcalde de la población cercana de Monts. Esta decisión, sin embargo, fue rápidamente revocada. Se habló de que el reverendo C. H. D. Grimes, rector de la Iglesia anglicana de Viena, oficiaría; el duque había realizado una lectura de la Biblia para él durante el mes de diciembre anterior. No obstante, el arzobispo de Canterbury intervino, y Grimes hubo de retirarse. El anillo de boda de oro galés, similar a los usados por varias reinas de Inglaterra, fue llevado desde París. Uno de los primeros en verlo fue el millonario Cornelius Vanderbilt (hijo), quien, en un gesto incongruente, declinó alojarse en el castillo, haciéndolo en su lugar en

una gran caravana estadounidense que había aparcado junto a la verja. La vulgaridad de esta acción no escapó a la atención de la prensa francesa.

El 25 de mayo, el alcalde Mercier ensayó con Wallis y el duque la ceremonia civil en el salón de baile del castillo. La pareja seguía sin disponer de un ministro religioso. Cuando un párroco de Liverpool se ofreció a presidir la ceremonia, el arzobispo de York se lo prohibió expresamente. La tía Bessie llegó con retraso al tener que permanecer en París debido a un resfriado y empezó a ir de un lado a otro del castillo con una energía sorprendente, lo que causó consternación entre los empleados. Incluso se atrevió a usurpar el poder supremo al omnipotente Hale.

La amiga de Wallis Constance Coolidge llegó desde Baltimore. En una carta escrita a una amiga suya estadounidense y fechada el día 28, decía: «Nunca he visto a nadie tan feliz como el duque, está como un niño que acabara de salir de la escuela: alegre, despreocupado, sonriente y terriblemente enamorado». Durante el almuerzo, al que raramente asistía («Su Alteza Real te está haciendo un gran honor, Constance, ya que tiene por norma no almorzar nunca», le dijo Wallis), se quejó risueño del tiempo, que le había impedido jugar al golf, y dijo que no le había gustado alojarse con los Rothschild porque no le caía bien Kitty. Cuando Constance le preguntó si querría tener caballos, él contestó: «No puedo. Soy demasiado pobre. Pero una cosa que sí querría tener si dispusiera de un montón de dinero es un bonito yate».

Después de que tomaran el café, Hale y dos lacayos de librea llegaron con unas bandejas de plata completamente repletas de cartas. «¿Cuántas hay hoy?», preguntó Wallis. «Solo 450», contestó Hale. Los sobres contenían poemas, música, fotografías, insultos, amenazas y peticiones de cualquier cosa imaginable, entre las que se encontraba un par de zapatos descartados. El teléfono sonó cuarenta veces en dos horas. Representantes de Van Cleef & Arpels llegaron de París con bandejas de joyas, una caja de piedras preciosas, una caja de oro grabada que enviaba Hitler, un reloj de ónix y diamantes de Herman y Katherine Rogers, y lujosos regalos de Mussolini, Ciano y Alberto da Zara, de la época de China. La cena de esa noche, a la que asistió Randolph Churchill, estuvo compuesta de perritos calientes y cerveza de jengibre. Constance Coolidge escribió al respecto:

> [El duque] vestía el traje escocés del batallón Black Watch —falda negra y verde y una especie de camisa blanca—, muy elegante, y ella llevaba […] unas joyas: dos enormes hojas o plumas en el lado izquierdo de su vestido, una de diamantes y la

> otra de rubíes, pendientes de diamantes y rubíes, brazaletes de diamantes y rubíes y un anillo de rubíes […]. Después de la cena fuimos al salón […]. De repente [el duque] advirtió que la lazada de la chinela de Wallis se había desatado y se arrodilló y la ató. Me fijé en la cara de Randolph Churchill en ese momento, y su expresión era, cuando menos, divertida.

Cuando Constance se iba a acostar a la una y media de la madrugada, exhausta por la larga noche, Wallis y el duque llamaron a su puerta, y le anunciaron que habían ido a ver si se encontraba bien; se sentaron en el borde de la cama y empezaron a charlar de nuevo. El duque advirtió que la lámpara no estaba bien situada para la lectura, se puso a cuatro patas en el suelo y empezó a gatear, arreglando cables y enchufes hasta que la lámpara quedó mejor colocada. Era típico de su naturaleza infantil, algo que contrastaba con su sofisticación y astucia.

El 29 de mayo, la *London Gazette* imprimió el siguiente anuncio devastador:

> El rey se complace, por patente real del gran sello del reino, en relación con la fecha del 27 de mayo de 1937, en declarar que el duque de Windsor, a pesar del instrumento de abdicación ejecutado el día 10 de diciembre de 1936 y la Declaración de la Ley de Abdicación de 1936 de Su Majestad, por la que se da efecto a dicho instrumento, recibirá el título, tratamiento o atributo de Alteza Real para su uso y disfrute personal de forma que su mujer y descendientes, si los hubiera, no podrán utilizar dicho título, tratamiento o atributo.

Esta decisión se había aprobado en una reunión del gabinete. El primer ministro Baldwin había rechazado presidirla y en su lugar el secretario de Interior, sir John Simon, influyó mucho en el establecimiento de este desafortunado precedente. Al final de su vida, sir Dudley Forwood no olvidaba el momento en el que el duque fue informado de la decisión tomada por el gobierno británico (y su hermano, el rey):

> [Mi señor] apoyó su preciosa cabeza de cabellos dorados en mi regazo y sollozó sin consuelo. Le habían roto el corazón y, de alguna manera, nunca logró superarlo. Yo nunca había sido testigo de un pesar tan angustioso, ni siquiera por parte de los

familiares de un difunto, o de aquellos a los que les habían comunicado que les quedaba poco tiempo de vida.

Como deja claro el diario de Joseph P. Kennedy, quienes mayor influencia ejercieron en este asunto fueron las mujeres de la familia real: la reina madre, la reina, las duquesas de Gloucester y de Kent, y la princesa real, todas las cuales, por utilizar un término que escuchó Kenneth de Courcy, duque de Grantmesnil, consideraban a Wallis «una mujer de vida alegre», basándose en lo leído en el *dossier* de China. Se dice que la reina Victoria publicó un edicto en el que se especificaba que el tratamiento de Su Alteza Real solo podría ser disfrutado por parientes de sangre del monarca reinante, pero en realidad este edicto había sido ignorado en al menos dos casos famosos. Su Majestad la reina Isabel era plebeya cuando se llamaba lady Elizabeth Bowes-Lyon, pero recibió el tratamiento de Su Alteza Real cuando se convirtió en la duquesa de York. Lady Alice Montagu Douglass-Scott también adoptó el tratamiento cuando se casó con el duque de Gloucester. A día de hoy, no ha aparecido una documentación satisfactoria que aporte una base jurídica para que a Wallis le fuera negado el tratamiento; de hecho, ella y el duque pasaron el resto de su vida ignorando el anuncio. El duque insistía —en lo que para muchos era un grado de persistencia irritante— en que Wallis fuera llamada Su Alteza Real por todo el mundo y exigía que se le hicieran reverencias tanto en privado como en actos públicos. En muchos casos, las damas obedecían la orden solo para complacerle, plenamente conscientes de que su acción podría disgustar en palacio. A Wallis nunca le hizo una reverencia ningún empleado de las dependencias de la reina. Y a los miembros de las familias reales del resto de países se les prohibía también. En el papel con el que escribía sus cartas, Wallis utilizaba la insignia real, ya fuera una pequeña corona bajo un león rampante o dos W entrelazadas bajo una corona real. Ella y el duque opinaban que como esposa suya tenía derecho a utilizar la insignia real que deseara. Mucha gente estuvo en desacuerdo con la decisión. No fue hasta 1972 cuando el Colegio de Armas británico le autorizó oficialmente el uso de la corona real, y tan solo después de la muerte del duque.

«La boda será muy íntima», escribió la tía Bessie en una carta que le enviaba a Corinne a Washington el 31 de mayo. «Wallis se encuentra muy bien. Delgada pero espléndida, y está de muy buen humor». El día 30 Helena Normanton, del *New York Times*, preguntó con descaro a Wallis acerca de sus vínculos nazis. Wallis contestó, contradiciendo las palabras de Mary Kirk Raffray: «No recuerdo haber estado en compañía del señor Von Ribbentrop más que dos veces; la primera, en una fiesta celebrada por lady Cunard antes

de que él fuera nombrado embajador, y la segunda, en una gran recepción. Nunca estuve a solas con él y nunca intercambiamos más que unas pocas palabras, la habitual conversación social, eso es todo. La política no me interesa en absoluto». La señora Normanton no tuvo la osadía de cuestionar esta afirmación.

El día 1 de junio llegaron más invitados a la boda. Entre ellos estaban Hugh Lloyd Thomas, primer secretario de la embajada británica en París; lady (Walford) Selby; Walter Monckton; Fruity y Alexandra Metcalfe; Eugene Rothschild y su mujer; George Allen, y Dudley Forwood. En el último momento se encontró un sacerdote que oficiara la ceremonia: el reverendo R. Anderson Jardine, vicario de la iglesia de San Pablo en Darlington (condado de Durham). Aunque se ha afirmado que Bedaux sobornó a Jardine para que desafiara a su Iglesia dirigiendo la ceremonia, en realidad este se había ofrecido voluntario por carta. A pesar de las graves amenazas que realizaron su obispo y el arzobispo de York, se dirigió al castillo y comenzó a organizar los preparativos de inmediato. Cuando aún estaba en Inglaterra, Jardine se había puesto furioso al enterarse por la prensa de que no habría ceremonia religiosa; después de dejar el desayuno sin acabar, había dado vueltas de un lado a otro de la habitación, había salido al jardín y se había metido en una antigua tienda de campaña del ejército, donde se había arrodillado para rezar. Cuando se puso en pie, lo había decidido: escribiría a Herman Rogers para felicitar al duque y transmitirle que él estaba dispuesto a oficiar la ceremonia. Esa mañana de domingo, mientras dirigía los servicios infantiles, recibió un telegrama de George Allen pidiéndole que le llamara. Al día siguiente se reunió en Londres con Allen; este arregló su visado a una velocidad sorprendente y con el máximo secreto. A la mañana siguiente, Jardine se subió al tren que cruzaba el canal. Tras una breve estancia en París, fue recogido en la estación local por el chófer del duque, quien le llevó hasta el castillo.

Cecil Beaton ya estaba allí, sacando fotografías de Wallis y el duque. Los Rogers habían entretenido a Beaton después de la cena con películas de Pekín, el crucero en el Nahlin y la estancia de Wallis en Balmoral. El castillo se alborotó entero cuando Constance Spry, la famosa florista londinense, apareció con su ayudante para decorar la residencia con ramos de flores. Wallis lo observaba todo cuidadosamente; se encontraba visiblemente agotada por la tensión del acontecimiento. Pero el duque parecía estar en muy buena forma, además de bronceado y muy feliz. El reverendo Jardine llegó en el coche y los Rogers salieron a recibirle a la escalera de entrada. Mientras le

apretaba la mano, Rogers le dijo: «Gracias a Dios que ha llegado. Ahora ya tengo algo que contarle a la prensa».

Unos minutos más tarde, Rogers leyó a la multitud de reporteros tanto en francés como en inglés el sorprendente anuncio de que a continuación de la ceremonia civil se realizaría otra religiosa. Esto volvió las tornas de un engaño organizado por parte de la prensa, en el que el columnista Logan Glendenning aparecería de repente ataviado con una sotana y representaría una falsa boda para inmediatamente aclarar que se trataba de una broma pesada. Incluso se habían ensayado las fotografías de esta maliciosa tomadura de pelo. Quienes iban a representarla quedaron mudos ante el anuncio de Rogers.

George Allen fue el encargado de presentar a Jardine al duque y a Wallis. El duque, que llevaba una camisa con el cuello abierto y unos pantalones cortos, le dijo a Jardine: «¿Por qué no querían autorizar la ceremonia religiosa? Ambos somos cristianos […]. Usted ha sido el único que ha demostrado tener las suficientes agallas para hacer esto por mí». Jardine le dio un misal a Wallis; después todos comenzaron a buscar una «santa mesa» apropiada para sustituir al altar. En tan frenética inspección, alguien rompió una lámpara italiana. Finalmente, Jardine descubrió un arcón. El problema era que estaba adornado con figuras de regordetas ninfas desnudas que sujetaban una talla de imitación renacentista. Después de protestar contra la vulgaridad del arcón, Wallis logró encontrar una pieza de seda bordada de color crema en uno de sus baúles de linos con la que ella y Katherine se dispusieron a tapar el arcón para cubrir los ofensivos desnudos. George Allen llegó con dos candelabros, pero Wallis rechazó la idea, ya que estos debían usarse en la cena. Jardine preguntó si habría alguna cruz. Charles Bedaux contestó que él tenía varias, pero que en todas estaba la figura del crucificado. El duque sugirió que alguien se pusiera en contacto con la embajada británica o incluso con Londres para conseguir una cruz apropiada. Finalmente, Bedaux logró hacerse con una cruz lisa en una iglesia local.

También hubo que buscar los cojines reclinatorios en los que se arrodillaría la pareja. Beaton sacó fotos del duque en la habitación de Wallis y más tarde de la pareja. La sesión continuó después del almuerzo hasta bien entrada la tarde. Mientras el duque y Wallis posaban para las fotos de boda ante una ventana del torreón, llegó un mensaje de Walter Monckton en el que afirmaba que la última solicitud que le había hecho el duque a su hermano con respecto a que Wallis utilizara el tratamiento de Su Alteza Real había sido denegada.

Sin embargo, el duque se recompuso y siguió colaborando con Beaton. Cuando se fue aquella noche, Beaton descubrió, afligido, que un fotógrafo convencional del *Evening Standard* de Londres había publicado una foto antes que él. Forwood se encontraba bajo mucha presión por parte de los periodistas. En 1987, recordó que uno le había preguntado: «¿Usted cree que el duque ya se ha follado a la señora Simpson?», a lo que Forwood le respondió: «Yo no estaba con ellos en la cama». Los reporteros se rieron. Forwood continuó: «Hasta el último minuto, el duque confió en que sus hermanos, los duques de Kent y los de Gloucester, aparecieran, en que de alguna manera la familia real se ablandaría. Pero no fue así. Le hicieron mucho mucho daño».

Se celebró una cena previa a la boda. Todos los presentes se encontraban del mejor humor. Charles Bedaux se sentó en la presidencia y el duque en el extremo opuesto. Después de que se separaran un rato, los hombres a fumar puros y beber *brandy* y las mujeres a charlar de sus cosas, los invitados se volvieron a reunir en la biblioteca para escuchar un recital de Marcel Dupré. Aburrido como siempre por la música, el duque abandonó el recital, llevándose a Jardine, al que preguntó, con un sorprendente y profundo conocimiento del tema, por los problemas de la pobreza y el paro en Durham.

Por fin llegó el jueves 3 de junio. El tiempo era perfecto, «digno de un rey», dijo gran parte de la prensa, poco apropiadamente. A las siete de la mañana, un cordón policial tenía ya rodeado el castillo. También habían llegado muchos agentes de la Sûreté. El gobierno había prohibido que se sobrevolara la zona. El pueblo de Monts al completo se había alineado a lo largo de la avenida de pinos que conducía hasta la verja. Jardine fue a ver al duque a las siete y cuarto. Se encontraba, escribió Jardine, «tan feliz como un colegial». «Supongo que debería llevar un misal», dijo el duque, y salió corriendo a buscar uno que le había regalado su madre cuando era niño. Con lágrimas en los ojos, le mostró a Jardine el cariñoso mensaje que estaba escrito en él. Por el contrario, según recordaría más tarde lady Alexandra Metcalfe, Wallis mostraba una mirada dura, fría y apaciblemente triunfante ahora que el momento había llegado.

La ceremonia civil se celebró a las 11.42 de la mañana y solo se permitió a cuatro periodistas presenciarla. El regalo de boda del duque a Wallis era una diadema de diamantes. Él llevaba un chaqué negro con pantalones de rayas, con un clavel blanco en el ojal. Wallis parecía casi demasiado tiesa y formal en su traje azul con hombreras de Mainbocher. Llevaba las joyas a juego: broche, brazalete y pendientes de diamantes y zafiros. El miope alcalde

Mercier estaba extremadamente nervioso y el duque no dejaba de agarrarse los dedos tras la espalda.

A continuación se celebró la ceremonia religiosa. Sobre la santa mesa había dos candelabros, con sesenta y dos velas cada uno. Otros dos cirios flanqueaban el espejo de bronce dorado que quedaba detrás del improvisado altar. Marcel Dupré comenzó a tocar los compases de la marcha nupcial de *Judas Macabeo* de Haendel. Durante la bendición, tocó «O Perfect Love». Tan solo el «sí, quiero» del duque, excesivamente alto y agudo, rompió el sereno ambiente de la ceremonia. El anillo de boda[26] de oro galés convirtió a Wallis en la duquesa de Windsor. No hubo incienso, ni coro, ni pompa. Sin embargo, nadie que presenciara la ceremonia la olvidaría nunca.

Cuando Herman Rogers salió al porche a anunciar que la boda había acabado y la pareja se reunió con sus invitados para tomar un almuerzo en forma de bufé de langosta, ensalada, pollo y fresas, la anciana ama de llaves francesa tomó una botella de champán y la rompió contra la verja, en cumplimiento de una tradición local; dado su habitual sentido de la limpieza, a continuación barrió todos los cristales. Rogers logró que los periodistas le dieran su palabra de que no perseguirían a los recién casados hasta la estación.

En Inglaterra, el *Church Times*, los miembros de la Iglesia anglicana de San Pablo en Darlington y varias instituciones religiosas condenaron la acción de Jardine inmediatamente. Este regresó a casa en medio de una tormenta de críticas y, completamente leal a los duques, decidió en oposición a los extendidos reproches, abandonar su ministerio y marcharse a Estados Unidos, donde él y su mujer abrieron una modesta institución religiosa que bautizaron como Windsor Cathedral of Los Angeles. Fueron deportados de vuelta a Inglaterra en 1942 por quedarse más tiempo del que permitían sus visados.

Forwood nunca olvidó los hechos que ocurrieron a continuación de la boda. Los duques y su gran séquito se dirigieron en una caravana de vehículos a Laroche-Migennes para tomar el Simplon-Orient Express. Les acompañaban dos motoristas armados de uniforme y un coche repleto de gendarmes franceses. En otro iban los inspectores británicos. A continuación, les seguían los modistos, los lacayos, el interventor monsieur James, las doncellas de la duquesa y otros muchos. Como Forwood no había previsto que la escolta policial condujera a una velocidad reducida siguiendo su costumbre, había calculado mal el tiempo que llevaría llegar a tomar el tren. Le preocupaba el retraso y la posibilidad de que perdieran el tren cuando, para su desesperación, el duque anunció: «¡Vamos a parar a hacer un pícnic!».

Forwood no se atrevió a saltarse la jerarquía y avisar de que esta idea podría significar que perdieran el expreso. Obedeciendo la orden real, todos los coches se detuvieron y una procesión guiada por Wallis y el duque se adentró en el campo. El duque le dijo a Forwood que deseaba que se desatara a los perros de sus correas para que pudieran aliviarse. Forwood dijo que, si hacía eso, los animales podrían perderse. La duquesa estuvo de acuerdo con él.

El duque ordenó entonces a Forwood que llevara los perros atados a un campo de maíz y que, delante de todo el mundo, él levantara la pierna repetidamente para que los animales siguieran su ejemplo. Para cuando logró su propósito, se habían instalado mesas para lo que presumiblemente era un banquete real. Pero cuando monsieur James abrió las grandes cestas de pícnic, se descubrió que lo único que contenían eran melocotones. Debido a algún error en las cocinas del castillo de Candé, el resto de la comida había sido enviada al tren por adelantado y solo la fruta viajaba en la caravana real. Todos tuvieron que comer melocotones hasta que varias personas se sintieron empachadas. Podría haber sido una escena de las memorias del duque de Saint-Simon, cortesano de Luis XIV.

Para cuando este desagradable banquete hubo acabado, resultó evidente, incuso para el duque, que el Orient Express se habría ido sin el grupo. Todo el mundo se apretujó de nuevo en los coches, y los chóferes condujeron a una velocidad endiablada hacia la estación. Afortunadamente, a pesar del enfado de los pasajeros, el expreso había sido retenido. Después comenzó la laboriosa tarea de colocar a bordo las 266 piezas del equipaje real; el duque insistió en que cincuenta de ellas debían ir en su vagón privado, en el que apenas quedó sitio para moverse. El vagón resplandecía de rosas rojas y amarillas de un extremo al otro.

La salida del tren se retrasó aún más porque uno de los dos cairn terriers recién adquiridos se escapó y tuvo que ser recuperado. Además, con las prisas, la duquesa se había dejado el sombrero en el coche, y otro vehículo que traía numerosas maletas llegó tarde.

El Orient Express se detuvo en Venecia en su trayecto hacia Austria. Después de tantas restricciones en sus visitas a Italia debido a la sensibilidad del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, bajo Anthony Eden, los duques de Windsor estuvieron encantados de que fuera allí donde comenzara su luna de miel. El Ministerio de Asuntos Exteriores británico no había permitido al duque visitar Italia antes dado que esto no solo revelaría los vínculos italianos del propio duque, sino que además supondría un mensaje demasiado explícito de apoyo a Mussolini ante el resto del mundo. Sin duda,

tanto esto como el atractivo romántico de los canales de Venecia influyeron en la decisión del duque de parar allí. Una inmensa multitud les recibió en la estación realizando el saludo fascista, a lo que el duque respondió del mismo modo. Forwood recuerda que Mussolini había organizado una escolta de gala de góndolas para acompañar al grupo real hasta el Lido, donde fueron alojados en el hotel Excelsior. Los duques de Windsor pasaron tres horas y media de lo más concurridas en la ciudad. Resultaba evidente que eran muy populares en Italia. Los gondoleros los llevaron en una embarcación recién pintada por el Gran Canal; caminaron por la plaza de San Marcos, donde dieron de comer a las palomas; visitaron la catedral de San Marcos y el Palacio Ducal. Tomaron té en el Excelsior. Volvieron a subirse al tren a última hora de la tarde y, mientras se despedían, les llegaron cien claveles de Mussolini desde Roma. Por la ventana de su vagón privado, el duque realizó una vez más el saludo fascista.

El tren llegó a Arnoldstein (Austria), a las 11.45 de la noche del día 4. Docenas de jóvenes ataviados con los trajes regionales se habían acercado para dar la bienvenida al séquito real, pero fueron expulsados de forma grosera por la policía. En su lugar, los duques fueron recibidos por seis periodistas. Se bajaron del tren de un humor optimista, acompañados por Dudley Forwood, el inspector jefe Storrier y el inspector Attfield de Scotland Yard. Paul y Peggy Munster no habían ido, pero el Mercedes de los condes sí estaba allí para recogerlos. El chófer los llevó a través de una carretera empinada y peligrosa hasta el Schloss Wasserleonburg, que databa del siglo XV. El enorme edificio gótico de cuarenta habitaciones se levantaba enmarcado por la cara sur de una montaña. Cuando la pareja llegó a la enorme entrada de piedra gris, el duque se rio, cogió en brazos a Wallis y cruzó con ella el umbral hasta el vestíbulo, donde treinta sirvientes estaban esperándoles. La anciana ama de llaves les comentó que el hecho de que el duque no se hubiera tambaleado auguraba que serían muy felices.

El 8 de junio la pareja envió un telegrama a Hitler, agradeciéndole con retraso sus buenos deseos y el regalo recibido con motivo de su boda. Al día siguiente agradecieron a Winston Churchill y su esposa «la maravillosa vajilla» que les habían enviado como regalo de bodas. También les expresaron su admiración por el artículo publicado por Randolph Churchill sobre la boda en el *Daily Express*. Posaron felices para los fotógrafos; después enviaron una nota a George Allen preguntándole por Fort Belvedere. Este les contestó que se mantendría desocupado por un espacio de tiempo indefinido. Escenario de la supuesta filtración de documentos oficiales,

contaminado por la presencia de una mujer considerada completamente malvada por la Iglesia y la corte, el edificio había caído en un triste estado de deterioro.

El 20 de junio, los duques de Windsor llegaron a Viena y se alojaron en el hotel Bristol. Poco después, Sam Gracie, ministro honorario de Brasil en Viena, y su esposa británica celebraron una cena en honor de los duques de Windsor en la legación británica. Entre los invitados se encontraban un joven secretario de la embajada italiana y George Messersmith. Durante la cena, según Messersmith informó a Washington, Wallis habló de forma muy amarga de la prensa estadounidense. El duque estuvo pendiente de cada una de sus palabras. Fue entonces cuando tuvo lugar un suceso extraordinario.

A la hora del café, el secretario del canciller Schuschnigg apareció de forma inesperada. Llamó aparte a Messersmith y le dio un mensaje sellado en el que se afirmaba que había descarrilado un tren que iba de Alemania a Italia y que se habían encontrado en su interior proyectiles navales, enviados por el Almirantazgo de Berlín para que fueran usados por la Marina de Mussolini. Esta era una información confidencial de la máxima gravedad para Austria y Estados Unidos, países neutrales, porque demostraba que Alemania estaba suministrando armas a la maquinaria bélica italiana. Cuando Messersmith regresó a la fiesta de su encuentro con el secretario del canciller, el duque le preguntó por qué Schuschnigg había enviado a alguien para hablar con él. Como un tonto, Messersmith rompió la confianza y le reveló al duque el secreto de espionaje que le había sido transmitido. Poco después, Messersmith advirtió que el duque hablaba con el secretario de la embajada italiana, que abandonó inmediatamente la fiesta. Al día siguiente el agregado militar de la legación estadounidense le llevó a Messersmith un telegrama, interceptado y decodificado, que el embajador italiano, Prezziozi, había enviado al Ministerio de Asuntos Exteriores de Roma; decía que el duque le había revelado una información secreta relativa al descarrilamiento del tren y que «el gato [ya estaba] fuera de la bolsa por lo que respecta a los proyectiles navales». El duque había revelado a los italianos el hecho de que el gobierno estadounidense había obtenido información secreta sobre los vínculos entre nazis e italianos.

El 28 de julio, los duques de Windsor regresaron a Venecia en tren. Una vez más, los italianos los recibieron eufóricos; apenas fueron capaces de abrirse camino por el Gran Canal, ya que cientos de góndolas pululaban alrededor de ellos. Otras tantas se habían reunido en el Lido para verlos pasar

cuando entraran en el Excelsior. Al día siguiente les hicieron montones de fotografías tomando el sol y bañándose.

Para el día 7, los duques de Windsor habían vuelto a Wasserleonburg. Los planes para que visitaran la Alemania nazi seguían progresando. Detrás de ellos estaba el diplomático Fritz Wiedemann. Aparentemente anglófilo, Wiedemann defendía con firmeza la paz con Gran Bretaña para un futuro indefinido. Representaba al grupo existente en Alemania que apoyaba la idea de restaurar los poderes de la familia real alemana. Creía, tanto como lo hacía el duque de Windsor, en el fortalecimiento de las alianzas entre familias reales que se habían roto en la Primera Guerra Mundial. Políticamente moderado, no se entendía bien con los elementos más radicales del Partido Nazi, pero, no obstante, y a pesar de afirmaciones realizadas en sentido contrario, era un leal servidor del Führer. Mantenía vínculos fuertes en Londres, entre los que estaba su amante, la egregia medio judía y agente nazi princesa Estefanía Hohenlohe. Hitler tenía un sorprendente interés sexual por ella, a pesar de su origen medio judío; estaba dispuesto a pasar por alto sus prejuicios étnicos al emplear a ciertos fieles servidores del III Reich. Más tarde, le regalaría el castillo del productor Max Reinhardt.

Por lo tanto, fue Wiedemann, bajo instrucciones directas del Führer, y no Charles Bedaux, el responsable de organizar la visita de los duques de Windsor a Alemania ese otoño. El doctor Robert Ley, líder sindical del Reich, también colaboró en los detalles. Se convino con el duque, mientras este se encontraba en Austria, que todos los gastos ocasionados por el viaje serían sufragados por los fondos especiales del Reichsbank, banco controlado por Hitler. Huelga decir que el duque prefería que fuera así a tener que costearse él mismo el viaje.

El 19 de agosto, Charles Bedaux, que se encontraba en Budapest, llamó a Howard K. Travers, encargado de negocios de la embajada estadounidense, para reunirse con él. Bedaux le transmitió que actuaba en nombre del duque de Windsor y le dijo que al duque le gustaría estudiar la suerte de las clases desfavorecidas y deseaba «realizar un completo estudio de sus condiciones laborales en varios países». El tema parecía inocuo hasta que Bedaux, algo indiscretamente, añadió las siguientes palabras: «Con la intención de regresar a Inglaterra más adelante como héroe de la clase trabajadora». Esta fue una afirmación mortal, cargada de dinamita. Implicaba que el duque deseaba eclipsar al rey Jorge VI y volver a entrar en Gran Bretaña, probablemente en busca de un puesto político. Con el apoyo entusiasta de la gente en Europa y

Estados Unidos, confiaba en reunir de nuevo a sus numerosos seguidores en Gran Bretaña.

La afirmación que Bedaux realizó en su nombre fue filtrada a Londres después de que Howard Travers informara de ella en un memorándum «estrictamente confidencial» realizado para el Departamento de Estado estadounidense ese mismo día. Por aquella época, George Messersmith había regresado a Washington como ayudante del secretario de Estado a cargo de los Balcanes, y no hay duda de que, cuando recibió el documento el 10 de septiembre, lo remitió a las autoridades británicas correspondientes. Las consecuencias de esto afectarían gravemente al futuro de los duques de Windsor.

Existía otro motivo para que el duque deseara visitar Alemania, confirmado por sir Dudley Forwood. En sus propias palabras: «¿Por qué querían ir a Alemania? Tengo una opinión fundada. No fue para realizar un apoyo público a los nazis. Fuimos porque quería que su amada esposa experimentara lo que era una visita de Estado. Y el único modo de hacer posible una visita así era organizarla con Hitler». Sir Dudley no explica por qué una visita a Mussolini no habría sido igualmente posible, y quizá ligeramente menos peligrosa. Continuaba:

> Debe admitirse que, aunque el duque, la duquesa y yo no teníamos la menor idea de que los alemanes estuvieran cometiendo asesinatos en masa de judíos, ninguno de nosotros era contrario a las ideas políticas de Hitler. Todos pensábamos que el régimen nazi era un gobierno más adecuado que la república de Weimar, que había sido extremadamente socialista y bajo la cual Alemania podría haberse vuelto socialista, en lugar de nacionalsocialista, que para nosotros era el menor de ambos males.

El 2 de septiembre, sir Alexander Hardinge escribió a sir Robert Vansittart aclarando el estatus de los duques de Windsor:

> Su Alteza Real el duque de Windsor y la duquesa no deben ser tratados por los representantes de Su Majestad como si tuvieran un estatus oficial en los países que visiten. Por este motivo, al rey le parece que, salvo bajo instrucción específica, los representantes de Su Majestad no deben participar en la organización de entrevistas oficiales con ellos ni dar su

> consentimiento a la participación de ellos en ninguna ceremonia oficial.

Hardinge continuaba afirmando que era deseo del rey que a los duques no se les ofreciera permanecer como invitados en ninguna embajada ni legación. Los embajadores o ministros no debían recibir a la pareja en una estación y su paso por la embajada debía ser estrictamente privado e informal. La duquesa de Windsor debía ser colocada a la derecha del representante de Su Majestad en todas las ocasiones. «Debe evitarse cualquier cosa de naturaleza oficial».

El mismo día Vansittart escribió a sir Geoffrey Knox, embajador británico en Hungría, diciéndole:

> S. A. R. el duque de Windsor y la duquesa han de ser tratados de la forma en la que lo sería un miembro de la familia real que estuviera de vacaciones. Si surgiera cualquier cosa que pudiera dar a la visita un cariz más serio, debe informar al ministerio de forma inmediata. No está previsto que vaya personalmente a recibirlos a la estación, sino que envíe a un miembro de su legación de más antigüedad. Si dan la impresión de querer almorzar o cenar en la legación, no habrá problema en que los invite, pero debe evitar pedirle a ninguna figura políticamente prominente de Hungría que se reúna con ellos.

Los duques de Windsor llegaron a Hungría el 9 de septiembre para alojarse con Bedaux en el castillo Borsodivanka, propiedad de este. Para entonces, tanto Washington como el Servicio Secreto de Inteligencia volvían a estar vigilándolos de cerca. Messersmith no había olvidado el incidente de Viena, cuando el duque había filtrado el hecho de que él hubiera sido informado sobre el envío de armas de Alemania a Italia.

El día 14 Bedaux regresó a la legación estadounidense de Budapest, diciendo que Travers debía informar al Departamento de Estado de que el duque realizaría un anuncio público el 3 de octubre. En su declaración revelaría el hecho de que el duque y la duquesa visitarían Alemania por invitación de Hitler durante doce días, a partir del 11 de octubre, y que «el gobierno alemán [había] puesto dos aeroplanos y ocho automóviles a [su] disposición». El embajador británico en Berlín, sir Eric Phipps, sería informado ese mismo día. Los duques de Windsor zarparían con dirección a Nueva York en el barco de vapor alemán Bremen el 11 de noviembre, y el duque «agradecería ser recibido por el presidente para discutir aspectos de

bienestar social». En el memorándum que realizó para el subsecretario de Estado Wilson, Travers escribió: «[El duque] desea que [el plan de] su próxima visita se mantenga en secreto, pero enviará un telegrama al embajador británico en Washington al mismo tiempo que informe [al] embajador británico en Berlín, el día 3 de octubre. El gobierno británico no ha sido informado aún de las visitas propuestas, y él desea que estas se mantengan en la confidencialidad hasta el anuncio del 3 de octubre».

Mientras tanto, a pesar de la gran confidencialidad que pedía Bedaux, el duque informó a sir Roland Lindsay, embajador británico en Washington, que se encontraba de permiso en Inglaterra, que visitaría Estados Unidos. Lindsay, en un memorándum fechado ese día y dirigido al Ministerio de Asuntos Exteriores británico advertía de que podría existir un intento por parte del duque «para orquestar un regreso semifascista a Inglaterra halagando a la clase trabajadora en Estados Unidos».

Sir Robert Vansittart convocó a Lindsay al Ministerio de Asuntos Exteriores británico para mostrarle el archivo secreto sobre las actividades de espionaje de la duquesa. Lo que leyó allí le dejó horrorizado. Vansittart le dijo que se habían dado instrucciones a todo ministro y embajador británico del mundo prohibiéndoles que alojaran a los duques de Windsor, celebraran una cena en su honor o les presentaran oficialmente a nadie; en ninguna estación de tren podrían ser recibidos por nadie más importante que un tercer secretario. Solo se les daría «un pequeño almuerzo», un desdeñoso detalle final. Así de severo y dañino se había vuelto el contenido de los informes de Vansittart.

El grado de colaboración con los nazis (y de forma más enfática con los italianos) determinado por Vansittart era extremo, e iba mucho más allá de la mera simpatía o aprobación. Los duques de Windsor viajaron a Bucarest el 13 de septiembre. Estuvieron en Viena el día 14 y de allí continuaron a Checoslovaquia, donde se pusieron en contacto con miembros del Club de Deporte y Caza austriaco, de visita en el país. El 1 de noviembre del año siguiente el Dienststelle o Servicio Especial de Inteligencia de Ribbentrop le informaría de que el duque de Windsor era el presidente del club. Esta asociación de millonarios estaba considerada por el servicio de inteligencia de Ribbentrop como un colectivo peligroso e ilegal, y se encontraba bajo vigilancia de la Gestapo y la policía austriaca. El informe decía:

> En territorio alemán, en la región de Salzburgo, está situado el Schloss Mittersill, propiedad de la empresa Simag, perteneciente a la princesa de Lichtenstein. La anteriormente

> mencionada Simag ha prestado el castillo, así como el campo de golf y las pistas de tenis, al Club de Deporte y Caza.
>
> El duque de Windsor es el presidente de honor de dicho club. En su lista de miembros se incluye un buen número de representantes de las familias reales europeas, así como políticos extranjeros. La exclusividad del club puede juzgarse por el hecho de que la cuota de entrada es enormemente elevada.
>
> El club busca en este momento apoyos alemanes y de otro tipo. El comisario jefe de la policía local y las autoridades civiles de Salzburgo están interesadas en investigar las actividades del club por motivos de política interior y exterior, así como por razones ideológicas. Según un informe del profesor Lehotrich de Viena, una limpieza de las actividades del club será imposible sin el control absoluto de este por parte de Alemania. Como ejemplo, [un miembro de una familia real] ha huido recientemente de Viena por estar amenazado de arresto acusado de homosexualidad. En relación con el tema, el informe [de la policía] también acusa al duque de Windsor de bisexual.

Esa semana de mediados de septiembre, Wallis y el duque estaban en el castillo Borsodivanka de Charles Bedaux. El día 18, Cordell Hull, secretario de Estado estadounidense, envió un informe a Budapest a través de Hugh Wilson en el que afirmaba que el presidente estaría encantado de recibir al duque, pero el general Watson, secretario de Presidencia, añadió a mano la siguiente nota: «Asunto sujeto, obviamente, a consulta con la embajada británica en el momento oportuno». Raspó las palabras «que no desea que este asunto sea hecho público». El informe de Hull continuaba: «Es difícil e incluso de algún modo embarazoso tomar una posición definitiva al respecto hasta que este gobierno conozca la reacción de la embajada británica respecto a la visita propuesta». Hasta ahora, todos los cables relativos a este asunto se enviaron en código confidencial y bajo el sello «No debe ser distribuido». El asunto era explosivo: en vista de la popularidad del duque, el gobierno de Estados Unidos no quería dar la impresión de estar ofendiéndole, pero al mismo tiempo los archivos de seguridad sobre los duques de Windsor eran tan perjudiciales que Washington estaba nervioso por ofender a Whitehall si le organizaba un recibimiento. A todo esto no ayudaba mucho el hecho de que el duque deseara ser acompañado durante todo el viaje por un ejecutivo de

Eastman Kodak, compañía asociada de forma directa a su equivalente alemana por motivos comerciales. El 14 de septiembre Victor Mallet, encargado de negocios británico en Washington, se refirió a la propuesta de Bedaux en Budapest en un informe enviado a Eden:

> El duque ha dejado de ser noticia de portada por aquí, pero si viniera este otoño volvería a resucitar el tema a bombo y platillo. Lo que es más, el cuento de su simpatía por los mineros del sur de Gales y la consecuente ira del señor Baldwin, que aún se cree fervientemente en el medio oeste, será reavivado en la investigación que él ha planteado sobre la vida del estadounidense de clase trabajadora. Lo único que espero es que esta propuesta de viaje acabe en nada, pero le quedaré muy agradecido si me comunica cualquier noticia que tenga al respecto.

En los archivos que el FBI conservaba en Washington sobre los duques de Windsor, un informe extenso muestra que una agente secreta estadounidense llamada Helga Stultz, infiltrada como archivista en el nido de águilas de Hitler en Berchtesgarden, escuchó una conversación entre Hitler y Robert Ley, líder nazi en temas laborales, en la que discutían la próxima visita real a Alemania. Ley dijo que él había estado en contacto con el antiguo primer ministro británico partidario de la causa nazi David Lloyd George, quien había visitado recientemente al Führer para consultarle algunos aspectos, y que había hablado con él acerca del capital que podría obtenerse de la visita de los duques de Windsor.

Hitler le dijo a Ley que debía transmitirles a los duques de Windsor, y a Lloyd George, que la única esperanza para el futuro del mundo era que el duque de Windsor recuperara el trono con Lloyd George de primer ministro. Y añadía:

> Esto no sucederá a menos que se produzca una guerra. A pesar de que los británicos no desean luchar y no tienen estómago para hacerlo, creo que podrían tropezarse con ella. Si eso ocurriera, se derrumbarán en menos de un año. Dispondremos de nuevos gobernantes con los que negociar y estoy seguro (por las conversaciones mantenidas) de que Lloyd George nos devolverá nuestras colonias sin que se produzca ningún escándalo. Me prometió que estaría de acuerdo con eso.

El 30 de septiembre, Oliver Harvey, del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, envió un memorándum extenso a Vansittart acerca de la visita propuesta de los duques de Windsor a Alemania. El informe revelaba que el primer ministro pensaba que sería imposible impedir que el duque realizara la visita, pero que sí debían asegurarse de que los representantes del gobierno británico no tomaran ninguna medida que pudiera interpretarse como una aprobación. En el mismo informe, Harvey revelaba que el rey era consciente de que el gobierno alemán había organizado la visita y que en palacio se consideraba «de lo más inapropiado que el gobierno alemán se encargara de organizar una visita así sin informarnos». En palacio se pensaba que ningún miembro de la embajada británica en Berlín debía ir a recibir el tren real «para que no parezca que se está dando una naturaleza oficial por parte de Gran Bretaña a la visita de Alemania». Vansittart garabateó en el margen: «Estoy de acuerdo. Esta es una innovación monstruosa en su propósito de propaganda […]. Estoy de acuerdo con Alexander Hardinge. No hemos sido consultados y por lo tanto deberemos mantenernos al margen».

El 1 de octubre Vansittart escribió un memorándum a Hardinge confirmándole que «no puede hacerse nada para impedir [la visita] pero los representantes de Su Majestad no tomaran ninguna medida que pueda interpretarse como una aprobación de la misma». Y añadía:

> Personalmente creo que estas visitas, organizadas sin consultarnos, constituyen un exceso. Y espero que nuestras misiones en el extranjero reciban instrucciones para que tengan que ver lo menos posible con ellas. Si se espera que ayudemos, tenemos derecho a ser consultados y a intentar disuadirles. Que se hayan propuesto directamente a nuestras misiones, sin nuestro conocimiento, es injusto.

En respuesta enviada el día siguiente, Hardinge escribió en una postdata: «Estoy completamente de acuerdo con su opinión sobre las visitas, y estoy convencido de que no debe hacerse nada que pueda darles una apariencia distinta de lo que son: maniobras privadas con propósitos políticos. Es obvio que no pueden traer ningún beneficio a los trabajadores». Ese mismo día, sir George Ogilvie-Forbes, encargado de negocios de Berlín, envió angustiado un telegrama desde Alemania que decía:

> Si la visita tiene lugar, confío de todo corazón en que se dé instrucciones de que se tengan con el duque de Windsor no

> menos atenciones de las que son práctica autorizada en la legación de Viena. El gobierno alemán está seguro de sacar el máximo capital y publicidad de esta visita y resultaría muy embarazoso y doloroso para mí que se me ordenara ignorar la presencia de Su Alteza Real, ya que eso no sería bien entendido aquí […]. Aunque, por supuesto, cumpliré los deseos del rey de forma escrupulosa, confío en que [lo] anteriormente expuesto sea tomado en consideración.

El 3 de octubre Ronald Lindsay escribió desde su casa de Dorset a Vansittart, diciéndole entre otras cosas:

> […] La pretendida visita de los duques de Windsor a Washington me llena de profundo horror […]. Por supuesto las líneas generales de mi conducta me serán dictadas por palacio y el primer ministro, y no haré nada hasta que reciba de allí las indicaciones necesarias respecto a qué se desea; pero no habrá dejado de advertir que existe un aspecto puramente estadounidense en este asunto.

Y continuaba:

> La visita provocará una sensación tremenda. Estoy seguro de que desde el primer momento [los duques de Windsor] estarán bajo los focos de la publicidad y serán seguidos por multitudes allá donde vayan. La actitud de la embajada será un asunto del máximo interés público.
>
> En mi opinión será importante que nada pueda indicar que se desaprueba la visita a Estados Unidos en sí misma, y por lo tanto pienso que debería alojar al duque y a la duquesa en la embajada mientras estén en Washington; y creo que deberían ser recibidos en la Casa Blanca y que debería celebrarse en su honor al menos una cena [banquete].
>
> Pero imagino que debería separarme, tácitamente, de los propósitos no declarados de la visita, es decir, de la mayor parte de las actividades del duque en Estados Unidos cuando no esté en Washington.

Del tenor del informe, resulta evidente que las actividades extracurriculares del duque estaban consideradas de nuevo peligrosamente políticas.

Con los duques de Windsor de vuelta en Viena tras un breve viaje a París, aumentó la incomodidad del gobierno estadounidense. Hugh Wilson, ahora encargado del asunto desde el Departamento de Estado, escribió un memorándum a Cordell Hull informándole de que existía «un evidente propósito político» en el viaje de los duques de Windsor a Alemania. El gobierno aún no había «tomado partido» en lo que era, «después de todo, una cuestión interna estrictamente británica».

El 4 de octubre Vansittart escribió a Hardinge afirmando que sería preferible que la pareja no fuera recibida en la embajada británica. Además, el personal de la embajada debía recibir instrucciones para rechazar cualquier invitación de carácter ceremonial que se le realizara durante la visita.

En un memorándum fechado el 6 de octubre, Hardinge dejaba claro a Oliver Harvey, del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, que ya se sabía seguro que el gobierno de Berlín era el que costeaba la visita a Alemania. También envió un telegrama a sir George Ogilvie-Forbes, que se encontraba en Berlín ese día, afirmando categóricamente que el rey prohibía a Forbes asistir a la llegada de los duques de Windsor a la estación de Berlín, que ningún empleado debía aceptar ninguna invitación que tuviera relación con el viaje, que Ogilvie-Forbes no debía participar en la organización de ningún compromiso ni entrevista oficiales, que los duques de Windsor no debían ser recibidos por ningún miembro de la embajada y que nadie del personal diplomático debía aceptar invitaciones del duque, y que los funcionarios del consulado no debían recibir al grupo a su llegada a ninguna población. Y, sobre todo, que «la embajada debía evitar escrupulosamente dar en modo alguno la apariencia de que Su Majestad el rey y el gobierno de Su Majestad aprobaban la visita propuesta».

Ogilvie-Forbes respondió el día 7 en los siguientes términos:

> Las instrucciones se cumplirán cuidadosamente. Sin embargo, creo que debería comunicarle que se llevarán una impresión poco favorable de la actitud de la embajada y de [el gobierno de Su Majestad], que los alemanes con toda probabilidad verán como otro desaire más a un gesto amistoso. Y observarán de forma atenta el grado de reconocimiento que el duque reciba de otras misiones de Su Majestad en otros países extranjeros.

Finalmente se concluyeron los preparativos para la visita. El *New York Times* del 9 de octubre anunció que tendría lugar una conversación entre Hitler y «su invitado inglés», que sería «una discusión abierta de las cuestiones que interesaban al duque». Entre estas cuestiones se encontraban «la nueva Alemania en sus diferentes aspectos, sus esperanzas y aspiraciones, así como las propias esperanzas de Hitler para el futuro». Los duques de Windsor visitarían nueve ciudades. El principal propósito del viaje era estudiar las condiciones laborales.

Ese mismo día, sir Ronald Lindsay fue convocado por el rey a Balmoral para asistir a una reunión extraordinaria sobre el asunto de los duques de Windsor. La reina estaba allí, y entre aquellos también presentes se encontraban dos de los peores enemigos del duque: Alan Lascelles y el recientemente nombrado caballero sir Alexander Hardinge. Lindsay señaló que, si no se alojaba a los duques de Windsor en la embajada británica, el gesto sería visto por millones de estadounidenses como un desaire y un acto de desaprobación del interés del duque por las condiciones laborales de los trabajadores. El rey, Hardinge y Lascelles afirmaron de distintas formas que el duque se estaba comportando de forma abominable; su deber era no avergonzar al rey; soltaba una bomba detrás de otra; ¿qué sería lo próximo? Lindsay le escribiría a su mujer dos días más tarde:

> [En su opinión] está intentando poner en escena su regreso, y sus amigos y consejeros eran seminazis. Él no fue sincero. No permitió al rey tener la menor idea sobre sus planes, y la primera noticia de ellos fue una carta que le envió al propio agente del rey […]. ¿Y si su intención fuera ir a un dominio? ¿O cruzar de Estados Unidos a Canadá? Se habló mucho sobre un posible plan en el que yo lo invitaría a alojarse en la embajada y que después un emisario rápido le convencería para que rechazara la invitación. Este plan me horrorizó absolutamente y, gracias a Dios, fue descartado porque [se dieron cuenta de que] «esa mujer» nunca le permitiría rechazar la invitación y porque no existe ningún emisario de confianza que al mismo tiempo tenga la menor posibilidad de influir sobre el duque.

La reina participó en la conversación de la reunión. Expresó pesar más que indignación al mencionar al duque. «Ha cambiado tanto —dijo—, solía ser tan amable con nosotros». De Wallis no podía opinar nada bueno. Estaba

claro que la familia real estaba unida en su decisión de que los duques de Windsor no debían recibir ningún privilegio en su visita a Estados Unidos. El rey y la reina ni siquiera permitirían que fueran acompañados por Lindsay cuando se les recibiera en la Casa Blanca. Lindsay le escribió a su mujer el 17 de octubre: «[El duque] está convirtiéndose en un espectáculo puramente nazi, y por supuesto aquí sabemos que tiene tendencias decididamente nazis». Más tarde, Lindsay logró obtener a través del Servicio Secreto de Inteligencia dos cartas escritas por Bedaux, interceptadas y pasadas de contrabando a la embajada. Las cartas iban dirigidas a contactos privados en Estados Unidos e indicaban que el duque planeaba convertirse en el líder de un movimiento internacional por la paz, lo que era algo mucho más siniestro de lo que parecía.

Los duques de Windsor salieron de París en tren hacia Berlín, dejando en la estación a una multitud de trescientas personas que les despedían. Cuando el expreso del norte entró traqueteando en la estación de Friedrichstrasse, otros tantos cientos esperaban para recibirles. La multitud gritaba alternativamente *«Heil Windsor!»*, *«Heil Edward!»* cuando bajaron en el andén para ser recibidos por el doctor Robert Ley, Fritz Wiedemann, el líder político Artur Goerlitzer y, en medio de un enjambre de oficiales uniformados y una guardia de la Gestapo, un avergonzado tercer secretario de la embajada británica.

Los duques de Windsor se registraron en el hotel Kaiserhof. Una vez más, allí les estaba esperando una inmensa multitud, entonando una canción especialmente compuesta por el Ministerio de Propaganda. Desafiando al Ministerio de Asuntos Exteriores británico, sir George Ogilvie-Forbes, que suplía la ausencia de sir Neville Henderson, embajador británico que sabiamente se encontraba de permiso, llegó al hotel a presentar sus respetos. Advirtió que la *suite* de los duques de Windsor tenía vistas a la Cancillería de Hitler.

Él le explicó al duque que el rey consideraba la visita puramente privada y no oficial, y dejó caer las normas con respecto a la recepción y demás. Ogilvie-Forbes telegrafió a Harvey a Londres: «Me […] alegraré mucho cuando la visita haya acabado, ya que la falta de participación de la embajada ha llamado la atención y es objeto de comentario. El embajador tiene suerte de no estar».

Wallis se quedó en el hotel descansando mientras, poco después del mediodía, el duque visitó la fábrica de Stock en Grünewald. Ondeaban las esvásticas desde el techo mientras el duque examinaba los edificios

ultramodernos en los que tres mil trabajadores disfrutaban de un cuidado restaurante, un salón de reuniones y una sala de conciertos, una piscina y zonas de césped y ajardinadas muy cuidadas. El duque planteó varias preguntas en alemán y obtuvo detalles de la vida en la fábrica que le relataron algunos trabajadores que el doctor Ley le fue presentando uno a uno. Con sonoras carcajadas y palmadas en la espalda, Ley animaba a cada uno a hablarle al duque de las condiciones de trabajo, sobre cómo se resolvían las diferencias y cómo los trabajadores se relacionaban de forma abierta con sus jefes, liberados del espíritu de clase. Varios hombres le mencionaron al duque sus altos salarios, las clases de gimnasia matutinas y la deliciosa comida que se servía en el restaurante.

Esa tarde, el duque, junto a mil trabajadores, asistió a un concierto de Wagner y Liszt interpretado por la Orquesta del Frente Alemán del Trabajo; en el programa estuvo el «aria del grial», de Lohengrin, cantada por el tenor operístico favorito de Hitler, el estadounidense F. Eyvind Laholm. Al final del concierto, se interpretaron «Deutschland über Alles» y «Horst Wessel», seguidos del «Dios salve al rey». El duque regresó a las cuatro y media de la tarde y se fue de compras con Wallis.

Por la noche, Robert Ley celebró una fiesta de gala en su casa de treinta y siete habitaciones de Grünewald. Entre los invitados se encontraban el doctor Josef Goebbels, Ribbentrop, Goerlitzer, Himmler y Hess. Goering no pudo asistir porque acababa de fallecer su cuñado en los Alpes bávaros. Al día siguiente, mientras Wallis se quedó de nuevo en el hotel, interrumpiendo su soledad solo para realizar una breve excursión a Potsdam, el duque llevó a cabo una vuelta de inspección agotadora. Un sofisticado vehículo de observación, descrito por Frederick T. Birchall, del *New York Times*, como una especie «de pato aerodinámico», fue utilizado en la excursión. Disponía de nueve asientos, un bar, una zona de almuerzo, un teléfono inalámbrico y un área de primera clase. Ley disminuyó su habitual velocidad, pasando de 130 a 65 kilómetros por hora, en su viaje por la autopista para que el duque pudiera observar la campiña.

En la frontera de Pomerania el vehículo se detuvo para que subiera el gobernador local, quien se unió al grupo encabezado por Ley en su viaje a Crossensee, sede de la academia de entrenamiento de la División de la Calavera, el escuadrón de élite de las SS. La División de la Calavera recibió al grupo tocando el himno nacional británico, a lo que el duque respondió pasando revista de forma detallada a las tropas mientras estas presentaban armas y realizaban el saludo fascista. Los barracones, de techo de paja y

amplios, quedaban dominados por una vasta torre de puerta antigua. Aquí estudiaba y se ejercitaba la flor y nata de las Juventudes Hitlerianas durante cuatro años, pasando por un riguroso entrenamiento físico de cinco horas diarias. Los anfitriones del duque le explicaron que las principales asignaturas de estudio eran biología de la raza, arqueología alemana, historia y política. Después del almuerzo, siguió hacia el aeropuerto militar de Stargard. En la avioneta para doce pasajeros del doctor Ley, sobrevoló la costa báltica y pudo ver una playa de seis kilómetros y un hotel de lujo que se estaba construyendo para que se alojaran en él los miembros del movimiento juvenil nazi. Regresó a Berlín a las seis de la tarde.

Esa noche, el Aga Khan, que acababa de presidir la Asamblea de la Sociedad de Naciones, se presentó en el hotel después de la cena. Sus simpatías eran similares a las de los duques de Windsor. Tres años más tarde, el 25 de julio de 1940, unos documentos del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán revelarían que había planeado reunirse con Hitler en el castillo de Windsor y que había recomendado que se reanudara el bombardeo sobre Inglaterra antes de que este fuera efectivo.

Al día siguiente, 14 de octubre, una fuerte lluvia impidió al duque volar a Brunswick; en lugar de ello, él y Wallis visitaron el Museo de la Guerra de Berlín y el Museo de Pérgamo; después, el duque fue a un baño turco. Por la tarde la pareja fue a tomar el té con los Goering a Karinhall, el famoso coto de caza del comandante en jefe de las Fuerzas Aéreas. Vieron el tren eléctrico de aquel mariscal de campo regordete y charlaron animadamente; la señora Goering nunca olvidó el encuentro, que relató con calidez en sus memorias muchos años más tarde. Forwood recuerda:

> Comimos en Karinhall, donde Goering y los duques se sentaron a una mesa alta subida a un estrado mientras el resto nos sentábamos abajo. Detrás de la mesa de Goering había un gran mapa enmarcado lujosamente. Salvo por Inglaterra, el mapa estaba completamente cubierto de colores indicando las zonas que estaban en posesión de Alemania. Mi señor miró a Goering y le preguntó: «¿No es un poco impertinente? ¿Un poco prematuro?». Goering contestó: «Es inevitable. Ha de serlo». Recuerdo al mariscal de campo diciendo: «Mi mujer está embarazada. Si es niño, sobrevolarán mil aviones. Si es niña, solo quinientos». También recuerdo un detalle vulgar. Había cuadros de mujeres desnudas sobre su cama.

Esa noche los duques de Windsor tuvieron una visita muy interesante: la de Ernest Wilhelm Bohle[27]. Otra atención en esas abarrotadas veinticuatro horas fue la del doctor Goebbels. Este había asistido como invitado a la boda de Oswald Mosley el año anterior en su casa. Goebbels siempre había lamentado el hecho de que el duque de Windsor hubiera dejado el trono. Durante la Segunda Guerra Mundial, Goebbels escribió en su diario que veía como una tragedia que Alemania no hubiera podido lograr una alianza permanente con el duque. Recordaba su encuentro con él como «una de las mayores impresiones de mi vida». El duque de Windsor le encontraba «clarividente, inteligente y moderno». Reconocía la suprema importancia del problema social en Alemania. Goebbels continuaba: «Era demasiado inteligente, demasiado progresista, demasiado consciente del problema de los marginados, y demasiado germanófilo [para haber seguido en el trono]», y concluía: «Esta trágica figura podría haber salvado a Europa de su destino. Pero, en lugar de ello, como gobernador de Bahamas, tuvo que ser testigo de la desintegración del Imperio británico y quizá de Europa y Occidente».

El día 15, los duques de Windsor fueron a Essen en tren para visitar una gran mina de carbón (el duque bajó a 500 metros de profundidad, a las entrañas de la tierra, con Dudley Forwood, descendiendo por unas peligrosas escaleras de acero mientras le caía agua en la cabeza), y después a Krupp, la empresa alemana líder en fabricación de armamento.

El presidente de la provincia de Renania celebró una recepción esa noche en honor de tan distinguidos invitados. El día 16, los duques de Windsor fueron a Düsseldorf, donde asistieron a una muestra creativa regional. Rodeado de gente que gritaba, se reía y gesticulaba de forma frenética, el duque, flanqueado por una brigada móvil de las SS, respondió del mismo modo a un coro de *Heils*. Estaba impresionado y profundamente fascinado, pero la duquesa se aburría mientras el guía, el doctor Maiwald, a quien el duque había conocido en la exposición de París, iba explicando lo exhibido, que cubría prácticamente cualquier aspecto de la industria alemana. Les enseñaron muestras de tejidos artificiales con los que se estaba trabajando, como caucho sintético, y exhibiciones del uso del carbón, la arena, la piedra y la madera. El doctor Maiwald siguió diciendo durante años que nadie a quien hubiera recibido nunca sabía tanto de detalles técnicos industriales como el duque. Una vez más, este realizó el saludo nazi al pasar por las calles abarrotadas[28]. Se produjo un incidente en el que una mujer inglesa hubo de ser arrestada por proferir amenazas a gritos. Los duques de Windsor prosiguieron su trayecto para visitar un hospital minero, donde charlaron con

los heridos; después, el duque fue de forma individual a visitar la colonia de trabajadores de Krupp y se paró de forma imprevista con algunos jubilados ancianos. Los duques de Windsor regresaron a su hotel para repasar los detalles de su viaje a Estados Unidos. Los representantes consulares británicos en Alemania seguían ignorándolos.

Visitaron un campo de concentración que resultó estar bastante desierto. En palabras de Forwood: «Vimos aquel enorme edificio de hormigón que ahora obviamente sé que contenía reclusos. El duque preguntó: "¿Qué es eso?". Nuestro anfitrión le respondió: "Es donde guardamos la carne". En algún horrible sentido, era cierto».

El 17 de octubre, los duques de Windsor se encontraban en Leipzig. Una vez más, una muchedumbre de varios miles de personas les recibió en la estación realizando el saludo hitleriano, y en esta ocasión cuarenta banderas con la esvástica ondeaban sobre sus cabezas. Irónicamente, el mejor hotel de Leipzig estaba cerrado porque su propietario era judío, y tuvieron que alojarse en un hotel poco satisfactorio. Como varios miles de personas esperaban en la calle bajo su balcón, el duque salió a agradecerles su amabilidad en alemán, les saludó y les dio las buenas noches. Esa misma noche, le dejó claro a Ley que no estaba dispuesto a conocer a Julius Streicher, el jefe del partido en Núremberg; el motivo puede deducirse de un artículo que había aparecido varios meses antes en *Der Stürmer*, el periódico propiedad de Streicher, en el que se acusaba a la duquesa de ser judía.

Ese mismo día, sir George Ogilvie-Forbes escribió desde Berlín a Eden, quien le entregó la carta a Hardinge y sir Ronald Lindsay, para comentarle una reunión que Ogilvie-Forbes había mantenido el día 15 con Prentiss Gilbert, nuevo consejero y encargado de negocios de la embajada estadounidense. Le informó de que Gilbert había discutido con él el asunto de la visita de los duques de Windsor a Estados Unidos, y que había mencionado que Bedaux se había puesto en contacto con él para obtener la aprobación del gobierno de Estados Unidos de la visita, así como para lograr que se tratara a la duquesa como miembro de la realeza. Gilbert le dijo a Ogilvie-Forbes que él no había alentado estas propuestas. Bedaux le había dejado claro a Gilbert que él se encargaría de los gastos de la visita a Estados Unidos de los duques de Windsor; también le reveló el esclarecedor hecho de que, a continuación de la visita oficial a Estados Unidos, el duque realizaría otras similares a Italia y Suecia. En este último país, se pondría en contacto, a través de Bedaux, con Axel Wenner-Gren, el multimillonario sueco filonazi inventor de la aspiradora. El informe añadía:

> [El millonario sueco] […] estaba interesado en que se lograra la paz mundial a través de la reconciliación laboral. Bedaux dijo que también se intentaría que S. A. R. fuera de la misma opinión e incluso llegó a expresar la idea de que S. A. R. sería a su debido tiempo… ¡el «salvador» de la monarquía! Bedaux trató además, a espaldas de Gilbert, de que la señora Frances Perkins, secretaria de Trabajo estadounidense, enviara una invitación directamente a S. A. R., un intento que resultó frustrado […]. Gran parte de lo anteriormente relatado, me temo, será doloroso de leer pero me daba la impresión de que debía saber qué ha estado sucediendo aquí y que no estaría de más vigilar las actividades del señor Bedaux.

El día 20, el pariente y viejo amigo de los duques de Windsor, Carlos, duque de Sajonia-Coburgo-Gotha, celebró una cena de gala en su honor en el Grand Hotel de Núremberg a la que asistieron cien invitados. Entre ellos, estaban muchos de los aristócratas con los que el duque había confraternizado durante las bodas de plata del reinado de su padre y su funeral. Su anfitrión les dijo a los duques de Windsor durante la cena que él apoyaba sin reservas el derecho de Wallis a recibir el tratamiento de Su Alteza Real. Su mujer y el resto de las damas invitadas le hicieron acentuadas reverencias. Y en su tarjeta estaba escrito el equivalente alemán a S. A. R.

Después de visitar lo que el *New York Times* llamaría «los santos lugares del culto nacionalsocialista», la pareja siguió viaje a Stuttgart, donde les ocurrió un incómodo incidente. Cuando regresaba de la visita a una fábrica, el duque, que había dejado a Wallis en el hotel, decidió de improviso que quería ver el palacio de los reyes de Wurtemberg. La situación parecía resultarle embarazosa al doctor Ley, pero el duque insistió. Al entrar, se mostró interesado en ver un enorme mapamundi iluminado, en el que estaban representadas las colonias alemanas «impropiamente» arrebatadas al Reich tras la Primera Guerra Mundial. Puso una mueca de disgusto al advertir que algunas de ellas eran ahora posesiones británicas. También contempló una exposición de fotografías de las tropas de asalto nazis marchando por Chicago y Nueva Jersey. Se le enseñaron más mapas, en los que se indicaba en rojo cuántos alemanes vivían en determinados países. Esa noche el duque y la duquesa asistieron en el gran auditorio municipal a un festival de la organización recreativa Kraft durch Freude [«Fuerza a través de la Alegría»], donde vieron una representación que ilustraba la gloria de la juventud

alemana; su llegada y partida fueron resaltadas por un griterío frenético, aplausos y saludos nazis.

Y por fin llegó el punto álgido del viaje: la reunión el día 22 de octubre con Adolf Hitler, que tuvo lugar apenas veinticinco días después de que Hitler hubiera entrado en Berlín con Mussolini, uniéndose a él en un intercambio de brindis en un banquete oficial. Ese encuentro había condenado definitivamente el sueño inicial del duque de Windsor, que pretendía, apaciguando al dictador italiano, mantener firmemente separados a Mussolini y el Führer. Tres días antes de la visita del duque, el secretario de Asuntos Exteriores, lord Halifax, había visitado a Hitler con la esperanza de mantener el equilibrio de poder británico en Europa occidental aparentando animar las ambiciones, ya desmedidas, de este. En el transcurso de la conversación, Halifax afirmó que el nuevo primer ministro, Neville Chamberlain, tenía intención de alcanzar un acuerdo permanente con Alemania y fomentar conversaciones a nivel gubernamental entre Londres y Berlín; Gran Bretaña concedería a Hitler determinadas colonias en África y le daría carta blanca en Europa oriental. No se obtuvo mucho de esa conversación. Parece ser que Hitler ya había decidido emprender una política de obtención de *Lebensraum* [«espacio vital»] embarcándose en una guerra, algo que anunció a sus ministros el 5 de noviembre. Golpearía tanto hacia el oeste como hacia el este; pero formaba parte de su política fingir ante los representantes del imperio británico que lo único que deseaba era la paz con Gran Bretaña. Desde el punto de vista del Führer, la visita del duque llegaba en un momento extremadamente apropiado. Sabía que este, obsesionado con los bolcheviques, estaría encantado de animar los deseos del Führer de atacar Rusia. Hitler estaba dispuesto a alentar cualquier disparate, incluso aunque este llegara de un monarca que había abdicado, que le permitiera mantener su supremo farol en materia de política exterior.

La amante de Hitler, Eva Braun, esperaba ansiosa la visita de los duques de Windsor. Su biógrafo, Nerin E. Gun, escribió:

> Eva le rogó a Hitler que alguien le presentara a la duquesa de Windsor. [Ella] había sometido a su amante a interminables elogios del exmonarca que «había renunciado a un Imperio por el amor de una mujer…». […] Según algunos, insinuaba que la señora Simpson [sic] tenía algo en común con Eva Braun, y que un amante sincero podía asumir un pequeño sacrificio; quizá no la pérdida de la Corona, como Eduardo, pero sí el riesgo de que su prestigio se viera algo abollado, al casarse con la mujer de la

que afirmaba estar enamorado. Hitler fingió no entender la alusión y, a fin de no agravar la situación, afirmó que las exigencias del protocolo hacían imposible el encuentro.

Hitler esperaba ansioso la reunión. No hay duda de que los grandes planes para el futuro del Führer incluían que Lloyd George, quien le había visitado el año anterior y era su político británico favorito, encabezara el gobierno marioneta de Gran Bretaña que él controlaría, que la familia real se viera obligada a exiliarse a Canadá y que el duque recuperara el trono con Wallis como reina. Paul Schwarz recordaba que Hitler veía una y otra vez las películas de los cruceros en yate del duque y de momentos en los que conversaba con Wallis en la época del funeral de su padre. Nunca dejó de alabarle a Ribbentrop el hecho de que Wallis no fuera maquillada, «su buen tipo y lo impecablemente arreglada y vestida que iba».

A la una y diez de la tarde, el tren llegó al pie de la montaña de Obersalzberg, desde donde, en compañía de Robert Ley y el doctor Paul Schmidt, intérprete especial del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, se dirigieron al lago Königssee. A las dos y media de la tarde, la pareja fue conducida por la ladera de la montaña en compañía de Dudley Forwood; fueron seguidos hasta el pabellón de caza por tres coches llenos de policías y hombres de las SS. Las carreteras se habían limpiado de turistas; en condiciones normales, habría miles de ellos en la empinada pendiente, abriéndose camino por la ladera para ver la guarida de Hitler. En ese momento, tan solo veinte, muy influyentes y a los que se habían concedido permisos especiales, esperaban a las puertas cuando la procesión de coches hizo su entrada.

Rodeado de oficiales militares, Hitler esperó a los duques de Windsor al pie de un tramo de escaleras; vestía la camisa parda del Partido Nazi, pantalones negros y botas de charol. Condujo a los duques de Windsor al vestíbulo de entrada, dominado por un retrato del siglo XIX del canciller Bismarck, abuelo del príncipe Otto, íntimo amigo de los duques de Windsor. Cuando los duques recorrieron el pasillo detrás de su célebre anfitrión, pasaron entre una serie de guardias altos, rubios y musculosos, ataviados con uniformes de botones metálicos, en posición de firmes. Los duques de Windsor fueron conducidos a una antesala donde unos sirvientes les recogieron sus abrigos y después descendieron tres peldaños de mármol para entrar en un enorme vestíbulo de recepción. Una pared de la habitación tenía una ventana salediza con vistas a la montaña Unsterberg. Hitler señaló el

paisaje, una cadena de picos y praderas onduladas donde los granjeros trabajaban con la azada.

Cuando el Führer pidió el té de la tarde, la pareja tuvo la oportunidad de observar detalles de la estancia. Las paredes eran blancas, y estaban adornadas con paneles de roble ahumado. Había una enorme chimenea de mármol con grandes pilas de troncos en cada uno de sus lados. Había tapices de figuras del periodo de Federico el Grande montadas a lomos de caballos blancos enormes y fornidos. La alfombra era de un rojo cereza, a juego con el mármol de la habitación. Las fundas de los muebles estaban bordadas con motivos de esvásticas y lemas nazis. Había un piano de cola sobre el que descansaba un busto de Richard Wagner y un gran globo terráqueo. Por todas partes se veían flores blancas y amarillas: hortensias, rascamoños, pensamientos, rosas y claveles. El consejero especial de Hitler, Walter Hewel, su intérprete oficial Paul Schmidt y su fotógrafo Heinrich Hoffman estaban presentes; este último sacó fotografías durante la mayor parte del encuentro.

Salvo durante veinte minutos de las dos horas de visita, Hitler estuvo siempre con los duques. Mientras preparaban el té, mostró a sus invitados la casa entera y sus jardines. Señaló Salzburgo desde uno de los balcones. Albion Ross, del *New York Times*, fue uno de los pocos periodistas a los que se permitió entrar en el edificio y recibir información de lo que estaba ocurriendo. Describió el intenso interés que el Führer mostró por sus dos invitados. Otros biógrafos e historiadores han afirmado que, aparte de los comentarios genéricos recordados por Paul Schmidt, no ha trascendido nunca ni una palabra de la conversación mantenida entre Hitler y sus huéspedes. Esto no es exacto. En 1987, aún vivía un testigo presencial. Sir Dudley Forwood, presente en el encuentro, me contó:

> El duque estaba muy enfadado por el hecho de que se hubiera contratado a Schmidt, ya que él hablaba, como sabemos, un impecable alemán. Le dijo a Hitler en su lengua: «No preciso a este hombre». Hitler no respondió correctamente, pero le dijo al intérprete en alemán que la conversación seguiría en los términos acordados y que esperaba que el duque hablara inglés. El desafortunado Schmidt tuvo que transmitirle esta declaración en inglés a mi señor. Y así siguieron las cosas. Cada pocos minutos, el duque le decía, irritado, a Schmidt: «No es eso lo que le acabo de decir al Führer». O bien: «No es eso lo que el Führer acaba de decirme».

> Recuerdo vívidamente cómo comenzó la conversación. Mi señor le dijo a Hitler: «La raza alemana y la británica son la misma. Deberían seguir siéndolo siempre. Comparten su origen huno». ¡Me temo que Su Alteza Real pasó por alto la conquista normanda!

El 4 de noviembre, William Bullitt, embajador de Estados Unidos en Francia, escribía al presidente Roosevelt informándole de la descripción que había realizado la duquesa de su conversación con Hitler. Este le había dicho que los edificios nazis serían un día «ruinas más magníficas que [las de] los griegos». Parece claro que la mayor parte de la conversación del Führer con los duques de Windsor fue deliberadamente genérica y desde el punto de vista social agradable e intranscendente. Sin embargo, se llevó al duque a otra habitación para mantener con él una charla de veinte minutos mucho más importante. El propio duque, en un artículo publicado en el *Daily News* de Nueva York el 13 de diciembre de 1966, describía lo que hablaron:

> Mi razón aparente [sic] para visitar Alemania era ver por mí mismo lo que el nacionalsocialismo estaba haciendo con respecto al alojamiento y bienestar de los trabajadores, y por eso intenté que la conversación con el Führer se mantuviera dentro de estos temas, sin ningún deseo de que esta derivara hacia la política. Por su parte, Hitler hablaba mucho, pero advertí que solo me estaba mostrando la punta del iceberg. Dando un rodeo, hizo que yo dedujera que la Rusia comunista era el único enemigo, y que a Gran Bretaña y a Europa les interesaba que Alemania fuera alentada a atacar hacia el este y destruir el comunismo para siempre. Hitler se encontraba entonces en el cenit de su poder. Su mirada era penetrante y magnética. Confieso francamente que me engañó. Le creí cuando me insinuó que no buscaba la guerra con Inglaterra […]. Pensé que el resto de nosotros seríamos meros observadores mientras los nazis y los soviéticos luchaban.

Resulta evidente que el duque animó a Hitler en su ambición de atacar Rusia. Le sugirió además otras cosas. En una conversación de sobremesa que tuvo lugar el 13 de mayo de 1942, según lo documentado, Hitler dijo: «El rey [sic] ofreció satisfacer las necesidades coloniales alemanas permitiendo que nos estableciéramos en el norte de Australia, creando así un poderoso escudo a los

intereses británicos, contrarios a Japón». Esta es una afirmación muy curiosa. Queda claro a partir de otra documentación que Gran Bretaña temía una alianza soviético-japonesa; de hecho, en 1939 un grupo de hombres de negocios británicos que actuaban como agentes secretos fueron arrestados en Tokio, juzgados y encarcelados por espiar a oficiales japoneses con respecto a este asunto. El duque le confesó a Hitler que su hermano Jorge VI era «débil y vacilante, y que se encontraba preso de unos consejeros malvados y antialemanes». Se refería, por supuesto, a sir Alexander Hardinge y a sir Robert Vansittart. El duque también comentó con J. Paul Getty, un íntimo amigo suyo que también mantenía vínculos nazis, su conversación con Hitler. En sus memorias, Getty recordaba haberle preguntado al duque: «¿Te escuchaba Hitler cuando le hablabas?». A lo que el duque respondió: «Sí, creo que sí. Existía una vía, aunque fuera estrecha, para llegar al entendimiento. Si en París o Londres se hubieran tomado medidas que la consolidaran de forma apropiada, podrían haberse salvado millones de vidas». Dio a entender que le propuso una paz permanente a Alemania y (según Getty) que era preferible que se produjera una emigración masiva de los judíos alemanes, algo por lo que también abogaban Charles Bedaux y sir Oswald Mosley, antes que una matanza. Getty añadía el siguiente párrafo, muy revelador:

> Aunque [el duque] nunca me dijo tanto, tengo motivos para sospechar que no actuaba por sí mismo cuando visitó Alemania y se reunió con Hitler y otros líderes nazis. No me sorprendería si algún día en una cámara de alta seguridad apareciera un informe confidencial que iluminara de otra forma este episodio.

En parte debido a sus amistades y contactos personales, el duque —y Wallis con él— aparentemente no aprobaba los métodos genocidas y el encarcelamiento masivo de los judíos, a pesar del generalizado antisemitismo, característico de la época, que los duques de Windsor tendían a expresar. La reunión con el Führer, muy emotiva, aunque tanto los enemigos del duque como sus partidarios la tachen de insignificante, terminó de forma cálida. El *New York Times* decía:

> Miembros del séquito de los duques de Windsor informaron después de su visita […] que la duquesa se encontraba visiblemente impresionada por la personalidad del Führer, y aparentemente él hizo ver que se habían hecho amigos muy

> rápido al dedicarle una afectuosa despedida. Le tomó ambas manos al decirle adiós, tras lo cual se cuadró en un rígido saludo nazi que el duque devolvió.

Después de eso, Hitler se giró hacia Schmidt y le dijo: «Habría sido una buena reina».

Esa noche, los duques de Windsor cenaron con Rudolf Hess y su mujer en Múnich; la señora Hess escribió a unos amigos que tenía en Egipto contándoles lo cálidamente impresionada que estaba, sobre todo con la duquesa. Ella recordaría más tarde que se había puesto nerviosa por la reunión con Wallis, porque se sentía un poco anticuada; pero que, una vez que la conoció, pudo relajarse y disfrutar de la compañía de Wallis. Ernst Wilhelm Bohle, nazi originario de Gran Bretaña, apareció para actuar de intérprete, reforzando su amistad con los duques de Windsor. Hess compartía la preferencia de los duques de Windsor de que se produjera una emigración masiva de judíos antes que una matanza. Después de abandonar Múnich, el doctor Ley regresó a Berlín, y dos oficiales del Frente Alemán del Trabajo los condujeron a la frontera austriaca. Se cuenta que, al llegar, la duquesa le entregó una bolsa de dinero a un oficial de las SS diciéndole: «Esto es para el fondo de la organización Kraft durch Freude».

Después de celebrar una cena con el ayudante del doctor Ley, *Stabsleiter* Simon, y otros cuatro oficiales que habían acompañado al grupo, regresaron a París el día 23. Ese mismo día, Vansittart escribió a Hardinge, en referencia a la carta que Ogilvie-Forbes le había enviado el día 17. En una posdata, Vansittart le decía:

> Veo […] en su inquietante carta una referencia a las visitas a Italia y Suecia. Recordarás que yo ya había profetizado la primera de ellas y que ese fue el motivo de que en mis conversaciones con [sir Ronald] Lindsay intentara por todos los medios no sentar precedentes en la visita a Estados Unidos que pudieran resultar embarazosos cuando se realizara la inevitable visita a Italia.

El 24 de diciembre Bedaux escribió a sir Ronald Lindsay desde el castillo de Candé para enviarle al Travellers' Club de Pall Mall el primer borrador de la agenda de la visita del duque de Windsor. Empezaría en Washington el Día del Armisticio y concluiría en Los Ángeles y San Francisco a mediados de diciembre.

Agotados por su viaje a Alemania, los duques de Windsor descansaron varios días en el hotel Meurice de París, donde el duque finalmente consiguió reunir fuerzas para jugar unas anodinas partidas de golf mientras Wallis, acompañada de una batería de secretarias, continuaba planeando el viaje a Estados Unidos.

En una conversación mantenida con el embajador Kennedy el 13 de junio de 1938, sir Edward Peacock describió una llamada de teléfono que él había realizado desde Londres a los duques de Windsor cuando estos estaban en el hotel Meurice. Se trataba de un asunto urgente: por mucho que le disgustara hacerlo, el rey Jorge VI, evidentemente amedrentado por la crítica de la opinión pública —el duque de Windsor lo acusaba de tacaño—, había estado pagándole los ingresos del ducado de Lancaster (que eran de unas veinte mil libras anuales) mientras al mismo tiempo no le estaba exigiendo el abono de los impuestos de esos ingresos; él mismo se los pagaba.

Impaciente e irritado ante este arreglo, el rey ordenó a Peacock que llamara a Windsor para pedirle que se encargara de abonar los impuestos; era una exigencia razonable. El duque descolgó el teléfono; Wallis escuchaba atentamente por el otro auricular. Peacock transmitió la petición real; el duque le contestó que no estaba seguro de si estaba obligado a hacerlo. Peacock le señaló que, de negarse a hacerlo, el asunto podría filtrarse a la prensa (dando a entender que se aseguraría de que así fuera) y que los duques de Windsor se verían inmersos en el peor de los escándalos públicos. Nervioso, el duque le pidió a Peacock que no colgara. Fue a hablar con Wallis y le preguntó qué pensaba ella. Gritó enfadada: «¡No haremos concesiones!». Peacock pudo oírla perfectamente. El duque volvió a ponerse al teléfono y le dijo a Peacock que no podía estar de acuerdo; su hermano debía ser quien pagara el impuesto. Peacock informó al rey, que estaba exasperado, al igual que la reina, la reina madre y las duquesas de Gloucester y Kent. Si había alguna posibilidad de que se hubieran ablandado en el asunto del tratamiento de Alteza Real de Wallis, este incidente acabó con ella definitivamente.

El 27 de octubre el duque asistió al almuerzo semanal de la Asociación de la Prensa Angloamericana en París, donde negó que su visita a Alemania hubiera tenido ninguna relevancia política, lo que por supuesto era completamente falso. Preguntado acerca de por qué había escogido viajar a Nueva York a bordo del barco alemán Bremen, señaló que su única razón para elegirlo fue que le habían prometido que no entrarían en aguas británicas, y que era el único barco que no hacía escala en Portsmouth o Southampton después de abandonar Cherburgo. El mismo día Charles y Fern Bedaux

zarparon en el Europa rumbo a Nueva York; también a bordo, por pura coincidencia, se encontraba Ernest Simpson, que hacía el viaje para casarse con Mary Kirk Raffray. Su compañía había vendido el barco de vapor Leviathan para chatarra. El día 28 Winston Churchill escribió al duque:

> He seguido con gran interés su visita a Alemania. Me han dicho que cuando en los noticiarios de los cines del país aparecían escenas de la misma, las imágenes de Su Alteza Real eran siempre muy aplaudidas. Antes de que se produjera el viaje me temía que este pudiera ofender al gran número de antinazis de este país, muchos de los cuales son sus amigos y admiradores; pero debo admitir que no parece haber tenido tal efecto, y me alegra ver que todo ha transcurrido con tanta distinción y éxito.

Los duques de Windsor continuaron preparando su viaje a Estados Unidos. El Departamento de Estado de Washington envió un aluvión de informes en relación con la visita. Todos los miembros del gobierno, especialmente el secretario de Interior, un antinazi declarado, Harold L. Ickes, se encontraban muy incómodos con el asunto. Según Charles Bedaux (hijo), la señora Roosevelt se puso en contacto con los líderes sindicales de la ciudad natal de Wallis, Baltimore, para instarles a boicotear la visita basándose en que el sistema de puntos de Bedaux para las fábricas era inaceptable y que nadie a quien él patrocinara debía ser bienvenido. El 2 de noviembre, sir Ronald Lindsay se reunió en Washington con Sumner Welles, subsecretario de Estado opuesto al nazismo, para transmitirle los detalles de la actitud de la Casa Real hacia los duques de Windsor. Entre otras cosas, le dijo:

> [El rey y la reina] entienden que, en este momento, cuando el nuevo rey [se encuentra] en una situación difícil y [está] intentando ganarse el afecto y la confianza de sus compatriotas, sin poseer el atractivo popular que el duque de Windsor [sí tiene], es particularmente desafortunado que el duque […] [se] ponga a sí mismo en una posición en la que parece estar constantemente pretendiendo ser el centro de atención […]. [He notado] en toda la clase gobernante de Inglaterra un sentimiento muy vehemente de indignación contra el camino escogido por el duque de Windsor, que se basa en parte en el resentimiento ocasionado por la renuncia a sus responsabilidades, y en parte

> aún mayor por la aparente injusticia de su actitud actual con respecto a su hermano, el rey […]. En los círculos de la corte y en el Ministerio de Asuntos Exteriores y en parte de los líderes de los partidos políticos, este sentimiento bordea [el] estado de histeria […]. Este sentimiento de indignación se ha extendido debido al hecho de que los partidarios activos del duque de Windsor dentro de Inglaterra son conocidos por mostrar inclinación hacia las dictaduras fascistas, y ese reciente viaje a Alemania realizado por el duque de Windsor y el ostentoso recibimiento que le brindaron Hitler y su régimen solo [pueden] ser considerados como un deseo por parte del duque de Windsor de dejarse arrastrar por esas tendencias.

Lindsay, expresando su propia opinión, manifestó que no creía que el duque fuera consciente de estar siendo explotado de esta manera, señal, como el resto de la declaración, de que no estaba entendiendo completamente los actuales propósitos del duque: convertirse en un estadista sin cargo. Sin embargo, a continuación decía que el gobierno británico haría todo lo posible por evitar acción alguna que convirtiera al duque en un mártir; al mismo tiempo, no se le permitiría presentar al duque al presidente, algo claramente debido a una orden real. En respuesta, Welles dijo que ningún representante del gobierno estadounidense acompañaría a los duques de Windsor en su visita; el duque sería recibido por funcionarios en cada una de las ciudades y se le enseñaría lo que deseara ver, y ese sería el final del asunto. Welles dejó dolorosamente claro que, aunque el duque sería recibido de forma oficiosa en la Casa Blanca, esto no sería considerado una visita de Estado ni mucho menos y que no se acordarían privilegios especiales a través de George T. Summerlin, jefe de protocolo del Departamento de Estado, que actuaría como anfitrión en Washington. Se planteó la duda de si la duquesa sería tratada como Su Alteza Real. El duque había dejado claro que él requería que se utilizara el tratamiento. Sir Ronald Lindsay pidió expresamente que no se hiciera. El asunto seguía sin resolverse.

La visita recordaría a la realizada a Alemania en cuanto a su énfasis en la industria y en las condiciones de trabajo y alojamiento.

La Federación de Trabajadores de Baltimore adoptó por unanimidad una resolución que condenaba la visita de los duques de Windsor, atacando a Charles Bedaux como «archienemigo del trabajo organizado». En una tormentosa reunión, el líder de Baltimore de la Federación Estadounidense del Trabajo, Joseph P. McCurdy, dijo innecesariamente: «La duquesa, cuando

vivía aquí, no mostraba ningún interés por el trabajo de sus compatriotas ni por las clases trabajadoras de su país». A pesar de que él daría un discurso, la BBC anunció que no retransmitiría la señal de la NBC, ni siquiera aunque en ella estuviera participando la cadena estatal canadiense.

El 4 de noviembre, el doctor William E. Dodd, hijo del embajador estadounidense en Alemania y acérrimo enemigo de los nazis, dijo en la reunión de un comité de ciudadanos celebrada en Filadelfia, y más tarde en una emisión local, que el duque de Windsor podría «pretender convencer a los americanos de los logros del nacionalsocialismo en Alemania». Más organizaciones de trabajadores atacaron la visita, siguiendo el ejemplo de Baltimore, cuando los duques de Windsor asistieron a un banquete de gala celebrado en la embajada estadounidense en París; irónicamente, el antiguo primer ministro y enemigo declarado de los nazis Léon Blum y su mujer se encontraban entre los invitados. A los duques de Windsor les molestó el hecho de que Charles Bedaux de repente se viniera abajo a la vista de la oposición, ofreciendo su disposición a retirarse del papel de organizador de la visita. El duque declinó su ofrecimiento, pero a él y Wallis les hizo vacilar una declaración posterior de Bedaux: «De cien oportunidades de que [los duques de Windsor] vinieran, se han esfumado noventa». Acababa de recibir la notificación de que el Departamento de Estado, en respuesta a la petición cursada por sir Ronald Lindsay, no utilizaría el tratamiento de Su Alteza Real para dirigirse a la duquesa.

La declaración de Bedaux no se transmitió a los duques de Windsor en persona, y a estos les llegó de forma inconveniente y desagradable por la radio. Se disgustaron mucho. Es evidente que, si Bedaux se hubiera mantenido firme, probablemente habrían continuado con el viaje, y de hecho, el 5 de noviembre, sus baúles seguían estando preparados. Esa tarde, sir Ronald Lindsay telefoneó al duque a París. Le dijo que había advertido con el más profundo desasosiego la corriente de opinión en contra de la visita. El duque le comunicó que estaba pensando en prescindir de Bedaux y realizar la visita sin él; Lindsay le contestó que no sabía que el duque dependiera tanto de los arreglos de Bedaux con respecto al viaje. El duque le reveló que William Bullitt, desde París, le animaba a que continuara, mientras Bedaux le alentaba a que desistiera. Pensaba que quizá podía recortar el viaje, restringiéndolo a Washington. Lindsay le manifestó que esto causaría lamentables dificultades. Entonces, incansable, el duque le dijo que tal vez pospondría el viaje; si lo hacía, preguntó, ¿podría realizar el viaje más adelante? A lo que Lindsay le contestó: «Si hace eso, no se le permitirá volver

a realizarlo nunca». «¿Está asustado?», le preguntó el duque. «Señor», contestó Lindsay, «me temo que el viaje causará cierto descrédito de la monarquía británica a ojos de los estadounidenses».

Una hora más tarde, el duque telefoneó a un número que él pensaba que era el de William Bullitt, pero accidentalmente había llamado al teléfono privado de sir Eric Phipps. Comenzó diciendo que agradecía el consejo de Bullitt de visitar Estados Unidos a pesar de la campaña en contra. Phipps animó al duque a que desoyera las recomendaciones de Bullitt y el duque le escuchó.

La noche siguiente, los duques de Windsor publicaron un comunicado de prensa en el que informaban de que habían decidido posponer su viaje. En un esfuerzo desesperado por vencer las acusaciones de nazismo en su contra, de forma imprudente afirmaron que visitarían la Unión Soviética. Según una información de Associated Press, autorizada por el duque, el propósito de la visita a Rusia sería «equilibrar la visita a Alemania» y «demostrarle al mundo que el duque no se metía en política».

Más tarde, la señora Roosevelt le contó a lady Lindsay una curiosa historia. El barco que iba a llevar a los duques de Windsor debía atracar el 11 de noviembre, Día del Armisticio. Los duques de Windsor habrían llegado a Washington a tiempo de que se les permitiera visitar el cementerio de Arlington y depositar una corona de flores sobre la tumba del soldado desconocido. La señora Roosevelt, decidida a impedirlo, había arreglado las cosas para que el tren se retrasara deliberadamente y ese acto no pudiera tener lugar.

13 EN TINIEBLAS

Fue en esa época cuando Wallis se embarcó en la aventura más peligrosa, emocional y sexual de su vida. Después de abandonar a Guy Trundle, se convirtió en la amante del embajador estadounidense en Francia, William Christian Bullitt.

El interés de este por Wallis comenzó a mostrarse el 22 de febrero de 1935, cuando escribió a Roosevelt diciéndole que, mientras pasaba esa semana en Londres, había recibido una invitación de «una encantadora dama de Maryland» para que fuera a Fort Belvedere, pero que había tenido que rechazarla ya que debía ir a Moscú esa misma semana. En ese momento no sabía que la encantadora dama de Maryland, a quien visitaría en distintas ocasiones como invitado de su marido en la casa de Bryanston Court, le atraparía en una relación que pudo haber arruinado su carrera diplomática.

Nacido en la élite de Filadelfia, hijo de un acaudalado comerciante de carbón, y que decía contar entre sus ancestros con George Washington, Pocahontas y Fletcher Christian, el oficial de *El motín de la Bounty*, Bullitt fue educado en el lujo por sus padres, que le adoraban. Se convirtió en alguien zalamero, superficial y astuto; en otras palabras, tenía las virtudes del perfecto diplomático.

Calvo desde temprana edad, era no obstante muy atractivo; de facciones regulares, vivos ojos azules y un físico esbelto, siempre vestido con trajes de las sastrerías de Savile Row. Su riqueza y su enorme encanto se añadían a su atractivo como figura social y como político de carrera. Su pasión por Alemania comenzó en 1916, cuando él y su primera mujer, Ernesta Drinker, fueron invitados a Berlín por el káiser y su alto mando. Más tarde, se ganó la simpatía del prometedor Adolf Hitler cuando atacó públicamente el Tratado de Versalles, que despojaba a Alemania de su poder y sus colonias tras la Primera Guerra Mundial, en términos poco menos incendiarios que los del mismo Hitler.

A principios de la década de 1930, sus esfuerzos no autorizados por que se anularan las deudas de Alemania o se redujeran en un ochenta por ciento

resultaron tan peligrosos que estuvo a punto de ser arrestado conforme a los términos de la Ley Logan, que impedía a los ciudadanos estadounidenses llegar a acuerdos con potencias extranjeras si no recibían autorización presidencial.

Con la intención de espiar a la Unión Soviética, algo que, como anticomunista secreto, Bullitt haría sin problemas, el presidente Roosevelt, con su astucia habitual, le nombró embajador en Moscú, donde los rusos desconfiaron de él de forma evidente. El 23 de diciembre de 1923 se casó con su segunda esposa, Louise Bryant, viuda del comunista estadounidense John Reed; sobre la vida del matrimonio Reed dirigiría Warren Beatty en 1981 la película *Rojos*. Bryant era lesbiana, amante de la gran estrella de Broadway Eva Le Gallienne; en una novela escrita por él, basada en la relación y titulada *It's not Done*, Bullitt dibujaba a un héroe que se volvía impotente por la frigidez de su mujer. De forma grosera, se la dedicó a Bryant.

La verdad es que la impotencia con su mujer estaba causada por el descubrimiento de que era bisexual; en 1934 se enamoró de su joven y atractivo secretario privado, Carmel Offie, originario de Filadelfia y con vínculos nazis como él, al que había conocido en Washington y había trasladado de un puesto en Honduras a su embajada en Moscú. En Rusia, donde las relaciones sexuales entre hombres podían suponer la decapitación, mantuvo de forma atrevida una relación con Offie en la embajada, instalándole en su casa, con la excusa de que debía consultar asuntos con él en cualquier momento del día o de la noche.

Le torturaba su doble naturaleza y, para recibir tratamientos psicosexuales, recurrió nada menos que a Sigmund Freud, para lo que se desplazó a Viena. Freud compartía su odio por Woodrow Wilson, arquitecto del Tratado de Versalles, y ya en 1925 realizaron entre ambos un libro sensacional, que no fue publicado hasta 1966, en el que condenaban sin paliativos a Wilson.

Los vínculos de Bullitt con los conspiradores de la Casa Real alemana, liderados por la familia Hesse, comenzaron con el proyecto de Wilson y continuaron durante años en cooperación con Freud. Amigo del príncipe Wolfgang de Hesse, de la mujer de este, María Alejandra, y de su hermano gemelo, el príncipe Felipe de Hesse, pasaba mucho tiempo en su castillo de Friedrichshof, en Krönberg, leyendo los documentos de la Primera Guerra Mundial del canciller alemán, Maximiliano von Baden, el padre de Alejandra de Hesse, para demostrar, mediante la correspondencia que este mantuvo con

Wilson, las intrigas maquinadas por el presidente estadounidense para destruir por completo a Alemania.

En 1934, Bullitt se divorció de Louise y abandonó Rusia; nombrado embajador en Francia en 1935, alentó la ruptura del pacto francosoviético que los liberales creían que podría haber evitado la Segunda Guerra Mundial. Se opuso al Frente Popular Francés, partido antinazi, conspiró con la Quinta Columna parisina, incitó a los franceses para que enviaran 350 000 hombres a Irak, Siria y Turquía, socavando así de forma peligrosa la defensa nacional, y concedió su pleno apoyo a figuras tan flagrantemente favorables a los nazis como Stéphane Lauzanne, editor de *Le Matin* y huésped habitual de Hitler; Maurice Bunau-Varilla, jefe de Lauzanne y hermano del promotor jefe del canal de Panamá; y Armand Grégoire, abogado de Wallis que representó a Bullitt así como a Elsa Schiaparelli y a Ribbentrop, examante de Wallis.

Bullitt contaba además con otro vínculo fascista de alto nivel que implicaba directamente a la familia Hesse. En una época en la que el príncipe Felipe actuaba como emisario de Hitler ante Mussolini, además de ser el esposo de la princesa Mafalda, hija del rey Víctor Manuel, una tía de Bullitt, Louise, se casó con una de las figuras prominentes de la aristocracia italiana, favorable al fascismo, el duque de Assergio, y organizaba en Roma tertulias fascistas que Bullitt frecuentaba.

No está claro cuándo comenzó exactamente el idilio de Wallis con Bullitt, pero la ausencia de este en la boda de ella, muy sorprendente dado que era el embajador en París en aquel momento, puede ser una señal de que al menos se encontraban al comienzo de una relación romántica ya en aquel momento. El fallecido Charles Bedaux, hijo del amigo y anfitrión de Wallis, pensaba que su relación había comenzado en noviembre de 1936. La cuestión es ¿por qué Bullitt, que tenía dinero, atractivo, encanto y una incomparable posición diplomática, y podía escoger entre todas las mujeres de París, arriesgó su carrera por liarse con la mujer más famosa de Europa? Al ponerle los cuernos al duque de Windsor podría haber provocado que apareciera en la prensa una historia ruinosa, a la que habría seguido un divorcio aún más sensacionalista.

La respuesta yace claramente en el hecho de que él —aún con Carmel Offie, con el que irónicamente Wallis jugaba a menudo al *gin rummy* en la embajada estadounidense en París— necesitaba de nuevo a otra mujer, pero se veía amenazado, al igual que en la relación con su mujer Louise Bryant, por el problema de la impotencia del que le estaba tratando Freud. Wallis, con la ayuda de sus técnicas sexuales chinas, podía excitarle y satisfacerle,

devolviéndole su confianza como hombre. Después de todo, ¿acaso no había hecho lo mismo por su marido?

La duda, al igual que con Guy Trundle, era si Wallis sería capaz de mantener el idilio sin que el celoso y posesivo duque se enterara. En la mayoría de los matrimonios de la alta sociedad, el adulterio se consideraba algo aceptable, quizá incluso deseable. Pero el duque de Windsor no era ni sofisticado ni flexible. Debía ocultársele la verdad costara lo que costara.

La respuesta, de nuevo, era Elsa Schiaparelli. Su suntuosa *boutique*, situada en la plaza Vendôme, disponía de numerosas habitaciones reservadas que se usaban de probadores, cualquiera de las cuales podía convertirse en un dormitorio. El diseñador Mainbocher, nacido en Estados Unidos y del que Wallis también adquiría ropa, era un cotilla atolondrado de quien no se podía esperar que fuera a mantener la boca cerrada. Otros que ayudaron a encubrir a Bullitt fueron el emisario nazi Otto Abetz, amigo de Hitler, y su mujer, la mecenas de las artes francesa Suzanne de Bruyker. También le dio cobertura la joven abogada Suzanne Blum, una amiga íntima de Bullitt que un día llegaría a ser la abogada de Wallis.

Debido a los vínculos fascistas de Bullitt, sir Robert Vansittart y sir Alexander Cadogan, del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, buscaban —a través del agente del Servicio Secreto de Inteligencia en París Wilfred Alfred Dunderdale— a un espía apropiado que pudiera observar la relación de Wallis de primera mano y evitar un escándalo real al asegurarse de que el duque de Windsor no se enterara. Desde su apartamento situado en el número 1 de la avenida Charles Floquet, Dunderdale comenzó a buscar al espía apropiado. Se decidió por una de sus agentes preferidas de la alta sociedad, la extraordinaria lady Jane Williams-Taylor, a la que Wallis conocía muy bien.

Hija de un magnate canadiense de la madera, lady Williams-Taylor era la reina de la alta sociedad de Montreal y Bahamas, así como una de las figuras más prominentes de Nueva York, Londres, París y Palm Beach. Alta e imponente, dotada de una voz bella y modulada, y una voluntad firme y decidida, tenía setenta y dos años cuando Dunderdale y su equipo le encomendaron esta importante tarea.

Nació en Hyacinth, en la provincia de Quebec, en 1865, en una familia bastante distinguida; uno de sus tíos había sido tutor de los hijos de la reina Victoria. Combinaba unos modales formidablemente autoritarios con contradictorios rasgos de vulgaridad; era capaz, en las fiestas de sociedad, de señalar, las entrepiernas de los pantalones de los caballeros y hacer comentarios sobre sus atributos que provocaban el horror o la diversión entre

los invitados; era conocida por las series de amantes de que disponía pero por guapos que fueran, o la satisfacían rápido o eran descartados tan precipitadamente como si se tratara de caballos cojos en un establo de purasangres.

Se decidió por un marido, no de familia rica, sino más bien pobre, al que pudiera controlar toda su vida. Frederick Williams-Taylor era atractivo, viril, de rasgos elegantes y musculoso: justo su tipo. Humilde empleado del Banco de Montreal, ascendió rápidamente gracias a la influencia de ella, y su dominio de las finanzas le llevó a lo más alto. Excelente jinete, elegante y afable, buen nadador y jugador de tenis, bádminton y *bridge*, acompañaba a su mujer en las fiestas de la deslumbrante alta sociedad y nadie se sorprendió de que en 1913 lo nombraran caballero de la Corona británica.

En 1934, lady Jane conoció a su admirado Adolf Hitler en Múnich, y poco después de unirse al Servicio Secreto de Inteligencia del almirante Sinclair en Londres utilizaría como tarjeta de visita su habilidad para fingir ser una ardiente partidaria del Führer. Durante años, mantuvo un retrato al óleo de Hitler en los lugares donde vivía: el Claridge y Hans Court en Londres, el Ritz en París y Star Acres, su legendaria propiedad de Bahamas.

Obtuvo renombre internacional porque su nieta, Brenda Frazier, fue una de las mujeres de las que más se habló en su momento. Debutante de la alta sociedad de belleza legendaria, cuyas fotografías y entrevistas aparecían en casi todas las revistas femeninas de Estados Unidos, Brenda, confabulada con su marido, John *Shipwreck* Kelly, trabajó junto a lady Jane en el Servicio Secreto de Inteligencia.

Bajo las órdenes de Wilfred Dunderdale, y con la cooperación de Millard E. Tydings, senador por Maryland, y Marjorie Merriweather Post, heredera del imperio de los cereales Post Toasties, lady Williams-Taylor se las arregló para comprar en Schiaparelli, asistir a diversas fiestas a las que estaban invitados Wallis y su marido, e informar con regularidad de las conexiones políticas y sexuales que esta mantenía con Bullitt. Al mismo tiempo actuó de señuelo, invitando al duque de Windsor en varias ocasiones a tomar el té de la tarde y a otros eventos para que no insistiera en acompañar a Wallis a sus pruebas en Schiaparelli. Con Constance Coolidge, íntima amiga de Wallis, podía lograr que esta entrara a la *boutique* por una puerta trasera secreta, protegida por la policía, para que la inevitable muchedumbre de curiosos que perseguía a los famosos no la acosaran.

Durante la relación, interrumpida con frecuencia por los viajes de Bullitt a Washington y Berlín, el traicionero embajador siguió invitando a cenar a los

duques de Windsor a la casa que compartía con Carmel Offie en el número 2 de la avenida Iena, y a su casa de campo, Saint-Firmin, en Chantilly, a la orilla del Oise, donde también vivía Offie. Mantuvo su descarada hipocresía con su habilidad habitual. En una carta le contó a Roosevelt con aprobación que el duque «seguía muy enamorado de su mujer».

Bullitt, concentrado en apaciguar a los nazis y oponerse a los rusos, asuntos en los que tuvo en Wallis una aliada constante, se reunió ese mes en Berlín con Goering y un viejo amigo de su tía Louise, el embajador de Mussolini Bernardo Attolico, también relacionado con Felipe de Hesse. El resultado del encuentro fue una recomendación a Roosevelt, que redactó en una carta fechada en París el 23 de noviembre, en la que, tras dar cuenta de forma extendida y astuta de William E. Dodd —embajador liberal en Berlín al que los nazis, y él mismo, odiaban—, decía:

> La única forma que veo de que el crecimiento del poder de Alemania se use para propósitos constructivos y no destructivos es que se generalice el esfuerzo por otorgar […] concesiones a Alemania como parte de un plan general para la unificación de Europa.

Las concesiones a las que se refería eran las inminentes anexiones de Austria y Checoslovaquia. Añadía: «Los alemanes albergan el más profundo deseo de mejorar las relaciones con nosotros y podemos influir en ellos». La noche siguiente, al invitarlos a cenar, encontró un público comprensivo en los duques de Windsor, y Wallis le contó el comentario que le había hecho Hitler a ella de que las civilizaciones futuras compararían las ruinas de Alemania de esta época con las de los griegos; era una comparación absurda, en el mejor de los casos, pero fue recibida con placer por el embajador.

El fracaso de los planes de Bullitt para la visita a Estados Unidos supuso un desastre para los duques de Windsor. Cometieron dos errores: el primero fue no asumir el riesgo del viaje a Alemania y el segundo, venirse abajo ante las objeciones de un pequeño número de organizaciones sindicales. John L. Lewis, líder sindicalista estadounidense, era, según Charles Bedaux (hijo), un devoto admirador de su padre, y no habría permitido que se produjera una huelga general en las ciudades que visitaran los duques de Windsor. Sin embargo, sus enemigos estuvieron encantados de que se suspendiera la visita.

El 10 de noviembre, el reverendo J. L. C. Dart, párroco anglicano en la iglesia de San Jorge de París, anunció que no daría la bienvenida a los duques

de Windsor en caso de que estos asistieran a los servicios del Día del Armisticio que se celebrarían al día siguiente. No dejaría de proporcionarles un buen sitio pero no hablaría con ellos. Por lo que a él respectaba, «el matrimonio solo acababa ante Dios y cuando así lo determinaba la muerte», con lo que Wallis seguía estando casada con su primer marido. Los duques de Windsor no aparecieron. Mientras tanto, el *New York Times* informó de que en el palacio de Buckingham había supuesto un alivio la decisión de los duques de Windsor de no viajar a Estados Unidos, decisión que había sido al mismo tiempo aplaudida por los leales al gobierno de la República en España. *Voz*, el diario republicano, manifestó en un editorial: «Los duques de Windsor abandonaron la visita que pensaban realizar a Estados Unidos […]. Primero fue el hijo de Mussolini, y luego los duques. A este paso, ningún fascista podrá salir de Berlín o Roma».

Después de llegar a Nueva York en el barco francés Normandie, lord Beaverbrook, no contento con haber provocado que Wallis debiera abandonar Inglaterra un año antes, dijo que el duque «debería dejar la vida pública». Durante cierto tiempo, tanto la duquesa como él lo hicieron. Permanecieron durante varias semanas en el Meurice, en su *suite* con vistas a los extensos y arbolados jardines de las Tullerías y al Sena. El inspector jefe Storrier seguía formando parte del séquito. Y también Dudley Forwood.

Ese mes tuvieron lugar varios eventos. El 9 de noviembre, Mary Kirk se divorció de Jacques Raffray, y nueve días más tarde se casó con Ernest Simpson en una ceremonia celebrada en la casa que su familia tenía en Fairfield (Connecticut). Iban a pasar la luna de miel en Londres. Él tenía en ese momento cuarenta años y ella, cuarenta y uno. A ambos les esperaba un futuro trágico. Su hijo, Henry, nació el 28 de septiembre de 1939; fue evacuado a Estados Unidos, adonde le acompañó su madre. Ella regresaba, cruzando en barco aguas infestadas de submarinos, cuando notó los primeros síntomas de un cáncer. Debido a las incursiones de los submarinos, el barco fue desviado a Lisboa, pero ella insistió en ir a Londres a trabajar con la Cruz Roja como enfermera voluntaria durante los bombardeos. Enferma de gravedad, regresó a Estados Unidos, aunque volvió a Inglaterra para morir allí, a la edad de cuarenta y tres años, el 2 de octubre de 1941. Ernest murió a los sesenta y dos, víctima de un cáncer de garganta, el 30 de noviembre de 1958. Idéntica causa de muerte se llevaría también al tercer marido de Wallis.

Ese mismo mes, la gran duquesa de Hesse, prima del duque de Windsor, falleció cuando el avión en el que viajaba a la boda del príncipe Luis, hermano de su marido, y la hija de sir Auckland Geddes colisionó con una

chimenea de ladrillo en Ostende. La boda, a la que no pudieron asistir los duques de Windsor, se celebró de riguroso luto, y la novia vistió un traje negro.

En la tercera semana de noviembre, la demanda por difamación que había presentado el duque contra Geoffrey Dennis, autor de *Coronation Commentary*, fue vista en Londres. El abogado del duque, sir William Jowitt, abogado de la Corona, presentó una renuncia; afirmó que el duque retiraba la demanda a cambio de una indemnización no especificada y una disculpa. El principal pasaje del libro sobre el que se había quejado decía: «La mujer que ahora es la mujer del demandante ocupaba, antes de su matrimonio con él, el papel de amante».

El 25 de noviembre, los duques de Windsor asistieron a los servicios de Acción de Gracias en la iglesia estadounidense. Se sentaron con William Bullitt, quien leyó el discurso de Acción de Gracias del presidente Roosevelt.

El día 30, la prensa mencionó que los duques de Windsor (a los que ni siquiera se les había ocurrido esa idea) visitarían Argentina. Con un humor seco, Hardinge le comunicó a Vansittart: «No se pondrá ninguna objeción, por supuesto, a una visita prolongada de los duques de Windsor a Argentina». Claramente confiaba en que no volvieran nunca.

En Navidad, los Rogers, que habían zarpado hacia Nueva York, dispusieron las cosas para prestarles a los duques de Windsor su villa de la Riviera, Lou Viei. Dudley Forwood y el resto del séquito se adelantaron en coche para prepararlo todo, mientras los duques de Windsor irían más tarde en tren. En el equipaje del duque había una serie completa de fotografías de su visita a Hitler. Dos años más tarde, cuando la sobrina política de los Rogers, la señora de Edmund Pendleton Rogers, se encontraba de visita en Francia, el duque le enseñó con orgullo esas mismas fotografías. La duquesa se mostró bastante indiferente.

Después de compartir la cena de Nochebuena con varios amigos canadienses, el duque visitó a un florista y le compró orquídeas, violetas blancas y lilas por valor de trescientas libras para la duquesa, que estaba encantada. Sin embargo, al día siguiente, Navidad, volvió a sumirse en la tristeza porque el duque tenía una úlcera en la mandíbula por descuidar sus dientes y tenía que someterse a una intervención de ortodoncia.

El 28 de septiembre sir Eric Phipps escribió a Anthony Eden desde París, en relación a una afirmación realizada por su predecesor en el cargo de embajador, Tyrrell:

Tyrrell, que ha estado aquí durante una semana, le contó a un miembro de mi equipo la siguiente historia asombrosa.

Hace un tiempo, un corresponsal especial del *Daily Herald* vino a entrevistar al duque de Windsor. A Tyrrell se le mostró la entrevista, en la que se afirmaba que Su Alteza Real había dicho que, si el Partido Laborista lo deseaba y estaba en posición de ofrecérselo, estaría dispuesto a ser el presidente de la República de Inglaterra. Tyrrell presionó a Greenwood para que se omitiera cualquier referencia a la entrevista, que tanto le había sorprendido y horrorizado. Greenwood prometió que así sería y entiendo que, hasta ahora, la entrevista no ha salido a la luz. En respuesta a una pregunta planteada por un miembro de mi equipo en referencia a si el gobierno conocía las declaraciones, Tyrrell dijo: «Creo que quizá no el gobierno, aunque posiblemente sí el primer ministro». Yo no he informado a ninguno de los anteriormente mencionados salvo a usted.

Los duques de Windsor seguían en el sur de Francia. Durante la Nochevieja de 1937, estaban con su amiga la honorable señora de Reginald Fellowes cuando el duque ganó una sustanciosa suma al bacará en el Monte Carlo Sporting Club. Tres días más tarde, Lloyd George llegó desde Londres a visitarlos; les contó que en los periódicos de París se decía que el obispo de Bermudas había ordenado que se quitaran los retratos de los duques de Windsor del escaparate de una tienda local; cuando el encargado se negó, el obispo arrancó y destrozó las fotografías él mismo. Winston Churchill también apareció; la conversación giró acerca de todos los problemas que había suscitado la visita real a Alemania. El día 7, los duques de Windsor asistieron a una cena celebrada por Maxine Elliott en el castillo de l'Horizon. Lloyd George y Winston Churchill también asistieron.

Cuando llegaron los duques de Windsor, cruzando un pequeño puente, fueron recibidos en la puerta por el sobrino político de Maxine, el analista político Vincent Sheean. Maxine, que había tenido una belleza legendaria, aún seguía siendo atractiva con su pelo blanco cardado y un vestido de noche de Chanel. La duquesa, a la que se había avisado de que Maxine vestiría de blanco, logró eclipsar a su anfitriona al presentarse de negro. Maxine consiguió realizar una reverencia, mientras Vincent Sheean, que también había recibido instrucciones, se inclinó.

En la cena, el duque presidió la mesa, y la conversación fue animada. Sheean señaló en sus memorias, *Between the Thunder and the Sun*, que la charla giró en torno a las condiciones de los mineros galeses y a la necesidad

de mejorar su estado mediante la legislación. Inconsciente —o maliciosamente consciente— del hecho de que Sheean era muy de izquierdas y un ferviente defensor de los republicanos españoles, el duque alabó la legislación social de los nazis:

> A él y a la duquesa el doctor Ley les había asegurado que todas las minas de Alemania disponían de espaciosas, e incluso lujosas, instalaciones para bañarse al salir de la bocamina. De hecho, ellos mismos habían visitado esos baños en su viaje a Alemania meses antes. El señor Churchill no disfrutó especialmente de que se alabara al régimen nazi, y aunque se había mantenido considerablemente callado durante la cena (deferente como un colegial ante la autoridad del señor Lloyd George y el duque), acabó tomando la palabra para decir que él había propuesto la obligatoriedad de instalar duchas en las bocaminas hacía ya mucho tiempo.

Sheean observó que no se podía dudar del verdadero interés por el tema de todos los presentes, si bien «este quedaba confundido por una incurable frivolidad, dada la astronómica lejanía de los presentes respecto a las condiciones de vida de las que hablaban». Obviamente, el duque deseaba ver a los mineros «aseados, sanos y satisfechos, pero como desearía que estuvieran sus caballos o perros; para él no se trataba de hombres o de sus hermanos». Sheean añadió, con igual sagacidad:

> La duquesa, tan esbelta y elegante, tan evocadora de innumerables *boutiques*, modistos, manicuras y peluquerías, parecía no poder estar más lejos de una bocamina, e intenté imaginarme cómo habría sido la situación cuando el doctor Ley, tan hinchado por […] el esnobismo de los oficiales alemanes, le mostrara los baños de los mineros del Ruhr.

La noche se tornó cada vez más surrealista cuando el curtido periodista observó aturdido e incrédulo cómo Churchill, Lloyd George, los duques y el resto de los invitados discutían de pobreza y lucha rodeados de muebles caros, copas de cristal y cubiertos de plata: «Pensé que era como el rato del almuerzo de un guardia de circulación situado en su torre; si uno se giraba y se concentraba en el jamón, se olvidaba de la calle».

El 9 de enero los duques de Windsor regresaron al Meurice; tres noches más tarde la policía arrestó a un hombre que intentaba entrar en su *suite*. Ciudadano sueco y antinazi, se sospechaba que intentara perpetrar un asesinato.

El día 18, el duque intercedió con el gobierno español para arreglar, a través del embajador, sir Henry Chilton, la salida de prisión del diplomático franquista don Javier Bermejillo, al que él y Wallis habían conocido en Londres cuando Bermejillo había trabajado en esa embajada. Este hecho solo salió a la luz porque a Chilton le robaron la cartera en Londres y debió darle a la policía una lista de su contenido. Entre sus objetos personales, estaba la solicitud escrita del duque. Este acto de ayuda a un fascista no ayudó mucho a mejorar su imagen.

El día 26, después de una búsqueda prolongada, los duques de Windsor por fin encontraron una residencia en París que les gustaba a ambos: el castillo Le Maye, en Versalles. La propiedad pertenecía a la viuda estadounidense del político francés Paul Dupuy. Magníficamente amueblada, disponía de pista de tenis, campo de golf y piscina. Concertaron un alquiler de seis meses, se mudaron el 7 de febrero y trasladaron allí gran parte del mobiliario almacenado en Fort Belvedere, York House y la casa de Wallis de Cumberland Terrace. Sin embargo, a los dos meses se habían cansado de la casa.

En marzo, William Bullitt fue convocado a Washington por el presidente Roosevelt, que no estaba nada satisfecho con los vínculos nazis e italianos de su embajador. Le sugirió a Bullitt, sin apenas disfrazar su diversión ni su satisfacción, que se presentara a gobernador de Pensilvania. Hizo falta que Bullitt echara mano de toda su habilidad de persuasión para poder mantener su puesto en París.

Fue un mes tormentoso en Francia. El traicionero y resbaladizo primer ministro, Camille Chautemps, tras presidir un gabinete débilmente compuesto por elementos de derechas e izquierdas, dimitió ante la furia popular provocada por sus políticas antisociales, y la nación quedó paralizada por huelgas en el sector de la industria y el transporte. El llamado amigo de los trabajadores, Léon Blum, fue obligado a formar un nuevo gobierno para evitar un colapso nacional, y durante varios días el país careció de gobierno oficial.

Wallis conservaba sus distracciones de mujer rica. Destacaba entre las mismas acudir al hipódromo de Auteuil, donde ella y el duque iban invitados por el presidente del club hípico, el conde Delaire de Cambacérès, duque de Parma, y su célebre socio, el marqués de Crozet de Languedoc. Allí, Wallis

veía con frecuencia a su íntima amiga Constance Coolidge, amante ocasional de H. G. Wells.

Constance era una compañía fascinante, si bien algo atolondrada; integrante de la alta sociedad bostoniana, incluso John Singer Sargent la había inmortalizado en un retrato. Hermosa, morena, tan promiscua como la propia Wallis, recibía a menudo a los duques de Windsor en su lujoso apartamento, situado en el número 11 de la Rue Maspero, cerca del hipódromo.

Sus innumerables idilios con hombres atractivos se intercalaron con varios matrimonios breves y malogrados; el primero, con el diplomático estadounidense Ray Atherton, que la llevó a China justo antes de que Wallis estuviera allí; el segundo, con el extravagante conde Chapelle du Jumilhac, del castillo de Dreux-Bresée, de Chèze sur Argos (que más tarde se casaría con otra estadounidense, Ethel Barbey); y el tercero, un paso atrás, con el monótono hombre de prensa Eliot Rogers, a quien abandonó cuando este no estuvo a la altura de sus precisas necesidades en el dormitorio.

En marzo de 1938, Constance era amante del prominente y atractivo Philippe Barrès, analista político y corresponsal en Berlín durante mucho tiempo del diario *Le Matin*, partidario de Hitler. Era hijo del escritor mundialmente conocido y exponente del nacionalismo Maurice Barrès, que da nombre a una calle de París.

La propia Constance era profundamente antinazi, y dejó escrito en su diario ese mes su pavor al movimiento de las tropas de Hitler por Europa, como si se tratara de una enfermedad mortal, un punto de vista que mantenía oculto a los duques de Windsor, quizá con intención de ver cuáles eran las intenciones de ellos. Barrès había sido un firme defensor de la causa nazi; su obra *Sous la vague hitlérienne*, publicada en 1933, era un relato algo crítico pero más bien eufórico del ascenso al poder del Führer. Pero para 1938, cuando conoció y se enamoró de Constance, ya había empezado a desilusionarse, al ver que este representaba una amenaza para el poder y la autonomía de Francia, a la que había dedicado su vida, al igual que había hecho su padre.

Había dejado el puesto de corresponsal en Berlín cuando incluso sus más leves críticas a Hitler se habían visto relegadas a las páginas centrales o finales de *Le Matin*. En ese momento estaba pensando en dimitir como articulista en París, ya que mantenía un conflicto con Stéphane Lauzanne, editor jefe y ardiente defensor de Hitler, y Maurice Bunau-Varilla, propietario dictatorial y apasionado del Führer. Al igual que Constance, soportaba el

fascismo de los duques de Windsor, probablemente para calibrar cuán peligrosos eran.

Una noche, mientras cenaban en el apartamento de la rue Maspero de Constance, el duque la molestó al decir, muy típico en él, en referencia a los rumores que hablaban de Checoslovaquia como la próxima conquista de Hitler después de Austria: «Es un país ridículo. No es una nación sino un invento de [el presidente] Woodrow Wilson. ¿Quién iba a embarcarse en una guerra por un lugar así?». Estaba aludiendo al acuerdo de Wilson del 3 de septiembre de 1918 para garantizar la funesta independencia de Checoslovaquia del imperio austrohúngaro en disolución; una acción noble vilipendiada por Bullitt en su libro escrito con Sigmund Freud.

El 22 de marzo Wallis y el duque salieron en coche hacia el sur de Francia para visitar al millonario estadounidense Ogden Codman y plantearle alquilar su castillo en Antibes, Leopolda, llamado así en honor a su anterior dueño, el rey Leopoldo de Bélgica, partidario de la causa nazi. Al día siguiente, Constance Coolidge almorzó en París con el conde de Cambacérès, quien la informó de que debería ocuparse inmediatamente de un asunto importante en relación con los duques de Windsor.

Él dijo que se había puesto en contacto con él una tal madame Maroni, quien deseaba verla cuanto antes. Madame Maroni, según él, vivía a una distancia de un corto paseo del apartamento de Constance, en el número 36 del Boulevard Emile Augier, también en el distrito 16 y bastante cerca del hipódromo de Auteuil.

A pesar de la distinción del conde, Constance se sintió incómoda con el asunto. Cuando madame Maroni la llamó dos veces, le ordenó a Victor, su mayordomo, que dijera que había salido. Pero la mujer insistió; su sirviente hizo algunas llamadas, y finalmente Constance se rindió. Invitada a tomar el té el día 23 de marzo, en lugar de ello fue esa noche. De forma imprudente, no comprobó los registros de sociedad (*Tout Paris y Bottin Mondain*), que le habrían hecho ver que el único Maroni existente en París, Fernand Maroni, editor jefe del legendario diario conservador *Journal des Débats*, estaba soltero y vivía en el número 10 de la avenida Bugeaud, también bastante cerca de ella y del hipódromo de Auteuil, en el mismo distrito 16.

Al llegar al edificio de apartamentos, no le impresionó el anciano y desaliñado conserje del vestíbulo; tomó el ascensor al tercer piso, que, de haber consultado los registros de sociedad, sabría que no estaba ocupado por ningún Maroni sino por un tal Gustave Badollet de Le Touquet, que se encontraba fuera. El mayordomo de chaqueta blanca que le abrió la puerta

tampoco la impresionó y se sintió aún más incómoda al conocer a su anfitriona italiana, que se presentó mal maquillada, con el pelo teñido, y que tenía la apariencia de ser una aventurera ambiciosa. El fondo de unos sofás y cortinas de vulgar satén blanco tampoco tranquilizaba mucho al visitante.

La mujer hablaba mediante insinuaciones, sugerencias y susurros. Esencialmente, lo que decía era que estaba actuando en nombre de una amiga muy bien situada; después de un rato, le comunicó que su amiga era una duquesa. Como una tonta, Constance no le preguntó el nombre de la duquesa, pero escuchó incómoda cuando madame Maroni le dijo que la aristócrata concernida tenía en su posesión cartas, documentos y fotografías de lo más sensacionalistas que podrían causar un gran daño a los duques de Windsor y a la familia real británica. Aquello olía a chantaje.

«No hay que creer lo que dice la prensa», dijo la mujer, mientras Constance iba encontrándose cada vez más incómoda. Madame Maroni siguió presionando; a Constance no se le ocurrió preguntar por qué, si su amiga era duquesa, no había hablado con los duques de Windsor ella misma. Maroni le dijo que «cierto grupo» estaba dispuesto a no dejarle más salida que vender los materiales y publicarlos en Estados Unidos a menos que alguien se les adelantara; Constance debía actuar de inmediato para proteger a sus amigos.

Maroni añadió que lo único que necesitaba era ver al duque a solas. Para satisfacerle quemaría las fotografías y documentos en su presencia: algo que parecería una escena de chantaje y drama fruto de una sobredosis de Dostoyevski o ficción romántica de baja calidad.

En ese momento, el timbre sonó repetidamente; el mayordomo había desaparecido y no había nadie que abriera la puerta; tampoco la misteriosa anfitriona de Constance se molestó en excusarse e ir a ver de quién se trataba.

Llamaron con fuerza una y otra vez; finalmente la puerta se abrió de golpe y Victor, el mayordomo de Constance, apareció, muy consternado, en el salón. Le preocupaba, dijo, que algo inconveniente le hubiera sucedido a su señora.

Constance se levantó del sofá y le dijo a madame Maroni que no quería tener nada que ver con aquel asunto, y dejó claro que el chantaje no era algo que la atrajera. Después, Victor y ella salieron de allí.

De vuelta en su apartamento, muy disgustada, Constance escribió una carta a Wallis al Hôtel du Cap de Antibes, en la que le describía el desagradable encuentro, pero lo pensó mejor y no la envió. Necesitaba investigar más el asunto.

Al día siguiente, recibió una visita de su amigo el doctor Edmond Gros, distinguido médico y director del Hospital Americano de Neuilly. Le contó la historia y este se quedó tan impresionado que llamó inmediatamente a su cuñado, Stéphane Lauzanne, de *Le Matin*. Fue una decisión inteligente; si madame Maroni poseía documentos incriminatorios que vincularan a los duques de Windsor con un escándalo fascista, este podría ser silenciado por los fascistas en lugar de tener que pagar por ello.

Más tarde esa mañana, el amante de Constance, Philippe Barrès, que acababa de presentar su dimisión a Maurice Bunau-Varilla, llegó al piso de esta y le contó que Lauzanne había llevado el asunto para que el equipo de *Le Matin* lo estudiara, pero que la historia había sido rechazada de inmediato. No dijo por quién, pero obviamente la decisión había sido de Bunau-Varilla.

Constance llamó al conde de Cambacérès y acordó almorzar con él y el marqués de Crozet en el hipódromo de Maison-Laffitte. Reprendió al conde de forma severa por involucrarla en un asunto tan desagradable. No dejó escrito qué le respondió él.

Aún disgustada, Constance regresó a su apartamento esa tarde para descubrir que un «inspector de policía», como ella lo llamaba, estaba esperando para verla; no dejó escrito en su diario el nombre, pero queda claro que era ayudante del subjefe Gilbert Rochès, comisario de policía en Quai des Orfèvres, cuartel general de la Sûreté, señal de la importancia del caso. Bunau-Varilla y Stéphane Lauzanne le habían pedido que se encargara del asunto.

Constance le contó la historia. El ayudante del subjefe le confirmó que el único Maroni de París era efectivamente el distinguido editor Fernand Maroni. La corrupción de Maroni se extendía hasta el punto de ser un lacayo del imperio bancario de Lazard Frères, lo que le vinculaba directamente, y a Bunau-Varilla y Stéphane Lauzanne con él, al movimiento internacional conspirador sinarquista, fuertemente relacionado con Mussolini.

El oficial de policía la informó de que el conde de Cambacérès la había conducido sin querer a una trampa; la mujer no era madame Maroni, esposa del editor de prensa, sino una sobrina poco conocida; Constance le dijo que se sentía aliviada, ya que no podía creer que un hombre tan importante implicara a su mujer en una trama de chantaje flagrante.

En una visita al día siguiente, el «inspector» dijo que la mujer había sido doncella del duque de Windsor; que ella misma era la misteriosa mujer «muy bien situada», la tal «duquesa» que poseía las cartas y fotografías, y que tenía muy mala reputación en el distrito.

Añadió que había seguido al duque desde Viena a Le Touquet, una ciudad a unas dos horas y media de París en tren que él había visitado en más de una ocasión, y que le había enviado dos cartas, que él había entregado a la policía. Es evidente que tenían un carácter de chantaje parecido.

La mención de Le Touquet aporta una pista significativa. Gustave Badollet, el industrial retirado y ausente que le alquilaba el apartamento del tercer piso en el que la mujer que se hacía llamar Maroni habló con Constance, era el propietario de la Villa Savaral, en esa misma ciudad, y bien pudo haber recibido a los duques de Windsor allí.

El ayudante del subjefe continuó diciendo que había convocado a Maroni para interrogarle en la sede de la policía, situada en el Quai des Orfèvres; dicho Maroni había negado cualquier conocimiento del asunto y no estaba dispuesto a permitir que a su exmujer, la escritora Mathilde Maroni, con la que se había casado en Suiza, se le hiciera ninguna pregunta. Disponía de suficiente poder en París para evitar ese interrogatorio.

Cuando Constance le transmitió la historia a Philippe Barrès, a este no le hizo gracia. Prácticamente su último acto de servicio para *Le Matin* fue ir junto a un reportero al número 36 del Boulevard Emile Augier para hablar con la mujer que se hacía llamar Maroni.

Al preguntarle, como debería haber hecho Constance, qué era lo que tenía relacionado con los duques de Windsor, les reveló de forma sorprendente que los documentos y fotografías estaban relacionados con los vínculos que mantenían el duque y la familia real británica con el príncipe Felipe de Hesse.

Barrès le contó a Constance lo que había averiguado, y si ella hubiera tenido algún conocimiento de política, que no era el caso, se habría quedado en estado de *shock*. Si se hubiera hecho público que el duque de Windsor y el duque de Kent habían mantenido un contacto de tanta confianza con Felipe de Hesse, hasta el punto de intercambiar unas cartas muy peligrosas, contemporizadoras con el fascismo y partidarias de Hitler y Mussolini, y que habían sido fotografiados juntos; o si una mera insinuación de tan directa asociación se hubiera hecho pública (o se hiciera desde entonces), habría expuesto a la luz los entresijos de la monarquía británica, especialmente dado que el duque de Kent era visto por el mundo como un inglés heroicamente patriota. Lo peor de todo es que la mujer disponía de pruebas de que el rey Jorge VI había autorizado personalmente la conexión entre el duque de Kent y el príncipe de Hesse, como afloraría en los papeles de Neville Chamberlain al año siguiente. Esto significaba que, de forma contraria a la opinión popular de aquel momento y de hoy, el rey de Inglaterra tenía un improbable acuerdo

con el duque de Windsor y el duque de Kent a fin de mantener la paz a cualquier precio.

Lo cierto es que la mujer disponía de pruebas de los vínculos entre los nazis y la familia real. Como editor y director de *Le Matin*, Maurice Bunau-Varilla y Stéphane Lauzanne conocerían la relación con Felipe de Hesse y querrían proteger a los duques de Windsor hasta el límite. Debía ser completamente imposible que las acusaciones de «madame Maroni» se filtraran a su periódico, ni, por supuesto, a las páginas del distinguido diario de Fernand Maroni, *Journal des Débats*. Y, dada la censura política y las leyes que regulaban la difamación en aquella época, incluso publicaciones liberales como *Paris Soir* o *Paris Match*, de las que Philippe Barrès pronto se convertiría en coeditor, nunca habrían publicado los hechos.

Constance, a petición del comisario de policía Gilbert Rochès, finalmente envió la carta en la que le describía todo lo ocurrido a Wallis, cuyo urgente telegrama desde Antibes acusando el recibo puede verse aún hoy en los archivos de Coolidge, en la Sociedad Histórica de Massachusetts. Ella y el duque debieron quedarse muy impresionados, porque, a pesar de la huelga general, se pusieron en camino inmediatamente por unas carreteras atestadas de coches, al no funcionar el transporte ferroviario, para llegar a un París que se encontraba virtualmente paralizado. Tras evitar tanto su casa de Versalles como el hotel Meurice, se instalaron de forma secreta el día 4 de abril en el hotel Crillon, donde nunca se habían alojado antes.

El duque se puso en contacto de forma inmediata con sir Philip Game, comisario de Scotland Yard, para que acudiera rápidamente al hotel. Game se dirigió allí, abandonando cualquier otro asunto.

Wallis debió de quedarse petrificada. Game estaba aún a cargo del asunto de Guy Trundle, del que el duque continuaba sin saber nada. El duque también hizo ir al homónimo francés de Game, y amigo suyo, Roger Langeron, prefecto de policía de París. Después de almorzar al día siguiente con Constance, la duquesa la llamó a su casa y le dijo que debía ir con ella al hotel Crillon, para conocer a los jefes de la policía británica y francesa.

Le pidieron a Constance que les contara todo lo que supiera; cuando le solicitaron que dijera qué otra mujer que no fuera Maroni podía estar interesada de forma romántica en el duque, mencionó a una «austriaca». Probablemente se refería a la princesa Federica de Prusia, después princesa de Grecia. Al día siguiente, Gilbert Rochès fue al apartamento de Constance y le tomó declaración de nuevo. Y eso fue lo último que ella supo del asunto.

Para el historiador que examine el diario de Constance Coolidge, supondrá un problema importante identificar a la misteriosa sobrina de Fernand Maroni. Un error en el diario de Constance aporta una pista. Cuando Gilbert Rochès le contó quién era Maroni, ella anotó que él le había dicho que, además de tener que ver con el *Journal des Débats*, era también arquitecto. Pero eso no es cierto.

Parece que en su precipitación por investigar el asunto, Rochès confundió a Fernand Maroni con su primo del mismo apellido, el arquitecto fascista italiano Gian Carlo Maroni, que en ese momento estaba asistiendo a una serie de homenajes de despedida en Roma y Florencia por la muerte de su amigo, el gran poeta italiano Gabriele d'Annunzio, en honor al cual había diseñado Il Vittoriale, la casa privada más famosa de Italia. Gian Carlo Maroni mantenía una relación directa con el príncipe Felipe de Hesse; este era también arquitecto y ambos habían realizado obras para la mujer del príncipe Felipe, la princesa Mafalda, y su padre, el rey Víctor Manuel III.

Gian Carlo Maroni tenía varias sobrinas, todas ellas pobres. Es probable que alguna de ellas trabajara como doncella para Felipe y robara los documentos y fotografías del castillo de Friedrichshof; después pudo robarles también alguna cosa a los duques de Windsor, para quien tal vez habría trabajado como doncella en el séquito que los acompañó en su gira austroalemana.

La pregunta final es: ¿qué fue de las fotografías y documentos? Lo habitual es que la presunta víctima del chantaje hubiera perseguido el caso y que las pruebas apropiadas hubieran sido presentadas por sus abogados en el tribunal de París, hasta que se produjera la vista preliminar y el juicio penal. Pero, dado el caso, probablemente los duques de Windsor no presentaron acusación; un juicio los habría expuesto demasiado.

En lugar de eso, se dejó ir a la mujer, presumiblemente para que volviera a Italia y siguiera trabajando de doncella a cargo de su tío Gian Carlo Maroni. Los documentos se habrían guardado al menos diez años, otorgando copias de los mismos a los potenciales abogados, por si acaso cambiaban de idea y decidían perseguir el caso antes de que expirara el plazo.

El gobierno británico quizá creyó incorrectamente que el informe se había enviado, por orden de los alemanes, que ocuparon París en junio de 1940, al príncipe Felipe de Hesse en la época de la ocupación; de ahí que en 1945 el Servicio Secreto de Inteligencia mandara al agente doble Anthony Blunt a recuperarlo del castillo de Felipe. El príncipe Wolfgang, hermano gemelo del príncipe Felipe de Hesse, confirmaría, como veremos, que existían los fuertes

lazos entre el duque de Kent, el duque de Windsor y Felipe que el equipo de espías de Blunt andaba buscando. Pero lo explicaremos más adelante.

El 20 de abril los duques de Windsor estaban de vuelta en la Riviera; decidieron alquilar una casa que originalmente se les había recomendado como escenario para su boda. Era el castillo La Croë, en Cap de Antibes, hogar del magnate británico de la prensa, y socio de Hearst, sir Pomeroy Burton. Modernizado en 1928, para lo que se invirtieron 400 000 libras de la época, el castillo disponía de una bañera barnizada en oro de veinte quilates, doce dormitorios, una piscina, dos pabellones de baño y una pista de tenis; también contaba con un gran cenador para veinticuatro comensales y un magnífico salón decorado con tapices y paneles pintados.

El duque seguía muy preocupado por su situación con respecto a la familia real. Agobiaba a sir Walter Monckton y a palacio sin descanso pidiendo más dinero y solicitando la oportunidad de regresar a Inglaterra con Wallis, así como que esta fuera por fin reconocida con el tratamiento de Su Alteza Real. Era tanta su obsesión y se encontraba tan distanciado de la realidad de su propia situación que los que trataban con él podían hacer poco más que complacerle como si presentara algún tipo de locura. Monckton visitó a los duques de Windsor dos veces ese año, hizo lo imposible por tranquilizarlos, y regresó a comunicarles al rey y la reina poco más que vagas confianzas y tenues peticiones de mayor reconocimiento para sus amigos, que eran rechazadas de plano.

Es fácil saber por qué. En los meses anteriores, la situación en Europa se había deteriorado rápidamente a favor de Hitler. Mientras los duques de Windsor discutían los detalles de su mudanza a La Croë en marzo, Austria había claudicado, incapaz siquiera de responder cuando Hitler, después de forzar la dimisión del viejo amigo de los duques de Windsor, el canciller Von Schuschnigg, había marchado sobre Viena. Muchos enemigos de los nazis que podían ser identificados se suicidaron o fueron trasladados a campos de concentración. Schuschnigg fue arrestado sin cargos. El hecho de que el duque no protestara por este asalto a su país europeo preferido y continuara codeándose con ciertos personajes del régimen nazi en París solo podía ser mal recibido por los reyes en Londres. Pero Monckton y el siempre fiel Winston Churchill parecían perdonarlo todo. El gobierno de Neville Chamberlain no podía hacer nada ante el aumento del poder nazi: se mantuvo la política de apaciguamiento.

Un aspecto desafortunado de la toma de Austria por parte de Hitler fue que el barón Louis Rothschild, hermano del íntimo amigo de los duques de

Windsor Eugene Rothschild, que ahora vivía a caballo entre Zúrich y París, había sido detenido por la Gestapo y mantenido bajo arresto domiciliario, al igual que Schuschnigg, en la última planta del hotel Metropole de Viena. Louis era el presidente del Creditanstalt Bank cuando este había quebrado en 1931, y se llevó con él sustanciosas cantidades de dinero de inversores alemanes. El gobierno nazi insistía en que no lo liberaría hasta que recibiera una devolución completa; las tropas de asalto ya habían tomado sus propiedades de la Baja Austria y su casa de un exclusivo barrio de Viena.

Su encarcelamiento preocupó mucho a los duques de Windsor, que inmediatamente comenzaron a dar los pasos necesarios para que algún intermediario pagara un rescate apropiado. Esto incluiría cederle a Himmler la propiedad exclusiva de un complejo industrial en Checoslovaquia, así como grandes sumas de dinero que se guardaban en Suiza y Francia. Como el gobierno alemán obviamente no podía negociar con ningún otro miembro de la familia Rothschild, era evidente que los duques de Windsor, dada su impecable reputación en Berlín, se encontraban en el lugar ideal para asumir la delicada tarea de liberar al distinguido prisionero. Se dice que otras personas que pudieron estar involucradas en las negociaciones fueron Fritz Wiedemann y la princesa de Hohenlohe. En mayo de 1939 Louis Rothschild, con el pelo completamente blanco y su salud gravemente afectada, volaría a París para reunirse con sus benefactores.

Mientras tanto, los duques de Windsor continuaban viajando sin descanso. El 12 de julio zarparon con los Rogers desde Cannes a Génova a bordo del yate alquilado Gulzar, con la intención de seguir hasta Rapallo. Terminaron la primera etapa del viaje reuniéndose con la princesa María, hija del rey Víctor Manuel, y otros miembros de la familia real italiana. Tenía cierto sarcasmo el hecho de que escogieran seguir realizando apariciones públicas en un país cuya dictadura tan solo era más blanda que la de Hitler mientras el rey Jorge y la reina Isabel realizaban una visita de Estado a París. El gesto parecía casi voluntariamente ordinario y agresivamente afirmativo de la posición política de los duques de Windsor. Existían rumores sin confirmar de que habían mantenido una reunión con el conde Ciano; el Ministerio de Asuntos Exteriores británico estaba muy preocupado por la visita y logró, probablemente amenazando con retirarles sus ingresos a los duques de Windsor, disuadir a la pareja de que viajaran a Viena, a Túnez —bajo dominio italiano— o visitaran a Georges Sebastian. También se les convenció para que rechazaran una condecoración panameña debido al régimen autoritario imperante en el país.

Mientras seguía su viaje, el duque de Kent actuaba como instrumento de pacificación británica con Hitler y Mussolini. Unas actas del Ministerio de Asuntos Exteriores británico del 15 de julio de 1938 recientemente desclasificadas ponen de manifiesto que sus frecuentes visitas a Múnich eran autorizadas, y que se deseaba que pudiera realizar otra visita a Alemania, donde «Hitler agradecería mucho un gesto personal de ese tipo». A cambio, el mariscal de campo Goering, cuya importancia se consideraba equivalente a la del duque de Kent, sería invitado a Londres, pero el Ministerio de Asuntos Exteriores británico detuvo en seco la sugerencia, cuya fuente no se especifica, de que se exhibieran pinturas alemanas contemporáneas en la National Gallery de Londres. Se pensaba, no sin razón, que su calidad artística no mejoraría mucho la opinión pública británica del país del que eran originarias.

* * *

Mientras tanto, eclipsando temporalmente incluso a los duques de Windsor, el rey Jorge VI y la reina Isabel habían realizado una visita triunfal a París. Prudentemente, no se pusieron en contacto con los duques de Windsor, a los que el Ministerio de Asuntos Exteriores británico aconsejó que permanecieran en el sur de Francia. Parece ser que el paseo real por la ciudad estuvo a punto de terminar en tragedia. Un grupo catalán, aliado con falangistas españoles, fascistas de extrema derecha, planeó matar al monarca y a su mujer, para cargarle la culpa al gobierno de la República, apoyado por los comunistas.

La trama fue urdida en el reservado de un club nocturno muy popular, el célebre Boeuf sur le Toit, y en el restaurante Le Cour y en el café George V, así como en un apartamento de la Rue Chateaubriand. Un espía, el marqués Rabalsc, líder del Servicio Secreto de Inteligencia del gobierno español con base en San Juan de Luz, descubrió el plan a tiempo y, a pesar de la indiferencia burocrática cuando informó de ello a la embajada británica en París, logró que la Sûreté, liderada por el atareadísimo Gilbert Rochès, llevara a cabo una redada en los clubes oportunos y arrestara a los diversos conspiradores.

Pocos días después, se encontró un motivo perfecto para el viaje del duque de Kent, destinado a complacer al Führer. De forma muy oportuna, falleció la reina María de Rumanía y los duques de Kent volaron de inmediato para asistir a su funeral en Bucarest, algo que también hicieron Goering, Mussolini, Ribbentrop, el príncipe Felipe de Hesse y el príncipe Pablo, heredero al trono de Yugoslavia, así como sus esposas. Después de bastantes

conversaciones, sin duda útiles, acerca de la necesidad de mantener la paz, el duque de Kent salió hacia Múnich para visitar a su cuñada, la condesa Toerring. Y todo esto apenas cuatro meses después de la destrucción de Austria. ¿Podían las políticas británicas de apaciguamiento de Hitler por parte de la Casa Real ir mucho más allá?

Los placeres de la Italia fascista aparentemente superaron parte del descontento que a los duques de Windsor les había provocado la pompa de la recepción que había ofrecido a los reyes de Gran Bretaña la ciudad que ellos habían escogido. Acosados por informes irritantes del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, cancelaron impacientes lo que les quedaba de crucero el 14 de agosto en Génova, despidieron al capitán y a la tripulación, y embarcaron en el Conte di Savoia, para llegar a Cannes al día siguiente. Regresaron a La Croë, donde permanecieron dos semanas y Wallis realizó algunos cambios en la casa. Durante ese periodo, el duque recibió noticias poco tranquilizadoras. El Schloss Mittersill había sido quemado, y sin duda al duque le preocupaba que aparecieran en la prensa detalles de su Club de Deporte y Caza. El 1 de noviembre Himmler suministró a Ribbentrop el sensacional informe en el que se confirmaba la pertenencia del duque de Windsor al club. Pero nunca llegó a salir nada publicado, y este autor no fue capaz de determinar la verdad hasta que en 1986 el gobierno de la República Federal Alemana desclasificó dichos archivos.

El 22 de septiembre, los duques de Windsor salieron hacia París. La situación en Europa era cada vez más tenebrosa. Checoslovaquia se desmoronaba, y obviamente solo sería una cuestión de tiempo que se uniera a la lista de territorios conquistados por Hitler. El 3 de agosto el mediador británico Walter Runciman había llegado a Praga para preparar el terreno a la inminente invasión por parte de Hitler. Animaba a los líderes de los Sudetes alemanes en su decisión de colaborar en el desmembramiento del país. El 12 de septiembre, un discurso pronunciado por Hitler en Núremberg causó una crisis internacional, seguida por la rendición de Gran Bretaña y Francia a las exigencias de Hitler. El 2 de octubre el diario londinense *Sunday Dispatch* publicó unas declaraciones del equipo de comunicación del duque en las que decía, en respuesta al evidente colapso de Neville Chamberlain ante Hitler: «Su Alteza Real nunca ha perdido la esperanza [en la solución de la crisis], del mismo modo que mantiene una incondicional confianza en el primer ministro, aunque parezca existir tan solo una remota posibilidad de éxito. Su Alteza Real está convencido de que la personalidad del señor Chamberlain prevalecerá y de que su política de paz tendrá éxito». En esta convicción, el

duque reflejaba, no hace falta decirlo, la opinión política de la mayoría de los conservadores de Gran Bretaña. Y se cree que, desgraciadamente, dicho punto de vista era compartido por una mayoría de la opinión pública e incluso del Partido Laborista.

Una vez más, eso no dejaba ninguna duda acerca de la posición del duque. Y nadie se sorprendió cuando se le vio en fiestas codeándose con Pierre Laval y su mujer, o con Otto Abetz, el diplomático alemán seguidor de Hitler que pronto se convertiría en embajador en París y desempeñaría un papel crucial en el desmoronamiento de la Tercera República.

El 29 de septiembre el duque, sin Wallis, mantuvo una reunión extraordinaria en el hotel Meurice, una reunión que fue grabada mediante micrófonos en las paredes por el Servicio Secreto de Inteligencia británico. Asistieron a la reunión el lugarteniente de Hitler, Rudolf Hess; el secretario privado del Führer, Martin Bormann, y el agente nazi y estrella de cine Errol Flynn, que acababa de estar en España con el espía nazi Hermann Erben para atravesar las líneas republicanas e informar a Hitler y Franco, como se expuso en obras tan importantes como la historia de la Guerra Civil española de Peter Wyden o *Witness to the Century*, de George Seldes. Tras la reunión, Hess escribió a Hitler:

> El duque está orgulloso de su sangre alemana. Dice que es más alemán que británico. No hay necesidad de perder una sola vida alemana en la invasión de Gran Bretaña. El duque y su mujer cumplirán lo prometido.

Las grabaciones de la reunión siguen aún clasificadas. Sin embargo, parece razonable deducir que Flynn prometió apoyo para que los duques realizaran su viaje a Estados Unidos. Mantenía fuertes vínculos con grupos nazis en Nueva York (donde asistía con asiduidad a las reuniones clandestinas de la Asociación Germano-Estadounidense) y en California, donde existía una red germano-japonesa, así como con los irlandeses partidarios del IRA y del Partido Nazi, principalmente ubicados en la bahía de San Francisco y el condado de Marin. Y que Hess y Bormann le aseguraron una cálida bienvenida de Hitler y del resto de los líderes nazis.

El dinero era un problema constante para los duques de Windsor. Sus 21 000 libras anuales[29] de la época apenas eran suficientes para mantener su extraordinario nivel de vida. La adicción de la duquesa a la joyería requería una satisfacción constante. Sus prendas siempre debían ser diseños originales de Mainbocher, Schiaparelli, Chanel o Molyneux. El duque

subastó su rebaño de ganado shorthorn entero, que pastaba en su rancho de High River (Alberta), por una cantidad de 10 000 dólares. Eso ayudó un poco, y la habilidad inversora de Eugene Rothschild, algo más. Irónicamente, gran parte del dinero de los duques de Windsor se invertía en Lyons' Corner Houses, cuyos propietarios eran judíos. Los ingresos de esos cafés tan enormemente populares y beneficiosos mejoraron sustancialmente a medida que pasó el tiempo.

El 11 de noviembre los duques de Gloucester, al regresar de unas vacaciones en África oriental, volaron a París y se reunieron con los duques de Windsor para almorzar en el hotel Meurice. Fueron a dar un paseo en coche y se detuvieron a tomar el té en casa de Eugene Rothschild. Durante la tarde pasaron por una casa nueva que acababan de alquilar los duques de Windsor y estaban redecorando: una residencia estilo Luis XVI propiedad de la condesa Sabini, situada en el número 24 del Boulevard Suchet y orientada hacia los árboles del Bois de Boulogne, que el otoño dejaba sin hojas. Permanecerían en esa casa elegante y acogedora durante muchos años.

La visita de los duques de Gloucester terminó con una despedida en el aeropuerto de Le Bourget. Sin duda, el duque utilizó el encuentro para presionar por el reconocimiento de Wallis y el regreso a Londres, pero todo esfuerzo realizado por los duques de Gloucester para influir en los reyes con respecto al tratamiento de Wallis fracasó.

El 24 de noviembre, el primer ministro Neville Chamberlain y el secretario del Ministerio de Asuntos Exteriores, el vizconde Halifax, que estaban encerrados en reuniones con estadistas franceses que conducirían a la desintegración moral del Quai d'Orsay, encontraron tiempo para pasar una velada con los duques de Windsor. El *New York Times* informó de que en la reunión los duques expresaron claramente su apoyo a la política exterior del gobierno.

El 10 de diciembre el primer ministro Baldwin se encontraba en París para responder a otra petición fútil del duque de Windsor para que a Wallis se le concediera el tratamiento de Su Alteza Real y fuera recibida por su familia en Londres. Dadas las circunstancias, como me contó sir Dudley Forwood, el duque solo puede ser descrito como virtualmente loco hasta un extremo obsesivo. Ese mismo día, el rey escribió a Baldwin desde el palacio de Buckingham la que quizá fue la carta más furibunda de su tranquila vida, en la que afirmaba que había consultado a personas «de todas clases» y que el consenso era unánime. El duque no debía regresar a Inglaterra con Wallis como compañera ni para realizar la más corta de sus visitas; ni su mujer ni su

madre, la reina María, sentían el más mínimo deseo de ver a la duquesa de Windsor; y cualquier visita realizada con el propósito de provocar esas reuniones era inviable. Cerró la carta afirmando que el asunto era tan íntimo que pensaba que dicha declaración sería mejor que se la transmitiera Baldwin en vez de él, ya que tal vez el duque de Windsor se tomara el rechazo de forma más amable si venía del primer ministro. Esto era ridículo, como poco; el rey sabía que el duque odiaba a Baldwin aún más de lo que lo odiaba a él.

El 11 de diciembre, en una fiesta celebrada por lady Mendl en París, lady Diana Cooper y una amiga de Wallis, la señora de Euan Wallace, secretario del Parlamento en la Junta de Comercio del Consejo Privado, hicieron una reverencia a la duquesa. La condesa de Pembroke puso objeciones, reflejando claramente la opinión del palacio de Buckingham, y les dijo a las dos damas: «Nada me induce a realizar una reverencia ante la duquesa, ya que no es costumbre hacerlo sino ante miembros de la realeza». Lady Diana diría más tarde: «Solo lo hice para complacer al duque».

El día 17, los duques de Windsor salieron hacia La Croë para pasar allí las vacaciones de Navidad. Sus vecinos durante esos días fueron nada menos que Thelma Furness y Gloria Vanderbilt; no hace falta decir que no se intercambiaron visitas. Los invitados en casa de los duques de Windsor fueron lord y lady Brownlow y sus hijos, la tía Bessie, sir Charles y lady Mendl, Johnny McMullen y Herman Rogers y su mujer. Volvió a originarse otra tormenta en un vaso de agua cuando, en una fiesta de gala celebrada por Somerset Maugham, una pareja de invitadas rehusó realizar una reverencia y el duque las reprendió por ello. Por otra parte, la estrella de ópera Grace Moore sí realizó una marcada reverencia ante la duquesa en el casino de Cannes después de dar un recital, lo que le ocasionó un vendaval de críticas, a las que la señora Moore respondió con gran energía. De forma maliciosa, el duque envió un telegrama que decía: «Su Alteza Real se ha disgustado por las críticas públicas a la señora Grace Moore». Este episodio, absurdo y trivial, aumentó la determinación del palacio de Buckingham contra los duques de Windsor.

En enero, mientras el embajador Joseph P. Kennedy se encontraba en Washington, los duques de Windsor invitaron a cenar a su mujer, Rose, que estaba de visita en París. Ella realizó una llamada transatlántica a su marido para preguntarle si debía aceptar. Él pensaba que sería mejor que no, dados los continuos vínculos nazis de la pareja. En consecuencia, ella rechazó la invitación. Poco después, Bullitt la llamó y la invitó a su casa para que conociera a la pareja, diciéndole que era importante que asistiera. Lo hizo.

Tiempo después, en referencia al primer rechazo de Rose, Kennedy le diría a un periodista de un diario estadounidense: «No sé qué cargo debería ocupar yo para que mi mujer se viera obligada a cenar con una puta». Cuando Kennedy le contó a la reina la historia en una cena celebrada en el castillo de Windsor el 14 de abril, esta se rio alegremente y dijo: «Le está bien empleado [a Mrs. Simpson]». Y añadió: «Sé, señor Kennedy, que los duques de Windsor están hablando mal de mi esposo y de mí. Tenemos la conciencia muy tranquila. ¡Son deplorables!». Y Kennedy comentó que cuando el duque era rey el salón de baile del palacio de Buckingham estaba decorado con esvásticas, algo que la reina cambió de inmediato.

A primeros de febrero, Victor Cazalet, un viejo amigo, visitó a los duques de Windsor en París. Le contaron que el duque habría ido personalmente a ver a Hitler si no lo hubiera hecho Chamberlain. Él advirtió que el duque seguía adorando a Wallis y que ella le tenía bajo su dominio absoluto. Tan encantador como siempre, el duque le recibió vestido con un *kilt*. Criticó a Baldwin porque este no había mencionado a Wallis en su famoso discurso de la Casa de los Comunes.

En esos primeros meses de 1939, el duque pidió a Walter Monckton que se informara en Downing Street de cómo reaccionaría Chamberlain si él regresaba al país en una visita corta acompañado por la duquesa. El 22 de febrero, a la casa del Boulevard Suchet llegó una carta de Neville Chamberlain. El primer ministro afirmaba que era su deseo que los duques pudieran realizar una visita de forma agradable y sin provocar controversia de ningún tipo. Sin embargo, estaba obligado a concluir que existiría controversia si los duques visitaban Inglaterra en aquel momento. Por supuesto, esto no significaba que el viaje debiera posponerse de modo permanente, y el primer ministro prometió observar con atención el desarrollo de la opinión pública y avisarle en cuanto la situación mejorara hasta el punto de que una visita así fuera oficialmente aceptable.

Ese mismo día, el primer ministro francés, Edouard Daladier, habló en la cena celebrada en honor del cumpleaños de Washington en el American Club de París, cena a la que los duques de Windsor asistieron. Presentado por un radiante William C. Bullitt, quien subrayó que Estados Unidos no «comenzaría una guerra contra ninguna nación», Daladier habló de la paz permanente en Europa a pesar del hecho de que las tropas italianas se estuvieran reuniendo en las fronteras de Libia y el Túnez francés. Tan solo dieciséis días después, Hitler aniquiló el Estado checo. Y el 8 de mayo, justo después de dicha acción, el duque, con Wallis a su lado, fue entrevistado por

la NBC en una casa rural de Verdún, famoso campo de batalla de la Primera Guerra Mundial; su mensaje fue una petición de paz. Aunque afirmaba que su hermano el rey, que se encontraba en ese momento viajando hacia Canadá y Estados Unidos para realizar una gira en muestra de buena voluntad, aprobaba estas inoportunas declaraciones, aquello no podía estar más lejos de la verdad. De hecho, la BBC rechazó de plano emitirlas. Durante el viaje del rey, Sean Russell, quien estaba al servicio de los nazis y era el líder del IRA en Estados Unidos y un admirador de los duques de Windsor, planeó y estuvo a punto de lograr el asesinato de la pareja real en su trayecto en tren desde Windsor (Ontario) hasta Detroit.

En ese momento, el rey Víctor Manuel advirtió a su yerno, el príncipe Felipe de Hesse, a través del intermediario Axel Munthe, célebre autor de *La historia de San Michele* y con vínculos nazis, de que deseaba abdicar y viajar a Washington con una parte sustancial del tesoro romano. Munthe se puso en contacto con Winston Churchill, quien impidió la idea de inmediato. No existe registro de que el presidente Roosevelt fuera informado del plan.

Churchill cometió un error grave. Víctor Manuel, incómodo con Mussolini en esta época y ni mucho menos enamorado de Hitler, habría podido ser una fuente de información indispensable para el FBI y el Servicio Secreto de Inteligencia sobre los planes inmediatos de Hitler, de los que como monarca estaba al tanto. La propuesta fue filtrada a Berlín, lo que supuso el comienzo de la sospecha por parte de Goebbels y Hitler de que los miembros de las casas reales europeas en los que habían depositado tanta confianza estaban dispuestos a traicionarles. Pero hasta que Hitler perdió la batalla de Stalingrado, momento en el que las ratas reales comenzaron a abandonar el barco que se hundía, esa sospecha no se convirtió en realidad.

Esa primavera, el duque de Windsor y el duque de Kent estuvieron al borde de verse involucrados en un escándalo público. Sandra Rambeau, la bella agente nazi de Missouri que había sido su amante, al tiempo que también lo era del general Manfried von Epp y del «príncipe» Bishnu de Nepal, se encontraba en Hollywood, donde los informes que el FBI tenía de ella le impedían encontrar trabajo. Comenzó a hablar de forma vaga con su amante, el actor y agente del Servicio Secreto de Inteligencia británico Edward Ashley, acerca de sus idilios reales, y él a su vez informó de ellos a Frank Angell y Richard Hood, agentes del FBI en Los Ángeles. Estos le pasaron el informe a J. Edgar Hoover, quien a su vez informó del asunto a sir Stewart Menzies, en Londres. Pero, como en ocasiones anteriores, el gobierno británico eliminó todos los registros y a día de hoy ya no existe mención

alguna de Sandra Rambeau en Inglaterra, a pesar del extenso *dossier* del FBI sobre ella que se conserva en los Archivos Nacionales de Washington.

El 11 de junio, con gran osadía, los duques de Windsor fueron a cenar a casa del conde Johannes von Welczek, embajador alemán en Francia, de quien llevaban muchos años siendo amigos. Era la temporada de las fiestas de gala, un verano de indulgencia dorada al borde de la guerra.

Para entonces, los duques de Windsor estaban ya perfectamente instalados en su casa del Boulevard Suchet, una residencia de cuatro plantas con un pequeño jardín delantero, redecorada con inspiración por Wallis, con la ayuda de Boudin.

El personal de servicio era amplio y estaba dirigido por dos secretarios: el mayordomo, Hale, que había sido fichado de la casa de Bedaux, y Dudley Forwood. Disponía de doce dormitorios de servicio, que siempre estaban ocupados.

El 23 de junio los duques de Windsor celebraron el cuadragésimo quinto cumpleaños del duque con una fiesta en el restaurante de la primera plataforma de la torre Eiffel. También era el quincuagésimo aniversario del célebre monumento. Entre los invitados, se encontraba una chica de un metro noventa de estatura, Jacqueline Vialle, que había sido elegida Mademoiselle Torre Eiffel en un concurso que buscaba a la mujer más alta. En medio de la cena, Bedrich Benes, agregado militar del gobierno checoslovaco en el exilio, que tal vez estuviera intentando cometer un asesinato, se colocó erguido sobre una riostra de metal que se encontraba a cincuenta metros del suelo mientras miraba a los duques de Windsor a través de una ventana. La fiesta se vio sorprendida por un grito de horror. El hombre había perdido el equilibrio y se agarraba a una viga. Un minuto después se precipitó hacia la muerte al caer al suelo.

A principios de junio, los duques de Kent habían recibido una invitación para asistir, en Florencia, a la boda más espectacular en años: la del almirante de Mussolini, el príncipe Aimone Roberto, hijo del duque de Acosta, una figura crucial en las relaciones políticas entre los fascistas y la realeza, y la princesa Irene, cuñada de la princesa Federica, anteriormente propuesta para reina de Inglaterra y después casada con el príncipe Pablo de Grecia.

Existen documentos que muestran que el Ministerio de Asuntos Exteriores británico alentó al duque de Kent para que emprendiera el viaje y confirmara así la existente y anómala alianza entre Gran Bretaña e Italia —entre Neville Chamberlain y Mussolini, el rey Jorge VI y el rey Víctor Manuel III—, cuando Italia era ya a todos los efectos parte del Eje. Si puede darse veracidad

a las declaraciones realizadas al *Sunday Times* en 1975 por el príncipe Wolfgang de Hesse, hermano gemelo del príncipe Felipe, el duque de Windsor tenía otra preocupación. Él quería que Kent se reuniera con el príncipe Felipe para intentar lograr una paz permanente, mediante una intermediación con Hitler.

La única condición del Ministerio de Asuntos Exteriores británico era que el duque de Kent no debía dar muestras de que Gran Bretaña aprobaba la reciente invasión y conquista de la desventurada Albania por parte de las tropas de Mussolini. Para ello, no debía proponer el brindis del banquete de boda al rey Víctor Manuel, rey de Albania y emperador de Etiopía, nación que Mussolini había conquistado, por supuesto, de forma gratuita. Sin embargo, sí podría unirse al brindis; con lo que la restricción tenía poco sentido.

En su viaje a Florencia, según la dama de la alta sociedad parisina, ya fallecida, Ginette Spanier, los duques de Kent se reunieron de forma secreta con el duque de Windsor (no se hablaban con la duquesa, a la que odiaban) en el Ritz de París el 30 de junio. Allí, un terrorista croata amenazó sus vidas; un grupo antinazi de origen croata estaba convencido de que se encontraban allí tratando asuntos que tenían que ver con Hitler. La Sûreté desbarató el plan, al aparecer al rescate de los duques de Windsor como el año anterior habían hecho con el asunto Maroni; el superintendente Gilbert Rochès estaba a cargo de la zona de la Place Vendôme, donde se encontraba el Ritz.

En el último minuto, una extraña invitación hubo de ser rechazada. La señora de George Keppel, antigua amante del rey Eduardo VII, abuelo del duque de Windsor y el duque de Kent, les ofreció su casa de verano en Florencia como lugar de alojamiento para la boda. Los duques de Kent declinaron la invitación educadamente, afirmando que ya se les había reservado una *suite* en el hotel Excelsior.

En cuanto los duques de Kent llegaron a Florencia, el embajador británico sir Percy Loraine les avisó de otra trama de asesinato. Esta vez se encontraba detrás un grupo pronazi: algunos croatas estaban furiosos por que la duquesa de Kent hubiera hablado con su hermana Olga, princesa regente de Yugoslavia, para intentar evitar que el príncipe Pablo, su marido, llegara a una alianza con Mussolini. Este plan también fue desbaratado. Esos eran los peligros para los miembros de la realeza que se entrometían en política a ambos lados del espectro.

Después de que acabaran los brillantes esponsales, el duque de Kent mantuvo la reunión prevista con el príncipe Felipe de Hesse, el único de los

muchos encuentros relatados en 1975 por el príncipe Wolfgang, su hermano, del que nos ha llegado documentación. Esta reunión fue autorizada de forma específica por el rey Jorge VI.

En el encuentro, el duque de Kent le transmitió el urgente mensaje del rey, que no solo no había sido autorizado, sino que había sido expresamente prohibido por Neville Chamberlain, a pesar de lo cual, sin la autorización del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, fue entregado para que le fuera transmitido a Hitler en Berlín. Era para advertir al Führer, en palabras del rey Jorge, de que «iban en serio» y de que Gran Bretaña declararía la guerra a Alemania si Hitler intentaba invadir Polonia una muestra de pánico por parte del rey Jorge.

El duque de Kent se saltó las órdenes al decir eso. Aunque Gran Bretaña le había dado garantías a Polonia, aún había, en opinión de Whitehall, margen para la negociación. Pero escondido bajo la advertencia del duque de Kent se encontraba un miedo mucho más profundo que el de las intenciones alemanas. Tanto él como el rey sabían que era solo cuestión de semanas que Ribbentrop firmara un pacto con la Unión Soviética para repartirse Polonia; como siempre, era de Rusia de la que tenían miedo, obsesionados aún por la matanza de sus primos reales, el zar Nicolás y su familia, en Ekaterimburgo.

De ahí la segunda afirmación del duque de Kent, que fue alentar al príncipe Felipe a que hiciera que Hitler despidiera a Ribbentrop por considerarlo «un insulto perpetuo hacia Gran Bretaña». Pero intentar que el Führer despidiera a su ministro de Asuntos Exteriores era de nuevo algo que el duque de Kent no tenía derecho ni autorización a pedir.

Hesse se marchó de Florencia en dirección a Berlín, pero tuvo que esperar hasta agosto para que Hitler le recibiera en audiencia; era un síntoma claro de que este bello objeto de adoración del Führer había comenzado a perder no solo su pelo y su belleza, sino también su influencia.

De vuelta a Londres, el duque de Kent formó una alianza tan peligrosa como la mantenida con Felipe de Hesse. Había sido durante un tiempo amigo íntimo y mentor de su primo, el atractivo, rubio y atlético príncipe Federico de Prusia, primo de la princesa Federica, entonces ya reina de Grecia, y nieto favorito del káiser.

Adorado por Hitler, joven glamuroso, motivo de brindis entre los elementos nazis en la sociedad londinense, miembro de la Hermandad Anglo-Alemana y del grupo pronazi The Link, trabajaba como ejecutivo junior en el banco Schröder, un importante respaldo de Hitler en Londres, y asistía a clase de historia en el Corpus Christi College de Cambridge. Vistiendo un ajustado

uniforme blanco del ejército, había sido él quien había atraído todas las miradas en el funeral de Jorge V y la coronación de Jorge VI.

Federico era, como consecuencia de la muerte de su padre y la abdicación y posterior exilio de su abuelo en los Países Bajos, el sucesor favorito al trono de Alemania. El heredero directo, su hermano mayor Guillermo, había renunciado a sus derechos; el segundo hermano, Luis Fernando, fue rechazado de antemano por el Reichswehr, el Ejército alemán, principalmente por su sucesión de amoríos de mala fama, entre los que se incluía una larga relación con Lili Damita, la estrella de Hollywood casada con Errol Flynn, y debido a sospechas de deslealtad al Führer. Federico era, como muestran unos documentos del Ministerio de Asuntos Exteriores británico recientemente desclasificados, el elegido por el gobierno británico como cabeza de la monarquía alemana, como parte de los planes reales para una paz negociada, con la que se volverían a enlazar los cabos sueltos de los primos británicos y alemanes.

El duque de Kent animó a Federico a regresar a Alemania tan pronto como le fuera posible, sin duda por el motivo relatado, aunque técnicamente se tratara de un acto cercano a la traición. Incluso después de que se declarara la guerra el 3 de septiembre, el duque de Kent escribió al príncipe Pablo, regente de Yugoslavia, mediante valija diplomática, manifestándole su decepción porque Federico (Fritzi) hubiera decidido quedarse. Escribía el 3 de diciembre de 1939:

> Estuve con Fritzi, que me dijo que no podía luchar por los nazis, etcétera. Creo que se equivoca, dado que está en el Ejército. Debería haber regresado y le habrían dado trabajo. Ahora dudo si podrá volver nunca.

Pensamientos como ese constituían traición en época de guerra.

Mientras el mundo se dejaba llevar por la corriente hacia la guerra, los duques de Windsor regresaban vía Suiza a La Croë. El 22 de agosto, el anuncio de que el gobierno nazi había firmado un pacto con la Unión Soviética dejó consternado al duque; debía haberse dado cuenta, sin embargo, después de reflexionar sobre ello, del cinismo de esta maniobra hacia una relación artificial, maquinada por Ribbentrop, que sencillamente permitiría a Hitler moverse tan libremente como quisiera por Europa occidental y recibir petróleo y otros suministros desde México a través de Siberia.

Lo supieran o no los duques de Windsor, la alianza con Rusia fue alentada por Ribbentrop debido a su propio deseo de hacer frente a su rival, Rudolf

Hess, quien estaba de acuerdo con la política defendida por el duque, la del ataque conjunto de Gran Bretaña, Estados Unidos, Alemania e Italia sobre Rusia. Stalin aprovechó la oportunidad para sellar la alianza de forma que pudiera moverse por regiones satélites, como Bessarabia, sin que se le interfiriera, y pudiera reforzar su ejército adelantándose a una confrontación a gran escala. El aspecto más grave de esta tregua artificial entre enemigos ideológicos era, desde el punto de vista del duque, que a Gran Bretaña ya no le sería posible permitir a Hitler entrar en Polonia. Antes del pacto, los británicos no habrían tenido problema en permitir el ataque si a continuación del mismo Hitler avanzaba contra los rusos.

Para el día 24, el grupo de sociedad de los duques de Windsor ya había huido de La Croë. *Fruity* Metcalfe seguía allí, ofreciendo cualquier ayuda que pudiera necesitarse. Una patrulla de las tropas negras senegalesas había acampado en el terreno al lado de una batería antiaérea. El día 28, el duque envió un telegrama a Hitler y después otro al rey Víctor Manuel de Italia, para alentar a ambos a que intervinieran a favor de la paz. Incluso cuando Hitler ya marchaba hacia Polonia, el Führer envió un telegrama de respuesta, en el que afirmaba que Inglaterra era responsable de la situación y que, «si llegaba la guerra», sería culpa de los ingleses. Sin embargo, Víctor Manuel, presumiblemente con la autorización de Mussolini, respondió que él haría todo lo que pudiera por que Italia se mantuviera neutral.

La guerra estalló el 3 de septiembre. La posición de los duques de Windsor era extremadamente delicada. Si permanecían en Francia, corrían el riesgo de que los alemanes los secuestraran como cómplices de un plan para que el duque recuperara el trono británico. Por otra parte, si huían a Estados Unidos, darían una imagen horrorosa y parecería que eran unos cobardes. La única alternativa era volver a Inglaterra. No podrían hacerlo sin al menos ofrecerse a ayudar en el esfuerzo de la guerra, ya que de lo contrario tan solo darían más razones a los argumentos de sus enemigos, encabezados por los Hardinge y sir Robert Vansittart. Desde el punto de vista de los reyes, existían muchos problemas asociados al regreso de los duques de Windsor. Vansittart y el Servicio Secreto de Inteligencia tendrían que vigilarlos de cerca, ya que siempre existía el peligro de que entregaran secretos oficiales al enemigo.

Además, ya estaban en marcha en Inglaterra una serie de movimientos desorganizados presuntamente dirigidos a derrocar el trono ante los intereses del fascismo en caso de que Inglaterra fuera invadida y pidiera la paz. Entre ellos estaba el grupo The Link, liderado por sir Barry Domvile, antiguo jefe de inteligencia naval, y constituido por un grupo de políticos de extrema

derecha reaccionarios y sus partidarios. Otras dos asociaciones eran el Right Club y la Nordic League; esta última estaba liderada por Archibald Maule Ramsay, un parlamentario antisemita elegido por la circunscripción escocesa de Peebles and Southern Midlothian. Eran principalmente organizaciones excéntricas, sin un líder común y con recursos bastante dispersos, pero era bien sabido que, de ser atacada Gran Bretaña, harían todo lo posible por que se depusieran las armas y se estableciera un gobierno títere. Winston Churchill sería puesto bajo arresto domiciliario y la familia real enviada al exilio a Bahamas (Churchill, demostrando un fantástico humor negro, acabaría enviando allí a los duques de Windsor). A comienzos de septiembre, Domvile relató en su diario su emoción por haber reclutado al «D. de W.» para The Link. Hubo diferentes opiniones sobre si se trataba del duque de Windsor o del duque de Westminster; era este último.

Sir Walter Monckton se movió rápidamente para ayudar a los duques de Windsor a regresar a Londres. Después de un incómodo vuelo al sur de Francia, les contó al duque y a la duquesa cuál sería la situación cuando regresaran. No se les ofrecería alojamiento real. Fort Belvedere estaba muy deteriorado e inhabitable; ni un alma había entrado allí desde el día en que el duque se había marchado. Debían buscarse ellos su propia casa. El rey ofrecería al duque, su hermano, que escogiera entre dos puestos irrelevantes: subcomisionado regional de Gales u oficial de enlace con la misión militar británica número uno en el cuartel general francés, bajo las órdenes del general de brigada sir Richard Howard-Vyse.

Los duques de Windsor no volarían a Londres; a la duquesa le seguían aterrorizando los aviones. En su artículo en el diario neoyorquino *Daily News* del 14 de diciembre de 1966, el duque escribió intencionadamente: «La duquesa […] en Pensacola […] fue testigo de muchos accidentes que le dejaron poca confianza en los aviones». Sir Ronald Campbell era entonces embajador en Francia. Aconsejó a los duques de Windsor que condujeran hasta la costa del canal de la Mancha, donde se les informaría de los siguientes preparativos. Sin embargo, cuando llegaron a Vichy e intentaron obtener más información, como en qué puerto debían esperar, Campbell les dijo que no hicieran nada de momento. Es evidente que los preparativos se estaban realizando para vigilarlos.

Siguieron hacia París. Finalmente, se les dijo que fueran a Cherburgo, después de cerrar su casa del Boulevard Suchet por un plazo indefinido. Llegaron allí el día 12. Irónicamente, lord Louis Mountbatten, cuyas opiniones políticas eran justo las contrarias a las de ellos, había sido enviado

por Winston Churchill para recogerlos en el buque de la Marina Real *Kelly*. Randolph Churchill también estaba presente.

Para evitar posibles submarinos alemanes, el *Kelly* llegó a Portsmouth con las luces apagadas; Churchill, como almirante de la flota, había dispuesto que la banda de los Marines Reales fuera a recibirlos tocando el himno nacional. Lady Alexandra Metcalfe y Walter Monckton también asistieron para darles la bienvenida; *Fruity* Metcalfe había estado con ellos durante todo el viaje. A lady Alexandra le habían dicho los oficiales del palacio de Buckingham que no se pondría ningún coche a disposición de la pareja. Churchill dispuso que se alojaran en la Casa del Almirantazgo esa noche. Obviamente, a sus anfitriones, el comandante en jefe almirante sir William James y su mujer, se les habían transmitido las sospechas de espionaje por parte de Wallis, quien entendió mal su excesivo interés y sus miradas penetrantes al pensar que aún la consideraban la secuestradora del rey.

Los duques de Windsor continuaron hacia la casa de los Metcalfe en Sussex, donde posaron y sonrieron para los reporteros en el jardín. Durante su cena del día 11 con el embajador Kennedy, la reina le dijo que el único momento malo en su reciente viaje a Estados Unidos había sido cuando, en Baltimore, la ciudad natal de Wallis, una mujer se dirigió a ella con un gran ramo de flores y por un momento pensó que se trataba de Wallis.

Le dijo a Kennedy, refiriéndose a la presencia en Inglaterra de los duques de Windsor, que era «terriblemente embarazoso» tenerlos cerca; por supuesto ella no recibiría bajo ninguna circunstancia a la «señora Simpson», como insistía en seguir llamándola. El 14 de septiembre, sin la compañía de la duquesa, el duque fue a ver al rey. Fue una reunión superficialmente amable que no significó nada. El duque dijo que «preferiría el puesto galés». El rey, que ya había sido informado de los problemas de Gales, asintió. La reina María rechazó ver al duque, y por orden real a este no se le permitió ver al duque de Kent.

Al día siguiente, el rey visitó a Winston Churchill, quien le dejó claro que desaprobaba la visita del duque a Hitler y sus declaraciones de Verdún. Aparentemente, había cambiado de opinión con respecto a la anterior carta en la que elogiaba esa misma visita, posiblemente en vista de la situación europea. Sin embargo, estaba seguro de que el duque, «uno de los nuestros», sería leal a la causa británica. En todo lo concerniente al duque, el incurable romanticismo de Churchill parecía desbordar su famoso sentido común.

En cuestión de veinticuatro horas, el puesto galés fue eliminado por razones obvias, por consejo de Vansittart. El mero hecho de que el duque lo

quisiera era suficiente para que no se le otorgara. El 14 de septiembre, el conde de Crawford apuntaba en su diario:

> [El duque de Windsor] era un charlatán demasiado irresponsable para que le fuera confiada información confidencial que él pasaría a Wallis en la mesa de la cena. Ahí es donde radica el peligro; en que, después de casi tres años de completa oscuridad, la tentación de demostrar que sabe cosas, que de nuevo se encuentra en el centro de la información, se le volverá irresistible, por lo que cotilleará y chismorreará secretos de Estado sin advertir el peligro. Cené con Howe [Francis Curzon, quinto conde de Howe] en el club. Estaba trabajando en el Almirantazgo, y para su consternación vio abierta la puerta de la Habitación Secreta —la estancia del sótano donde se marca cada hora la posición de nuestra flota y la del enemigo — y, ¡mira por dónde!, de ella salieron Churchill y el duque de Windsor. Howe […] estaba horrorizado.

Se decidió que el duque se fuera a Francia con el rango de general de brigada. En realidad, el duque nunca llegó a aceptar el puesto oficialmente, pero pueden verse dos ventajas en la decisión de ocupar el puesto francés. Primero, así se sacaría al duque de las islas Británicas. Segundo, sería posible que los agentes del Servicio Secreto de Inteligencia le vigilaran mientras realizaba diversas tareas, entre las que se incluía la redacción de informes sobre las debilidades militares francesas.

El duque fue a ver al primer ministro, Neville Chamberlain, a Downing Street. Chamberlain se sintió extremadamente incómodo, ya que tenía sobre su mesa bastante material (y no solo cartas de odio) que sugería que sería muy imprudente tener al duque cerca en tiempo de guerra. Chamberlain también sabía sin duda que el duque era peligrosamente parlanchín. Era entonces ministro de la Guerra el entusiasta Leslie Hore-Belisha, un judío al que sin duda no le habrían gustado las ideas políticas del duque (y que sería poco después expulsado del cargo por presuntas irregularidades en negocios bursátiles y por haber criticado las deficiencias de las fuerzas militares británicas presentes en Francia). Cuando el duque preguntó si la duquesa podría acompañarlo a pasar revista a las tropas en Escocia, una petición muy peligrosa, Hore-Belisha naturalmente se lo negó. Era inconcebible que, dadas las condiciones de emergencia, no se le hubiera informado de los problemas de seguridad que conllevaba. Era obvio que, cuanto antes se fuera el duque a

Francia, mejor sería. En todo caso, allí tampoco debía permitírsele visitar a las tropas, porque podría delatar sus planes secretos de tránsito hablando sin el suficiente cuidado en París.

Los duques de Windsor pasaron varios de los días anteriores a su marcha en Londres. Una tarde fueron a ver Fort Belvedere y se lo encontraron caído en desuso, sin signo de vida por ninguna parte.

El 29 de septiembre, bajo un tiempo horrible, y acompañados de *Fruity* Metcalfe y el capitán Purvis, del Ejército británico, los duques de Windsor zarparon en el destructor *Express* con destino a Cherburgo. Continuaron ruta a París y decidieron no regresar a su casa del Boulevard Suchet, que aún seguía clausurada y con las contraventanas cerradas. En lugar de eso, se mudaron al hotel Trianon Palace de Versalles, en parte para estar cerca de lady Mendl. El duque se presentó para el servicio el día 30 en el cuartel militar comandado por el general de brigada sir Richard Howard-Vyse. Se le explicaron sus tareas con falsa seriedad y una apariencia de importancia: estaba a cargo de una «misión de investigación» que examinaría las fortalezas y debilidades de las fuerzas de defensa francesas, entre las que se encontraba la Línea Maginot, y debía informar de sus impresiones a los líderes franceses. A pesar de que se la habían descrito como una tarea de espionaje, se trataba de un examen que en realidad ya había sido llevado a cabo por otros oficiales; Winston Churchill había realizado una gira completa por la línea a mediados de agosto, informando de sus problemas, y en enero haría otro viaje de inspección. En reuniones con el comandante en jefe británico, lord Gort, el general Gamelin no ocultaba las deficiencias de la línea. Como había escrito el general Lelong, de las fuerzas francesas, a Gamelin el 19 de septiembre:

> La tarea del duque de Windsor es una cuestión de pura conveniencia. En realidad, no saben qué hacer con este personaje que les estorba, sobre todo en Inglaterra; pero tampoco desean que se diga que no está haciendo nada. Por eso han encontrado una vía a través de Howard-Vyse, quien no está muy orgulloso de ello.

Así se malgastó el dinero de los contribuyentes. Que Gamelin no tenía tiempo para eso quedaba señalado por el hecho de que, según el famoso periodista francés Pertinax en su libro *The Betrayal of France*, Gamelin destituyó al general Alexandre Montagne por haber trasladado al duque información secreta sobre cómo podía romper el enemigo la Línea Maginot. Fue la única

destitución del Estado Mayor del general francés en esa época. Lord Ironside, hijo del comandante en jefe fallecido, dijo en 1987:

> Mi padre concluyó que el duque constituía un fallo de seguridad grave. Le daba a la duquesa una gran cantidad de información clasificada sobre las defensas de Francia y Bélgica. Ella a su vez pasaba esta información a gente extremadamente peligrosa vinculada al enemigo en las cenas a las que asistía en París. Como resultado, la información llegaba a manos alemanas.

Se podría añadir que un examen más cuidadoso de los informes del frente realizados por el duque, no descubiertos por su última biógrafa, lady Frances Donaldson, pero ya disponibles en el Archivo Nacional británico, señalan que la información que suministraba era tan solo superficial. En particular, sus descripciones de los generales franceses no contaban nada que no pudiera encontrarse en las columnas de sociedad. Sus relatos de los planes de defensa, aunque estaban bien escritos, resultaron —y lo deja claro la revelación de lord Ironside— de mayor ayuda en Alemania que en Whitehall.

Wallis permaneció en París, ayudando en una maniobra publicitaria a preparar estuches de utensilios de cocina que incluían artículos de ropa y de baño, y a tejer calcetines para las tropas francesas. Mientras los duques de Windsor se aseguraban de que sus contribuciones al esfuerzo de la guerra se hicieran públicas, con su habitual insolencia y perversión casi humorística, la primera persona a la que vieron, recibieron y visitaron en París fue a Charles Bedaux. Uno podría pensar que el mínimo sentido común les habría movido a evitar ese encuentro, en vista del hecho de que Bedaux, ya fuera culpable de colaboracionismo con los nazis o no, se encontraba bajo constante vigilancia de la inteligencia británica. El hecho de que *Fruity* Metcalfe organizara el encuentro le hace a uno preguntarse los motivos de este.

El 2 de octubre la reina escribió una extensa carta al príncipe Pablo de Yugoslavia en papel de correspondencia del palacio de Buckingham, en la que aludía directamente a la visita a Inglaterra del duque y Wallis. Refiriéndose aún de forma despectiva a Wallis —a la que no llamaba duquesa de Windsor, sino «señora S.»—, en la carta revelaba que había escrito a Wallis para transmitirle que, honestamente y para dejar las cosas claras, no estaba preparada para recibirla; que esperaba que el duque se quedara en Francia y no regresara a Inglaterra; que no había lugar para él en Inglaterra y que «el pueblo no perdonaba tan rápidamente el tipo de cosas que él había

hecho a su país y que a ella… ¡la ODIABAN!». Después añadía: «¡Eran las ovejas negras malditas de la familia!». El resto de la carta ilustraba el horror de la guerra. La misiva estaba encendida no tanto por un ardiente patriotismo como por la necesidad de que el conflicto acabara cuanto antes; para ella, las dos guerras mundiales parecían ir de la mano. Ella, escribía, había pasado por la terrible experiencia de creer que había visto a su hermano, fallecido en la Gran Guerra, en un reciente desfile de gala del batallón Black Watch.

Ese mismo día, el duque de Windsor escribió a sir Walter Monckton a Londres, transmitiéndole que no le había gustado el tono del discurso de Churchill del día anterior. Esa afirmación le delató: Churchill había dicho en la BBC que, si Polonia era derrotada, «se levantaría de nuevo», emergiendo del maremoto de la derrota; y elogiaba la acción de los submarinos británicos, «que acechaban con celo a los submarinos alemanes». Churchill había añadido que, a pesar de que la guerra podría durar tres años, Gran Bretaña lucharía hasta el final; como abogados de una paz negociada, estas eran las últimas palabras que los duques de Windsor (o los de Kent) deseaban oír. Cinco días más tarde, Hitler envió una propuesta de paz a Gran Bretaña que fue rechazada de plano, por consejo específico de Churchill.

El 6 de octubre el duque se reunió con el comandante en jefe británico, lord Gort; el duque de Gloucester formaba parte del Estado Mayor de Gort como oficial de enlace. En una reveladora frase de su diario, el jefe del Estado Mayor británico, el general de brigada Pownall, escribía el 7 de octubre: «Existe, de momento al menos, una “inhibición” en contra de que pase revista a las tropas; de hecho, creo que no estaba previsto que viniera al cuartel general, pero no pudimos evitar aceptarlo cuando nos dijeron que venía». El día 10, después de una gira de inspección, el duque suministró un informe sobre los problemas de las defensas francesas emplazadas en la frontera belga. Dicha documentación meramente confirmaba lo advertido por Churchill en agosto. Cuando el informe llegó a Londres, no es necesario decirlo, fue abandonado en una estantería al considerarlo redundante. El 14 de octubre Gamelin celebró un almuerzo de gala en honor al duque en el cuartel militar del castillo de Vincennes. La duquesa no asistió; ninguna esposa lo hizo. Mientras tanto, Wallis decidió reabrir su casa después de todo. Por increíble que parezca, recibió a Charles y Fern Bedaux en esa dirección, lo que requería mucha sangre fría.

El día 17, el duque se presentó sin haber sido invitado en el cuartel general de Gort en Arras. A pesar de que su hermano el rey le había pedido específicamente no hacerlo por motivos de seguridad, se reunió con su

hermano el duque de Gloucester para pasar revista a las tropas. De forma poco afortunada, según un comunicado de prensa de United Press emitido el 8 de enero del año siguiente, vestía zapatos de gamuza con el uniforme militar. También puso furioso al duque de Gloucester el hecho de que devolviera un saludo que le correspondía devolver a él. Como consecuencia de eso, además de por haberse comportado de modo impropio al presentarse como lo hizo, al duque se le prohibió realizar más visitas a las tropas del frente británico. El 26 de octubre realizó otra inspección a las tropas francesas. Pero cuando la guerra empezó a ponerse más seria y comenzaron a esperarse los ataques alemanes, se le fue desactivando gradualmente y se le envió a lugares en los que se podía obtener muy poca información que pudiera serle útil al enemigo. Pasaba la mayor parte de su tiempo en París, adonde había llegado Gray Phillips, veterano oficial del Estado Mayor, para adoptar el papel de ayudante y controlador del duque. Que se suministraran los servicios de Phillips era un gesto por parte de palacio, pero el hecho de que el duque se encontraba en tinieblas quedaba demostrado además porque ni el ministro de Guerra, Hore-Belisha, ni el rey Jorge se pusieron en contacto con él cuando fueron a Francia en noviembre y diciembre. Un tercer viaje de inspección realizado por el duque a las tropas francesas resultó igual de fútil y redundante. Nadie en Whitehall pareció impresionado cuando la duquesa se presentó en el frente distribuyendo regalos a las tropas francesas. Wallis, todos lo sabían, no pintaba nada allí.

El 11 de octubre sir Stewart Menzies, del Servicio Secreto de Inteligencia, y sus colegas de Whitehall, en cooperación con la BBC, llevaron a cabo un ingenioso golpe, diseñado para medir la popularidad de los duques de Windsor en la Alemania nazi, así como la respuesta del pueblo alemán en caso de que Inglaterra perdiera la guerra y los duques de Windsor, como esperaba Hitler, recuperaran el trono. El equipo del Servicio Secreto de Inteligencia montó una emisión falsa de la BBC que se transmitió en territorio del Imperio alemán en la que se anunciaba que en Inglaterra había tenido lugar un golpe de Estado; que el pueblo se había levantado forzando la abdicación del rey Jorge y que Neville Chamberlain y el gobierno habían dimitido, y serían sustituidos por partidarios del duque de Windsor, que en esos momentos se dirigía a Gran Bretaña para recuperar el trono.

El ministro de Propaganda nazi, el doctor Joseph Goebbels, encargado de las emisiones de radio, al igual que lo estaba del cine y la prensa, dictó los hechos a su secretaria para que fueran apuntados en su diario. Afirmaba, basándose en los informes telefónicos recibidos de todo el país, que el pueblo

alemán se había levantado en un «verdadero estado de júbilo»; que la gente se abrazaba por las calles; que las fábricas «explotaban»; y que incluso los departamentos de gobierno se habían «emocionado» al enterarse de las noticias.

En sus memorias, Christabel Bielenberg, esposa británica de un oficial alemán, relataba como testigo este hecho. Estaba comprando verdura en un mercado berlinés cuando oyó una algarabía; la gente gritaba que Inglaterra había cambiado de manos y que el amado duque de «Vindsor» recuperaría el trono de inmediato; las mujeres alemanas se daban la mano. De repente, apareció un sargento de policía y anunció un boletín de prensa. Un avión que traía a una delegación británica de paz llegaría en unas horas al aeropuerto de Templehof en Berlín para entrevistarse con Hitler.

Goebbels advirtió el plan del Servicio Secreto de Inteligencia de Menzies, diseñado para mostrar el peligro del duque de Windsor y la amenaza que representaba para el trono británico; en resumen, el grado de pasión que Hitler y el pueblo alemán sentían por él. El propio Goebbels apareció por la radio explicando que lo relatado en la emisión era inventado; se obligó a todos los periódicos de Alemania a abrir su portada con el siguiente titular: NUEVA INSOLENCIA DEL MINISTRO DE MENTIRAS BRITÁNICO.

No es ninguna sorpresa que apenas unas horas después de la emisión el rey Jorge publicara una orden que impedía al duque de Windsor entrar en las zonas de Francia ocupadas por las tropas británicas. El 14 de octubre, furioso por el edicto y convencido de forma equivocada de que este había estado en vigor desde antes de que él se incorporara a su misión, el duque le envió una carta llena de enojo a sir Walter Monckton desde París, comunicándole que se había enterado de la orden «por accidente» y que creía que era «una intriga encubierta». También dirigía una nota furiosa a quienquiera que abriera la carta con vapor. Dada la yuxtaposición de fechas, apenas puede dudarse de que la orden real llegó como resultado directo de la emisión del Servicio Secreto de Inteligencia. El duque no tardó en desobedecerla: aquello suponía un delito castigado con consejo de guerra.

Mientras Kim Philby, que más tarde se convertiría en un famoso espía comunista, estaba realizando una misión especial para el Servicio Secreto de Inteligencia bajo la apariencia de periodista, se encontró al duque en Brujas, sospechosamente cerca de las líneas alemanas, e informó de ello; al verlo, el duque, asustado, huyó inmediatamente a París.

El 4 de noviembre el duque escribió a Hitler, bajo el nombre de EP (Eduardo Príncipe), afirmando que disponía de información relacionada con

su viaje al norte (para pasar revista a las tropas británicas), realizado desobedeciendo la orden de su hermano, y que Charles Bedaux, partidario de los nazis que ya se encontraba de camino a Alemania como emisario suyo, llevaba la información consigo. («Apenas soy capaz de subrayar la importancia de esta información, motivo por el cual se la he detallado tanto a nuestro amigo»). Bedaux entregó la carta, y el informe de inteligencia traidor, a Hitler en Berlín el día 9. Aún se conserva.

Según el autor Peter Miller, en un artículo publicado en el *Sunday Times*, con fecha de 26 de enero de 2003, el duque de Kent seguía implicado en discutibles negociaciones de paz incluso en esa época. A pesar de que el constante aluvión de cartas que dirigía al príncipe Pablo, regente de Yugoslavia, emanaba de su casa de Coppins (Ivar, Buckinghamshire), Miller afirma que había comprado otra cerca de Rosyth (Escocia), donde mantuvo al menos diez reuniones secretas con el primer ministro polaco en el exilio, el general Wladyslav Sikorski, que estaba dispuesto a ofrecerle al duque de Kent el trono de Polonia en caso de que se llegara a una paz negociada.

La respuesta del duque de Kent a anteriores ofertas de tronos había tenido como consecuencia, como demuestra la documentación existente, que las propuestas hubieran acabado en la papelera más cercana, y no hay razón para creer que respondiera a Sikorski de otra forma. Con Rusia como aliado de Inglaterra (de forma vergonzosa, dado que se había repartido Polonia con Hitler), Stalin no le habría permitido a ningún monarca que formara parte de un acuerdo de paz con su propio aliado, Alemania. Al igual que con Italia o Japón, Gran Bretaña jugaba con fuego al mantener acuerdos diplomáticos con un miembro del Eje de Hitler.

Sin embargo, el grupo de política de contemporización de Londres, dirigido por sir Robert Vansittart y sir Stewart Menzies, del Servicio Secreto de Inteligencia, vio con malos ojos las reuniones del duque de Kent con Sikorski, igual que las cartas entre el duque de Kent y el príncipe Pablo de Yugoslavia.

Las Navidades fueron deprimentes, y una época para que los duques de Windsor, sitiados, sopesaran lo mucho que habían perdido y lo poco que habían ganado. Se encontraban bajo vigilancia constante de agentes británicos y sin duda lo sabían.

El 12 de enero, mientras aún mantenía su idilio con Wallis en París, William Bullitt intentaba estrechar sus vínculos con Mussolini. Envió un telegrama a Roosevelt para avisarle de que iba a Roma a visitar a su tía, la duquesa de Assergio. También intentaba estrechar los vínculos entre un

amigo suyo, el fascista F. Pinckney Tuck, y el gobierno italiano. De hecho, Tuck llegó a ser, mediante las intrigas llevadas a cabo en Washington por Bullitt, emisario en Roma y más tarde embajador estadounidense ante el régimen colaboracionista de Vichy; otro amigo íntimo de Bullitt, Gaston Henry-Haye, alcalde de Versalles —quien, por orden suya, había suministrado a los duques de Windsor una casa allí, prácticamente gratis—, acabaría siendo el embajador del régimen de Vichy en Estados Unidos.

El 26 de enero, la paz que tan profundamente anhelaban el duque de Kent y el duque de Windsor era el objeto de una carta enviada por el príncipe Pablo de Yugoslavia a través de su tía, la reina María, al rey Jorge VI al palacio de Buckingham. El príncipe Pablo decía que un miembro de su delegación de contemporización de Düsseldorf (Alemania) había tenido noticia por un general alemán de que iba a producirse un golpe de Estado antes del invierno y que Hitler y Goering serían asesinados. El príncipe Pablo pensaba que esto podría tener como consecuencia un armisticio, pero después añadía con un énfasis poco afortunado que, por supuesto, después de que se acordara la paz, los aliados no debían reclamar la devolución de Austria, Checoslovaquia y Polonia. Incluso para el escandalosamente ambiguo príncipe Pablo, esto era bastante extremo.

A mediados de enero, el duque voló a Londres a realizar lo que se dio en llamar «negocios». La fecha de su llegada fue alterada en la prensa para proporcionarle algunos días más de reuniones secretas. Una de estas reuniones la mantuvo con el general de brigada John Fuller, quien dejó testimonio de ella en su diario. Fuller, descrito como el inventor de la guerra moderna, era uno de los líderes de las organizaciones de tendencia fascista en Gran Bretaña y había escrito libros y artículos elogiando a Hitler. Se sospechaba que desempeñaba un papel destacado entre aquellos que desde Inglaterra apoyaban la idea de una paz negociada con Alemania y que ayudarían a los alemanes si estos tenían la intención de invadir Gran Bretaña. El duque también mantuvo una reunión con lord Ironside en el Ministerio de Guerra, donde se quejó de la infelicidad y frustración que le suponía su puesto en ese momento. El 27 de enero Julius, conde de Zech-Burckesroda, ministro alemán en los Países Bajos, envió un memorándum al ministro de Asuntos Exteriores de Alemania a Berlín, para que el documento recibiera la atención personal de Hitler:

> A través de relaciones personales podría disponer de la oportunidad de establecer ciertas líneas que me conducirían al duque de Windsor […]. Él no […] se siente enteramente

> satisfecho con su posición y busca un campo de actividad en el que no se le limite a un mero papel de representación y que le permita una tarea más activa. Con la intención de alcanzar este objetivo, estuvo recientemente en Londres […]. Parece existir algo como el principio de una fronda [organización secreta] alrededor de W. […]. Durante los días que ha pasado recientemente en Londres, le he explicado a través de un intermediario por qué motivos es completamente utópico que Inglaterra intente provocar un cambio de régimen en Alemania, y creemos que las afirmaciones de mi intermediario han causado bastante impresión en él […]. *Heil Hitler!*

El 19 de febrero el mismo diplomático se puso de nuevo en contacto con el ministro de Asuntos Exteriores alemán. Escribía:

> El duque de W., sobre quien le escribí en mi carta del día 27 del mes pasado, ha dicho que el Consejo Aliado de Guerra dedicó una discusión exhaustiva en su última reunión a la situación que se provocaría si Alemania invadiera Bélgica. En el plano militar, se sostuvo que el mejor plan sería realizar el mayor esfuerzo de resistencia en la línea posterior a la frontera entre Bélgica y Francia, incluso aunque se corriera el riesgo de que Bélgica fuera ocupada por nosotros. Se dice que las autoridades políticas se opusieron inicialmente a este plan: tras la humillación sufrida en Polonia, sería imposible rendir también Bélgica y los Países Bajos a los alemanes. Al final, sin embargo, las autoridades políticas se mostraron más flexibles.

Este es un documento muy interesante. De hecho, el Consejo Aliado de Guerra no discutió el mencionado asunto en dicha reunión. Fue un tema de conversación en la reunión del Gabinete de Guerra celebrada en Londres y presidida por Winston Churchill. Algún miembro del Gabinete de Guerra (posiblemente el propio Winston Churchill, siempre tan confiado) se fiaba lo suficiente del duque de Windsor como para contarle lo que se había discutido, y a su vez el duque transmitió de forma traicionera la información a la duquesa, quien a su vez la pasó a determinadas personas de París relacionadas con los nazis.

Que el duque (y, sobre todo, la duquesa) filtraran los secretos de una reunión así solo puede describirse como traición, siempre dando por hecho

que el embajador en los Países Bajos no se inventara la historia. Diplomático de carrera de la vieja escuela, y no particularmente enamorado del régimen de Hitler, Zech no tenía motivos para tramar algo así. Que el Servicio Secreto de Inteligencia y sir Robert Vansittart[30] fueran alertados de esta filtración de información privilegiada puede deducirse del hecho de que Wolfgang zu Putlitz, el espía británico que se encontraba en la embajada británica cuando se sospechaba que Wallis había obtenido documentos clasificados en Fort Belvedere, estaba también en la embajada de Zech-Burckesroda en La Haya en la época que el telegrama fue enviado a Berlín. Sin duda, esta última revelación terminaba por confirmar los miedos de Vansittart, archienemigo de Wallis. Apenas tres días antes, se había producido otra filtración grave. En la obra *War Propaganda 1939-1941: Secret Ministry Conferences in the Reich's Ministry for Propaganda*, editado por Willi A. Boelcke, aparece la siguiente entrada: «16 de febrero de 1940, viernes: el mensaje del duque de Windsor al rey de Inglaterra [sic] acerca de la lamentable condición de las tropas inglesas en el frente deberá ser utilizado por el servicio lingüístico».

El duque acababa de volver de inspeccionar las defensas terrestres y marítimas de Dunquerque el 10 de febrero, y había anotado en su informe que los pilotos británicos, entre otros, tenían los nervios destrozados. Una vez más, Ironside estaba convencido de que el duque y la duquesa estaban filtrando información crucial al enemigo a través de sus contactos en París.

Los viajes de inspección del duque continuaron, y se completaron a mediados de febrero. Sus informes sobre los generales franceses seguían siendo fútiles. En lugar de analizar su enfoque técnico de la guerra, se limitaba a describir generalidades carentes de sentido. Sobre el general Condé, escribía: «Es tímido por naturaleza, y lleva algo de tiempo apreciar sus cualidades como soldado, pero después de pasar una tarde con él, estas se me revelaron considerables». Con respecto al general Freydenberg, decía: «De apariencia agradable y rasgos atractivos. Aunque eso no interfiera en su trabajo como militar, parece disfrutar de sus comodidades». Y así continuaba. A mediados de marzo los duques de Windsor regresaron a La Croë. Habían ofrecido la casa como clínica de reposo para oficiales del ejército británico, pero obviamente esa idea no fue bien recibida en Whitehall. Era una estratagema bastante evidente para que los agentes enemigos pudieran extraer información de los militares heridos, y la pertenencia a la Cruz Roja de la duquesa apenas resultaba tranquilizadora a los sofisticados agentes del Servicio Secreto de Inteligencia. La Cruz Roja era famosa por ser un colador involuntario en términos de seguridad y haber sido utilizada por los alemanes

de modo hábil para permitir el tráfico de personas e información de un lado a otro de todas las fronteras. No pretendo decir que la duquesa utilizara la Cruz Roja en este sentido, tan solo que rápidamente se sospecharía de que lo hacía.

El 10 de mayo la periodista y dramaturga estadounidense señora de Henry Luce, de soltera Clare Boothe, se encontraba en París y fue invitada a cenar a la casa del Boulevard Suchet. La BBC informaba de que los alemanes habían bombardeado Londres y algunas poblaciones costeras. La señora Luce dijo: «He estado en muchas de esas poblaciones. Odio ver cómo los británicos son atacados de forma tan gratuita». A lo que la duquesa contestó: «Después de lo que me hicieron a mí, no puedo decir que sienta lástima por ellos: ¡una nación entera en contra de una mujer sola!».

El 20 de mayo a la causa de Wallis no le ayudó el hecho de que su modista, Anna Wolkoff, fuera arrestada en Londres por sugerencia de Vansittart acusada de haber filtrado a los alemanes secretos del ataque británico a Noruega. Esta información había sido discutida en la reunión del Consejo Supremo de Guerra a la que había asistido Ironside y a la que se había referido erróneamente el embajador alemán en los Países Bajos. ¿Es posible que la señorita Wolkoff, que mantenía continuos vínculos de alto nivel, hubiera obtenido parte de esta información de la duquesa? Ella había transmitido la crucial información al italiano Duco del Monte en el número 6 de Cadogan Square.

Ese mes dimitió Chamberlain y, aunque de mala gana, Winston Churchill se convirtió en primer ministro de Inglaterra y formó un gobierno de coalición. Presionado por el líder del Partido Laborista, Clement Attlee, actuó inmediatamente para destruir todo el grupo que planeaba una paz negociada con Hitler. Un íntimo amigo de los duques de Windsor, el duque de Buccleuch, cuñado del duque de Gloucester, fue relevado de su puesto como administrador de la Casa Real. El *New York Times* informó del asunto, dando a entender que Buccleuch formaba parte de la facción contemporizadora en Inglaterra. Al duque de Westminster se le aconsejó no tomar parte en ningún esfuerzo serio de contemporización. Al mismo tiempo, sir Oswald Mosley, lady Mosley, Archibald Maule Ramsay y otras personas fueron encarceladas en función de la regulación recientemente aprobada. Vernon Kell, líder del MI5, fue despedido el 25 de mayo, según algunas fuentes debido a la filtración de secretos oficiales a Alemania, pero según otras debido a conflictos personales con Winston Churchill. Al general de brigada Fuller se le aconsejó mantenerse al margen bajo amenaza de ser arrestado inmediatamente. De sir Samuel Hoare se sospechaba que pretendía una paz

negociada, y se dispuso lo necesario para enviarle fuera del país como embajador ante la neutral España. Entre quienes sentían los mayores recelos hacia él estaba sir Alexander Cadogan, que había sustituido a Vansittart como subsecretario permanente del Ministerio de Asuntos Exteriores británico el 1 de enero de 1938. En la entrada de su diario del 20 de mayo de 1940 escribía: «Cuanto antes los saquemos [a los Hoare] del país, mejor. Pero antes los enviaría a una institución penal. Será el Quisling de Inglaterra si Alemania nos conquista y estoy muerto».

El 26 de mayo se celebró una reunión del Gabinete de Guerra. Durante esta, lord Halifax, como secretario de Asuntos Exteriores, sugirió la idea de que podría producirse una paz negociada. Haciéndose eco de las opiniones de los duques de Windsor, dijo que el tema no era en ese momento «tanto […] una cuestión de imponerle una derrota completa a Alemania, como de salvaguardar la independencia de nuestro Imperio y si fuera posible, del de Francia». Halifax dijo que la noche anterior había mantenido una entrevista con el embajador italiano, *signor* Bastianini (quien había sustituido a Grandi), y que este le había sugerido una conferencia de paz a la que asistiría Mussolini para lograr la paz en Europa. Halifax había respondido que veía la sugerencia con buenos ojos. Churchill rechazó la idea inmediatamente. El señor presidente del Consejo dijo que Italia podría mandar un ultimátum a Francia amenazándola de que, salvo que se celebrara una conferencia, Italia se uniría a Alemania. Esta fue exactamente la posición adoptada por los duques de Windsor y por su amigo Pierre Laval, partidario de Hitler. El asunto fue discutido extensamente y debatido de nuevo al día siguiente. Churchill reveló el sorprendente hecho de que, si bien se oponía a un acercamiento directo a Mussolini, había realizado movimientos para que fuera Roosevelt quien lo hiciera «aparentemente por propia iniciativa». Eso le daba otro cariz al asunto. Churchill deseaba evitar cualquier negociación directa, pero no se oponía a una indirecta como había manifestado el día anterior. Halifax reveló entonces que, de hecho, Roosevelt había realizado el acercamiento oportuno a Roma. El señor presidente del Consejo anunció que sir Percy Loraine, en ese momento embajador británico ante Italia, había enviado un telegrama avisando de que Hitler había informado al gobierno italiano de que no quería que los italianos entraran en la guerra y que estaba seguro de que podría llegar a un acuerdo satisfactorio con los franceses. El secretario de Estado del Aire se oponía a realizar acercamiento alguno hacia Italia, y también el presidente del Consejo. El lord custodio del Sello Privado también se oponía. El primer ministro habló de la «futilidad» del sugerido

acercamiento a Mussolini. Añadía: «En este momento, nuestro prestigio en Europa [es] muy bajo. La única forma de recuperarlo es mostrando al mundo que Alemania no nos ha derrotado […]. Evitemos por tanto ser arrastrados por la pendiente resbaladiza con Francia». Después de mucha más discusión, la reunión fue aplazada. La conclusión final fue expresada por el primer ministro al final de una reunión celebrada el día 28: «Si adoptamos una postura firme contra Alemania, les infundiríamos admiración y respeto; pero, si ahora nos postramos, las consecuencias serán las peores posibles. No soy partidario de realizar ningún acercamiento en este momento».

La noticia de la decisión llegó al duque de Windsor, quien se puso furioso. Él aún seguía presionando para que se alcanzara una paz negociada a través de Mussolini, y casi seguro seguía en contacto con el conde Ciano y otras personas en Italia a este respecto, con la esperanza de que su amistad con Churchill demostrara su influencia. No lo hizo, por supuesto. Halifax siguió apoyando el plan de paz y escribió en su diario que Churchill había dicho «muchas tonterías».

Churchill mantuvo otra reunión secreta en Downing Street el día 28, en la que se acordó (no se tomaron actas) que se trajera a los duques de Windsor a Gran Bretaña inmediatamente, al menos para ser interrogados por Cadogan y Vansittart en relación con su peculiar papel de colaboracionistas con los nazis. Sin embargo, el apego sentimental de Churchill al duque venció a su sentido común.

El 23 de noviembre de 1941, el presidente Roosevelt, en una conversación privada mantenida en la Casa Blanca con Fulton Ousler, autor y editor de la revista *Liberty*, realizó la siguiente afirmación:

> El duque [de Windsor] estuvo presente en los consejos más privados de los comandantes en jefe de los dos ejércitos. Sabía todo lo que ocurría. En ocasiones decidía de repente que ya no tenía nada que hacer allí y se volvía a París, no solo a pasar la noche sino durante tres o cuatro días […]. Sé que en París existían nueve emisoras inalámbricas de onda corta que enviaban información constantemente a las tropas alemanas, y nadie ha sido nunca capaz de adivinar cómo se enviaba una información tan precisa por esas emisoras inalámbricas.

Repentinamente, por orden de sir Stewart Menzies, a los duques de Windsor se les dijo que debían abandonar París por existir riesgos en su seguridad, dejando atrás a *Fruity* Metcalfe, que formaba parte del séquito del duque, y

dirigirse hacia Villa La Croë, en Antibes. Esto ha sido descrito de forma incorrecta como una deserción de su puesto que podría haber constituido un delito castigado con consejo de guerra. Que fuera relevado por existir certeza de traición era aún peor. Dejaron a Bullitt a cargo de su casa de París, que protegió cuando los alemanes entraron en la ciudad; en realidad Ribbentrop, alojado en el Ritz, ya había dispuesto esa protección, y también lo había hecho Winston Churchill.

En un detallado informe realizado por Edward A. Tamm, destacado agente ejecutivo del FBI, dirigido a J. Edgar Hoover a Washington y fechado el 13 de septiembre de 1940, se dejaba claro que el Servicio Secreto de Inteligencia, dirigido desde Londres por Menzies seguía a los duques de Windsor en su viaje hacia el sur:

> Los contactos de la duquesa de Windsor con Von Ribbentrop desde la Villa [La Croë] […] se volvieron tan graves que al gobierno británico le fue necesario obligarles a moverse. La duquesa estaba obteniendo una gama de información relacionada con las actividades de los oficiales franceses y británicos, que transmitía a los alemanes […] inmediatamente después de que se registraran en un hotel de Biarritz, un agente del servicio secreto británico sintonizó la radio en una emisora comercial alemana y oyó cómo un analista de noticias de Berlín afirmaba que el duque y la duquesa se habían mudado al hotel [Palace], donde ocuparían la *suite* 104-E. Esta era efectivamente la *suite* ocupada por los duques de Windsor, donde apenas llevaban unos minutos cuando pudo oírse el anuncio.

El informe continuaba:

> El servicio secreto británico [sic] averiguó que la duquesa había informado a Von Ribbentrop de su itinerario, horarios, etcétera, antes de su salida de la villa.

Uno puede preguntarse cómo podría comunicarse Wallis tan fácilmente con Von Ribbentrop en aquella época. El hecho es que en realidad no se precisaba más que el más leve de los esfuerzos. El ministro de Asuntos Exteriores alemán aún seguía en Francia, continuamente entre el Ritz y el castillo d'Ardenne, cerca de Dinant, y con ambos lugares se podía establecer

comunicación por telegrama o teléfono; cuando las comunicaciones se ponían difíciles, se podía enviar un mensajero inmediatamente en coche o motocicleta. Ribbentrop asistió a la firma del armisticio francés en Compiègne el 22 de junio y obviamente estaba en contacto con todos los embajadores extranjeros, entre los que se encontraba Bullitt, quien se había mudado al castillo de Charles Bedaux, castillo de Candé, un avispero de espías y colaboradores nazis.

El informe de Tamm llegaba a afirmar que, en vista de las filtraciones de información a Ribbentrop, el Servicio Secreto de Inteligencia dijo a los duques de Windsor que se fueran a España inmediatamente. Ya en esta primera etapa se decidió que debían ir a Bahamas; una misión en Sudáfrica o Nueva Zelanda habría sido más apropiada pero existía una razón clara, redactada directamente en el informe de Tamm: como destacada figura de la colonia de Bahamas, Jane Williams-Taylor podría volver a espiarlos.

De vuelta a La Croë, los duques de Windsor dejaron los documentos incriminatorios de Fort Belvedere con Herman y Katherine Rogers para que ellos se los guardaran; aún en nómina del Servicio Secreto de Inteligencia, la pareja los guardó en una caja fuerte en lugar de pasárselos a las autoridades italianas o alemanas como habrían deseado los duques de Windsor; a los informes de actos colusorios se habían añadido los contenidos de las carteras rojas oficiales enviados al duque de Windsor cuando era rey, un acto de robo por el que no puede excusarse. Los documentos de la abdicación fueron enviados a Suiza.

El duque telegrafió a sir Samuel Hoare a Madrid para que le consiguiera un barco, pero este no podía hacer nada sin autorización del Ministerio de Asuntos Exteriores británico. Finalmente, según el secretario de Winston Churchill, el fallecido John Colville, los duques de Windsor persuadieron a Hugh Dodds, cónsul general en Niza, para que dejara su puesto y les llevara al otro lado de la frontera. Cuando Churchill se enteró de que a un buen número de veteranos de guerra heridos que necesitaban asistencia en Niza se les había denegado esta, en palabras de Colville, «atravesó el techo». Colville mencionó que Dodds era tío político suyo. «¡No podría importarme menos!», explotó Churchill. Pero, al margen de que Churchill estuviera furioso con el comportamiento del duque y la duquesa, no podía estar ya más claro que debían abandonar Europa tan pronto como fuera posible[31].

14 UNA TRAMA OSCURA

El duque y la duquesa, conducidos por el chófer, Ladbroke, emprendieron el largo y difícil viaje a España. Les acompañaban en la flota de coches su ayuda de cámara, el capitán George Wood, y su mujer; Gray Phillips, el comandante Hugh Dodds y Martin Dean, vicecónsul en Menton. Pasaron una noche incómoda en Arlés, y no les hizo gracia que los sacaran de su hotel en Perpiñán debido a la repentina llegada del jefe de la inteligencia francesa, que si bien no disponía de tiempo para atenderles, probablemente debido a sus vínculos nazis, sin muchas ceremonias se apropió de su *suite*[32].

Incapaces de encontrar ningún otro alojamiento e irritados, prosiguieron camino durante la noche y en dos ocasiones casi fueron detenidos. La embajada británica en París no había obtenido autorización de Londres ni de Madrid para tramitar los salvoconductos y el grupo apenas pudo pasar por los pelos. En la medianoche del día 20 llegaron a Barcelona.

Sir Stewart Menzies fue informado de la llegada del duque de Kent durante una visita oficial a Lisboa. Se temía que este se pusiera en contacto con los duques de Windsor con propósitos hostiles a los intereses británicos en la región. Dicha información fue transmitida por William Strang, agente especial del Ministerio de Asuntos Exteriores británico en Londres que informaba a sir Alexander Cadogan, del Ministerio de Asuntos Exteriores británico; Strang le aclaró al presidente Salazar, a través de Arjando Monteiro, embajador portugués ante la corte británica, en una carta fechada el 21 de junio, que la ubicación exacta del duque de Kent debía mantenerse en secreto durante el tiempo que durara su visita.

Existía un doble motivo para ello; el príncipe Felipe de Hesse se encontraba en Lisboa para ver al duque de Kent. Resulta evidente a partir de una carta enviada por el duque de Kent al príncipe Pablo de Yugoslavia poco después de su regreso a Londres el 17 de julio que no habría deseado verse con los duques de Windsor; que consideraba el comportamiento de su hermano vergonzoso —el clásico caso de que la sartén le dijera algo al cazo — y que había quedado muy aliviado de que él y la duquesa (a la que, como

Churchill, llamaba «la puta») no hubieran regresado a Inglaterra. Con falsa ingenuidad escribió al príncipe Pablo diciéndole que estaba sorprendido de que su hermano aceptara un puesto tan bajo como el de gobernador de Bahamas. «W[inston] C[hurchill] no quiere que vuelva», escribió.

Y añadió que él había luchado contra el eventual regreso de su hermano.

El 16 de mayo, Bullitt escribió a Cordell Hull, secretario de Estado estadounidense, a Washington que, dado que el embajador británico dejaba París y estaba quemando toda su documentación, él se haría cargo de la operación de sistemas de mensajes británicos en la ciudad; al mismo tiempo transmitiría cualquier cosa de naturaleza política a través de la embajada alemana y por tanto a través del ministro de Asuntos Exteriores de Berlín, Von Ribbentrop —aún colaborador de Wallis—, alojado entonces en el Ritz de París. De esta forma, todas las negociaciones secretas entre británicos y estadounidenses se conocerían en Berlín antes de que llegaran a Washington.

El día 22 Churchill envió un telegrama al duque, a través de sir Samuel Hoare: «Deseamos que Su Alteza Real vuelva a casa en cuanto sea posible. Se dispondrá lo necesario a través del embajador de Su Majestad en Madrid, con quien deberá comunicarse». Ese mismo día, Eberhard von Stohrer, embajador alemán en España, envió un cable a Ribbentrop a Berlín para pedirle consejo sobre cómo debían ser tratados los duques de Windsor. Se planteó el problema de si «podríamos estar interesados en retener al duque […] aquí, y eventualmente en establecer contacto con él». Al día siguiente Ribbentrop contestó: «¿Es posible […] retener al duque y a la duquesa de Windsor antes de que se les otorgue un visado de salida? En cualquier caso sería necesario asegurarse de que no parezca que la sugerencia parte de Alemania».

El 24 de junio sir Alexander Hardinge escribió desde el palacio de Buckingham a W. I. Mallet, del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, que el rey había observado que en determinadas correspondencias se aludía al duque y la duquesa como «Sus Altezas Reales». Hardinge añadía: «Por razones obvias resulta indeseable que esta incorrecta descripción del duque y la duquesa sea incluida en comunicación oficial alguna, y el rey confía en que se tomen medidas para evitar que pueda repetirse este error». No volvió a repetirse.

Mientras tanto los duques de Windsor llegaron el día 23 a un Madrid empobrecido, repleto de mendigos y desvencijado. Sir Samuel Hoare había reservado alojamiento para ellos en el Ritz. El escurridizo embajador británico suspendió convenientemente todas las actividades del Servicio

Secreto de Inteligencia en la capital de España durante la visita de los duques de Windsor. Por tanto, estaban libres de vigilancia, lo que debió de exasperar a las autoridades de Londres.

Pieter G. Hansen, del Abwehr, la inteligencia militar alemana, escribe desde Alemania en 1940, basando su información en un recuerdo claro del tema discutido en su oficina en aquella época:

> [El agente secreto británico Claude] Dansey había estado realizando encargos privados para Churchill y su secuaz, el profesor Frederick W. Lindemann; había sido pillado desviando fondos gubernamentales en beneficio propio y cargando sus gastos al gobierno. Habría sido despedido si no hubiera continuado realizando trabajos para Churchill.

Según Hansen, el feroz Claude Dansey, actuando bajo órdenes que no provenían rotundamente de Churchill sino de Stewart Menzies, del Servicio Secreto de Inteligencia, lanzó una tremenda amenaza durante una reunión con el duque y Wallis. Les dijo que serían asesinados a sangre fría si no abandonaban Europa para trasladarse a Bahamas tan pronto como fuera dispuesto.

Hansen llega a afirmar que era sabido en el Abwehr que el duque y la duquesa estaban realizando peticiones económicas y de otro tipo a Ribbentrop a cambio de asumir el trono británico, algo que debía ser aprobado por el propio Hitler. El Führer era reacio a pagarles, ya que «quería a un alemán al cargo (en Londres) y no a un testaferro». Esto preocupaba bastante a los duques de Windsor; si no se les iba a pagar por asumir el trono en caso de una paz negociada, entonces no iban a cooperar. Pronto Hitler cambió de idea.

El viejo amigo de los duques de Windsor don Javier Bermejillo les había escoltado hasta Madrid y estaba demostrando ser un buen samaritano. El gobierno fascista español de Franco estaba dispuesto a ofrecerles su hospitalidad durante un periodo indefinido. Típico de él, el duque dispuso con Bermejillo tratar directamente con el enemigo. Bermejillo fue a las embajadas alemana e italiana y les pidió que se aseguraran de que las propiedades que los duques de Windsor tenían en el sur de Francia y París estaban protegidas y bien cuidadas. En realidad, ninguna de las casas estaba amenazada; La Croë se encontraba en la Francia no ocupada y la casa del Boulevard Suchet estaba siendo mantenida obviamente por Bullitt, que acababa de mudarse al castillo de Candé, el castillo de Charles Bedaux, que utilizaba como embajada. Incluso después del ataque a Pearl Harbor y de la ocupación alemana de

Francia y la italiana de La Croë, se siguieron cumpliendo las exigencias de los duques de Windsor. Esta violación de la Ley de Comercio con el Enemigo fue descrita por Michael Bloch en su libro *Operation Willi* como «indiscreta». La cuenta de los duques de Windsor en el Banco de Francia nunca fue confiscada por el custodio de la propiedad ajena alemana Carl Schaefer.

El duque había decidido que no iría a Inglaterra a menos que se otorgara a la duquesa su rango adecuado. En lo que parece ser una estratagema para evitar ir a Londres, él insistió en que se le otorgara a ella el mismo estatus que al resto de los miembros de su familia. Para entonces ya sabía que una petición así siempre recibiría como respuesta una rotunda negativa. Churchill estaba furioso ante la intransigencia de los duques de Windsor y telegrafió al duque el 28 de junio: «Su Alteza Real ha recibido un rango militar y el rechazo a obedecer órdenes directas de una autoridad militar competente creará una situación grave. Confío en que no sea necesario que se le envíen dichas órdenes». De forma sentimental, Churchill añadía la siguiente sugerencia: «Ya existen bastantes dudas acerca de las circunstancias en las que Su Alteza Real dejó París. Le animo encarecidamente a actuar de inmediato conforme a los deseos del gobierno». El duque cambió entonces de posición para pedir simplemente que él y la duquesa fueran recibidos en una reunión breve por el rey y la reina. Una vez más, sabía que esa petición era imposible, y por supuesto fue rechazada inmediatamente. Además, el 28 de junio el encargado de negocios italiano en España, el conde Zoppi, envió un telegrama al antiguo amante de Wallis, el conde Ciano, solicitándole que La Croë quedara bajo protección del gobierno italiano en caso de que Italia invadiera Francia. La petición fue rápidamente garantizada. El día 30, Ribbentrop dio instrucciones a Otto Abetz «de forma oficiosa y confidencial» para que «observara discretamente la residencia [de París] del duque». El embajador en España recibió instrucciones de que debía informar al duque de que Ribbentrop se estaba encargando de la protección de la casa.

Esa misma semana, unos días más tarde, el embajador estadounidense en España, A. W. Weddall, envió un informe secreto al Departamento de Estado. Decía:

En una conversación mantenida anoche, el duque de Windsor declaró que lo más importante ahora era poner fin a la guerra antes de que miles de personas más murieran o quedaran mutiladas por salvar la cara de unos cuantos políticos.

Con respecto a la derrota de Francia […] el duque afirmó que los rumores de que las tropas francesas no luchaban no eran ciertos. Habían peleado de

forma magnífica, pero estaban organizadas de un modo completamente inadecuado. En los diez años anteriores Alemania había reorganizado el orden de su sociedad preparándose para esta guerra. Los países que se mostraban reacios a aceptar una reorganización como esa de su sociedad y sus consiguientes sacrificios debían dirigir sus políticas de forma acorde y por tanto evitar aventuras peligrosas. Afirmó que esto no lo decía solo por Europa, sino también por Estados Unidos.

La duquesa manifestó lo mismo de forma más directa al declarar que Francia había perdido porque estaba enferma y que un país que no estaba en condiciones de luchar en una guerra nunca debería haberla declarado.

Estas observaciones tienen su valor, si acaso, como reflejo indudable de las opiniones de una parte de Inglaterra, posiblemente una parte creciente, que [sic] vería en el duque de Windsor y su círculo de amigos a un grupo realista en política internacional que espera poder demostrar lo que vale en caso de que se alcance la paz mundial.

Sumner Welles, subsecretario de Estado, reenvió este documento a Whitehall, con la inevitable consecuencia de aumentar la desaprobación que se tenía de los duques de Windsor.

Hoare estaba impaciente por que los duques de Windsor dejaran Madrid. Suponían una molestia y una carga para la embajada, sobre todo desde que en toda la prensa europea aparecían comentarios cumplidos y probablemente bien fundados de que los duques de Windsor estaban manteniendo reuniones con alemanes para intentar alcanzar una paz negociada. Sin embargo, Hoare hizo todo lo que pudo por que se sintieran cómodos. Les organizó presentaciones con personajes como un miembro de la familia real española que había volado en las fuerzas aéreas de Franco, bombardeando poblaciones, y no parecía poner objeciones a su asociación con el fascista don Miguel Primo de Rivera, gobernador civil de Madrid.

Cuando los duques de Windsor iban a comenzar la siguiente etapa de su viaje de exilio, el embajador alemán en España envió un telegrama a Ribbentrop para comunicarle que el duque estaba a punto de marcharse. El duque planeó regresar eventualmente a España, donde se le había ofrecido como residencia la Casa del Jalifa en Ronda. El 3 de julio, los duques de Windsor llegaron a una Lisboa aún reluciente, relajada y llena de refugiados.

En su libro *Total Espionage*, el analista político Curt Riess realizaba un vívido retrato de esa ciudad y del exclusivo distrito de Estoril, en aquella época. No menos de doscientos agentes alemanes se alojaban en la legación nazi; The Link, la peligrosa organización pronazi de Londres que había

apoyado al duque y la duquesa durante años, estaba muy activa en la zona, sobre todo su líder, sir Ivone Kirkpatrick, quien iluminaba a sus contactos en los hoteles Park y Palace con literatura contemporizadora.

Entre los presentes se encontraba Camille Chautemps, cuyo cobarde abandono del puesto de primer ministro de Francia había ocurrido en la semana del chantaje y la intriga que implicó a los duques de Windsor en marzo de 1938, y que ahora había traicionado la causa de su país; el íntimo amigo de los duques de Windsor y compañero de intrigas, el magnate aeronáutico francés Paul-Louis Weiller; el príncipe Felipe de Hesse; Friedrich Sieger, mano derecha de Otto Abetz, embajador de Hitler en París… y pronto llegaría el propio William Bullitt, tramando algo como siempre.

Mientras tanto, sir Stewart Menzies, en Londres, claramente sin el conocimiento del recién designado Winston Churchill, había descubierto para entonces, a partir de una fuente que se cree que era el agente secreto y miembro del séquito de los duques de Windsor George Wood, que Wallis continuó en contacto con Von Ribbentrop en Madrid, en palabras de Edward Tamm, «sin dificultades dadas las pronunciadas simpatías nazis de España».

El 29 de junio, Bullitt, que aún utilizaba las instalaciones del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, abandonó París y viajó a la Francia no ocupada, donde instauró el gobierno colaboracionista en Vichy, junto al mariscal Pétain y a Pierre Laval, los traidores a Francia, asegurándoles la cooperación de Washington. Alojándose en la casa del millonario estadounidense Frank Jay Gould en Vichy, aconsejó a Washington por radio vía Berlín que todos los arreglos necesarios para la colusión a gran escala estaban hechos. Ribbentrop no podría haber hecho más.

La situación en Portugal era explosiva. Había miembros de la policía secreta adiestrada por Himmler de guardia por todas partes. Existía un plan alemán para dar un golpe de Estado que derrocara a Salazar, neutral e inútil. El embajador británico, sir Walford Selby, viejo amigo de los duques de Windsor de la época de Viena, bombardeaba al Ministerio de Asuntos Exteriores británico con telegramas angustiados sobre el asunto. El gobierno portugués, temeroso de que cualquier asociación con Gran Bretaña tuviera como consecuencia un golpe de Estado de ese tipo, impedía que el Servicio Secreto de Inteligencia accediera a los telegramas codificados; para junio, Selby llevaba tiempo tratando de organizar una fuerza de desembarco británica que se adelantara a los planes alemanes. Estos sopesaban atacar el África oriental portuguesa; los japoneses, que ya sopesaban su entrada en la guerra, presionaban por las concesiones petrolíferas del Timor portugués.

A los duques de Windsor se les preparó una villa en la zona apropiadamente conocida como Boca do Inferno, en Cascais. El anfitrión de la pareja era Ricardo Espírito Santo e Silva, propietario de un banco privado y amigo de los Rothschild; también él tenía orígenes judíos. El duque de Kent se había alojado en su casa hasta su partida, unos días antes. Silva se encontraba bajo constante vigilancia por parte del Servicio Secreto de Inteligencia y resultó tener vínculos nazis de considerable importancia. Parece increíble que en aquellas circunstancias Selby hubiera autorizado una residencia así para los duques de Windsor. Cuando se le pidió a Ralph Selby que explicara la curiosa acción de su padre, contestó:

Los duques de Windsor habían reservado inicialmente su alojamiento en el principal hotel de Lisboa, el Aviz. Cuando la marea de refugiados provenientes de la Europa ocupada fue creciendo, el gerente del hotel se puso en contacto con mi padre y le explicó que veía difícil poder suministrar al duque y la duquesa el acomodo adecuado, preguntándose si no sería preferible alojarlos en una villa más apropiada. Creía que podría encontrarles una. Mi padre estuvo de acuerdo, y pudo encontrarse una casa en Cascais. Cuando mi padre se dirigió al aeropuerto con su agregado aéreo para recibir al duque, este le contó que había oído que el propietario de la villa tenía fama de ser un simpatizante nazi. Mi padre le contestó que él había oído lo mismo pero que no sabía qué podían hacer ya en ese momento.

En ese momento, se pensaba que el duque solo estaría en Lisboa unas 48 horas, y que desde allí tomaría uno de los aviones de York enviados para que regresara a Inglaterra. Poco daño podía hacer en tan poco tiempo. Los papeles de mi padre revelan cuánto le sorprendió y dolió ver al propietario de la villa al pie de las escaleras de su casa para recibir al duque. Ni antes ni después tuvo mi padre ningún motivo para suponer que el gerente del hotel que dispuso el arreglo fuera un simpatizante nazi.

El 4 de julio el duque envió un cable a Churchill: «Aceptaré el puesto de gobernador de Bahamas, ya que estoy seguro de que ha hecho todo lo que ha podido por mí en una situación difícil. Enviaré al comandante Phillips mañana a Inglaterra y agradecería que lo recibiera personalmente para explicarle algunos detalles». Churchill contestó: «Me alegra saber que Su Alteza Real ha aceptado el puesto, ya que estoy seguro de que podrá rendir un servicio útil al Imperio en estos momentos. Le explicaré todos los detalles al comandante Phillips si le envía a casa. Sinceramente, mis mejores deseos». La designación se hizo pública en Londres el día 10. Sin embargo, sir

Alexander Hardinge estaba preocupado por las actividades de la duquesa en Lisboa. El 9 de julio le envió un informe a Eric Seal, del equipo del primer ministro, a Downing Street: «Como le conté anteriormente, no es la primera vez que esta dama se encuentra bajo sospecha por sus actividades antibritánicas, y mientras no olvidemos el poder que ha ejercido [sobre el duque] en sus esfuerzos por vengarse del país, no tendremos de qué preocuparnos».

En este extraordinario mensaje queda claro que Hardinge seguía inquebrantablemente convencido de que la duquesa era una colaboracionista o una agente nazi. Obviamente, el Servicio Secreto de Inteligencia en Lisboa había informado de forma negativa de sus actividades. Estas no podían ser mantener un mero trato con los nazis, quienes con seguridad eran bienvenidos en la casa en la que los duques de Windsor se estaban alojando. Las actividades tenían que ser más graves.

Entre las numerosas amistades de los duques de Windsor en aquella época se encontraba el embajador alemán, el barón Oswald von Hoyningen-Huene, un diplomático de carrera de la vieja escuela. Culto e ingenioso, deseaba promover los intercambios culturales entre Portugal y Alemania. Un informe de la OSS[33] sobre él fechado el 11 de octubre de 1945 dice: «Su autodesignada misión de cultivar a los portugueses [para lograr objetivos políticos] se vio facilitada por la relajada práctica británica de creer que Portugal se mantendría, como siempre, dentro de la órbita británica». Se dio cuenta de que la desconfianza portuguesa hacia Alemania surgía en gran parte de un miedo a que Alemania deseara compensar la pérdida de sus colonias a costa de Portugal. Su principal objetivo fue despejar esta preocupación.

Huene era, según confirman los informes de la OSS, un instrumento de los nazis. El 10 de julio informó a Berlín de que el duque estaba convencido de que, «si hubiera permanecido en el trono, la guerra podría haberse evitado y [él] se describe a sí mismo como un firme partidario de un compromiso de paz con Alemania. El duque está convencido de que los continuos bombardeos fuertes sobre Inglaterra harán que esta esté dispuesta a firmar la paz». ¿Era eso posible? El duque sin duda amaba al pueblo inglés. Pero quizá la amargura y el odio que le provocaban la guerra, su convicción de que una alianza con Alemania era la única forma de evitar una conquista total de su nación, le habían llevado a realizar una declaración tan imprudente y brutalmente irreflexiva. Hoyningen-Huene no era obviamente el tipo de diplomático propenso a los informes irracionales y poco justificados. Y

merece la pena advertir que no mucho más tarde de que el telegrama fuera recibido en Alemania comenzó el bombardeo más fuerte sobre Inglaterra.

El 7 de julio, un informe secreto del Ministerio de Asuntos Exteriores británico firmado por L. (Reginald Leeper) y dirigido a sir Alexander Cadogan, del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, decía:

> Los alemanes esperan encontrar ayuda en el duque y la duquesa, dado que esta última desea convertirse en reina a cualquier precio. Los alemanes han estado negociando con ella desde el 27 de junio. El poder establecido en Inglaterra espera formar una alianza anti-Rusia. Los alemanes proponen formar un gobierno de oposición liderado por el duque de Windsor una vez hayan modificado la opinión pública mediante la propaganda. Los alemanes creen que el rey Jorge abdicará durante el ataque a Londres.

Ribbentrop decidió que era importante hacer que el duque y Wallis volvieran a España con cualquier pretexto, independientemente de cuánto dinero le exigieran a Hitler. En ese momento, Alemania presionaría al duque de Windsor para que colaborara, lo que tendría como consecuencia «la asunción del trono inglés por el duque y la duquesa». El mensaje añadía: «Si el duque tuviera otros planes, pero estuviera dispuesto a cooperar en la restauración de las buenas relaciones entre Inglaterra y Alemania, del mismo modo estaríamos dispuestos nosotros a ofrecerle a él y a su esposa una existencia que le permitiera, como ciudadano o en cualquier otra posición, llevar una vida apropiada para un rey».

Ribbentrop añadía que había recibido de una fuente de Londres la información de que el duque sería asesinado por orden oficial en cuanto llegara a Bahamas. Ribbentrop mandó llamar a Walter Schellenberg, director del SD, la inteligencia secreta alemana, y le ordenó que realizara una oferta al duque basándose en la propuesta de los duques de Windsor. Schellenberg iba a depositar cincuenta millones de francos suizos en una cuenta a nombre del duque. Y, después, él y Wallis serían invitados a cruzar la frontera española, desde donde se les conduciría a un lugar apropiado en el que se podrían realizar los arreglos necesarios con Alemania. Ribbentrop dijo que, si el Servicio Secreto de Inteligencia británico daba algún problema, debía responderse con fuerza, pero que el duque solo debía ser tratado de forma similar si sufría un ataque de «psicosis». Si cincuenta millones de francos no eran bastante dinero, la cifra podía aumentarse. En ese momento de la

conversación, sonó el teléfono. Era Hitler. A Schellenberg se le dio otro auricular para que pudiera escuchar. Oyó a Hitler decir: «Schellenberg debería recordar sobre todo la importancia de la actitud de la duquesa e intentar cuanto le fuera posible para conseguir su apoyo. Ella posee una gran influencia sobre el duque».

En Londres existía la preocupación de que los duques de Windsor pretendieran ir a Estados Unidos en su camino a Bahamas. Una visita así sería del todo indeseable. Con el inmenso seguimiento que ambos provocaban en Estados Unidos, podrían influir con facilidad en el sentimiento público hacia los aislacionistas, que deseaban mantener a Estados Unidos fuera del conflicto mundial. Involucrar a esta nación en la guerra había sido una política inequívocamente diseñada por Winston Churchill. Las elecciones de 1940 eran inminentes, e incluso dentro del Partido Demócrata personajes de extrema derecha como el senador Burton K. Wheeler, de Montana, estaban decididos a que la política de colaboración con Gran Bretaña de Roosevelt no tuviera oportunidad de dar sus frutos. Los duques de Windsor además tenían un doble motivo para desear ir a Estados Unidos. No solo querían establecer contacto con los aislacionistas y contemporizadores, sino que la duquesa albergaba también un deseo más mundano: que se le retocara quirúrgicamente la nariz. En aquel entonces, el comandante Phillips se encontraba en Londres en el Bath Club, y el duque le estaba enviando un telegrama a través de Walford Selby para comunicarle que era de esencial importancia que la duquesa viera a un «especialista» en Nueva York.

Al mismo tiempo, los duques de Windsor estaban preocupados por sacar sus pertenencias de París y Antibes. Joseph Kennedy, embajador estadounidense en Londres, envió un telegrama a Cordell Hull a Washington sobre el asunto el 10 de julio, afirmando que el Ministerio de Asuntos Exteriores británico le solicitaba al cónsul estadounidense en Niza que arreglara el envío de muchos efectos personales, ropa y ropa de cama desde La Croë. Todo esto se haría con la autorización de Kennedy. Sin embargo, lo de París resultaba algo más problemático dado que estaba en la zona ocupada. La duquesa, aparentemente confiada por la acogida de Otto Abetz y otros personajes nazis de la zona, de hecho planeaba volver al Boulevard Suchet y supervisar el embalaje de sus pertenencias. Afortunadamente este plan fue impedido por Selby, quien vio de forma clara la escandalosa naturaleza de la petición.

Wallis se puso en contacto con uno de sus antiguos *chefs* de Vichy y le pidió que recogiera el resto de sus efectos personales de La Croë; al mismo

tiempo, solicitó a los alemanes que permitieran a su doncella, Jeanne-Marguerite Moulichon, que emprendiera viaje a París para recoger la plata, la porcelana y la ropa de cama para que todo eso se enviara a Bahamas. Este hecho, por supuesto, constituía una violación de la Ley británica de Comercio con el Enemigo y, bajo lo dispuesto en la regulación de defensa británica recientemente enmendada, habitualmente tendría como consecuencia el encarcelamiento sin juicio previo. Don Javier Bermejillo asumió actuar como intermediario en este peculiar acto de abierta traición. En Madrid habló con el embajador alemán, Eberhard von Stohrer, quien a su vez se puso en contacto con Ribbentrop. Le envió a este dos telegramas, el primero de los cuales se ocupaba de la misión del duque en Nassau, capital de Bahamas, revelándole que Churchill había amenazado al duque con un consejo de guerra si no obedecía las órdenes. El segundo, fechado el 11 de julio, decía lo siguiente:

> El duque de Windsor, a través del emisario confidencial del ministro de Asuntos Exteriores, ha vuelto a expresar su agradecimiento por la cooperación en el asunto concerniente a su casa de París, y ha solicitado que se permita a una doncella de la duquesa viajar a dicha ciudad a fin de que pueda recoger diversos objetos que se encuentran allí y transportarlos por camioneta a Lisboa, dado que los precisan él y la duquesa para su viaje a Bahamas.

El embajador alemán continuaba afirmando que debía accederse a estos deseos porque la doncella siempre podría ser mantenida como rehén contra la decisión de los duques de Windsor de cooperar con el gobierno alemán en caso de que dudaran.

Al mismo tiempo, el duque se reunió con un emisario de Ribbentrop en Lisboa y le dijo que Churchill había amenazado telefónicamente con un consejo de guerra si el duque no seguía su camino a Bahamas.

El día 15, William Bullitt se reunió con los duques de Windsor y, en una conversación con el presidente Roosevelt repetida al autor Fulton Oursler, se refirió a su inminente partida. «Zarpamos para nuestra Santa Elena», dijo Wallis. Al decir Santa Elena, por supuesto, se refería a la isla de último exilio y muerte de Napoleón Bonaparte.

El 17 de julio, Wallis planeó el viaje de madame Moulichon a París con la sabiduría de un general. Armada con un pasaporte alemán y documentos de acreditación expedidos por la Gestapo, la intrépida doncella voló a Madrid, donde obtuvo más documentos del consulado alemán. Fue detenida por la

burocracia; las autoridades de Vichy, París y Berlín se cuestionaban si con este asunto no estarían colaborando con su propio enemigo. Mientras tanto, Wallis se ocupaba de contratar una nueva secretaria. Telegrafió a Johnny McMullen al St. Regis Hotel de Nueva York, preguntándole si la chica que le había recomendado sabía taquigrafía, mecanografía y contabilidad. «¿Tendría posibilidad de reunirse con nosotros en Nueva York el 7 de agosto?», quería saber la duquesa. También le pedía a McMullen que le encontrara un mayordomo, dado que era «imposible en Londres». Aparentemente, incluso Wallis se acobardó ante la idea de contratar a un mayordomo en la capital inglesa cuando Gran Bretaña luchaba por su vida.

Mientras tanto, en el número 10 de Downing Street, sir John Colville recordaba que a Churchill le ponía furioso que le molestaran por asuntos tan triviales como las exigencias de los duques de Windsor en tiempos de crisis. El duque bombardeaba a Churchill con exigencias sobre el transporte adecuado, quejándose de que las leyes de neutralidad le dificultaban encontrar un pasaje en un barco estadounidense. Siempre existía el peligro de sufrir un ataque o ser abordados cuando ciudadanos británicos se encontraban a bordo de barcos estadounidenses. El duque comunicó al comandante Phillips que enviara todo el equipaje británico directamente a Nueva York y que deseaba a un miembro de la guardia escocesa como sirviente. Descartó a una doncella que le habían recomendado y le pidió a Phillips que siguiera buscando. Quería que se contratara a un segundo cocinero en Nassau. Había enviado a su otro ayuda de cámara, el probable agente del Servicio Secreto de Inteligencia George Wood, a Londres con las instrucciones de que sus cigarrillos y tabaco se enviaran a Lisboa en el próximo barco.

Es posible que en aquel momento los duques de Windsor escaparan por poco de la muerte. El capitán de escuadrón Frederick W. Winterbotham, director de la inteligencia aérea del Servicio Secreto de Inteligencia, coautor del famoso sistema Ultra que rompió el código Enigma alemán, se especializó en sabotear aviones por el sencillo método de dejar que cayeran gotas de ácido sulfúrico desde una botella sobre los cables de aislamiento, un método que aplicaría, como él mismo aseguró (al fallecido autor Peter Allen), para deshacerse del duque de Kent y del general Wladyslav Sikorski, primer ministro en el exilio de Polonia, y su socio nazi Victor Cazalet.

Por consejo de David Eccles, que trabajó con Winterbotham y con sir Stewart Menzies en el Servicio Secreto de Inteligencia, los duques de Windsor iban a regresar de Lisboa a Londres vía Sunderland, según había decidido el Servicio Secreto de Inteligencia, en hidroavión, el mismo tipo de

avión en el que moriría el duque de Kent en 1942 y que podía manipularse con facilidad. Puede ser que Churchill se enterara y decidiera cancelar el viaje. Bajo ningún motivo debían regresar a Inglaterra los duques de Windsor; no debían llevar a cabo su plan de alojarse en casa del duque de Westminster, el propietario más poderoso de Londres, que había convertido su propiedad rural de Eaton Hall en un segundo palacio de Buckingham.

Para el 17 de julio, mientras la doncella de Wallis esperaba en Madrid la autorización, en Londres se había decidido que los duques de Windsor zarparan hacia Bermudas y fueran trasladados desde allí en buque de guerra hasta Nassau. Lord Lothian, embajador británico en Estados Unidos, se encargaría de los preparativos necesarios. Sin embargo, sería imposible que el barco tocara puerto estadounidense o siquiera entrara en aguas territoriales de dicho país. Cordell Hull se mantuvo inflexible al respecto. Se hicieron las reservas en el barco de Export Lines Excalibur, que zarpaba de Lisboa el 1 de agosto. Esto significaba que los pasajeros que ya hubieran reservado para ese día tendrían que ser reubicados en una salida posterior. Al mismo tiempo, con considerables dificultades, Wallis dispuso que los muebles y los cuadros fueran enviados desde La Croë a un almacén de Italia, otra violación de la Ley de Comercio con el Enemigo.

El 18 de julio, Gray Phillips envió un telegrama desde Londres diciendo que no podía asegurarle al duque los servicios de varios suboficiales que este deseaba que le acompañaran, porque se requería su servicio de tiempo de guerra inmediato, y que bajo ninguna circunstancia se le permitiría ir a Estados Unidos. Lord Lloyd envió un cable al duque en el que decía: «El Ministerio de Guerra entiende que sacar del Ejército a soldados eficientes y en plena forma dada la situación provocaría un precedente desafortunado». El Ministerio de Asuntos Exteriores británico envió un telegrama a lord Lothian diciéndole que sería necesario que el Excalibur realizara un desvío de 350 millas con respecto a su ruta habitual a Bermudas. El gobierno británico se haría cargo, obviamente, de cualquier gasto extra que eso implicara.

Ese mismo día, el duque, impaciente debido a diversas frustraciones relativas a su viaje, envió a Churchill un telegrama que reflejaba su irritación y en el que se incluía lo siguiente: «Ya me han mareado bastante y detecto en la actitud de la Secretaría de Estado para las Colonias la misma mano que en mi último puesto. Le insto encarecidamente a que apoye los preparativos tal como los he dispuesto, o de lo contrario deberé reconsiderar mi postura».

El 20 de julio Herbert Clairborne Pell, ministro estadounidense en Portugal, había cenado con los duques de Windsor en la casa de Espírito

Santo e Silva en Cascais. Otro de los invitados era David Eccles. Después de cenar, el duque y la duquesa realizaron varias afirmaciones imprudentes. Pell envió un telegrama de alto secreto a Cordell Hull esa noche. Decía:

> El duque y la duquesa de Windsor son indiscretos y hablan de forma abierta contra el gobierno británico. Considere que su presencia en Estados Unidos podría provocar molestias y confusión. Ellos dicen que su intención es permanecer en Estados Unidos le guste a Churchill o no, y aparentemente desean realizar propaganda a favor de la paz. Si el Departamento cancela sus visados, podrán tomar un barco a Bermudas, y desde allí a Bahamas. Los visados fueron otorgados por el consulado general.

Este devastador telegrama llegó por los canales habituales a Londres. Escrito por un personaje impecable, supuso la condena de los duques de Windsor para siempre. El hecho de que estuvieran dispuestos a presionar a favor de un acuerdo de paz con Hitler en Estados Unidos, en contra de la política expresada por Churchill y Roosevelt, hacía que fueran tan bien recibidos en los pasillos del poder estadounidenses y británicos como lo habrían sido Bonnie y Clyde si hubieran resucitado.

El día 22 Ribbentrop recibió una comunicación secreta de sus agentes en Londres en la que afirmaban que el duque le había enviado un informe al rey Jorge VI alentándole a la designación de un nuevo gabinete partidario de la política contemporizadora con Hitler que sustituyera al existente gabinete de coalición dirigido por Churchill. El informe decía que Lloyd George también estaba presionando al rey con la idea de un nuevo gabinete. El embajador alemán en Irlanda llamó a Ribbentrop ese mismo día, diciéndole que dicho nuevo gabinete estaría dispuesto a firmar la paz con Alemania inmediatamente. Entre quienes deseaban llegar a un acuerdo de paz así, se encontraban lord Halifax, sir John Simon y sir Samuel Hoare («cuya delegación [como embajador] en España estaba siendo observada con la perspectiva apropiada»).

También ese mismo día, los diarios de la neutral Italia sacaban la historia en titulares. *La Gazzetta del Popolo* de Turín aportaba un relato detallado en el que se afirmaba, correcta o equivocadamente, que el duque quería a Lloyd George de primer ministro de una Inglaterra fascista. El telegrama se mantiene aún hoy clasificado.

El 23 de julio se decidió en Londres que el coste del desvío del Excalibur sería de 1500 libras, más 10 000 libras de primas en seguros, en un momento en el que Gran Bretaña necesitaba cada penique. Para entonces, los telegramas al comandante Phillips y las respuestas de este estaban convirtiéndose en un fantástico disparate en época de guerra. Ese día le envió uno a la duquesa que decía: «Dos doncellas a elegir, cien libras. Una, nueve años con lady Duncan, siete con la condesa Vitessi. Recomendaciones excelentes. Otra, cinco años Clare Beck. Desde entonces modista cuatro años, apariencia claramente sencilla. Ambas podrían viajar el domingo conmigo».

Ese mismo día, el embajador Stohrer informó a Ribbentrop de que su emisario se había enterado de lo siguiente a través de los duques de Windsor:

> En Portugal [el duque] se sintió casi como un prisionero. Estaba rodeado de agentes, etcétera. Políticamente cada vez se encontraba más distanciado del rey y del actual gobierno inglés. El duque y la duquesa tienen menos miedo al rey, que está siendo un tonto, que de la astuta reina, que ha estado intrigando de forma hábil contra el duque, y sobre todo contra la duquesa. El duque ha sopesado realizar una declaración pública y a través de ella desautorizar la actual política inglesa y romper con su hermano.

También se informó a Ribbentrop de que el duque y la duquesa estaban deseando ir a España en lugar de a Estados Unidos, pero es probable que los duques de Windsor tan solo estuvieran valorando dicha posibilidad y no tuvieran intención real de regresar.

El día 24, se realizaron los preparativos para que otro barco, el buque canadiense Lady Somers, recogiera a los duques de Windsor en Bermudas y los llevara a Nassau. Tendrían que alojarse varios días en Hamilton, la capital de Bermudas. Mientras tanto, después de varios retrasos debidos a otras tareas, Walter Schellenberg por fin dispuso lo necesario para su salida de Lisboa. El 26 de julio, aparentemente aún sin estar seguro de qué haría, el duque comenzó a intentar ganar tiempo desesperadamente. Afirmó que el agente de American Export Lines quería que él viajara con Wallis el día 8 en lugar del 1 porque «se crearía malestar» al tener que reubicar a los otros pasajeros. Era una mentira flagrante, que se descubría fácilmente. Pero que se pospusiera su salida les ofrecería quizá la posibilidad de recuperar algunos de sus enseres de La Croë. Alentó a Phillips a que consiguiera que salieran el día

8. Siguió estando muy molesto ante el hecho de que no se le permitiera desembarcar en Nueva York. Ese día envió un telegrama a Churchill:

> Con respecto a no desembarcar en Estados Unidos en este momento, entiendo que solo se refiere hasta que pasen los acontecimientos de noviembre [las elecciones presidenciales]. ¿Se me podría confirmar, por tanto, que no será política del gobierno de Su Majestad que yo no ponga pie en Estados Unidos durante mi servicio en Bahamas? De lo contrario, no encontraría justificada la representación del rey en una colonia tan cercana geográficamente a Estados Unidos si se me va a impedir ir a ese país. Le agradezco sus exitosos esfuerzos con respecto a mi sirviente militar.

En otras palabras, no aceptaría el puesto si se le prohibían las visitas a Estados Unidos de forma indefinida.

Walter Schellenberg llegó a Lisboa el día 26, llevando consigo la autorización de Hitler para que hiciera cuanto estuviera en su mano para desanimar a los duques de Windsor de abandonar Lisboa rumbo a Bahamas y les convenciera de regresar a España y desde allí a Alemania antes de que el duque asumiera el trono de Inglaterra como consecuencia de una paz negociada. Schellenberg tenía motivos para ser optimista. El siguiente telegrama fue enviado por el embajador Stohrer a Ribbentrop ese día:

> Estrictamente confidencial. Un mensaje de la embajada española en Lisboa se encuentra ahora en el Ministerio de Asuntos Exteriores español. Según el mismo, al duque y la duquesa de Windsor se les han gestionado sus visados [para viajar a España] después de presionar considerablemente a la embajada británica en Lisboa. Se espera que confirmen sus pasajes […]. El plan, como se ha detallado en el telegrama previo, se llevará a cabo bajo cualquier circunstancia, dado que, incluso después de que se les hayan expedido los visados, es posible una acción contraria por parte del Servicio Secreto de Inteligencia.

En otro telegrama de la misma fecha Stohrer dejaba claro que, si intervenía el Servicio Secreto de Inteligencia, los duques de Windsor serían trasladados a España en avión. Los intermediarios de Schellenberg señalaron a los duques

de Windsor que, en caso de ir a Bahamas, corrían el peligro de ser asesinados por agentes de la inteligencia británica.

En Londres ya se había convertido en un imperativo que los duques de Windsor se fueran de inmediato. Churchill envió el siguiente telegrama al duque el día 27:

> He leído el telegrama que le ha dirigido al comandante Phillips sugiriendo un aplazamiento de una semana. Creo que lord Lloyd le contestará sugiriéndole que partan el día 1 de agosto como estaba previsto, y yo espero que acepte esa propuesta. Con respecto a su visita a Estados Unidos, naturalmente nuestro deseo es aceptar los deseos de Su Alteza Real. Es difícil prever en esta época pero, de acuerdo con las instrucciones reales actuales para gobernadores coloniales de las que ya dispone, tendrá sin duda que consultar el tema con la Secretaría de Estado para las Colonias antes de abandonar la colonia, y nosotros naturalmente haremos todo lo posible para complacer los deseos de Su Alteza Real.

Al mismo tiempo, los duques de Windsor hablaban de mudarse al hotel Aviz de Lisboa, probablemente presionados por sir Walford Selby, que debió de enterarse a través del Servicio Secreto de Inteligencia de la llegada de Schellenberg. El Servicio Secreto de Inteligencia tenía un control absoluto del Aviz. No hace falta decir que la casa de Cascais, propiedad de un simpatizante nazi, era un alojamiento más conveniente desde el punto de vista alemán. Un socio de Schellenberg avisó a los duques de Windsor de que el Aviz era peligroso y de que podrían ser asesinados allí por órdenes británicas. La sugerencia asustó particularmente a la duquesa. Ese mismo día un agente español entregó a los duques de Windsor una carta firmada por Miguel Primo de Rivera, gobernador civil de Madrid, proponiéndoles directamente que, para llevar a cabo el plan de Schellenberg, aparentaran formar una expedición de caza en España, donde serían recibidos por los contactos adecuados. El duque leyó este documento en un estado de confusión; le resultaría obviamente imposible asumir un riesgo así dado que, de hacerlo, podría ser arrestado fácilmente por las autoridades británicas en Lisboa y ser enviado a Londres, donde se le sometería a un consejo de guerra. Esa misma noche Gray Phillips y el recién nombrado ayuda de cámara del duque, Piper Alistair Fletcher, fueron trasladados a Lisboa en avión por Edward Fielden. Sir Walter Monckton los había acompañado, por orden de Churchill, para asegurarse de

que los duques de Windsor zarpaban el día previsto[34]. Monckton fue recibido cálidamente por los duques de Windsor; nunca habían olvidado cuánto les había ayudado durante la crisis de la abdicación. También les agradó su moderada influencia en Londres. Lo que no sabían era que él tenía órdenes de desactivarlos y sacarlos de allí.

Monckton llevó consigo a la casa de Cascais varios documentos, entre los que se incluía una carta del rey, en la que este afirmaba que se alegraba de que el duque hubiera acordado aceptar el puesto en Bahamas, y una de Churchill, fechada el día 27, avisando al duque del modo más amigable de que tuviera cuidado: «Muchos oídos agudos y poco amistosos escucharán atentos para ver si cazan cualquier opinión que Su Alteza Real tenga sobre la guerra, o sobre los alemanes, o sobre el hitlerismo, y que difiera de la adoptada por la nación y el Parlamento británicos». Continuaba la carta refiriéndose a varios informes que podrían haberse usado en perjuicio del duque. La inteligencia de Churchill en el asunto es innegable. Había continuado sus amenazas originales de eventuales acciones con la orden indirecta de que el duque no debía hacer públicas sus simpatías nazis. Al mismo tiempo, había expresado respeto y preocupación, lo que seguro atraería el inflado ego del duque. Este le dijo a Monckton que se alegraba de los comunicados, pero que seguía preocupado por que ciertos personajes del gobierno británico desearan librarse de él. En esto era completamente riguroso. Monckton avisó a los duques de Windsor de que Churchill había descubierto una trama para instaurarlos en el trono en caso de que se produjera una invasión de Inglaterra y se acordara una paz negociada. Monckton supo que Churchill tenía razón.

Monckton también veía recomendable que un detective del Departamento de Investigación Criminal de Scotland Yard acompañara a los duques de Windsor en el Excalibur, tanto para mantenerlos vigilados como para protegerlos en caso de que se produjera un intento de secuestrar al duque y a la duquesa en alta mar. Mientras tanto, el duque estaba decidido a ir a Estados Unidos a pesar de las órdenes contrarias; ya el 29 de julio había reservado una planta entera del hospital Wickersham de Nueva York y los servicios del doctor Daniel Shorell para que se le practicara la cirugía nasal a la duquesa. Aparentemente, el Servicio Secreto de Inteligencia se enteró de eso, porque otras comunicaciones entre Londres y Lisboa indicaban que no había desaparecido el miedo de que los duques de Windsor viajaran a Nueva York.

Sorprendentemente, sir Walter Monckton, británico hasta la médula, acabó alojándose en la casa nazi de Cascais, donde él y los duques de

Windsor estaban sometidos a vigilancia día y noche por una extraña variedad de agentes secretos, tanto profesionales como aficionados. Presumiblemente sin que Monckton tuviera noticia de ello, la doncella de la duquesa, Jeanne-Marguerite Moulichon, había obtenido la documentación necesaria de la embajada alemana en Madrid y se encontraba de camino a París. Cuando llegó a la casa del Boulevard Suchet, ella, el mayordomo y la mujer de este empaquetaron cuidadosamente la plata, la porcelana y la ropa de cama en numerosos baúles y cajas. Nadie conocía la combinación de la caja fuerte, por lo que esta permaneció cerrada durante la guerra. El alto mando alemán en París y la embajada alemana estaban, por supuesto, enterados de la llegada de Jeanne-Marguerite, e hicieron la vista gorda a esta violación de la Ley de Comercio con el Enemigo.

Mientras tanto, en Lisboa, Schellenberg cada vez se desesperaba más. Incluso pensó en secuestrar a los duques de Windsor, aunque esto era obviamente absurdo. Su siguiente idea era avisar a los duques de Windsor de que se abriría una línea de comunicación con el gobierno alemán. Pero las advertencias que le había realizado Churchill a través de Monckton volvieron imposible una acción de ese tipo. Schellenberg envió un telegrama a Berlín para que se le dieran instrucciones. Más tarde afirmó que Ribbentrop había ordenado un secuestro después de todo, pero esto casi seguro era pura invención de Schellenberg. Sin embargo, alguien filtró que se estaba discutiendo una idea parecida. Los estadounidenses compartían la alarma. Una semana más tarde, el 6 de agosto, un informe confidencial dirigido a Ribbentrop por un miembro de su equipo afirmaba: «Los temores estadounidenses actuales siguen las siguientes líneas: que [pudieran existir] negociaciones intermedias con Alemania a través del duque de Windsor, y por tanto a través de España, con el objetivo de reemplazar el gobierno de Churchill y lograr un acuerdo de alto el fuego con fuertes concesiones coloniales».

El 30 de julio, desde su tren especial en Füschl (Alemania), Ribbentrop envió un largo telegrama a Schellenberg que equivalía a un último esfuerzo. El anfitrión pronazi del duque intentaría hablar con él en un esfuerzo por convencerle de que Alemania, como consecuencia del rechazo británico al último discurso de paz del Führer, forzaría a Gran Bretaña para que se rindiera. Alemania estaba deseando cooperar con los duques de Windsor en cualquier futura alianza entre Alemania y Gran Bretaña, y en respuesta Hitler les aseguraría su futuro. Debían ser advertidos de que Churchill mantendría a

los duques de Windsor permanentemente en Bahamas para poseer un control absoluto sobre ellos.

La respuesta del duque a este mensaje fue que, a pesar de que estaba a favor de la política del Führer, el momento actual era «inoportuno […] para manifestar[me] en la escena política». Por otra parte, su salida para Bahamas no implicaba necesariamente una ruptura, dado que podría regresar fácilmente a Europa en veinticuatro horas vía Florida. Al día siguiente, 31, el detective sargento Harold Holder de Scotland Yard y una doncella llamada Evelyn Fyrth llegaron a Lisboa en hidroavión. Según un informe alemán fechado ese día, la señorita Fyrth era una agente del Servicio Secreto de Inteligencia británico; si esto es cierto, casi seguro no se lo hizo saber a la duquesa, y fue utilizada para desempeñar una labor de vigilancia de la pareja durante su viaje.

A las once, el duque envió una carta a Churchill en la que afirmaba amargamente que no consideraba su puesto como uno de primera clase pero que, como estaba claro que su hermano el rey y la reina Isabel no cerrarían las disputas familiares, estaba de acuerdo en que el puesto de Bahamas era una «solución temporal». Poco después de enviar esta carta, acudió a la embajada española para discutir todo el asunto con el embajador, Nicolás Franco y Bahamonde. El embajador le animó a que se quedara para ayudar a que esos británicos que defendían la paz negociada encontraran un nuevo líder. El duque escuchó atento pero se dio cuenta de que él no podía hacer nada.

Esa noche Selby organizó una fiesta de despedida en honor de los duques de Windsor en el hotel Aviz. Al día siguiente Primo de Rivera les avisó de que, en caso de irse, estarían poniendo en juego sus vidas. Recibieron más advertencias. El duque le contó a Espírito Santo e Silva que estaba impresionado por el deseo de paz del Führer, lo que estaba en completo acuerdo con su propia opinión; seguía convencido de que, de haber sido rey, nunca se habría llegado a la guerra; era demasiado pronto para que él ofreciera un plan así en aquel momento; y se pondría a disposición de Alemania en cuanto hubiera recibido una palabra clave. Concluía con una expresión de admiración y simpatía hacia el Führer.

Mientras tanto, Schellenberg actuaba con una estupidez increíble. Muy nervioso, crispado y temeroso de las repercusiones que tendría en Berlín su abyecto fracaso, dispuso que Gray Phillips recibiera una lista de pasajeros del Excalibur en la que los nombres de los judíos a bordo estuvieran marcados, lo que sugeriría que podrían ser peligrosos. La mujer de un oficial portugués llamó a la duquesa y le dijo que, si los duques de Windsor zarpaban, su

marido perdería el empleo. Un ramo de flores llegó a la casa de Cascais con un aviso en la tarjeta. Una carta anónima advertía a la duquesa de que se encontraba en grave peligro. Un chófer inglés les dijo a los duques de Windsor que tenía miedo de ir a Bahamas debido a una trama de asesinato. A bordo del Excalibur se representó una escena en la que se producía un falso arresto de un agente alemán disfrazado de paisano que informó a la policía portuguesa de que se había escondido a bordo una bomba destinada a matar a los duques de Windsor. Un plan para realizar disparos por la noche y romper la ventana de los duques de Windsor fue finalmente abandonado.

El doctor Salazar, primer ministro de Portugal, a quien se había aconsejado ni animar ni desalentar los planes de viaje del duque, recibió a este en la fecha de la partida mientras la duquesa terminaba con el equipaje. El embajador español había avisado a Salazar de que el duque era un probable mediador de paz «a pesar de su temperamento» y que podría tener un importante papel que desempeñar: «Como no hay muchos mediadores de paz, los que quedan no deberían ser despreciados ni deberíamos permitir que fueran destruidos». En la reunión, de la que incorrectamente no se informó a sir Walford Selby, parece que dichas propuestas fueron planteadas por el duque y que Salazar hábilmente evitó cualquier tipo de compromiso. Hasta el último minuto, los duques de Windsor intentaron ganar tiempo e incluso solicitaron que el Excalibur fuera retenido durante una semana por su conveniencia. Esto, por supuesto, era imposible. Toda idea de viajar a España fue finalmente abandonada, y el duque y la duquesa por fin subieron a bordo el día 1 como estaba previsto.

Las autoridades británicas habían impuesto una rígida censura a los duques de Windsor en todo momento. Sir Samuel Hoare apareció en el último minuto para despedirse de ellos; unos documentos recientemente desclasificados del Departamento de Estado estadounidense sugieren que él también seguía discutiendo con ellos posibles acuerdos de paz entre Gran Bretaña y Alemania. Se habló de la posibilidad de suministrar una escolta al Excalibur. Pero el subsecretario de Estado estadounidense Sumner Welles rechazó categóricamente una idea así por constituir una violación de los acuerdos de neutralidad. Los duques de Windsor, que habían realizado una concienzuda inspección de sus diez camarotes y *suite* con terraza la semana anterior, fueron conducidos al barco a primera hora de la tarde. El barco iba atestado de ciudadanos británicos y estadounidenses que partían de Lisboa hacia la seguridad de Estados Unidos. Entre los pasajeros se encontraban Anthony J. Drexel Biddle, embajador estadounidense en Polonia y amigo de

los duques de Windsor; George Gordon, ministro estadounidense en La Haya, y William Phillips, embajador estadounidense en Italia. El séquito de los duques de Windsor incluía al comandante Gray Phillips, a la misteriosa Evelyn Fyrth, al capitán George Wood y su mujer, y a Harold Holder. Todos ellos fueron acomodados en la *suite*.

El Excalibur zarpó lentamente en dirección noroeste. Los duques de Windsor fueron avisados por telegrama de que su equipaje había llegado a Nueva York desde Liverpool a bordo del transatlántico Britannic, propiedad de la compañía Cunard White Star. Se acostaron temprano y disfrutaron de una mañana relajada el día 2. Por la tarde, pasearon por cubierta, charlando informalmente con sus compañeros de viaje. Visitaron el puente para ver al capitán y observaron el mar, calmo y de un azul brillante.

Al día siguiente, los duques de Windsor se encontraban en el puente cuando un hidroavión Yankee Clipper de la línea aérea Pan American, que llevaba a refugiados ricos a Nueva York, voló sobre ellos a una baja altitud. El barón Eugene de Rothschild y Kitty estaban a bordo de él. El capitán del Clipper Sullivan descendió a menos de sesenta metros del Excalibur y saludó a los duques de Windsor por micrófono inalámbrico. Ellos le saludaron con la mano enviándole un mensaje de vuelta: «Gracias […]. Igualmente y *bon voyage*».

Los duques de Windsor recibieron a los Drexel Biddle y a William Phillips y su hija para cenar esa noche; al día siguiente, respondieron la correspondencia, la duquesa a mano y el duque en una máquina de escribir portátil. El mar seguía en calma. El duque y la duquesa tomaban el sol y veían películas en el cine del barco. Podrían haber estado de vacaciones; nada hacía pensar que se encontraban de camino a un exilio incómodo y desagradable.

15 ELBA

El *Excalibur* entró en las aguas verde pálido de Bermudas despidiendo vapor el 7 de agosto, al tiempo que sir Charles Dundas, gobernador saliente de Bahamas, y lady Dundas abandonaban Nassau en dirección a Río de Janeiro, desde donde volarían a un nuevo puesto en Uganda. Sir Charles no habría querido irse. Su mujer estaba enferma y el viaje sería excesivamente incómodo para ella. Pero Churchill no le había dejado alternativa[35].

Los duques de Windsor se dirigieron a tierra en una barca auxiliar y llegaron al Royal Bermuda Yatch Club a las 14.45; cientos de espectadores estallaron en aplausos mientras el duque permanecía firme sobre una pequeña superficie oval de hierba rodeada de palmeras al tiempo que sonaba el himno nacional. Wallis permaneció en el muelle, hablando con la mujer de Francis Hastings-Brooke y hermana del gobernador, el teniente general sir Denis Bernard. Entre el grupo de bienvenida se encontraba Frank Giles, edecán del gobernador. El detective inspector Holder, el guardaespaldas real, advirtió a Giles de que los duques de Windsor se encontraban en peligro en todo momento de día y noche, y que no debía perdérseles de vista.

El duque pasó revista a la guardia de honor, parándose a hablar brevemente con un joven del Cuerpo de Fusileros Voluntarios de Bermudas. Después partió hacia el palacio del gobernador en un carruaje de Estado con sir Denis y el edecán, mientras Wallis y la señora Hastings-Brooke les seguían con el resto del séquito en otro carruaje. Aunque el duque parecía encontrarse alegre, tranquilo y del mejor de los humores, en realidad no lo estaba. La razón era que la señora Hastings-Brooke y las damas que la acompañaban no habían hecho hasta entonces ninguna reverencia a Wallis y nadie se había dirigido a ella como «Su Alteza Real». En la cena de esa noche tampoco se comportaron como él deseaba. De Londres habían llegado instrucciones de que bajo ningún concepto se debía tratar a Wallis como miembro de la realeza y que, como mucho, lo máximo a lo que se podía llegar era a media reverencia. A la duquesa uno debía dirigirse con la fórmula «Su Excelencia».

Sonrojado y nervioso ante la falta de respeto hacia su mujer, el duque pasó todo el banquete enfurruñado. Después de la cena, cuando las damas se retiraron al salón y los caballeros se dirigieron a la biblioteca para beber *brandy* y fumar puros, el duque estalló diciendo: «Si yo hubiera sido el rey, no habría habido guerra». Esta frase tan típica de él pronunciada en una época en la que Gran Bretaña estaba entre la espada y la pared puso tan furioso a sir Denis Bernard que casi perdió los papeles. El antiguo ayuda de cámara del duque, Charles Lambe, que ahora era comandante de un crucero británico, dio un paso al frente y cambió de tema, pero el gobernador siguió furioso.

El agradable y relajado Frank Giles acompañó a los duques de Windsor a todas horas los siguientes días. En sus memorias, *Sundry Times*, escribió: «Tuve oportunidades de sobra para observarlos y cada noche apuntaba muchas cosas sobre mis impresiones. Entre ellas se incluía el curioso hecho, observado al haber visto ducharse al duque después de un partido de golf, de que este no tenía ni un solo pelo en el cuerpo, ni siquiera en los lugares donde uno esperaría que lo hubiera». Giles observaba además:

> Era fascinante ver a esta famosa pareja junta y valorar el impacto de la personalidad de cada uno sobre la del otro. Él [estaba] más enamorado de ella que viceversa, advertí, aunque sus sentimientos delataban una devoción vigilante, casi maternal. Cada noche, antes de que el grupo instalado en el palacio del gobernador se acostara, ella me preguntaba por las citas del día siguiente, sobre todo por la hora de la primera cita del duque, «porque soy el despertador de esta familia». Pero además del cronómetro, ella era también el perro vigía.

Giles recordaba que una noche estaban jugando al *bridge*. Se suponía que el duque debía estar preparando un discurso que debía dar al tomar posesión de su nuevo cargo en el palacio del gobernador de Nassau, pero en lugar de eso estaba charlando mientras la duquesa jugaba a las cartas. Ella se levantó de la mesa y entró en el salón diciendo: «Y ahora, David, ¿qué tal si trabajamos?». Él respondió avergonzado: «De acuerdo, cariño, ya voy». Al final, no subió al dormitorio a trabajar hasta casi medianoche. Cuando le dijo a Wallis que por fin iba a ocuparse de su tarea, ella le miró como una niñera «cuyo niño hubiera olvidado los preceptos que ella le había enseñado, provocándole de esta forma más pesar que enfado».

Aunque día tras día el duque insistía en que uno debía realizar una reverencia ante Wallis y dirigirse a ella como «Su Alteza Real», sus deseos

nunca fueron satisfechos. El gobernador hizo todo lo que pudo por reprimir sus nobles sentimientos e intentó que la pareja se encontrara lo mejor posible dadas las circunstancias. Después de una extensa rueda de prensa la noche del 9 de agosto, la señora Hastings-Brooke celebró una cena en honor de los famosos invitados. Asistieron el almirante Kennedy Purvis y su mujer, el secretario de Estado para las Colonias Eric Button y su mujer, Charles Lambe y George Woods.

Al día siguiente, mientras el duque pasaba revista a las tropas canadienses emplazadas en la isla y después jugaba un partido de golf, Wallis visitó el acuario local. En un cóctel celebrado esa noche, una mujer estadounidense, la señora Beck, provocó bastantes comentarios adversos cuando, seguida por otras tres compatriotas, hizo una reverencia a la duquesa. Las inglesas presentes se quedaron mirándolas fijamente. Una ausencia notable en el cóctel fue la del obispo de Bermudas, el reverendo Arthur H. Browne, quien había roto personalmente las fotografías de la pareja expuestas en un escaparate de Hamilton (Bermudas) en la época de la abdicación. A pesar de eso, con todo su descaro los duques de Windsor asistieron a su servicio de la catedral el domingo 11.

Durante el sermón, el obispo realizó una curiosa referencia. En algún momento de los dos días previos, el duque había enviado un telegrama traidor a Lisboa indicándoles a sus contactos nazis que estaba deseando regresar para discutir los acuerdos de una paz negociada. La censura era muy estricta en Bermudas; incluso si el duque había enviado el mensaje a través de un consulado neutral o en una valija diplomática enviada desde una isla neutral, es dudoso que pudiera haber evitado ser interceptado. Mirando directamente a los duques de Windsor el obispo dijo, al analizar la epístola de san Pablo a Filemón: «Las cartas de san Pablo revelan muchas cosas. Como bien saben los censores hoy día, la correspondencia de alguien puede proporcionarnos las más íntimas revelaciones de la personalidad de quien la escribe».

En la noche del día 11, el duque visitó la isla de St. George y habló con los oficiales y la tripulación de un barco francés destinado allí; al día siguiente inspeccionó muchas tropas de la isla. También plantó un árbol de ponciana junto al mango que su padre había plantado en 1880. Mientras tanto, Wallis realizó varios cruceros alrededor de las bahías y ensenadas, y tomó el té con una buena amiga de la tía Bessie, Jeffrey Dodge, de la familia propietaria de la marca de vehículos Dodge.

El 15 de agosto la pareja zarpó hacia Bahamas. Nassau había sido barrida, repintada y limpiada a conciencia para la llegada real. Los duques de Windsor

fueron en el barco canadiense *Lady Somers*, lo que habitualmente sería un procedimiento algo arriesgado para miembros de la realeza en tiempo de guerra. Sin embargo, un destructor británico no perdió de vista al *Lady Somers* durante todo el camino. Entre otros pasajeros estaba, por casualidad, el primo de Eugene Rothschild, el barón Maurice, quien demostró ser una genial compañía en el viaje.

Miles de personas se agolpaban tras el cordón policial a lo largo del muelle de Nassau mientras el séquito de bienvenida oficial, encabezado por el secretario colonial y John W. Dye, el cónsul estadounidense, todos de traje blanco, esperaban a lo largo del muelle acompañados de sus esposas. Las banderas inglesa y estadounidense ondeaban débilmente en la leve brisa. El calor era envolvente y sofocante.

El duque vestía el uniforme de general; Wallis llevaba un abrigo de seda azul marino, un sencillo vestido estampado y un gorro blanco bordado con madreperla. Los duques de Windsor no dieron muestra de la incomodidad que sentían en aquella humedad al estrechar las manos de los oficiales. Sin entretenerse más, el duque y la duquesa se dirigieron directamente a la cámara del consejo, donde, observados por 150 ciudadanos fascinados, se sentaron bajo un dosel rojo que llevaba el escudo de la corona bordado en oro. Wallis se sentó un peldaño por debajo del duque, pero uno por encima del lugar habitualmente reservado a la mujer de un gobernador. Era un detalle discreto que a las autoridades locales les había llevado horas discurrir.

El duque se quitó su gorra del ejército y se enjugó la sudorosa frente con un pañuelo grande de lino blanco que había sacado de su manga izquierda, mientras el teniente coronel R. A. Erskine-Lindop, comisario de policía de Bahamas, leía el nombramiento. Entonces, el jefe de justicia sir Oscar Daly dio un paso al frente para tomar el juramento sagrado. Reflejado en un enorme espejo que llenaba gran parte de la pared que estaba delante de él, el duque juró su lealtad a su hermano el rey y con una pluma de caparazón de tortuga firmó una versión escrita de la misma declaración. Wallis se puso en pie para observarle, rompiendo así el protocolo. Una vez realizó la segunda firma, él la miró directamente. Ninguno de los dos sonrió.

El duque dio el discurso oficial en el que había trabajado en Bermudas, que contenía una referencia extremadamente velada a su deseo de paz: un comentario acerca de «las cambiantes condiciones que las hostilidades han impuesto». La pareja estrechó la mano entonces a 285 personas, todas las cuales estaban empezando a desfallecer de forma visible en aquella sala sofocante donde no corría ni una pizca de brisa. La pareja continuó su camino

hacia el balcón mientras la banda tocaba el himno nacional y la muchedumbre vitoreaba.

En la recepción oficial, el marido de lady Jane Williams-Taylor, sir Frederick, ofreció un discurso de bienvenida formal y embarazoso. Parece ser que a sir Frederick le impresionaron y afligieron tanto las actividades desleales de Wallis que le transmitió su mujer que olvidó la importancia de fingir estar de su parte para ayudar a su mujer a que le sacara la información secreta que conocía; ni siquiera, para enfado del duque, fue capaz de mencionar a Wallis.

Continuó ignorándola durante semanas hasta que Jane le convenció de que su actitud no era de ayuda si debían obtener información secreta; ella comenzó a mostrarse amable con Wallis e incluso, para hacer que se sintiera mejor, la invitó a su magnífica finca de Star Acres, recordándole la época que pasaron juntas en París. Más adelante, le mostró en su salón, dándole una imagen falsa de sus verdaderas simpatías, el retrato al óleo de Hitler que el Führer, a quien había fingido admirar, le había regalado en su visita a Múnich en 1934. Eso incluso superaba la fotografía de Ribbentrop que Wallis tenía en el tocador de su dormitorio, que era lo primero que ella y el duque veían al despertarse cada mañana.

Los duques de Windsor llegaron junto a sus anfitriones al palacio del gobernador. Wallis quedó horrorizada por su estado. A diferencia del edificio de Nassau, que estaba arreglado, bien construido y amueblado con estilo, su nueva residencia se desmoronaba. La piscina se encontraba fuera de uso y llena de hojas de palmera que habían caído allí durante una tormenta reciente. Los duques de Windsor apenas podían leer la inscripción «S. M. Rey Eduardo VIII», acompañada del sello real, que un gobernador anterior había hecho pintar en el fondo de la misma.

Para el 19 de agosto, los duques de Windsor ya habían dado tres ruedas de prensa. El duque aclaró que sus actividades oficiales durante el resto de la guerra se limitarían a aquellas islas, y solo con el mayor de sus esfuerzos logró que no se notara la amargura en su voz. La pareja recibió al menos alguna buena noticia en su estado de depresión: la asamblea de Bahamas había aprobado una partida de 8000 dólares para restaurar el palacio del gobernador. Wallis comenzó inmediatamente a retirar el horrible mobiliario de mimbre y los espantosos retratos de la reina María y la reina Victoria que dominaban el salón. Los duques de Windsor contrataron a pintores para que rehicieran la fachada de estuco rosa. Comenzaron a realizar reparaciones en el techo y llamaron a especialistas para que se ocuparan de las manchas de

humedad y los desconchones del yeso. Pero de momento no podían hacer gran cosa con el dormitorio, con sus armarios anodinos, su monstruosa cama de latón y aquel enorme escritorio. Empezaron a hablar con el cónsul general estadounidense acerca de realizar un viaje a Canadá para visitar el rancho de Alberta y, muy nervioso, John W. Dye envió un telegrama a Washington para advertir de esta posibilidad. Existía gran temor de que los duques de Windsor fueran de Alberta a Washington, y el Departamento de Estado avisó a Whitehall de que no debía contemplarse una idea de ese tipo. Cuando el duque envió un telegrama a la Secretaría de Estado para las Colonias pidiendo que se le permitiera viajar a Canadá, lord Lloyd se puso en contacto con el embajador Lothian, quien declaró inmediatamente que no debía siquiera plantearse que los duques de Windsor realizaran dicho viaje. El telegrama de Lothian a la Secretaría de Estado para las Colonias, fechado el 24 de agosto, decía en parte lo siguiente:

Si el duque y la duquesa visitaran Estados Unidos en su viaje hacia Canadá, sin duda atraerían mucha publicidad e interés comercial de un tipo muy poco deseable. Pero la reacción de la prensa podría ser incluso más desafortunada si se creyera que no se estaba permitiendo que el duque visitara este país […]. En vista de la gran presión que soporta el presidente y por otros motivos, es obviamente poco recomendable que una visita de ese tipo se realice hasta una vez pasadas las elecciones, y creo, por tanto, que la idea de que Su Alteza Real venga a este país debería posponerse hasta después de esa fecha. En cualquier caso, a la opinión pública aquí le sorprendería mucho que Su Alteza Real abandonara ahora su puesto, tan poco tiempo después de su llegada al mismo. No es aconsejable que la opinión pública se lleve la impresión de que él no se está tomando en serio sus deberes públicos.

El día 25 los duques de Windsor asistieron a una recepción a la que se presentaron tres cuartas partes de los veinte mil ciudadanos de Bahamas. Incapaces de soportar el palacio del gobernador ni un momento más, la pareja se mudó temporalmente a la casa desocupada de Frederick Sigrist, genio del diseño aeronáutico y creador del Hurricane, uno de los aviones de combate más famosos utilizados por las Fuerzas Aéreas Reales contra Hitler. Era una casa agradable, situada en Prospect Ridge, de grandes habitaciones con techos altos, refrescada de noche por los intermitentes vientos alisios. Y es que el calor seguía dejando a la pareja completamente exhausta; incluso en Prospect Ridge, la falta de aire acondicionado era desagradable. Los duques de Windsor odiaban aquel ambiente colonial mezquino y cotilla. Nassau era extraordinariamente incómodo, claustrofóbico y provinciano. Su decadente

encanto colonial y sus agradables comercios a imitación de los estadounidenses, sus palmeras y sus playas de coral apenas compensaban la sensación de alejamiento y futilidad que les suscitaba. Además, había agentes del Servicio Secreto de Inteligencia vigilándoles, y ellos lo sabían. En cierto modo les alegró la llegada desde Nueva York de un ayuda de cámara recién nombrado, el capitán Vyvyan Drury, y su mujer, Nina. Los Drury demostraron ser una compañía agradable, así como fieles sirvientes.

Wallis comenzó a recorrer la isla, intentando aprovechar al máximo la situación. El duque y la duquesa fueron volviéndose cada vez más íntimos de lady Jane Williams-Taylor, que seguía espiándoles. Sir Harry Oakes, el acaudalado rey sin corona de Bahamas, les ofreció que utilizaran su casa, Westbourne; se alojaron allí durante semanas, y en agradecimiento Wallis le regaló su biombo chino favorito, traído desde Pekín. Él había sido un buscador de oro sin dinero en Canadá hasta que, años después de rastrear inútilmente, finalmente había encontrado la segunda mina de oro más grande del mundo. Su carácter tosco, chillón y vulgar no había cambiado desde la época en la que exploraba las tierras vírgenes con un pico y una pala. Enorme, de anchos hombros y una constitución que, aunque había sido fuerte, ahora se había vuelto gruesa, tenía una voz áspera y cascada, y unos modales destemplados y bravucones que solo se le perdonaban debido a su dinero. Su mujer, Eunice, australiana, era por el contrario una persona encantadora y dulce, y ambos tenían una hija preciosa, Nancy, quien pronto se casaría con el *playboy* y hombre de negocios de Bahamas Alfred de Marigny. Oakes también tenía dos hijos atractivos.

El socio de Oakes en Nassau y en el Banco Continental de México, institución vinculada a los nazis, era alguien muy siniestro. Moreno, de ojos verdes y musculoso, Harold Christie era un antiguo contrabandista que había comerciado ilegalmente con alcohol durante los años de la Prohibición. Se había convertido en el principal comerciante inmobiliario de las islas. Christie vivía de un modo extravagante, llevaba una casa costosa y viajaba a Estados Unidos continuamente, intentando encontrar a gente interesada en sus propiedades. Pero en aquella época de guerra, en lugar de sentir el atractivo de vivir en una zona exenta de impuestos, a los potenciales inversores les preocupaba que, dado que Bahamas era una colonia británica, pudieran ser atacados en un intento por parte de los alemanes de hacerse con campos de aviación desde los que se pudiera atacar el territorio continental estadounidense. Por eso Christie atravesaba considerables dificultades financieras en aquel momento. Trató de tensar la cuerda haciendo chanchullos

con gran número de propiedades baratas, realizando préstamos a los negros. Era un personaje destacado y agresivo en la Asamblea de Bahamas y utilizaba su gran influencia en Bay Street, el distrito comercial y financiero, para que se aprobaran sus proyectos, ya fueran legítimos o turbios.

Axel Wenner-Gren, el famoso multimillonario sueco, era un personaje muy poderoso en Bahamas; en aquella época se encontraba navegando alrededor de Estados Unidos después de que las autoridades estadounidenses le hubieran denegado el permiso de tocar tierra en Alaska. Era socio de Oakes y Christie en el Banco de Bahamas y el Banco Continental. Alto, gordo, de cara sonrosada y pelo canoso, Wenner-Gren había labrado su inmensa fortuna al inventar el aspirador y la nevera, que había patentado en los primeros años del siglo. Su compañía Electrolux se había expandido por todo el mundo. Internacionalista con un pie en cada bando, Wenner-Gren negociaba abiertamente con la Alemania nazi, Gran Bretaña y Estados Unidos, predicando una conveniente doctrina de paz e intrigando entre bambalinas para preservar sus inmensos intereses. El 25 de mayo de 1939, había mantenido una reunión con Goering en Berlín. Había escuchado prudente cuando este reclamó una paz permanente con Inglaterra que implicaría la restauración de las colonias alemanas de África, confiscadas tras la Primera Guerra Mundial, y la no interferencia en el corredor polaco, la franja de territorio cedido a Polonia en 1919 que daba a los polacos acceso al mar Báltico pero dividía Alemania; los alemanes lo habían vuelto a ocupar en 1939. Wenner-Gren había llevado el mensaje de Goering directamente a Neville Chamberlain, con la intención de alcanzar un armisticio negociado; pero, como comentó Chamberlain en un informe sin fecha, todas las ideas del sueco favorecían a Alemania y ofrecían a cambio solo promesas fútiles. Wenner-Gren mantenía además un diálogo continuo con Krupp, cuyos intereses protegía en Suecia. Fabricaba munición para los alemanes a través de su empresa sueca, Bofors, a la que protegía la neutralidad de su país. También tenía una participación en SKF, la empresa fabricante de cojinetes de bolas que suministraba productos a los países beligerantes de ambos bandos de la guerra.

Wenner-Gren era el propietario del Southern Cross, que le había comprado a Howard Hughes por dos millones de dólares. El barco, el mayor yate del mundo, estaba magníficamente amueblado y llevaba una emisora de radio privada a bordo. Se había establecido en Nassau a finales de 1939 y había fundado allí el Banco de Bahamas; también había comprado Hog Island [«Isla del Cerdo»] y la había rebautizado como Paradise Island [«Isla del

Paraíso»], creando allí un complejo de ocio de lujo. Wenner-Gren siempre estaba cambiando el registro del Southern Cross para evitar ataques en alta mar, y desde el barco intentaba vender armas a las repúblicas latinoamericanas en una época en la que el canal de Panamá se encontraba amenazado por personajes controlados por los nazis de la República de Panamá.

Los agentes de Wenner-Gren en Nassau le avisaron de la llegada de los duques de Windsor, y él les dejó un mensaje de bienvenida, aunque con retraso. En realidad, había estado en contacto con ellos antes, intercambiando correspondencia a través de Bedaux en relación a una paz negociada. Pronto regresaría y mantendrían una estrecha amistad.

A mediados de septiembre, Wallis estaba inquieta por el paradero de su doncella, Jeanne-Marguerite Moulichon. La división de Asuntos Europeos del Departamento de Estado envió un telegrama a la embajada estadounidense en París acerca del asunto. Madame Moulichon había sufrido una dramática serie de experiencias. En agosto, un oficial alemán se había reunido con ella en París y la había ayudado a llevar los preciados baúles que contenían ropa de cama, plata y porcelana hasta la frontera española. Aunque la dejó sola antes de alcanzar la frontera, logró encontrar una empresa de mudanzas para poder completar el resto del viaje hasta España; entonces, fue retenida durante un mes por el cónsul británico de San Sebastián. Mientras tanto, Gray Phillips, desde Lisboa, en colaboración con Bermejillo y el consulado estadounidense en Madrid, había organizado el envío de los baúles de La Croë a Bahamas. Tras otras vicisitudes, Jeanne-Marguerite por fin logró ponerse rumbo a Nassau en noviembre con la ayuda de Gray Phillips. De forma simultánea, la duquesa, decidida a encontrar alguna forma de viajar a Estados Unidos, había logrado obtener un pasaporte estadounidense a través del director de la división de Visados del Departamento de Estado, Breckinridge Long[36].

El 19 de septiembre lord Lothian envió un mensaje urgente al Ministerio de Asuntos Exteriores británico y a la Secretaría de Estado para las Colonias de Londres. Llevaba en el encabezamiento «Posible visita del duque de Windsor a Estados Unidos» y decía: «La opinión del presidente Roosevelt [es] que bajo ninguna circunstancia S. A. R. debe venir a Estados Unidos antes de las elecciones. Él mismo espera poder visitar pronto la isla Eleuthera y reunirse con él allí. Ya existirá posibilidad de que los duques de Windsor visiten Washington más adelante». La referencia en este mensaje secreto era al hecho de que Roosevelt estaba interesado en establecer una base en Eleuthera, donde los buques de guerra estadounidenses podrían atracar en

espera de la implicación de Estados Unidos en la guerra. En un informe escrito, John Balfour, del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, aportaba una nota al pie a este telegrama, diciendo:

> Me parece que el presidente va demasiado rápido. En primer lugar, aún no hemos acordado que los estadounidenses vayan a disponer de una base en la isla Eleuthera, a pesar de que sabemos que han puesto los ojos tímidamente en ella. En segundo lugar, el presidente no podrá de ningún modo visitar una dependencia británica sin que nosotros decidamos si estamos de acuerdo con esa visita. Hasta ahora, no se había mencionado nunca dicho viaje.

Se enviaron copias del informe de Balfour y del telegrama a, entre otros, sir Alexander Hardinge al palacio de Buckingham. Más adelante, ese mismo mes, el duque consiguió llegar a influir en lord Lothian hasta el punto de que el propio Lothian presionó a la Secretaría de Estado para las Colonias para que permitiera al duque visitar Estados Unidos. El 28 de septiembre lord Lloyd envió un informe al secretario de Asuntos Exteriores, lord Halifax, que decía: «Creo que Lothian está siendo pesado al sondear al presidente acerca de una posible visita del duque de Windsor a Estados Unidos. Ahora que pensaba haber conseguido sujetar firmemente al duque en Bahamas por un tiempo, viene lord Lothian a remover las aguas de nuevo».

Se envió a Lothian un informe apropiado, en el que se sugería que sería recomendable desalentar cualquier idea en este sentido. El 8 de octubre, un noticiero alemán en inglés, emitido en Inglaterra, afirmaba que el duque podría desempeñar un papel en unas posibles negociaciones de paz en Europa lideradas por el presidente Roosevelt. El informe añadía: «El gobierno le envió a Bahamas para quitarlo de en medio, pero él aceptó el puesto para poder disponer de un acceso fácil a Estados Unidos. Dentro de poco dejará Bahamas con destino a Estados Unidos para reunirse con el presidente». John De La Vautry, de la división de Censura de la unidad de Inteligencia del Ministerio de Información, escribía en un informe, fechado ese mismo día y reenviado a sir Walter Monckton: «Los alemanes han […] comenzado una campaña de rumores de paz. Ahora vuelven a ligarla al duque de Windsor y hablan de su anunciado viaje a Estados Unidos, que por esa, además de otras razones, muy bien podría ser pospuesto».

El 9 de octubre, Monckton envió a sir Alexander Cadogan un informe secreto que decía:

> He visto los telegramas que se cruzaban Lothian y el ministerio acerca de la sugerencia de que el duque y el presidente se reunieran en un futuro aparentemente no muy lejano. La […] emisión alemana en inglés […] que me envió la Unidad de Inteligencia de Censura puede sugerir una confirmación desde el punto de vista del ministerio de que incluso la mera discusión de una reunión así alberga riesgos. Quizá se haya enterado a través de la Secretaría de Estado de los esfuerzos realizados por determinados círculos en España para evitar que el duque de Windsor abandonara Lisboa. Ni tenía ni tengo ninguna duda de que esto se debió a que los alemanes podían sacar partido de su presencia, sobre todo después de que expresara su intención de irse, en el mismo sentido en el que ahora están utilizando la posibilidad de que se reúna con el presidente.

Cadogan añadió una nota al pie manuscrita: «Quizá debamos informar a lord Lothian de la emisión para ilustrarle del riesgo». Lothian envió un telegrama a Londres el día 10, diciendo que él no tenía ninguna intención de dar a entender que deseaba alentar una pronta visita del duque a Estados Unidos; le aseguró a la Secretaría de Estado para las Colonias que la visita del presidente a Bahamas sería de carácter puramente privado y no tendría lugar hasta después de las elecciones. Winston Churchill confirmó personalmente la necesidad de andar con cuidado en este asunto y, en un informe secreto fechado el 15 de octubre, aprobó la actitud de la Secretaría de Estado para las Colonias y la propia de Monckton. Cuatro días más tarde, la duquesa realizó dos envíos de efectos personales a Miami, en los que se incluía ropa para limpiar y arreglar. El siguiente informe fue enviado el día 19 por un agente del FBI a Clyde Tolson, lugarteniente del director de la organización, J. Edgar Hoover:

> En el curso de mis tareas como clasificador, he advertido que se ha informado de la duquesa de Windsor como violentamente filogermánica; en fechas posteriores he advertido que su ropa se enviaba a la tintorería a Nueva York. Existe la posibilidad de que esté enviando mensajes a través de la ropa.

Por improbable que fuera, se le impidió que enviara más.

En octubre ocurrió un incidente en el castillo de Candé, que aún seguía utilizándose como embajada estadounidense, donde existían documentos y archivos supuestamente secretos al alcance del gobierno alemán, tal y como deseaba Bullitt. El día 23 de ese mismo mes Hitler se reunió con el general Franco en Hendaya, junto a la frontera hispanofrancesa, con la intención de involucrar al general español en la guerra; su plan no prosperó.

Al día siguiente, se reunió con el mariscal Pétain en Montoire, y logró que este le ofreciera un apoyo absoluto en la guerra contra Inglaterra a cambio de la promesa de ciertas dependencias británicas en África. Desde allí, Hitler, acompañado por Goering y Ribbentrop, realizó una peregrinación al castillo de Candé, donde, al ver los retratos al óleo del duque y la duquesa que colgaban en la biblioteca, todos se pusieron solemnemente en posición de firmes unos al lado de otros y dedicaron el saludo nazi a aquellos fieles partidarios en el exilio.

De este asunto informó el día 25 Whitney Shepherdson, agente estadounidense en Francia, a William Donovan, el líder de la OSS en Washington.

El 29 de octubre, el duque abrió el curso parlamentario en Nassau. Pronunció un discurso cuidadosamente redactado en el que solicitaba ciertas reformas legislativas y discutía aspectos de la electricidad y las comunicaciones, la pesca de esponja y los problemas de desempleo. Todos ellos asuntos convencionales, de poca o ninguna importancia.

El 11 de noviembre, después de varios aplazamientos debidos al mal tiempo, los duques de Windsor zarparon en una visita de seis días a las Out Islands, las islas exteriores del archipiélago, para realizar negocios de propiedades con Harold Christie. Mientras tanto, en Whitehall seguían preocupados por que los duques de Windsor mantuvieran contacto con Roosevelt, quien seguía empeñado en que no fueran a Washington. Los mensajes secretos cruzaban una y otra vez el Atlántico, y todos eran inevitablemente reenviados a Alexander Hardinge a palacio. Lothian llegó incluso a ir a ver al secretario del presidente, el general *Pa* Watson, para que le confirmara que no tendría lugar ninguna reunión inmediata.

En noviembre, llegó Jeanne-Marguerite Moulichon, y el día 15 John W. Dye envió un mensaje a C. W. Gray, el ayudante de Cordell Hull en Washington.

> La doncella llegó a Nassau hace varios días y, según su versión, las autoridades británicas no fueron de mucha ayuda. De hecho, ella declara que fue innecesariamente retrasada

> alrededor de un mes en España a causa de la negligencia de estas, y durante ese tiempo no se realizó ningún esfuerzo para recuperar su equipaje perdido. El duque expresó su más sincero agradecimiento por la verdadera ayuda ofrecida por todos los funcionarios estadounidenses involucrados.

Esa misma semana, Axel Wenner-Gren llegó a Nassau a bordo del *Southern Cross*. Le acompañaba su mujer, la cantante estadounidense Marguerite Liggett. Un funcionario del Departamento de Estado, G. A. Gordon, escribía el 20 de noviembre a Fletcher Warren, del mismo departamento: «Axel Wenner-Gren lleva desde el 1 de noviembre de 1939 entrando y saliendo constantemente del puerto de Nassau en su yate, equipado con antenas de radio de gran alcance. Esta nave está tripulada por antiguos oficiales de la Armada sueca, todos los cuales, según mis informadores, son decidida y declaradamente partidarios de los nazis».

En sus encuentros con Wenner-Gren, los duques de Windsor estuvieron de acuerdo con él en su política de apoyo a una paz separada con la Alemania nazi. Ellos consiguieron que él pudiera conocer al general Maximino Camacho, partidario de los nazis y hermano del presidente mexicano, un acto impropio dado que las relaciones diplomáticas anglomexicanas se habían roto. Su intención era transferir dinero a México.

En los primeros días de diciembre, Wallis sufrió un grave problema dental que precisó ser tratado inmediatamente. Según su opinión, tendría que ser operada por un periodoncista, el doctor Horace Cartee, de Miami. Los duques de Windsor estaban empeñados en ir al territorio continental aunque, obviamente, podía haberse hecho venir a Cartee a Nassau. Mientras tanto, el presidente Roosevelt había sido reelegido de forma triunfante y en Washington ya se había decidido que debía ir a Bahamas a mantener la reunión que llevaba tanto tiempo aplazada y anticiparse así a que el duque fuera a reunirse con él. La Secretaría de Estado para las Colonias seguía oponiéndose. Lord Lloyd presionó a la pareja para que evitara el encuentro, y también se las arregló hábilmente para que coincidieran las fechas pedidas por el duque de permiso con el periodo en el que se esperaba al presidente. Entonces, debido a una casualidad de la vida, el Munargo, el *ferry* de pasajeros a Miami, tuvo que quedarse en el dique seco a causa de un problema mecánico. Irónicamente, a fin de deshacerse de los duques de Windsor la semana del 9 de diciembre, la Secretaría de Estado para las Colonias se vio obligada a autorizarles que navegaran en el Southern Cross de

Axel Wenner-Gren. Y así fueron empujados a una situación que, en circunstancias normales, se habría considerado muy poco aconsejable.

El grupo zarpó en la fecha prevista. De él formaban parte Harold Holder, bajo investigación por sentimientos antibritánicos, Piper Alistair Fletcher y Evelyn Fyrth. El Souhern Cross atracó en Miami, lo que provocó una gran cantidad de comentarios críticos en la prensa de izquierdas. Doce mil personas se agolparon en el muelle para saludar a la pareja, y ocho mil más se alinearon a lo largo de los doce kilómetros de carretera que había hasta el hospital St. Francis. Wallis sentía mucho dolor, pero no daba muestras de ello; cuando llegó a la sala de pacientes externos, el doctor Cartee le dijo que sería una operación difícil, pues tenía dañada la mandíbula. Fue intervenida de inmediato y se le extrajo la muela inferior derecha. Tenía una considerable infección y su recuperación postoperatoria fue muy lenta. Esa misma semana lord Lothian falleció de forma inesperada; enfermó repentinamente y, como devoto de la ciencia cristiana, rechazó los tratamientos que le habrían salvado la vida. Aprovechando de forma obstinada su muerte, el duque voló en un avión de la patrulla marítima estadounidense a Bahamas. Se reunió con Roosevelt después de todo, en una visita de tres horas a bordo del crucero presidencial Tuscaloosa, anclado en Eleuthera. El duque, con su típica determinación, y tras realizar muchas afirmaciones derrotistas, le preguntó al presidente sobre la marcha si podría visitar los campamentos para jóvenes levantados durante la Depresión. Era una forma de asegurarse de que Wallis y él podrían finalmente viajar al territorio continental estadounidense. Se discutió también el emplazamiento de bases para la Marina estadounidense, pero sin llegar a ninguna conclusión.

El duque voló a Miami para realizar junto a Wallis el viaje de regreso a bordo del Southern Cross, que zarpó de allí el 17 de diciembre. El duque anunció a los periodistas que estaría encantado de aceptar el cargo de embajador británico en Estados Unidos si este se le ofreciera, un comentario que fue desaprobado en Whitehall. Después de un breve crucero por las Bahamas occidentales, Wenner-Gren llevó a la pareja de vuelta a Nassau.

El viaje a Florida se había emprendido desafiando las órdenes de Churchill y como un acto de rebeldía también contra los esfuerzos por impedirlo de Jane Williams-Taylor, a quien apoyaban su marido, sir Frederick, y sus amigos Marjorie Merriweather Post y Millard E. Tydings, senador por Maryland. Poco después, el Servicio Secreto de Inteligencia captaría a los inverosímiles agentes Greta Garbo y su amigo el nutricionista Gayelord Hauser para que vigilaran a Wenner-Gren y sus socios de la realeza.

Cuando los duques de Windsor regresaron a Nassau, se les contó que Fulton Oursler, el destacado escritor estadounidense partidario del aislacionismo y editor de la revista *Liberty*, propiedad de otro gurú de las dietas, Bernarr McFadden, estaba esperando al duque para entrevistarse con él.

Oursler no era consciente de los vínculos nazis de los duques de Windsor, o al menos eso parece. A su vez, los duques de Windsor admiraban la revista *Liberty*, que había contratado a Errol Flynn en 1937 para que este dispusiera de una tapadera en sus aventuras nazis en la Guerra Civil española. Lo que el duque pasó por alto es que, aislacionista o no, Oursler era un estadounidense leal contrario a los nazis.

Oursler llevaba semanas tratando de concertar la entrevista. La Casa Blanca la había desaconsejado, probablemente porque Roosevelt no quería que el duque de Windsor dejara por escrito una perorata de sus opiniones derrotistas en tiempos de la Ley de Préstamo y Arriendo. El gobierno británico también había vetado de forma parecida la idea. Pero Oursler estaba decidido a seguir presionando. Obtuvo el apoyo de una de las amistades de sociedad de los duques de Windsor, el millonario Thomson Rich, que le prometió hacer todo lo que estuviera en su mano.

En el avión a Nassau, Oursler tuvo como compañero de viaje a Charles A. Taussig, jefe de la misión presidencial de Roosevelt para investigar las condiciones laborales del Caribe. Taussig le ignoró e hizo todo lo posible por evitar que la entrevista con el duque de Windsor tuviera lugar.

Pero entonces apareció de repente Thomson Rich y le mostró a Oursler una carta que el capitán Vyvyan Drury, edecán del duque, le había escrito a Roosevelt diciéndole que le agradaría recibir a Oursler en cualquier momento. Cómo había obtenido Rich aquella carta fue algo que no explicó.

Oursler consiguió una entrevista con Drury el día 18; le sorprendió ver cómo junto a las paredes del salón de baile del palacio del gobernador se apilaba gran parte del equipaje de los duques de Windsor, aún sin deshacer después de más de cuatro meses. Drury se mostró cordial y le informó de que al duque le alegraría recibirle esa misma tarde a las seis.

El duque entró majestuosamente en el salón a la hora señalada, estrechó la mano a Oursler y le ofreció asiento. Oursler disparó de inmediato. Le preguntó al duque de Windsor qué pensaba de que el mariscal colaboracionista Pétain hubiera destituido a su lugarteniente Pierre Laval; en realidad, Laval fue restituido a su puesto en cuestión de días, pero la pregunta dio pie a que el duque manifestara la esperada aprobación de Pétain que

demostraba su apoyo al régimen de Vichy. Oursler también habló de la «derrota italiana» —en realidad, apenas una ligera redefinición de fronteras— y dejó caer la deliberadamente absurda afirmación, concebida para provocar a su entrevistado, de que el desmoronamiento de Italia ante los aliados provocaría una revolución en contra de la guerra en Alemania que tendría como consecuencia el derrocamiento de Hitler por parte del pueblo. El duque cayó en la trampa. Y contestó, irritado:

> Eso es querer hacerse ilusiones, señor Oursler. No habrá ninguna revolución en Alemania y sería trágico para el mundo que Hitler fuera derrocado. Hitler es el líder adecuado y lógico para el pueblo alemán. Es una pena que usted no haya conocido a Hitler, al igual que lo es que yo no haya conocido a Mussolini. Hitler es un gran hombre.

Y añadió:

> ¿Cree que su presidente se plantearía actuar de mediador si llegara el momento oportuno?

Oursler contestó que el presidente lo haría si considerara que era lo mejor para el interés de la humanidad. Pero que no le había visto en los últimos tres meses y que tan solo era una suposición.

Windsor se aventuró aún más:

> Pocas personas son conscientes de lo grave que es la situación de Gran Bretaña. Inglaterra mantiene un bloqueo sobre Alemania pero también Alemania lo hace con Inglaterra. Las pérdidas submarinas son enormes y cada vez mayores, creando el caos. Está llegando el momento de que se haga algo. Alguien tendrá que mover ficha.

Con el pulso desbocado, Oursler voló a Washington, donde el presidente le había garantizado que lo recibiría en la Casa Blanca. Le repitió todo lo que había dicho el duque de Windsor y Roosevelt se estremeció enfadado, mencionando el grupo contemporizador de alto nivel existente en Inglaterra al que el duque de Windsor representaba. El presidente estaba horrorizado por la declaración del duque de Windsor acerca de la grandeza de Hitler y la certeza de que se produciría una revolución en Inglaterra; él sabía que una revolución así le aseguraría al duque de Windsor la recuperación del trono.

Fue entonces cuando soltó la bomba de que existían nueve emisoras de onda corta que transmitían de París a Berlín la información que el duque de Windsor suministraba al gobierno alemán. El presidente, discretamente, no mencionó a Bullitt, a quien despreciaba y ya había destituido. Dijo:

> Después [de las emisiones] se le sugirió al duque que fuera a Cannes con su mujer y permaneciera allí.

Oursler nunca publicó la historia entera. Fulton Oursler (hijo) afirma que temía poner en riesgo su vida si lo hacía. En su lugar, publicó una versión mucho más moderada, que aun así puso furiosos a Churchill y al rey Jorge VI; de haber aparecido el relato completo, según las propias palabras que escribió Fulton Oursler (padre) en su diario, «habría quedado expuesto el trono de Inglaterra».

Hoy resulta evidente, a partir de los documentos del Ministerio de Asuntos Exteriores británico recientemente desclasificados, que Roosevelt engañó a Oursler con respecto a este asunto. Lejos de sentirse horrorizado por las políticas contemporizadoras con respecto a Hitler, él mismo había estado implicado hasta mayo, cuando el recién nombrado primer ministro Winston Churchill le convenció, en continuos intentos por apaciguar a la Alemania nazi y poner fin a la guerra. La única diferencia era que, en lugar de iniciar un plan así, como sugería el duque de Windsor, apoyaría a Gran Bretaña bajo cuerda y, una vez que Whitehall hubiera sondeado a Berlín, él le presentaría la idea a Hitler.

La inspiración de esta propuesta innoble le vino de Sumner Welles, del Departamento de Estado, un viejo amigo de Roosevelt que había sido compañero de escuela suyo en Groton. Welles, como emisario especial ante Italia, había quedado excesivamente impresionado por Mussolini, el rey Víctor Manuel y el conde Ciano, y creía que estos actuarían como intermediarios con Hitler, dado que (en su opinión) ninguno deseaba la guerra, a pesar del hecho de que Italia hubiera entrado en la misma ese verano, como aliado incompetente del Führer.

Lord Lothian se había reunido en secreto con Roosevelt el 5 de abril para discutir el plan del presidente para una paz negociada. Irónicamente, Roosevelt compartía y se hacía eco de la principal esperanza del duque de Windsor, la de que, en cualquier acuerdo de paz, Alemania conservaría su «espacio vital» y nunca sería troceada, ni entonces ni en el futuro. Lo único que exigiría Roosevelt es que Hitler aceptara una fuerza de paz europea organizada de forma conjunta con Estados Unidos; el presidente llegó incluso

al excepcional e impropio extremo de esbozar un informe sobre el asunto para que Chamberlain se lo transmitiera a Hitler.

El Ministerio de Asuntos Exteriores británico estaba horrorizado. El 8 de abril de 1940 sir Robert Vansittart escribió disgustado a Chamberlain: «Bajo ningún concepto participaremos en esto. Sería una trampa». Y añadió: «Sigamos luchando con la guerra. No permitamos que nos arrastren a este embarazoso follón aficionados lejanos e inexpertos [Welles y Roosevelt]». Y continuaba:

> Estas vagas ideas [de Washington] son muy peligrosas. Nadie en su sano juicio se plantearía el desarme salvo que (a) Prusia fuera dividida y (b) la casta militar alemana fuera destruida. Ambas condiciones son absolutamente indispensables para lograr algo que se parezca a la paz y Roosevelt y Welles nunca las mencionan. Bajo ningún concepto debe el gobierno de Su Majestad dejarse influir por principiantes.

Ese invierno, Frazier Jelke, un conocido corredor de bolsa neoyorquino, realizó varias visitas a los duques de Windsor. Le sorprendió oírles afirmar de modo bastante categórico ante sus invitados que se oponían rotundamente a que Estados Unidos entrara en la guerra. En una ocasión, el duque le dijo a Jelke: «Es demasiado tarde para que Estados Unidos salve la democracia en Europa. Mejor la habría salvado en su propio país». En vista de la expresión de sentimientos como aquellos, que Jelke trasladó a Churchill, apenas sorprende que este estuviera muy convencido, al igual que el rey y Roosevelt, de que bajo ninguna circunstancia debía el duque viajar a Estados Unidos, donde podría apoyar a los aislacionistas. Vale la pena advertir que en aquella época muchos de estos aislacionistas no eran meros pacifistas bienintencionados pero equivocados, convencidos de estar protegiendo las vidas de los jóvenes estadounidenses, sino personas a sueldo del gobierno nazi, un hecho bien conocido en Whitehall y en los servicios de inteligencia de Washington.

Los duques de Windsor celebraron las Navidades de 1940 de modo informal, dando fiestas en el palacio del gobernador en beneficio de los niños pobres de las islas. Comenzaba la temporada de invierno; ahora que el clima era más suave, la alta sociedad acudía desde el territorio continental a Nassau para asistir a una serie de eventos. Axel Wenner-Gren recibía a bordo del Southern Cross, anclado junto a Paradise Island. Entre los invitados con los

que los duques de Windsor trabaron una íntima amistad se encontraba el extrovertido James D. Mooney, director en Europa de General Motors[37]. Después de no lograr obtener un visado para Londres debido a la mediación de sir Robert Vansittart, Mooney se encontraba viajando por América en un avión alquilado por Goering para negociar la paz en nombre de Hitler. Ahora se encontraba de visita en Cat Cay, una isla al norte de Nassau, junto a otro simpatizante nazi, Alfred P. Sloan, presidente de General Motors, a bordo del René, el yate de Sloan. Según los informes de la inteligencia estadounidense, el duque mantuvo varias reuniones con Mooney para discutir planes para acordar una paz separada con Hitler. Para protegerse a sí mismo, Mooney, según diversas fuentes, había ejercido como agente doble para Vansittart durante varios años; quizá podría haber informado sobre los vínculos nazis de los duques de Windsor en Bahamas.

Testigo real de la mala conducta de los duques de Windsor con respecto a las restricciones sobre evasión de divisas fue el agente secreto británico H. Montgomery Hyde, entonces en el equipo de sir William Stephenson, de la Coordinación de Seguridad Británica. Montgomery Hyde visitó Nassau en esa época, observando para su enfado que Harold Christie y Maximino Camacho mantenían reuniones con el duque sin el menor disimulo para discutir acuerdos con el Banco Continental que beneficiarían ilegalmente a los duques de Windsor mientras durara la guerra. Montgomery Hyde declina pronunciarse sobre si informó de este asunto al Tesoro británico y al estadounidense; sin embargo, era algo sabido tanto en Washington como en Whitehall, como revela cuantiosa documentación de la época.

El 25 de enero de 1941 Sumner Welles envió un informe confidencial a Fletcher Warren, del Departamento de Estado:

La información más reciente de la que dispongo con respecto al señor Wenner-Gren indica que se encuentra en contacto permanente y cercano con el duque de Windsor y que ambos están reuniéndose con una importante cantidad de destacados e influyentes hombres de negocios, sobre todo de los estados del medio oeste, en cuyos círculos económicos parece prevalecer un punto de vista estrictamente comercial con respecto a las relaciones entre Estados Unidos y Alemania.

Parecen existir indicios de que el señor Wenner-Gren, así como el duque de Windsor, está subrayando la necesidad de alcanzar en este momento una paz negociada debido a las ventajas que esta aportaría a los intereses económicos estadounidenses. Este enfoque, en mi opinión, debería observarse detenidamente.

La otra información que poseo es que está previsto que el hermano del nuevo presidente de México, el general Maximino Ávila Camacho, llegue a Nassau a principios de febrero, aparentemente para reunirse con el señor Wenner-Gren. Los informes que me han llegado indican que el señor Wenner-Gren está impaciente por participar en un consorcio estadounidense que pretende invertir una considerable cantidad de capital en México. Por todos estos motivos, creo que es muy importante que realicemos algo más que los acostumbrados informes rutinarios sobre las actividades del señor Wenner-Gren.

De hecho, Camacho volvería pronto a Bahamas como invitado de los duques de Windsor para discutir el establecimiento de un complejo en el que existirían intereses alemanes, estadounidenses y británicos en México, y en el que participarían los duques de Windsor.

El 5 de febrero James B. Stewart, cónsul general estadounidense en Zúrich, envió un informe estrictamente confidencial a Fletcher Warren. El documento, titulado «Supuestas actividades subversivas nazis en Estados Unidos de James D. Mooney», dice en parte lo siguiente:

> El señor Eduard Winter, antiguo distribuidor de General Motors en Berlín y actualmente representante de su compañía en París, actúa como correo transmitiendo comunicaciones entre el señor James D. Mooney, presidente de General Motors, y altos oficiales alemanes en París. El señor Winter dispone de un pasaporte especial que le permite viajar libremente entre la Francia ocupada y la que no lo está. Es conocida la simpatía del señor Mooney por el gobierno alemán, y las personas que suministraron esta información creen que el directivo de General Motors está transmitiendo información de carácter confidencial a través del señor Winter.

En otras palabras, Mooney estaba implicado en espionaje a favor de Alemania. Messersmith, que en ese momento era ministro estadounidense en Cuba, escribió un extenso informe, fechado el 4 de marzo de 1941, que contenía este pasaje:

> Algo malo le ha pasado a [la cabeza de] Mooney, y le considero un individuo peligroso. Es uno de esos irlandeses que están tan en contra de Inglaterra que estarían dispuestos a ver

> cómo se hunde el mundo entero para satisfacer sus sentimientos con respecto a Inglaterra. En mi opinión, está tan loco como los nazis y es alguien que alberga la esperanza de que cuando Estados Unidos se vuelva fascista él será nuestro Quisling o nuestro Laval.

Messersmith, que no estaba informado del papel de Mooney como agente doble, también añadía que el directivo de General Motors había mantenido recientemente un idilio con la hija de un oficial alemán muy conocido, «siendo la chica algo desequilibrada de carácter y una nazi declarada». Mooney era «una persona con quien era aún más peligroso que se asociaran el duque y la duquesa de Windsor que con Wenner-Gren». El gobierno estadounidense intensificó su vigilancia sobre los duques de Windsor. El FBI no estaba autorizado a operar en las islas Bahamas y la OSS acababa de formarse y de alguna forma tenía restringido operar en territorios británicos. Sin embargo, varios agentes estadounidenses volaron a Cuba, Florida, Bermudas y Haití en un esfuerzo por desvelar la verdad de lo que estaba ocurriendo. Mientras tanto, la propaganda alemana no cesaba de insistir en los duques de Windsor. La radio afirmaba que en el nuevo orden de cosas el duque sería virrey de América y (una vez más) que la familia real británica sería desterrada a Bahamas en su lugar. Otro visitante en Cat Cay en aquella época era Errol Flynn, aparentemente para practicar la pesca submarina, pero en realidad como invitado de Alfred P. Sloan y James Mooney. Esta eminente estrella del cine, con sus amplios vínculos nazis, tenía motivos para apoyar las discusiones de una futura paz negociada.

Harold Christie profundizó sus relaciones con los duques de Windsor. El 6 de febrero celebró en su honor la primera gran fiesta de la temporada y la primera que daba nunca un ciudadano de Bahamas en honor del gobernador y su mujer. Entre los invitados se encontraban la tía Bessie, sir Harry y lady Oakes, el capitán Vyvyan Drury y su mujer, y el matrimonio Wenner-Gren.

El 4 de marzo el cónsul estadounidense John Dye envió un informe señalado como «Confidencial» al Departamento de Estado, en el que indicaba que la duquesa había estado realizando viajes secretos a San Juan (Puerto Rico); la fuente de la información era la mujer de William Leahy, almirante y antiguo gobernador de Puerto Rico que entonces desempeñaba el cargo de embajador estadounidense ante el régimen de Vichy. Curiosamente, fue la tía Bessie quien transmitió esta información a las autoridades. Dye desestimó el informe como carente de fundamento, pero ¿lo era? El Ministerio de Asuntos Exteriores británico tenía fuertes sospechas sobre el tema, y estaba impaciente

por impedir la visita tanto del duque como de la duquesa a Santo Domingo, lugar donde podrían realizar otros contactos poco aconsejables; el presidente Trujillo estaba especialmente impaciente por poder alojarlos allí; él también tenía importantes vínculos nazis. La embajada británica en Washington prohibió expresamente a los duques de Windsor viajar a la isla.

Con la ayuda de un incremento extra de unas 5000 libras y la llegada de un decorador de interiores desde Nueva York, Wallis fue convirtiendo gradualmente el palacio del gobernador en una residencia confortable. El ambiente era más estadounidense que británico, sin rasgos característicos, pero al menos adecuado. Sin embargo, el modesto placer de mejorar sus condiciones de vida y sus enérgicas tareas en la Cruz Roja y los hospitales y orfanatos de las islas se veían continuamente minados por la profunda amargura y tristeza que le provocaba el exilio. Ella y el duque nunca dejaron de recriminárselo a todo aquel que les había colocado en aquella situación tan difícil, aunque debe decirse a favor del duque que él nunca toleró la crítica directa a su hermano, cuñada o madre, ni siquiera aunque esta viniera de Wallis. Ella no tenía ese autodominio. Soltaba barbaridades ante una mínima mención en su presencia de la familia real británica. Muchos de sus insultos llegaban a palacio, lo que provocó consecuencias inevitables.

El 4 de marzo la duquesa escribió a un amigo, P. G. *Nick* Sedley, de la Carter Carburettor Corporation (San Luis, Missouri). Sedley había estado ayudándola a comunicarse con sir Pomeroy y lady Burton, los propietarios de La Croë, que vivían en Francia bajo arresto domiciliario; en la carta ella revelaba que había estado pagando la renta de La Croë en la cuenta que tenían los Burton en el Coutts Bank de Londres. También revelaba que había estado enviando dinero a Herman Rogers para que pagara los sueldos de Antoine y Anna, sus empleados en la villa. Estaba preocupada porque le habían llegado rumores de que la casa se había vendido. Estaba decidida, decía, a mantener en funcionamiento La Croë, independientemente de lo que ocurriera en el futuro. Sedley estaba actuando de intermediario en el asunto. Estaba casado con la hermana de lady Burton, y su madre, la señora Sedley, vivía en su casa en Dinard, al norte de Francia. En una carta fechada el 5 de marzo y dirigida a uno de sus contactos, Hugh R. Wilson, del Departamento de Estado, Sedley escribía el siguiente mensaje, que acabó llegando al Servicio Secreto de Inteligencia:

> No sé nada de estas cosas, pero es posible que exista algún alemán con autoridad en Berlín que permita que una copia [de la carta de la duquesa] sea *entregada como una cortesía hacia*

> *usted, o el duque de Windsor o ambos* [la cursiva es del autor]. Se dice que podría pasar un mensaje aislado de 25 palabras y estoy intentando eso, preguntando si mi gente necesita dinero en efectivo; sin embargo, obviamente el mensaje de la duquesa de Windsor no podría comprimirse en 25 palabras, porque si intentara hacer eso, mencionando nombres y lugares, el censor alemán lo detendría sin duda al no ser comprensible, mientras el mensaje completo, como lo escribiera la duquesa, sería claro e inofensivo desde cualquier punto de vista.

El ayudante del secretario de Estado Breckinridge Long, en una nota fechada el 4 de abril y dirigida al señor Sedley, afirmaba que estaría encantado de transmitir el texto de la carta a Francia, siempre que contara con la autorización de los británicos. Tendría que ponerse en contacto con la embajada británica en Washington antes de poder continuar, dado que este asunto se encontraba claramente en el filo de una violación de las normas de seguridad y podría interpretarse también como un traspaso de los límites de la Ley de Comercio con el Enemigo. La carta de la duquesa fue reenviada al Ministerio de Asuntos Exteriores británico de Londres, donde demostró ser de particular interés para el viejo enemigo de Wallis sir Robert Vansittart. Hasta donde puede determinarse, la carta fue retenida. El hecho de que Wallis consintiera obtener el apoyo de las autoridades de Berlín para hacer llegar una carta relativa a su casa naturalmente provocó un gesto de desaprobación en Whitehall.

El 18 de marzo Churchill envió un telegrama al duque diciéndole que la visita propuesta a Estados Unidos no les convenía ni al pueblo ni al propio duque. Churchill no se oponía a su crucero por las islas de las Indias Occidentales, siempre y cuando no se realizara en el yate de Wenner-Gren. Y continuaba:

> Este caballero está considerado, según los informes que he recibido, un financiero internacional partidario de los alemanes, con fuertes tendencias hacia las políticas de apaciguamiento, y sospechoso de encontrarse en comunicación con el enemigo. Su Alteza Real quizá no se dé cuenta de la tensión que provoca en Estados Unidos este tipo de personas y lo mucho que se ofende a su gobierno cuando se realiza hacia ellos cualquier concesión.

En referencia al suavizado artículo de *Liberty*, añadía:

> El lenguaje, independientemente de su intención, será sin duda interpretado como derrotista y pronazi, y por tanto aprobatorio del objetivo aislacionista de mantener a Estados Unidos fuera de la guerra […]. Desearía, de hecho, que Su Alteza Real pidiera consejo antes de realizar declaraciones públicas de este tipo.

Churchill no había olvidado la investidura de Eduardo como príncipe de Gales en el castillo de Caernarvon, y seguía comportándose como su padrino sentimental y tutor en la última frase: «Siempre estaré dispuesto a ayudarle como solía hacerlo en el pasado».

No se podía renunciar a la vigilancia secreta de la duquesa mientras continuaran actividades de ese tipo. No fue hasta julio que H. Freeman Matthews, primer secretario de la embajada estadounidense en Vichy, informó al Departamento de Estado de que la reveladora carta había conseguido atravesar la malla a pesar de haber sido retenida en Londres. Breckinridge Long, quien había violado con frecuencia la Ley de Comercio con el Enemigo (al tiempo que impedía los pagos extranjeros a refugiados judíos porque, decía, esos pagos violarían dicha ley), había pasado bajo cuerda la carta de Wallis mediante la valija diplomática. Irónicamente, sin embargo, como informaba Matthews el 16 de marzo:

> Debido a la interrupción de los servicios postales tanto de valija como ordinario por parte de las autoridades alemanas entre la embajada en Vichy y las oficinas consulares estadounidenses en la Francia ocupada, desgraciadamente la embajada ha sido incapaz de enviar copias de la carta de la duquesa de Windsor a nuestras oficinas consulares en la zona ocupada para que estas fueran transmitidas a las personas concernidas.

El 17 de marzo Winston Churchill envió un informe secreto al duque instándole a que no mantuviera su relación con el partidario de los nazis Wenner-Gren. Al mismo tiempo que Churchill dirigía sus advertencias y recomendaciones al duque —y, por extensión, a Wallis—, también estaba cuidando su propiedad en Francia. El siguiente informe (X2153/188/503) fue enviado, en violación de la legislación para tiempo de guerra, desde el Ministerio de Asuntos Exteriores británico a la embajada estadounidense en París el 7 de abril de 1941:

> El señor Winston Churchill presenta sus saludos al embajador de Estados Unidos y tiene el honor de solicitar a Su Excelencia que tenga la amabilidad de pedirle al cónsul de Estados Unidos en Cannes que abone, de los fondos británicos que se encuentran a su disposición, la suma de 44 156,25 francos (el equivalente a 250 libras, siendo una libra 176,625 francos) al señor Herman Rogers (Villa Lou Viei, Cannes), contra su recibo por el mantenimiento de la propiedad de Su Alteza Real el duque de Windsor, para quien el señor Herman Rogers está actuando como agente.

Como consecuencia de la publicación de la suavizada entrevista de Fulton Oursler en la revista *Liberty*, el 27 de marzo el duque había escrito apresuradamente una enojada nota a Churchill, a través de lord Moyne, de la Secretaría de Estado para las Colonias. Comenzaba: «Cualquier rechazo al artículo de Oursler en la prensa estadounidense serviría únicamente para atraer atención y publicidad. Además, si tuviera opiniones que discreparan completamente de sus políticas, las expresaría de forma más directa». (Como, por supuesto, había hecho). Y continuaba:

> Me pregunto si [el embajador] lord Halifax lleva el suficiente tiempo en Estados Unidos para ser capaz de predecir que una visita nuestra se convertiría en un espectáculo […]. En Miami, en diciembre pasado […] nuestra presencia mantuvo un aspecto digno y no soy consciente de que con ella se dañaran los intereses británicos […]. La importancia que otorga a los artículos de revista estadounidenses me empuja a comunicarle que me ha molestado y ofendido mucho el presente en la revista *Life* del 17 de marzo, titulado «La reina», en el que se cita una referencia de esta última a la duquesa como «esa mujer». Entiendo que los artículos sobre la familia real son censurados en Gran Bretaña antes de su publicación, y este comentario es un insulto directo a mi mujer y no supone, puedo asegurárselo, ningún aliento a nuestros esfuerzos por mantener el sistema monárquico en una colonia británica. Se añade a esto la anomalía crónica de que mi mujer no disponga del mismo estatus oficial que yo mismo, lo que no deja de tener sus desagradables e indignos [aspectos]. No es necesario que me recuerde los sacrificios y sufrimientos que está soportando Gran

> Bretaña […]. Si mi sencilla petición, que le fue trasladada por [el embajador en España] Sam Hoare hubiera sido atendida por mi hermano, yo habría estado orgulloso de compartir esta época triste y crítica con mis compatriotas. He valorado y disfrutado su amistad en el pasado, pero tras su telegrama FO Núm. 458 fechado el 1 de julio y el tono de los recientes mensajes que me ha enviado aquí, encuentro difícil creer que siga siendo el amigo que antaño solía ser.

Sir John Colville le contó a este autor lo furioso que se puso Churchill al leer esta misiva; no fue respondida.

El 23 de junio, se celebró en Washington una reunión entre Hoyer Millar, primer secretario de la embajada británica, y J. W. Hickerson, del Departamento de Estado estadounidense, sobre un asunto extremadamente urgente. Con el consentimiento ilegal de los duques de Windsor y Harold Christie, Wenner-Gren planeaba comprar grandes extensiones de terreno en Bahamas. Hickerson había transmitido esta noticia al Departamento de Guerra y al Departamento de Marina. Ambos le habían comunicado a él su esperanza de que el gobierno británico no permitiera a Wenner-Gren hacerse con los terrenos colindantes al emplazamiento propuesto para las bases naval y militar estadounidenses. Millar se alegró de oír estas respuestas, y expresó la conformidad del gobierno británico con que no se permitiera a Wenner-Gren continuar con sus planes. El duque intercedió temerariamente a favor de Wenner-Gren, delatando así toda la trama. De hecho, escribió a lord Halifax, embajador británico en Washington, pidiéndole que averiguara qué tenía el gobierno de Estados Unidos en contra de Wenner-Gren. El duque afirmaba que Wenner-Gren estaba dispuesto a realizar importantes inversiones en Bahamas que resultarían de gran ayuda a la población nativa, y decía que él, como gobernador de las islas, deseaba conocer de modo oficial los motivos para que «no se aprobaran y alentaran actividades del tipo de las propuestas por Wenner-Gren».

Halifax llevó esta nota a Sumner Welles, y mantuvieron una discusión al respecto en el Departamento de Estado ese mismo día. Welles le explicó a Halifax que los vínculos de Wenner-Gren con miembros de alto nivel del gobierno alemán eran muy estrechos, y le aclaró a Halifax que las actividades del sueco solo podían considerarse sospechosas en vista de la situación mundial. Como resultado de esta reunión, Halifax respondió al duque el día 23: «Investigaré el tema pero, dado que es un asunto delicado, dudo que pueda obtener ninguna información». Es fácil imaginar la furiosa reacción del

duque. Al mismo tiempo Wenner-Gren se había unido, junto a sir Harry Oakes, Harold Christie, el antiguo senador John D. Hastings, el especulador de Wall Street Ben Smith y Ed Flynn, líder demócrata del Bronx, al Banco Continental de México. Según los informes del Tesoro estadounidense, durante la primavera de 1941 Camacho había vuelto a mantener otra reunión con el duque y la duquesa para discutir las formas y los medios de eludir la legislación británica de divisas en una época en la que las relaciones diplomáticas y políticas entre Gran Bretaña y México se encontraban interrumpidas como consecuencia de una disputa relacionada con las concesiones petrolíferas de 1938. Para los duques de Windsor el mero hecho de reunirse con una persona así para tratar asuntos bancarios constituía una violación de la legislación británica. Mucha gente creía que los duques de Windsor habían logrado desviar más de un millón de libras de divisas ilegales al Banco Continental a través de diversos accionistas.

En una fiesta celebrada para recaudar fondos para el pueblo británico en Nassau el 21 de abril de 1941, William Rhinelander, un habitual de la alta sociedad, informó a Percy Foxworth, del FBI, de que el duque estaba cantando enérgicamente «Siempre existirá Inglaterra» cuando se detuvo repentinamente y dijo, dejando helados a todos los presentes, «Siempre existirá Scotland Yard», como si supiera que su anfitriona, lady Williams-Taylor, era una espía británica. En otra cena, celebrada en el palacio del gobernador, un gaitero que trabajaba para el Servicio Secreto de Inteligencia acompañó con su música la llegada de los invitados. Después de realizar un comentario incendiariamente antibritánico a alguien en la mesa, el duque se giró hacia el gaitero y le dijo, cortante: «Puedes informar de lo que acabo de decir a Downing Street».

El primer ministro Winston Churchill, en una segunda violación de la Ley de Comercio con el Enemigo, realizó unas gestiones tan inquietantes que solo una cita completa del documento puede ilustrarlo. Restringido por el Ministerio de Asuntos Exteriores británico, el documento, fechado el 7 de abril de 1941, llegó a manos del Departamento de Estado y fue desclasificado, para este autor, por primera vez el 28 de octubre de 1986, con la numeración NND 70032L. (Los biógrafos lo han ignorado desde entonces).

> Núm. X1937/188/503
>
> El señor Winston Churchill presenta sus saludos a Su Excelencia, el embajador de Estados Unidos, y, con referencia a la carta del señor Achille fechada el 1 de marzo y dirigida a sir George Warner, del Ministerio de Asuntos Exteriores británico,

en relación con la propiedad de Su Alteza Real el duque de Windsor en París, tiene el honor de solicitarle que se pida a la embajada de Estados Unidos en París que tenga la amabilidad de realizar en nombre del duque de Windsor los siguientes pagos, de los fondos británicos que se encuentran a su disposición, quedando los pagos reflejados de forma individual en su cuenta con el Ministerio de Asuntos Exteriores británico:

1. Renta de 55 000 francos por el año en curso, pero no para continuar la opción de compra.

Renovación del seguro, por valor de 10 000 francos.

Pago de salarios a Fernand Lelorrain, por valor de 2000 francos mensuales hasta 31 de diciembre de 1940 y 1000 francos en enero, febrero y marzo de 1941, además de 30 francos diarios de dietas durante todo el periodo. Debe explicarse a Lelorrain que este último salario es el pagado a los sirvientes en La Croë, la casa de Su Alteza Real en Antibes.

Continuar pagando a Lelorrain mensualmente, en el momento de presentarse él, sus 1000 francos, además de los 30 francos diarios de dietas.

2. El duque de Windsor le agradecería que la embajada de Estados Unidos pudiera averiguar la situación de sus propiedades en la Banque de France así como pagar 15 000 francos por el alquiler de la caja fuerte durante el presente año, alquiler que expiró el pasado noviembre.

3. El señor Churchill le quedaría muy agradecido si pudiera transmitirse a la embajada de Estados Unidos en París una expresión del agradecimiento de Su Alteza Real por la competente ayuda que le están prestando a sus negocios.

París estaba completamente tomada por los nazis, obviamente; y la Banque de France, bajo absoluto dominio de los nazis.

El 11 de abril de 1941, en una cena celebrada en el palacio del gobernador, el duque de Windsor les dijo a sus invitados que sería muy imprudente por parte de Estados Unidos entrar en la guerra contra Alemania, ya que Europa ya estaba entregada, y la poca ayuda que pudiera ofrecerle a esta llegaría demasiado tarde. Algunas noches después, en otra cena, la duquesa dijo que si Estados Unidos entraba en la guerra pasaría a la historia como «el mayor bobo de todos los tiempos». Y ambos hablaron de su admiración por Hitler.

Los duques de Windsor lograron obtener permiso para atracar una vez más en puerto estadounidense. El 18 de abril zarparon hacia Miami a bordo del barco de vapor Berkshire; fueron recibidos por una multitud estimada en unas dos mil personas. El propósito del viaje era reunirse con sir Edward Peacock, director de la Comisión de Compras Británica y uno de los directores del Banco de Inglaterra, para discutir asuntos financieros. La Comisión de Compras Británica se encontraba bajo vigilancia de la inteligencia tanto británica como estadounidense. Los destacados financieros Montagu Norman, sir Otto Niemeyer y F. W. Tiarks[38], del Banco de Inglaterra, eran todos socios en el Banco de Pagos Internacionales en Basilea; en la junta de directores del banco suizo también estaba el doctor Walther Funk, presidente del Reichsbank, controlado por Hitler. El Banco de Inglaterra desempeñó asimismo un papel decisivo en el robo de la reserva de oro checoslovaca, enviada desde Praga en 1938 para que se guardara en caja fuerte en Londres. Montagu Norman había enviado el oro de aquel país vencido en dirección a Berlín.

La reunión con Peacock fue por eso poco halagüeña para Vansittart y el resto de enemigos de los duques de Windsor. Como era de esperar, el duque emitió un comunicado de prensa a través de Gray Phillips el 19 de abril que decía: «La charla [con sir Edward Peacock] será privada y no se realizará comunicado alguno de su contenido». En Palm Beach, los duques de Windsor mantuvieron una reunión con el misterioso Walter Foskett, abogado de sir Harry Oakes y Harold Christie, y socio de ambos en un consorcio llamado Tesden Corporation del que se sospechaban negocios turbios tanto en Estados Unidos como en el Caribe. Foskett también tenía otro vínculo con los duques de Windsor: era miembro del consejo de administración de Alleghany, el inmenso imperio ferroviario cuyo genial presidente era íntimo amigo de los duques de Windsor, el multimillonario Robert R. Young. Este dio una cálida bienvenida a la pareja.

Mientras los duques de Windsor estuvieron en Palm Beach en mayo, frecuentaron bastante al atractivo miembro de la alta sociedad capitán Alastair *Ali* MacKintosh, uno de los primeros amigos que tuvo Wallis en sus días de Londres. Era un voluntario informante del FBI y estaba a punto de enrolarse en el ejército británico. El 2 de mayo, envió un informe secreto a J. Edgar Hoover. Como consecuencia, este escribió al día siguiente a Roosevelt a través del secretario presidencial, el general de brigada *Pa* Watson:

En este despacho se ha recibido información proveniente de una fuente socialmente destacada y conocida por estar en contacto con algunas de las

personas involucradas, pero de quien no podemos responder, de que Joseph P. Kennedy, antiguo embajador en Inglaterra, y Ben Smith, el tiburón de Wall Street, mantuvieron una reunión con Goering en Vichy (Francia) y de que después de esta Kennedy y Smith habían donado una considerable cantidad de dinero a la causa alemana. Ambos han sido descritos como muy antibritánicos y partidarios de los alemanes.

Esta misma fuente de información advierte de que se ha informado de que el duque de Windsor ha llegado a un acuerdo que en esencia tiene como efecto que, en caso de que Alemania salga victoriosa de la guerra, Herman Goering usaría su control del ejército para derrocar a Hitler y después designar al duque de Windsor rey de Inglaterra.

Después de ese informe, los duques de Windsor eran, en palabras del ayudante presidencial del momento, «tan bienvenidos en la Casa Blanca como dos carteristas». A pesar de ello, se les permitió visitar la cercana base aérea del Ejército en Morrison Field, que estaba a punto de terminarse. Fue durante ese viaje cuando la duquesa realizó su primer vuelo, a bordo del transporte aéreo de Harold S. Vanderbilt pilotado por Russell Thaw, hermano de Benjamin Thaw. Pareció disfrutar de la visita por las instalaciones navales y militares.

Otro evento que tuvo lugar ese mes de mayo fue la visita de Rudolf Hess a Inglaterra. Ernst Wilhelm Bohle, el viejo amigo de los duques de Windsor, fue en parte el responsable de la misma, aunque habitualmente se piensa que fue Hess quien tomó la decisión por sí mismo. La visita se había planeado originalmente a España, donde Hess sin duda se habría reunido con sir Samuel Hoare.

Los duques de Windsor celebraron sus cumpleaños bajo un tremendo calor. El día anterior al cumpleaños del duque, Hitler invadió Rusia. El 30 de junio el duque envió una extensísima carta a Winston Churchill revelándole sus sentimientos. Si bien admitía que «el destierro a aquellas islas era el mejor recurso que se podía encontrar en aquella situación de guerra, desesperada e insoluble», se quejaba de que sus servicios no se estimaban «en mucho por ningún [sic] gobierno británico» y que «tengo a la eterna camarilla de la vieja corte agradeciendo que se me mantenga fuera del país. Espero que esta última sea la conclusión correcta, pero, sea cual sea la verdad del caso, he aprendido una buena lección, y es no volver a involucrarme nunca con la Inglaterra oficial, de la que pretendo liberarme el día que se declare “el alto el fuego”».

Prometió continuar en Bahamas «mientras tenga la conciencia de que estoy trabajando tan correctamente como este limitado cargo permita».

Mencionaba el trabajo de la duquesa para la Cruz Roja y otras organizaciones caritativas locales y se quejaba de que Churchill no hubiera aconsejado al rey que le concediera a la duquesa el rango de realeza. Decía que su petición no estaba basada en el esnobismo, ya que él mismo renunciaría a su título si se le presentara la ocasión, «sino para protegerla de que el mundo pueda decir, como de hecho hace, que no lleva mi nombre. Algunos diarios han ido tan lejos como para concluir que el nuestro es un matrimonio morganático». La carta continuaba presionando para que pudieran realizar el viaje a Estados Unidos, instando al establecimiento de una línea de barcos de vapor desde dicho país a las islas y hablando de la importancia que suponía para él visitar al presidente. Le aseguró a Churchill que no hablaría en contra de la política británica, y decía: «No tengo ningún deseo de realizar ningún discurso fuera de Bahamas ni de discutir de política, ya que en este momento es un tema demasiado peligroso debido a lo alterado de las emociones del pueblo». Pedía: «Solo deseo que pudiera hacer algo para disipar este ambiente de sospecha que se ha creado en torno a mí, ya que en realidad podría ayudar mucho desde este lado del Atlántico».

Los duques de Windsor compraron un yate de recreo, el Gemini, y realizaron pequeñas navegaciones en él, desafiando las órdenes, para reunirse con sus controvertidas amistades. Wenner-Gren salió hacia Perú, con la excusa de una expedición arqueológica a las ruinas incas, para ayudar a establecer (o eso creía el FBI) una red de conexiones nazis en la región. Vincent Astor apareció, a bordo de su yate Nourmahal, en una misión de investigación oficiosa para Roosevelt; Astor era un agente especial no remunerado del presidente y los informes que el millonario enviaba a la Casa Blanca resultaban de gran ayuda para valorar las actividades de los duques de Windsor.

Mientras tanto, los duques de Windsor comenzaron a planear con tozudez un tercer viaje a Estados Unidos, esta vez una gira extensa que los llevaría hasta Canadá y el rancho de Alberta. Era una recreación virtual del viaje cancelado en 1937, en el que dejarían algunas ciudades fuera. El Ministerio de Asuntos Exteriores británico se alarmó comprensiblemente ante la propuesta, y de hecho Vansittart una vez más influyó en que se tomaran medidas contrarias a los duques de Windsor. En el palacio de Buckingham, sir Alexander Hardinge se sentía igual de incómodo ante la idea. El nerviosismo de Londres se vio aumentado por el hecho de que el duque de Kent tenía previsto realizar una visita a Estados Unidos en agosto, y bajo ningún concepto debían los dos hermanos coincidir en el territorio

continental. Seguía existiendo el temor a un secuestro doble. Se pensaba de nuevo que, dada su gran popularidad entre un público que no sospechaba de ellos, los dos duques podrían intentar fácilmente ponerlo de parte de los diversos senadores y congresistas que deseaban mantener a Estados Unidos fuera de la guerra. Pero era virtualmente imposible rechazar la petición de los visados apropiados y la documentación de viaje necesaria de los duques de Windsor. Lo único que podía hacerse era negarles, una vez más, la asistencia diplomática a alto nivel o la hospitalidad de la embajada y de los diversos consulados. Bajo ningún concepto podían recibir la impresión de que su visita contaba con la menor aprobación tácita por parte de Whitehall.

El almuerzo en la Casa Blanca era inevitable, dado que declinar la sugerencia de los duques de Windsor de ser recibidos allí crearía una publicidad desfavorable contra el presidente en una época en la que era necesario que dispusiera del máximo apoyo público. Ya estaba librando una guerra aún no declarada contra Hitler en el Atlántico y soportando un aluvión de críticas en el Congreso por este motivo. Había puesto en marcha la Ley de Préstamo y Arriendo, que permitía suministrar a Gran Bretaña material de guerra muy necesario, y, en todos los aspectos salvo el formal, Estados Unidos ya era el aliado de Gran Bretaña contra los nazis.

En el último minuto, Churchill envió al duque un informe largo y profundamente sentido, instándole a hacer todo lo que estuviera en su mano para ganarse a los Roosevelt —como si lo necesitaran— para la causa de Gran Bretaña.

> [Recuerde al presidente que] todo el Imperio británico está unido en su inflexible e incansable decisión de luchar contra el hitlerismo hasta que la tiranía nazi haya sido destruida para siempre […]. Esta época de lucha y lamento podría ser larga, pero no durará eternamente. Solo lo hará hasta que se haya producido la victoria de la causa justa.

Por supuesto, no existía ninguna posibilidad de que el duque transmitiera sentimientos tan nobles, y en cualquier caso la reunión con el presidente acabó siendo cancelada debido a que la señora Roosevelt había sufrido la pérdida de un ser querido esa semana.

A causa de una coincidencia extraña y bastante desagradable, la semana que la pareja llegó a Estados Unidos, también lo hizo el abogado parisino de Wallis, el agente nazi Armand Grégoire. Un extenso informe del FBI, acompañado por documentos del Departamento de Estado y de la OSS,

apareció sobre la mesa de Adolf A. Berle, ayudante del secretario de Estado, un patriota competente que informaba directamente al presidente sobre asuntos secretos de inteligencia en reuniones semanales regulares. A menudo evitando al FBI, Berle usaba su propia información, recogida de una red de vicecónsules formados en tareas de codificación que actuaban como espías en países neutrales. Era en muchos sentidos el equivalente a sir Robert Vansittart, ya jubilado. Berle compartía la desfavorable opinión de los duques de Windsor que tenía Vansittart; estaba seguro de que eran colaboradores nazis. Encontró un aliado en George Messersmith, entonces ministro en México, que ya no se aferraba a su moderada opinión sobre el duque y la duquesa. La relación de estos con Wenner-Gren, cuyos vínculos nazis de Berlín y Viena conocía Messersmith, había sido suficiente para ganarse la enemistad de este experimentado diplomático.

El informe de Grégoire demostró ser interesante para Berle. Explicaba en detalle la representación de la duquesa ejercida por el abogado francés en 1937, y revelaba sus gestiones para Ribbentrop y sir Oswald Mosley, así como la de los contactos navieros franceses y alemanes de Ernest Simpson. Berle mantuvo la vigilancia sobre Grégoire durante los siguientes doce meses, siguiendo su pista a Berkeley (Califoria); autorizó su captura y encarcelamiento por parte del Departamento de Justicia en marzo. Recluido durante el resto de la guerra como agente nazi, Grégoire fue juzgado y declarado culpable de colaborar con Alemania por parte del gobierno francés en 1946 y condenado a cadena perpetua con trabajos forzados.

A la situación de los duques de Windsor no ayudaba el hecho de que habían sido trasladados de Miami a Washington en un tren especial aportado por el millonario presidente de Alleghany, su viejo amigo Robert R. Young. John Balfour, justificando su afirmación con pruebas[39], escribió en sus memorias que Young simpatizaba con los nazis. Era uno más en la larga lista de ricos que deseaban que se alcanzara una paz negociada con Hitler. Había sido presentado a los duques de Windsor por Walter Foskett, miembro del consejo de administración de Alleghany, destacado y controvertido abogado de Palm Beach que era tanto amigo como socio de Harold Christie y sir Harry Oakes en la investigada y supuestamente turbia Tesden Corporation.

En vista de la naturaleza del anfitrión de los duques de Windsor, cuyo voluminoso expediente ya se encontraba sobre la mesa de Berle, no es ninguna sorpresa que la pareja recibiera una fría bienvenida cuando su tren entró traqueteando en Union Station, Washington, el 25 de septiembre. El encargado de negocios se hizo notar mediante su ausencia, y el resto de

funcionarios británicos y estadounidenses por mostrarse fríos y poco cordiales. El confiado público, siempre el último en enterarse de las cosas, vitoreó al duque y a la duquesa cuando estos se dirigieron a la embajada. En esta ocasión, el embajador, sir Ronald Campbell, demostró al menos ser educado. Tras la reelección del presidente Roosevelt el año anterior, el Ministerio de Asuntos Exteriores británico, presumiblemente por consejo de Churchill, no impidió esta vez al embajador ofrecer al menos una aparente hospitalidad a sus descarriados visitantes. A pesar de la cancelación del almuerzo en la Casa Blanca los duques de Windsor se dirigieron de todas formas allí; el presidente, a quien no acompañó su mujer, en claro gesto de desaprobación, y que se encontraba, sin duda, muy bien informado de todas sus actividades, les dio una bienvenida simbólica. El motivo de que lo hiciera era que pretendía obtener esas problemáticas bases en Bahamas.

En el Club Nacional de la Prensa, el duque, mientras la duquesa miraba sonriente, ofreció una versión muy diluida del discurso patriótico que le había sugerido Churchill; de forma imprudente, aunque predecible, eliminó los elementos más agresivos sustituyéndolos por una escandalosa llamada a la paz, lo que contradecía directamente la insistencia de Churchill en la rendición incondicional y la completa destrucción de Alemania. Esa noche, un gran número de oficiales de alto rango del gabinete de Roosevelt asistieron a una fiesta en honor del duque y la duquesa en la embajada británica. Entre los invitados se encontraba Berle, que estaba presenciando en directo aquello a lo que se enfrentaba, y Henry Morgenthau, secretario del Tesoro y furibundo antinazi, que también disponía sobre su mesa de expedientes muy perjudiciales acerca de los duques de Windsor y que fingió simpatía para allanar el camino que le permitiera obtener más información en el futuro.

El duque y la duquesa celebraron una fiesta en honor de antiguos amigos y parientes, entre los que estaban Lelia Barnett y varios miembros de la familia Warfield. Después partieron hacia Canadá para visitar el rancho real de Alberta. Fueron recibidos con entusiasmo, advirtió la duquesa emocionada, al cruzar el medio oeste, centro del aislacionismo. Entre la multitud había muchísimos germanoestadounidenses que habían elegido a políticos partidarios de los nazis como senadores o congresistas, entre los que se incluía al peligroso senador por Montana Burton K. Wheeler, el mejor amigo de Robert Young. El *Chicago Tribune*, de tendencia aislacionista, anunció la llegada de los duques de Windsor con enormes titulares, apoyando vergonzosamente su postura apaciguadora. Estos cruzaron a Canadá, dejando a su primer ministro, Mackenzie King, amigo de Churchill, en una posición

embarazosa, dado que este habría preferido que los duques de Windsor no hubieran ido; conocía su expediente demasiado bien. La Real Policía Montada de Canadá no solo protegió a los duques de Windsor, sino que también los vigiló durante su visita. Finalmente llegaron al rancho, magníficamente situado en la espléndida campiña, y Wallis disfrutó mucho del resto del viaje. El duque soñaba con encontrar petróleo en el rancho; discutió mucho con la duquesa la posibilidad de vender la propiedad a cambio de retener el cincuenta por ciento de los derechos petrolíferos. Olvidaría la idea más adelante, por consejo de ella, y empezaría a perforar por su cuenta.

Durante la ausencia de la pareja, Bahamas fue azotada por un desastroso huracán. Habría sido recomendable que los duques de Windsor hubieran regresado para hacerse cargo de la situación, pero no lo hicieron, lo que provocó muchas críticas entre los negros cuyas propiedades habían sido destruidas.

Los duques de Windsor siguieron camino a Baltimore, donde visitaron a Lelia Barnett. Wallis se alegró de ver a su tío, el general Henry M. Warfield, en Salona Farms, en la zona de caza de Harford. El tío Henry esperó a la pareja en la estación, junto a una gran multitud que los vitoreaba. El duque y la duquesa disfrutaron de su estancia en la granja, que se encontraba a solo unos kilómetros de la escuela de Oldfields y la casa de Solomon Warfield, Manor Glen. Wallis estaba encantada de mostrar al duque retratos familiares. No fue a Oldfields; la razón pudo ser que Mary Kirk Raffray acababa de morir. Los duques de Windsor regresaron a Baltimore para participar en un desfile motorizado al que asistieron doscientas mil personas que les aclamaban. Durante la procesión, Wallis alcanzó a ver durante un segundo el 212 de Biddle Street, donde había pasado gran parte de su juventud. Se emocionó cuando, en la recepción celebrada en el club de campo, una dama anciana se le acercó y le dijo que era Ada O’Donnell, su profesora de la guardería.

Mientras los duques de Windsor disfrutaban de las delicias de Baltimore, un informe de la inteligencia naval sobre ellos, fechado el 14 de octubre, apareció en las mesas de Adolf Berle y J. Edgar Hoover. Elaborado por el comandante Hayne G. Boyden, agregado naval y aéreo del Cuerpo de Marines de Estados Unidos, decía:

Durante la reunión celebrada en la legación alemana [en Washington, D. C.], el duque de Windsor fue calificado como no enemigo de Alemania. [Era] considerado el único inglés con quien Hitler negociaría términos de paz, el rector lógico del destino de Inglaterra después de la guerra.

Hitler sabe bien que Eduardo no puede de momento ocuparse de un asunto que parecería ir en contra de su país y no le insta a hacerlo (algo que me transmite un informador de confianza que mantiene una relación cercana con un agente nazi). Pero cuando llegue el momento adecuado será la única persona capaz de dirigir el destino de Inglaterra.

Ese fin de semana la pareja se alojó en casa de una vieja amiga de Wallis, la mujer de Sterling Larrabee, en Oakwood, Warrenton, el mismo domicilio en el que vivió Wallis las semanas posteriores al divorcio de Winfield Spencer. Los duques de Windsor continuaron su periplo hacia Nueva York para realizar una visita de cinco días que inicialmente pareció resultar algo decepcionante. Menos de veinte personas, todos ellos periodistas o trabajadores ferroviarios, esperaban en el andén cuando el duque y la duquesa se bajaron del tren. Se dirigieron a través de calles casi desiertas a las torres Waldorf en una limusina hecha por encargo que les ofrecía Alfred P. Sloan, de General Motors. Vyvyan Drury les recibió en el hotel, donde les encantó su *suite* del piso vigésimo octavo, una obra de arte modernista magníficamente conservada y con vistas a Park Avenue. La duquesa sufría continuos dolores por una úlcera estomacal y acudió a tres especialistas durante la visita. Ya fuera separados o juntos, el duque y la duquesa visitaron diversas urbanizaciones, orfanatos y clubes. Cuando acudieron al ayuntamiento, recibieron la bienvenida de una multitud mucho mayor, así como la del alcalde, el siempre popular Fiorello LaGuardia, a quien Wallis adoraba.

Ella estaba encantada de que Herman Rogers y su mujer estuvieran en la ciudad. Habían dejado finalmente Francia después de que él comenzara las emisiones de la Voz de América, que estaban resultando ser de gran valor a la hora de estimular el sentimiento antinazi en América.

Para entonces, miles de personas llegaron a la ciudad en respuesta a la extendida publicidad de la visita real y seguían a los duques de Windsor en masa allá donde fueran. El duque y la duquesa continuaron su viaje a Detroit. Allí, se alegraron de poder tomar el té con Henry Ford, el patrón de Guy Trundle; tenían mucho en común con Ford, quien había sido un ídolo de Hitler y había publicado en su *Dearborn Independent* una reimpresión del famoso panfleto fraudulento «Los protocolos de los sabios de Sion», un vergonzoso tratado antisemita. Hitler tenía expuesta una fotografía de Ford en su Casa Parda de Múnich. En el momento de la visita del duque, e incluso después de que Estados Unidos entrara en la guerra unas semanas más tarde,

Ford construía camiones y carros armados para los nazis de la Francia ocupada, algo que seguiría haciendo hasta el final del conflicto.

El duque también visitó General Motors, que asimismo mantuvo sus vínculos alemanes incluso después del ataque a Pearl Harbor; los recibió James D. Mooney.

El 18 de noviembre de 1941 sir Ronald Campbell, en ese momento embajador en Washington, envió un informe secreto y personal a Anthony Eden a Londres, en el que decía que Henry Morgenthau (hijo), secretario del Tesoro, andaba investigando acerca de los dólares que los duques de Windsor usaban durante su visita a Estados Unidos. El informe afirmaba: «El secretario del Tesoro ha dejado claro que no realizaba la pregunta por motivos frívolos, sino porque existen rumores relacionados con la información requerida […]. El Tesoro de Estados Unidos está comprobando todas las cuentas con dólares que la duquesa tenga en Estados Unidos». Campbell continuaba: «Si desea evitar suministrar información, ¿podría facilitarme una forma de respuesta?». Los documentos relacionados no están en el expediente de lord Avon en el Archivo Nacional británico de Londres, pero resulta evidente en este informe que se volvían a levantar las sospechas más graves en torno al uso impropio de divisas por parte de los duques de Windsor en contra de la legislación vigente en la época. En los Archivos Nacionales estadounidenses de Washington existe documentación que indica que la pareja había obtenido más divisas en el mercado negro a través de Wenner-Gren.

Finalmente, los duques de Windsor regresaron a Miami. Por segunda vez en su vida, la duquesa se subió a un avión, en esta ocasión para volver a Nassau.

El 7 de diciembre, los japoneses atacaron Pearl Harbor. Inmediatamente, el presidente Roosevelt declaró la guerra a Japón. Sin embargo, a pesar de que esta nación formaba parte del Eje, Estados Unidos no declaró la guerra a Alemania. Hitler consultó a Ribbentrop, preguntándole si sería necesario que Alemania le declarara la guerra a Estados Unidos. Ribbentrop informó al Führer de que los términos del vigente Pacto Tripartito firmado por Alemania, Italia y Japón exigían el uso de la fuerza por parte de cada uno de los Estados firmantes en caso de que cualquiera de los otros fuera atacado o invadido. Dado que en este caso Japón era el agresor, los términos del pacto no tenían aplicación. Sin embargo, Hitler decidió declarar la guerra debido a una información publicada en la primera plana del *Chicago Tribune*. Basado en una filtración del Departamento de Guerra estadounidense, el artículo

afirmaba que Roosevelt planeaba, en una operación bautizada Rainbow 5, invadir Europa y derrotar a Alemania en 1943. La filtración fue realizada por el senador Wheeler, íntimo amigo de Robert R. Young.

Después del ataque a Pearl Harbor, Charles Lindbergh mantuvo una reunión con el grupo de presión partidario de los nazis America First, en la que afirmó que, si bien no tenía nada en contra de Alemania, estaba indignado con que las hordas amarillas de Japón amenazaran Estados Unidos; el duque expresó un horror parecido ante las «hordas niponas». Aunque estaba horrorizado por las noticias del ataque, porque obviamente con ellas se esfumaba para siempre la posibilidad de una paz negociada con Alemania, al igual que Lindbergh, lucharía contra Japón. La duquesa, según su biógrafo Michael Bloch, estaba «contentísima por las noticias» de Pearl Harbor. ¿Qué quería decir eso? ¿Estaba encantada con que Estados Unidos entrara en la guerra, lo que aseguraría un rápido final al conflicto, o le alegraba que hubiera sido atacado?

Siete días después del ataque a Pearl Harbor, bajo la máxima presión de Whitehall y Washington, Axel Wenner-Gren fue puesto en la lista negra mientras durara la guerra. En vista del hecho de que el sueco era residente en Bahamas, el duque quedó en la incómoda posición de verse obligado a firmar él mismo el documento que lo confirmaba. Entre las empresas incluidas en el documento estaba el Banco de Bahamas, en el que el duque y la duquesa tenían un sustancioso interés. En la lista aparecían otras empresas, todas las cuales tenían evidentes vínculos con los alemanes. Wenner-Gren se dirigía a México en ese momento, a bordo del *Southern Cross*, y fue obligado a permanecer en su casa de Cuernavaca hasta el final de la guerra. Se clausuraron todas sus operaciones en Bahamas. El presidente Roosevelt, el subsecretario de Estado Sumner Welles y Adolf Berle fueron responsables conjuntos de la operación. Como declara Berle en un informe al presidente, fechado el 9 de febrero de 1942, el propósito era «sacar a Wenner-Gren de las actividades empresariales para dejarle perfectamente claro que se le consideraba políticamente inaceptable en Estados Unidos. No veo necesario ir más allá de momento».

Había otras razones. Un informe de la inteligencia británica fechado el 29 de enero de 1941 afirmaba: «Wenner-Gren está […] intentando formar en Estados Unidos un cártel para controlar el comercio de madera, lo que ha sido discutido con diversas personas que tienen la impresión de que su verdadero objetivo es cortar el suministro de madera a Gran Bretaña». Y, lo que era más grave, Wenner-Gren era socio de la empresa H. A. Brassert Company, que

tenía vínculos multinacionales y oficinas tanto en Nueva York como en Berlín; gestionaba los negocios de Goering en la industria del acero. Al Tesoro le interesaba enterarse de si, a través de Brassert y el Banco de Bahamas, Wenner-Gren había ayudado a los duques de Windsor en sus inversiones y había transferido dinero blanqueado de su propiedad a través del Banco Continental.

Se habló mucho en 1942 de avistamientos de submarinos alemanes en las Out Islands de Bahamas. El duque dijo que seguía teniendo miedo de que él y la duquesa fueran secuestrados e intercambiados por Rudolf Hess. A consecuencia de ello, la vigilancia, tanto británica como estadounidense, fue muy incrementada en las islas. El duque bombardeó Londres con telegramas en los que expresaba la más profunda preocupación por el asunto.

Wallis tenía miedo de salir a la calle; existían considerables disturbios laborales en Nassau y el resto de la isla de New Providence. Las condiciones, ya habitualmente muy malas, no mejoraron con la partida de Wenner-Gren, cuyos inquilinos quedaron en muchos casos en la calle. Los duques de Windsor se metieron una vez más en problemas con el Servicio Secreto de Inteligencia y el FBI. William Stephenson, director de coordinación de la seguridad británica en Nueva York, averiguó a través de su oficina de censura de Bermudas que una carta dirigida al príncipe Rudolfo del Drago en Roma por parte de una íntima amiga de Wallis, Mona, la señora de Harrison Williams, más tarde condesa Von Bismarck, contenía una tarjeta del palacio del gobernador que solo utilizaban los duques de Windsor. En ella había un mensaje, cuyo contenido seguía aún clasificado en 2004, del comandante Gray Phillips, que usaba el nombre en clave Grigio. Que Phillips se comunicara con un residente de un país enemigo suponía una violación de la Ley de Comercio con el Enemigo. Para entonces, las autoridades británicas y estadounidenses de ambos lados del Atlántico, hasta el nivel de la Casa Blanca y el palacio de Buckingham, estaban viendo confirmadas sus peores sospechas sobre Wallis y sus contactos. Sin embargo, se permitió que el asunto fuera abandonado. En un informe dirigido al agente nazi Charles Howard Ellis, infiltrado en el equipo de Stephenson y que desempeñaba el cargo de cónsul general británico en Nueva York, el duque escribió, con un humor inconsciente:

> Estoy plenamente satisfecho con la explicación [del comandante Phillips] de este incidente, y que su intento de comunicarse con un italiano no fuera promovido por ningún motivo siniestro […]. Puedo responder de su integridad.

> Espero, por tanto, que dadas las circunstancias, la Coordinación de Seguridad Británica pase por alto la violación de la normativa de seguridad que desafortunadamente ha cometido.

En abril de 1942 Harold Christie negociaba con sir Harry Oakes la venta de una importante extensión de terreno, que a su vez sería vendida al gobierno británico para que lo utilizara como base de las Fuerzas Aéreas Reales. El terreno lindaba con Oakes Field, que ya se venía usando como aeropuerto civil. Oakes ponía objeciones al precio y Christie negoció a sus espaldas para venderle la propiedad a un precio elevado a una sospechosa agrupación estadounidense. Este grupo, a su vez, lograría un cuantioso beneficio al revender la tierra que inicialmente debía haber recibido Gran Bretaña en apoyo por el esfuerzo bélico. Hasta meses después Oakes no se dio cuenta de que había sido traicionado.

En mayo de 1942 los duques de Windsor estaban pensando visitar Sudamérica, pero Anthony Eden envió un informe a Churchill, fechado el día 14 de ese mes, desalentando un movimiento así. Latinoamérica estaba destrozada por las influencias nazis y, añadía Eden, «[una visita así] levantaría sin duda sospechas en Washington».

El 28 de mayo los duques de Windsor regresaron a Miami a bordo del Gemini; desde allí fueron a Washington y se reunieron con los Rogers para compartir un pequeño almuerzo en la Casa Blanca. Durante su ausencia, el odio y el resentimiento contra los blancos que llevaban tiempo incubándose explotaron en llamas en Nassau.

El 1 de junio se produjeron unos disturbios a gran escala. Wallis quedó horrorizada cuando el duque le dijo que algunos trabajadores negros habían realizado saqueos y pillajes en Bay Street. Llegaron los marines estadounidenses, disfrazados de policías militares, con instrucciones directas del presidente; todos los negocios cerraron y se convocó una huelga general. Pronto el número de manifestantes había ascendido hasta dos mil personas, que exigían que el gobierno actuara inmediatamente para mejorar sus condiciones. Al no encontrar respuesta, se sirvieron de todo aquello con lo que pudieron cargar, desde botellas rotas a espadas antiguas robadas de los museos locales, para destrozar los escaparates de las tiendas, lanzar su contenido a la calle e invadir los bares, donde consumían grandes cantidades de bebidas alcohólicas. Cuando llegaron las tropas británicas, encabezadas por el regimiento de los Cameron Highlanders, para hacerles frente, le dieron una violenta paliza a uno de los soldados escoceses. Los Highlanders dispararon a discreción hacia la multitud, y mataron a siete personas e

hirieron a otras cuarenta. En una pausa de la pelea se produjo una reunión histérica de los principales hombres de negocios, que demandaban que el gobernador en funciones, el secretario colonial Leslie Heape, actuara de inmediato. El teniente coronel R. A. Erskine-Lindop, inspector jefe de policía, fue duramente criticado por Christie, Oakes y otros destacados hombres de negocios por no haber actuado inmediatamente. En Nassau se decretó el toque de queda. Esa noche dos negros recibieron disparos que les causaron la muerte. Al palacio del gobernador llegaron informes de que la muchedumbre había prendido fuego a los edificios públicos de Grant's Town, entre los que estaban la comisaría de policía y el parque de bomberos.

Dejando a la duquesa en Washington para que fuera de compras y visitara a algunos amigos acompañada de la tía Bessie, el duque regresó a Nassau inmediatamente. A pesar del hecho de que se oponía a que los negros ingresaran en los clubes locales o formaran parte del gobierno, con su carisma en la colonia británica, su encanto y su presencia, logró que se produjera un inmediato cese de la insurgencia local. Debe reconocerse que el duque hizo todo lo que pudo por que se alcanzara una apariencia de normalidad. Sin duda disfrutó de su primer reto serio como gobernador, y no debe olvidarse que llevaba la sangre del Imperio en sus venas. Aunque obviamente habría preferido ser virrey de la India, aun así disfrutaba de tomar decisiones importantes incluso en este insólito lugar. Calmó los irritados nervios de la camarilla de gobierno, los llamados «Bay Street Boys», y, bien aconsejado por Eric Hallinan, fiscal general de Bahamas, organizó una comisión de investigación. El 8 de junio se dirigió a los ciudadanos de las islas en un tono de autoridad imperial y bastante condescendencia, instándoles a la cooperación general y de alguna forma logrando transmitir a sus oyentes la impresión de que, si bien estaba profundamente a favor de los negros, no toleraría ninguna muestra más de rebeldía y falta de disciplina.

El duque telefoneó a Winston Churchill a Londres y le relató lo sucedido. La respuesta de Churchill, el 10 de junio, fue ofrecerle astutamente el cargo de gobernador de Bermudas, describiéndoselo irónicamente, en una carta de esa fecha, como «un lugar clave en las relaciones entre Gran Bretaña y Estados Unidos con mejor clima que Nassau». Como ese era un cargo aún más insignificante que el que ya ocupaba —Bermudas no era más que un complejo de ocio plano y anodino con una base naval—, rechazó la idea ese mismo día 10. Parece ser que Churchill tenía un motivo que el duque sin duda comprendió enseguida: en Bermudas estaba el cuartel general de las operaciones de censura y espionaje del Atlántico Norte y, si bien lady

Williams-Taylor había fracasado en su misión de mantener al duque de Windsor alejado de Wenner-Gren, tal vez sir William Stephenson, director del Servicio Secreto de Inteligencia en América del Norte, que se alojaba con frecuencia en Hamilton, la capital de Bermudas, no lo hiciera.

El duque de Windsor aprovechó la oportunidad para regresar a Estados Unidos el 12 de junio para pedirle consejo a Roosevelt. Al igual que en todas sus reuniones previas, el presidente le dio una impresión de simpatía e interés, desempeñando con su habilidad habitual un papel meticulosamente ensayado y caracterizado en toda su falsedad. De hecho, no dijo nada de interés; con gran genialidad dejó que el duque se defendiera solo en la situación.

Mientras tanto, Nassau daba la apariencia de haber sido golpeada por otro huracán, a la vista de sus contraventanas, precipitadamente clavadas sobre las grietas más grandes, y los boquetes existentes en los edificios públicos. El duque se reunió con Wallis en Nueva York el día 17 para celebrar el cumpleaños de ella con dos días de retraso y, a continuación, el suyo propio el día 23. El 27 de junio se unieron a Herman y Katherine Rogers a bordo del Gemini, y zarparon en medio de una tormenta.

En cuanto regresaron a Nassau, sucedió un nuevo incidente dramático. El duque y la duquesa estaban sentados con los Rogers, celebrando el cumpleaños de Katherine el día 28, cuando les sorprendió ver un incendio en Bay Street que iluminaba el cielo. Acompañado por el sargento Harold Holder y un mayordomo del palacio del gobernador, el duque, emocionado como un colegial, corrió por toda la calle y comenzó a ayudar a los grupos de voluntarios y al cuerpo de bomberos. En un ataque de heroísmo, empezó a entrar y salir corriendo de los edificios para ver si alguien se había quedado atrapado. Él y la duquesa participaron en las cadenas junto a numerosos ciudadanos intentando salvar muebles y otras cosas. El culpable resultó ser un hombre de negocios local que pretendía cobrar su seguro de incendio.

Los «Bay Street Boys» estaban furiosos con el duque por no haber tomado medidas extremas contra los saqueadores y los pirómanos de las revueltas. Su propia política —evitar una revolución a gran escala que les pusiera a él y a la duquesa en peligro mortal— era bastante sensata; más pragmática que liberal, en opinión de mucha gente. Mientras hacía frente a muchas quejas, el calor estival se intensificaba insoportablemente una vez más. Y entonces llegó una noticia demoledora.

El 25 de agosto, a la una y cuarto de la tarde, el duque de Kent había despegado, junto a otras once personas, en un hidroavión Sunderland desde Invergordon (Escocia) en dirección a Islandia.

Poco después, el avión se estrelló y todos sus ocupantes fallecieron excepto uno. Rudolf Likus, el jefe de inteligencia de Ribbentrop en el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, realizó una declaración, publicada en diversos medios, que decía:

> El presunto accidente ha sido organizado por el vil Servicio Secreto de Inteligencia británico para quitarle [al duque de Kent] de en medio antes de que avergonzara más a la familia real debido a sus declaradas simpatías por la causa alemana.

Ladislas Farago, en otra época perteneciente a la oficina estadounidense de inteligencia naval, registraba este hecho en su obra *The Game of the Foxes*.

El biógrafo Martin Allen escribió al autor de este libro el 4 de julio de 2003 para decirle:

> El duque había descendido al turbio mundo habitado por la inteligencia británica, y por eso no es imposible que se estuviera convirtiendo en un problema, que hubiera dejado de tener utilidad. Mi padre conocía a Freddy Winterbotham [del Servicio Secreto de Inteligencia] y, en una conversación que mantuvieron a finales de la década de 1970, le preguntó por el asunto. Mi padre me contó que lo único que le dijo Winterbotham fue: «Nos libramos del duque de Kent como lo hicimos del problema Sikorski».

La referencia aludía a un accidente de aviación casi idéntico ocurrido en julio de 1943 en el que se vio implicado Wladyslav Sikorski, primer ministro polaco en el exilio. Según Winterbotham, el método utilizado había sido verter ácido sulfúrico sobre el aislamiento de los cables.

¿Cómo se supone que se realizaba esto? Sin tener conocimiento del asesinato mencionado, Georg von Zirk, antiguo piloto de la Luftwaffe, explica:

> Si se quería destruir un hidroavión en aquella época, tenía que realizar el trabajo un miembro del personal de tierra. Colocaría una botella, parecida a las que se utilizan en los hospitales para suministrar la alimentación intravenosa, en una sección del cableado de aislamiento interno para que esta, con la ayuda de un temporizador, fuera dejando caer el líquido, gota

> a gota, hasta que las conexiones quedaran fundidas. De esta forma, una vez que el avión despegara, sería cuestión de minutos que comenzara a perder altitud; el piloto trataría de realizar un aterrizaje forzoso, pero ya sería demasiado tarde.

¿Qué razón pudo haber llevado a sir Stewart Menzies, del Servicio Secreto de Inteligencia, a tomar una medida tan desesperada como eliminar al hermano del rey, un posible heredero al trono?

Según Martin Allen, el primer motivo era el creciente alcoholismo y la franqueza del duque de Kent en sus misiones. Amargado y decepcionado en tareas de la Marina y las Fuerzas Aéreas, y celoso de su primo lord Louis Mountbatten, no era feliz. La guerra que él había deseado tan desesperadamente evitar, mediante sus numerosas misiones a Alemania, le llenaba de horror; sus abundantes cartas al príncipe Pablo de Yugoslavia, exiliado bajo arresto en Kenia por orden de Churchill, reflejaban odio hacia Alemania por haber traicionado su confianza, pero al mismo tiempo un nulo amor hacia su país. En vez del ardiente patriotismo expresado por su hermano el rey Jorge y su cuñada la reina Isabel, sus cartas estaban llenas de tristeza. Y la tristeza y el alcoholismo podían convertir a un personaje tan ilustre en una potencial y peligrosa filtración de información secreta, sobre todo al estar al corriente de las actividades de las Fuerzas Aéreas tanto británicas como estadounidenses y de que había espías alemanes en activo en sus destinos frecuentes de Canadá e Islandia.

El duque de Kent mantenía una intrigante relación con William Bullitt que los historiadores han pasado por alto. En una tesina realizada para obtener el máster de Economía de la Universidad Cornell de Estados Unidos, el alumno Jonathan Victor Marshall mostraba que ambos estaban implicados en un asunto muy controvertido relacionado con la compra de bombarderos en Canadá, lo que condujo a beneficios personales y a filtraciones de información secreta rumbo a Alemania que provocaron una preocupación considerable en Whitehall. Mediante su cooperación con contactos franceses, se extrajo más de un millón de dólares del Banco de Francia de una sola vez. Dada la relativa falta de comprensión del duque de Kent de los asuntos financieros, debió de ser Bullitt quien cargó con la mayor parte de la culpa de esto. Pero la cercana relación del duque de Kent con el general Spaatz, de la fuerza aérea del Ejército estadounidense, en todo lo relativo a conseguir información vital como enlace, se estimó muy peligrosa por parte del Servicio Secreto de Inteligencia británico, especialmente en vista de su alcoholismo y su verborrea.

Puede existir otra razón para el asesinato (si es que lo fue). Según Allen, el duque de Kent había estado implicado en un complejo plan para atraer a Gran Bretaña a Ernst Wilhelm Bohle, el mismo agente nazi nacido en Inglaterra que se había reunido con los duques de Windsor en Alemania; el propósito era fingir que se ponía en marcha una paz negociada al tiempo que se secuestraba a Bohle en un vuelo a Escocia. Bohle podría ser una fuente de información sobre las tácticas de alto nivel de Hitler. El duque de Kent había sido elegido para la tarea dados sus vínculos con los nazis en la década de 1930, especialmente en Múnich; se le permitió colaborar con el duque de Buccleuch, recientemente destituido de la Casa Real por sus simpatías nazis, porque este también tenía contactos en Alemania.

Al final, fue Rudolf Hess quien realizó el célebre vuelo a Escocia en lugar de Bohle; su vuelo y aterrizaje fueron considerados, tanto por parte del gobierno alemán como del británico, como el viaje caprichoso de un loco. Martin Allen sostiene que la verdad —el hecho de que dicho vuelo fuera consecuencia de una invitación cursada por el duque de Kent para entablar negociaciones de paz— debía ocultarse al mundo a toda costa. ¿Y no sería posible que, si el duque de Kent se emborrachaba y hablaba de más, sobre todo en Islandia, donde la prensa estadounidense contaba con corresponsales, y en Terranova, su próxima escala, se filtrara el mayor secreto de la Segunda Guerra Mundial trayendo la desgracia al gobierno británico? Nigel West (Rupert Allason), una autoridad sobre el Servicio Secreto de Inteligencia, cree que el accidente fue causado por el hecho de que el duque, el capitán y algunos miembros de la tripulación estaban borrachos en el momento del despegue. A pesar de ello, el fidedigno relato de Winterbotham, en ausencia de otra explicación, tiene visos de autenticidad. La verdad nunca se conocerá. Y con respecto al papel del duque de Kent en la misión de Hess, West y otros historiadores lo han rechazado de plano. Hasta que salga a la luz nueva documentación, en este asunto seguirá sin existir un acuerdo.

Una vez fallecido el duque de Kent, al Führer ya no le serviría para nada su principal contacto alemán para lograr una paz negociada. El príncipe Felipe de Hesse, su hermano Wolfgang, su prima la princesa Victoria Luisa, su hija, la entonces princesa Federica de Grecia, y el resto de los miembros de la realeza que habían tenido relación con Hitler fueron sumariamente abandonados y en algunos casos incluso castigados. Tras la insatisfacción de Hitler con sus antiguos favoritos, que pronto se convirtieron en odiados, se encontraba el ministro de Propaganda, el doctor Joseph Goebbels, pequeñoburgués implacablemente antimonárquico, cuyos diarios de la época

muestran el despiadado proceso mediante el cual destruyó a Felipe de Hesse y a la mujer de este, la princesa Mafalda.

Tras la derrota que los rusos infligieron a los alemanes en Stalingrado, Felipe de Hesse estuvo seguro, y no le faltaban razones, de que Hitler constituía un claro estorbo para la unión de las familias reales a favor del anticomunismo y la destrucción de Rusia. Solo mediante una rápida sustitución de Hitler por Himmler y Goering podría Alemania aliarse con Inglaterra y crear un nuevo Estado, en el que los miembros de la Casa Real alemana prosperaran y Rusia acabara vencida. Una vez muerto el duque de Kent, Hitler estaba acabado, como sin duda sabían sir Stewart Menzies y Winterbotham cuando mataron al primero; Hitler envió tanto a Felipe de Hesse como a la princesa Mafalda (a la que Goebbels acusó de envenenar al zar Boris de Bulgaria, colaboracionista) a campos de concentración.

Irónicamente, Mafalda murió en un bombardeo aliado; el encarcelamiento de Felipe coincidió con el del agente doble, jefe de inteligencia y almirante Canaris, que fue ahorcado en el mismo campo y que había sido durante años el contacto en Berlín de Menzies y Winterbotham.

La noticia de la muerte de su hermano supuso un golpe devastador para el duque de Windsor. Apenas capaz de creer lo que oía, sollozó como un niño cuando se enteró por la radio. También lloró en su funeral, celebrado el día 28. Estaba tan alterado que olvidó enviarle una carta de condolencia a la duquesa de Kent, un despiste por el que fue injustamente criticado. Wallis tampoco escribió.

Mientras tanto, se había realizado un extraordinario informe, esta vez para el expediente de Axel Wenner-Gren existente en el Departamento de Estado (RG 59/Caja 2682/K/1940-1944). La siguiente información está fechada el 21 de julio de 1942:

> Axel Wenner-Gren presuntamente posee, según mi información, las siguientes cantidades de dinero en depósito y en este momento congeladas:
>
> Londres
> 50 millones de dólares
> Bahamas
> 2,5 millones de dólares
> Estados Unidos
> 32 millones de dólares
> México

2 millones de dólares
Noruega
32 millones de dólares

> Se entiende que los depósitos de dos millones y medio de dólares en Bahamas se realizaron por petición expresa y *en parte a beneficio* del duque de Windsor […]. Es íntimo amigo del duque.

Otros relatos confirmarían más adelante la información, lo que demuestra la anteriormente mencionada violación de las restricciones monetarias por parte del duque y su participación en organizaciones económicas controvertidas.

Mientras tanto, Churchill seguía preocupándose a través del Ministerio de Asuntos Exteriores británico del mantenimiento de La Croë, la propiedad francesa de los duques de Windsor. El 11 de agosto se envió un informe desde el consulado estadounidense en Niza a John G. Winant, embajador estadounidense en Londres. Catalogado como confidencial, decía en parte:

> Se recordará que el Ministerio de Asuntos Exteriores británico autorizó pagos suficientes para el mantenimiento de la propiedad hasta el 30 de junio de 1942. He sido informado ahora por el señor Antoine Carletti, sirviente personal del duque, de que los fondos depositados en la cuenta que figura a nombre de Herman Rogers en la Société Générale de Antibes para el mantenimiento de la propiedad se han agotado. Él afirma que será capaz de arreglárselas hasta aproximadamente el 15 de septiembre y por consiguiente confía en que el dinero llegue para esa fecha.
>
> Tiempo atrás, Antoine llamó para informar de que estaba comenzando a impacientarse por saber qué hacer para proteger las propiedades muebles de Su Alteza Real. Mencionó ocho maletas llenas de plata que él mismo había empaquetado y escondido en su propia villa, situada en las cercanías y que ahora tiene alquilada. También ha embalado la porcelana y la cristalería y está intentando encontrar un lugar adecuado para el almacenamiento de las veinte maletas. Informé a Antoine de que esta delegación poco podía hacer para ayudarle. Sin embargo, le expresé mi aprobación por las precauciones que había tomado, a fin de aliviar sus temores. Aun así, como es alguien muy serio, se encuentra muy preocupado por la posible confiscación de la plata en caso de una eventual ocupación de la zona por tropas enemigas.
>
> Antoine pidió que Su Alteza Real fuera informada de que todo se encuentra en buen estado y que no se han producido cambios en el personal.

En medio de esta impropia lucha de alto nivel por obtener las pertenencias, la duquesa dirigía la Cruz Roja local desde una sede temporal, realizando labores de caridad para los huérfanos.

El duque inauguró el curso legislativo de Bahamas el 1 de septiembre. En una asamblea tormentosa, algunos miembros del Parlamento exigieron que el secretario de Estado para las Colonias Leslie Heape, sir Eric Hallinan, comisario para las Out Islands, John Hughes y el teniente coronel Erskine-Lindop fueran convocados de inmediato para que respondieran de su desgraciado papel al no ser capaces de sofocar los disturbios de junio. Fue en ese momento cuando, como tantas veces anteriormente, apareció recién llegado de Inglaterra el ángel de la guarda de los duques de Windsor, sir Walter Monckton. Se quedó allí durante varios días, aconsejando a los duques de Windsor que rechazaran el permiso para que el Parlamento cayera sobre estos funcionarios en una farsa de juicio. En lugar de eso, les dijo que había dispuesto que un juez británico apareciera para dirigir la autorizada comisión de investigación. Sir Alison Russell, jefe de justicia de Tanganika jubilado, se presentó el 1 de octubre y la comisión se reunió el día 5. El informe quedó completado para finales de mes. Erskine-Lindop fue condenado al demostrarse su trato inadecuado con los alborotadores. Sin embargo, su señoría el juez Russell también condenó la corrupción generalizada de Bay Street por haber ocasionado inicialmente los disturbios. Esto puso a las figuras destacadas de Bay Street aún más en contra del duque; a fin de evitar una confrontación directa, él envió el informe a Londres con muy pocos comentarios.

El 8 de mayo de 1943 los duques de Windsor emprendieron su tercer viaje por Estados Unidos. El día que llegaron a la casa que Robert R. Young tenía en Palm Beach se enteraron de que el gobierno estadounidense iba a deportar al reverendo Jardine, que había dirigido su ceremonia religiosa de matrimonio en Francia, y su mujer porque les habían caducado sus visados. Dado que ellos se encontraban bajo sospecha, el duque dijo que no podía hacer nada y permitió que los mandaran de vuelta a casa. Los duques de Windsor viajaron una vez más a Nueva York y presenciaron una actuación del circo Ringling Brothers.

Continuaron su viaje a Washington, donde el duque dio un paso drástico y revelador. En la mañana del 18 de mayo, visitó al secretario de Estado, Cordell Hull, ni mucho menos la persona más simpática dadas las circunstancias, y le preguntó si estaría en su mano evitar la censura que sufrían las cartas de Wallis. Realizó la petición bajo una enorme presión por

parte de Wallis. Las propias cartas del duque no estaban censuradas debido a su estatus diplomático y de miembro de la realeza. Desgraciadamente para él, el asunto acabaría sobre la mesa de Adolf A. Berle. En un informe fechado el 18 de junio, dirigido a todos los departamentos gubernamentales competentes en el tema, Berle escribió:

> Creo que a la duquesa de Windsor se le debería negar categóricamente la exención a la censura. Al margen de los turbios informes acerca de las actividades de esta familia, ha de recordarse que tanto el duque como la duquesa de Windsor estaban en contacto con el señor James Mooney, de General Motors, quien intentó actuar de mediador en una paz negociada a comienzos del invierno de 1940; que han mantenido correspondencia con [Charles] Bedaux, actualmente en prisión acusado de comerciar con el enemigo, y posiblemente de traición en su correspondencia con el enemigo; que han estado en contacto permanente con Axel Wenner-Gren, actualmente en nuestra lista negra por actividades sospechosas, etcétera. El duque de Windsor ha encontrado muchas excusas para atender negocios privados en Estados Unidos, como está haciendo en este momento.

Se le denegó el permiso de exención a la censura.

Bedaux, cuyo deseo por mantener sus negocios internacionales a pesar de la interrupción provocada por la guerra le había puesto en una situación en que era acusado de traición, se encontraba encarcelado en el norte de África; se le llevaría a Miami en 1944. Su hijo, Eugene Bedaux, sigue insistiendo a día de hoy en que su padre era inocente y afirma que engañaba deliberadamente a los alemanes con el suministro de gasoductos en África a fin de proteger a sus amigos judíos franceses. En su defensa, Bedaux (hijo) afirma que su padre fue, junto con sus empresas, condecorado de forma póstuma con la Legión de Honor francesa y se le puso su nombre a una calle. Berle, J. Edgar Hoover y el general Sherman Miles, de la inteligencia militar estadounidense, tenían de él una opinión menos favorable. Y vale la pena advertir, además, que tras la primera oleada de condena y venganza, el gobierno de posguerra de De Gaulle comenzó a restituir en su puesto a ciertas figuras del gobierno de Vichy; De Gaulle asistió al funeral del mariscal Pétain; y la Academia Francesa no expulsó a aquellos de sus miembros que habían tenido simpatías por el fascismo. Para la década de 1960, se había

perdonado a más, y a algunos antiguos partidarios del régimen de Vichy se les otorgaban ciertos premios y se les nombraba para puestos elevados después de que hubieran pasado los convenientes periodos de exilio.

Winston Churchill se encontraba en Washington aquellos días y, el 19 de mayo, realizó uno de sus típicamente sonoros discursos al Congreso. El duque mantuvo dos reuniones con Churchill, que nunca había renunciado a la fe en su amado príncipe. El duque le suplicó a Churchill un nuevo cargo. El primer ministro se puso en contacto con el Ministerio de Asuntos Exteriores británico, la Secretaría de Estado para las Colonias y palacio, y el resultado tuvo bastante de humor negro.

En aquella época, sir Stewart Menzies, incansablemente vigilante en sus esfuerzos por obtener aún más pruebas perjudiciales contra Wallis Windsor, envió a Eddie Chapman, uno de sus agentes más itinerantes, a una misión especial desde las islas del Canal de la Mancha, donde había nacido, a Alemania para recuperar los expedientes de la duquesa que poseía la Abwehr, donde se demostraban sus continuos contactos con Ribbentrop hasta, al menos, agosto de 1940. Actuando desde Jersey, que se encontraba bajo ocupación alemana, Chapman, que se hacía pasar por espía nazi, había emprendido varias misiones similares para Menzies durante la guerra; había logrado llevar a Londres no solo el expediente que tenía la Abwehr sobre la duquesa, sino también el que poseía acerca del duque, así como el de Errol Flynn, sin duda a causa de la reunión mantenida entre el duque de Windsor, Rudolf Hess y Errol Flynn en el hotel Meurice de París en marzo de 1938.

El 12 de junio de 1943, el duque envió el siguiente telegrama a Anthony Eden:

> El señor [George] Allen me ha informado de que mis catorce cajas de documentos han sido retiradas del sur de Francia y enviadas a Suiza. Le ruego transmita al gobierno suizo mi gratitud y mi más sincera apreciación por sus acciones al guardar mis documentos en sus archivos, así como su continua atención en la seguridad de mis pertenencias de Cap d'Antibes.

El 4 de julio, en una repetición de la muerte del duque de Kent, el depuesto y exiliado primer ministro polaco Wladyslav Sikorski despegó desde Gibraltar en una misión secreta en un hidroavión Liberator con Victor Cazalet, íntimo amigo de los duques de Windsor y el duque de Kent, partidario de los nazis y miembro de la Hermandad Anglo-Alemana y The Link; Frederick

Winterbotham afirmó que todas las personas que se encontraban a bordo fallecieron en un accidente provocado por él mediante el uso de ácido sulfúrico en los cables de aislamiento.

Cazalet, que había actuado como emisario especial de Churchill en visitas a Estados Unidos, y el propio Sikorski se habían convertido en problemas en relación con la seguridad porque estaban jugando con fuego al enfrentarse a los socios rusos de los aliados. Como en el caso del duque de Kent, antes de que hubiera pasado una hora, las emisoras de radio alemanas anunciaron con precisión que Sikorski había sido asesinado por el Servicio Secreto de Inteligencia británico; es evidente que alguien a un nivel muy alto dentro del Servicio Secreto de Inteligencia era un agente triple alemán, británico y soviético. Whitehall negó muy rápidamente las acusaciones.

Poco después de que los duques de Windsor regresaran a Nassau, la prensa anunció que Win Spencer había sido encontrado sangrando en el porche de su casa de San Diego, con un cuchillo clavado en el pecho. Dijo débilmente que estaba «pelando fruta». Nadie le creyó; probablemente era un torpe intento de suicidio. Sobrevivió.

16 ASESINATO EN NASSAU

A pesar de los muchos conflictos que surgían con motivo de Bay Street, durante la primavera y el verano de 1943 los duques de Windsor mantuvieron la amistad con sir Harry Oakes y sus socios Harold Christie, Walter Foskett y Axel Wenner-Gren (en México). También le tenían mucho afecto a Eunice Oakes y celebraron una pequeña fiesta de despedida en su honor cuando se marchó en junio con sus hijos e hija a Bar Harbor (Maine) para escapar del calor estival de Nassau.

Sin embargo, al duque no le gustaba nada el marido de Nancy Oakes, Alfred de Marigny, aunque la duquesa sintiera debilidad por él. Era un hombre de negocios joven, próspero y prometedor dentro de la comunidad de Nassau. De Marigny, dinámico y juerguista, se involucró en la construcción de edificios de apartamentos en los que admitía a judíos, haciendo frente a muchas críticas en una comunidad entonces racista y antisemita. Incluso logró persuadir a clubes locales de acceso restringido para que aceptaran a judíos entre sus miembros y, con una determinación que mucha gente veía desesperante, presionó para que se mejorara el suministro de agua a los negros pobres durante los muchos meses que duraba la sequía cuando no era temporada de huracanes.

Nacido en Mauricio, De Marigny era alto, desgarbado y atractivo, con una boca ancha que a menudo se convertía en una sonrisa pícara, desafiante y arrugada. Moscón encantador pero obstinado, lleno de inmensa vitalidad, cometió el error en una comunidad tan diminuta y cerrada de hablar demasiado alto y demasiado a menudo en contra de la gente que no le gustaba. En particular, detestaba a Oakes y Christie, pero sobre todo odiaba al duque de Windsor.

Ese verano de 1943, De Marigny estaba furioso porque se habían concedido derechos sobre el agua a la conocida escritora de viajes Rosita Forbes, que había comprado una gran propiedad en la isla de New Providence. Como consecuencia de esta desviación del suministro, muchos negros pobres quedaron amenazados por la sed y tal vez las enfermedades por

tener que beber de fuentes contaminadas. De Marigny entró hecho una furia en el palacio del gobernador y exigió hablar con el duque, quien le escuchó con una impaciencia apenas disimulada mientras chupaba una pipa de brezo. Vyvyan Drury entró en la sala y le dijo con frialdad: «La audiencia ha terminado». De Marigny le gritó: «¡Quizás a usted le impresione Su Alteza Real! ¡A mí, desde luego, no! ¡Le tienen gobernando el último grano en el culo del Imperio! ¡Si valiera para algo, desempañaría un puesto elevado en Inglaterra o Estados Unidos!». Desde ese momento, De Marigny quedó marcado.

Al mismo tiempo, sir Harry Oakes había averiguado que Christie había vendido los terrenos para la instalación de una nueva base de las Fuerzas Aéreas Reales a una corporación estadounidense, engañándole y dejándole por tanto fuera del negocio. Como venganza, Oakes comenzó a hacer preparativos para pedir la devolución de los pagarés de Christie y volverse a hacer con el único activo completamente propiedad de Christie, su amada isla de Lyford Cay. Christie se dio cuenta de que todo su mundo se derrumbaba. Al haberse incluido a Wenner-Gren en la lista negra, la participación de Christie en el Banco Continental, Tesden Corporation y Bahamas General Trust era inútil. Oakes hablaba de volver al continente para reunirse con su familia, planeando no regresar hasta otoño, cuando Christie ya estaría arruinado.

Lo que se cuenta a continuación está basado en un nuevo examen cronológico de las pruebas de lo que terminaría siendo uno de los asesinatos no resueltos más famosos del siglo. El doctor Joseph Choi, jefe de medicina forense de la oficina del juez de instrucción del condado de Los Ángeles; el fallecido John Ball, conocido escritor y consejero especial de la división de homicidios del Departamento de Policía de Los Ángeles (LAPD), y el sargento Louis Danoff, del mismo departamento, ayudaron a este autor a llegar a las conclusiones que aquí se presentan. Este análisis del caso está basado en una inspección de los informes originales de la autopsia obtenidos de Bahamas, el testimonio que dieron bajo juramento los especialistas forenses de Nassau, los archivos del FBI recientemente desclasificados, las fotografías hasta ahora no disponibles y las notas del juez en la transcripción del subsiguiente juicio por asesinato. Ningún detalle ofrecido aquí se desvía de los hechos completamente documentados (y ahora disponibles); el fallecido Alfred de Marigny también aportó mucha información valiosa y confirmó la culpabilidad del asesino, que conoció desde el principio, si bien su opinión difería de la de este autor en cuanto al arma homicida empleada.

En la tarde del 7 de julio, sir Harry Oakes recibió a un pequeño grupo de visitantes en Westbourne, entre los que estaban Harold Christie; la señora Dulcibel *Babs* Heneage, amiga de este, y Charles Hubbard, un directivo jubilado de Woolworth. La cena fue preparada por la cocinera, la señora Fernández, y servida por la doncella, Mabel Ellis, a las 20.45. Los invitados terminaron de comer poco antes de las diez. Jugaron a las damas chinas hasta las once de la noche. Christie anunció por sorpresa que había decidido pasar allí la noche; se estaba levantando una tormenta tropical y no le apetecía conducir hasta su casa. También se había quedado en Westbourne la noche anterior. Alrededor de las 23.15, Hubbard llevó a la señora Heneage a su casa, que se encontraba cerca, en Eastern Road; Hubbard condujo entonces de vuelta hacia su casa, que apenas distaba unas manzanas de Westbourne.

Mientras tanto, Christie había dado permiso a los dos vigilantes nocturnos, uno de los cuales trabajaba también en el club de campo vecino, para que se fueran a su casa diciéndoles que él se encargaría del cuidado de la casa y el terreno. Las únicas personas que se encontraban a una distancia como para poder ver y oír lo que ocurría en la vivienda eran la señora de Newell Kelly, esposa del gerente de la propiedad, quien en ese momento estaba en un viaje de pesca en las remotas Out Islands, y su madre, una mujer anciana. Se alojaban en una pequeña casa de campo ubicada dentro de la finca.

Oakes tenía la costumbre de no cerrar ni echar el pestillo a puertas y ventanas en ningún momento, a pesar de que le ponía tan nervioso la posibilidad de que entraran en la casa que cambiaba de lugar su dormitorio constantemente y tenía siempre un arma en el cajón de la mesilla de noche, apoyada sobre los billetes de libras sujetos por una pinza de oro canadiense. Como muchos de quienes tenían antepasados colonos, Oakes parecía potencialmente susceptible de tener un enfrentamiento con un eventual ladrón o posible asesino con un arma de fuego; de sueño muy ligero, a menudo se levantaba varias veces por la noche para hacer la ronda, con su arma preparada. Le gustaba tener a Christie de compañía, a pesar del hecho de que este ya andaba tramando algo contra él y de que nunca le hubiera perdonado que le engañara con la venta del aeródromo. Lady Oakes y los niños estaban aún en Estados Unidos.

Después de que Mabel Ellis se hubiera ido a las 23.30, tras haber fregado los platos y puesto la mesa para el desayuno, se levantó el viento que venía desde el mar, formando unas olas negras que rompían en la playa, justo debajo de la casa. Los relámpagos comenzaron a iluminar aquel cielo

tenebroso. Se oían unos truenos terribles. La lluvia caía con la intensidad característica en esa región. Cuando estalló la tormenta, Christie subió a ver a Oakes al dormitorio principal, aquel en el que los duques de Windsor habían dormido casi tres años antes. Charlaron un rato; en algún momento de la conversación, Christie echó en la copa de Oakes alguna droga lo suficientemente fuerte como para inducir en él —de sueño ligero y nervioso — una somnolencia profunda, de la que no sería fácil despertarle. Christie esperó observando. Después de un rato, Oakes comenzó a mostrar síntomas de somnolencia. Satisfecho, Christie abandonó la habitación. Sir Harry cayó en un sueño profundo, agarrado a una almohada de plumas, un hábito infantil curioso en una persona de sesenta y nueve años. Tenía otra almohada bajo la cabeza y una tercera en el suelo, junto a la cama. El ya condenado millonario dobló el *Miami Herald* del 7 de julio, que había estado leyendo, bajo su muslo derecho se giró sobre ese lado del cuerpo, y hundió la cabeza en la almohada.

Christie no tenía tiempo que perder. Dejando todas las luces encendidas para dar a la señora Kelly y su madre la impresión, en caso de que se despertaran y miraran por las ventanas de la casa de invitados (algo que hicieron), de que aún se encontraba dentro de Westbourne, salió del edificio por una puerta trasera y siguió un pasaje recién construido que la conectaba con el club de campo. Caminó hasta la parte delantera del club, mirando a derecha e izquierda para asegurarse de que no era observado. Tenía aparcado allí el coche, supuestamente para ahorrar gasolina debido al racionamiento en tiempos de guerra, pero en realidad para poder alejarse sin que el ruido del motor alertara a la señora Kelly y su madre. Condujo bajo la tormenta hasta Nassau.

No está claro dónde estableció contacto con el asesino a sueldo contratado para deshacerse de Oakes. Sin embargo, lo más probable, en vista de sus siguientes movimientos, es que se reuniera con él en su propio despacho de Bay Street, donde podría mantenerse un encuentro así sin ser detectado. Es posible reconstruir la naturaleza del asesino a sueldo a partir de las pruebas indirectas reunidas. Era un arponero muy bajo pero robusto, experto —al igual que Christie— en esa arte. Era miembro de la secta Brujería, del sur de Florida, que contaba con una representación destacada en Bahamas aunque el origen de la secta era africano, de la región del Congo. Sus miembros practicaban el culto diabólico de Palo Mayombe. Un iniciado que deseara verse involucrado en un asesinato debía llevar puestas ropas del cadáver. Christie llevó puesto el pijama de Harry antes, durante y después del asesinato. En los asesinatos de Palo Mayombe nunca debía dañarse la cabeza,

salvo con el propósito específico de causar la muerte. No debía ser quemada, decapitada ni dañada de ningún otro modo. Se utilizaban invariablemente las plumas, los arpones y la pólvora; esta última se colocaba por tradición sobre el suelo cerca de la víctima, en pequeños montones a los que se prendía fuego, provocando pequeñas explosiones que causaban quemaduras en la alfombra y manchas de humo en las paredes. Las heridas por apuñalamiento en la cabeza eran profundamente características, porque la figura del dios diabólico Palo Mayombe, Eleggua, era representada en dibujos y pinturas con espadas o flechas clavadas en el cráneo. El uso de arpones en ese tipo de asesinatos era común; era un símbolo del culto Abaqua, relacionado con el anterior, también propio del sur de Florida y las islas, un símbolo de esa subsecta particular comprometida con los asesinatos rituales y que negaba la entrada a los homosexuales.

En la región podían contratarse asesinos de Palo Mayombe. Christie, quien era probablemente, aunque quizá tan solo por conveniencia, un practicante del culto (pocos de los que no lo fueran podrían contratar a ninguno de estos asesinos a ningún precio), debió de hacer venir al asesino anónimo del sur de Florida. Habría sido demasiado arriesgado contratar los servicios de un residente local. En una sociedad tan abarrotada y cerrada como la de Nassau, y con lo mucho que se bebía en los bares y los bohíos de Grant’s Town, el distrito nativo, la noticia de que había alguien así en el vecindario se habría propagado rápido.

En una camioneta que había tomado prestada para su propósito, el asesino, o un cómplice que le llevara a él de pasajero, condujo a Christie a través de la fuerte lluvia y el viento por Bay Street, con la intención de dirigirse hacia la playa. Al girar en una esquina, tuvo que detenerse ante un semáforo. En ese preciso instante, Edward Sears, jefe de policía de Nassau, pasó en sentido contrario a una distancia entre dos metros y dos metros y medio a una velocidad aproximada de treinta kilómetros por hora. Vio a Christie claramente a través de la ventana del asiento del acompañante, pero la visibilidad no era tan buena como para permitirle distinguir la cara ni el color de piel del conductor.

Este llevó a Christie a casa de una amiga, donde permaneció varias horas. Las dos o tres noches a la semana que se quedaba en la residencia de Oakes lo hacía para disimular, ante una sociedad aficionada a cotillear, sus estancias en aquel otro domicilio. Su amiga estaba casada con un militar.

Mientras tanto, la camioneta llegó a la parte trasera de Westbourne, cerca del club de campo, para no llamar la atención de la señora Kelly y su madre,

alojadas en la casa de invitados. El asesino subió la larga escalera de madera que llevaba desde la playa a los tres niveles de la casa, quedando sus pisadas sobre los peldaños de madera cuyo crujido disimuló el sonido de la tormenta. Encima llevaba un arpón, pólvora, cerillas y un espray insecticida.

Sir Harry no se había movido; vencido por el fármaco, seguía apoyando la cara en una de las almohadas y tenía agarrada la otra contra el cuerpo. El asesino entró silencioso cruzando la gruesa alfombra marrón hacia el lugar donde estaba la cama. Se encontraba casi al lado de la postrada cabeza de Oakes. Desde muy cerca, se echó hacia atrás y golpeó con el arpón exactamente cuatro veces, con una precisión ritual; cada una de las ocasiones, la punta del arpón triangular apuntó en la misma dirección, hacia la nariz, y las heridas que provocó estaban casi exactamente equidistantes unas de otras. Según la tradición de Palo Mayombe, las heridas tenían forma de medialuna alrededor de la oreja.

Los cortes tenían diversas profundidades, ninguna de ellas superior a tres centímetros, y eran insuficientes para causar la muerte. De las arterias y venas comenzó a salir sangre a borbotones; el asesino, bañado en sangre, intentaba quitársela de los ojos. Sacó el espray insecticida y dirigió el pulverizador hacia el pecho de Oakes, que tembló un segundo; en ese momento, el homicida encendió una cerilla para que el líquido inflamable fabricado a partir de petróleo prendiera. Entonces, el criminal clavó la segunda almohada al cuerpo con el arpón. Sacó puñados de plumas de la misma y las esparció sobre el cadáver ardiente siguiendo el rito de la época de los exponentes de la magia negra de Palo Mayombe.

Según el informe de la autopsia, Oakes murió del golpe en combinación con la fractura de cráneo y el intenso calor de las llamas. Probablemente no llegó a enterarse de lo que ocurría. En el momento de la muerte, evacuó de forma tan absoluta que el colchón estaba empapado. La carne quemada y el calor hicieron que las plumas quedaran adheridas al cuerpo, como era el deseo del asesino. Pero el esfuerzo de cometer el crimen, y quizá el efecto de la bebida o de las drogas, afectó temporalmente al asaltante. Se tambaleó hasta la pared contraria del dormitorio, donde dejó sus huellas dactilares sangrientas y ahumadas a la altura de su cabeza, un poco por encima del metro veinte. Intentó limpiarse la sangre de la cara y el cuerpo, utilizando una toalla que sir Harry había dejado en la segunda de las dos camas gemelas. Después, arrojó impaciente la toalla a la cama de sir Harry y empezó a buscar el baño, a tientas entre el humo y caminando aún con pasos inseguros.

Al hacerlo, dio un traspié y dejó más marcas de sangre en la pared del pasillo —incluso, irónicamente, en el pomo de cristal de la puerta de la habitación de Christie y en un panel de la propia puerta—. Se giró, dándose cuenta de que había cometido un error; finalmente encontró un baño y empezó a lavarse la sangre, dejando marcas en el lavabo. Mientras tanto, solo algunas zonas de la cama de sir Harry habían ardido; aunque su cuerpo se había colapsado bajo las plumas en llamas y la fuerza del fuego, la ventana se había abierto de golpe a causa de la tormenta y el colchón apenas mostraba rescoldos dado su estado de humedad. En un acto reflejo, el cadáver había tragado algo de humo, lo que, mezclado con el moco, había formado una sustancia negra y viscosa en el tracto digestivo que (se alegó) había despistado al personal médico que formaba parte de la investigación y más tarde a la policía. No se había tragado el humo; sus pulmones estaban limpios. Tenía la nariz demasiado enterrada en la almohada para que pudiera haber inhalado algo.

El asesino tenía más trabajo pendiente. Recordando sus tareas rituales, comenzó a dejar caer montoncitos de pólvora en el suelo del dormitorio de Oakes y en el pasillo inmediato, prendiéndolos con las cerillas que le quedaban para que ardieran y crearan pequeñas explosiones pero sin provocar un incendio en la casa. Si hubiera pretendido esto último, o hubiera intentado ocultar el crimen en lugar de firmarlo de forma inequívoca, el homicida habría llevado un soplete y lo habría aplicado a las cortinas, las telas, las sillas inflamables, la madera, los cuadros o los tapices; ninguna de estas cosas fue tocada. En algunos lugares echó pequeñas cantidades de insecticida en las paredes o el suelo, prendiéndolas una a una; tampoco en estos casos el fuego se propagaba. En cierto momento, intentó colocar una pequeña carga de pólvora en un alféizar interior y, significativamente, otra muestra patente de su altura, se vio obligado a subirse a una silla.

Finalmente se fue, utilizando de nuevo la puerta trasera para escapar sin ser visto por la señora Kelly o su madre. Condujo la camioneta para recoger a Christie y llevarlo a Nassau, donde estaba su coche. Antes del amanecer, ya se encontraba de camino al continente; la tormenta había desaparecido y el mar ya era navegable en lancha motora.

Christie regresó a Westbourne. Al cruzar el vestíbulo, encontró numerosas quemaduras pequeñas donde la pólvora o el líquido inflamable había agujereado la alfombra y manchas de humo en las paredes. Subió al piso de arriba. Oakes se encontraba aún en la posición en la que le había dejado el asesino; en teoría, lo único que tenía que hacer Christie era llamar a la policía.

Pero no podía revelar que se había ausentado de la casa. Había dejado caer la idea de que se iba a quedar allí al hablar con otros invitados de la cena de aquella noche; además, tenía que proteger a su amiga, ya que los cotilleos podían arruinarle la vida a ella y acabar volviéndose en contra de él. Debía girar el cuerpo y fingir que intentaba reanimar a sir Harry, dejando así deliberadamente sus huellas en la botella y el vaso que aún estaban junto a la cama. Diría que había intentado hacer que sir Harry bebiera agua y que a fin de conseguirlo le había levantado la cabeza. Pasó por alto el hecho de que hacía tiempo que había aparecido el *rigor mortis*, dado el peso de Oakes y la temperatura ambiente, unos veinticuatro grados, y que para levantarle la cabeza tendría que romperle el cuello. Las mandíbulas estarían cerradas con firmeza aun a pesar de no tener puesta la dentadura, que se encontraba en un segundo vaso en la mesilla. Nadie en el mundo podría hacer beber un vaso de agua a un muerto con los labios cerrados.

Christie no se atrevió a esperar hasta que la doncella, la señora Ellis, apareciera a su hora habitual, entre las siete y las siete y media de la mañana. Gritó desde la terraza para despertar a la señora Kelly y su madre; como estaban dormidas, no respondieron, así que las llamó por teléfono desde la habitación de sir Harry. La señora Kelly acudió a Westbourne inmediatamente. Después, Christie telefoneó al palacio del gobernador; habló con Gray Phillips, quien despertó a los duques de Windsor con la noticia. El duque no dudó ni un momento de que, dada la descripción de Christie, se trataba de un asesinato propio de los nativos negros y con connotaciones siniestras. Tenía fresco el recuerdo de las revueltas, y el fuego, las plumas, la herida o heridas en la cabeza delataban claramente un asesinato ritual. Si efectivamente ese era el caso, entonces cualquier arresto o castigo llevaría a más derramamiento de sangre y les pondría en peligro a él, a Wallis y a cualquier otro blanco de Bahamas. No puede dudarse de que al duque le atormentaba la indecisión. Incuestionablemente, Wallis compartía ese tormento. Desesperado, a fin de ganar tiempo para pensar, el duque le dijo a Gray Phillips que censurara toda noticia relacionada con el caso. Phillips debía llamar a su casa a sir Etienne Dupuch, editor del *Nassau Tribune*, para decirle que eliminara la historia; y también ponerse en contacto con la emisora de radio local y comunicarles que, bajo ninguna circunstancia, debía aparecer el asunto en las noticias de la mañana.

Pero Phillips llegó demasiado tarde. Christie, desempeñando al máximo su papel de amigo desesperado y afligido, ya había llamado a Dupuch, quien, olfateando la historia del siglo, envió inmediatamente un comunicado a las

agencias de prensa. Dupuch también avisó a la emisora de radio local. Mientras tanto, Christie llamó a Erskine-Lindop, quien llegó veinte minutos más tarde, después de que le llamara su mujer a la comisaría de policía, donde estaba a causa de una emergencia que había surgido a primera hora. A las 7.30 la señora Kelly telefoneó al doctor H. A. Quackenbush, una elección bastante curiosa, ya que este era un forense al que habitualmente solo llamaba la policía. Nunca se hizo acudir en cambio al médico local de Oakes, ni tampoco a quien le atendía en el continente. Cuando pasaban dos minutos de las siete y media, Christie llamó a Charles Hubbard, quien a su vez hizo lo propio con la señora Heneage. Christie no se atrevió a llamarla él directamente porque las líneas de Westbourne estaban pinchadas por el Departamento de Estado estadounidense. A las 7.40, Erskine-Lindop, ya en Westbourne, convocó a su colega Charles Pemberton. Cinco minutos después de esto, la señora Ellis se presentó al trabajo inusualmente media hora tarde. Mientras tanto, se enviaron mensajes urgentes a las Out Islands para que se localizara al marido de la señora Kelly, en viaje de pesca.

Para las ocho de la mañana, el lugar del crimen estaba lleno de gente que se arremolinaba alrededor del cadáver y comentaba el misterioso asesinato. Esto iba en contra de todas las legislaciones vigentes. Erskine-Lindop y Pemberton deberían haber sellado inmediatamente la habitación y haber mandado salir a todo el mundo. Al tener a tanta gente moviéndose por el dormitorio y tocándolo todo, habría tal rompecabezas de huellas dactilares que nadie sería capaz nunca de identificar al intruso. El doctor Quackenbush no examinó la cabeza completamente. Anunció a todos los interesados, incluido sir Eric Hallinan, el fiscal general, que llegó a las 10, que solo existía una herida, y metió el dedo en ella. Concluyó que la muerte se debía a un «suicidio disfrazado de asesinato». Las otras tres heridas quedaron ocultas por la sangre. Cuando su colega el doctor FitzMaurice, mucho más competente, llegó a petición de Hallinan, a las 11.30, determinó mediante una limpieza que de hecho existían cuatro heridas.

Ni Quackenbush ni FitzMaurice fueron capaces, al parecer, de determinar que las heridas habían sido causadas por un instrumento afilado y triangular, bien una flecha o bien un arpón. Es más, ambos hablaron desde ese momento de «instrumentos romos» y porras. No existe ningún instrumento romo ni ninguna porra con un vértice así. Christie, tanto entonces como después, repitió la historia de que había tratado de despertar a sir Harry, le había levantado la cabeza y le había metido agua a la fuerza entre los labios. Nadie cuestionó su afirmación, a pesar de los efectos aceptados del *rigor mortis*.

A las 10.30, tras mucha indecisión tortuosa y muchas reuniones con Wallis, Erskine-Lindop, Pemberton, Christie y cualquiera que se encontrara disponible, el duque llamó al Departamento de Policía de Miami. Es evidente que no se atrevía a llamar a Scotland Yard o el FBI porque los especializados métodos de investigación de cualquiera de estas dos instituciones habrían revelado demasiado. Nadie habría dudado en afirmar que se trataba de un crimen propio de los nativos negros, un desastre para la unidad de la isla. El duque ya había establecido una asociación con el capitán Edward W. Melchen, jefe del departamento de Homicidios de Miami, quien le había acompañado en algunos de sus viajes a Florida más discutibles, en particular para reunirse con Walter Foskett en Palm Beach. Podía confiar en Melchen; además, este tenía un largo expediente de asociaciones delictivas, y por esa razón J. Edgar Hoover lo había tenido en su lista de sospechosos durante años. La llamada telefónica del duque fue interceptada por la rama de Actividades en el Extranjero del Departamento de Estado de Adolf A. Berle; el archivo del caso, desclasificado por primera vez para este autor en 1986, aún existe. El duque no habló con Melchen, como han afirmado los historiadores, de «un suicidio disfrazado de asesinato»; más bien, le habló de un crimen «de un carácter extraordinario», sin especificar ni la víctima ni el método empleado en el asesinato. Melchen debe venir de inmediato, dijo, y no debe «tramitar un visado bajo ninguna circunstancia». El vuelo de mediodía de Pan American Airways desde Miami sería retenido para Melchen y uno o dos de sus hombres; el duque lo arreglaría —conocía a Juan Trippe, presidente de PanAm—. Melchen solicitó al Departamento de Estado permiso para viajar sin visado a pesar de la gestión del duque; era consciente de que no hacerlo podía costarle el cargo. Se llevó con él al capitán James O. Barker, supervisor del laboratorio de la policía de Miami y su experto número uno en huellas dactilares. Según el informe del FBI recientemente desclasificado sobre el caso Oakes, J. Edgar Hoover estaba convencido de que Barker también tenía fuertes vínculos con criminales y confidentes del sur de Florida.

Ambos detectives obviamente sabían que alguien trataría de encubrir el caso, ya que deliberadamente no se llevaron la cámara de identificación de huellas dactilares que era obligatorio utilizar en todo examen de las circunstancias de un crimen violento. Más tarde, pusieron la falsa excusa de que el duque les había dicho por teléfono que era un caso de suicidio. Tampoco cuando llegaron, al ser recogidos en el aeropuerto por Erskine-Lindop y Pemberton, cogieron la cámara de huellas dactilares de la policía de Nassau, que funcionaba perfectamente, y aparentemente ni Erskine-Lindop ni

Pemberton se la ofrecieron; ni hicieron que les enviaran su cámara desde Miami en el siguiente avión. El peligro que entrañaba utilizar una cámara así era que, obligatoriamente, debían fotografiar todo objeto que se encontrara en la escena del crimen; por tanto, sería imposible colocar ninguna huella dactilar en ellos una vez que hubieran completado el reportaje fotográfico.

Al contrario de lo que afirman todos los reportajes publicados, Erskine-Lindop y Pemberton no recibieron ninguna orden del duque ni de ninguna otra persona en el sentido de colocar a Melchen y Barker como encargados exclusivos del caso. En primer lugar, en una colonia británica una situación así sería imposible. En segundo lugar, era necesario que todos los interesados se mantuvieran unidos en este difícil aprieto. Sin embargo, no existen pruebas de que ni Erskine-Lindop ni Pemberton estuvieran al tanto de la conspiración que sucedió a continuación.

Se dio por sentado por todos los interesados que el asesino, quienquiera que fuese, debía tener marcas de quemaduras. Se trataba de una decisión completamente arbitraria, dado que el asesino podía haber usado un casco protector, una máscara y guantes de amianto. De hecho, cualquiera que no hubiera cometido un asesinato siguiendo un ritual se habría buscado una protección así. Naturalmente, Christie salió del examen de su vello con la reputación ilesa. A ningún otro empleado, ni siquiera el mozo de cuadra negro, se le pidió que se sometiera a un examen de ese tipo. Para entonces, todo el mundo había decidido ya la identidad de la persona que sería declarada sospechosa. Inevitablemente, se trataba de Alfred de Marigny. Era el tipo perfecto: se había enfadado prácticamente con todos los personajes destacados de Bay Street; se le conocían riñas violentas con Oakes; odiaba al difunto tanto como este lo había odiado a él; constituía una presencia tan irritante como la de un moscón al que la mayoría de la gente se alegraría de ver desaparecer, y, sobre todo, disminuiría la presión sobre los negros, que estaba amenazando ya con sumir Nassau en una violencia sangrienta. Un hombre blanco como acusado sería perfecto en todos los sentidos.

Sin embargo, no existía ni la más mínima prueba por la que arrestarle. No heredaba nada por el hecho de que Oakes hubiera muerto; Nancy, su mujer, había sido apartada del testamento. No tenía antecedentes penales; no era el tipo de persona que apuñalaría y quemaría a un anciano que se encontrara en su cama, independientemente de lo que la gente pensara de él; y además tenía una coartada perfecta: él mismo había celebrado una fiesta la noche del asesinato. Y su íntimo amigo Georges de Visdelou estaba con él en el momento en el que se cometió el crimen.

A pesar de todo, De Marigny fue arrestado, con el pretexto de que algunos pelos de sus antebrazos presentaban ligeras quemaduras; había estado intentando encender con una cerilla una lámpara a prueba de viento en su casa durante la fiesta, y la lámpara había soltado una llamarada. Fue acusado y trasladado a la cárcel de Nassau. No se estableció ninguna fianza. Mientras tanto, el duque visitó la escena del crimen. Barker le comunicó que había encontrado una huella dactilar de De Marigny en el biombo chino que Wallis había dejado en Westbourne. Había decidido pasar por alto el hecho de que el biombo había sido retirado de la habitación cuando llevaron a ella a De Marigny y se le ofreció un vaso, en el que dejó impresas las huellas que más tarde serían aportadas de forma indebida.

En la vista preliminar, celebrada durante la primera semana de agosto, se repitió el ritual de locura: las mentiras de Christie, la poco rigurosa recapitulación de las pruebas forenses por parte de Quackenbush y la ineptitud de los sucesivos informes policiales. Absolutamente nadie intentó investigar en tiendas de instrumentos de trabajo o material deportivo para encontrar un arma que se adaptara al tamaño y la forma de la utilizada; nadie dio un paso adelante para contradecir la historia del instrumento romo; no apareció ni la más mínima insinuación ni en la prensa de Nassau ni en la del extranjero (y eso que la historia acaparó los titulares a pesar de estar en plena guerra) que prestara atención a los siniestros elementos de magia negra del asesinato. En la vista preliminar, Melchen, adornando rápidamente su historia falsa, insistió sin aportar ni la más mínima prueba en que Oakes, después de recibir los primeros golpes, se había tambaleado hasta el vestíbulo (sic), con la ropa ardiendo, antes de regresar a su cama, donde pereció. Nadie denunció esta mentira como lo que era; incluso un estudiante de primero de Medicina se habría dado cuenta de que Oakes había muerto sin llegar a moverse.

Los duques de Windsor partieron hacia el continente para realizar una gira que incluía una visita a la tía Bessie, que se había roto la cadera y estaba ingresada en un hospital de Boston. Abandonaron a De Marigny a su suerte; Erskine-Lindop, claramente molesto por la naturaleza de los hechos en los que se veía implicado, fue trasladado a Trinidad, lugar al que había deseado ser destinado desde que se habían producido las revueltas. Las huellas dactilares fueron enviadas a Nueva York para que las analizara un laboratorio; por una curiosa coincidencia, el día en el que comenzaba el juicio, 17 de octubre de 1943, los duques de Windsor visitaron la sede del FBI en Washington, donde un J. Edgar Hoover bastante serio les acompañó a ver los laboratorios de huellas dactilares a cuyos expertos habían logrado evitar tan

hábilmente. La duquesa se sintió enferma, quizá debido a la tensión del caso, y el duque continuó solo a la base de Quantico en la que se entrenaban los marines. Mientras De Marigny luchaba por su vida, el duque pasaba revista a la guardia de honor e inspeccionaba las instalaciones de las duchas, los dormitorios, la armería y el campo de tiro.

El juicio, que los duques de Windsor siguieron con atención, fue una farsa siniestra de principio a fin. El competente abogado de De Marigny, Godfrey Higgs, abogado de la Corona, puso al descubierto las mentiras de Christie en el estrado. Una y otra vez Higgs le presionó sobre el hecho de que defendiera que pensaba que sir Harry vivía; mostrándole a Christie una fotografía del cadáver, con el cuerpo abrasado y cubierto de plumas y la cara chorreando sangre, Higgs le preguntó si era posible que alguien pensara que un cadáver tan quemado y devastado podría albergar algo de vida. Atacó a Christie por alegar que había seguido durmiendo a pesar del fuego, la sangre y la tormenta; Christie le gritó enfadado, aunque sin desmoronarse, agarrándose con firmeza al testimonio que había dado en la vista preliminar. Desgraciadamente, nunca se llamó a la amiga de Christie para que presentara testimonio de su paradero en aquel momento. Higgs cometió un error grave: no llamó al estrado a un médico independiente para que testificara los efectos del *rigor mortis*, prueba que habría derribado de un golpe la credibilidad de Christie. Higgs destrozó efectivamente a Barker; lo delató como mentiroso y reveló a todos los presentes en la sala que Barker había colocado a propósito las huellas de De Marigny. Casi afirmó que el duque estaba encubriendo los hechos cuando tuvo lugar el siguiente diálogo:

Higgs: ¿No recibió en Westbourne la visita de Su Alteza Real, al presentarse el duque en el dormitorio de sir Harry en el momento en que usted tomaba las huellas dactilares?

Barker: Sí, acudió a la escena del crimen.

Higgs: Creo que no sería apropiado que le preguntara por qué fue o de qué hablaron ustedes.

A De Marigny le salvaron las huellas dactilares. Sin embargo, tres miembros del jurado se resistieron a ponerse de acuerdo con los otros nueve. En Gran Bretaña y Estados Unidos se habría considerado un juicio nulo por no alcanzar un acuerdo el jurado. Pero en Bahamas un veredicto por nueve votos a tres era suficiente. De Marigny fue absuelto. En el tremendo barullo que llenó la sala, poca gente logró oír lo que añadió el presidente del jurado: se consideraba lamentable la ausencia de Erskine-Lindop en el juicio y se

recomendaba que De Marigny y su amigo Georges de Visdelou Guimbeau fueran deportados de inmediato. Una recomendación así carecía de precedentes jurídicos y no encontraba apoyo en ningún estatuto existente. Sin embargo, el duque la siguió de forma inmediata. Tras regresar a Nassau, insistió mucho a la Secretaría de Estado para las Colonias de Londres y a las autoridades de Washington para asegurarse de que la sugerencia de deportación se llevaba a cabo. Mientras tanto, Harold Christie regresó a su papel normal en el consejo ejecutivo.

Después de varios intentos de encontrarle un nuevo domicilio a De Marigny, el duque le envió a Cuba. La extrema impaciencia del duque se transmite en un telegrama fechado el 25 de noviembre de 1943, dirigido al secretario de Estado para las Colonias:

Urgente confidencial

De Marigny y Guimbeau. Telegrafiaré al gobernador de Mauricio […]. De Marigny ha hecho averiguaciones sobre las posibilidades de ir [a Haití], pero debo señalar que, salvo que el gobierno disponga de los medios para transportarle de forma obligada, De Marigny tal vez se quede en esta colonia, ya que el único aliciente para que se vaya por propia voluntad es la amenaza de ser enviado a Mauricio. Por lo tanto, lamento profundamente su decisión de que no pueda justificarse el transporte por parte de las Fuerzas Aéreas Reales, e insto firmemente a que se dé la oportunidad de considerar mi solicitud al mariscal Bowhill, así como a que se le envíen copias de los telegramas que nos hemos cruzado para que los tenga en consideración. Estoy seguro de que estará de acuerdo conmigo. Aunque soy reacio a preocupar al primer ministro, en esta ocasión, este asunto me resulta tan importante que no dudaría, como última salida, en ponerme en contacto con él directamente porque estoy convencido de que, a menos que se facilite al gobierno de Bahamas la capacidad para trasladar a estos deportados, la Administración Colonial Británica será objeto de burla en Estados Unidos, y las relaciones de este gobierno con los nativos llegarán a un punto de máxima tensión.

De Marigny me comentó en 1986 que en pocas semanas intentaron atentar contra su vida más de una vez; en una ocasión dispararon una ráfaga de tiros a su cama. Él acusa al duque de encubrir este intento de asesinato. De Visdelou Guimbeau fue a Haití, donde logró un permiso para entrar en Gran Bretaña. De Marigny llevó una vida errante durante años; amenazado y perseguido, se le negaban repetidamente los documentos debido a la influencia del duque, así como el derecho a emigrar a ningún sitio. Él está convencido de que el

duque era el responsable de su horrible situación. Fue a Canadá, y desde allí a Sudamérica, en un viaje que parecía interminable hasta que, por fin, con la muerte del duque, pareció encontrar alivio en el exilio. Él y Nancy se divorciaron; poco después se casó con la hija de uno de los ayudantes de confianza de Roosevelt y encontró la felicidad con ella y en el placer de establecer una familia; finalmente encontró refugio en la lujosa zona residencial de River Oaks, en Houston (Texas).

Con los años, a Christie se le preguntó repetidamente por qué se había ausentado de Westbourne en la noche del crimen; nadie se creía que pudiera haber dormido allí y no haber oído el asesinato. Siempre se aferró a la historia de que intentaba proteger la reputación de su amiga; extraña forma de hacerlo, dado que, como resultado de su falsa coartada, ella se pasó el resto de su vida teniendo que soportar los cotilleos.

Existía la teoría, propuesta en tres libros sobre el caso, de que Oakes había sido asesinado por la Mafia, y que el padrino de Florida Meyer Lansky había ordenado el crimen desde su cuartel general de Key West. El supuesto motivo habría sido que Oakes se negaba a permitir que la Mafia gestionara una concesión de juego en Nassau. Pero en realidad Oakes no tenía poder para tomar esa decisión, y ningún crimen mafioso se ha cometido nunca de la forma en la que Oakes fue despachado. Los mismos autores sugerían que Oakes fue asesinado en otro lugar, probablemente con un cabestrante en su yate o en el muelle, y transportado a su casa, colocado en la cama y prendido fuego. Sin embargo, quienes mantienen estas teorías pasan por alto algunos detalles importantes. Nadie sale de casa sin su dentadura postiza puesta, y la de Oakes nunca abandonó el vaso que había junto a la cama. Además, si hubiera sido golpeado con un cabestrante, las heridas habrían tenido todas la misma profundidad; es más, los ganchos de un cabestrante no coinciden ni en tamaño ni en forma con el arma que se utilizó contra Oakes. Y, por último, si hubiera sido golpeado cuando estaba de pie o sentado, como se sugirió, la sangre habría resbalado de forma vertical por sus mejillas, en lugar de horizontalmente de izquierda a derecha como sucedió en realidad.

El gran caso de asesinato sin respuesta rehusaba morir. El 26 de junio de 1944 Raymond Schindler, un famoso detective privado de la época a quien Nancy Oakes había planteado el caso, le pidió al duque que este se reabriera. La petición fue rechazada. Schindler respondió aportando nuevas pruebas desenterradas en Nassau que establecían ciertos elementos en el caso[40]. Su reputado colega Leonard Keeler, inventor del detector de mentiras, y Homer S. Cummings, un antiguo y distinguido fiscal general de Estados Unidos,

también apelaron al duque, pero ambos fueron rechazados. Se les dijo en un informe que «el asunto está cerrado».

El 18 de abril de 1946 De Marigny solicitó una nueva investigación, afirmando que Oakes había muerto por herida de bala. Para entonces, el duque ya no estaba en Bahamas; no hubo respuesta a su petición. Entonces ocurrió algo sorprendente. El 16 de septiembre de 1950, Edward Majava, un estibador de Nueva York que se encontraba de vacaciones en California, se emborrachó en un bar de Berkeley y dijo que él conocía el nombre del asesino. Se lo había comunicado la señora de Hildegarde Hamilton, un pintor de retratos de la alta sociedad de Fort Lauderdale, quien había oído la historia por ahí y quizá se la habían contado unos amigos de Walter Foskett.

Parecía una pista muy dudosa, pero la policía de Berkeley decidió seguirla. Se pusieron en contacto con Augustus Robinson, el jefe de policía de Nassau, quien acudió inmediatamente después a Berkeley a interrogar a Majava. Este le dijo (lo han revelado por primera vez unos archivos del FBI recientemente desclasificados) que el asesino era Harold Christie. Robinson confirmó que Majava tenía razón. Sin embargo, lo que no explicó es cómo había obtenido esa información, o por qué no había actuado en función de ella acusando a Christie de asesinato. La prensa nunca publicó el nombre de Christie; tan solo reveló que Robinson había confirmado la culpabilidad de la persona mencionada por Majava. Según las reglas del FBI, dado que este organismo no había tenido que ver con el caso inicialmente, no debía ocuparse del mismo tiempo después, así que el FBI decidió no hacer nada. Scotland Yard guardó silencio; estaba implicado un miembro de la realeza.

Cinco días más tarde, una mujer joven de Toronto informó al FBI (que aún no ha desclasificado su nombre) de que Christie contrató a un asesino; y que Christie era en secreto mulato, hijo de padre blanco y madre negra, y que había actuado en cooperación con un personaje mucho más importante. En un informe del FBI recientemente desclasificado se afirma que el personaje era Walter Foskett.

A finales de la década de 1950, Cyril St. John Stevenson, un miembro destacado del gobierno de Bahamas, acusó directamente en el Parlamento a Harold Christie del asesinato. Christie no contestó. La prensa seguía negándose a nombrarle; Stevenson solicitó a Scotland Yard que comenzara una investigación a gran escala, algo que aprobaron unánimemente las cámaras alta y baja del Parlamento de Bahamas. El propio Christie, para evitar verse expuesto, tuvo que votar lo mismo que el resto. Scotland Yard se negó a actuar y se cerró el expediente. Christie se volvió inmensamente rico

después de la guerra y fue condecorado caballero por la reina Isabel II por sus servicios a las islas. Falleció sin sufrir, de un infarto, en su cama de Múnich en 1973.

El caso Oakes aún permanece cerrado.

En una fiesta celebrada en una casa del sur de Francia en la década de 1960, el magnate de la prensa lord Beaverbrook le preguntó a Christie: «Harold, ahora que está libre y limpio, ¿por qué no nos cuenta cómo lo hizo?». Christie solo sonrió. Se pasó el resto de su vida tratando de convencer a cualquiera que le escuchara de que el crimen había sido cometido por un sacerdote vudú movido por los celos —la opinión que había expresado Schindler—. Muchos siguen creyéndole.

Queda una pregunta final: ¿encubrieron el duque y la duquesa el asesinato? No hay pruebas concluyentes de que lo hicieran. Pero sí existen pruebas circunstanciales de que el duque sabía que se trataba de un asesinato propio de los nativos negros y de que por tanto su trato a De Marigny será siempre una mancha en su historial. Y es imposible creer que no compartiera su culpa con Wallis.

17 REGRESO A EUROPA

Tras este horrible suceso llegaron las Navidades; mientras De Marigny, con el matrimonio hecho pedazos, languidecía en Cuba, Wallis se esforzaba mucho por quitarse de encima la sombra del asesinato y supervisar cenas especiales para mil hombres alistados. A pesar de que ella estaba completamente convencida de que nunca debería haber habido una guerra, intentó aprovechar al máximo la situación y se lanzó con toda su energía habitual al trabajo de la Cruz Roja, los centros de asistencia infantil y la cantina de Nassau. Desde el ataque a Pearl Harbor se había esforzado incansablemente por mejorar las condiciones de las islas, y lo mismo había hecho el duque, salvo por su misterioso borrón en el tema del suministro de agua. Una de las muchas paradojas de sus personalidades era que los duques de Windsor siguieran manteniendo la fascinación por el tema de las reformas sociales que les había colocado de forma tan desastrosa en el bando de Hitler.

Sin embargo, en una de sus preocupaciones locales el duque no era enteramente liberal y altruista. Aún tenía un apasionado interés por el desarrollo de las Out Islands y en este tema seguía siendo, si bien en secreto, más uña y carne que nunca con su amigo, el asesino Harold Christie. Debido al temor a la guerra y después a la falta de dinero disponible para hacer algo en los distantes cayos, Christie temía que su tierra no tuviera futuro. Presionando constantemente a ambas cámaras del Parlamento de Nassau para que proyectaran el desarrollo de las Out Islands, el duque claramente confiaba en beneficiarse de las comisiones de Christie. Al bloquear continuamente al duque en este asunto, al menos hasta mediados de 1943, el Parlamento demostraba seguir teniendo en mente la implicación de su propio miembro, Christie, en los proyectos para hacerse rico rápidamente gracias a la venta de terrenos. Para el duque, tan terco como siempre, el gobierno colonial estaba siendo estúpido, obstruccionista y testarudo.

Se produjeron cambios simbólicos en la administración a comienzos de 1944. Sir Eric Hallinan, agotado por la tensión de los disturbios y el juicio por asesinato, siguió a Erskine-Lindop a Trinidad, donde sin duda estos

caballeros, tan agobiados por los problemas, tendrían mucho de lo que hablar. El secretario de Estado para las Colonias Leslie Heape solicitó un traslado y se le concedió el deprimente puesto de gobernador de la Guayana británica. Lo aceptó inmediatamente.

En los primeros meses del nuevo año, Wallis recibió varios sustos seguidos. En Verona, el 11 de enero, el conde Galeazzo Ciano, su amante de los días de China, con quien había perdido el contacto hacía mucho, fue enviado al pelotón de fusilamiento por orden de su suegro, Mussolini, quien le había acusado de traición. Ciano murió con valor, negándose a aceptar que le vendaran los ojos, y pidió poder mirar directamente a sus verdugos en el momento en que le dispararan. La primera tanda de disparos no le mató. La silla sobre la que estaba apoyado volcó y quedó tendido en el suelo, gimiendo. Ni siquiera cuando el comandante del pelotón le disparó en la sien con su revólver murió el terco joven. Tan solo terminó su vida al recibir un segundo disparo. No se sabe cómo reaccionó Wallis a la noticia. No hace falta mucha imaginación para suponer el tormento que debió de haber sentido y la avalancha de recuerdos que debieron de asaltarle la mente. Poco después, el querido amigo de los duques de Windsor Pierre Laval fue arrastrado, casi desmayándose de terror, después de un intento fracasado de suicidio, ante otro pelotón de fusilamiento que tuvo que afrontar por traicionar a Francia. Le llegó otro eco del pasado cuando la prensa anunció que Alberto da Zara, la otra llama de Wallis en sus días de China, en ese momento almirante de la flota italiana, había entregado sus barcos a los aliados en Malta y que su antiguo abogado, el partidario de los nazis Armand Grégoire, había sido juzgado y encarcelado por traición.

Charles Bedaux, arrestado y encarcelado en el norte de África acusado de traición a Estados Unidos, a quien se había traído desde allí para ser encarcelado en Miami, murió por su propia mano. Había logrado ocultar un suministro de somníferos, probablemente en el recto, un método que también puso en práctica tiempo después el mariscal de campo Goering. El 10 de febrero, se fue a la cama y se tragó todo el lote. Max Lerner e I. F. Stone revelaron en el diario *PM* y en *Nation* que estaban convencidos de que Bedaux había sido alentado a tomar la salida más fácil. Si se hubiera sometido a juicio, podría haber descubierto a una red entera de hombres de negocios estadounidenses internacionalistas (y a un duque real) que comerciaban a ambos lados de la guerra[41]. Una vez más, no existe registro alguno de la reacción de Wallis a esta otra devastadora noticia. No se podía comunicar con madame Laval ni con su hija Renée, con Edda Mussolini-Ciano o con Fern

Bedaux, su querida anfitriona de los días del castillo de Candé, porque todo su correo seguía censurado e incluso el teléfono estaba pinchado por el equipo de Actividades en el Extranjero del Departamento de Estado.

El 10 de marzo un incendio repentino se propagó misteriosamente por el último piso de un lujoso hotel de Richmond (Virginia); entre quienes perecieron abrasados se encontraba el amigo y abogado de Wallis de la época de Warrenton, Aubrey *Kingfish* Weaver. Esta noticia tuvo que suponer una conmoción para ella, que siempre pensó que Weaver era un mago que había debido de embrujar al juez que le había concedido el divorcio de Spencer.

La tensión de aquella primavera de 1944 casi la lleva más allá de lo que podía resistir. Desesperada, iba irritándose cada vez más con todo el mundo y todo lo relacionado con Nassau, tanto que incluso permitió que se deslizara su racismo en una carta que le envió a la tía Bessie («¡Si el palacio del gobernador solo tuviera empleados de color me moriría!»). Ella hizo aumentar el número de empleados de raza blanca. Más adelante escribió —y no por primera vez— que ella y el duque habían sido «arrojados aquí tan solo por una cuestión de celos familiares» —un estribillo al que la tía Bessie ya estaba acostumbrada—. En otra misiva Wallis se quejaba de «ser una prisionera de guerra o algo peor» —y en eso casi acierta—. Le dijo a Rosita Forbes: «Ellos [sic] a sir Harry solo lo mataron una vez. Al duque de Windsor *nunca* dejarán de matarle».

El duque intentó un último truco a la desesperada para mejorar su vergonzosamente patética situación. Instó a Whitehall a que aprobara el que se le convirtiera en virrey de una nueva federación caribeña bajo su presidencia. Los alemanes habían estado anunciando en sus emisiones de propaganda que iba a convertirse en virrey de una América conquistada por Alemania y Japón. Solicitó este puesto a través de sus amigos de Londres. Su abogado, George Allen, y su consejero económico desde hacía mucho tiempo, el catedrático Henry Richardson, se dieron contra un muro. Incluso el eficaz sir Walter Monckton demostró no poder hacer nada. El duque tuvo la cara de llevar el asunto al palacio de Buckingham. Sir Alexander Hardinge había abandonado su puesto el año anterior por problemas de salud, y quizá el duque de Windsor esperaba que el sucesor de Hardinge, Alan (ahora ya sir Alan) Lascelles, tuviera una opinión más favorable de él. Esto parecía poco creíble. Hardinge había informado a conciencia a sir Alan con relación a los expedientes del Servicio Secreto de Inteligencia sobre los duques de Windsor. Al igual que Hardinge, Lascelles había sido adiestrado en tareas de decodificación y estaba al tanto, como sir John Balfour, de todas las

intrincadas maquinaciones de los duques de Windsor en la escena fascista internacional. Además, a Lascelles nunca le había caído bien el duque, desde que lo había conocido en la Primera Guerra Mundial, y seguramente el duque, tan egocéntrico como era, debía de saberlo. Sir Alan era además fiel al rey Jorge VI y a la reina Isabel y compartía su horror por Wallis. De la solicitud no se obtuvo nada, y la idea de la federación nunca se llevó a cabo.

Ese verano, las fuerzas aliadas liberaron París. Se tuvieron noticias de las dos propiedades de los duques de Windsor en Francia: los expedientes del Ministerio de Asuntos Exteriores británico rebosaban telegramas interceptados e informes secretos. Aunque todos ellos han desaparecido convenientemente, a causa de un descuido, el Ministerio de Asuntos Exteriores británico imprimió una sinopsis de sus contenidos en los índices que publicaron de forma imprudente en 1972. Los muebles seguían almacenados en Maple, en París. Había más cosas en Antibes y Grenoble; y aún más quedaban en el hotel Majestic y en la Maison Camerlo de Cannes. Otros efectos personales fueron escondidos en las espesuras de los Alpes Marítimos. Algunos objetos se guardaron en la ciudad de Tarn y otros —demostrando un osado desacato a las leyes de la guerra— en Italia. La caja fuerte del Banco de Francia se seguía pagando por orden de Churchill, en esta época a través de Suiza. Los alemanes por supuesto apenas habían tocado nada en la casa del Boulevard Suchet. Otto Abetz había colocado soldados en la puerta para asegurarse de que nada quedaba afectado. Incluso aunque los duques de Windsor no se hubieran encontrado entre la lista de favoritos de Hitler, la casa habría sido conservada —al menos hasta que Italia alcanzara la paz negociada con Gran Bretaña y Estados Unidos en 1943— porque su propietaria era italiana, la condesa Sabini.

Con respecto a La Croë, apenas fue tocada. Incluso cuando los alemanes ocuparon toda Francia, el castillo permaneció perfectamente cuidado, con el césped que daba al mar minado para protegerlo aún más. Según los índices del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, los alemanes habían pagado la renta de la casa durante la última parte de la guerra, cuando a Estados Unidos ya no le era posible filtrar los fondos a sir Pomeroy Burton. Los suizos habían pagado el alquiler de la casa del Boulevard Suchet del dinero de los fondos británicos.

Los viajes en barco a Europa estaban prohibidos en la época, así que los duques de Windsor tuvieron que quedarse frustrados, incapaces siquiera de tomarse unas vacaciones para pasar revista a su propiedad. Y quizá fue mejor que no lo hicieran, puesto que dos de las íntimas amigas de Wallis y antiguas

diseñadoras, Coco Chanel y Elsa Schiaparelli, habían sido acusadas de espionaje. Schiaparelli fue capaz de salvarse por los pelos gracias a que muchos de sus amigos poderosos bien situados utilizaron su influencia para ayudarla. Pero Chanel sí había colaborado con el enemigo, contratada por Walter Schellenberg. En un informe secreto de la inteligencia británica, desclasificado en 1985, se revela que participó en un plan de paz negociada en abril de 1944. El informe decía, en parte:

> [Me] hablaron de la existencia de una cierta frau Chanel, francesa y propietaria de la afamada fábrica de perfumes. Me describieron a esta mujer como una persona que conocía a Churchill lo suficientemente bien como para emprender negociaciones políticas con él como enemigo de Rusia y alguien deseoso de ayudar a Francia y Alemania, cuyos destinos ella creía que estaban íntimamente unidos.

El informe continúa en el siguiente tono: Chanel había sido conducida a Berlín, donde Schellenberg le dio instrucciones como a un agente directo de la inteligencia extranjera, la SD; una amiga suya, la *signora* Lombardi, fue liberada de su internamiento en Italia para que fuera a Madrid a preparar el terreno a Chanel con respecto a sir Samuel Hoare. Llevaría con ella una carta de Chanel instando a Hoare a que se pusiera en contacto con Churchill. Pero en cuanto la *signora* Lombardi llegó a Madrid, informó de que Chanel era una agente nazi. Fue acusada de traición contra el Estado francés y arrestada en cuanto llegó a París. Fue retenida por las autoridades estadounidenses durante veinticuatro horas. Y entonces, con una rapidez sorprendente, fue liberada. Parece que contaba con varios ases en la manga. Si se hubiera visto obligada a someterse a un juicio amenazada de ser ejecutada como colaboradora del gobierno enemigo, podría haber descubierto como colaboradores nazis a los duques de Windsor y a docenas de otros miembros de la alta sociedad. A pesar del odio que se sentía por los duques de Windsor en el palacio de Buckingham, la familia real no habría tolerado voluntariamente que se expusiera a uno de sus miembros.

En agosto de 1944 Wallis y el duque se alojaron una vez más en casa de su gran amigo Robert Young, tanto en Palm Beach como en Newport (Rhode Island). Wallis tuvo que permanecer en cama, aquejada de dolores estomacales; en esta ocasión no eran síntomas de una úlcera perforada, sino de cáncer. Se mudó a una *suite* de diez habitaciones con seis enfermeras a

jornada completa del hospital Roosevelt de Nueva York, donde fue atendida por el doctor Henry W. Cave y el doctor Lay Martin de Baltimore.

Se sometió con éxito a una operación con su habitual decisión y energía, y abandonó el hospital el 11 de septiembre. Cuando bajó tambaleándose los escalones hacia el coche, fue recibida por un grupo cuidadosamente organizado de niños que la vitoreaban desde una escuela cercana. Los duques de Windsor se alojaron en su hotel favorito, el Waldorf Towers, durante varias semanas. El duque aún seguía insistiendo a Londres para que le enviara a un puesto diferente. Finalmente, con una posibilidad de éxito insignificante, pidió ser admitido en labores de inteligencia, presumiblemente contra los rusos; la solicitud solo sirvió para sugerirles a sus enemigos en la corte que no se le habría ocurrido pedir un puesto así salvo que tuviera experiencia en el tema.

El duque y la duquesa regresaron a Bahamas deprimidos ese otoño. Habían quedado decepcionados al ver demostrado, después de realizar muchas perforaciones, que en el rancho de Alberta no había petróleo. Recibieron un pequeño premio de consolación en enero de 1945, cuando, finalmente, el gobierno de Bahamas aprobó la suma de 77 000 libras para el desarrollo de las Out Islands, una inversión que finalmente mereció la pena e incidentalmente allanó el camino al futuro financiero de Harold Christie y su nombramiento como caballero. Después de muchas amenazas, el duque finalmente dimitió de su puesto el 15 de marzo de 1945 y pasó sus sellos de despacho al moderado William L. Murphy, secretario colonial y frecuente gobernador suplente de Bermudas. El hermano del duque, el rey Jorge, firmó personalmente la resignación algunos meses antes de que el periodo de su cargo expirara. El duque permaneció en la isla durante unas semanas más para atar cualquier cabo que quedara suelto. El 5 de abril mantuvo reuniones en ambas cámaras del Parlamento para firmar las facturas recibidas durante el curso previo.

El presidente Roosevelt murió ese mes. Los duques de Windsor enviaron el convencional mensaje de condolencia pero, en cartas facilitadas al autor de este libro por parte de Kenneth de Courcy, el duque deploraba a Roosevelt y le echaba la culpa por aquello que él llamaba su intervención en la Segunda Guerra Mundial. Hablaba con desprecio del gran hombre cuya estatua se levantaría más tarde en Grosvenor Square. Como recordaría en sus memorias Frank Giles, su ayuda de cámara en 1940, el duque se quejaba de que la guerra podría haberse evitado si no hubiera sido por culpa de «Roosevelt y los judíos».

El 4 de agosto de 1945, John Balfour, entonces encargado de negocios en Washington, dispuso lo necesario para que el duque (Wallis aún convalecía) se reuniera con el presidente Truman en la Casa Blanca. Balfour, al igual que sir Alan Lascelles, seguía en el bando contrario a los duques de Windsor y se encontraba al tanto de todos los documentos codificados relativos a la pareja. Trabajó en colaboración con Adolf A. Berle (antes de que se produjera la dimisión de este último ese mismo año) en mantener constantemente vigilada a la pareja.

El encuentro del duque con el presidente tuvo lugar en un momento dramático. Truman había lanzado un ultimátum a los japoneses exigiéndoles la rendición incondicional. Esa mañana, el gobierno japonés respondió a través de Suiza que no accedería a la petición. Cuando el duque y Balfour entraron en el despacho oval, Truman les contó la noticia. Y dijo, en un tono de voz agravado por el presentimiento: «Ahora no me queda otra alternativa que tirar la bomba atómica sobre Japón».

Unos días después, al hogar de los Balfour llegó la noticia de que Hiroshima y Nagasaki habían sido destruidas y que Japón se había rendido. El duque intentó llamar a Wallis al Waldorf Towers de Nueva York, pero las líneas estaban colapsadas y no pudo comunicarse con ella. Se dio un baño caliente, intentando relajarse y ordenar sus pensamientos. Cuando estaba tumbado en el agua, la doncella irlandesa de los Balfour entró de golpe en el baño y, sin inmutarse, le gritó a pleno pulmón: «¡Salga del agua inmediatamente! ¡Su mujer quiere hablar con usted por teléfono!».

Dos noches después, Robert y Anita Young fueron a cenar con Wallis y el duque. El propósito de Balfour al ofrecerle al duque que se alojara en su casa era vigilarle. Los Young demostraron esa noche cómo eran realmente. Balfour escribió en sus memorias: «Ninguno parecía darse cuenta de las fechorías de los nazis y daban la impresión de pensar que, si se hubiera tratado a Hitler de otra forma, la guerra podría haber sido evitada».

Fue en esa época cuando Young, que siempre había estado entrando y saliendo de la vida de los duques de Windsor, asumió un papel predominante durante un tiempo. Desde 1937, había tenido el control virtual de Alleghany. Esta había sido la inversión preferida de Wallis; sus tíos Warfield habían logrado obtener para ella parte de las acciones preferentes emitidas en medio de una tremenda controversia por el banquero J. P. Morgan, quien anteriormente había sido un destacado inversor del rey Jorge VI y la reina Isabel, en la época en la que eran duques de York. Las acciones de Alleghany estaban entre las pocas que habían sobrevivido al crac de Wall Street. Young

había ascendido cada vez más, manteniendo Wall Street en constante estado de confusión al luchar con los bancos de inversión y Capitol Hill para que se arriesgaran a invertir en sus descabellados y temerarios proyectos de un imperio ferroviario multimillonario que uniera la nación de costa a costa sin tener que realizar enlaces. Su obsesión particular era Chicago, donde los viajeros tenían que detenerse, a menudo una noche entera, antes de proseguir el viaje hacia el este o el oeste. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, fue incapaz de vencer la burocracia y la vigorosa oposición de los magnates ferroviarios rivales; a día de hoy sigue siendo necesario cambiar de tren.

Los duques de Windsor quedaron embriagados por Young. En particular, el duque, que se aferró a sus recuerdos de juventud y anhelaba ver el combate de compañías ferroviarias que sin duda supondría el levantamiento en la posguerra de las líneas aéreas comerciales nacionales; debido a su miedo a volar, tan solo vencido en parte, así como a su amor por los trenes, Wallis veía a Young como un cruzado y un héroe. Los duques de Windsor decidieron invertir considerables cantidades en su proyecto.

En agosto de 1945 la pareja, a pesar de su ya difícil situación, aún se metió en más problemas. En su juicio por traición a Francia, Pierre Laval testificó acerca de su peligrosa asociación política con el duque. Mencionó su reunión secreta en París para discutir el traspaso de Abisinia a Mussolini y para lograr que se mantuvieran las alianzas fascistas. El duque respondió a esta declaración jurada con furia. Cuando el *New York Times*, muy atento a la noticia, le llamó para que hiciera un comentario al respecto, mintió al decir que, aunque sí se había encontrado con Laval en «un acto social de la embajada británica en París en 1935», no era «cierto que hubieran mantenido una conversación sobre asuntos políticos». Al margen del hecho de que unos documentos del gobierno británico, publicados después de la guerra, contenían un párrafo aparentemente manipulado, pero revelador, que ponía al descubierto el texto literal de la conversación política mantenida en aquel almuerzo presidido por el embajador sir George Clerk, el yerno de Laval, el indispensable conde René de Chambrun, afirma categóricamente que el plan de Mussolini fue trazado en la siguiente reunión secreta.

Ese mes se tramó en el palacio de Buckingham una misión muy curiosa y desde entonces bastante debatida. Owen Morshead, archivista del castillo de Windsor capaz de encontrar de manera formidable cualquier documento que pudiera amenazar, aunque fuera de un modo marginal, a la familia real británica, fue enviado a Friedrichshof, hogar tradicional de la familia Hesse en Alemania. El propósito de su viaje, aparentemente inofensivo, era

recuperar las cartas que la reina Victoria había enviado a su hija mayor, la princesa Victoria, esposa del emperador Federico I de Prusia, y abuela del príncipe Felipe de Hesse y de su hermano gemelo Wolfgang, así como del resto de sus hermanos nazis. El propósito aparente era retirar las cartas del alcance del ejército estadounidense, que podría darles un mal uso o destruirlas.

El palacio de Buckingham no tenía noticia de ningún acto de vandalismo similar y, en caso de que se hubieran necesitado las cartas, Margarethe, la madre de Felipe y Wolfgang, podría habérselas suministrado. No eran de gran valor, ni el rey Jorge VI era un estudioso de la progenie de su antepasada Victoria. Pero, entonces, ¿por qué se había enviado a Morshead en una misión tan costosa y difícil?

También podría preguntarse —como de hecho se ha hecho— por qué Anthony Blunt, del Servicio Secreto de Inteligencia británico, fue enviado con él.

En esa época el príncipe Felipe estaba prisionero de los aliados. Los informes existentes acerca de los interrogatorios, la mayoría de los cuales estaban relacionados con su encarcelamiento por parte de Hitler acusado de traición y la puesta en prisión de su mujer por motivos similares, evitan de forma natural y completa, sin duda por órdenes de los altos mandos, cualquier debate sobre su papel antes de la guerra (y durante ella) en las negociaciones de contemporización con el duque de Kent y el príncipe Pablo de Yugoslavia, la Mafia real.

No se realizaba ninguna mención, ni entonces ni posteriormente, a la trama de chantaje ocurrida en París en marzo de 1938, ni a quién se encontraba tras ella, es decir, la supuesta madame Maroni, o el papel que desempeñó en ella su tío, el arquitecto Gian Carlo Maroni, y su primo Fernand, el editor del *Journal des Débats*. Sin duda, los registros acerca del asunto, los documentos y las fotografías que se intentaron vender eran conocidos por el Servicio Secreto de Inteligencia, que tampoco obró de acuerdo con los interrogatorios de desnazificación en los que el príncipe Felipe reveló su reunión con un duque de Kent dispuesto a pacificar a Hitler en julio de 1940, cuando la guerra ya llevaba más de diez meses desarrollándose.

Solo las órdenes reales pudieron silenciar de un modo tan absoluto las charlas con el príncipe Felipe, y no fue hasta el 25 de noviembre de 1979, más de quince años después, cuando su hermano gemelo, el príncipe Wolfgang, reveló al equipo de investigación del diario londinense *Sunday Times* que

Blunt y Morshead estaban buscando los documentos que mostraban el acuerdo secreto e ilegal entre el príncipe Felipe, el duque de Windsor y el duque de Kent.

La familia real pensaba que los documentos habrían sido devueltos a la casa de Hesse por los alemanes, una vez que estos, en junio de 1940, se apropiaron de los archivos que custodiaba la Sûreté en el Quai d'Orsay parisino, y los enviaron a Berlín. Sin embargo, lo más probable es que los documentos no se encontraran en el castillo de Friedrichshof en absoluto. Las pruebas sugieren que, tan ocupados como estaban con la guerra, los alemanes no tuvieron tiempo de examinar cuidadosamente la vasta cantidad de material de la policía parisina, y simplemente los almacenaron mientras duraba la guerra.

En 1945 los rusos los confiscaron y se los llevaron a Moscú; algunos registros han sido devueltos a París con el paso de los años, pero aún han de ser completamente ordenados y archivados. Si los registros de la investigación del inspector Gilbert Rochès en el caso Maroni aún existen, sin duda siguen estando en la capital francesa, bien en los archivos de la Sûreté en Fontainebleau, o en los archivos del Deuxième Bureau de Versalles. Pasarán muchos años antes de que sean catalogados y desclasificados para el examen público, pero existen dudas de que, ni siquiera entonces, salgan a la superficie más detalles de los que ya están disponibles en los indispensables diarios de Coolidge.

Pero todo esto sigue sin responder la pregunta de qué fue de los registros de los vínculos entre el príncipe Felipe, el duque de Windsor y el duque de Kent después de abril de 1938. La respuesta más probable es que el duque de Windsor, mediante un acuerdo secreto e ilegal con el duque de Kent, se asegurara de que no se conservaran registros de las reuniones, y desde luego ninguna fotografía. Y ahí se cierra el asunto.

Octubre trajo más situaciones delicadas. Las tropas británicas y estadounidenses confiscaron los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, entre los que se incluía una gran cantidad de los documentos relacionados con el episodio de Portugal. Los telegramas, ahora descodificados y perfectamente comprensibles, descansaban sobre la mesa de todos y cada uno de los funcionarios competentes en la materia de Londres y Washington. También salió a la luz un asunto más grave, el de la filtración por parte del duque de los contenidos de la reunión del gabinete de guerra celebrada en enero de 1940, en la que se debatió el plan de defensa de Bélgica y Francia. En Washington, se encargó del asunto a John Balfour. Dean

Acheson, en la estela de Adolf A. Berle (quien fue por tanto engañado por su presa), mantenía un contacto constante con Balfour acerca del asunto. Los informes calificados de alto secreto iban y volvían continuamente. Londres solicitó que todos los documentos fueran reenviados a las autoridades apropiadas. El material fue considerado como muy embarazoso para la familia real, y Winston Churchill dio un paso al frente, intentando por todos los medios que fuera destruido por completo. No quería que el pueblo se enterara de lo que había estado pasando. Sin embargo, los enemigos que los duques de Windsor tenían en Whitehall se movían con rapidez y la llegada de un gobierno laborista dirigido por Clement Attlee aseguraba que los documentos verían la luz. Debía subrayarse que las revelaciones no contaban con la aprobación del rey Jorge VI ni de la reina Isabel. Una vez más, por mucho que les disgustara Wallis y por incómodos que les hiciera sentirse el duque, no querían lavar en público los trapos sucios de la familia real.

⁎ ⁎ ⁎

Durante esta curiosa sucesión de eventos, ya fueran a acabar los documentos incriminatorios en la prensa o sepultados en los archivos reales, los duques de Windsor, impecablemente oportunos, zarparon a Francia por primera vez en seis años. Viajaron a bordo del buque de guerra Argentina, una de las primeras naves a las que se permitió realizar la travesía después de la guerra. El barco ancló en el canal de la Mancha, a las afueras de Plymouth, donde subieron a bordo treinta reporteros británicos y estadounidenses que iban a entrevistar al duque sedientos de una exclusiva. Los periodistas advirtieron que, para aquel entonces, ya tenía un pronunciado acento estadounidense. La duquesa no se encontraba con él en el camarote del comisario, lugar donde se celebró la rueda de prensa.

Al ser preguntado sobre si pensaba visitar Inglaterra, el duque dijo: «Desde luego no voy a esconderme, y la gente tendrá la oportunidad de verme». Después de la rueda de prensa, Wallis se reunió con el duque en cubierta y ambos posaron sonrientes para los fotógrafos y los cámaras de los noticieros. «Sería maravilloso poder regresar a Inglaterra», dijo la duquesa.

El barco atracó en Le Havre a las cinco de la tarde del día 22. Los duques de Windsor fueron recibidos por un chófer de la embajada británica, quien les condujo a la casa del Boulevard Suchet. Se enteraron entonces de que la condesa Sabini iba a vender la casa, pero que les permitiría quedarse allí para organizar sus muebles y sacar lo que tuvieran almacenado. Les dio al menos

seis meses de plazo, una muestra de consideración importante, dadas las circunstancias.

Al final, Wallis no acompañó al duque a Gran Bretaña. Es razonable suponer que no estaba segura de cómo sería recibida, y por supuesto tampoco le resultaría agradable ser ignorada tan directamente por palacio. Sin duda, el gobierno de Attlee no la haría sentirse muy cómoda ni bien recibida.

El duque llegó al aeródromo de Hendon en un avión destinado al transporte de mandos de las Fuerzas Aéreas Reales y fue conducido a Marlborough House para que visitara a su madre. Le esperaba una multitud; a medida que el coche se aproximaba a la residencia real, cientos de personas rompían el cordón policial y le gritaban con alegría: «¡Es el bueno y viejo Eduardo!», y: «¡Tienes que volver, Teddy, te queremos de vuelta!». La masa se movía de forma tan violenta que casi son aplastados varios niños pequeños. Finalmente, el coche entró en el patio de Marlborough House.

Esa noche se produjo una reunión familiar parcial. El duque de Gloucester se encontraba en Australia y no pudo asistir. Sin embargo, sí lo hizo el rey Jorge, al que no acompañó su esposa. La duquesa de Kent tampoco asistió. Se ha afirmado que nunca perdonó a los duques de Windsor, a los que tampoco ella les había caído bien desde la década de 1930, que no les escribieran una carta de condolencia a ella y a sus hijos cuando se produjo la prematura muerte de su marido. La princesa real, que aún adoraba al duque, llevaba alojada en Marlborough House varios días.

En líneas generales, fue una velada agradable. Se olvidaron temporalmente las viejas enemistades y rencillas, y la conversación fue animada. El 7 de octubre, el duque y su madre fueron al barrio de East End, y examinaron las zonas bombardeadas. Visitaron la casa de James Kirby, un empleado de la compañía de gas de cuarenta y siete años, para ver cómo eran las nuevas viviendas prefabricadas, una apuesta especial del gobierno laborista. El día 11, el duque regresó en avión a París, donde anunció ominosamente: «Sin duda volveré, y la próxima vez la duquesa vendrá conmigo».

Tanto en Londres como en París, el duque vio con frecuencia a Winston Churchill, quien mostró poco o ningún interés en reunirse con la duquesa. Los duques de Windsor pasaron el invierno en París. Empezaron a buscar casa, conscientes del hecho de que habían permanecido en el Boulevard Suchet más tiempo del que les habían ofrecido al darles la bienvenida, y también se dieron cuenta, al visitar La Croë, de que, por mucho tiempo que pasaran allí,

no era viable que esa fuera su residencia permanente. El coste de mantenimiento en las épocas caras resultaría abrumador.

En enero de 1946, Wallis fue elegida, para su delicia, una de las diez mujeres mejor vestidas del mundo por el Dress Institute de Nueva York. Llevaba años apareciendo en la lista, habiendo empatado en una ocasión con Courtney Espil, quien la había sustituido en los afectos del diplomático argentino a quien ella había amado una vez. El 7 de enero, el duque volvió a acudir sin compañía a Londres a ver a su madre. De nuevo, fue aclamado por la multitud enardecida; el día 8 fue a visitar a su hermano al palacio de Buckingham. Había mantenido lo que debieron de ser unas reuniones muy incómodas con sus enemigos Attlee, Ernest Bevin y otros miembros destacados del gobierno laborista con respecto a su nombramiento como embajador de buena voluntad ante Estados Unidos, o quizá virrey de la India. Pero no se le ofreció nada; finalmente se le sugirió ser gobernador de Australia. De forma imprudente, rechazó el puesto.

Desgraciadamente, mientras el duque se encontraba en Londres fue publicado otro desagradable eco de su pasado. La reportera del *New York Times* Tania Long, corresponsal enviada a Núremberg para cubrir el juicio del Tribunal Militar Internacional de los principales criminales de guerra nazis, se hizo con un documento secreto de los archivos de Alfred Rosenberg. El documento aludía al interés de sir Samuel Hoare por el nazismo; a la visita a Londres de Rosenberg en 1931, en la que encontró a muchos partidarios de los nazis dentro del Estado Mayor; y a la visita del agente especial De Ropp a Londres en enero de 1935 para discutir la ideología nacionalsocialista con el duque de Kent, quien había transmitido los detalles directamente a su hermano. El asunto era de lo más embarazoso, y el artículo apareció en el *New York Times* el 10 de enero, mientras el duque aún se encontraba en Marlborough House. En esta ocasión, declinó realizar ningún comentario.

Los duques de Windsor pasaron los siguientes meses entre París y La Croë. El arreglo que les permitía permanecer en la casa del Boulevard Suchet fue de hecho prorrogado hasta 1948. El duque no dejó de insistir en su petición de regresar a Gran Bretaña para ocupar algún puesto oficial. A este respecto fue apoyado con entusiasmo por Wallis y por el sentir del pueblo; su popularidad seguía preocupando mucho en el palacio de Buckingham.

La principal causa de intranquilidad de los duques de Windsor durante 1946 era, como siempre, la amenaza rusa. Al declararse la Segunda Guerra Mundial, cuando el duque se enteró de la noticia en La Croë, le había dicho a Wallis que aquello significaría la influencia del bolchevismo y la destrucción

de Europa tal como la habían conocido hasta entonces. No se equivocó del todo, por supuesto, al margen de lo errados que eran los principios políticos que habían provocado su comentario. La célebre decisión tomada en la conferencia de Yalta de ceder casi todo el este de Europa a Stalin suponía obviamente una preocupación muy seria para cualquier persona sensata cuyas ideas no se enmarcaran en la extrema izquierda. El miedo histérico a que los rusos se movieran rápidamente hacia el oeste y absorbieran toda la civilización europea no encontraba fundamento lógico, pero no se puede culpar al duque de sus temores en aquella época, ni de su continua creencia de que la única posibilidad que existía entonces era lanzar un ataque inmediato sobre la Unión Soviética. El hecho de que una acción como esa fuera completamente ilegal, constituyera un ataque en el que no había mediado provocación y no estuviera apoyada por las regulaciones y restricciones internacionales no tenía la menor importancia para él; creyó hasta el final de sus días (y muchos con él) que el pueblo ruso habría sido liberado con una derrota de Stalin. Poco después, el mundo se sumiría en la guerra fría, y los duques de Windsor estuvieron completamente de acuerdo con el famoso discurso sobre Rusia en el que Churchill habló del «telón de acero» en Fulton (Missouri).

Finalmente resignados al hecho de que la duquesa nunca sería aceptada en palacio, los duques de Windsor fueron a Londres en visita privada el 1 de octubre de 1946. Era la primera aparición de la duquesa en suelo británico desde hacía más de ocho años. El conde y la condesa de Dudley, a quienes los duques de Windsor habían recibido en La Croë poco antes de iniciarse la guerra, les habían ofrecido Ednam Lodge, su casa de campo en Sunningdale (Berkshire), a tiro de piedra de Fort Belvedere. Los Dudley se alojaban en el Claridge de Londres.

Gray Phillips y el fiel Thomas Carter, que seguía representando en Londres los intereses de los duques de Windsor con respecto a su prestación económica, se reunieron con el duque y la duquesa en Dover y los condujeron a Ednam Lodge, donde se encontraron muy cómodos. Realizaron una excursión breve y nostálgica a Fort Belvedere, que encontraron en un triste estado de deterioro; más tarde, sería restaurada y ocupada por el señor Gerald Lascelles y su esposa. Lascelles era sobrino del duque, hijo de su hermana, la princesa real. El duque había estado disponiendo de forma discreta del mobiliario de Fort Belvedere pieza a pieza a través de canales privados, nervioso por que no se filtrara ni una palabra del asunto. George Allen llegó desde Londres para presentarles sus respetos y tranquilizar al duque al

respecto. El 16 de octubre los duques de Windsor realizaron una visita a Londres y se alojaron, al igual que los Dudley, en el Claridge.

La duquesa guardaba una gran cantidad de joyas en una caja que casi tenía el tamaño de una maleta pequeña, y que normalmente situaba bajo la cama de su doncella. La noche previa a que ella y el duque viajaran a Londres, movió la caja y la colocó delante de la chimenea de su dormitorio, donde no podría haber llamado más la atención. La excusa que dio más tarde fue que su doncella se iba de vacaciones a Escocia y que al día siguiente pensaba poner la caja bajo la cama de la doncella de lady Dudley. Había ignorado por completo la insistente advertencia de lord Dudley de que debía colocar las joyas en la cámara acorazada, bien protegida y con alarma contra ladrones, en la que ya se encontraba la plata de la familia. Los robos a personajes famosos aparecían en los titulares cada semana aquella temporada.

En la tarde del día 16, a las seis, el detective que se encontraba de guardia a la puerta del dormitorio de Wallis aparentemente se unió al resto del séquito para cenar en la cocina. Aún no había anochecido cuando los ladrones treparon por una cuerda blanca amarrada a una ventana de la habitación de la hija de lady Dudley. Ignorando el resto de las habitaciones y la cámara acorazada, recorrieron un pasillo directamente hasta el dormitorio de la duquesa. Sin tocar ninguno de los objetos que estaban sobre el tocador o dentro de los cajones, ni buscar en los armarios o siquiera llevarse las piedras preciosas de lady Dudley, que se encontraban en su tocador en la habitación adyacente a la vista de quien mirara, agarraron la caja de las joyas y se la llevaron por el mismo pasillo. A pesar de que tanto los doguillos como los cairn terrier de los duques de Windsor se encontraban en el piso de arriba, ninguno ladró. ¿Es posible que conocieran a los ladrones?

La doncella de la duquesa fue a la habitación de su señora a coger algo y advirtió la ausencia de la caja. Inmediatamente llamó a la policía. Poco después, la casa era un alboroto. Parecía increíble que los ladrones hubieran podido entrar de día, cruzar un piso entero, levantar del suelo una caja pesada y bajar por la cuerda sin que nadie se diera cuenta. La doncella avisó a los duques de Windsor, quienes inmediatamente condujeron hasta Ednam Lodge, donde la policía ya estaba interrogando a todo el mundo. Los Dudley llegaron poco después. El ayudante del comisario R. M. Howe y el inspector jefe Capstick, de Scotland Yard, se encargaron de la investigación.

Un *caddie* de golf informó de que había encontrado varios pendientes, todos desparejados, esparcidos por los búnkeres. Miembros del séquito relataron que habían encontrado costosas cajas de Fabergé tiradas sobre un

alféizar y cerca del mismo. No había ni rastro del joyero en sí. Se rumoreó que algunas personas habían visto un carro blindado canadiense aparcado en el vecindario, y se mencionó que un individuo algo demente, al que se había visto revoloteando cerca del club de golf local, podría haber sido el culpable. El duque reaccionó de forma muy similar a como lo había hecho en el caso Oakes. Decidió sobre la marcha que el loco era el responsable, lo mandó arrestar con pruebas mínimas y lo envió a prisión; tras un arresto breve, el desgraciado fue liberado, debido a que era evidente que el delito lo habían cometido profesionales altamente cualificados.

Lady Laura Dudley, más tarde duquesa de Marlborough, recordaba que la duquesa se comportó con una furia forzada. Para enfado de los Dudley, insistía en que todos sus apreciados criados y doncellas, así como su cocinera, fueran registrados a conciencia y sometidos a un interrogatorio policial. Solo una limpiadora era nueva en la casa. La policía le preguntó sin piedad, pero no pudieron demostrar nada en su contra.

Uno de los broches de la duquesa, supuestamente fuera del joyero, también desapareció esa noche. La duquesa instó al duque a buscarlo por todas partes, volteando cojines, poniéndose a cuatro patas para mirar debajo de las sillas, registrando los armarios y en líneas generales poniendo patas arriba una casa hasta entonces ordenada con gusto y mantenida con elegancia. Esta actuación tan humillante y poco elegante terminó cuando el duque reconoció finalmente que había escondido el broche, sin razón explicable, bajo un jarrón de la repisa de la chimenea. Lo dijo pálido, exhausto y al borde de las lágrimas ante una Wallis fría que asintió encogiéndose de hombros.

La duquesa de Marlborough recordaba lo extremadamente enfadada que estaba ella con el mal comportamiento de Wallis en todo el asunto. Unos días después del robo, estaba paseando por Mayfair cuando, para su sorpresa, fue parada por un policía de paisano, quien le pidió inspeccionar su broche de diamantes. Tenía el emblema de plumas del príncipe de Gales y era una herencia familiar. Evidentemente lo había confundido con el broche de zafiros y diamantes de Cartier de 1936 que la duquesa había llevado puesto el día de su boda.

Summers y Henderson, los asesores de la compañía aseguradora, publicaron bajo mucha presión una lista de los objetos contenidos en el joyero. Era extremadamente breve y estaba seguida de la tentadora palabra «etcétera». En vista del hecho de que la duquesa de Marlborough ya había examinado el contenido del joyero y había observado que no se había incluido en la lista de los asesores un gran número de objetos, es posible que Summers

y Henderson escogieran no revelar la mayoría de los artículos. El motivo de que hicieran esto es un misterio. Entre las piezas significativas no incluidas en la lista, pero que la duquesa sí mencionó a los periodistas, estaba la magnífica diadema de diamantes que el duque le había ofrecido como regalo de bodas; fabricada por Cartier en 1936, llevaba cuatro grandes diamantes centrales y tres hileras de curvas de diamantes más pequeños engarzados en platino. La diadema se había fabricado para que la hubiera llevado puesta en su boda, pero esta idea se desestimó en el último momento, porque suponía un insulto implícito al palacio de Buckingham. Se la puso solo para las fotografías.

Posteriormente, ese mismo año de 1946 Frances Goldwyn, esposa del célebre magnate del cine Samuel Goldwyn, se encontraba en una joyería de Bond Street y pidió que le mostraran un catálogo de objetos importantes que se ofrecían en venta. Se quedó muy sorprendida al ver en el libro ciertas piedras preciosas que se suponía que habían sido robadas. El catálogo fue retirado de sus manos rápidamente mientras le decían: «Lo sentimos, madame, se le ha ofrecido este catálogo por error». Durante años, la gente afirmó haber visto a la duquesa llevando piedras preciosas, ahora en diferentes engarces, que se suponía que le habían sido robadas en aquel joyero.

Por Londres corrió el rumor, nunca desmentido por los duques de Windsor, de que el palacio de Buckingham había sido el responsable del robo. La razón esgrimida era que en el joyero se encontraban las misteriosas y ficticias esmeraldas Alexandra y que en palacio querían recuperarlas a toda costa. Este absurdo ha persistido hasta el día de hoy.

Se han sugerido diversas teorías. Entre ellas está la del historiador oficial de las joyas de la reina, Leslie Field, que mantiene:

> Creo que la duquesa de Windsor defraudó a la compañía de seguros exagerando el número y las descripciones de las joyas que habían desaparecido. Al menos treinta objetos que dijo que le habían robado aparecieron en el catálogo de Sotheby’s en Ginebra en abril de 1987 y fueron vendidos a precios elevados. Obviamente, no podía volver a llevar esas joyas de nuevo una vez que ella y su marido hubieran cobrado el seguro. Estas estuvieron desde el principio en una caja fuerte de París y allí se quedaron.

Según Suzy Menkes, autora de un importante libro sobre las joyas de la duquesa, un ladrón confesó el delito en 1960. Sin embargo, no parece haber

revelado a qué perista llevó las joyas.

Con el robo oficialmente sin resolver y Scotland Yard avergonzada, los duques de Windsor zarparon prudentemente hacia Estados Unidos en el Queen Elizabeth el 6 de noviembre. La travesía se volvió incómoda debido a la presencia a bordo de sir Alexander Korda, íntimo amigo y colega de sir Robert Vansittart. Sir Alexander había formado parte del Servicio Secreto de Inteligencia durante la guerra y era muy consciente de las investigaciones de Vansittart sobre los duques de Windsor. Korda era fríamente educado, pero los duques de Windsor generalmente evitaban encontrarse con él.

Cuando el barco atracó, los duques de Windsor fueron recibidos por Robert y Anita Young. Él seguía encerrado en su continua batalla por lograr el control último de New York Central Railroad; al ser preguntados por los periodistas, tanto Young como el duque negaron que se estuviera invirtiendo dinero procedente de la realeza en la pugna. Fue una negación fútil.

El 21 de noviembre los duques de Windsor asistieron con los Young al estreno mundial de la película clásica de William Wyler *Los mejores años de nuestra vida*.

Pasaron unas Navidades felices en el Waldorf Towers. En enero de 1947, un personaje nuevo y extraordinario entró en sus vidas. Diminuto, perspicaz y risueño, Guido Orlando era uno de los ases de la publicidad de su época. Entre sus clientes habían estado Mussolini, Greta Garbo y Aimée Semple MacPherson. Pulcro y hablador, podría comprar o vender cualquier cosa mediante trucos publicitarios.

La duquesa conoció a Orlando en el Waldorf Towers y le dijo que el duque estaba preocupado porque los documentos diplomáticos alemanes relacionados con sus actividades a favor de Hitler podrían acabar publicándose a pesar de los denodados esfuerzos de Winston Churchill para eliminarlos. Orlando recuerda que, sin pensárselo dos veces, inmediatamente elaboró un proyecto «patriótico». Organizaría una fiesta en el hotel Delmonico a la que asistirían un centenar de veteranos heridos que hubieran recibido la orden del Corazón Púrpura, el duque y la duquesa. Se harían fotografías y se distribuirían a la prensa extranjera; la prensa nacional estaría allí en pleno. Al final de la fiesta, los veteranos le ofrecerían ramos de flores a Wallis con notas de agradecimiento; ella, por supuesto, tendría que pagarlas[42].

La fiesta salió según el plan. La anfitriona oficial fue la acaudalada señora de Sailing Baruch, cuñada del importante político Bernard Baruch. En cierto momento de la tarde, apareció el *playboy* neoyorquino Jimmy Donahue y le

dijo a la señora Baruch: «Creo que le gusta al duque. ¡Siempre ha sentido debilidad por los marineros!»[43].

Los duques de Windsor no conocían a Donahue. Orlando se lo presentó. Esbelto, de cara ovalada, con el pelo alisado, Donahue era un personaje extraordinario. Su madre, Jesie, con la que vivía en el número 834 de la Quinta Avenida, era la hija del multimillonario Frank Woolworth; Barbara Hutton era su prima. Su padre se había suicidado en abril de 1931, al ingerir una sobredosis de pastillas de mercurio. James Donahue (padre) había sido conocido por sus actividades homosexuales y aparentemente se había quitado la vida porque había sido abandonado por un joven soldado. Su hijo mayor, Woolworth Donahue, había presenciado el suicidio.

Para 1947, cuando conoció a los duques de Windsor, Donahue era tan célebre entre la alta sociedad como lo había sido su padre. A pesar de que sus encargados de prensa le organizaban y daban buena publicidad a sus citas con mujeres, solo le interesaban los hombres. Dueño de una cantidad de dinero ilimitada, se podía permitir a los gigolós más costosos; preparaba elaboradas orgías durante las ausencias de su madre en Palm Beach. Uno de sus íntimos amigos era el cardenal Spellman, el principal mandatario católico en Estados Unidos, cuyas indulgencias con prostitutos y sacerdotes jóvenes y atractivos eran un escándalo en Manhattan. En una ocasión memorable, Donahue celebró una cena en honor del cardenal y se presentó a la mesa con un vestido de baile. Corrían abundantes historias sobre él. Un informante que desea permanecer en el anonimato dice que Donahue y un amigo acorralaron a un camarero del Waldorf Towers e intentaron violarle; cuando el hombre se resistió a sus insinuaciones, según se dice le castraron.

Un incidente extraordinario tuvo lugar el 18 de marzo de 1946. Donahue entró en el elegante Cerutti’s, un bar gay de Madison Avenue. Estaba lleno de hombres uniformados. Acompañado por el diseñador de joyas Fulco di Verdura, Donahue se llevó a varios marineros, soldados y marines a una fiesta que se celebraba en el apartamento de la Quinta Avenida de la señora Donahue. Desnudaron a un militar y comenzaron a depilarle el vello del cuerpo. Usaban una anticuada cuchilla de afeitar. Entonces Jimmy castró al soldado. Todo el mundo se puso histérico; el hombre fue introducido en el coche de Jimmy, conducido al puente de la calle 59 y abandonado sobre el pavimento. Donahue fue arrestado pero le liberaron cuando la señora Donahue pagó a la infeliz víctima cerca de un millón de dólares para que retirara los cargos. Donahue huyó durante dos años a México.

Según el autor Stephen Birmingham, cuando un prostituto no lograba satisfacer las exigencias de Donahue, le obligaba a comer un sándwich de excrementos. Guido Orlando afirmaba que, después de presentar a Donahue a los duques de Windsor, el duque se enamoró de este y que durante un año mantuvieron un idilio. De lo que no hay duda es de que los tres fueron notoriamente inseparables durante los siguientes años. Orlando dice que animó a Donahue a flirtear con la duquesa en lugares públicos para dar la impresión de que eran ellos, y no Donahue y el duque, los que estaban interesados el uno en el otro. Al mismo tiempo, afirma Orlando, instó al duque a que expresara de forma categórica que detestaba a todos los homosexuales; debía mostrar desesperación en la mirada cuando Jimmy flirteara con los camareros.

Los amigos de los duques de Windsor que aún viven niegan la historia de Orlando. Sin duda, los rumores sugerían que Wallis intentaba convertir a Donahue a la heterosexualidad manteniendo una relación a escondidas con él. No existe prueba alguna de ninguna de estas ocurrencias. Pero no hay duda de que su relación con Donahue fue la más sórdida de la vida de los duques de Windsor, más incluso que el episodio relacionado con Harry Oakes, y, si Orlando está en lo cierto, a Wallis no debió de gustarle nada la situación. Ni siquiera los mayores esfuerzos de Orlando podían volver aceptables a los duques de Windsor entre la alta sociedad. Es cierto que nunca dejaban de asistir a fiestas, pero mucha gente no los recibía si Donahue iba con ellos. Por lo que respecta a Inglaterra, estaría obviamente injustificado que Donahue acompañara al duque y a la duquesa a las casas de los pocos miembros de la aristocracia que fueran lo suficientemente generosos como para recibirles.

En 1947, el duque, quizá debido al estrés que le provocaba su relación con Wallis y Jimmy, volvió a darse a la bebida por primera vez desde mediados de la década de 1930. En febrero de 1947, los duques de Windsor encontraron una escapatoria temporal a esta espantosa relación y viajaron a Florida. Allí, se unieron a ellos los Young en la Horse Shoe Plantation (Tallahasee), propiedad del millonario heredero del imperio financiero George Baker y su madre, Edith, que cazaba pavos, codornices y pichones. Sorprendentemente, regresaron a sus odiadas Bahamas para alojarse con unos amigos de la familia Baker, el explorador Arthur Vernay y su mujer, en Los Cayos. Volvieron para asistir a las carreras del hipódromo de Hialeah Park y durante todo marzo se alojaron en casa de los Young. De vuelta en Nueva York, se reencontraron con Donahue y, a petición de Orlando, inauguraron formalmente la Semana del Libro de Nueva York, organizada para restaurar las bibliotecas de la sede

de los guardacostas de la marina mercante. Visitaron su emplazamiento en la costa este, así como la comisaría principal de la policía de Nueva York, donde seguían guardándose de forma muy poco conveniente informes sobre el caso Oakes nada halagadores.

El 15 de abril un episodio no organizado por Guido Orlando alumbró al duque como un héroe. A las doce menos cinco de la noche, se inició un incendio en una de las *suites* del Waldorf Towers, lo que disparó la alarma del hotel. El duque, al que siempre atraían los fuegos, se dirigió, seguido por la duquesa, desde el piso 29 al 35, donde las llamas salían de los apartamentos del barón Egmont van Zuylen de los Países Bajos y su mujer. El duque ayudó a un equipo de emergencias formada por los empleados del hotel a romper la vitrina donde se encontraba la larga manguera y llevarla por el pasillo, dirigiendo el agua hacia la *suite*. Para el momento en el que llegaron los bomberos, lo peor ya había sido resuelto.

Seis días más tarde, el señor Harry Truman y su esposa llegaron al hotel, y los duques de Windsor los vieron con frecuencia. El 26 de abril presenciaron el concurso hípico de Maryland Hunt Cup en Glyndon; era la primera vez que Wallis veía la carrera desde su infancia. El 10 de mayo, la tía Bessie despidió a los duques de Windsor en su marcha hacia Inglaterra a bordo del Queen Elizabeth, esta vez con 85 piezas de equipaje, una secretaria, un ayuda de cámara y una doncella. Renovaron su feliz relación con el comandante Grattidge. En Inglaterra el duque volvió a realizar esfuerzos para lograr algún puesto, pero sin éxito. Estaba muy dolido por el hecho de que se le prohibiera asistir a las celebraciones por el cumpleaños de su madre el 27 de mayo; solo se le permitía ir a Marlborough House para felicitarla y debía acudir solo. Esa misma semana se habló mucho del compromiso de la princesa Isabel con el teniente Philip Mountbatten. Se dejó claro que sería imposible que los duques de Windsor asistieran a la boda. Al ser preguntado por ello, el duque solo dijo que le deseaba a la pareja lo mejor. La duquesa se sintió incapaz de realizar ningún comentario.

Ese otoño, Londres estaba de fiesta por la boda real. A través de las páginas de su diario, el *Evening Standard*, lord Beaverbrook instaba a Gran Bretaña a que invitara a los duques de Windsor. «¿Qué ha hecho la duquesa para que deba dejársela en semejante ridículo?», se preguntaba un columnista del diario londinense *Standard's*. «Como esposa del tío de la novia, si no por otros motivos, a la duquesa se le debería conceder la dignidad de una invitación a la boda de su sobrina». No hubo respuesta a la súplica.

18 AÑOS ITINERANTES

Para finales de la década de 1940, los duques de Windsor se encontraban a la deriva. Sus vidas habían comenzado a asumir una monotonía circular que giraba alrededor de París, el sur de Francia, Londres y Nueva York. Su lista de verdaderos amigos seguía siendo corta: los Young, George y Edith Baker y, en París, los Mendl y los Rochefoucauld. El duque intentó aliviar los frecuentes periodos de depresión de Wallis ofreciéndole nuevos regalos en forma de joyas. En 1947, le regaló un magnífico collar de oro, turquesas, amatistas y diamantes, engarzado en un diseño de rejilla sobre una cadena que tenía un cierre con el escudo del príncipe de Gales realizado por Cartier. En 1948 le regaló el primero de una sucesión de broches de pantera que acabarían siendo legendarios. Esa primera pieza estaba hecha de oro, esmalte y esmeraldas; el conjunto se agazapaba sobre una cabujón de esmeralda de 90 quilates. Era la primera vez que Cartier utilizaba ese motivo. En 1949, fue seguido por un broche de pantera de zafiros y diamantes, siendo el cabujón de zafiro de 152,35 quilates, e incluyendo el conjunto 106 zafiros. Desde entonces, la duquesa acumularía durante muchos años una colección de fieras en piedras preciosas similares.

En 1948, una nueva presencia se unió al restringido círculo privado de los duques de Windsor. Por una curiosa coincidencia, la llegada de este nuevo personaje a escena coincidió con el castigo de su predecesor. El 8 de octubre de 1947, Armand Grégoire fue declarado culpable en ausencia, en un juicio celebrado en el Tribunal de Justicia, Primera Subsección, Departamento del Sena, del delito de espionaje para el enemigo en 1940 y 1941. Fue condenado a cadena perpetua con trabajos forzados, y sus propiedades fueron confiscadas; el tribunal declaró que se encontraba en un estado de indignidad nacional, para el que la pena era la degradación nacional.

El nuevo abogado de los duques de Windsor era la extraordinaria *Maître* Suzanne Blum. Entonces esposa de Paul Weill, era hermana de André Blumel, un amigo de toda la vida, compañero en la abogacía y socio del anterior primer ministro de Francia, Léon Blum. Blumel había sido ayudante

administrativo o jefe de gabinete en la administración Blum, socialista y aliada de los rusos, durante el reinado de Eduardo VIII. Convencido izquierdista, era, al igual que Blum, judío. Durante la Segunda Guerra Mundial, cuando Léon Blum fue encarcelado a continuación del ridículo juicio de Riom en el que el gobierno de Vichy intentó de forma hipócrita manchar su nombre como colaborador en la caída de la Tercera República, Suzanne Weill y su marido se las arreglaron para llegar a Nueva York, donde retomó su nombre de soltera, Blum. Durante su exilio, buscó incansablemente la forma de obtener apoyo público para aliviar las condiciones de encarcelamiento del antiguo primer ministro Blum. Antes de que Estados Unidos entrara en la guerra, el 9 de abril de 1941, había conseguido ya más de cien firmas (entre las que estaba la de Eleanor Roosevelt) de adhesión a un telegrama de buena voluntad que le fue enviado al distinguido prisionero. Al año siguiente, organizó la emisión de otro telegrama para celebrar su septuagésimo cumpleaños. *Maître* Blum, como llegó a ser conocida, nunca dejó de dar todo el apoyo que pudo al movimiento de resistencia desde su alejada posición en Manhattan.

Resulta peculiarmente irónico que Blum, una socialista, hermana de Blumel, a quien los duques de Windsor despreciaban educadamente, y aparente enemiga de todo lo nazi, pudiera vincularse a ellos, o que ellos pudieran desear que gestionara sus asuntos. ¿Cómo logró, en resumen, obtener una influencia sobre la duquesa de Windsor que nunca abandonó hasta la muerte de esta?

La respuesta puede darse en dos palabras: William Bullitt. Íntima amiga suya desde el primer día en el que ella y su difunto marido lo conocieron en París, quizá entendiendo mal el papel político con el que él en apariencia daba la impresión pública de oponerse a Hitler, esta mujer decidida y soñadora que creía solo lo que quería creer admiraba a Bullitt. Este tuvo la astucia, pues en realidad estaba vinculado peligrosamente a Armand Grégoire, Laval y otros traidores, de relacionarse con ella cuando Estados Unidos ya había entrado en la guerra y de coeditar, escribir la introducción y ayudar a publicar un libro en francés con los escritos de Léon Blum en Montreal en 1943.

Por eso estaba al tanto del gran secreto de Wallis, el secreto del que su enamoradísimo duque de Windsor nunca se enteraría (ni debía hacerlo): su idilio con William Bullitt, que, según Eleanor Davies Tydings Ditzen, incluso continuó en Washington durante el periodo de exilio en Bahamas y después. Si la verdad hubiera salido a la luz, la mayor historia de amor del siglo habría

parecido una farsa brutal: la historia de una mujer despiadada que había manipulado a su desventurado marido cornudo como si fuera un esclavo.

Cuando escribí la edición original de este libro en 1987, afirmé que *Maître* Blum no era consciente de la ideología del duque y la duquesa. Ya no mantengo esta opinión; *Maître* Blum quería contar entre sus clientes a estos personajes ricos y famosos, y le importaban poco sus asociaciones políticas, fuesen las que fuesen.

Durante 1946 y 1947, a pesar de seguir rondando aún los cincuenta, el duque sintió ese impulso que suele atacar a los hombres mayores: el deseo de escribir unas memorias oficiales. Para el propósito se comprometió con un experto periodista, Charles J. V. Murphy, un colaborador habitual de la revista *Life*. A pesar de que Clare Boothe Luce, esposa de Henry Luce, presidente de TimeLife Incorporated, seguía convencida de que los duques de Windsor eran colaboradores nazis, Henry fue menos quisquilloso y animó a Murphy a seguir adelante con la tarea. Demostró ser, como muchos acuerdos de este tipo, algo así como un suplicio para ambas partes. El duque resultó ser exasperantemente caprichoso y poco de fiar en términos de horarios; decía un montón de cosas que parecían ser reveladoras y luego las retiraba. Discutía cada mínimo detalle. A veces parecía implicarse en el trabajo, pero en otras ocasiones estaba completamente abstraído y todo le resultaba indiferente. Murphy le presionaba con tenacidad, pues obviamente se daba cuenta de que el libro podía convertirse en un *best-seller*. En medio del proceso de escritura, Robert Young, George Baker y Kenneth de Courcy les dijeron a los duques de Windsor que podía estallar la guerra con Rusia en cualquier momento. Empezaron a realizar preparativos para vender La Croë y enviaron gran parte de sus pertenencias personales a Estados Unidos. Todo esto les absorbió gran parte de su tiempo, y el asunto de las memorias se retrasó una y otra vez.

Además, según Murphy, la duquesa interrumpía de forma desesperante, y se mostraba constantemente irritable y resentida ante la irregular absorción de su marido por la tarea que tenían entre manos. Entraba de golpe en el estudio en las distintas casas que ocupaban, arrastrando al duque a este o aquel almuerzo; le gritaba: «¡Deja de hablar del pasado!», e insistía en que el duque iba, con o sin Jimmy Donahue, a clubes nocturnos y restaurantes hasta muy tarde y estaba demasiado cansado para afrontar la tarea de escribir por la mañana.

Tan solo a la fuerza el decidido Murphy le sacó una serie de artículos al duque; se publicaron en la revista *Life* desde el 8 de diciembre de 1947. Señal

del esfuerzo que suponía la tarea es que no apareció una segunda serie de artículos hasta 1950.

En abril de 1948, después de pasar el invierno con los Young en Palm Beach, los duques de Windsor alquilaron Severn, la cuidada propiedad de la señora de Brooks Howe en Cedar Creek (Locust Valley, Long Island).

En junio, con 120 piezas de equipaje, zarparon para Inglaterra a bordo del *Queen Mary*; entre otros pasajeros, les acompañaba lord Beaverbrook, quien sin duda tenía mucho de que hablar con ellos en la mesa del capitán acerca de la época de la abdicación.

Realizaron una segunda visita más adelante ese mismo año, y en una ocasión el duque fue a ver afectuosamente a su madre, con la que a medida que pasaban los años iba teniendo una relación cada vez más cercana. Cuando Wallis hacía algún comentario punzante sobre su familia, él la reprendía de forma amable pero firme y es evidente que, a pesar de las diferencias entre los miembros del clan, comenzó a acercarse más a ellos a finales de la década de 1940. Solo la reina Isabel se mantuvo firme en su decisión de no perdonar a la duquesa por sus actividades a favor del enemigo o por provocar la abdicación.

Gran parte de la preocupación de la reina Isabel y de su incapacidad para perdonar se seguía centrando en la salud de su marido. Aunque aún no era un hombre mayor, a finales de la década de 1940 el rey Jorge VI se resentía de una salud en declive. A pesar de que siempre le había faltado la capacidad atlética, la energía, la decisión y el encanto de su hermano, había cumplido con coraje, decencia y resolución sus deberes reales sin inmutarse, y su papel en la Segunda Guerra Mundial había sido heroico. Pero la tensión de trabajar contra su naturaleza tímida y de ser el personaje público más ostensiblemente expuesto había desgastado mucho su salud.

En noviembre de 1948 sufrió un fallo en la circulación arterial de las piernas, que se convirtió en un conjunto de venas varicosas inflamadas. Al llevar toda la vida fumando, como el duque de Windsor, mostraba también síntomas que lord Horder, el médico real, indicaría dos años más tarde a su familia que podrían sugerir un carcinoma. Otros exámenes broncoscópicos confirmaron en 1950 que a esta suposición no le faltaba base. El rey no fue informado de este descubrimiento.

Al duque de Windsor le preocupó y conmovió la noticia de la mala salud de su hermano. La indiferencia de la duquesa le provocó inquietud, incluso a pesar de que existieran motivos perfectamente comprensibles para esa reacción. Cuando él iba a Inglaterra, se alojaba con su madre en Marlborough

House o, cuando le acompañó Wallis ese año, de nuevo con los sufridos conde y condesa de Dudley en Ednam Lodge.

No mostraba perdón hacia sus enemigos. Escribió a Kenneth de Courcy el 28 de agosto de 1948, en relación a la estatua de piedra de Franklin D. Roosevelt en Mayfair (Londres):

> No me sorprendería que evitara pasar por Grosvenor Square estos días para ahorrarse el disgusto de tener que ver la estatua del hombre responsable del apuro en el que se encuentran en estos momentos las potencias occidentales.

En el resto de la carta, decía, como era típico en él, que «si hubiéramos dado carta blanca a Hitler, habríamos destruido la Unión Soviética, en lugar de que Estados Unidos hubiera tenido que formar una alianza de guerra con los soviéticos».

A finales de 1949, los duques de Windsor se alojaron en la casa que tenía en Mayfair Margaret, su vieja amiga de la época de París y esposa de Anthony Drexel Biddle.

Para entonces ya habían dejado su residencia de París y se habían mudado a una casa bastante incómoda en el número 85 de la Rue de la Faisanderie, cerca del Bois de Boulogne, que a mediados de 1949 ya estaba lista para ser habitada. En esencia era el regalo de un viejo amigo, Paul-Louis Weiller, millonario francés y controlador de la línea aérea que más tarde sería nacionalizada y pasaría a llamarse Air France. Este líder del comercio francés había seguido siendo el mentor y patrón de sir Charles Mendl y su mujer, e hizo posible a esta pareja perennemente encantadora mantener su exquisita casa, Villa Trianon, cerca de París.

Estas amistades y asociaciones con personas de ideas políticas muy diferentes resultaron ser un gran apoyo en aquella época. Sin embargo, no puede decirse que los duques de Windsor estuvieran completamente cómodos durante esos años. La continuada negativa por parte de palacio a aceptar a la duquesa les seguía enfadando e irritando. Hubo gente que les evitó en las fiestas o a bordo de los barcos de la línea Cunard que a ellos les gustaban. Su relación con Donahue seguía desesperando a todo el mundo. Las columnas de cotilleos sobre el trío eran cada vez menos lisonjeras; el feroz Walter Winchell en particular se regocijaba exponiendo lo espantoso de aquel *ménage à trois* mientras discretamente no mencionaba su verdadera naturaleza.

Laura, duquesa de Marlborough, me dijo que ella encontraba la mera presencia de Donahue insoportable, y recordaba un episodio horrible en el popular club nocturno parisino Scherazade en algún momento de 1950. Los duques de Windsor formaban parte de un grupo de doce personas, a las que miraba con atención el resto de los presentes, que apenas atendían a su cena. Jimmy y el duque habían bebido demasiado vino. Donahue había colocado muchas rosas delante de cada plato, incluido el suyo. De repente, en un gesto extravagante, Wallis lanzó con violencia su abanico de plumas del príncipe de Gales contra las rosas de Jimmy. El duque se giró hacia lady Dudley horrorizado, con los ojos llenos de lágrimas. Lady Dudley naturalmente asumió que sus celos estaban provocados por el supuesto idilio entre Jimmy y la duquesa, y no comprendió la verdadera razón de su desconcierto.

Charles Murphy recordaba esa misma noche:

> En el [restaurante] Monseigneur […] el duque se fue pronto, después de comprarle a la duquesa una gardenia de la bandeja de la florista. Jimmy también le había comprado una. Tan pronto como el duque se fue, la duquesa se arrancó la flor del vestido, la lanzó a la champanera y la hundió bajo el hielo con ayuda de la botella. En su lugar puso la flor de Jimmy. […] [Jimmy] la tomó de la mano y ambos se echaron a llorar.

En opinión de Murphy, Donahue estaba decidido a que Wallis se convirtiera al catolicismo. Consiguió la ayuda del popular monseñor Fulton J. Sheen, quien ya había ganado para la fe a Clare Boothe Luce, al periodista Heywood Broun y al comunista Louis Bedunz. Wallis comentó el tema de forma algo frívola, pero obviamente haber aceptado algo así habría supuesto una ofensa extrema a su marido; estaba claro, en cualquier caso, que para entonces ya era completamente agnóstica. También llevaba consigo algunos extraños ecos del pasado. Nancy Mitford, escritora de talento y hermana de lady Mosley, escribió a Evelyn Waugh el 11 de enero de 1950 y le contó que, durante una cena en casa de los duques de Windsor, había entrado en el dormitorio y había visto un cuadro erótico pintado por Boucher que representaba a dos lesbianas haciendo el amor. Sorprendida, le había preguntado a Wallis qué significaba la pintura. Esta contestó: «Bueno, parece ser que existió un dios llamado Neptuno que podía transmutarse en cualquier ser que le gustara —una vez fue un cisne, ya sabes— y a esta mujer le gustaban otras mujeres, así que él se convirtió en una».

La aparentemente infinita tarea de las memorias del duque fue finalmente completada, y sus derechos se vendieron a la editorial G. P. Putnam's Sons en diciembre de 1949. Kennett L. Rawson, vicepresidente y editor jefe de Putnam's, realizó las gestiones necesarias. Voló a París para obtener la firma del duque el 21 de enero de 1950. Más adelante, ese mismo mes los duques de Windsor emprendieron un viaje muy preparado a Nueva York, Florida, Luisiana, Texas y México. Como era habitual, utilizaron el vagón privado de Robert Young. Durante el camino, se alojaron con los Baker en Horse Shoe Plantation (Tallahassee). En México D. F. fueron los invitados del presidente Miguel Alemán, quien discretamente evitó cualquier alusión a la relación que habían mantenido con su antiguo colaborador, el rebelde general pronazi Maximino Camacho. Junto con Axel Wenner-Gren, que había sobrevivido a la lista negra encubriendo a Krupp en Europa, Alemán y su íntimo amigo Bruno Pagliai habían adquirido gran parte de la participación de Wenner-Gren; por este motivo, los duques de Windsor regresaron rápidamente a la órbita del mismo grupo con el que supuestamente habían roto relaciones hacía nueve años. Después de pasar tres días en México D. F., continuaron su viaje pasando por Texas y otros lugares (muchos de los cuales Wallis le describió en sus cartas a su vieja amiga Corinne Murray) hacia Alberta, el rancho que llevaban nueve años sin visitar. Todos los esfuerzos por perforar en busca de petróleo habían fracasado hacía mucho tiempo. Regresaron a Europa el 24 de mayo, mientras el duque trabajaba en el tercer borrador de su autobiografía. Las noticias que les llegaban sobre la salud del rey Jorge VI eran muy malas.

En julio de 1950 Herman Rogers escribió a Wallis para invitarla a su boda. Katherine había muerto en 1949, y él se iba a casar con Lucy Wann, viuda de un oficial jubilado de las Fuerzas Aéreas Reales. Habían fijado la fecha de la boda para el 6 de agosto, pero Wallis no podía asistir ese día y le pidió a Herman que la retrasaran varios días. Según algunos amigos de Wallis, a ella no le hacía ninguna gracia esta nueva unión. En diversas conversaciones telefónicas criticó a Herman por mantener una relación con otra mujer cuando hacía tan poco tiempo que había muerto Katherine. Cuando Wallis llegó por fin a Villa Lou Viei para asistir a la ceremonia, le regaló a la pareja una bandeja de plata esterlina con una inscripción grabada en la que omitió deliberadamente cualquier mención a Lucy. Los duques de Windsor se presentaron tarde al desayuno de la boda en un restaurante cercano a Antibes, y durante el almuerzo Wallis ignoró a Lucy y habló siempre con Herman sin mirarla a ella. En el momento en el que los Rogers emprendían su luna de miel, un crucero en yate en el que los acompañaban los duques de Windsor,

Wallis tiró del vestido de Lucy, retorciendo la tela hasta que el cuello quedó completamente arruinado.

Wallis fue un poco más educada durante el viaje y finalmente empezó a hablar con Lucy. Después de cenar en el Hôtel de Paris, en Mónaco, ambas mujeres se encontraron en los servicios. Wallis se quedó mirando el anillo de oro y diamantes que llevaba puesto Lucy. Esta dijo que pensaba que ya tenía suficientes joyas y que iba a insistirle a Herman para que lo devolviera. Wallis se mostró tal como era de forma demasiado clara al exclamar: «¡No lo devuelvas! ¡No seas tonta! ¡Es dinero!».

A comienzos de 1951 Wallis, sin ella saberlo, afrontaba una nueva amenaza: la salida a la luz de los expedientes secretos del *dossier* de China de 1935. El honorable John Coke, hijo del conde de Leicester, quien le había llevado originalmente el *dossier* a la reina María, y había examinado por sí mismo los contenidos guardándose una copia, pensaba que había pasado suficiente tiempo (y a la vieja reina le quedaba poco tiempo de vida) para discutirlo con Winston Churchill. Este se encontraba pintando y escribiendo en Marrakech (Marruecos), en una estancia de un mes durante enero de ese año.

Churchill no hizo ningún comentario; le dijo a Coke que había oído hablar del *dossier* en 1936, cuando era muy mencionado en los círculos que deseaban que Eduardo VIII no ocupara el trono de Inglaterra. Sin duda sabía que lo había obtenido el primer ministro Stanley Baldwin por orden de Jorge V; y que cuando la reina María lo había visto, asustada e indignada, había decidido que Wallis nunca sería reina. Debe recordarse que fue ella, con las duquesas de Gloucester y Kent, quien decidió después de la abdicación que Wallis nunca pudiera utilizar el tratamiento de Su Alteza Real.

Desde Marrakech, Coke fue a alojarse a casa del viejo amigo y confidente de los duques de Windsor Kenneth de Courcy, duque de Grantmesnil, que había alquilado la antigua casa de los duques de Windsor, Villa La Croë, en el sur de Francia. El duque y la duquesa de Westminster se unieron a Coke como invitados de De Courcy para comer el 9 de marzo y Coke describió los contenidos del *dossier* al grupo. Añadió que la reina María, a quien él seguía sirviendo como ayuda de cámara, nunca había olvidado el *dossier* y por eso ni siquiera entonces se ablandaría en el asunto de acordar que Wallis dispusiera del tratamiento de Alteza Real. Añadió que sería imposible que la reina recibiera nunca en su casa a una antigua prostituta que disfrutaba de «prácticas sexuales perversas». Coke le preguntó a De Courcy si, después de

oír tales hechos, esperaba que la reina se ablandara. De Courcy respondió que, dadas las circunstancias, pensaba que no.

Más adelante, después de establecer amistad con la abogada de los duques de Windsor, *Maître* Suzanne Blum, De Courcy le escribió con frecuencia, e intentó apaciguarla diciéndole que el *dossier* existía pero que «era falso». Es posible imaginar, y de hecho encaja con la investigación realizada a Guy Trundle a través de Scotland Yard, que el rey Jorge había obtenido el *dossier*; lo que es inconcebible es que él y el Servicio Secreto de Inteligencia hubieran suministrado testigos falsos y hubieran falsificado los informes, escritos en chino, de la policía de Hong Kong, Shanghái y Pekín, algo que suponía además un delito. Cuando el Archivo Nacional de Gran Bretaña abrió los expedientes de Scotland Yard sobre Guy Trundle en 2003, se publicó una declaración oficial afirmando que el *dossier* de China nunca existió. No parece necesario realizar más comentarios.

La casa de la Rue de la Faisanderie resultaba cada vez menos cómoda. A Wallis no le gustaba nada. Aunque tenía un salón grande y dormitorios espaciosos, la vivienda adolecía de un comedor más bien pequeño, un inconveniente particular en vista de su deseo de celebrar grandes cenas. Era una residencia algo fría, poco acogedora, y ella decidió que debían mudarse. Finalmente dejaron la casa en 1953. Ya habían abandonado también su residencia de Long Island.

Fue poco afortunado que la publicación de la excelente autobiografía real *Duque de Windsor. Memorias de un rey* en la primavera de 1951 coincidiera con el colapso y la desintegración total del rey Jorge VI. El libro, aun así, tuvo mucho éxito, lo que hizo ganar al duque un millón de dólares que necesitaba bastante. Aparentemente invirtió una parte en la persistente aventura de Robert Young por hacerse con el control ferroviario.

En septiembre, se descubrió que el rey Jorge tenía un tumor maligno en la garganta. Se le extirpó el pulmón izquierdo el día 23. Los duques de Windsor se encontraban en Londres ese octubre, alojados en casa de Margaret Biddle. Quizá por desgracia el duque escogió la ocasión para presionar a Winston Churchill una vez más para que le diera un puesto en el gobierno. Cuando el enfermo monarca rechazó categóricamente una sugerencia como aquella, el duque se vio obligado a informar de esto a la duquesa. Ella se quedó de pie mirando por la ventana hacia la niebla y dijo, con intensa amargura: «Odio este país. Lo odiaré hasta que me muera». Poco después, el rival de los duques de Windsor, John Balfour, los fue a visitar a Biarritz; cuando a la duquesa se le cayó algo al suelo, Balfour, impecablemente británico y

educado, se arrodilló para recogerlo. «Siempre me encantó ver postrarse a los británicos», dijo la duquesa.

El 12 de noviembre C. L. Sulzberger, del *New York Times*, asistió a una cena en casa de los duques de Windsor en París. Entre los invitados estaban el primer ministro René Plaven y el senador Warren Austin, de la delegación de Naciones Unidas. Según Sulzberger, el resto de invitados consistía en «una extraña colección de indigentes de la alta sociedad». La cena estaba compuesta de diez platos y estuvo «bien condimentada con jerez, vino blanco, vino tinto, champán rosa y enormes tragos de *brandy*». En el séptimo plato, apareció una orquesta de cuerda que tocó melodías nostálgicas al modo en que lo hacían aquellas que los duques de Windsor habían admirado tanto en la Viena de los años treinta. Todos los invitados le cantaron una canción de cumpleaños al senador Austin. Después de la cena, desapareció todo el mundo menos los Sulzberger. Los duques de Windsor insistieron en retenerlos e involucrarlos en una diatriba contra la familia real británica, en la que la duquesa defendió que nunca regresaría a Inglaterra debido a la injusticia con la que habían tratado a su marido. El duque se quejó de que, cuando ya había grabado un discurso para la cena que celebraba una editorial en la que se anunciaría su libro de memorias, le pidieron que lo cancelara a causa de la enfermedad del rey. Sin embargo, la misma tarde en la que iba a leer su discurso, las princesas Isabel y Margarita habían asistido a las carreras. Tanto el duque como la duquesa manifestaron repetidamente que era una vergüenza que la princesa hubiera ido a ver los caballos a pesar de la situación de su padre mientras al duque se le prohibía promocionar su libro.

Después, invitaron a los Sulzberger a escuchar la grabación prohibida. Al finalizar esta, la duquesa exclamó: «¡Cuánta hipocresía! ¡Cuánta envidia!». Y repitió su crítica a que las princesas hubieran ido a la carrera. Los Sulzberger se marcharon de allí entumecidos del aburrimiento.

En diciembre de 1951, el rey reunió fuerzas para realizar un discurso de Navidad. Se recobró un poco en enero, pero el 6 de febrero de 1952 su ayuda de cámara le encontró muerto. Los duques de Windsor recibieron la noticia en Nueva York. El duque zarpó de inmediato a bordo del Queen Mary para Inglaterra. En la rueda de prensa que concedió en la terraza de la cubierta, antes de partir el 7 de febrero, dijo:

> Este viaje, que emprendo en el Queen Mary esta noche, es sin duda triste; y para mí es sin duda aún más triste porque lo emprendo solo. La duquesa permanecerá aquí esperando mi regreso. Zarpo hacia Gran Bretaña, para asistir al funeral de mi

> querido hermano y consolar a Su Majestad, mi madre, en el incontenible pesar que se ha apropiado de mi familia y la Mancomunidad Británica de Naciones.

En referencia al hecho de que ya había participado en los funerales de tres monarcas británicos previos —su bisabuela, su abuelo y su padre—, el duque añadió de forma hipócrita y falsa:

El difunto rey y yo estábamos muy unidos, y su excepcional calidad como monarca me hizo más llevadero el traspaso de la interrumpida sucesión al trono del Reino Unido. Eso sucedió hace más de quince años, una década y media turbulenta durante la cual el reinado de mi hermano siguió su noble curso. Agobiado por los peligros y tribulaciones de una segunda guerra mundial, y acosado por una parte mayor de la que le correspondería en los conflictos políticos, el rey Jorge VI mantuvo de forma constante la monarquía constitucional a su máximo nivel […].

Sin embargo, la reina Isabel solo tiene veinticinco años. ¿Será demasiado joven para asumir las responsabilidades de un gran trono en esta época precaria? Cuenta con los mejores deseos y el apoyo de todos nosotros.

Durante el viaje, informó el comandante Grattidge, la tristeza del duque se vio aumentada por la ausencia de Wallis, y paseaba por cubierta día y noche como un alma en pena, echándola de menos. Otras personas contaron que bloqueó el teléfono radiofónico y la sala de telegramas del transatlántico hablando con Wallis a través del chisporroteo de interferencias o inundándola de mensajes de afecto. Seguía tan enamorado de ella como siempre.

Cuando el Queen Mary pasó junto a la isla de Wight, el duque subió al puente, señalando la silueta de Osborne House, donde había muerto la reina Victoria. Con lágrimas en los ojos, habló de sus muchas pérdidas familiares con Grattidge. Después, bajó a la terraza de cubierta para encontrarse con los representantes de la prensa, que se habían acercado allí a la hora del almuerzo y habían subido una escala para hablar con él. «Dios salve a la reina», dijo a los periodistas, que aplaudieron de forma espontánea.

Condujo directamente desde los muelles de Southampton a Marlborough House, donde encontró a la reina María de luto, afligida por el dolor. La consoló cuanto pudo. A sus ochenta y cuatro años, estaba demasiado endeble y demasiado anciana para asistir al funeral. En lugar de eso, acompañó al duque a Westminster Hall, donde, junto a la princesa real, observaron de pie el catafalco real, cubierto con un paño mortuorio púrpura y dorado, mientras

se mantenía fuera a una multitud de ciudadanos. Era el mismo estrado sobre el que habían reposado los restos del rey Jorge V en 1936. Ese mismo día, horas después, tras dejar a su madre y a su hermana en Marlborough House, el duque acudió al palacio de Buckingham para mantener su primera reunión con la reina en muchos años. Se unieron a ellos para tomar el té la reina madre y el duque de Edimburgo. Al igual que en los días del funeral de Estado del rey Jorge V, Londres se llenó de miembros de la realeza: el príncipe Pablo de Yugoslavia, el rey Pablo de Grecia, el pretendiente al trono de España don Juan, el rey Gustavo la reina Luisa de Suecia y muchos otros acudieron a la capital a presentar sus últimos respetos. La reina Juliana de los Países Bajos llegó en avión, pilotado por su marido, el príncipe Bernardo. El rey y la reina de Dinamarca lo hicieron en barco. El príncipe Alberto de Bélgica asistió en representación de su hermano, el rey Balduino, quien había rechazado acudir por razones controvertidas. El rey de Noruega y el príncipe heredero de Etiopía también estuvieron presentes.

La noche del 14 de febrero el duque acudió a Downing Street para mantener una reunión privada con Winston Churchill. En el cortejo fúnebre, el duque caminó ese largo paseo acompañado del duque de Edimburgo, su hermano el duque de Gloucester y su joven sobrino el duque de Kent. Miles de personas vestidas de negro se alineaban en las calles, y muchas de ellas lloraban. El duque de Windsor provocó comentarios desfavorables por salirse del paso, más deprisa de lo debido, posiblemente intentando atraer la atención hacia sí mismo.

Wallis permaneció en Waldorf Towers, escuchando la retransmisión del funeral y quizá recordando con tristeza aquella otra ocasión, tiempo atrás, en la que había instado al entonces rey a que llevara el abrigo de su padre para aislarse del intenso y amargo frío invernal.

Tras este momento trágico, estalló una nueva controversia. El duque volvió a Nueva York en mayo para reunirse con Wallis, y ambos regresaron a París unos días más tarde. Fue entonces cuando lord Beaverbrook se embarcó en un temerario reportaje de la BBC sobre la abdicación. Acusó al fallecido Geoffrey Dawson, antiguo editor de *The Times*, de haber aterrorizado al rey Eduardo VIII y haber manipulado a la opinión pública en su contra. Le culpó de haber utilizado métodos «que muchos condenarían» y dijo que Dawson «realizaba su persecución con un vigor que más bien parecía malicia». La emisión provocó inmediatamente un estallido de furia desde todos los flancos. Wickham Steed, que había sido colega del señor Dawson, denunció su contenido en las páginas del propio *Times*. Afirmó que las acusaciones eran

«enteramente fantasiosas». El *Daily Telegraph* y prácticamente todos los demás periódicos acudieron en apoyo del fallecido editor. La verdad era, por supuesto, que Dawson había desempeñado un papel en la abdicación, aunque a la larga no se le podía culpar de la misma.

A continuación de lo que resultó ser una tormenta en un vaso de agua, los duques de Windsor zarparon en su primer crucero en yate por el Mediterráneo después de muchos años. Alquilaron el Amazon y navegaron hasta Génova, Portofino y otras ciudades costeras italianas, para continuar su viaje hacia Roma, donde fueron recibidos en audiencia por una persona de opiniones políticas parecidas a las suyas, el papa Pío XII. Fueron acompañados por sir Walter Roberts, ministro británico en el Vaticano. Evitaron, por motivos obvios, a Clare Boothe Luce y Edda Mussolini-Ciano. En la siguiente parte de su viaje, el duque se vio aquejado de una fuerte gastroenteritis y tuvo que ser trasladado en tren desde Montecatini a París para que fuera tratado de inmediato. Aún convaleciente, sufrió un doloroso ataque de lumbago, y ni siquiera un viaje a Biarritz resultó de ayuda para revitalizarle. Cerca ya de los sesenta, empezaba a sentir los primeros síntomas de estar envejeciendo. Y a su estado de humor no le debió de ayudar en absoluto la publicación ese año de un libro titulado *Lese Majesty: The Private Lives of the Duke and Duchess of Windsor*, escrito por Norman Lockridge. El capítulo 1 se titulaba: «La peor de las acusaciones: la homosexualidad». El libro, bastante calumnioso, contenía supuestas entrevistas realizadas por el autor a sir Edmund Gosse (que el autor afirmaba que conocía a los duques de Windsor) y a un psiquiatra; el primero negaba la acusación de que el duque fuera homosexual mientras que el segundo la confirmaba. No se presentó denuncia por difamación.

A finales de 1952, los duques de Windsor se hartaron finalmente de la casa de la Rue de la Faisanderie. Empezaron a buscar vivienda, decidiendo que de una vez por todas debían encontrar una residencia que satisficiera todas sus exigencias y de la que ya no tuvieran que mudarse nunca. Inicialmente se fijaron en el número 29 de la Rue Barbey-de-Jouet, pero enseguida descubrieron que se trataba de una propiedad estatal y que no se encontraba disponible. Hablaron bastante de la posibilidad de obtener el edificio histórico que en su día había pertenecido a madame Du Barry, la famosa amante de Luis XV, pero la notoriedad de su ocupante previo finalmente les empujó a descartarla. Habían mantenido su amistad con Paul-Louis Weiller, y fue este benigno personaje quien recomendó a las autoridades municipales de París que les permitieran vivir, pagando un

alquiler nominal, en una casa fabulosa, la situada en el número 4 de la Route du Champ d'Entraînement. El alquiler era solo de diez libras al año; un edificio magnífico, la casa se levantaba sobre un parque de casi una hectárea de extensión que lindaba con el frondoso Bois de Boulogne. La valla metálica estaba flanqueada por dos postes de piedra y daba acceso a un pequeño camino de entrada de gravilla. Una verja de pinchos rodeaba completamente la propiedad, en la que había plantados viejos robles. El edificio en sí estaba construido en la característica piedra gris francesa. El efecto general era al tiempo grandioso y sombrío, aunque sin la oscuridad de la casa de la Rue de la Faisanderie.

Fue en estos años cuando la duquesa marcó para sí el tono de un estilo de vida que desafiaba la austeridad de la posguerra y que, desde entonces, quedaría asociado a su nombre para siempre. Abrió una época de casi treinta años de un exquisito derroche en sus casas, donde se veía a sí misma como una especie de reina. Sydney Johnson, un hombre de raza negra que llevaba con la pareja desde la época de Bahamas, recibía sus llegadas con gran pompa, ataviado con buen gusto en escarlata y oro. Le acompañaba un mayordomo francés, Georges Sanègre, quien habitualmente vestía un frac. Como siempre, Wallis dirigía la casa con una pericia fanática. Como anfitriona, estaba más deslumbrante que nunca. Supervisaba cada detalle de las perfectas cenas, asegurándose incluso de que las hojas de lechuga estuvieran cortadas en un tamaño y una forma regular. A la hora del cóctel, los sirvientes, vestidos de librea, entraban con bandejas de plata fina llenas de *delicatessen* de Legros propias de los años anteriores a la guerra, como uvas a las que se habían extraído las pepitas individualmente para rellenarlas de queso cremoso, tiras de bacón fritas en azúcar moreno, hojas de repollo con camarones o gambas pinchadas en ellos, mejillones fritos o salchichas chipolata. La cena se servía habitualmente en el comedor azul de adornos chinos en dos mesas redondas, a cada una de las cuales se sentaban ocho comensales. Wallis no mantuvo el hábito que tenía antes de la guerra de adornar las mesas con flores. Siempre se aseguraba de que, siguiendo una tradición que había aprendido en Gran Bretaña, se sirviera a los invitados *savouries*, unas pequeñas tostadas saladas a continuación del postre. Estaban presentes, por supuesto, las cigarreras de oro y plata grabadas, así como los cuencos de exquisito cristal tallado; el servicio de cena y la plata eran recuerdos traídos de York House y Fort Belvedere. Según Suzy Menkes, Wallis elegía especialmente como platos principales la perdiz asada, el pollo a la Maryland —un toque de nostalgia— y los filetes de urogallo y, después,

como postre, la deliciosa tarta de chocolate negro conocida en todo el mundo por el nombre de Sacher.

Los duques de Windsor decidieron que también necesitaban una casa en el campo, un lugar al que escaparse agradable y tranquilo; a pesar de que la casa de París dispusiera de su pequeño parque y sus invernaderos, el duque anhelaba un jardín. Desde que era niño, uno de sus mayores placeres en la vida había sido entretenerse cuidando las flores, realizando injertos, regando con brío y removiendo la tierra para volver a plantar sobre ella. Con la mano que tenía para las plantas, incluso la tierra más reacia permitiría que florecieran y se multiplicaran. Si le daban un paquete de semillas y una hoja de instrucciones, le llevaban al séptimo cielo.

Con gran dosis de fortuna, el duque y la duquesa lograron encontrar una casa que, entre todas las que habían usado en su vida, sería la que más amarían. Era conocida familiarmente como el Molino. Tan solo Fort Belvedere se acercaba a ella en cuanto a la magia que atesoraba para el duque. Su verdadero nombre era Moulin de la Tuilerie, y se encontraba a tan solo veinticinco kilómetros al suroeste del exclusivo barrio parisino de Neuilly, a las afueras de la encantadora pero más bien apagada población de Gif-sur-Yvette. Era un edificio del siglo XVII, marrón con contraventanas blancas, que recordaba a una época más acomodada, en la que los reyes y una aristocracia ociosa gobernaban Francia. Era propiedad del distinguido diseñador y creador de espectáculos teatrales Etienne Drian; inicialmente fue alquilada, y después comprada por menos de 16 000 libras.

Algunos visitantes quisquillosos como Cecil Beaton o Kitty Bache (la esposa de Gilbert Miller) criticaron la casa a Charles Murphy desde que entraron. Beaton veía el conjunto excesivo, y desaprobaba el uso de medallones de guerra, sillas de bambú y pufs efectistas. A Kitty Miller no le gustó nada el hecho de que hubiera tantas cosas; al igual que muchos estadounidenses, ponía objeciones al hábito británico, imitado entonces por Wallis, de intentar llenar cada mínimo espacio siguiendo la tradición victoriana. Uno de los artículos traídos de York House era fantástico; el inmenso e iluminado mapa de guerra que había adornado los aposentos del duque allí, representando el mundo de océano a océano, y de polo a polo, y en el que había señalado todos los viajes que había realizado en su vida. Ya desde 1933 algunos visitantes, como Gloria Vanderbilt y su madre, habían quedado cautivados por el mapa y ahora otra generación de amigos y conocidos seguiría mostrándose extasiada delante de él. Dos tambores de granaderos formaban la mesa de café de la sala de estar. Los establos de

caballos y vacas se convirtieron en un ala para invitados. Allí, el ambiente era excepcionalmente militar y náutico, con estandartes y telas escocesas, trofeos, insignias de la Primera Guerra Mundial y recuerdos por todas partes. La mesa de abdicación formaba parte de este museo privado. Se dijo que años después, al morir la duquesa, la mesa fue ofrecida a la familia real británica. «A la reina le hace la misma falta la mesa de abdicación que un agujero en la cabeza», se supone que dijo un representante de palacio, con una desacostumbrada informalidad.

Gran parte de 1952 y 1953 fueron dedicados a las tareas relativas a ambas casas. Durante este periodo, el duque recuperó y la duquesa adquirió una cálida amistad. Se volvieron íntimos de sir Oswald Mosley y su mujer, que vivían en Temple de la Gloire, a tan solo unos kilómetros del Molino. Desde que el duque los había conocido en los años treinta, habían pasado por muchos altibajos. Se recordará que en mayo de 1940 Winston Churchill, por recomendación de sir Robert Vansittart y Clement Attlee, los había encarcelado en Londres por actividades que se consideraban hostiles a la seguridad pública según lo dispuesto en la regulación 18B, aprobada por procedimiento especial. En prisión habían sufrido privaciones considerables. Durante mucho tiempo, lady Mosley no pudo ver a sus hijos, porque pretendía a toda costa mantenerlos alejados del escándalo. Los efectos del helador invierno de 1940, la mala comida y las condiciones de insalubridad afectaron de gravedad a la usualmente robusta salud de sir Oswald; en 1943, estuvo aquejado de flebitis, y se pensó que no sobreviviría un año.

Herbert Morrison, secretario de Estado de Interior, entonces muy agobiado por los problemas, y Winston Churchill decidieron aparentemente que Mosley no debía convertirse en mártir y realizaron las gestiones necesarias para que tanto él como su mujer fueran liberados. Al final de la guerra, los Mosley tuvieron la desgracia de que Attlee fuera elegido primer ministro y cabeza de un gobierno laborista; este se aseguró de que la vida volviera a ser incómoda para la pareja. Según lady Mosley, a ella y a su marido se les prohibió el uso de sus pasaportes y se vieron obligados a huir del país hacia Irlanda a bordo de un yate alquilado. Más tarde se dirigieron a Francia, donde finalmente se establecieron en Temple de la Gloire. La casa había sido en una época propiedad del general Moreau, jefe de los ejércitos del Rin, quien fue considerado un rival de Napoleón hasta su muerte en 1810. Durante años el edificio había pertenecido a la familia de los condes de Noailles. Cuando los Mosley la compraron en 1951, se encontraba en un estado de deterioro extremo; era un edificio húmedo, oscuro y patético que

había perdido la mayor parte de su personalidad. Procedieron a restaurarlo con gran gusto y estilo, y a los duques de Windsor les gustaba mucho ir allí.

Fue imprudente por parte de los duques de Windsor relacionarse con los Mosley en ese momento. No solo estaban considerados personas non gratas en Londres, sino que tampoco eran recibidos por los representantes de la diplomacia británica en el resto de Europa. Uno habría pensado que, después de todo por lo que habían pasado, habría sido mejor que los duques de Windsor se hubieran relacionado tan solo con personas apolíticas, o con aquellos que bajo ningún concepto pudieran recordar su desastroso compromiso con los ya vencidos y difuntos Hitler y Mussolini. En lugar de eso, escogieron disfrutar de una amistad pública con el hombre que estaba relacionado de forma más evidente con el nazismo en la mente de todos los británicos. De hecho, la hermana de lady Mosley, Unity Mitford, se había hecho famosa entre los más célebres partidarios de Hitler al arrojarse en brazos del propio Führer y haber intentado suicidarse después de la condena pública recibida.

Aún residiendo en Temple de la Gloire y manteniendo la delicada belleza de un rayo de luna a su avanzada edad, la fallecida lady Mosley me relató en diciembre de 1986 su amistad con los duques de Windsor. Me aclaró que, desde los años treinta y hasta que murieron, los duques de Windsor habían compartido sus ideas políticas. Pensaban, al igual que ella y su marido, que si se hubiera acordado una paz por separado con el Führer en 1939 y se le hubiera dado carta blanca a Hitler contra la Unión Soviética, se habría salvado al mundo del comunismo y el Imperio británico nunca se habría desmoronado. Decía:

> Los duques de Windsor estaban de acuerdo conmigo —y la duquesa era sin duda sofisticada en materia de política y sabía perfectamente lo que estaba haciendo y diciendo— en que la Primera Guerra Mundial había sido un fracaso absoluto, que había sido un desastre que se desmembrara el imperio austrohúngaro, que el tratado de Versalles había sido manifiestamente injusto, y que nunca se debía haber sitiado Alemania en los años treinta. Si a Hitler se le hubiera dado carta blanca para que destruyera el comunismo, y si se le hubiera permitido deportar a los judíos, si Gran Bretaña y Estados Unidos los hubieran aceptado, no habría habido ninguna necesidad de Holocausto. Obviamente no había sitio en Palestina para ellos. Hitler pensaba que los judíos se habían

> comportado de una forma abominable en Alemania después de la Primera Guerra Mundial, y lo único que pretendía era deshacerse de ellos. Y no debe olvidarse que el antisemitismo era algo extendido por toda Europa Central: los polacos les odiaban, los checos les odiaban, todo el mundo lo hacía. Por supuesto, mi marido, los duques de Windsor y yo pensábamos que no se podía culpar a Hitler de su impaciencia y de haber provocado la Segunda Guerra Mundial. Con dos egos como los de Hitler y Churchill, no había muchas posibilidades de paz en el mundo. Pero aun así, si en Inglaterra hubieran estado en el poder las personas adecuadas, particularmente Lloyd George, podría haber existido una paz negociada.

Los Mosley cenaban en el Molino dos veces a la semana, y los duques de Windsor casi con la misma frecuencia en el Temple de la Gloire. Uno de sus perennes temas de conversación era la idea de que, después de que hubiera acabado la Segunda Guerra Mundial, las tropas aliadas debían haber ocupado lo que en el momento de la conversación eran ya Estados satélites de los soviéticos antes de que los rusos lo hubieran hecho, y desde ahí haber procedido a conquistar la propia Unión Soviética. En ninguna de estas opiniones retrospectivas los duques de Windsor resultaban una excepción dentro de la sociedad aristocrática o de la realeza. Ese tipo de opiniones se escuchaban en los clubes y en las cenas de la sociedad de derechas de costa a costa. Y aún sigue haciéndose en 2004.

En abril de 1950 Wallis se enteró de la muerte de Win Spencer a la edad de sesenta y dos años. A principios de esa década, ella seguía aquejada de problemas de salud. En febrero de 1951, fue ingresada en el pabellón Harkness del Centro Médico Presbiteriano de Columbia (Nueva York) para que le realizaran unas pruebas, a las que siguió una cirugía para extirparle los ovarios, aparentemente cancerosos. El doctor Benjamin P. Watson, miembro del Real Colegio Escocés de Cirujanos y eminente ginecólogo, ayudó al doctor estadounidense, Henry Wisdom Cave. Wallis se sentía deprimida y triste. Después de haber recuperado suficientes fuerzas, comenzó sin mucha convicción a trabajar en sus memorias, para las que utilizó a diversos colaboradores, entre los que estaba Cleveland Amory, quien más tarde se convertiría en el autor de la ingeniosa y perspicaz *Who Killed Society?*, y al infatigable Charles Murphy. Como tantos otros autores de memorias, naturalmente escogió del pasado aquellos hechos que la dejaran bien, omitiendo los que no lo hicieran. Se mostró particularmente evasiva en el

caso de China. Ese capítulo entero del libro fue fabricado de un modo tan absoluto que incluso llegó a cambiar el nombre del hotel en el que se alojaba en Shanghái: pasó de ser el Astor House a ser el Palace; apenas mencionó la guerra civil china y, al margen de sus llegadas en el Chaumont y el Empress of Canada, modificó las fechas completamente. Se podría concluir legítimamente que, preocupada por su juramento de secreto, le angustiaba disfrazar el hecho de que había estado trabajando para la inteligencia naval estadounidense, y por supuesto también le habría preocupado esconder su idilio con el conde Ciano.

Sin embargo, durante todo el libro, los hechos se redibujaban sin remordimientos en lo que parecía ser un *lifting* facial autoaplicado. El caso Oakes fue despachado en breves párrafos; tan solo en los pasajes que recreaban su infancia y el viaje a Francia en el momento de la abdicación el texto alcanzaba la altura dramática de la ocasión. A pesar de todo, el libro, finalmente publicado en 1956 bajo el excelente título *The Heart Has Its Reasons [El corazón tiene sus razones]*, demostró poseer un enorme encanto, al reflejar de manera intensa la personalidad políticamente equivocada pero triunfadora y atractiva. Aunque no igualó el apabullante éxito del libro del duque, el de ella también se vendió bien y atrajo a una nueva generación de lectores hacia esta personalidad carismática, eléctrica y compulsivamente ambiciosa.

En la década de 1950 aparecieron viejos amigos, y para entonces se habían formado también las nuevas amistades. Una de las más conflictivas era la anfitriona de la alta sociedad, regordeta, elegante y sofisticada, Elsa Maxwell. Obviamente, ya conocía a los duques de Windsor de antes, sobre todo de cuando llegaron a Viena en una de sus visitas en 1935, momento en el que a ella le llamó la atención el paso fuerte y enérgico de la duquesa a través del vestíbulo del hotel Bristol hacia el ascensor. La señorita Maxwell había conocido al duque cuando era el príncipe de Gales, y al igual que todo el mundo a ella también la tenía cautivada entonces. A finales de los años treinta, la señorita Maxwell era la organizadora de fiestas por excelencia de la época. A pesar de su indudable falta de atractivo físico y de tener una figura que parecía una rosquilla, era requerida por todo aquel que deseara organizar un evento especial del que la gente hablara durante décadas.

La señorita Maxwell tenía el don de escoger siempre a los restauradores más habilidosos, a los decoradores de mejor gusto, a los mejores *chefs*, camareros y ayudantes, a las bandas de música más rutilantes y a los jóvenes más exóticos y bellos. Creaba, para los aburridos y agotados miembros de la

alta sociedad, una gama de estímulos en forma de *soirées* a las que asistían estrellas de cine, dramaturgos, escritores, políticos, compositores y artistas. Los juntaba a todos y se movía entre sus invitados con unos andares de pato, o más bien de sapo, persistentes, observando fijamente a todo el mundo con aquella mirada encantadora, siempre fascinada, soltando cotilleos deliciosamente viles y asegurándose de que a todos los invitados les gustara su compañía y nunca tuvieran vacías sus copas de champán o de cóctel.

A Elsa Maxwell le había enfurecido el interés de los duques de Windsor por Hitler y estaba convencida de que el duque nunca debía haber abdicado, sino que tendría que haber mantenido a Wallis como amante. Incluso se les enfrentaba en las fiestas y les decía negro sobre blanco lo que pensaba de ellos, aunque solo conseguía que sonrieran. Se encontró con ellos tanto en Nueva York como en Europa en este periodo, ya que todos disfrutaban de la amistad mutua de la esposa de George Baker. En diciembre de 1952 la esposa de Lytle Hull, cuñada del anterior secretario de Estado, Cordell Hull, celebró una formidable fiesta benéfica en Nueva York e invitó a los duques de Windsor. Wallis pidió que su nombre no fuera incluido entre los *sponsor*, continuamente se quejaba de que era pobre y de que tenía que buscar formas para no pagar impuestos. Elsa, que se encargaba de todos los preparativos, se enfadó por ello, ya que confiaba en poder exhibir a la duquesa como su triunfo, para demostrar no solo el fin de una larga enemistad sino también su capacidad para atraer a los más grandes a sus festejos. Se enfadó todavía más el año siguiente cuando la señora Hull se pavoneó como una reina en otra fiesta benéfica similar organizada por Maxwell. En aquella ocasión, la señorita Maxwell escogió a las bellas duquesa de Argyll, duquesa de Brissac, duquesa de Alba y duquesa Disera como sus donantes. Cholly Knickerbocker, la popular columnista de cotilleos de sociedad, le preguntó a Wallis su opinión sobre la elección. Y esta le soltó: «Hacen falta cuatro duquesas normales para hacer una duquesa de Windsor». Elsa se disgustó muchísimo al enterarse. Y también estaba muy enfadada porque, a pesar de sus muchas súplicas, nunca lograba que los duques de Windsor hablaran a su favor en público. Sin embargo, se calmó un poco cuando la duquesa la contrató para organizar el baile de Windsor en el Waldorf Astoria en 1953, con decoración de Cecil Beaton. Fue un evento memorable: la duquesa dejó a todo el mundo conmocionado al entrar en el baile no del brazo del duque sino del célebre príncipe Serge Obolensky.

Los duques de Windsor y Elsa se pelearon de nuevo poco después, principalmente por el omnipresente Jimmy Donahue, a quien Elsa no

soportaba y cuyo comportamiento, sobre todo delante de su adorada madre, Jessie, la correcta y formal señorita Maxwell encontraba insoportablemente ofensivo, a pesar del hecho de que ella misma era lesbiana. Rogó a la duquesa que no llevaran a Jimmy a un crucero por el Mediterráneo en 1954, y estaba permanentemente preocupada por que su harén de prostitutos y el resto de sus compañías de bajo nivel pudieran amenazar la seguridad de los duques de Windsor o quedarse con sus posesiones. Al final, estos temores resultaron infundados, aunque eso no evitó que la señorita Maxwell los siguiera albergando.

A mediados de la década de 1950, los duques de Windsor empezaron a cansarse de Donahue. Estaba perdiendo la belleza rápidamente debido a los estragos del alcohol, el tabaco y las interminables noches. Un terrible incidente, del que estuvo al tanto Charles Murphy, puso fin al asunto. El conflictivo trío se encontraba en Baden-Baden (Alemania) alojado en un hotel y aparentemente tomando las aguas. Durante una riña en el restaurante del hotel una noche, Jimmy le pegó una patada a la duquesa tan fuerte que le hizo sangre. Ella gritó asustada y furiosa, y el duque, ceñudo y colorado, ayudó a la duquesa a que se sentara en un sofá. Le gritó a Jimmy que se fuera. Poco después de que este dejara el comedor, aquel *playboy* sinvergüenza telefoneó al duque y le dijo: «No encuentro a mi ayuda de cámara para que me haga la maleta. Se ha ido con el tuyo». El duque colgó el auricular de un golpe: la relación más atroz de la vida de los duques de Windsor estaba a punto de terminar. Según el escritor Hugo Vickers, que basa sus afirmaciones en los diarios de Cecil Beaton, la última desavenencia se produjo por una nimiedad: Donahue estaba comiendo mucho ajo, y su aliento molestaba al duque y a la duquesa.

19 MEDIA TARDE

En los primeros meses de 1953, la reina María, que entonces tenía ochenta y tantos años, empezó a debilitarse. El 6 de marzo el duque, acompañado por la princesa real, que había estado de visita en Nueva York, zarpó a bordo del Queen Elizabeth en dirección a Inglaterra para ver a su enferma madre. La duquesa una vez más se quedó en el Waldorf Towers.

Tan pronto como llegó, la anciana reina falleció. La duquesa oyó la noticia por la radio en el hotel: su secretaria, Anne Seagrin, relató más tarde que, para su sorpresa, la duquesa lloró al enterarse de la noticia. Era un rasgo notable de la personalidad de la duquesa que, a pesar de todas las calumnias que habían amontonado sobre ella desde palacio, y su propio odio a Inglaterra, sabiendo todo lo que la reina María significaba para su marido fuera capaz de compartir su pesar casi como si ella misma hubiera conocido a la reina. Desde entonces y durante años conservó una fotografía de la difunta reina sobre una mesa de su dormitorio de París.

La coronación de la reina Isabel II tendría lugar el 2 de junio. Esto suponía un problema sin precedentes, porque el periodo normal de duelo en la corte era de seis meses de luto y seis meses de alivio. El duque de Windsor como monarca había establecido un precedente acortando el periodo de duelo a seis meses. Isabel lo había reducido a cuatro meses para el caso de su padre. A fin de no interferir en los preparativos de la coronación, el nuevo periodo de duelo se veía reducido a un mes. La reina María había dejado instrucciones explícitas de que, en caso de que se produjera su muerte, nada debía afectar la coronación; era típico de ella.

Por segunda vez en apenas dos años, Londres quedó cubierto de crespones negros. Las banderas volvieron a ondear a media asta. Una larga fila de ciudadanos apareció en Marlborough House para dejar notas de condolencia así como tarjetas de visita. Miembros de las dos cámaras del Parlamento se reunieron vestidos de negro. El primer ministro, Churchill, de nuevo conmovió al duque hasta las lágrimas en su discurso, retransmitido por la BBC, al afirmar incorrectamente que la reina María era el último vínculo con

la reina Victoria que quedaba vivo. Era otro insoportable recuerdo para el duque del mundo de su infancia, un mundo ya irrevocablemente perdido en aquella época cada vez más pragmática y democrática, con los soviéticos amenazantes y peligrosos. No pudo menos que advertir la punzante ironía contenida en la siguiente afirmación de Churchill:

> Ella [la reina María] murió sabiendo que la corona de estos reinos, que con tanta gloria llevaron su marido y su hijo, y que ahora se colocaría con toda la solemnidad sobre la cabeza de su nieta, está justificada más amplia y seguramente en el amor del pueblo y la voluntad de la nación que en los serenos días de su juventud, cuando el rango y los privilegios gobernaban la sociedad.

El duque no pudo dejar de advertir que el primer ministro mencionó solo a uno de los hijos de su fallecido padre.

Lord Beaverbrook aprovechó la ocasión para expresar a través de la prensa la urgente exigencia al mundo de que se pusiera fin al largo exilio del duque y la duquesa de Windsor. El *Daily Express* afirmaba en un editorial: «Es deseo sincero y profundo de la nación que [el antiguo rey] haga de esta, la tierra que le vio nacer, su país». Otros diarios señalaban que, cuando vivía la reina María, el duque le había anunciado repetidamente que establecería su residencia en Gran Bretaña solo si la duquesa era recibida por su familia. La reina María, según la prensa, se había mantenido categóricamente contraria a la recepción de la duquesa. A esta le dolía leer cosas así.

Una vez más, miles de entristecidos londinenses pasaron junto al ataúd real situado en Westminster Hall. Sonaron los tambores; las salvas rasgaron el cielo; el carruaje, tirado por seis caballos negros, recorrió las calles. Detrás del carruaje, el duque de Windsor caminaba en compañía del duque de Edimburgo, el duque de Gloucester y el duque de Kent. En Westminster Hall esperaban la nueva reina, la princesa Margarita, la princesa real, la reina madre y las duquesas de Kent y Gloucester. El entierro, que tuvo lugar en la capilla de San Jorge de Windsor, supuso para el duque de Windsor otro suplicio. Al igual que en el de su hermano, no pudo contener las lágrimas. Al final, se quedó de pie en silencio junto a la tumba, realizando una profunda reverencia en su dirección, susurrando palabras de despedida a la madre a la que tanto había amado. Zarpó en el Queen Elizabeth al día siguiente hacia Estados Unidos y durante la mayor parte del viaje permaneció encerrado en su camarote. Finalmente no asistiría a la coronación de su sobrina, dado que,

a pesar de sus súplicas, se decidió que la duquesa no fuera invitada. Según algunas fuentes, el propio duque tampoco lo estaba. Los duques de Windsor permanecieron en Nueva York durante las celebraciones de junio, escuchando con sentimientos encontrados los expertos comentarios de Richard Dimbleby, entre otros, en la retransmisión emitida desde Londres.

Poco después la pareja hubo de afrontar la desagradable experiencia de que se publicaran los documentos del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán que revelaban la filtración por parte del duque de la conversación que había tenido lugar en la reunión del gabinete de guerra de febrero de 1940 acerca del plan de invasión de Bélgica. Al preguntarle los periodistas por el asunto durante una visita realizada a Londres el 9 de noviembre, el duque lo negó todo, dijo que él no era responsable de la situación y que los documentos eran falsos. Nadie tuvo la osadía de volverle a preguntar o de seguir investigando, y se dio por buena su negativa. Churchill, como siempre, le defendió. Cuando en el Parlamento se planteó la misma duda, Churchill afirmó que las acusaciones contra el duque eran, «obviamente, bastante falsas». Y añadió: «Naturalmente, vi adecuado enseñarle [los documentos] al duque de Windsor y el 25 de mayo le comuniqué que iban a hacerse públicos en Estados Unidos y en este país algo más tarde ese mismo año. Su Alteza Real no puso ninguna objeción. Pensaba, y estoy de acuerdo con él, que son dignos de desprecio».

En enero de 1955, los duques de Windsor visitaron al presidente Eisenhower en la Casa Blanca. Lo habían conocido cuando era coronel en su primera visita a Washington durante la guerra, en 1941. En marzo, acudieron a White Plains (Nueva York), donde exhibieron su doguillo favorito de tres años, Goldengleam Trooper, en el decimoquinto campeonato del Saw Mill River Kennel Club. El perro venció a 950 concursantes; sin embargo, perdió la medalla de oro ante Golden Note, propiedad del señor Arnold J. Canton y su mujer.

En octubre de 1955, la esposa de George Baker celebró una fiesta en honor de los duques de Windsor en su elegante casa de Locust Valley (Long Island). Al banquete y baile asistieron 58 invitados. Entre ellos se encontraban dos nuevas amistades de la duquesa: William Woodward (hijo), acaudalado y atractivo deportista propietario de caballos de carreras de treinta y cinco años, y su mujer, Ann. A Wallis le caía muy bien la madre de William, la aún glamurosa y fascinante mujer anteriormente conocida como Elsie Ogden Cryder. Los Woodward abandonaron la fiesta a la una de la madrugada, para regresar entonces a su casa de Oyster Bay. La señora Woodward estaba

nerviosa esa noche porque había oído rumores de que existían merodeadores por el vecindario.

A las 2.08 un teleoperador respondió a una llamada de emergencia desde el hogar de los Woodward. Ann gritaba histérica. El teniente Haff llegó a la casa y encontró a la señora Woodward desesperada; William Woodward yacía desnudo boca abajo en el suelo del dormitorio, con un balazo en la sien derecha.

Se descubrió que Ann Woodward había tomado un rifle de tiro al plato y lo había cargado y dejado junto a su cama. Dijo entre lágrimas que había oído al perro ladrando y que estaba convencida de que había entrado un intruso. Encendió la luz de su mesilla, tomó el rifle y se dirigió hacia la puerta. Al ver a un hombre de pie, le disparó dos veces, apuntándole a la cara.

Los duques de Windsor, que se alojaban en casa de la señora Baker, fueron avisados del tiroteo esa noche. La noticia supuso evidentemente una conmoción para ellos. Wallis incluso había bailado con Bill Woodward en la fiesta. El duque compartía el interés de Woodward por los caballos, y ambos habían disfrutado de sus encuentros sociales durante los meses previos. Los duques de Windsor siguieron los sucesos posteriores con profundo interés; Wallis fue interrogada dos veces por la policía. La señora Woodward fue detenida para ser interrogada mientras la alta sociedad se alborotaba. A los duques de Windsor se les preguntaba por el asesinato allá donde fueran. De forma prudente, decidieron no involucrarse y no intentaron ponerse en contacto con Ann durante el largo suplicio, aunque sí se mantuvieron cercanos a la señora Baker y a Elsie Woodward.

El 25 de noviembre un jurado del condado de Nassau escuchó la historia de la señora Woodward. Por consejo de sus abogados, se presentó de forma voluntaria y firmó una renuncia a la inmunidad contra las posibles consecuencias de aquello que dijera. Muy angustiada, sollozando de forma incontrolada, contó la versión de los hechos de un modo sencillo, conmovedor y aparentemente sincero, mostrándose desprovista de maquillaje y con la cara pálida. El jurado aceptó su relato y llegó a la conclusión de que no era culpable del crimen. Sin embargo, muchos no la creyeron. El escéptico más persistente fue Truman Capote, quien a finales de la década de 1960 y a principios de la de 1970 investigaría el asunto. Afirmó que el libro que estaba preparando, *Answered Prayers*, revelaría que Ann Woodward era culpable del asesinato.

La destructiva campaña de Capote obtuvo sus resultados. Ann Woodward, acosada por las miradas desconfiadas de aquellos que creían la historia de

Capote, y aún angustiada por el horror de lo que había hecho, se suicidó. Como consecuencia, el propio Capote se vio afectado de forma adversa. Toda su vida dependía de la alta sociedad, y muchos miembros de esta le cerraron sus puertas. Los duques de Windsor estaban tan enfadados con Capote como el resto.

El final de la década de 1950 trajo dos nuevas pérdidas. Herman Rogers, cuya primera mujer, Katherine, había fallecido en 1948, murió de cáncer en el sur de Francia. Dejó un hijo, fruto de su segundo matrimonio. Ernest Simpson también falleció, igualmente de cáncer, en 1958. Wallis no fue a visitarle al hospital de Londres cuando yacía agonizante. Le envió un gran ramo de sus crisantemos favoritos, un recuerdo de sus años juntos, con una nota que decía: «De parte de la duquesa de Windsor».

En abril de 1956, los duques de Windsor se embarcaron en el primero de una serie de proyectos de caridad que les devolvieron gran parte de su empañada imagen a los ojos de la gente sensata. Fundaron una clínica para la rehabilitación de discapacitados en Nueva York. En esta empresa les ayudó el doctor Howard A. Rusk, director del Instituto de Medicina Física y Rehabilitación del Centro Médico de Bellevue de la Universidad de Nueva York. También fundaron una clínica similar en París con la ayuda del doctor Jacques Hindermayer, director del programa de rehabilitación del Hospital Infantil de París.

Pero mientras su imagen pública mejoraba con estos proyectos de caridad, los duques de Windsor, con aparente obstinación, parecían fomentar un tipo de relaciones que solo volvían a confirmar las injustas sospechas de aquellos que deseaban difamarles. Recuperaron la amistad que habían cultivado antes de la guerra con el príncipe Otto y la princesa Ana María von Bismarck. La princesa recuerda que les prestó a los duques de Windsor su casa de Marbella y que, a su vez, ella se alojó con ellos en París. Su marido había sido absuelto de las sospechas de asociación con los nazis al final de la Segunda Guerra Mundial, pero sin embargo el hecho de que el príncipe hubiera sido representante de Alemania en Londres como encargado de negocios de la embajada durante gran parte de 1936, el año del reinado de Eduardo VIII, enfatizaba los persistentes intereses políticos, los recuerdos y las preocupaciones del duque.

En 1960, la duquesa cometió otro de sus graves errores. Decidió embarcarse en una crítica a la familia real y al gobierno británicos por sus «veinticuatro años de persecución» al duque. En un artículo publicado por la revista *McCall's* en enero de 1961, decía: «Mi marido ha sido castigado como

un niño pequeño que recibe un azote cada uno de los días de su vida por haber cometido una sola infracción». Y continuaba: «Creo que la falta de dignidad que la monarquía mostró hacia él [en la época de su abdicación] y que aún muestra hoy ocasionalmente ha sido muy ofensiva». También escribió:

> De repente se me ocurrió lo ridículo que es seguir escondiéndose tras un telón de amianto diseñado por la familia real y llevado a cabo por el gobierno para proteger a la Mancomunidad Británica de Naciones del peligro que suponemos nosotros […]. A este hombre, de inigualables conocimientos, formado para tratar asuntos de Estado […], primero se le concede un puesto militar insignificante, y finalmente se le «quita de donde pueda constituir un peligro» dándole un nombramiento de relevancia mínima: la gobernanza de Bahamas.

Este arrebato fue especialmente desacertado y, de no haber mediado la consideración de la reina, podría haber cerrado a los duques de Windsor la puerta del palacio de Buckingham para siempre. Parecía casi deliberadamente diseñado para enfurecer a la reina madre, que seguía diciéndole a la gente que era la influencia de Wallis lo que había forzado a su marido a asumir el trono, destrozando así su salud. Que la duquesa retratara a la familia real como malvada, vengativa y destructiva basándose en una moral absurdamente hipócrita era una tergiversación de la realidad.

En París, durante la década de 1960, los duques de Windsor superaron incluso su propio récord previo como anfitriones de fiestas. Sir John Colville recordaba que todo en la casa del Bois de Boulogne era la «perfección en sí misma». La comida, el servicio, la exquisita elegancia de la anfitriona, la asistencia de la aristocracia francesa y de representantes del cuerpo diplomático, y el hecho de que todo estuviera en un escenario de incomparable elegancia creado por Boudin dejaban una impresión inolvidable. Lady Mosley a su vez tampoco olvida esas veladas, con el brillo de las velas sobre la madera de caoba, los espejos de época reluciendo en las paredes, los cuadros, los tapices y la plata fina.

A los invitados les servían lacayos vestidos con libreas escarlata real. La mesa estaba adornada con seis inmensos candelabros venecianos de plata esterlina. Cada invitado disponía junto a su plato de una elegante tabaquera, que bien contenía cigarrillos, bien pequeños obsequios. Si asistían invitados alemanes o españoles, el duque hablaba con ellos en su propio idioma de

forma impecable. Curiosamente, a pesar de su lugar de residencia, ninguno de los dos hablaba más francés que el aprendido en el colegio.

El duque se mostraba más abierto que la duquesa en cuestiones políticas. Seguía diciendo, y en este tipo de cenas con frecuencia predicaba para los ya conversos, que debía haberse llevado a cabo una paz negociada con Hitler en 1940 y que Inglaterra debía haber mantenido una posición neutral, como hizo Suecia, dejando libertad para que alemanes e italianos destruyeran el comunismo. Señalaba que se habían cumplido todas sus predicciones y que entonces, debido a que no se había producido una Tercera Guerra Mundial en 1945 y no se había destruido Rusia, había que afrontar la amenaza que suponía el comunismo. Si los Rothschild u otras figuras de la comunidad judía no estaban presentes, sacaba su vieja cantinela de echar la culpa a Roosevelt y a los judíos del conflicto y la política de conquista total de la Segunda Guerra Mundial.

A medida que avanzaba la década, el duque se comportaba con mayor excentricidad, y cada vez era observado con más miradas desaprobatorias por su esposa, más compuesta y comedida. Charles Murphy ha dejado dicho que el duque provocaba incomodidad al intentar dirigir a la orquesta de baile contratada para la noche, o se levantaba de repente y hacía como que estaba tocando un chelo o un violín invisible. Se unía a la orquesta, aporreando torpemente el tambor. Incluso se atrevía a cantar, de forma estridente, una y otra vez los éxitos *Annie Get Your Gun* o *South Pacific*. En ocasiones se ponía a hablar él solo en español o alemán. Durante una fiesta bailó con torpeza un charlestón con Noël Coward.

Mientras Wallis iba de compras o entraba en *boutiques*, recibía un masaje o pasaba horas en la peluquería, el duque seguía demostrando su pasión por el golf. Todavía era un jugador bastante mediocre. A pesar de haber pasado por las manos de numerosos profesionales, según Murphy, seguía sin conseguir hacer buenas puntuaciones. Tan tacaño como siempre, no daba una propina ni siquiera a los *caddies*, que en Francia dependían de esta generosidad para sobrevivir. Al mismo tiempo, nunca cesaba de repasar sus libros de cuentas, revisándolo todo de forma meticulosa, balanceando la pierna nervioso. Fumador compulsivo, derramaba ceniza sobre las páginas de los libros de cuentas, apartándola irritado cuando encontraba un error real o imaginario en el trabajo de su contable. Siguió realizando sus inversiones de forma acertada, sacando el dinero que había invertido en Central Railroad y pasándolo a acciones seguras. El dinero que recibió por escribir sus memorias fue hábilmente colocado en una cartera de inversiones diversificadas. Sus

abogados y los consejeros de sus intereses reales en Londres se mataban día y noche por satisfacerle. Pero, sobre todo, le absorbía y satisfacía el jardín del Molino. Le seguía encantando trabajar allí, entreteniéndose con las plantas, vestido con sus zapatos viejos y un sombrero grande y flexible, y encantado de polinizar las plantas.

Gran parte de la década de 1960 la ocuparon los elegantes eventos de sociedad: fiestas en la Feria Universal de Nueva York de 1964, actos en honor del presidente Lyndon B. Johnson y fiestas benéficas en el Waldorf, entre los que estuvo el gran baile Heart of America Ball, celebrado en la sala Sert, donde un cenador con columnas, cubierto con parras, era iluminado por luces multicolores. En junio de 1964 el duque y la duquesa celebraron sus cumpleaños. Aún hoy hablan en París de la magnífica fiesta todos aquellos que asistieron.

Pero al mismo tiempo la vida no dejaba de tener sus problemas y sus momentos de angustia. La duquesa se hizo dos *liftings*, pero no respondió bien a la cirugía y la recuperación postoperatoria le provocó bastante fatiga. El duque estaba aquejado de graves problemas de vista; desde que había tenido que leer los complejos documentos oficiales durante su reinado en 1936, había padecido de vista cansada, y ahora los estragos causados por su avanzada edad le habían recortado drásticamente la agudeza visual. La retina de su ojo izquierdo se le había desprendido a finales de 1964 y se le recomendaba que fuera a operarse a Londres. Se temía que perdiera completamente la visión de ese ojo y que el otro quedara afectado por lo que se conoce como oftalmía simpática.

En agosto de 1964, la tía Bessie cumplió cien años, y Lelia Noyes, la prima de Wallis, celebró una gran fiesta en su honor en Wakefield Manor. La casa se conservaba tan hermosa como durante la infancia de Wallis. Veinticinco personas, entre parientes y amigos, asistieron a la cena, en la que la señora Noyes propuso un brindis: «Por la tía Bessie, una gran dama para todo el mundo, a la que en una ocasión el rey de Inglaterra se refirió como “mujer sabia y amable”». Los problemas de salud de los duques de Windsor les impidieron asistir a la cena. Según una prima de Wallis, la señora de Dale St. Dennis, la tía Bessie quedó muy decepcionada. La familia también se disgustó cuando Wallis no asistió al funeral de la tía Bessie; murió el 29 de noviembre. Pero, en aquella época, Wallis se encontraba hospitalizada en Nueva York, recuperándose de una intervención en su pie derecho. Se mostró amargamente disgustada por el hecho de que los médicos no le permitieran ir. Sin embargo, el duque sí hizo acto de presencia.

Para angustia de Wallis, el duque se encontraba ya enfermo de gravedad, aquejado de un aneurisma en la aorta —la arteria abdominal—, en la zona renal. Se decidió que debía ser sometido a una operación de forma inmediata, porque el debilitamiento de la pared de la arteria a través de la que circulaba la sangre desde el corazón podría significar un peligro grave; podía romperse en cualquier momento, y eso supondría al menos un siete por ciento de posibilidades de fallecimiento inmediato. Solo en estos últimos años se ha alcanzado la cirugía de corrección, en la que se utiliza un injerto o una sección de fibra sintética. El experto preeminente en la materia era el doctor Michael de Bakey, catedrático de cirugía de la Facultad de Medicina de la Universidad de Baylor, en Houston. El 11 de diciembre los duques de Windsor llegaron en tren a dicha ciudad, donde fueron recibidos por el cónsul británico, Peter Hope. Decidieron instalarse juntos en el Hospital Metodista, al que llegaron escoltados por la policía en una limusina Rolls Royce Phantom valorada en 35 000 dólares. A pesar de su angustia personal, los duques de Windsor concedieron una entrevista optimista a los periodistas, soportando la situación con su estilo y elegancia habituales. Les sorprendió y conmovió encontrar, al entrar en la *suite*, ramos de flores enviados por la reina y la princesa real. Era otra señal sutil y bienvenida de la moderada actitud de la actual reina hacia los duques de Windsor, o al menos hacia el duque.

La operación tuvo lugar el 16 de diciembre; comenzó a las 7.35 y duró exactamente 67 minutos. A pesar de que el duque estaba delgado y en general desprovisto de grasa corporal, la operación fue agotadora y delicada para un hombre de su edad. Si hubiera tenido sobrepeso, habría sido mucho más problemática. De Bakey descubrió que el aneurisma tenía el tamaño de un pomelo grande, y que existía una importante erosión en la pared aórtica. De hecho, el duque había corrido más peligro del que él creía. La duquesa no estuvo presente durante la operación en sí —esperó estoica y tranquila—, pero acompañó al duque durante el resto del tiempo. Cuando se despertó de la anestesia se encontraba bastante animado, y conversó sonriente con la duquesa y De Bakey. Llegaron cartas y telegramas de todo el mundo. Dos días después, el duque logró ponerse de pie y dar algunos pasos, sintiéndose contento pero innegable y comprensiblemente débil. Se sentó sobre la cama, estallando en una carcajada encantadora con la que se reía de sí mismo.

Todo el mundo en el hospital le adoraba. Era el mejor paciente posible, considerado con las enfermeras y siempre con una broma preparada. Nunca se quejó de la dieta líquida ni de las posteriores dietas blandas. Su ojo seguía

molestándole mucho y, cuando saludó a las cámaras durante la sesión fotográfica de esas primeras Navidades, su ojo izquierdo estaba tristemente cerrado. Se recompuso para la tradicional cena del pavo de Navidad.

El día de Año Nuevo, los duques de Windsor abandonaron el Hospital Metodista y se mudaron a una *suite* en el noveno piso del hotel Warwick. Seis días más tarde volaron a Nueva York, acompañados por el médico personal del duque, el doctor Arthur Antenucci. Era la primera vez que la duquesa se subía a un reactor: era un modelo Convair 880 de Delta Airlines. La pareja zarpó para Europa el 29 de enero a bordo del United States. Les entristeció mucho enterarse de la muerte de Winston Churchill; debido a sus problemas de salud, no pudieron asistir al funeral, y el duque estuvo representado por sir John Aird. De su persistente problema en el ojo se ocuparían en la London Clinic bajo la supervisión del distinguido sir Stewart Duke-Elder, cirujano oftalmológico de la propia reina. Una vez más, la reina envió un magnífico ramo de flores a la clínica. La operación, que se realizó la noche del 26 de febrero, fue todo un éxito. Sir Stewart Duke-Elder utilizó rayos láser de alta intensidad recientemente mejorados, ahora habituales en cirugía oftalmológica, para soldar la problemática retina al fondo ocular. Fue necesaria una segunda operación para tratar la membrana que transmite las imágenes al nervio óptico. El 15 de marzo, después de que el duque se hubiera sometido a una tercera sesión de tratamiento correctivo, la reina acudió a la London Clinic acompañada de su principal secretario privado, sir Michael Adeane, y su guardaespaldas, el detective inspector Albert Perkins. Sir Stewart Duke-Elder y dos de sus colegas la recibieron cuando llegó a la *suite*. Se había dejado claro que aceptaría la presencia de la duquesa, y en un acto histórico saludó a Wallis, quien le hizo una reverencia. No se habían visto desde el incómodo momento en que Wallis había aparecido en las dependencias reales en 1936 y había sugerido que el jardín fuera arreglado según sus indicaciones.

El duque, a pesar de estar sonriente, dio una imagen de tristeza al sentarse en su sillón, vestido con pijama y una bata, y con el ojo izquierdo tapado por las vendas. La reunión fue algo tensa, pero tanto la reina como el duque se comportaron con la compostura real adecuada e impidieron que las diferencias del pasado les afectaran. El duque aprovechó la ocasión para preguntarle a la reina si permitiría que él fuera enterrado, cuando le llegara la muerte, en un cementerio privado del que la familia real disponía en Frogmore. Y tenía otra petición, una petición de la máxima importancia que presentaba a la consideración de la reina. El duque deseaba

comprensiblemente que Wallis fuera enterrada a su lado, y quería que a ambos se les concediera el privilegio de un funeral en la capilla de San Jorge.

La reina prometió ocuparse del asunto. Se sintió dispuesta favorablemente a que el duque fuera enterrado en Frogmore, pero se comentó que se oponía a que la duquesa fuera enterrada allí. Se dice que la reina madre tenía unas ideas incluso más radicales. Obviamente, a los ojos de la reina y de su madre, Wallis seguía sin ser Su Alteza Real, y bajo ningún concepto podía ser considerada un miembro de la realeza ni reconocida siquiera en esa última hora como un miembro de la familia. Pero la reina, que tenía cariño a su tío, no podía soportar hacerle daño. Tuvo que afrontar un dilema considerable, que no resolvió de inmediato.

Apareció la duquesa de Kent, disimulando su rencor porque los duques de Windsor no le hubieran enviado una nota de condolencia después de la muerte de su marido. El duque y la duquesa de Gloucester estaban en Australia; la reina madre, que sí envió flores, no acudió al hospital. Ni, hasta donde yo sé, telefoneó al duque al hospital.

El 19 de marzo, los duques de Windsor abandonaron la London Clinic; pillado por una cámara cruel, el duque llevaba unas gafas oscuras y parecía patéticamente frágil. La reina visitó al duque y a la duquesa en el Claridge, y les llevó noticias agradables. Le daría al duque permiso para ser enterrado en Frogmore, y a la duquesa se le concedería idéntico privilegio. Además, ambos disfrutarían del servicio de funeral solicitado en la capilla de San Jorge. Esta señal de comprensión por parte de palacio resultó de la máxima importancia para los duques de Windsor.

Pero a continuación de esta demostración de perdón llegaron las malas noticias. El 28 de marzo la princesa real murió de una trombosis coronaria durante un paseo por los terrenos de su casa de Yorkshire. Los médicos aconsejaron a los duques de Windsor no acometer el viaje hasta Leeds para asistir al funeral. La pareja envió una corona de claveles blancos; el duque estaba muy afligido por la muerte de su querida hermana. Sin embargo, sí asistieron al servicio celebrado en la abadía de Westminster, su primera salida «real» en Gran Bretaña. La enferma lady Churchill, aún afligida por la muerte de su marido, también estaba presente. Fue una época de pesar, de angustia. La muerte y la perspectiva de su llegada parecía acechar a los duques de Windsor a cada hora: era la inevitable carga del envejecimiento.

La reina madre se mantuvo inflexible en su actitud hacia la duquesa. El desprecio de Wallis hacia ella era igualmente intenso. La duquesa no ayudó en absoluto a mejorar la situación cuando, tras la operación de estómago

practicada a la reina madre en 1966, dijo: «Deben de ser todos esos bombones que come».

Al igual que Errol Flynn antes que ella —perdonada su traición durante la guerra, fue usado como agente de la CIA contra Castro en Cuba—, Wallis se unió a esa misma agencia en el verano de 1966. Utilizó su posición como famosa anfitriona para determinar si algunos de los invitados habituales a sus cenas eran topos en el cuartel general de la OTAN en París y filtraban secretos relativos a las armas estadounidenses, tanto convencionales como atómicas, a Moscú.

Su control era John Derby, nombre en clave Júpiter, director de operaciones de la CIA en Francia; ella debía informar a su amiga Aline, condesa de Romanones, que llevaba siendo agente secreto estadounidense desde los años de la guerra. Irónicamente, Wallis recibió el nombre en clave de Willy, casi exactamente el mismo nombre en clave alemán que recibió el duque de Windsor en 1940. Inteligentemente, no mencionó este hecho a la condesa.

Wallis se fijó en el oficial estadounidense de la OTAN Paul Ferguson como el posible topo, pero fracasaron todos sus esfuerzos por que él metiera la pata en alguna cena. Su mujer, Maureen, demostró ser toda una maestra de las bromas: al darse cuenta de que Wallis investigaba a su marido, le habló de misteriosas visitas a las afueras de la ciudad, asistencias a conciertos de música clásica —que en aquella época se creía que eran utilizados para transmitir información a través de las partituras—, y afirmaba que en realidad él era su hermano gemelo Peter, intercambiado en el lecho conyugal sin ningún reparo.

A continuación, Wallis se puso como objetivo a un espía de la OTAN; según la condesa de Romanones, en cuanto lo hizo, un agente de la CIA fue encontrado muerto, y su muerte fue disfrazada de suicidio por escape de un horno de gas. Una carta de este llegó al despacho de John Derby al día siguiente diciendo que «Willy» debía averiguar si el hombre iba a estar en París el 1 de febrero y que debía «tener cuidado». Sin asustarse, Wallis les invitó a él y a su mujer a cenar el día 2; no aparecieron, y después de eso, según la condesa de Romanones, huyeron; a Austria, Hungría y después Rusia, sin los secretos que la condesa de Romanones alega que le habían prometido al KGB soviético. En un almuerzo celebrado en Maxim’s poco después, «Gilbert» felicitó a Wallis por su proeza.

En el verano de 1967 los duques de Windsor fueron invitados a asistir al descubrimiento de una placa en honor de la memoria de la reina María.

Cuando anunciaron que no les daba tiempo a llegar a Inglaterra desde Nueva York para la fecha, originariamente propuesta para el 26 de mayo, el centenario del nacimiento de la reina María, la reina pospuso el descubrimiento para el 5 de junio. Lord Mountbatten, quien aparentemente había suavizado su actitud hacia los duques de Windsor, los recibió en Southampton cuando desembarcaron de su travesía desde Estados Unidos. Les invitó a que se alojaran en su casa, Broadlands, en Romsey. Al día siguiente los duques de Windsor aparecieron por primera vez en treinta años en York House, donde almorzaron con el duque y la duquesa de Gloucester. El duque de Gloucester también sufría los estragos del tiempo: se había quedado parcialmente sordo, tenía problemas de circulación y le fallaba la memoria. Fue una reunión angustiosa para todos los presentes.

Al día siguiente, las calles estaban atestadas de admiradores cuando los duques de Windsor se dirigieron del Claridge al palacio de St. James para el descubrimiento. Se oyó una atronadora ovación de los cientos de personas que se apiñaban en la calle cuando la duquesa, con un exquisito traje de Givenchy, con abrigo azul y casquete, y el duque, demacrado y mostrando una expresión de profunda tristeza, bajaron de la limusina real para dirigirse a la pared en la que se había colocado la placa. La reina madre estaba presente; la duquesa se quedó mirándola fijamente, sin duda para enfado de la primera. Según la condesa de Romanones, la duquesa parecía estar contando las bayas del sombrero de la reina madre. La condesa describió la escena como se la había contado Wallis. La reina madre, con gentileza aunque fríamente, extendió la mano hacia Wallis, quien con gran osadía y una singular falta de gusto no realizó una reverencia. Cuando se le preguntó por esto más tarde, la duquesa soltó: «Ella hizo que la gente dejara de realizar reverencias ante mí. ¿Por qué debería yo realizarla ante ella?».

Manteniendo las formas, la reina madre no mostró ni un ápice del descontento que debió de sentir ante esta escandalosa falta de etiqueta. Habló con su antigua bestia negra con toda la aparente calidez y dignidad que ella, por encima de todos, salvo la propia reina, sabía reunir cuando era necesario. Lo que estuviera pensando, no hace falta decirlo, debía de ser algo muy distinto. Fue aún más desafortunado que la duquesa, al hacer una reverencia ante la reina, no pudiera resistirse a mirar directamente a la madre de la reina, a la que ya había ofendido.

Después de la ceremonia, la reina madre se despidió temporalmente de los duques de Windsor. Una vez más, Wallis no realizó una reverencia ante ella. «Espero sinceramente que volvamos a vernos», dijo la reina madre, aunque

probablemente mintiendo. Wallis le contestó de forma grosera: «¿Sí? ¿Cuándo?».

Los duques de Windsor asistieron a un pequeño almuerzo celebrado en el palacio de Kensington por la princesa Marina (que era como la anterior duquesa de Kent se llamaba a sí misma entonces, ya que su hijo, el actual duque, se había casado). Después regresaron en un avión de la flota de la reina a París. El príncipe Miguel de Kent, seguido por el príncipe Guillermo de Gloucester, fueron a ver a los duques de Windsor; se dirigieron a la duquesa como «tía Wallis». Continuaba su aparente rehabilitación. El *Burke's Peerage* instaba a que se le concediera el tratamiento de Su Alteza Real, ya que el anterior rechazo a concederle el tratamiento era «el acto de discriminación más flagrante en toda la historia de nuestra dinastía». Pero flagrante o no, el acto de discriminación nunca fue subsanado. La duquesa nunca obtuvo el tratamiento de Su Alteza Real.

20 ÚLTIMA HORA DE LA TARDE Y NOCHE

En un decidido esfuerzo por aplazar las acometidas de su avanzada edad, el duque se rindió a las sugerencias de varios de sus amigos y, emulando a Somerset Maugham, viajó a Suiza en más de una ocasión a finales de la década de 1960 para acudir a la Paul Niehans Clinic en Vevey, cerca de Lausana. Aparentemente, la duquesa no se sometió al tratamiento rejuvenecedor de Niehans hasta tiempo después.

Tanto Wallis como el duque se permitían un extraordinario grado de derroche. A finales de la década de 1960, mantenían un servicio de treinta personas; tenían chóferes independientes para llevarlos de compras, y solo los empleados de cocina eran otros siete, y entre ellos había un *chef*, un ayudante del *chef* y doncellas que se ocupaban de la limpieza. Cuando llegaban los invitados, eran recibidos por siete lacayos de librea. No es necesario decir que, cuando los miembros del servicio de la casa se dirigían a la duquesa, utilizaban el tratamiento de Su Alteza Real.

En 1969 los duques de Windsor se vieron obligados a poner en venta su querido Molino. La razón no fue únicamente que necesitaran obtener más capital; el viaje de París al campo resultaba excesivamente fatigoso para los entonces ya frágiles duques de Windsor.

El ánimo del duque mejoró con la investidura del príncipe Carlos como príncipe de Gales el 1 de julio de 1969. Él y la duquesa vieron la ceremonia por televisión desde París. Debió de traerle vívidos recuerdos de su propia proclamación en el mismo castillo de Caernarvon, presidida entonces por Winston Churchill.

En octubre de 1971, los duques de Windsor recibieron al emperador Hirohito de Japón junto a su esposa, la emperadora, en la casa del Bois de Boulogne. El duque no le había visto desde 1922, cuando realizó un viaje a Japón. Le mostró al emperador el biombo que le había regalado entonces. Hirohito recordó que en aquella ocasión había sido demasiado joven y demasiado tímido para dirigir una sola palabra al príncipe de Gales. Albin

Krebs, del *New York Times*, retrató afectuosamente esta reunión agradable y relajada.

Para aquel entonces el duque estaba ya en un estado de salud penoso. Cuando el emperador y la emperatriz le visitaron, ya le aquejaba una afonía casi completa. Sus médicos franceses le realizaron una biopsia y descubrieron que tenía un tumor cancerígeno en la laringe. Otra biopsia, realizada el 17 de noviembre, confirmó que el cáncer estaba profundamente arraigado y que ya no se podría operar. Se le daría una serie de tratamientos de cobalto que durarían un total de cuarenta y un días. A pesar de esta terrible noticia, que les dejó tanto a él como a la duquesa conmocionados, el duque seguía siendo tan terco e infantil como siempre, e insistía en fumar un costoso habano tras la cena todos los días. Sus médicos se desesperaban.

Lord Mountbatten fue a visitar al duque en febrero de 1972, cuando la duquesa había ido a Suiza a lo que se describió como una operación, pero muy bien pudo haber sido un tratamiento Niehans. (Algunas fuentes sitúan este encuentro cuatro años antes, en 1968). Según Charles Murphy, el duque se quejó de que Mountbatten no hubiera asistido a su boda. Este le contestó que no había sido invitado. La verdad era, obviamente, que sí había sido invitado, pero que la familia real se había mostrado inflexible y no se lo había permitido. Murphy dice que a medianoche el duque le gruñó a Mountbatten: «Apuesto a que no te has dado cuenta de una cosa: si no hubiera abdicado, ya habría completado un reinado de treinta y seis años, más largo que el de mi padre o el de mi abuelo». Mountbatten se marchó de allí con la convicción de que el duque había enterrado finalmente los últimos rasgos de amargura que pudiera conservar hacia él o hacia su familia en Londres.

En marzo el duque fue operado de una hernia doble en el Hospital Americano de Neuilly. Había perdido mucho peso y ahora apenas llegaba a los cincuenta kilos. Wallis, angustiada, casi no se separaba de su lado. Su constante preocupación por él conmovía a todo aquel que la observaba. A la reina se le dijo que debía visitar a su tío mientras aún estuviera a tiempo. Lady Monckton (sir Walter ya había fallecido) visitó a los duques de Windsor; instó al principal secretario privado de Su Majestad, sir Martin Charteris, a que avisara a la reina de la urgencia de la situación. Isabel debía realizar de todas formas una visita de Estado a París relacionada con la entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común.

Inicialmente, la reina se mostró inflexible en cuanto a revisar su agenda para visitar a su tío. Uno de los doctores de Wallis, Jean Thin, llamó al palacio de Buckingham para informar de que el duque no viviría más que

unos pocos días. Thin recibió un mensaje telefónico de Christopher Soames, yerno de Churchill y embajador en Francia; Soames advirtió al médico de que el duque debía morir «antes o después de la visita real; pero nunca durante». Era otra muestra de que la realeza buscaba influir incluso en la muerte; del mismo modo, se había deshecho de Jorge V, el abuelo de la reina, antes de que la muerte realmente se lo llevara a fin de que la noticia llegara a tiempo para el cierre de la edición matutina del *Times*. Cuando Thin se irritó, palacio le envió una nota diciendo: «Usted sabe que se está muriendo. Nosotros sabemos que se está muriendo. Pero NOSOTROS [refiriéndose a la reina] no sabemos que se está muriendo». Y la reina hizo lo inconcebible y modificó su agenda para ir a verle.

Para entonces, el duque ya era alimentado por vía intravenosa. No podía soportar la idea de que Lilibet, el nombre infantil que usaba afectuosamente con la reina cuando esta era niña, le viera en aquellas condiciones, con tubos bajándole de la nariz y un montón de agujas de radio. Exigió al doctor Jean Thin que las enfermeras le quitaran «aquellos malditos aparejos». Thin accedió.

Según Murphy, Thin y Wallis tardaron cerca de cuatro horas en preparar al duque para la visita real. A ella le impresionó su maravilloso control, y él realizó la representación de su vida. Wallis, que hizo una reverencia cuando la reina entró en la habitación, la llevó a la silla en la que se sentaba el duque. Se había vestido cuidadosamente con su chaqueta azul marino de botones de latón, y luchó por esbozar una pequeña y lánguida sonrisa. La reina estaba decidida a no mostrar lo más mínimo la impresión que le había causado su apariencia. Ella también desempeñó su papel de un modo experto. Le habló de forma cálida y consoladora, mientras la duquesa estaba sentada cerca. Entonces, Wallis se retiró para reunirse con el príncipe Felipe y el príncipe Carlos para tomar el té, dejando que la reina y su tío se quedaran a solas. La visita proporcionó al duque un gran placer y alivió de alguna manera su sufrimiento.

El 27 de mayo, según Murphy, el duque le preguntó a su enfermera: «¿Me estoy muriendo?». Ella contestó, con una brusquedad alarmante: «Es lo suficientemente inteligente como para saberlo por sí mismo».

El doctor Arthur Antenucci, el médico preferido del duque, del Hospital Roosevelt de Nueva York, voló a París. El duque fue capaz de sujetar débilmente sus manos. El sábado 28 de mayo, Sydney Johnson le dijo a la escritora británica Ingrid Seward que el duque le había pedido que lo ayudara a ir al escritorio para que pudiera redactar algunas cartas. Johnson añadió:

Le levanté y le senté en su escritorio, pero no podía sujetar la pluma porque temblaba demasiado. Le sugerí que comiera algo —quizá su querida merluza ahumada con huevos revueltos—, pero insistió en que no era comida lo que necesitaba. [Dijo:] «Me están alimentando por vía intravenosa, Sydney. Pero todo eso ya está superado, y no quiero nada más. No me apetece nada […] excepto quizá unos melocotones con nata».

Bajé corriendo a la cocina y preparé unos melocotones frescos con nata y [los] puse delante de él. Comenzó a acercarse la cuchara a la boca, pero temblaba tanto que no los podía comer. Así que se los di yo y luego se bebió toda la nata. Entonces se sintió cansado y quiso volver a la cama, así que le lavé con una esponja como hacía siempre y le puse en la cama con las cortinas corridas. Fue la última vez que le vi vivo.

A las dos o tres de la tarde, el duque seguía durmiendo. Fui a ver a Su Alteza Real y le dije que ya era tarde y que el duque seguía durmiendo. «No te preocupes, Sydney», me dijo ella. «Déjale dormir». Pero supe que estaba preocupada cuando la oí murmurar: «Es mala señal».

Esa noche, el duque se despertó y de nuevo, débilmente, solicitó melocotones, uno de los platos favoritos de su infancia. Entonces, comenzó a hundirse en un estado de coma terminal. La duquesa estaba decidida a mantener el control de sus emociones, negándose a romper a llorar delante del personal de servicio.

Existe más de una versión acerca de la muerte del duque. El fallecido John Utter le dijo a su amigo Hugo Vickers que Wallis estaba dormida en las primeras horas de la mañana del 29 de mayo, que fue cuando falleció sin sufrir. Fue Utter quien tuvo que despertarla y darle la mala noticia. Lo tomó con una resignación estoica.

Según la condesa de Romanones, poco después de las dos de la madrugada del día 28, los médicos llamaron a la duquesa para que acudiera desde su habitación al lado de la cama. Mientras la vida se le agotaba al hombre con quien había compartido la mayoría de sus días, la duquesa lo sujetó tiernamente entre sus brazos. Él dejó escapar un profundo suspiro; sus ojos azules miraron fijamente a los de ella; murmuró una sola palabra, «cariño», y después se desvaneció. Según Sydney Johnson, el duque también dijo: «Mamá, mamá, mamá, mamá». Johnson aparentemente pensaba que se estaba refiriendo a Wallis, pero obviamente podía haber estado llamando a su madre, la reina María, desaparecida ya hacía tiempo. La duquesa se quedó helada, paralizada, muda. Fue llevada amablemente a su habitación, donde se

sentó en silencio, mirando al vacío. Se negaba ya a mostrarse histérica. Y desde entonces, nunca perdió su dignidad ni un solo instante.

La noticia fue emitida en los servicios informativos de madrugada de la radio y la televisión. Millones de personas, al recordar la imagen dorada del príncipe de Gales, el hombre que había renunciado al trono por la mujer a la que amaba, sintieron un profundo pesar. Los jóvenes, que apenas eran conscientes de la crisis provocada por la abdicación y todas sus consecuencias, tampoco habían olvidado su historia. La reina decretó un periodo de duelo.

Según Sydney Johnson, cuando llegaron los embalsamadores desde Londres, la duquesa estaba llorando y le pidió a él que se encargara de todo. Johnson sugirió a los embalsamadores que vistieran al duque con un pijama y una bata. Ellos le contestaron que eso sería imposible a causa del *rigor mortis* y que lo cubrirían, desnudo, con una sábana de satén. Sus ropas se darían para los necesitados. El horrorizado Johnson le preguntó a la duquesa al respecto. Ella aparentemente le dijo: «No interfiera. Simplemente, péinele de la forma en la que él lo hacía y déjele. Saben lo que están haciendo».

A través de los medios, una Wallis afligida pero aparentemente serena solicitó a la opinión pública que no asediara la casa; la gente respondió a la petición con la debida consideración. A quienes quisieran expresar sus condolencias se les rogó que acudieran a la embajada británica en París, donde podrían firmar en un libro encuadernado en cuero negro. El 29 de mayo, cientos de personas aparecieron una hora antes de que abriera la embajada para mostrar su solidaridad más amable y profunda. Muchas de las firmas iban acompañadas de notas especiales de recuerdo. También acudió a la casa una multitud de personas, encabezadas por el peluquero preferido de la duquesa, Alexandre, el rey Umberto de Italia y Maurice Schumann, ministro de Asuntos Exteriores francés y antiguo periodista, que había estado presente en su boda, celebrada en el castillo de Candé en 1937. Hubert de Givenchy llegó para probarle el traje y el abrigo de duelo. Al día siguiente, se llevaron el cadáver, escoltado por motocicletas, al aeropuerto de Le Bourget, donde fue acompañado por una guardia de honor francesa especial antes de volar a Inglaterra en un avión de la flota de la reina a la base de las Fuerzas Aéreas Reales situada en Benson (Oxfordshire). La duquesa no se encontraba en condiciones de acompañar al féretro.

En Benson, el duque y la duquesa de Kent encabezaron el grupo que recibió el cadáver del antiguo monarca. Sonó el himno nacional. A la mañana siguiente el cuerpo fue llevado en una sombría procesión al castillo de

Windsor, donde se abriría la capilla ardiente en San Jorge. Una muestra del afecto que sentían los ingleses por el duque fue el hecho de que una multitud de personas en duelo esperara fuera de la capilla para presentarle sus últimos respetos. El catafalco, cubierto de azul real, estaba colocado en el centro de la nave del siglo XVI. Wallis había enviado una cruz compuesta de lirios recogidos en los jardines del Molino; el ataúd estaba flanqueado por cirios negros. Miles de personas pasaron junto al catafalco cada hora. Alvin Shuster, del *New York Times*, informó de que muchos de los presentes en la fila, que iba desde la puerta de Enrique VIII por Castle Hill, por delante de la estación de tren y aún más allá, recordaban el discurso de abdicación como si lo hubieran oído el día anterior. Joan Hutchison, que pasó doce horas en la cola, le contó a Shuster que ella tenía quince años y trabajaba en una fábrica de ropa de punto cuando oyó el discurso. «Lloré y lloré», le dijo. «Debería haberse quedado. La mujer a la que deseaba podría haber permanecido en la sombra. A nadie nos habría importado. Es una dama encantadora».

Con gran decisión, la duquesa, estoica y valiente aunque asolada por la tristeza, logró reunir fuerzas para acudir a Londres. El avión de la flota de la reina la llevó a Heathrow; la acompañaban su amiga Grace, condesa de Dudley; Mary, hija de Winston Churchill y esposa del embajador británico sir Christopher Soames; el doctor Antenucci, y John Utter, su secretario. Erguida, con la cara rígida como una máscara, la duquesa descendió la escalerilla para ser recibida por lord Mountbatten. Se dijo que le había preguntado a Utter: «¿Por qué no podía haber venido el príncipe Carlos?». En tono quejumbroso le confesó a Mountbatten: «Temo a la reina madre. Nunca le he gustado». Mountbatten hizo lo que pudo para tranquilizarla.

Incluso en aquellas circunstancias, la duquesa quedó horrorizada (como le había ocurrido en 1936) por el interior, para ella desolado y lúgubre, del palacio de Buckingham. Fue acomodada en la *suite* de Estado, situada en la parte delantera del edificio. La familia real hizo todo lo posible para que se sintiera cómoda, y se aseguraron de que el baño estuviera muy bien equipado; la propia *suite* era excepcionalmente cómoda y sus posteriores quejas estuvieron completamente injustificadas. Le volvieron a presentar a la princesa Ana, y le conmovió y alegró verla. Una reveladora fotografía del periódico mostraba a la duquesa en una ventana del palacio, con el rostro sellado por el pesar. Pero con su vestido de duelo de Givenchy, exquisitamente diseñado en seda negra, logró estar entre los miembros más elegantes y a la moda de la familia real, incluso a pesar de que se le siguiera negando su pertenencia a dicha familia.

La reina debía tomar una decisión difícil y desafortunada. Durante muchos años, el 3 de junio había sido el día de las celebraciones oficiales de su cumpleaños. Siempre constituía un acontecimiento importante, en el que ella realizaba a caballo el saludo a la bandera. Había pensado cancelar el evento este año, pero se le aconsejó no hacerlo. En lugar de ello, introdujo el detalle de que las bandas de gaitas tocaran un tema fúnebre, un recuerdo apropiado en vista del cariño que el duque sentía por ese instrumento. No sirvió de nada: la duquesa seguía odiándolo.

Prácticamente aún incapaz de moverse o hablar, Wallis vio la ceremonia por televisión desde la *suite* de Estado. Era el día del aniversario de su boda. Estaba sedada, pero incluso así el sonido de las gaitas le provocó un llanto incontrolable. Se encontraba tan agitada que apenas podía recordar lo que se le decía de un momento al siguiente. Finalmente, presionada por lady Monckton, accedió a ir con lady Dudley a la capilla ardiente oficial después de que el público se hubiera ido. A las 20.52 del 3 de junio, la duquesa abandonó el palacio de Buckingham en un coche de la Casa Real para dirigirse a la capilla de San Jorge en el castillo de Windsor. Acompañada por el príncipe de Gales y lord Mountbatten, rodeó despacio el catafalco sobre el que reposaba el ataúd de su marido en el centro de la nave. Estuvo mirando el ataúd sepultado entre flores antes de pasar a examinar las muchas coronas que llenaban los claustros. A Mountbatten y el príncipe Carlos les decía, una y otra vez: «¡Treinta y cinco años!». Y añadía: «Era toda mi vida. No puedo imaginarme qué haré sin él, que renunció a tanto por mí, ahora que se ha ido. Siempre confié en morir yo antes que él». Antes de que llegara ella, 57 903 personas habían pasado en fila a presentar sus últimos respetos. La reina, el príncipe Felipe y la princesa Ana también habían visitado la capilla ese mismo día más temprano.

La ceremonia, celebrada el 5 de junio, duró media hora. Comenzó a las 11.15 y no se admitió la presencia de público. La duquesa se sentó junto a la reina, con el duque de Edimburgo a su derecha. La reina madre hizo acto de presencia. El primer ministro, Edward Heath, también fue. E igualmente acudió el conde de Avon, Anthony Eden, que tan radicalmente se había enfrentado al duque durante el tiempo en que este había sido rey. Lord Mountbatten, el príncipe Carlos, el duque de Kent, el príncipe Guillermo, Richard de Gloucester y el rey Olav de Noruega también estuvieron presentes. El duque de Gloucester se encontraba demasiado enfermo para asistir.

El deán de Windsor, el reverendo Launcelot Fleming, presidió la ceremonia. La bendición fue otorgada por el doctor Michael Ramsey, arzobispo de Canterbury. El ataúd permaneció en la capilla mientras la familia real acompañaba a la duquesa a almorzar, después de lo cual la reina madre tomó la repentina decisión de asistir al entierro en Frogmore. La doliente comitiva se dirigió al lugar del entierro. El duque fue amablemente sepultado en la rica tierra inglesa, junto a su amado Jorge, duque de Kent, la princesa Marina, su adorado tío abuelo, el duque de Connaught, y la hermana favorita de su padre, la princesa Victoria. A la duquesa se le aseguró que, cuando llegara la hora, sería también enterrada junto a su marido, pero ella advirtió, con su viejo y típico toque de cinismo, que el espacio que le habían dejado era diminuto e incómodo. Le dijo al arzobispo de Canterbury: «Sé que soy una mujer delgada y de poca estatura, pero no creo que ni siquiera yo quepa en ese estrecho y triste trozo de terreno». La duquesa le comentó a su amiga la condesa de Romanones (quien es la fuente de esta historia) que el arzobispo le contestó entonces: «No creo que pueda hacerse mucho al respecto. Cabrá, no se preocupe». A lo que la duquesa respondió que ella pensaba que no. Quería que quitaran el borde para dejarle más espacio. «Después de todo, no soy un erizo». Esta conversación, al estilo de *Alicia en el País de las Maravillas*, concluyó con la promesa del arzobispo de que mandaría retirar el borde. La cumplió; finalmente hubo espacio más que suficiente para ambas tumbas.

Entonces se produjo un error desafortunado. El lord chambelán, encargado de todas las gestiones, no había dispuesto que ningún miembro de la familia real fuera al aeropuerto de Heathrow a despedir a la duquesa en su vuelo hacia Francia. En lugar de ello, y de forma conmovedora, todos los miembros de la familia presentes se despidieron de ella en el castillo de Windsor. Conteniendo las lágrimas, Wallis fue acompañada por la honorable Mary Morrison, dama de compañía de Su Majestad, y por el lord chambelán. El tercer miembro del grupo era el teniente coronel John Johnston, que casualmente era el yerno de sir Alexander Hardinge. A la honorable Mary Morrison no se le permitió realizar una reverencia a la duquesa ni siquiera teniendo en cuenta las circunstancias. Reuniendo una considerable cantidad de energía, la duquesa subió sin ayuda la escalerilla del avión, mientras era filmada por las cámaras de televisión. Y continuó su viaje a París en el avión de la Corona mientras su querida lady Dudley hacía todo lo que podía por consolarla. En la Casa de los Comunes, Edward Heath habló emotivamente de la muerte del antiguo monarca y finalizó su discurso con palabras de elogio

para la duquesa, «quien le devolvió la devoción que él sentía por ella con igual lealtad, compañía y amor. Su muerte es, sobre todo, la pérdida sufrida por ella, y hacia ella esta Casa desea extender su más profundo pésame». Harold Wilson, líder de la oposición, añadió palabras de admiración al decir: «Confiamos en que ella se sienta libre de venir y comunicarse libremente con el pueblo al que su marido, príncipe de Gales, rey y duque, dedicó su vida». El desafortunado líder liberal Jeremy Thorpe confirmó estos sentimientos. Sin embargo, a pesar de las expresiones de toda la cámara y el considerable ablandamiento hacia la duquesa de varios miembros importantes de la familia real, se le negó categóricamente el tratamiento de Su Alteza Real incluso en ese momento. Uno debía dirigirse a ella como «Su Excelencia, la duquesa de Windsor».

Agotada, la duquesa regresó a su casa de París. De forma inquietante, despidió a Sydney Johnson, aparentemente por haber solicitado retirarse pronto un día para ir a casa con su familia. Estos repentinos cambios de humor no eran típicos en ella y parecían deberse a los efectos adversos de ciertos preparados médicos, la inminente aparición de la senilidad o ambas cosas.

El duque le dejó toda su fortuna, valorada en tres millones de libras, además de su extraordinaria colección de joyas. Maurice Schumann, en representación del gobierno francés, la informó de que no se le cobraría el impuesto de sucesiones y que seguiría sin tener que pagar el impuesto sobre la renta de por vida. Además, la casa sería suya a perpetuidad. El Molino seguía en venta, pero en junio de 1973 finalmente apareció un comprador: Edmond Antar, un hombre de negocios suizo, pagó cerca de un millón de dólares por él. A pesar de eso, agobiada por los gastos de la duquesa, *Maître* Blum vio necesario vender muchas posesiones de los duques de Windsor durante el transcurso de la siguiente década.

Durante algunas semanas, la duquesa permaneció casi completamente recluida, atendida por una reducida plantilla de personal de servicio que dirigía su elegante mayordomo francés Georges Sanègre y la mujer de este, Ofélia. John Utter, un antiguo diplomático estadounidense que en una época había sido, irónicamente, emisario ante el emperador de Etiopía, Haile Selassie[44], siguió siendo su secretario. Le ayudaba Johanna Schutz. *Maître* Blum estaba constantemente en la casa atendiendo los complejos detalles de la propiedad. También asumió un papel protector, disuadiendo a los miembros de la prensa de que curiosearan en la soledad de la duquesa, intentando evitar que invadieran el territorio de la duquesa y tomaran

fotografías de ella a través de las ventanas. Gradualmente se convirtió en la guardiana que en otra época había sido el fallecido Walter Monckton.

La duquesa había confiado en poder asistir a una boda en Salzburgo, pero su vieja úlcera volvió a recrudecerse e impidió el viaje. En su lugar, invitó a los recién casados, el hijo y la nuera de la condesa de Romanones, a alojarse en su casa cuando hubieran concluido su luna de miel. En una de sus escasas apariciones públicas, los llevó a cenar a Maxim's. Se quedaron muy sorprendidos cuando ella pidió una hamburguesa. Ahora que su vida parecía llegar al final en todos los sentidos, no veía ningún motivo por el que seguir disimulando y sus antiguos e intensos sentimientos y gustos estadounidenses volvían a resurgir.

Siguió preocupándose por el tamaño de su tumba en Frogmore. Finalmente, sus abogados londinenses la tranquilizaron al afirmar, de un modo algo extraño: «Existe mucho espacio entre la tumba del duque y el borde, aproximadamente ocho metros». La carta añadía que había más de cinco metros al otro lado hasta la base del plátano que daba sombra a aquella parte del jardín. Se le adjuntaba un dibujo en el que se mostraba la disposición exacta. La duquesa le envió una nota a la condesa de Romanones pidiéndole que se asegurara «cuando le llegara la hora del arrullo» de que el árbol no se precipitara sobre las dos tumbas.

La abogada de Wallis, *Maître* Suzanne Blum, aún conservaba la invencible ventaja de estar al tanto de los idilios de Wallis con Guy Trundle y William Bullitt entre 1937 y 1940; de que el nazi Armand Grégoire había sido su abogado; de su verdadera relación con Ribbentrop; de todas sus actividades de espionaje y, por supuesto, del *dossier* de China. La duquesa nunca se atrevería a dejarla marchar, y la abrumadora influencia de la abogada aumentaba cada día, cada semana, cada mes. La dominadora gobernaba a su víctima voluntaria desde un sombrío y lúgubre apartamento de la Rue de Varenne. Las pocas personas que eran lo suficientemente intrépidas como para visitarla, arriesgándose a desatar su cólera, debían subir a su cuartel en un ascensor artrítico y crujiente que parecía que se iba a despeñar de forma inminente hasta el sótano. Cuando llegaba una visita, una doncella, doblada por la edad, abría la puerta hacia una habitación de seis imponentes puertas, revestidas con los familiares marrones y ocres apagados de los años treinta.

A pesar de las manchas que dejaba la vejez y las arrugas en las manos, el pequeño monstruo se había sometido a una operación estética en el rostro y aparentaba tener menos años que los ochenta y cuatro que había cumplido. Odiaba los encuentros con periodistas o potenciales biógrafos; les siseaba

amenazadora, como una cobra. Desestimaba cualquier libro o artículo escrito sobre la duquesa, tachándolo de «inmundo» o considerándolo un pastiche realizado a partir de las sobras de una cocina de segunda clase. Insistía de forma absurda en que el duque nunca había mantenido relaciones sexuales con la duquesa; que la duquesa había sido virgen hasta el día en que murió e incluso que era un hombre —a pesar de la operación de ovarios, algo que Blum decidía olvidar—. Cuando la fallecida novelista irlandesa Caroline Blackwood tuvo la osadía de mencionar el hecho de que el duque, después de que un equipo de porteadores llevaran ochenta y seis piezas de equipaje a varias *suites*, no les hubiera dado propina a ninguno, Blum soltó: «¡Propina! ¡Que él les diera una propina! ¡Eso habría sido degradante!». Y llamó a la señorita Blackwood «chacal». Después, de repente, se debilitó y tembló, pareciendo más vieja y agitada cuando surgió la pregunta acerca de las facturas médicas de la duquesa. «Son espantosas», gruñó.

Lenta, pero segura, la duquesa comenzó a disfrutar de una mínima vida social. Patrick O'Higgins, amigo cercano y biógrafo de la magnate del perfume Helena Rubinstein, la llevó a algunas cenas poco concurridas en París. Ocasionalmente quedaba también con sir Oswald y lady Mosley, y los Rochefoucauld. Celebraba *soirées* íntimas, a las que nunca asistían más de ocho invitados. Cuando salía a cenar, siempre se aseguraba de que había un guardia a la puerta del restaurante. Le aterraba la posibilidad de ser asesinada o secuestrada; sin duda seguía siendo muy poco popular entre los círculos comunistas, aunque es cuestionable que en aquella época pudiera haber sido considerada realmente un objetivo. Hablaba de fundar un museo sobre la duquesa de Windsor en Oldfields School, donde había pasado gran parte de su infancia. Pero el proyecto primero quedó apartado y luego se descartó. A veces le fallaba la memoria y olvidaba nombres o incluso caras. Obsesionada por el miedo a los robos, tenía junto a su cama un revólver de juguete (ella pensaba que era de verdad) y hacía aumentar continuamente la complejidad de su sistema de alarmas electrónicas, que protegía cada centímetro de puerta o ventana de la casa. A veces se levantaba por la noche y miraba, cada vez más miope, por la ventana, intentando ver si el antiguo soldado francés al que había contratado se encontraba en su puesto. Se tambaleaba y se rompió la cadera. Ingresada en el Hospital Americano de Neuilly, era petulante, difícil y se mostraba confundida, buscando en vano el interruptor de la luz, agobiando continuamente a los trabajadores con preguntas e ignorando sus respuestas. A veces, su antiguo humor centelleante volvía a resurgir de un modo excéntrico. Un amigo de toda la vida fue a visitarla. Él cojeaba mucho apoyado en un

bastón y le dijo que también se había roto la cadera. Ella gritó, alegremente: «¡Hip, hip, hurra!»[45].

La duquesa mantuvo todo en la casa exactamente del mismo modo en que estaba cuando falleció su marido. Incluso conservó aquellos cigarrillos que ella odiaba; las pipas siguieron en sus estantes, y los puros yacían alineados en sus lujosas cajas. El escritorio se conservó exactamente igual, manteniéndose incluso llenos los tinteros. La habitación del duque siguió estando atestada de retratos de Wallis desde una punta hasta la otra. Quien la visitaba advertía que casi todas las imágenes retrataban a Wallis sola; tan solo en algunas se veía al duque con ella. Incluso el guardarropa se dejó como estaba. En los armarios, seguían colgados todos los trajes del duque, inmaculadamente conservados entre bolas de naftalina.

La duquesa se preocupaba constantemente por sus doguillos, por los que sentía mayor adoración que nunca, y se agobiaba de que no estuvieran tomando la comida adecuada. Comenzó a recortar la plantilla, aplicando los mismos principios de una economía despiadada que había utilizado con el personal de Fort Belvedere y York House en Londres. Durante una visita a Biarritz, que seguía siendo uno de sus lugares preferidos, se cayó otra vez y se rompió varias costillas. Resultó difícil meterle un tubo de anestesia por la garganta a causa de toda la cirugía plástica que se le había realizado en el cuello.

Incluso en el hospital quiso mantener su estilo. Rechazó rotundamente la comida del centro médico, prefiriendo su propio menú de tres estrellas, suministrado por su *chef* personal. Horrorizada ante la ropa de cama barata que tenían allí, hizo traer sus propias sábanas y almohadas. Arregló su habitación con magníficos ramos de flores y, en determinado momento, con un cojín que ponía: «No se puede ser ni demasiado delgada ni demasiado rica».

En el periódico francés *France-Dimanche* apareció la absurda historia de que iba a casarse con John Utter en 1972. Esto le provocó una risa que venía necesitando. A pesar de que la duquesa le suscitaba algunas dudas, ella siempre pudo confiar en Utter, un hombre cálido y entrañable, para que la alegrara y le ofreciera una compañía satisfactoria. No vivía en la casa, sino que tenía la suya propia en el campo, en Osmoi, donde había establecido una fundación para músicos prometedores que no podían permitirse pagar los elevados alquileres de París. A Utter no le impresionaba lord Mountbatten, que solía aparecer por casa de la duquesa y, actuando como si el lugar fuera

suyo y fuera el jefe de Utter, le decía: «Saque su libreta, John», y pasaba a dictarle algunas cartas. Esto enfurecía al diplomático jubilado.

Mountbatten enfadaba a John Utter aquellos años al pasearse por las habitaciones de la casa de París, señalando esta o aquella obra de arte, sobre todo las cajas de oro de Fabergé que habían pasado por alto los ladrones de Ednam Lodge, diciendo que la intención del duque era regalárselas y proponiendo llevárselas. Utter y Johanna Schutz avisaron de ello a *Maître* Blum y, en consecuencia, ella misma se aseguró de estar presente durante las visitas de Mountbatten para evitar cualquier posible robo. Otra persona a la que se le pidió que estuviera presente era Aline, la condesa de Romanones. La duquesa le dijo: «[Mountbatten] siempre está pidiendo cosas. ¡Con todos los honores que le concedió mi amable marido! Sospecho que incluso Georges [Sanègre] teme sus visitas […]. Pero ¿qué podría esperarse de un hombre que tiró a su mujer al mar?». Esta última era una referencia al hecho de que lady Mountbatten, después de morir en Borneo, hubiera recibido sepultura bajo las olas.

Según la duquesa, Mountbatten insistió durante una de sus visitas, en 1973, en que ella hiciera testamento y se lo dejara todo a la familia real. Naturalmente, según contaba ella, Mountbatten deseaba estar incluido en la herencia. Incluso había esbozado una versión provisional del documento, en la que indicaba a quién correspondería cada cosa. La duquesa tenía aparentemente la intención de dejarles alguna herencia, sobre todo al príncipe Carlos, pero le dijo a la condesa de Romanones: «[Todos] ellos querían robarle a David sus propiedades». Esta acusación, evidentemente, era falsa. De hecho, como bien sabía la duquesa, era ella quien había disfrutado de los beneficios de unos ingresos vitalicios debido al chantaje que su marido había realizado a los miembros de la familia real al obligarles a pagarle una renta a cambio de que cediera sus derechos sobre Sandringham y Balmoral.

Según *Maître* Blum, Mountbatten intentaba entonces que la duquesa firmara un documento mediante el cual pondría todas sus propiedades a disposición de una fundación que se encargaría de administrar el mismo Mountbatten y que presidiría el príncipe de Gales. La instaba a recuperar su antiguo bufete de abogados de Inglaterra, Allen y Overy. La duquesa autorizó que fueran devueltos a Londres algunos documentos inofensivos, insignias militares y otro tipo de condecoraciones de su marido en beneficio de la reina; fueron almacenados, hasta donde sé, en el castillo de Windsor. Pero, más tarde, *Maître* Blum realizó unas acusaciones extremadamente graves en una serie de cartas fechadas el 24 de marzo, el 5 de abril y el 7 de abril de 1979,

dirigidas al viejo amigo de los duques de Windsor Kenneth de Courcy, duque de Grantmesnil. Afirmaba que, si bien la duquesa estaba encantada de entregar a palacio las cartas que el rey Jorge VI y la reina Isabel habían enviado al duque y ella consideraba recuerdos históricos, ese era el límite de su acuerdo.

Maître Blum le comunicó a Grantmesnil que dos individuos, bien autorizados por Mountbatten o bien por «alguna otra persona», y actuando bajo una supuesta autoridad de la Casa Real, habían obtenido de alguna forma las llaves de las cajas y los archivos confidenciales del duque y habían robado su contenido, colocándolo todo en cajas de mudanza que habían sido llevadas en condiciones secretas al despacho del conserje, desde donde fueron cargadas en una camioneta cuando cayó la noche. Entre los contenidos estaba la correspondencia privada del duque, los documentos de divorcio de Win Spencer y Ernest Simpson, facturas de comercios y grandes almacenes, y gran parte de la correspondencia privada de la duquesa. *Maître* Blum confirmó sus acusaciones con declaraciones por escrito de John Utter, Sydney Johnson y Johanna Schutz. Todos ellos apoyaron la afirmación de *Maître* Blum de que, cuando la duquesa solicitó que se abrieran sus archivos y cajas, quedó horrorizada al encontrarlos vacíos.

Grantmesnil decidió comentar el asunto del supuesto robo real con sir Robin Mackworth-Young, bibliotecario del castillo de Windsor. Sir Robin le contestó el 11 de abril afirmando que la reclamación carecía de fundamento. Le dijo que la primera remesa de documentos se la había entregado Utter el 15 de junio de 1972, en presencia de *Maître* Blum. La duquesa había recibido a sir Robin personalmente. Ella misma había dado permiso para la transferencia de los documentos. La segunda remesa había sido entregada, de nuevo en persona y de nuevo por Utter, el 13 de diciembre del mismo año. La tercera había sido entregada el 22 de julio de 1977. En esta ocasión, la duquesa no había estado presente y John Utter ya había dejado su empleo. En 1987, en respuesta a una pregunta, el bibliotecario del castillo de Windsor que había sucedido a Mackworth-Young le envió al autor de este libro una carta parecida. La fallecida *Maître* Blum no llevó adelante las acusaciones de robo y el asunto continúa abierto.

El 30 de marzo de 1973 Wallis regaló al Estado francés su colección de muebles estilo Luis XVI, además de algunos cuadros y piezas de porcelana. Parte de estos objetos se expusieron en Versalles, otros en el Museo Nacional de Cerámica de Sèvres y otros en el Louvre.

En 1974 la duquesa fue capaz de reunir las fuerzas necesarias para tomar un barco hacia Nueva York. Acompañada por Johanna Schutz y dos de sus doguillos, zarpó a bordo del transatlántico italiano Rafaello y llegó a su destino el 9 de abril. Un periodista del *New York Times* logró obtener unas breves declaraciones. Le dijo: «Ya no salgo tanto y estoy mucho más sola. [La familia real] montó un escándalo en la época de la abdicación, pero no creo que hicieran algo así ahora. Me llevo bien con la familia real». Su viejo ingenio salía de nuevo a relucir. De modo ignorante el reportero le preguntó, olvidando la publicación de *The Heart Has Its Reasons*, si algún día escribiría su autobiografía. «¡Sería lo peor que podría hacer!», le soltó, pero el periodista no entendió la ironía. Le fascinó enterarse, mientras estaba en el Waldorf Towers (en la *suite* 40F, doce pisos por encima de su querida 28A, una *suite* que pertenecía al coleccionista de arte millonario y magnate de la alimentación Nathan *Nate* Cummings), de que el príncipe Carlos había estado hacía poco en San Diego, escenario de aquella memorable noche en la que ella había avistado al príncipe de Gales en el otro extremo de la sala.

Se recuperó un poco con los vibrantes estímulos de Manhattan. La princesa Margarita y lord Snowdown la llamaron y fueron fotografiados con ella. *Nate* Cummings le arregló la *suite* del Waldorf con un cuadro de Sisley y otro de Renoir. La duquesa compró algunos objetos decorativos para alegrar aquellos muebles sombríos y una vez más llenó las habitaciones de uno a otro extremo con sus flores favoritas. Ayudada de un bastón y encantadoramente vestida por Givenchy, siempre causaba sensación en el ascensor y en el vestíbulo en sus salidas y entradas. Encorvada, ostensiblemente frágil, mirando siempre de frente, con la voz algo temblorosa, llevaba consigo un aura de extraordinaria dignidad, resolución y poder intrínseco. Incluso en su precipitado declive, sin duda seguía siendo alguien.

La duquesa realizó una visita privada a la tumba de su marido en Frogmore. Le envió una sencilla pero maravillosamente redactada carta de agradecimiento a la reina por su consideración, y le conmovió recibir un sensato y sensible telegrama del príncipe Carlos. Le adoraba y siempre hablaba de dejarle una parte pequeña aunque significativa de su herencia, pero el 9 de diciembre de 1974 escribió a Mountbatten afirmando categóricamente que los esfuerzos por recuperar las obras de arte propiedad del duque serían permanentemente rechazados. John Utter le fue de mucha utilidad a la duquesa cuando cayó gravemente enferma el 13 de noviembre de 1975 y hubo de ser ingresada en el Hospital Americano. Casi muere a causa de su viejo problema de úlceras sangrantes. Un día de mayo de 1976, le

apeteció tomar un poco el sol y sus dos enfermeras la sacaron a la terraza de la casa. Dos fotógrafos tomaron unas imágenes crueles y devastadoras de ella, esquelética, débil y con las mejillas chupadas. Las fotografías fueron publicadas en *France-Soir*. *Maître* Blum demandó al diario por invasión de la privacidad y recibió una indemnización de 80 000 francos.

Ese verano Wallis comenzó a sufrir las típicas alucinaciones de la senilidad. «¡Estoy asustada! ¡Han vuelto a venir! ¡Han movido mis cosas! ¡Es la segunda vez que me roban!». No parecía referirse a los documentos perdidos; la duquesa parecía convencida de que algunos de sus objetos decorativos habían sido robados por Mountbatten.

Ese junio, mes de su cumpleaños, volvió a hablarse de que un grupo político de izquierdas planeaba secuestrarla, y decidió aumentar la vigilancia en su casa. Cuando se jubiló John Utter, molesto e incómodo con los repentinos y alarmantes cambios de humor de la duquesa, continuó viéndola de vez en cuando, llevándola a cenar aproximadamente cada dos meses y llamándola todos los días para ver cómo se encontraba. Entonces, de repente, y sin la menor explicación, ella puso punto final a la relación. Cuando él la telefoneaba desde su casa de campo, la recepcionista le informaba de que Johanna Schutz había dado instrucciones de que no se pasaran sus llamadas. Fue el mismo destino que debió afrontar Freda Dudley Ward cuando intentaba ponerse en contacto con el príncipe de Gales en York House unos cuarenta años antes.

La duquesa fue debilitándose cada vez más. Los médicos del Hospital Americano de París lograron que redujera el consumo de alcohol al mínimo; había estado bebiendo cada vez más durante los años previos. Apenas comía nada y perdió tanto peso que en 1976 ya estaba demacrada. Seguía yéndosele la cabeza. Incapaz de llegar al teléfono, levantaba un instrumento imaginario y ordenaba tranquilamente: «Señorita Schutz, haga el favor de venir inmediatamente». Todo el mundo en su círculo de amistades pensaba que sería muy importante para ella que la reina madre cediera finalmente y le realizara una visita personal. Dice mucho a favor del carácter de la reina madre el hecho de que, a pesar de todo lo que había ocurrido durante la década de 1930, estuviera dispuesta a complacerla.

La reina madre debía ir a París en octubre de 1976, y se decidió que llevaría a cabo esa misión de compasión en dicho viaje. El día 25 se encontraba en la embajada británica, donde se celebraba un almuerzo oficial en su honor. Al día siguiente, inauguró el Centro Cultural Británico de París. Se convino que a las cuatro de la tarde sería conducida a casa de la duquesa

en el coche de la embajada. Pero en el último minuto la duquesa se encontró demasiado enferma para recibirla. Johanna Schutz llamó a la embajada para comunicar que la duquesa, como consecuencia de su mal estado de salud, no podría recibir a Su Majestad. Más tarde se le explicó a la reina madre que la duquesa sufría fuertes alucinaciones y que tanto el doctor Jean Thin como *Maître* Blum pensaban que no era el momento más apropiado para un encuentro. La reina madre demostró entonces todo el esplendor de su carácter. Le envió a la duquesa un ramo de dos docenas de rosas, rojas y blancas, con una nota que decía: «Desde la amistad, Isabel».

Unos meses más tarde, ese mismo año de 1976, en representación de la duquesa, la señorita Schutz acordó prestar varias de las posesiones personales del duque para una exposición en el castillo de Windsor con la que se conmemoraba el quincuagésimo cumpleaños de la reina. Hugo Vickers, el conocido biógrafo, voló a París el 14 de septiembre para recoger los doce objetos que se prestaban. Según Vickers: «La reina madre examinó los objetos de la abdicación con interés, al tiempo que expresó su desaprobación por que se exhibieran cosas relacionadas con Mussolini y Hitler».

En mayo de 1978, Verity Lambert, directora teatral de Thames Television, acudió a ver a *Maître* Blum para informarla de que Simon Raven iba a escribir el guion de una serie de siete capítulos titulada *Edward and Mrs Simpson*, basada en la biografía de Eduardo VIII que había realizado lady Frances Donaldson. *Maître* Blum no estaba en absoluto satisfecha con el libro de lady Donaldson, pero aparentemente, dadas las leyes en vigor, no podía intervenir. Aunque sin duda le habría gustado hacerlo. Exigió ver el guion, pero le dijeron que eso era imposible. A la duquesa tampoco le hacía ninguna gracia la idea de verse retratada en la pantalla y quizá fue una suerte que su estado físico y mental le impidieran enterarse de la existencia de la serie.

Ya estaba gravemente enferma. *Maître* Blum se hizo cargo de todo. La casa era como una morgue. Solo quedaban el mayordomo, Georges Sanègre, y su mujer; una doncella, Germaine, la recepcionista y las enfermeras de día y de noche. La duquesa había perdido la movilidad de las manos y los pies y debía ser transportada en brazos de la cama a un sillón de clínica. Durante un tiempo se prohibieron las visitas, porque, cuando estas llegaban, la duquesa parecía excitarse y le subía la tensión hasta extremos peligrosos. Tenían que darle la comida en papilla. John Utter le comentó a un amigo: «Por la salud de todos, cuanto antes se muera, mejor será». En ocasiones, estaba perdida en su mundo. Finalmente, tuvo que ser alimentada por vía intravenosa porque, dado su estado de semiparálisis, era incapaz de tragar. Trágicamente, no entró en

coma, lo que al menos le habría impedido ser consciente de su destino. Conservaba momentos de vívida consciencia, que para alguien de su esencial vitalidad y amor por la vida debieron de resultar casi insoportables.

Según la condesa de Romanones, la duquesa la llamó, diciendo: «Aline, debes venir a verme de inmediato. Te necesito de forma desesperada». La condesa estaba muy atareada organizando las primeras elecciones libres que se celebraban en España desde que el general Franco se había hecho con el gobierno. Este acababa de morir y el rey Juan Carlos había asumido el trono. La condesa le preguntó a Wallis si podría ir la semana siguiente. La duquesa le contestó que no había problema. Al día siguiente, la condesa llamó para comunicarle la hora exacta de su llegada para que el chófer pudiera recogerla en el aeropuerto. Johanna Schutz respondió al teléfono. La condesa pidió que la pasaran con Wallis. La señorita Schutz contestó que eso era imposible; que si tenía algún mensaje para la duquesa, ella estaría encantada de transmitírselo. La condesa se quedó impresionada y disgustada. Le dijo que iría allí de todas formas. Todos sus esfuerzos posteriores para ponerse en contacto con la duquesa resultaron infructuosos. La condesa de Romanones escribió y telefoneó varias veces, pero nunca obtuvo respuesta.

Wallis ya ni siquiera era capaz de leer; estaba casi ciega. A veces pedía débilmente que la acercaran a la ventana, donde podía oír cantar a los pájaros. Hugo Vickers, al observar la casa desde la carretera, escribió:

> Por encima del muro, a través de la atmósfera gris y nebulosa, se podía ver una especie de tumba viviente. Todas las ventanas de la planta baja tenían las contraventanas cerradas al mundo exterior, pero creo que la ventana del salón estaba abierta. En la planta de arriba, donde [estaba sentada] lo que quedaba de la duquesa rodeada de enfermeras, había dos luces: una en un extremo, que era su dormitorio, y otra en la ventana contraria, que creo que era la sala de estar de la planta superior.

La duquesa no fue consciente de su cumpleaños en junio de 1980. En ese momento entró en escena una persona nueva: Michael Bloch, el heredero de una acomodada familia residente en Irlanda. Nacido en 1953, se había licenciado en St. John’s College, Cambridge. Había escrito a *Maître* Blum solicitando ayuda en un libro que estaba escribiendo sobre el historiador y biógrafo Phillip Guedalla, un viejo amigo del duque de Windsor. Deseaba entrevistar a *Maître* Blum y que le permitiera el acceso a determinados documentos. A la abogada parisina le cayó muy bien y le nombró su

ayudante; había sido admitido en el Colegio de Abogados de Inglaterra. Bloch se convirtió en el custodio oficial de los papeles de los duques de Windsor y también en su biógrafo oficial. Fue nombrado editor y anotador de las cartas de la duquesa, la mayoría de las cuales escaparon a la supuesta mudanza de papeles al castillo de Windsor por parte de personas sin autorización.

En la época en la que asumió su cargo, la duquesa era ya incapaz de hablar con él o de ayudarle en sus búsquedas. Sin embargo, había concedido plenos poderes a *Maître* Blum para que la abogada publicara lo que ella escogiera. En respuesta a algunas preguntas, *Maître* Blum había afirmado que la duquesa deseaba que su correspondencia se publicara. Muchas de las cartas que aparecieron tras la muerte de Wallis (y que obtuvieron gran éxito, sobre todo en Inglaterra) eran de un carácter dolorosamente personal. Pero también de un indispensable valor para el biógrafo.

Después de llevar dos años intentando ver a la duquesa, finalmente la condesa de Romanones logró obtener permiso de *Maître* Blum para realizar una visita. Esto constituía un privilegio extremadamente infrecuente. Wallis había sufrido varias hemorragias graves. Cuando la condesa llegó a la casa, advirtió un silencio inquietante y perturbador. De inmediato, supo qué echaba de menos: los sonoros ladridos excitados de los doguillos. Por desgracia, la duquesa ya no había sido capaz de tolerar más tiempo el sonido que antes adoraba y había regalado los perros. Cuando la condesa entró en el tocador, la habitación exquisitamente amueblada existente entre los dos dormitorios, encontró a la duquesa sentada con una inmensa y majestuosa elegancia en su silla de ruedas, ataviada con una preciosa bata de brocado del color de sus ojos azules. Llevaba el pelo elegantemente peinado hacia atrás por detrás de las orejas, dejando ver sus aún impresionantes pómulos y el firme contorno de su mandíbula. Tenía puestos sus zafiros preferidos. Sorprendentemente, y por primera vez en semanas, mantuvo la coherencia, y cuando la condesa le dijo que parecía una emperatriz china, Wallis se iluminó con un antiguo recuerdo significativo. «Eso me decía la gente cuando vivía en Pekín en 1924», respondió.

Incluso cuando la condesa regresó varios meses después, la duquesa aún fue capaz de hablar con ella. Seguía teniendo un oído tan agudo que incluso advirtió los pasos de la condesa cuando esta entró en la habitación. A la condesa le entristeció ver que no le habían hecho la manicura a Wallis y que ya tenía el pelo blanco y exánime. Pero aún apreciaba la belleza. Mirando por la ventana, dijo: «Observa cómo ilumina el sol los árboles. Pueden verse tantos colores diferentes…». Pero después murmuró una frase que a la

condesa le supuso una puñalada en el corazón: «Dile a David que entre. ¡No querrá perdérselo!». En su tercera y cuarta visita, la condesa no oyó salir ni una palabra de los labios de la duquesa.

Wallis no volvió a salir de casa después de 1981. El doctor Thomas Hewes, veterano médico del Hospital Americano de Neuilly, respondió con las siguientes palabras al ser preguntado sobre su situación: «La duquesa está como un vegetal, en un estado lamentable. No creo que sufra ya en absoluto». Se contrató a un pianista para que fuera a tocar, hora tras hora, diversas canciones populares que tiempo atrás le habían gustado al duque, entre las que se encontraban «Bye Bye Birdie» y «I Get a Kick out of You», en un esfuerzo por despertar su mente moribunda. No sirvió de nada. Los interesados pasaban al lado de la casa y miraban a través de la valla a la ventana del dormitorio, donde su silenciosa figura yacía inmóvil. En ocasiones veían a enfermeras de blanco yendo de acá para allá, pero, salvo por eso, no existían señales de vida. Empezaron a circular rumores extraños, que ya había muerto y había sido conservada congelada, o que estaba atada a una sofisticada computadora que le indicaba a *Maître* Blum qué sustancia necesitaba o si las enfermeras habían cumplido con su tarea.

Finalmente, toda aquella desagradable publicidad relacionada con su enfermedad cesó. Durante meses no apareció nada en la prensa. Entonces, el 24 de abril de 1986, gracias a Dios, su corazón se paró finalmente. Tenía noventa años.

El lord chambelán voló a París para escoltar el cadáver hasta casa en un ataúd liso de roble. El duque de Gloucester, su sobrino político, cuyo padre había muerto unos años antes, recibió los restos en la base de las Fuerzas Aéreas Reales situada en Benson y acompañó su traslado hasta el castillo de Windsor. El castillo estaba cerrado y una guardia de honor esperaba para despedir a la duquesa en su último viaje.

Hubo una ceremonia privada de veintiocho minutos en la capilla de San Jorge a la que asistieron 175 personas. La reina Isabel II entró a la capilla acompañada del príncipe Felipe y de la reina madre. El embajador estadounidense, Charles Price, estuvo presente. Dieciséis miembros de la familia real se sentaron en el coro, directamente enfrente del ataúd, que estaba flanqueado por caballeros militares de Windsor, con su uniforme rojo de galones dorados. A la duquesa le fue concedido el honor de yacer en la misma posición y lugar que lo habían hecho el rey Jorge V, el rey Jorge VI, la reina María y el duque de Windsor. La corona de lirios amarillos y blancos enviada por la reina estaba situada sobre el centro del ataúd. Las palabras «Su Alteza

Real» no aparecían en la banda; de forma absurda, se omitió el nombre de la duquesa en la ceremonia. El coro de la capilla de San Jorge cantó el himno «Thy will keep him in perfect peace» [«Tú le mantendrás en paz»]. Entre los dolientes se encontraba lady Mosley, cuyo marido había muerto en 1980; la condesa de Romanones; la princesa Ana María von Bismarck; Grace, lady Dudley; lady Alexandra Metcalfe; el duque y la duquesa de Marlborough; y Laura, duquesa de Marlborough. Muy pocos de los otros amigos de la duquesa seguían vivos.

Al final de la ceremonia, el ataúd fue llevado en procesión desde el coro, conducido por el gobernador del castillo de Windsor y mariscal de las Fuerzas Aéreas Reales sir John Grandy, y por los caballeros militares de Windsor, y precedido por el deán de la Catedral Americana de París, el arzobispo de Canterbury, el deán y los canónigos de Windsor y el lord chambelán. La reina, la reina madre, el príncipe Felipe, la princesa Ana y el príncipe de Gales siguieron al ataúd en su camino a lo largo de la nave y en su bajada por los Great West Steps. Y después la duquesa por fin fue enterrada en la tumba adyacente a la del duque.

Las notas necrológicas publicadas tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos fueron en líneas generales respetuosas. De hecho, más de un periódico afirmaba incorrectamente que cualquier sugerencia relacionada con sus vínculos nazis carecía de fundamento. La condesa de Romanones publicó un artículo en el número de junio de 1986 de *Vanity Fair* en el que, en medio de muchos recuerdos coloridos —y algo discutibles—, incluía algunos comentarios poco halagadores que la duquesa supuestamente había realizado sobre la reina madre. Parece ser que la duquesa se burlaba de la reina madre en sus conversaciones con la condesa llamándola «galleta» y diciendo que recordaba a «un pudin». Con considerable ingratitud, dada la delicadeza que la reina madre había mostrado hacia ella en el momento de la muerte del duque, describió de forma insultante el sombrero negro de la gran dama como «algo que llevaba una flecha de plástico blanco atravesándolo». Y dijo que casi se había reído en la cara de la reina madre a pesar de lo afligida que se encontraba. En el resto del artículo la condesa, que como antigua agente de la OSS debería haber estado mejor informada, insistía en que la duquesa había sido falsamente acusada de tener relación con los nazis. Aunque aparentemente lo hacía a favor de la duquesa, el artículo al final no resultó ser muy halagador.

Sus cartas de amor fueron publicadas por entregas desde la misma semana de la muerte de la duquesa, lo que algunos han considerado una falta de tacto.

Poco después fueron publicadas en forma de libro. Una carta importante de Alistair Cooke apareció en el *New York Times* del 9 de mayo. El señor Cooke señalaba que el verdadero motivo de la abdicación era que, según los términos del Estatuto de Westminster, aprobado en 1931, cualquier alteración de la ley que tuviera que ver con la sucesión al trono requería el consentimiento de los Parlamentos de los dominios, así como el del Parlamento del Reino Unido. Y por eso se exigía que el secretario de Estado para los Dominios planteara el asunto a los diversos Parlamentos de la Mancomunidad Británica de Naciones. Así, mientras Nueva Zelanda estaba dispuesta a seguir la decisión que tomara por mayoría el Parlamento británico y en la India la opinión estaba dividida entre hindús y musulmanes, Canadá, Australia y Sudáfrica se mostraban inflexibles en su decisión de nunca aceptar a Wallis como reina ni permitir que se casara con el príncipe de Gales mediante un matrimonio morganático. El Partido Laborista de Londres, por supuesto, se oponía igualmente.

A pesar de que es discutible, cuando menos, que el duque y la duquesa desearan que su correspondencia romántica fuera examinada por el interés del gran público, es probable que a la duquesa (aunque no al duque) sí le hubiera alegrado ver que sus magníficas joyas se exhibían ante el mundo entero. *Maître* Blum tomó la decisión de subastar toda la colección en Sotheby's; al menos doce piezas importantes habían sido vendidas ya antes de la muerte de la duquesa, así como la plata real del duque, los doguillos de porcelana y los vinos. La subasta de las joyas tuvo lugar en Ginebra los días 2 y 3 de abril de 1987.

La espectacular y deslumbrante colección estaba compuesta de 230 lotes valorados en más de siete millones de dólares y en ella estaban incluidos 87 artículos de Cartier y 23 de Van Cleef & Arpels. Según Nicholas Rayner, de Sotheby's, la pieza favorita de la duquesa era un collar de diamantes y rubíes birmanos que le había regalado el rey Eduardo VIII por su cuadragésimo primer cumpleaños el 19 de junio de 1936, que llevaba grabada la inscripción «A mi Wallis de su David». El anillo de compromiso de la esmeralda mongola que le había obsequiado el rey a Wallis la noche posterior a que se le concediera el divorcio en Ipswich era otro de los objetos principales.

De la década de 1930 había un collar de platino y diamantes, un juego de diamantes de gran belleza; un brazalete de perlas, esmeraldas y diamantes; el broche de diamantes y zafiros con la forma de las plumas del príncipe de Gales; y el brazalete de diamantes que llevaba muchas cruces latinas grabadas

con recuerdos de distintas ocasiones, como la visita a St. Wolfgang de 1935 o la operación de apendicitis de Wallis de 1944; una pitillera de oro y piedras preciosas obra de Cartier incluía un mapa de los viajes de la pareja desde Londres, a través de Calais, París, Biarritz, España, Cannes, Italia, Alemania, Austria, Yugoslavia, Turquía, Bulgaria y Hungría hasta su vuelta a Londres, un tesoro para quien lo adquiriera; y también una exquisita polvera de oro y piedras preciosas salpicada de zafiros, rubíes, esmeraldas, topacios y amatistas; en su reverso había otro mapa, idéntico al de la pitillera.

De la década de 1940 había un brazalete de zafiros; una pulsera con cierre de oro, zafiros, rubíes y diamantes; unos pendientes de pinza de oro y rubíes; unos pendientes de pinza de zafiros y diamantes; un broche de zafiros, esmeraldas, topacios y diamantes en forma de flamenco; y los impresionantes broches en forma de pantera diseñados por Jeanne Toussaint, la querida amiga de Jacques Cartier, que en su día había llamado a Mademoiselle Toussaint su «pantera».

De la década de 1950 había un brazalete de ónice y diamantes con forma de pantera; un broche de ónice y diamantes con forma de tigre; y unos pendientes de pinza de perlas y diamantes; de la década de 1960 había un soberbio collar de oro, atestado de perlas cultivadas y diamantes; un colgante de esmeraldas y diamantes diseñado por Harry Winston, un collar de esmeraldas y diamantes de Cartier; y unos pendientes de pinza de rubíes y diamantes.

En la subasta se incluían muchos objetos históricos del duque de Windsor, entre los que había herencias de un valor incalculable. Había tabaqueras de oro, pitilleras de plata, una caja bañada en plata de 1820 que albergaba un sello, un tintero bañado en plata de 1910, un sello de lacre de 1823 y una variopinta colección de relojes de pared, relojes de muñeca e incluso réplicas en oro de los billetes de tren de la Canadian Pacific Railway Company de 1919 y 1927. Uno de los objetos más espléndidos era una caja de puros que le habían regalado al príncipe de Gales en 1915 los miembros de la Casa del Rey y la Reina en recuerdo de su servicio activo en el Primer Batallón de Guardias Granaderos en el norte de Francia.

La esmeralda mongola alcanzó los 2,1 millones de dólares, y el regalo de cumpleaños de 1936, el collar de rubíes y diamantes, los 2,6 millones de dólares. Un diminuto cortapuros se vendió por la pasmosa cifra de 3700 dólares. Mohamed al-Fayed, el egipcio propietario de Harrods que acababa de conseguir del gobierno francés un alquiler continuo de la casa de los duques de Windsor en París, compró el brazalete de dijes. Marvin Mitchelson,

abogado matrimonialista de Los Ángeles, pagó más de medio millón de dólares por el collar de amatistas. Compró zafiros a 300 000 dólares cada uno. Elizabeth Taylor se hizo con el broche en forma del emblema de plumas del príncipe de Gales por 575 000 dólares. Según algunas fuentes, también compró los broches de pantera, pujando más fuerte que el príncipe Carlos, que estaba decidido a conseguírselos a la princesa de Gales, que se había encaprichado de ellos.

Al final del segundo día, el importe total de la venta ascendía a 50 281 887 dólares. Era siete veces lo que Sotheby's había calculado. El precio más alto fue pagado por un comprador anónimo: fueron 1.466 653 dólares por una espada de la Marina Real regalada por el rey Jorge V al príncipe de Gales, y la oferta, obviamente, excedía con mucho el verdadero valor de la pieza. Todo el dinero de la subasta fue donado al Instituto Louis Pasteur de París, donde se utilizaría en la investigación del sida. En vista de que dos de los maridos de Wallis habían sido bisexuales y que muchos de sus admiradores y amigos eran homosexuales, parecía una elección apropiada.

Por este motivo, la duquesa, una vez muerta, fue más famosa que nunca, y las joyas que habían sido su mayor amor en vida se convirtieron en su monumento.

Desgraciadamente, el señor al-Fayed no conservó durante mucho tiempo el contenido de la casa de los duques de Windsor. Decidió cerrar la residencia tras un breve periodo como museo y vender los muebles, cuadros y porcelana para apoyar las obras de caridad de su hijo Dodi. Después de anunciar en 1997 una subasta en Sotheby's en Nueva York, tuvo que posponerla por la muerte de Dodi y Diana, princesa de Gales y amante de su hijo. Cuando finalmente tuvo lugar la subasta, en 1998, alcanzó mucho más dinero del esperado; pero careció por completo del glamur y emoción de la subasta de joyas y, al no asistir a ella casi ninguna celebridad, acabó siendo un anticlímax a la vida de la duquesa.

El 6 de junio de 1995 el príncipe Eduardo, sobrino del duque de Windsor, que había estado trabajando para la compañía teatral Really Useful, de Andrew Lloyd Weber, se embarcó en la realización de un documental sobre la vida de su tío para la cadena de televisión ITV. Alojado en el hotel Ritz de París, propiedad de Mohamed al-Fayed, de forma apropiada en la *suite* duque de Windsor (a 5120 dólares la noche), el primer día de rodaje Eduardo se vio obligado, quizá por primera vez en su vida, a hacerse él mismo un sándwich.

Aunque el documental, tan superficial y descaminado como el tema del que se ocupaba, era un ejemplo típico de las maniobras de publicidad del

palacio de Buckingham, dio lugar a una historia al menos entretenida, contada por Wendy Leigh, autora de *Edward Windsor: Royal Enigma*. Según Leigh, el príncipe le dijo a Desmond Wilcox, su productor, que en contra de los «hechos» presentados en la obra terminada, su tío abuelo era un ladrón, y se llevó al exilio óleos y muebles que pertenecían a la familia real. En este tema, el duque había heredado las tendencias de su bisabuela, la reina María: las habitaciones de sus distintas residencias eran famosas por ser nidos de urracas llenos de objetos robados; «Guardad la plata» era la consigna cuando ella llegaba de visita.

Una serie de libros protectores apareció en la década de 1990. *King Edward VIII*, de Philip Ziegler, fue el resultado de la autorización de la reina, quien le permitió acceder a la colección de documentos del castillo de Windsor. Cuidadoso y cauto, realizando considerables omisiones, en la biografía su autor no resolvía satisfactoriamente ninguno de los aspectos controvertidos de la vida de los duques de Windsor, recurriendo al manido truco de otros cronistas, autorizados pero mediocres, de sustituir cualquier sugerencia de acto de traición por las acusaciones menos importantes de estupidez e ingenuidad (en el caso del duque), y envidia y egoísmo (en el de la duquesa). Esto tenía el efecto de quitar valor a la pareja; al menos su actos de espionaje y traición habían mostrado un grado de inteligencia, aunque fuera en la dirección equivocada.

La biografía más desacertada hasta la fecha es la hagiografía de Michael Bloch *The Duchess of Windsor* (1996), que sugería, como *Maître* Blum, su mentora, que Wallis era un hombre, a pesar de su cáncer de ovarios. *Hidden Agenda* (2000), de Martin Allen, aunque muy discutida, es interesante; pero solo existe un libro, *Hostage to Fortune, The Letters of Joseph P. Kennedy* (2001), editado por su nieta Amanda Smith, del que pueda decirse que aporta sorpresas para un biógrafo de los duques de Windsor experimentado, al revelar, como lo hace de primera mano, la verdadera naturaleza de los personajes de la crisis de abdicación.

Las últimas palabras deben ser de un poeta anónimo. Entre los objetos encontrados en el inventario de la casa de la duquesa en París, y no incluidos en la subasta de Sotheby’s, estaba un manuscrito enmarcado en oro; el texto se encontraba debajo del emblema de la corona. Decía:

> Amigo, vivir contigo solo
> lo veo mejor que poseer
> una corona, un cetro, un trono.

Notas sobre las fuentes

1. UNA INFANCIA EN BALTIMORE

Los detalles de la infancia de Bessie Wallis Warfield están basados en la investigación conducida por el genealogista Robert Barnes, de Perry Hall (Maryland). El señor Barnes obtuvo los censos de Baltimore de 1900 y 1910, en los que aparecen tanto la familia Warfield como la familia Montague; un documento autobiográfico de Solomon Davies Warfield incorporado en su última voluntad y testamento fechado el 22 de agosto de 1927; un libro de contabilidad de Anna E. Warfield, en el que se dan detalles de transacciones de viviendas y tierras, escrituras y certificados; el testamento de Anna Emory Warfield incorporado a un documento fechado el 26 de marzo de 1929, y encontrado entre los papeles de Solomon Davies Warfield; y certificados de nacimiento, matrimonio y defunción de los principales miembros de la familia, así como las crónicas del diario *Sun* de Baltimore de estos hechos. En la época de la vista ante el Tribunal de Huérfanos, en la que Josephine Metcalf Warfield reclamó la herencia de Solomon Warfield el 9 de agosto de 1929, fueron reclamados como pruebas muchos otros documentos, que también se han examinado, a fin de mostrar una imagen precisa de la historia familiar. El doctor Beale Thomas, con la ayuda de numerosos empleados de la Iglesia anglicana de Baltimore, buscó entre todos los registros eclesiásticos y determinó de forma concluyente que Bessie Wallis Warfield no había sido bautizada. Esto fue posteriormente confirmado por la archidiócesis local; el doctor Winthrop Brainerd, la señora Jewel Vroonland, John Zeren y el doctor Beale Thomas proporcionaron más información. El doctor Thomas también obtuvo el certificado de confirmación y fue capaz de establecer que, al presentarlo, la familia Warfield disfrazó la verdad con referencia a la ausencia de bautismo. Todd Dorsett realizó investigaciones en Blue Ridge Summit (Pensilvania) en busca de documentos valiosos. Las exhaustivas biografías de los principales miembros del clan Warfield fueron encontradas en *The American Dictionary of Biography*. Y los registros municipales revelaron las direcciones de sus domicilios. Las guías turísticas de Baltimore mostraron detalles de los colegios a los que acudió Bessie Wallis. El incendio de Baltimore fue cubierto de forma extensa por el diario *Sun* de Baltimore y el *New York Times*.

La Sociedad Histórica de Baltimore aportó documentos sobre la escuela de Oldfields publicados en 1917, año en el que se celebró su quincuagésimo

aniversario. Entre ellos, se incluían recuerdos de compañeros de clase de Bessie Wallis. También de la Sociedad Histórica de Baltimore se obtuvo una genealogía manuscrita de la familia Warfield, acompañada de una genealogía de la familia Montague. Resultaron asimismo de utilidad las listas de visita de la alta sociedad. *The Heart Has Its Reasons* ofreció muchos detalles valiosos. Y resultaron esclarecedores diversos artículos de *Harper's, World's Work, Good Housekeeping, Delineator* y *The North American*. El libro de Cleveland Amory *Who Killed Society?*; las obras de F. F. Beirne *Baltimore: A Picture History* y la indispensable *The Amiable Baltimorians*; y el libro de S. E. Greene *Baltimore, An Illustrated History* fueron muy buenas fuentes de información. La señora de Edward D. Whitman me concedió una elocuente entrevista. También se consultó el estupendo libro de Charles F. Bove *A Paris Surgeon's Story*. El archidiácono Moseley, de la archidiócesis anglicana de Los Ángeles, me ofreció detalles de las cuestiones religiosas relacionadas con el hecho de que no se bautizara a Wallis y me confirmó que, según la ortodoxia seguida en la década de 1890, la consecuencia de no haber recibido dicho sacramento era la condenación eterna.

2. UNA JOVENCITA CABEZOTA

Las numerosas cartas escritas por Mary Kirk a su madre, unas tres o cuatro a la semana, en las que describía sus días en el colegio con Bessie Wallis resultaron ser un verdadero tesoro. La correspondencia se ha conservado en Radcliffe. Se consultaron los documentos de la familia Du Pont conservados en la biblioteca de Eleutherian Mills, Delaware. Cholly Knickerbocker escribió una serie de artículos durante la crisis de la abdicación en los que entrevistó a muchos de los coetáneos de Bessie Wallis, entre los que estaban Lloyd Tabb, Tom Shyrock y los directores de los colegios de Wallis. Robert Barnes obtuvo documentos de John Freeman Rasin. La señora de Dale St. Dennis, nieta de Corinne De Forest Montague Mustin Murray, tuvo la enorme amabilidad de entregarme la abundante y extraordinaria correspondencia intercambiada entre su abuela y Bessie Wallis. *The Amiable Baltimorians* es la mejor fuente de información que existe sobre el baile Bachelors' Cotillon.

3. ASCENDIENDO EN LA ESCALA SOCIAL

De nuevo, *The Heart Has Its Reasons* resultó ser de mucha ayuda, al igual que también tuvieron valor los documentos de contabilidad y testamentarios de Anna Warfield y Solomon Warfield. En relación con Pensacola, conté con la inestimable ayuda de Anna Irwin, esposa de un marino, que pasó semanas comprobando los detalles de las descripciones de la base naval en la segunda década del siglo, hablando con supervivientes de aquella época y buscando los microfilms del *Journal* de Pensacola, que aportó gran parte de los detalles. El catedrático George F. Pearce me ayudó mucho. En Washington, se obtuvieron documentos de las Fuerzas Aéreas de la Marina estadounidense, así como archivos de correspondencia, hasta entonces guardados en cajas en la Biblioteca del Congreso, de Henry Mustin y Mark L. Bristol, entre otros. Se examinaron los informes anuales de la Marina estadounidense, así como los archivos de la academia naval de Annapolis. Me puse en contacto con diversos historiadores especializados en la historia del ferrocarril para obtener las descripciones del viaje hacia aquella región en 1916, y el examen de mapas y directorios de calles me mostró el camino que debía realizar un visitante para llegar a destinos específicos en aquella época. En la biblioteca pública de Pensacola encontré folletos del hotel San Carlos. La historia del padre de Earl Winfield Spencer pudo elaborarla, a partir de documentos de Chicago, Eleanor Campbell, una cualificada genealogista de la ciudad; también ella visitó Highland Park, en Illinois, para obtener más información sobre el lugar. Las notas necrológicas de los miembros de la familia, que habían sido publicadas en el *Chicago Tribune*, me revelaron mucha información. La base naval de Annapolis aportó los documentos académicos, de faltas y graduación de Spencer. El caso de conducción temeraria y homicidio involuntario en el que se vio envuelto junto al alférez Chevalier se obtuvo en el Registro de Maryland, al solicitar su historial de antecedentes penales. En este tema me ayudaron Rick Swanson y Rita Molter, encargados de los documentos. El relato del huracán de 1916 apareció publicado en el *Journal* de Pensacola. De nuevo, el catedrático Pearce fue de la máxima ayuda; se consultó su excelente libro *The US Navy in Pensacola*, y se obtuvieron y leyeron todas las fuentes citadas en las notas al pie del mismo.

4. UN MATRIMONIO CON CLASE

La mejor descripción de la boda apareció en el diario de Baltimore *Sun* y esta información fue completada por el certificado de matrimonio obtenido por Robert Barnes. El doctor Robert Conte, historiador residente del hotel Greenbriar de White Sulphur Springs (West Virginia), tuvo la amabilidad de enviarme los folletos de la época, así como de informarme acerca del número, la ubicación y las vistas de la habitación donde pasaron la luna de miel los Spencer, y de otros detalles. El contralmirante George van Deurs, de la Marina estadounidense (ya jubilado), me proporcionó más información a través de su poco conocido libro *Wings for the Fleet*. La señora Fidelia Rainey y la señora Lottie González me ofrecieron sus recuerdos. Se examinaron los documentos de la base aeronáutica de la Marina estadounidense en Pensacola. Paolo E. Coletta, que se encontraba trabajando en la edición de su manuscrito, aún no publicado, *The Goonie Bird*, me envió algunas notas. Katherine Carlin King, hija de Gustav y Katherine Eitzen, me dejó algunos recuerdos, que ahora están en San Diego. La Sociedad Histórica de Boston también me sirvió de ayuda. Una vez más, se consultó a historiadores especializados en historia ferroviaria para que me proporcionaran un relato acerca de cómo era el viaje en tren a California en aquella época.

Se examinaron los archivos de los diarios de San Diego *Tribune, Union* y *Transcript* en busca de detalles de la ciudad en la segunda década del siglo. Realicé una agradable visita a San Diego, ayudado tanto en los desplazamientos como en la investigación por John Baron, de la Universidad de California. Disfruté visitando las casas que los Spencer habían alquilado en la época. Eileen Jackson, veterana periodista del diario de San Diego *Union*, me proporcionó las direcciones. Después me puse en contacto con los propietarios de las casas —T. Hyrum Callister en el caso del 1143 de Alameda Street; el señor Leo Hansen y su esposa en Pinewood Cottage; y el señor Jennings Brown y su esposa para el número 1023 de Encino Row— y todos ellos tuvieron la amabilidad de permitirme visitarlas. Me alojé en el Hotel del Coronado, donde sus encargados de relaciones públicas generosamente me proporcionaron información acerca del hotel en aquella época. El gerente del edificio de apartamentos The Palomar también me fue de mucha ayuda. Colaboraron conmigo miembros de las familias Fullam y

Spreckles, así como Neil Morgan, editor del *Tribune*, y la anteriormente mencionada señora de Dale St. Dennis, que fue de lo más hospitalaria. El capitán Arthur Sinclair Hill me mostró una galería fotográfica en movimiento de su desventurada familia Montague, en la que se sufrió pérdida tras pérdida en todas las generaciones y en la que perecieron jóvenes de magnífico aspecto. Mary Carlin King y su familia se mostraron muy hospitalarios. A pesar de haber cambiado mucho, San Diego sigue manteniendo la calidez y la hospitalidad que poseía cuando vivió allí la joven señora Spencer. Todos los diarios de San Diego describieron las celebraciones del Día del Armisticio, el 11 de noviembre de 1918, así como la visita del príncipe de Gales del 7 de abril de 1920. Obtuve la lista completa de invitados de la fiesta que le ofrecieron los ciudadanos locales, y por eso pude determinar que Wallis no se encontraba en la reducida lista del banquete. Joan Alban, de la Cámara de Comercio de Coronado, y los empleados de la Sociedad Histórica de Coronado y la Sociedad Histórica de San Diego me suministraron mucha documentación.

De vuelta en la costa Este, el club de campo Chevy Chase se mostró muy dispuesto a cooperar; como también lo estuvo el Club del Ejército y la Marina. Los archivos de divorcio de los Spencer, abiertos para mí en Warrenton (Virginia), contenían las importantes declaraciones de Wallis y su madre, en las que se encuentran transcripciones y conversaciones mantenidas entre ella y Earl Spencer. La mejor fuente donde obtener información del *Pampanga* fue la obra *Gunboats and Marines*, del comandante Bernard D. Cole, al que además entrevisté varias veces por teléfono, llamándole a su casa de Honolulú (Hawái). La señora de Milton E. Miles, viuda del contralmirante Miles, me ofreció sus recuerdos de esposa de un joven marino. Entrevisté al catedrático Immanuel C. Y. Hsue, autor del excelente *The Rise of Modern China*, en su casa de Santa Bárbara (California) para que me ilustrara acerca del contexto general. Se consultaron los informes anuales de la Marina. Se examinaron los grupos de documentos 24 y 38, que contenían correspondencia general del Departamento de Marina y los documentos del jefe de operaciones navales. También se analizaron el grupo de documentos 45, la colección de documentos navales de la Oficina de Documentos Navales y su biblioteca. El gobierno de Argentina me proporcionó información acerca de don Felipe Espil; las mejores fuentes de información sobre su relación con Wallis son la propia autobiografía de ella, *The Heart Has Its Reasons*, y la obra de Ralph G. Martin *La mujer que el rey amó*.

5. CHINA

La Sección de Archivos Operacionales del Centro Histórico Naval del Depósito de la Marina de Washington me proporcionó datos desclasificados. También lo hizo Evelyn M. Cherpak, directora de la Colección Histórica Naval, Departamento de Marina, Escuela de Guerra Naval, Newport (Rhode Island). Se usaron los relatos orales de mujeres que se encontraban en China en la época. Se utilizó tanto la nota necrológica de la señora F. H. Sadler, publicada en el *New York Times* del 20 de junio de 1951, como materiales de la Sección de Archivos Operacionales relativos al contralmirante Sadler. La Sección de Biografías del Departamento de Marina estadounidense proporcionó detalles acerca del almirante Luke McNamee. Los archivos de inteligencia de la Marina estadounidense y los visados del Departamento de Estado estadounidense de la señora de Earl Winfield Spencer se desclasificaron bajo la Ley de Libertad de Información y estuvieron disponibles previa presentación de su certificado de defunción. Estos documentos constituyen una prueba circunstancial de que ella se encontraba allí trabajando para el gobierno. Se consultó el grupo de documentos 59 del Departamento de Estado, documentos relativos a asuntos internos en China, microfilm 329, rollos 38, 39, 40, 43, 103, 128 y 163. También se examinaron las cajas 6432, 6254 y 930. Se pueden obtener referencias contextuales más específicas en la colección de documentos realizada por el autor en la Universidad de California del Sur. Se obtuvo el cuaderno de bitácora completo del buque de la Marina estadounidense Chaumont. El autor utilizó su experiencia como oficial de enlace de prensa en barcos de pasajeros británicos para analizar esa compleja información. La descripción del Hong Kong de la época puede deducirse de numerosos libros de viajes. Se examinó el cuaderno de bitácora del Pampanga en busca de las fechas coincidentes. El catedrático Hsue demostró ser una vez más de gran ayuda en cuestiones de contexto político. Se leyeron, a partir de sus microfilms, archivos del *Hong Kong Telegraph, North China Herald, China Press, Celestial Empire* y *North China Daily News*. Los detalles relativos al *dossier* de China fueron precisados mediante entrevistas con el duque de Grantmesnil y la señora de Leslie Field. Afortunadamente, las listas de pasajeros del Empress of Russia, el Empress of Canada, el President Garfield y el Shuntien habían sido publicadas en los periódicos locales. Se examinaron los informes de la

inteligencia militar estadounidense de la Universidad de California del Sur. Las listas de huéspedes del hotel Astor House de Shanghái y del Grand Hôtel de Pekín también habían sido publicadas, algo que constituye un curioso fallo de seguridad para los ciudadanos estadounidenses en época de guerra civil que fue enmendado en 1925. Se examinaron los documentos consulares del Departamento de Estado estadounidense para obtener detalles de los movimientos de la señora Spencer. Varios miembros de la familia de Herman Rogers, sobre todo su sobrino, Richard D. Schley, y su sobrina, anteriormente señora de Edmund Pendleton Rogers (señora Beatrice Tremain), fueron entrevistados en relación con la experiencia en trabajos de inteligencia del señor Rogers. El Departamento de Estado estadounidense mantenía listas trimestrales de los ciudadanos estadounidenses residentes en Pekín, lo que permitió al autor averiguar el domicilio de Herman Rogers. Este no concuerda con el que se da en *The Heart Has Its Reasons*. Se examinaron los archivos del FBI, junto a los horarios de ferrocarriles publicados en la época y guardados en la Biblioteca del Congreso. Se leyeron archivos navales y de los marines acerca del comandante Little. El idilio con Ciano me fue confirmado por parte de la señora Miles; se hace una referencia oblicua a él, omitiéndose el nombre de Wallis, en la obra de Giordano Bruno Guerri *Galeazzo Ciano. A Life 1903/1944*. La tarea más compleja fue determinar la fecha de regreso de Wallis a Estados Unidos, que ella fija de forma incorrecta en sus memorias. James P. Maloney pasó una semana buscando entre los documentos de inmigración y naturalización del Departamento de Justicia estadounidense de barcos que llegaron a Seattle, hasta que, una noche a última hora, por fin encontró su nombre como uno de los pasajeros del President McKinley.

Se examinaron los cuadernos de bitácora del buque de la Marina estadounidense Wright. Los documentos de la Marina estadounidense relativos a Spencer (RG 1959: 1930-1939, caja 79) ponían de manifiesto sus vínculos con Mussolini. La biblioteca pública de Warrenton (Virginia) y la Sociedad Genealógica local desenterraron folletos del hotel Warren Green, hoy edificio oficial. También me consiguieron el número de la habitación en la que vivía Wallis, y los archivos de los periódicos locales me desvelaron sus movimientos, incluyendo su visita a la señora Larrabee. La señora de Edward Russell y la señora de Henry Poole me aportaron sus recuerdos. Ralph G. Martin entrevistó a Hugh Spilman para su obra *La mujer que el rey amó*.

6. ERNEST

La Sociedad Genealógica de Nueva York ha confirmado los orígenes judíos de Ernest Simpson. Barbara Goldsmith, en *Little Gloria*, *Happy At Last*, reveló detalles de las familias Vanderbilt y Morgan. La Sociedad Histórica de Pittsburgh y la Sociedad Histórica de Pensilvania suministraron información sobre Mary Thaw. Los documentos del divorcio Spencer v. Spencer, custodiados en Warrenton (Virginia), fueron abiertos a solicitud de este autor. *The Times* y *The New York Times* me ayudaron a clarificar el contexto social del Londres de 1927. Desde París, Luc Nemeth, un especialista en historia política italiana, y desde Londres, John Hope, me desenmarañaron el contexto proitaliano. Kenneth Rose y lady Donaldson, entrevistadas en Londres, me ayudaron a iluminar el carácter del príncipe de Gales. Los archivos del *New York Times* revelaron el compromiso con lady Elizabeth Bowes-Lyon y la caricatura de Max Beerbohm que provocó tanto escándalo. Samuel Marx desveló el idilio del príncipe con Marguerite Laurent en su entretenido libro *Queen of the Ritz*. El autor visitó los diversos domicilios de Londres en los que vivieron Wallis y su marido; apenas han cambiado. Barbara Goldsmith fue la mejor fuente de información sobre la relación del príncipe con Thelma Furness. Algunas fotografías contemporáneas, publicadas en *Tatler*, *Sketch* y *Bystander*, revelaron los contenidos del domicilio de Bryanston Court. Las memorias a cuatro manos de Gloria Vanderbilt y Thelma Furness, tituladas *Double Exposure*, fueron una excelente fuente de información. También se utilizó *The Heart Has Its Reasons*.

7. EL PRÍNCIPE

Barbara Goldsmith fue una fuente de información excelente sobre la relación de Thelma Furness y el príncipe. Mary Kirk, posteriormente Mary Kirk Raffray, escribió elocuentes cartas a su casa sobre su estancia en Londres. Una vez más, estas fueron obtenidas por Radcliffe. El relato del viaje al sur de Francia fue proporcionado por Goldsmith. Las cartas del duque de Windsor, editadas por Michael Bloch, suministraron más información. El *New York Times*, gran fuente descuidada por todos los biógrafos del duque de Windsor, ofreció detalles sobre los movimientos del príncipe en esos años. *The Times* proporcionó un calendario de eventos más censurado, obviando de forma evidente los vínculos italianos. El *New York Times* no tuvo esos escrúpulos. Henry Flood Robert, de San Diego, suministró la anécdota acerca de la nefasta fiesta vespertina. Sir Robert Bruce Lockhart reveló en sus diarios los detalles de la visita a Londres del príncipe Luis Fernando. Kenneth Rose me ofreció amablemente los extractos del diario del conde Albert Mensdorff, antiguo embajador austriaco en la corte de St. James. El artículo del duque de Windsor publicado en el *New York Daily News* resultó ser indispensable. La biografía de Aly Khan, obra de Leonard Slater, fue una fuente ingeniosa de información sobre el idilio de Thelma Furness y Aly Khan. *The Sassoons*, de Stanley Jackson, me proporcionó información sobre tan extraordinaria familia. *The Long Party*, de Stella Margetson, es también elocuente. John Costello me proporcionó detalles sobre el almirante Wolkoff y su hija Anna, que se vieron completados por la información obtenida de las transcripciones del juicio de Tyler Kent, disponible en la Universidad de Yale. Donatella Ortona entrevistó a su padre, que a su vez hizo lo propio con su íntimo amigo y colega el conde Dino Grandi en su casa de Bolonia, obteniendo así un irreemplazable relato de primera mano de los vínculos italianos en Londres. Hablé con la princesa Ana María von Bismarck en su casa de Marbella con relación a los vínculos alemanes, y ella completó nuestra conversación con una carta, de gran valor histórico, que en cierta forma ha sido adaptada para que su redacción real se ajustara al uso actual del lenguaje. El excelente libro de Paul Schwarz *This Man Ribbentrop* me proporcionó mucha información. *Tatler* publicó una memorable fotografía a página completa de los invitados a la cena del January Club del 27 de mayo (en la que tan solo William Joyce no llevó esmoquin). La biografía de Elsie de Wolfe escrita por Jane S. Smith

resultó ser una buena fuente de información sobre ella y fue completada por Tony Duquette, su protegido y hoy destacado decorador y artista californiano, y su socio Hutton Wilkinson. Frederick Corbitt, a cargo del *catering* de la Casa Real, dejó unas entretenidas memorias tituladas *Fit for a King*. Este libro ha sido con frecuencia pasado por alto por los historiadores. *The Times* y *The New York Times* siguieron los movimientos del príncipe por toda Europa. Varios miembros de la familia de lord Moyne, incluyendo a su hijo y la duquesa de Normandía, me han instruido sobre materias relacionadas con el *Rosaura*.

8. UN PASO HACIA EL TRONO

Laura, duquesa de Marlborough, resultó ser toda una autoridad sobre el asunto del hijo ilegítimo del príncipe Jorge. Ella se casó con Michael Canfield, quien falleció trágicamente joven. El idilio con Noël Coward apareció comentado en el libro de Michael Thornton *Royal Feud*. Se consultaron las memorias del príncipe Cristóbal de Grecia. Thornton es la mejor fuente de información sobre la burlesca imitación que realizaba Wallis de la princesa Isabel. Frederick Winterbotham, mediante correspondencia y llamadas de teléfono, y el fallecido Ladislas Farago, tanto en conversaciones telefónicas que mantuvo conmigo como en su obra *The Day of the Foxes*, comentaron el episodio de De Ropp.

El relato del viaje a Europa se extrajo en parte del *New York Times*; y la colección de George Messersmith, ministro estadounidense en Austria, conservada en la Universidad de Delaware, contiene más información de utilidad. La obra del periodista británico G. E. R. Gedye *Betrayal in Central Europe* da una imagen vívida de los días del príncipe de Gales en Viena. Los periódicos austriacos de la época, entre los que figuran el *Arbeiter Zeitung* y el *Neue Freie Presse*, proporcionaron más detalles. El príncipe Otto de Habsburgo ha confirmado el interés del príncipe de Gales por él. El examen de los periódicos de Budapest *Kis Ujsag, Neps Java* y *Budap* ha sacado a la luz información útil. Se han consultado los diarios de Henry Channon. Un artículo extremadamente útil de Francis Watson, publicado en *History Today* (diciembre de 1986), ofreció extractos de los diarios de Wigram, que en la actualidad no están disponibles para consulta pública. La obra de lady Hardinge *Loyal to Three Kings* es la fuente de la anécdota relativa a Wallis en el palacio de St. James. Los diarios y cartas de la señora Belloc Lowndes también se han utilizado. El *New York Times* realizó una magnífica cobertura de las bodas de plata del reinado de Jorge V y apuntó la implicación de la princesa Cecilia en las conexiones alemanas del príncipe. También se extrajo información acerca de la Legión Británica a partir de la historia oficial de la Legión, realizada por Graham Wooten. Se consultó con Hansard acerca de las preguntas realizadas por Aneurin Bevan. La conexión de Londonderry se menciona en muchas fuentes, entre las que están *England's Money Lords*, de Simon Haxey, una obra de gran utilidad. La correspondencia del duque de Windsor se ha consultado una vez más.

De nuevo, el *New York Times* cubrió de forma exhaustiva el viaje real. George Messersmith estuvo tan pendiente de ello como siempre. Todo lo relativo a Armand Grégoire se extrajo de los archivos del FBI y de la inteligencia militar estadounidenses, así como de la Sûreté francesa, ahora custodiados en los Archivos Diplomáticos junto a muchos otros informes sobre él recopilados a partir de una gran variedad de fuentes de inteligencia. Se consultó la revista *Le Franciste*, así como el libro *Buccard et le Francisme*, de Alain Deniel. Tanto *Deadline*, de Pierre Lazareff, antiguo editor de *Paris-Soir*, como *Campaign of Treachery*, obra del distinguido abogado parisino Henry Torres, confirman los informes del FBI y del Departamento de Estado estadounidenses de que Wallis había contratado a Grégoire como abogado. La conexión Laval quedó establecida por el testimonio del propio Laval en su juicio por traición a Francia celebrado tras la Segunda Guerra Mundial, y se han consultado tanto las transcripciones del mismo como el relato que hizo del proceso el *New York Times*. El conde René de Chambrun ha confirmado la relación, de la que él habló en su libro *Pierre Laval: Traitor or Patriot?* A este respecto también se han consultado los documentos del Ministerio de Asuntos Exteriores británico. La edición de 1942 de *Current Biography* ofrece detalles de Mainbocher. Una vez más, los diarios de Mensdorff me los proporcionó Kenneth Rose.

Kenneth de Courcy (duque de Grantmesnil) y la señora de Leslie Field fueron, por supuesto, las principales fuentes de información sobre el *dossier* de China. George Seldes expuso en *In Fact* el tema del doctor Frank Buchman y sus vínculos nazis. La biografía de sir Oswald Mosley realizada por Robert Skidelsky ofrece mucha información, que fue completada con detalles extraídos del libro de Colin Cross *The Fascists in Britain* y las memorias de Nicholas Mosley, lord Ravensdale. El asunto de las concesiones de algodón de Ernest Simpson aparece en los índices de los documentos del Ministerio de Asuntos Exteriores británico publicados en 1972, y está asimismo documentado en los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores británico existentes en el Archivo Nacional británico en Kew. Las memorias de Frederick Corbitt anteriormente citadas aportaron la anécdota de los aguacates. La obra *King George V*, de Kenneth Rose, es una excelente fuente de información sobre el declive del viejo monarca. A este respecto, el artículo de *History Today* resultó ser de la máxima utilidad; confirmó a partir de documentos tanto de lord Dawson como de lord Wigram lo relativo a la eutanasia. El ejemplar de *Business Week* del 21 de marzo de 1936 aportó detalles sobre los ingresos reales basándose en una cuidadosa investigación

realizada en los archivos británicos. La rigurosa obra de Helen Lombard *Washington Waltz* ofrece detalles sobre las inversiones reales en Lyons. El libro de Henry Grattidge *Captain of the Queens* incluye la historia del incómodo suceso que tuvo lugar durante la procesión del funeral. *This Man Ribbentrop*, de Paul Schwarz, relata la anécdota de las filmaciones que se realizaban en secreto al rey y Wallis para después ser enviadas a Hitler. Schwarz era de las pocas personas que podía saberlo.

Los documentos del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán contienen descripciones de las reuniones entre el rey y sus visitantes alemanes en aquella época. Se consultó *Loyal to Three Kings*. El funeral del rey Jorge V celebrado por Hitler quedó registrado en el *New York Times*. También lo fue la fiesta en el palacio de Buckingham, a la que quitó importancia la prensa británica. La idea de que lady Mendl pretendía redecorar el palacio se sugería en un artículo del *New York Times*. También allí apareció la entrevista con mi padre, sir Charles Higham. Las cartas de amor fueron una vez más una buena fuente de información. La revista *Time* cubrió con profesionalidad todos estos eventos. Los documentos de J. C. C. Davidson, antiguo presidente del Partido Conservador y más tarde canciller del ducado de Lancaster, se consultaron con referencia al tema de los masones.

9. CASI LA GLORIA

Los archivos de inteligencia relativos a la señora Cartwright se extrajeron de la sección de documentos diplomáticos de los Archivos Nacionales estadounidenses de Washington. Las cartas de Mary Kirk Raffray fueron una vez más una buena fuente de información. Paul Schwarz mencionaba el tema de las diecisiete rosas rojas, y Channon ofrecía un relato detallado de las actividades de Ribbentrop en Inglaterra. Se consultaron los diarios de Harold Nicolson. De nuevo, los diarios de sir Robert Bruce Lockhart proporcionaron mucha información de lo más colorida. La obra *Stanley Baldwin*, de Keith Middlemas y John Barnes, es una fuente de información muy rigurosa. Los archivos del FBI se consultaron en relación con la filtración de información. El tema también lo confirma Schwarz. John Connell ofrece el mejor retrato de Vansittart en su libro *The Office*. John Costello me proporcionó información extraída de fuentes de la inteligencia británica. Nigel West me ilustró sobre Zu Putlitz. La filtración de Phipps está confirmada en los índices de documentos del Ministerio de Asuntos Exteriores británico. Se ha consultado la documentación de Baldwin. La controvertida obra de Marion Crawford *The Little Princesses* proporcionó la anécdota de la visita de Wallis a las pequeñas princesas. Todo lo relativo a la guerra submarina secreta entre Italia y Rusia ha sido confirmado por Donatella Ortona en conversaciones con su padre, y por Henry Gris, periodista, que entrevistó al conde Ciano en aquella época. El intento de asesinato fue bien cubierto por los diarios *The Times* y el *New York Times*, así como por la revista *Time*. Una vez más, el *New York Times* fue la mejor fuente sobre el viaje real. J. Charlet describió en *The Living Age* la importancia política del viaje, basando su información en entrevistas realizadas en el momento. George Weller, indispensable corresponsal del *New York Times* en Atenas, trató el tema de los propósitos políticos del viaje en la edición del 20 de septiembre de 1936, como también lo hizo, otra vez más, el inestimable George Messersmith. La prensa británica e historiadores posteriores han pasado por alto gran parte de esta información, de la que se ocuparon más los archivos sobre Windsor del Departamento de Estado. Las memorias de John Balfour *Not Too Correct an Aureole* resultan de gran valor para el historiador a este respecto. Se consultó la biografía de sir Percy Loraine realizada por Gordon Waterfield. Lady Hardinge siguió siendo una gran fuente de información sobre las actividades de la pareja. El *New York*

Times mantuvo una estrecha vigilancia sobre Wallis en Cumberland Terrace, así como en Felixstowe e Ipswich. La revista *Time* también cubrió con profesionalidad el asunto del divorcio. La señora Belloc Lowndes reveló el origen de la esmeralda mongola.

10. ABDICACIÓN

En este caso, el *New York Times* resultó especialmente indispensable. También se leyeron ejemplares del *Daily Mail* de la época. Rudolph Stoiber, la mayor autoridad sobre la princesa Estefanía Hohenlohe, me proporcionó el contexto sobre la familia Rothermere. Lord Birkenhead me aportó juiciosos comentarios y bastante información en su excelente biografía de Walter Monckton. Birkenhead fue la fuente de la anécdota sobre las visitas «secretas» de Monckton al palacio de Buckingham. El duque de Grantmesnil es la fuente de información sobre el intento de asesinato de Wallis. También ha descrito reuniones del Grupo de Política Imperial. Se consultaron los diarios de Blanche Dugdale. El relato del vuelo de Wallis desde Inglaterra se obtuvo de una gran variedad de fuentes, entre las que están sus propias memorias, el *New York Times*, *The Times*, las memorias de Diana Vreeland, íntima amiga de lord Brownlow, la obra de lady Donaldson *Edward VIII*, etcétera. La monumental biografía de Winston Churchill realizada por Martin Gilbert ha resultado una gran fuente de información. Se examinaron ejemplares de todos los periódicos londinenses de la época. También se hizo lo propio con los informes de Scotland Yard. (Las actas del gabinete sobre la crisis de abdicación seguirán clasificadas durante muchos años). El viaje al sur de Francia fue tratado al detalle en el *New York Times. The Times* no resultó de ninguna ayuda a este respecto. Birkenhead demostró ser una vez más una gran fuente de información. Los diarios franceses, especialmente *Paris-Soir*, *Le Figaro, Le Matin* y *Le Temps*, resultaron ser indispensables. Las anotaciones de Michael Bloch sobre las cartas de amor me ilustraron acerca de muchos detalles útiles. Kenneth Rose es la principal fuente de información sobre lo relativo a Sandringham y Balmoral, así como acerca del presupuesto asignado por el Parlamento a la familia real. Charles Bedaux (hijo), Betty Hanley y la exmujer de Edmund Livingston Rogers me han prestado una ayuda maravillosa en todo lo relacionado con la estancia de Wallis en Francia.

11. EXILIO

Donatella Ferrario Ortona, tras consultar a su padre, obtuvo la cita del conde Grandi. Birkenhead fue la mejor fuente de información sobre el viaje del rey a Europa. La obra de E. H. Cookridge *Orient Express* me proporcionó un buen relato de los viajes del duque a bordo del legendario tren. La antigua señora de Edmund Livingston Rogers me ofreció una exhaustiva descripción de Lou Viei en aquella época. Douglass Reed, en su memorable obra *Insanity Fair*, se ocupó de las actividades del duque en Viena. El libro de Fredrick Morton sobre los Rothschild resultó ser una fuente de información útil. El artículo de Ellen Wilkinson fue publicado en el *Sunday Referee*. Se leyeron los artículos de Newbold Noyes en el *Washington Star* y *Paris-Soir*. El *New York Times* cubrió cada mínimo movimiento del duque y Wallis en aquella época. Y también lo hizo la revista *Time*. Las cartas de la tía Bessie incluidas en el libro de cartas de amor de los duques de Windsor resultaron ser de un valor inestimable; la nieta de Corinne Murray, la señora de Dale St. Dennis, me ofreció varias de sus notas del sur de Francia. Lady Donaldson obtuvo acceso exclusivo a las cartas de Metcalfe y las citó en su obra *Edward VIII*. El *New York Times* cubrió el concierto de Viena y la visita de la princesa real y el conde de Harewood. La señora de Leslie Field me ha cedido la teoría de las esmeraldas Alexandra. Para su libro sobre las joyas de la Casa Real, la señora Field pasó años investigando en el palacio de Buckingham. Betty Hanley ha sido una fuente de información indispensable acerca de la vida en el Château de Candé. Ella es una de los pocos testigos aún vivos, y Charles Bedaux (hijo) leyó los pasajes y confirmó su autenticidad. *The Times* y el *New York Times* cubrieron la vista del divorcio. En Enzesfeld estuvieron presentes periodistas del *New York Times* todos los días. El archivo número 033 4111 del Departamento de Estado estadounidense sobre el duque de Windsor contiene información sobre su relación con Bedaux y los problemas provocados por esta.

12. LA BODA DE LA DÉCADA

Una buena fuente de información sobre la boda fueron las hasta ahora desatendidas memorias del reverendo Jardine, *At Long Last*. El relato de Constance Coolidge se encuentra en su correspondencia, conservada en la Sociedad Histórica de Maryland. Se consultó la *Gazette* de Londres. Y también se hizo lo propio con las cartas de la tía Bessie a Corinne, documentos que me ofreció la señora de Dale St. Dennis. Como siempre, el *New York Times* estuvo a la vanguardia en la cobertura de la boda. Betty Hanley obtuvo muchos detalles de su tía Fern, incluso aunque esta no estuviera presente. El *New York Times* cubrió la visita a Italia, bastante ignorada por *The Times*. El relato de la estancia en Wasserleonburg se extrajo de los periódicos austriacos anteriormente mencionados, así como de la prensa británica y estadounidense. El *Daily Express* resultó ser una fuente de información especialmente buena. El informe de Messersmith sobre la filtración de información del duque con referencia al envío de armamento se encontró en su colección conservada en la Universidad de Delaware. El resto de los viajes fueron cubiertos por el *New York Times*, como siempre. Los archivos del Departamento de Estado estadounidense acerca del duque de Windsor documentan de forma exhaustiva mediante cartas y telegramas los preparativos del viaje a Estados Unidos. Ninguno de estos archivos había sido consultado por los historiadores entre 1986 y 1988. Los diarios del conde de Crawford son una fuente de información excelente sobre la grave preocupación que representaba para el rey y la reina el tema de los vínculos nazis de los duques de Windsor. El *New York Times* y la prensa austriaca e italiana cubrieron el viaje por Alemania de forma detallada. El relato que la duquesa de Windsor ofrece en sus memorias es bastante distorsionado e interesado. La entretenida biografía de Eva Braun realizada por Nerin E. Gun resultó ser una buena fuente de descripciones; tanto la obra de William Bullitt, *Personal and Secret*, como su correspondencia con el presidente Roosevelt constituyeron igualmente una fuente de información útil y habitualmente ignorada. También lo fue *A mi manera*, de J. Paul Getty. El fallecido Adrian Liddell Hart entrevistó a la señora Hess, quien le relató su encuentro con la duquesa. Se consultaron los archivos de la inteligencia militar, de la OSS y del Departamento de Estado estadounidenses con respecto al asunto de Bohle. Martin Gilbert es la fuente de información de la

carta de Churchill sobre Alemania; esta se reproduce en el volumen de acompañamiento a la biografía de dicho autor, donde se incluye la correspondencia. Se consultaron los archivos de la división de Protocolo del Departamento de Estado. Y también los documentos de sir Eric Phipps; la correspondencia entre Hardinge y Vansittart citada se obtuvo de los archivos de lord Avon en el Archivo Nacional británico de Kew.

13. EN TINIEBLAS

Se examinó el diario republicano *Voz*. El admirable libro de Vincent Sheean *Between the Thunder and the Sun* me proporcionó el mejor relato de lo ocurrido en la casa de Maxine Elliott en el sur de Francia. El *New York Times* siguió acechando cada movimiento de los duques de Windsor. El fallecido Tony Duquette me suministró mucha información, así como telegramas y correspondencia relacionada con lady Mendl y los duques de Windsor. George Seldes dio una imagen definitiva de William Bullitt en su obra *In Fact*. El *New York Times* trató el asunto de Louis Rothschild con bastante detalle; la implicación del duque en el pago del rescate me fue proporcionada por una fuente confidencial. El documento de Ribbentrop relativo a la participación del duque en el Club de Deporte y Caza de Schloss Mittersill está incluido entre los documentos de inteligencia de Ribbentrop del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán titulados «Personliche Inlander», volumen II, periodo: 17 de diciembre de 1936 a 31 de agosto de 1940, números de serie 3 i 4, números de negativo 190707-190708 T120 / rollo 250. El documento puede encontrarse en la colección de Charles Higham, conservada en la Universidad de California del Sur o en los Archivos Nacionales estadounidenses de Washington. Se examinó el informe del *Sunday Dispatch*. Nigel West fue de la mayor utilidad en todo lo relativo al duque de Kent. El intento de asesinato del rey y la reina por parte de Sean Russell puede ser seguido en los documentos de Russell presentes en la colección del autor en la Universidad de California del Sur o en los archivos del FBI, la división de Documentos Diplomáticos de los Archivos Nacionales estadounidenses y los documentos del Departamento de Estado. La biografía de lady Mendl realizada por la señora Smith y la prensa francesa se utilizaron en mi relato de la fiesta que significó el final de una época en Europa. La muerte de Bedrich Benes apareció en el *New York Times*. John Hope reunió en Inglaterra detalles de los numerosos grupos de orientación fascista que operaban en aquella época. Donald McCormick describe en su biografía de Lloyd George los peligros existentes en Gales y Hinhead. Se consultaron una vez más los diarios del conde de Crawford. Con respecto al servicio militar del duque en Francia, se consultaron los Archivos Militares franceses de Vincennes, los archivos del Departamento de Estado, *The Gravediggers of France*, de Pertinax, *Edward VIII*, de lady Donaldson, los diarios del

comandante general Pownall, mis entrevistas con lord Ironside, las memorias de Hore-Belisha, los documentos del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, las transcripciones de las reuniones del gabinete de Guerra y numerosos documentos del Archivo Nacional británico. Se leyó el libro de Boelcke sobre la propaganda bélica. Los problemas de seguridad de la Cruz Roja se han tratado de forma exhaustiva en los archivos de la división de Documentos Diplomáticos de los Archivos Nacionales de Washington.

14. UNA TRAMA OSCURA

La obra de Michael Bloch *Operation Willi* contiene mucha investigación original con referencia a este asunto. Se consultaron los archivos del antiguo Archivo Nacional británico, incluyendo el importantísimo archivo portugués, al que primero atendió el señor Bloch. Los archivos del Departamento de Estado estadounidense sobre los duques de Windsor resultaron ser otra fuente de información útil. Los archivos del gobierno portugués suministraron material relativo a la visita del duque de Kent. Martin Gilbert, que completó a través de muchas obras la inacabada biografía de Winston Churchill realizada por su hijo Randolph Churchill, ofreció al historiador un excelente material desde el que partir. Las memorias de David Eccles también fueron útiles. Los informes de la OSS sobre Serrano Suñer y el barón Von Hoyningen-Huene fueron desclasificados para el autor. John Taylor, de los Archivos Nacionales de Washington, resultó de gran ayuda. También consulté informes previamente inaccesibles y especialmente desclasificados relativos a Walter Schellenberg o realizados por él, obtenidos de fuentes de la inteligencia estadounidense bajo la Ley de Libertad de Información. El fallecido sir John Colville me concedió una importantísima entrevista. Hutton Wilkinson, en nombre del fallecido Tony Duquette, me proporcionó los telegramas de la duquesa a Johnny McMullen. El telegrama de Herbert Claiborne Pell se conserva en los archivos del Departamento de Estado estadounidense acerca de los duques de Windsor. Aparentemente, estos no fueron consultados por Michael Bloch. Se utilizaron las memorias de Walter Schellenberg. La biografía de Birkenhead sobre Walter Monckton fue una vez más una fuente de información útil. Los archivos portugueses sobre el doctor Salazar no han estado disponibles hasta ahora. El *New York Times* tuvo un corresponsal a bordo del Excalibur y otro a bordo del *Yankee Clipper*. Por este motivo es posible reconstruir lo sucedido en el viaje y el encuentro aéreo-marítimo con los Rothschild.

15. ELBA

Los archivos desclasificados del Departamento de Estado estadounidense acerca de los duques de Windsor muestran que las autoridades locales mantenían una constante vigilancia sobre la pareja. Frank Giles escribió de forma entretenida acerca del duque y la duquesa en sus memorias *Sundry Times*. El *Tribune* de Nassau cubrió las actividades del duque y la duquesa, y también lo hizo, desde el punto de vista del abogado defensor, Michael Bloch en su obra *The Duke of Windsor's War*. El Archivo Nacional británico conserva numerosos documentos sobre la estancia de los duques de Windsor en Bahamas. No todos fueron consultados por Bloch. Los archivos del FBI sobre sir Harry Oakes, Harold Christie, Walter Foskett, Axel Wenner-Gren, la señora Wenner-Gren y Bahamas en general fueron desclasificados una vez pasaron muchos años. J. Edgar Hoover, frustrado por las restricciones de sus actividades en el Caribe, se embarcó de forma típica en él en una investigación separada a gran escala a cuyos detalles no han tenido acceso otros historiadores. Únicamente los archivos del FBI sobre Wenner-Gren ascienden a casi tres mil páginas. El relato de Bloch del viaje de la doncella de la duquesa ha sido completado con referencias obtenidas en los archivos del Departamento de Estado estadounidense. Los archivos del FBI sobre los duques de Windsor contienen el informe sobre el supuesto envío de mensajes a Nueva York por parte de la duquesa. John W. Dye informó sobre ellos de forma algo desfavorable. El *New York Times* me ilustró con detalles de sus viajes al continente, algo que completé con los archivos del *Miami Herald*. Los documentos de James D. Mooney se extrajeron de su colección conservada en la Universidad de Georgetown. Los archivos del Departamento de Estado y del FBI estadounidenses sobre Mooney también fueron de ayuda. Las cartas previamente desconocidas de la duquesa a Churchill fueron halladas por Daniel Re'em en el archivo del fallecido conde de Avon en el Archivo Nacional británico de Kew. Los documentos de Messersmith conservados en la Universidad de Delaware se utilizaron una vez más. Los movimientos de Errol Flynn se dedujeron a partir de los archivos de Warner Bros conservados en la biblioteca Doheny de la Universidad del Sur de California, departamento de colecciones especiales. Las cartas de la duquesa a P. G. Sedley se conservan en su archivo del Departamento de Estado. Se leyó y comentó el artículo de la revista *Liberty*. El telegrama de Churchill relativo

al tema se encuentra tanto en los archivos del Departamento de Estado como en los de Martin Gilbert. El material concerniente al Banco Continental se encontró en la división de Documentos Diplomáticos de los Archivos Nacionales de Washington. Se examinaron los cuantiosos archivos sobre México de la misma sala. El informe de Churchill relativo a la propiedad de los duques de Windsor en Francia se encuentra en los archivos del Departamento de Estado estadounidense acerca de los duques de Windsor. Los archivos del FBI sobre la Comisión de Compras Británica están incluidos en la cuantiosa documentación sobre la princesa Estefanía Hohenlohe, desclasificada a petición del autor. Los detalles sobre Tesden Corporation también se obtuvieron de los archivos del FBI. El informe MacKintosh se encuentra en la biblioteca del Memorial Franklin D. Roosevelt de Hyde Park, Nueva York, en la colección de J. Edgar Hoover. Este informaba todos los miércoles por la tarde al presidente. Los documentos sobre Hess fueron obtenidos por Madeleine Sorel, quien los consiguió del carcelero de Hess en Núremberg. Adrian Liddell Hart me proporcionó más información. Se utilizaron las cartas de los duques de Windsor. La misión de investigación de Vincent Astor está registrada en los archivos de la división de Documentos Diplomáticos de los Archivos Nacionales de Washington. Se consultaron el *Washington Post* y el *New York Times*. Una vez más, los archivos del FBI y de la OSS sobre Armand Grégoire han resultado de gran utilidad. Los documentos sobre Adolf Berle se encuentran en la división de Documentos Diplomáticos de los Archivos Nacionales de Washington. La obra de John Balfour *Not Too Correct an Aureole* ha sido una buena fuente de información. Se ha consultado el *Chicago Tribune*, el *Star* de Toronto, y prensa de Montreal y Ottawa. Si se desea obtener un relato más detallado de los viajes de los duques de Windsor, léase a Bloch; sin embargo, este ha pasado por alto algunos detalles ofrecidos por el *New York Times* que sí se han incorporado aquí. El asunto relativo a Ribbentrop y la declaración de guerra solo se encontró en los documentos de Ribbentrop desclasificados por el Departamento de Seguridad del Ejército y de Inteligencia de Fort Meade (Maryland). El informe de inteligencia británica sobre Wenner-Gren se cita en los informes de la inteligencia estadounidense; el informe británico aún no está disponible en Inglaterra. Los archivos de la Brassert Company se encuentran en el archivo del Tesoro estadounidense. La información sobre la correspondencia entre Williams y Del Drago me vino de Bloch. Está completada por el material presente en los archivos del Departamento de Estado estadounidense acerca de los duques de Windsor. La información

sobre los conflictos de Christie con Oakes salió de entrevistas con el que entonces era el único testigo superviviente, el ya fallecido Alfred de Marigny. El relato de los altercados se ha extraído del *Tribune* de Nassau; como también el relato del posterior incendio. La descripción de la muerte del duque de Kent me llegó de un informe desclasificado disponible desde hace poco en el Archivo Nacional británico. Los archivos del Departamento de Estado sobre Axel Wenner-Gren ofrecieron detalles de las inversiones impropias de los duques de Windsor. El informe Berle está disponible en la división de Documentos Diplomáticos de los Archivos Nacionales estadounidenses. Se examinaron los archivos del FBI y de la inteligencia militar sobre Charles Bedaux, y se permitió a su hijo dar su opinión sobre el asunto. El historiador juicioso analizará los documentos de inteligencia antes de llegar a una conclusión. El relato de la situación cercana a la muerte de Spencer se obtuvo de los periódicos de San Diego *Union* y *Tribune*.

16. ASESINATO EN NASSAU

En 1986, Alfred de Marigny me concedió unas excelentes entrevistas acerca de todo lo ocurrido en Nassau en 1943, así como de sus enfrentamientos con el duque de Windsor. También me explicó con detalle los motivos que tenía Christie para el asesinato. Como se afirma en el texto, fue necesario volver a presentar todas las pruebas forenses y circunstanciales, así como los detalles de la transcripción manuscrita del juicio por parte del juez, previamente inaccesible, a aquellos que eran capaces de analizarlos mejor. En Los Ángeles, estos fueron el doctor Joseph Choi, antiguo ayudante del célebre doctor Thomas Noguchi, y John Ball, un experto en asesinatos y autor de la admirable novela policiaca *En el calor de la noche*. En cuanto le mencioné al señor Ball el tamaño y la forma de las heridas, identificó que estas habían sido causadas por un arpón de pesca, y sabía por otros casos con los que había tratado que este método de asesinato era exclusivo del culto de santería Palo Mayombe. Al preguntarle al doctor Choi, me encontré exactamente con la misma respuesta. En Los Ángeles en años recientes se han producido diversos asesinatos que pueden describirse exactamente de la misma forma. También les mostré a ambos caballeros las fotografías del fallecido, y me confirmaron instantáneamente que nadie que viera aquel cadáver podía pensar que la víctima aún estuviera viva. Con ello se demostraba que Harold Christie cometió perjurio. Alfred de Marigny, como se indica en el texto, creía que Oakes había muerto por arma de fuego. Él asegura que los dos patólogos mintieron en el juicio a ese respecto. Pero no hay nada que indique que lo hicieran, y de hecho la política más inteligente hubiera sido hacerlo, y afirmar que el crimen había sido cometido por arma de fuego, para eliminar toda referencia a un asesinato ritual de los nativos negros, lo que solo podría provocar más disturbios en las islas. El testimonio del doctor FitzMaurice tiene un valor especial, dado que él explicó de forma precisa los detalles de las heridas y declinó dar una opinión sobre la causa de las mismas. El autor visitó muchos veleros en Los Ángeles y Newport Beach, examinando cabestrantes y otros posibles instrumentos que pudieran servir para asesinar, y los descartó todos para volver a la conclusión de Choi y Ball. Los detalles precisos de los movimientos de cada uno en la noche del crimen se obtuvieron tanto de las notas del juez como de los archivos del *Tribune* de Nassau. Ninguno de los participantes parece haber sobrevivido. El sargento Louis

Danoff de la división de Homicidios del Departamento de Policía de Los Ángeles tuvo la amabilidad de enviarme detallados folletos impresos, habitualmente solo utilizados por la policía, con diagramas y descripciones de los asesinatos Palo Mayombe. Consulté a expertos en incendios sobre lo relativo a la pólvora, un rasgo inevitable en el culto de Palo Mayombe. El doctor Choi me explicó lo relativo al *rigor mortis*. La rama de Actividades en el Extranjero del Departamento de Estado conservó el registro de las conversaciones del duque, cuidadosamente controladas a través de fuentes de la RCA y Western Union en Miami. La visita al continente de los duques de Windsor fue extremadamente bien cubierta por el FBI y la información relativa se conserva en los archivos del FBI. La visita al cuartel general del FBI fue discretamente ignorada por todos los periódicos. Alfred de Marigny acusó directamente al duque de Windsor de encubrir el crimen y afirmó que el duque le perseguía mediante intermediarios que intentaron acabar con su vida, y también aseguró que el duque le impidió emigrar de la isla. Se leyó el número de noviembre de 1944 de *Inside Detective*. El detective Raymond Schindler tenía razón sobre parte de la historia. El informe Majava se encuentra en el archivo especial de J. Edgar Hoover sobre el caso. Mientras la prensa evitó mencionar a quien Robinson identificó como el asesino, los archivos del FBI lo nombran expresamente. Sorprendentemente, el FBI desclasificó esta información para el autor en 1981 sin solicitar el certificado de defunción de Christie, señal para este historiador de que tenían pruebas concluyentes de su culpabilidad. El informe de Toronto está en los archivos del FBI sobre los duques de Windsor. Las acusaciones de Stevenson fueron recogidas por la revista *Time* y el *Saturday Evening Post.*

17. REGRESO A EUROPA

La muerte de Ciano fue recogida por periódicos de todo el mundo. El fallecimiento de Charles Bedaux también fue cubierto de forma extensa. Los periódicos de Richmond ofrecieron un relato de la muerte de Audrey Weaver en un incendio. La obra de Michael Bloch *The Duke of Windsor's War* muestra el creciente agobio de Wallis en Nassau, así como los esfuerzos del duque por volver a Gran Bretaña. (Como siempre, Bloch culpa a la familia real británica por su actitud turbia, un enfoque incorrecto en mi opinión). Los índices del Ministerio de Asuntos Exteriores británico publicados en 1970 ofrecen una lista de la localización de las propiedades de los duques de Windsor. El informe de Chanel llega del informe de Schellenberg. Una vez más, las memorias de Balfour son una fuente de información excelente sobre el asunto Young. La biografía *Robert R. Young: The Populist of Wall Street*, obra de Joseph R. Borkin, es una fuente de información cuidadosamente documentada. Los archivos del Departamento de Estado estadounidense acerca de los duques de Windsor ofrecen detalles reveladores e incómodos acerca de los intentos de estos por eliminar los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán. El viaje a Inglaterra fue cubierto por el *New York Times* y por la mayoría del resto de periódicos. Tania Long informó sobre el asunto Núremberg-Rosenberg en profundidad. El duque de Grantmesnil me ofreció toda la correspondencia del periodo conservada en el Instituto Hoover de la Universidad de Stanford (California). La duquesa de Marlborough se convirtió en una fuente de información capital sobre el robo de las joyas; su relato fue completado por lo expuesto en *The Times*, *New York Times*, *Daily Mail*, *Daily Express*, los informes de Scotland Yard y una entrevista con la señora de Leslie Field. La obra del capitán Harry Grattidge *Captain of the Queens* ofrece mucha información poco conocida. Una entrevista concedida por Guido Orlando resultó ser de un valor inestimable. Stephen Birmingham en su obra *Duchess* ofrece un divertido retrato de Jimmy Donahue. La prensa de Nueva York cubrió en profundidad los movimientos de los duques de Windsor durante la última época de la década de 1940, incluyendo el episodio del fuego en el Waldorf Towers. La carta de la señora Eleanor Miles sobre la estancia de los duques de Windsor en el sur de Francia puede encontrarse en la Sociedad Histórica de Maryland. El testamento de Henry M. Warfield puede obtenerse en los archivos de Maryland.

18. AÑOS ITINERANTES

Se examinó el catálogo de Sotheby's de la famosa subasta de joyas celebrada en Ginebra en abril de 1987. Los detalles de la historia de Suzanne Blum figuran en varias biografías de Léon Blum. La obra de Charles J. V. Murphy, *The Windsor Story*, y el citado libro de Birmingham revelan los problemas de Murphy con el duque y la duquesa en lo referente a su colaboración en las memorias. La fallecida Laura, duquesa de Marlborough, y la fallecida Margaret, duquesa de Argyll, me han suministrado mucha información nueva. Los detalles del viaje por los estados del sur y México se pueden encontrar en la correspondencia de Corinne Murray; en este relato solo ha sido posible incluir los puntos más importantes. Balfour me ofreció la anécdota de Biarritz. C. L. Sulzberger, en sus memorias, *A Long Row of Candles*, proporcionó la fuerte descripción de los duques de Windsor incorporada a esta obra. La mayoría de los periódicos se hicieron eco del discurso del duque con motivo del acceso al trono de la reina Isabel, así como de la posterior controversia. Hugo Vickers describió de forma admirable las sucesivas casas de los duques de Windsor en París. Cecil Beaton escribió a su manera sobre la pareja en sus diarios, información rescatada por Vickers en su biografía definitiva de Beaton. Lady Mosley concedió al autor una de las entrevistas más memorables de su vida en su hogar cercano a París. Me basé más en ella que en su biografía de la duquesa, que estaba fundamentada casi enteramente en obras previamente publicadas. Elsa Maxwell escribió con una agudeza y una inteligencia sorprendentes acerca de los duques de Windsor en sus olvidadas memorias *RSVP*, uno de los mejores libros en su estilo y una guía indispensable para la vida social de aquella época. Se leyeron las columnas de Cholly Knickerbocker. La historia del colapso de la relación con Donahue se extrajo de las obras de Birmingham y Murphy, y se completó con una entrevista realizada en 1980 a Jerome Zerbe.

19. MEDIA TARDE

El *New York Times* se ocupó con profesionalidad de todo lo referente a la muerte de la reina María. Se consultaron las biografías de Anne Edwards y James Pope-Hennesy. Se leyó el *Daily Express*. El *New York Times* es la fuente de información más fiable sobre el asesinato de Woodward, y el relato de Capote, la menos rigurosa. Se leyó el número de enero de 1961 de la revista *McCall*. El fallecido John Colville y lady Mosley fueron las mejores fuentes sobre la vida social de los duques de Windsor y su brillante habilidad para recibir en aquellos años. Los relatos de Murphy también fueron de gran ayuda. Los miembros de las familias Murray y Mustin describieron la fiesta del centenario de la tía Bessie y su funeral. La prensa de Nueva York y la de Texas cubrieron la intervención que se le realizó al duque en Houston. La obra de Michael Thornton *Royal Feud* reunió diversas fuentes de confianza sobre la visita a la London Clinic y sobre los sucesos que acontecieron a continuación. Hugo Vickers me ilustró con más información.

20. ÚLTIMA HORA DE LA TARDE Y NOCHE

La información sobre la clínica Niehans fue recabada en Suiza. Charlene Bry ofreció el relato en la revista *People* en 1987. El *New York Times* cubrió la visita a Portugal. Hugo Vickers tuvo la amabilidad de mostrarme la entrevista con Kenneth Harris. El banquete de Nixon lo cubrió en detalle el *Washington Post*. Murphy resultó ser la mejor fuente de información sobre el asunto Mountbatten. Thornton me ofreció más detalles. Hugo Vickers y la fallecida Ginette Spanier confirmaron o corrigieron información previamente publicada. El mejor relato de la muerte del duque y del funeral posterior se encuentra en *The Times*, y se completó con detalles de Thornhill. Vickers me concedió entrevistas largas y de un valor inestimable sobre esos años finales. La condesa de Romanones, en un artículo publicado en el número de junio de 1986 de *Vanity Fair*, ofreció un recuerdo íntimo, si bien controvertido, de aquella época difícil. De vital importancia es la colección del duque de Grantmesnil conservada en el Instituto Hoover de la Universidad de Stanford, que contiene la extraordinaria correspondencia entre él y *Maître* Blum sobre el asunto de los documentos retirados. La fallecida Laura, duquesa de Marlborough, la princesa Von Bismarck y Hugo Vickers comentaron conmigo el funeral de la duquesa. Alistair Cooke dijo en el *New York Times* la última palabra sobre las razones de que se le negara el trono a la duquesa. Una vez más, el catálogo de joyas de Sotheby’s se utilizó como fuente de información sobre la subasta, así como varios reportajes de prensa escrita y televisión.

Nota final: los archivos penales del Departamento de Justicia estadounidense relativos a la duquesa de Windsor se destruyeron, supuestamente por motivos de espacio, en la década de 1960.

Notas sobre el nuevo material

El fallecido sir Dudley Forwood fue la fuente de información sobre Edward *Fruity* Metcalfe en una entrevista que se le realizó en su casa de New Forest, Ringwood (Hampshire), el 9 de octubre de 1987, que debía mantenerse confidencial hasta su muerte. *La hija del Káiser*, las memorias de la princesa Victoria Luisa, duquesa de Brunswick, me proporcionaron detalles del matrimonio propuesto entre la princesa Federica de Prusia y el príncipe de Gales. Todo lo relativo al príncipe Felipe de Hesse se extrajo de los archivos de desnazificación sobre el mismo (1945-1946) que me suministró el catedrático Jonathan Petropoulos de Claremont College (California), una autoridad mundial sobre el tema; del *New York Times* entre 1924 y 1945; de documentación incautada a los alemanes disponible en microfilms en los Archivos Nacionales estadounidenses de Washington, D. C., rama Militar Moderna; de los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores británico y del Archivo Nacional británico; y de los archivos del Departamento de Estado, obtenidos por Jill Cairns-Gallimore, y cortesía de John Taylor. Todo lo relativo a Sandra Rambeau se extrajo de los archivos oficiales sobre ella, Frederick G. McEvoy y Errol Leslie Flynn del Departamento de Estado; de los archivos del diario de Los Ángeles *Herald-Examiner* conservados en la Universidad de California, y de su archivo del FBI. Jane Singer me proporcionó sus partidas de nacimiento y defunción (1987).

Las conexiones del duque de Kent, el príncipe Pablo de Yugoslavia, el príncipe Felipe de Hesse, Goering y Hitler están expuestas de forma muy clara en los archivos del Departamento de Estado sobre cada uno de ellos y en los archivos de desnazificación del príncipe Felipe, así como en información privada. Los documentos del idilio con Guy Trundle, presentes en los informes de Albert Canning para Scotland Yard dirigidos primero a lord Trenchard y posteriormente a sir Philip Game, se clasificaron originalmente hasta 2037, pero fueron desclasificados en enero de 2003. El *dossier* de China aparece comentado en la correspondencia y diarios de Kenneth de Courcy, duque de Grantmesnil, conservado en el Instituto Hoover sobre Guerra,

Revolución y Paz de la Universidad de Stanford (California). El *dossier* real puede estar o no dentro de los archivos de De Courcy (cerrados hasta 2017) o en los archivos del castillo de Windsor, donde su presencia la han negado de forma insistente, incluso en la época de la abdicación, fuentes del palacio de Buckingham y todos los biógrafos oficiales. Sin embargo, sir John Coke puede considerarse fiable y el documento ha existido. Las conversaciones de sir Edward (Robert) Peacock y Joseph P. Kennedy están contenidas en la obra anteriormente citada *Hostages to Fortune: The Letters of Joseph P. Kennedy*, editada por su nieta Amanda Smith. Representan hasta la fecha la única filtración de la tapadera más elaborada en la historia de la realeza —el asunto de las finanzas de los duques de Windsor y de la actitud de la reina (más tarde reina madre) hacia ellos, que también ha sido ocultado celosamente hasta la fecha, habiéndose retirado un cajón de archivos entero de la biblioteca Bodleian de Oxford, supuestamente por órdenes reales—. Afortunadamente, su carta relativa al asunto al príncipe Pablo de Yugoslavia (2 de octubre de 1940) aún sobrevive en la Universidad de Columbia, junto a sus ácidos comentarios recogidos en los diarios de Kennedy. La vinculación del príncipe Pablo con los nazis, ocultada por generaciones de atareados encubridores, se trata exclusivamente en la obra de su antiguo ministro Ilija Jukie *The Fall of Yugoslavia*, el único relato hecho desde dentro hasta la fecha. El comportamiento del príncipe de Gales en la época de la muerte de su padre se describe en los diarios de Kennedy. Sus acciones igualitarias aún siendo rey —como parar taxis, por ejemplo— se encuentran en un informe anónimo pero fiable conservado en Churchill College (Cambridge), y confirmado como auténtico por el hijo y el nieto de sir Louis Greig.

Lo relacionado con la celebración del Jueves Santo se mencionó en el *New York Times*. La carta del 4 de mayo de 1936 que Wallis escribió a su tía Bessie Merryman quejándose se conserva en la Sociedad Histórica de Baltimore. El informe sobre la actividad comunista en relación con el rey aparece en los informes de Scotland Yard realizados por Albert Canning. Las actas de la reunión del Consejo Privado en relación con Etiopía se encuentran en los Archivos Reales del castillo de Windsor. La conspiración de divorcio del palacio de Blenheim se menciona en el informe anónimo de Cambridge. La visita a Bulgaria fue recogida por el *xml:lang="en"Bulgarian Monthly Review*, como se cita en el texto, así como en la obra *Crown of Thorns, the Reign of King Boris III of Bulgaria*, de Stéphane Grovet. El continuado idilio de Wallis con Guy Trundle mientras su futuro marido era rey se recoge en los diarios de Kennedy; la fuente, como se dice, era sir Edward Peacock; la visita

a Gales aparece en el libro de Anne Fremantle, como se menciona en el texto. El relato del horror del duque de York ante la posibilidad de ser rey se muestra en una larga y angustiosa confesión conservada en los Archivos Reales del castillo de Windsor. El deseo de revertir la abdicación se menciona en las conversaciones entre Peacock y Kennedy. El asunto de Cockburn se cuenta sin solución en sus memorias *A Discord of Trumpets*; el relato de los olvidos del rey en la cena y su reunión con Peacock llega de los documentos de Churchill de Cambridge.

El informe de sesenta y cuatro páginas de sir Horace Wilson sobre la abdicación conservado en el Archivo Nacional británico resulta indispensable, e irrefutable en sus conclusiones. Desestimado como «impreciso y desacertado» por los asesores de relaciones públicas de la Casa Real cuando fue desclasificado en 2003, está basado en una investigación exhaustiva realizada por un funcionario monárquico fiable y leal. El informe contiene también documentación sobre las discusiones del gabinete sobre si debería sobornarse a Wallis, lo que confirma los descubrimientos que realicé sobre la materia para la edición de 1987. Las visitas que el duque de Kent realizó al conde Toerring quedaron registradas en los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores británico conservados en el Archivo Nacional británico. La exposición sobre Wallis en el museo de Baltimore fue recogida por la prensa local.

Sir Dudley Forwood me proporcionó detalles sobre el pesar del duque en relación con el hecho de que no se concediera el tratamiento de Su Alteza Real a Wallis en su casa de Ringwood, en Hants (Inglaterra), el 9 de octubre de 1987. Todo lo relativo a Helga Schultz se encuentra en los archivos del FBI sobre los duques de Windsor conservados en Washington, D. C. La reunión con Errol Flynn, Hesse y Bormann en el hotel Meurice se encuentra descrita en el archivo de Flynn del Servicio Secreto de Inteligencia y le fue detallada al autor Gerald Brown en el Ministerio de Defensa en febrero de 1980. Todo el archivo Flynn ha desaparecido convenientemente desde entonces. Los historiadores Martin y Peter Allen han ampliado el retrato a partir de testigos de confianza de los servicios de inteligencia. El banquete de los Horcher y la visita a los Goebbels fueron recogidos en la obra de Van Owen citada en el texto. La conversación telefónica entre Peacock y el duque de Windsor sobre los asuntos económicos de Londres a París aparece en las conversaciones entre Peacock y Kennedy en los diarios de este último.

El idilio de Wallis con William Bullitt fue descrito al autor en entrevistas realizadas telefónicamente a Eleanor Davies Tydings Ditzen, íntima amiga

lady Jane Williams-Taylor, en su casa de Washington, D. C., los días 4, 8, 12 y 19 de marzo de 2003, y aparece citado en sus memorias, *My Golden Spoon*. Aparece información sobre Bullitt mencionada en varios números del semanal de George Seldes *In Fact* (1940-1945) y está detalladamente documentada en los archivos sobre él del Departamento de Estado en los Archivos Nacionales de Washington, donde se incluye el uso ilícito del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán para el envío de mensajes de alto secreto a Washington. Los detalles de la vida sexual de William Bullitt pueden encontrarse en la obra *Friend and Lover, a Life of Louise Bryant*, de Virginia Gardner; y la conexión con Freud está documentada en la biografía del doctor realizada por Peter Gay. La información sobre el idilio entre Bullitt y Offie me llegó a través de Rosemary Murphy, hija del íntimo amigo de Bullitt y colega diplomático Robert Murphy, que se encontraba en París en aquella época. Lo relativo a la cita secreta en la *boutique* de Schiaparelli me lo ofreció la señora Ditzen; los detalles de lady Williams-Taylor aparecen en la obra de Gioia Diliberto *Debutante, the Life of Brenda Frazier* y en los documentos del Banco de Montreal y de la Sociedad Histórica de Montreal. La historia del chantaje Maroni, como se cuenta en el texto, se menciona en los diarios de Constance Coolidge, cortesía de Andrea Lynn de la Universidad de Illinois; fue completada por las cartas de Coolidge a su padre de la época, conservadas en la Sociedad Histórica de Massachusetts de Boston; y por la investigación realizada en los diarios de sociedad *Bottin Mondain* y *Tout Paris*, diversos libros franceses y la obra *Deadline*, de Pierre Lazareff, así como los archivos de *Le Matin* de París, documentos de la Sûreté conservados en Fontainebleau, y entrevistas realizadas en París, además de un examen de la ciudad realizado en octubre de 2003 para comprobar las direcciones apropiadas. La reunión en el funeral de la reina María de Rumanía aparece mencionada en la prensa rumana y en el *New York Times*; la carta del rey Jorge V a Baldwin con relación a los duques de Windsor se encuentra en los Archivos Reales del castillo de Windsor; el insulto posterior al rechazo de Rose a la invitación a la cena se encuentra en los diarios de Kennedy. La reanudación de la relación entre el duque de Kent y Sandra Rambeau aparece en los archivos del diario de Los Ángeles *Herald-Examiner* de 1939; la reunión mantenida por el príncipe Felipe de Hesse y el duque de Kent en julio de ese año se menciona en los archivos de Felipe de Hesse conservados por el catedrático Jonathan Petropoulos; las cartas del duque de Kent al príncipe Pablo acerca del príncipe Federico de Prusia se encuentran en la Universidad de Columbia. La conversación entre la reina y Kennedy sobre el viaje a Estados Unidos sale en

los diarios de Kennedy. La carta de la reina de Inglaterra fechada el día 2 de octubre de 1939 es el único documento de su desprecio por Wallis que han conseguido encontrar generaciones de rastreadores y se encuentra, como se dijo en el texto, en la Universidad de Columbia entre los documentos del príncipe Pablo. Además de ser un único e inestimable retrato de su personalidad, demuestra una sorprendente homofobia en su burla del fotógrafo de sociedad y diseñador Cecil Beaton. La falsa emisión del 11 de octubre de 1939 está recogida en los diarios de Goebbels conservados en los Archivos Nacionales de Washington y en la obra de Christabel Bielenberg *El pasado soy yo*. La traicionera nota enviada a Hitler por el duque de Windsor a través de Bedaux está en posesión de Martin Allen. A su padre, Peter Allen, se la dio Albert Speer, quien dijo que la había obtenido de Hitler durante los últimos días de vida del Führer en su búnker de Berlín. La conexión entre Bullitt, Assergio y Mussolini aparece en las cartas de Bullitt, contenidas en los archivos del Departamento de Estado. El informe sobre las conversaciones de Fulton Oursler con Roosevelt aparece recogido en sus diarios y documentos privados de la Universidad de Georgetown, en Washington, suministradas por cortesía de Fulton Oursler (hijo). La mención de Bullitt a las propiedades de británicos en París aparece en los archivos del Departamento de Estado. El informe de Edward A. Tamm sobre los duques de Windsor, clasificado cuando escribí la edición original, fue desclasificado por el FBI en marzo de 2003. Sin embargo, se ocultó el nombre del Servicio Secreto de Inteligencia británico. Mi ayudante Jill Cairns Gallimore encontró el mismo documento sin que se hubiera borrado dicha mención como fuente de un archivo perdido hacía tiempo sobre Axel Wenner-Gren en los Archivos Nacionales de Washington, aportando así el indispensable hecho de que el informe procedía de sir Stuart Menzies y no de alguna fuente de poca confianza o superficial.

La información sobre Claude Dansey y los duques de Windsor me llegó por carta del antiguo agente de la Abwehr Pieter Hansen, quien trabaja en unas memorias, cortesía de Harry Cooper de la Sociedad de Submarinos Sharkhunters. La historia de Bullitt y Vichy aparece mencionada en los archivos de Bullitt del Departamento de Estado. El informe Strang se encuentra en los archivos del Archivo Nacional británico. El informe de julio también se encuentra allí. Frederick W. Winterbotham mencionó el asesinato del duque de Kent por orden del Servicio Secreto de Inteligencia al historiador Peter Allen, dato cortesía de Martin Allen, en una carta fechada el

4 de julio de 2003. Los comentarios alemanes al accidente aparecieron en el *New York Times*.

El asunto Williams-Taylor me lo proporcionó Eleanor Davies Tydings Ditzen. La historia de William Rhinelander Stewart aparece en los archivos del FBI sobre los duques de Windsor desclasificados en marzo de 2003. El asunto Bullitt-Welles se menciona en los archivos del secretario de Interior Harold L. Ickes, conservados en la biblioteca del Memorial Franklin D. Roosevelt de Hyde Park (Nueva York). La misión de Eddie Chapman la relató el propio Chapman en una entrevista con Gerald Brown, periodista de los diarios de Murdoch, celebrada en un balneario árabe cercano a Londres el 3 de febrero de 1980. La muerte de Sikorski apareció en el *New York Times* del 5 de julio de 1943; la causa se la confesó Frederick W. Winterbotham a Peter Allen. El comentario del duque de Windsor sobre Roosevelt aparece en los documentos de De Courcy de Stanford. Como también lo hace la revisión del *dossier* de China en Marrakech y el sur de Francia en 1951.

La historia de Susan Mary Alsop aparece mencionada en su obra *To Marietta from Paris*. La historia que retrata a Wallis como agente de la CIA la relató Aline, condesa de Romanones, en *The Spy Went Dancing*. Lo referente a que el duque muriera en un momento determinado se comenta en mi entrevista al doctor Jean Thin, realizada en París en diciembre de 1987. Todo lo relativo a la subasta de muebles y efectos de Mohamed al-Fayed aparece por cortesía de Sotheby’s (Nueva York).

Bibliografía

Abend, Hallett, *My Life in China*, Nueva York, Harcourt, Brace, 1943.

Acland, Eric, *Long Live the King*, Chicago, Winston, 1936.

Alsop, Susan Mary, *To Marietta from Paris*, Nueva York, Doubleday, 1975.

Amory, Cleveland, *Who Killed Society?*, Nueva York, Harper, 1960.

Balfour, John, *Not Too Correct an Aureole*, Wilton, Salisbury, M. Russell, 1983.

Beaverbrook, William Maxwell Aitken, barón (ed. A. J. P. Taylor), *The Abdication of King Edward VIII*, Nueva York, Atheneum, 1966.

Beirne, F. F., *The Amiable Baltimoreans*, Nueva York, Dutton, 1951.

—*Baltimore, A Picture History*, Baltimore, Beaudine, 1968.

Bielenberg, Christabel, *The Past Is Myself*, Londres, Corgi, 1968. [Edición española: *El pasado soy yo*, Barcelona, Debate, 1989].

Birkenhead, F. W. F. S., segundo conde de, *Walter Monckton: The Life of Viscount Monckton of Brenchley*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1969.

Bloch, Michael, *The Duke of Windsor's War: From Europe to the Bahamas, 1939-1945*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1982; Nueva York, Howard McCann, 1983.

Bloch, Michael, *Operation Willi: The Plot to Kidnap the Duke of Windsor*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1984; Nueva York, Weidenfeld and Nicolson, 1985.

—*Wallis and Edward: Letters 1931-1937: The Intimate Correspondence of the Duke and Duchess of Windsor*, Nueva York, Summit Books, 1986.

Bolitho, Hector, *King Edward VIII: An Intimate Biography*, Nueva York, Literary Guild of America, 1937.

Borkin, Joseph R., *Robert R. Young: The Populist of Wall Street*, Nueva York, Harper and Row, 1969.

Bove, Charles F., *A Paris Surgeon's Story*, Boston, Little Brown, 1956.

Brody, Iles, *Gone with the Windsors*, Philadelphia, Winston, 1953.

Brookman, Laura L., *Her Name Was Wallis Wafield*, Nueva York, Dutton, 1936.

Brunswick, princesa Victoria Luisa, duquesa de, *The Kaiser's Daughter*, Nueva Jersey, Prentice Hall, 1977. [Edición española: *La hija del Káiser. Memorias de Victoria Luisa princesa de Prusia*, Barcelona, Grijalbo, 1978].

Bryan, J. y Charles J. V. Murphy, *The Windsor Story*, Nueva York, Morrow, 1979.

Bullitt, William, *Personal and Secret: Correspondence Between Franklin D. Roosevelt and W. C. Bullitt*, Boston, Houghton Mifflin, 1972.

Chambrun, René, conde de, *Le Procès Laval*, París, Editions France-Empire, 1984.

Channon, sir Henry, *Chips*, *The Diaries of Sir Henry Channon*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1967.

Christy, Jim, *The Price of Power: A Biography of Charles Eugene Bedaux*, Nueva York and Garden City, Doubleday, 1984.

Cockburn, Claude, *A Discord of Trumpets*, Nueva York, Simon and Schuster, 1956.

Cole, Bernard D., *Gunboats and Marines*, Delaware, University of Delaware Press, 1983.

Colville, sir John, *The Fringes of Power: Downing Street Diaries*, Nueva York, Norton, 1985. [Edición española: *A la sombra de Churchill: diarios de Downing Street, 1939-1955*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2007].

Connell, John, *The Office*, Londres, Wingate, 1958.

Cookridge, E. H., *Orient Express*, Nueva York, Random House, 1978; Londres, Allen Lane, 1979.

Corbitt, Frederick, *Fit For a King*, Nueva York, Harcourt, Brace, 1950.

Crawford, David, duque de Lindsay (ed. John Vincent), *The Crawford Papers: The Journals of David Lindsay, 27th Earl of Crawford and 10th Earl of Balcarres*, Dover, New Hampshire, Manchester University Press, 1984.

Crawford, Marion, *The Little Princesses*, Nueva York, Harcourt, Brace, 1951. [Edición española: *Las princesas Isabel y Margarita de Inglaterra*, Barcelona, Juventud, 1960].

Cross, Colin, *The Fascists in Britain*, Londres, Barrie and Rockliff, 1961.

De Leeuw, Hendrik, *Cities of Sin*, Londres, Noel Douglas, 1934.

Deniel, Alain, *Bucard et le Francisme*, París, J. Picollec, 1979.

Dennis, Geoffrey, *Coronation Commentary*, Londres, Heinemann, 1937.

Diliberto, Gioia, *Debutante: The Life of Brenda Frazier*, Nueva York, Simon and Schuster, 1987.

Ditzen, Eleanor Davies Tydings, *My Golden Spoon*, Nueva York, Lanham Books, 1997.

Donaldson, Frances, *Edward VIII*, Nueva York, Ballantine Books, 1976; Londres, Omega Books, 1976.

Eccles, Sybil, *By Safe Hand: Letters of Sybil and David Eccles*, Londres, Bodley Head, 1983.

Edwards, Anne, *Matriarch: Queen Mary and the House of Windsor*, Nueva York, Morrow, 1984; Londres, Hodder, 1984.

Farago, Ladislas, *The Game of the Foxes*, Nueva York, McKay, 1972.

Forbes-Robertson, Diana, *My Aunt Maxine: The Story of Maxine Elliott*, Nueva York, Viking Press, 1964.

Gardner, Virginia, *Friend and Lover: A Life of Louise Bryant*, Nueva York, Horizon Press, 1982.

Garrett, Richard, *Mrs Simpson*, Londres, Arthur Barker, 1979.

Gay, Peter, *Freud: A Life For Our Time*, Nueva York, W. W. Norton, 1988. [Edición española: *Freud: una vida de nuestro tiempo*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2001].

Gedye, G. E. R., *Betrayal in Central Europe*, Nueva York, Harper, 1939.

Getty, Jean Paul, *As I See It: My Autobiography*, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, Prentice Hall, 1970. [Edición española: *A mi manera*, Barcelona, Grijalbo, 1977. Madrid, Iberonet, 1993].

Gilbert, Martin, *Churchill* (varios volúmenes), Londres, Heinemann, 1967-1987; Boston, Houghton Mifflin, 1967-1987.

Giles, Frank, *Sundry Times*, Londres, John Murray, 1986.

Goldsmith, Barbara, *Little Gloria, Happy at Last*, Nueva York, Alfred Knopf, 1980; Londres, Pan, 1981.

Grattidge, Captain Harry y Richard Collier, *Captain of The Queens*, Londres, Oldbourne Press, 1956.

Greene, Suzanne E., *Baltimore: An illustrated History*, Woodland Hills, California, Windsor, 1980.

Grovet, Stéphane, *Crown of Thorns: The Reign of King Boris III of Bulgaria*, Nueva York, Madison Books, 1987.

Guerri, Giordano Bruno, *Galeazzo Ciano: A Life 1903-1944*, Milán, Bompiani, 1979.

Gun, Nerin E., *Eva Braun: Hitler's Mistress*, Nueva York, Meredith Press, 1968. [Edición española: *Hitler y Eva Braun, un amor maldito*,

Barcelona, Bruguera, 1968].

Hardinge, Helen, *Loyal to Three Kings*, Londres, William Kimber, 1967.

Hibbert, Christopher, *Edward: The Uncrowned King*, Londres, Macdonald, 1972.

Hore-Behisha, Leslie, *Private Papers*, Londres, Collins, 1960.

Hsue, Immanuel C. Y., *The Rise of Modern China*, Nueva York, Oxford University Press, 1983.

Jardine, The Reverend H. A., *At Long Last*, Nueva York, Murray and Dore / Ambassador Books, 1943.

Jukie, Ilija, *The Fall of Yugoslavia*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1971.

Lazareff, Pierre, *Deadline*, Nueva York, Random House, 1942.

Lockhart, sir Robert Hamilton Bruce, *Diaries*, Londres, Macmillan, vol. 1, 1973, vol. 2, 1981.

Lombard, Helen, *Washington Waltz*, Nueva York, Knopf, 1942.

McCormick, Donald, *The Mask of Merlin: A Critical Study of David Lloyd George*, Londres, Macdonald, 1963.

Mackenzie, Compton, *The Windsor Tapestry*, Nueva York, Stokes, 1938.

Maine, Basil, *Our Ambassador King*, Londres, Hutchinson, 1936.

Martin, Ralph G., *The Woman He Loved*, Nueva York, Simon and Schuster, 1974. [Edición española: *La mujer que el rey amó*, Barcelona, Pomaire, 1975].

Marx, Samuel, *Queen of the Ritz*, Indianapolis, Bobbs Merrill, 1978.

Maxwell, Elsa, *RSVP*, Boston, Little Brown, 1974.

Middlemas, Keith y John Barnes, *Baldwin: A Biography*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1969.

Mortimer, Penelope, *Queen Elizabeth: A Portrait of the Queen Mother*, Nueva York, St Martin's Press, 1986.

Morton, Frederic, *The Rothschilds*, Nueva York, Atheneum, 1962. [Edición española: *Los Rothschild*, Barcelona, Bruguera, 1967].

Mosley, Diana, *The Duchess of Windsor*, Londres, Sidgwick and Jackson, 1980. [Edición española: *La duquesa de Windsor*, Barcelona, Planeta, 1981].

Mosley, sir Oswald, *My Life*, Londres, Nelson, 1968. [Edición española: *Mi vida*, Barcelona, Caralt Editores, 1973].

Muggeridge, Malcolm, *Chronicles of Wasted Time*, Nueva York, Morrow, 1973.

Pearce, George F., *The US Navy in Pensacola*, Pensacola, University Presses of Florida, 1980.

Pertinax (André Géraud), *The Gravediggers of France*, Nueva York, Doubleday, 1944.

Pool, James and Suzanne, *Who Financed Hitler?*, Nueva York, Dial Press, 1978. [Edición española: *Quién financió a Hitler*, Barcelona, Plaza & Janés, 1981].

Pye, Michael, *The King Over the Water*, Nueva York, Holt, Reinhart and Winston, 1981.

Reed, Douglas, *Insanity Fair*, Nueva York, Random House, 1938.

Romanones, Aline, condesa de, *The Spy Went Dancing*, Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1990.

Rose, Kenneth, *George V*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1983; Nueva York, Knopf, 1984.

Rose, Norman, *Vansittart: Study of a Diplomat*, Londres, Heinemann, 1978.

Schumann, Frederick L., *Europe on the Eve*, Nueva York, Knopf, 1939.

Schwarz, Paul, *This Man Ribbentrop: His Life and Times*, Nueva York, Messner, 1943.

Sheean, Vincent, *Between the Thunder and the Sun*, Nueva York, Random House, 1943.

Skidelsky, Robert, *Oswald Mosley*, Nueva York, Macmillan, 1975.

Slater, Leonard, *Aly. A Biography*, Nueva York, Random House, 1965. [Edición española: *Alí Khan*, Barcelona, Grijalbo, 1967].

Smith, Amanda (ed.), *Hostages to Fortune: The Letters of Joseph P. Kennedy*, Nueva York and London, Viking, 2001.

Smith, Jane S., *Elsie de Wolfe*, Nueva York, Atheneum, 1982.

Sulzberger, C. L., *A Long Row of Candles: Memoirs and Diaries 1934-1954*, Nueva York, Macmillan, 1969.

Thornton, Michael, *Royal Feud: The Dark Side of the Love Story of the Century*, Nueva York, Simon and Schuster, 1985.

Torres, Henry, *Campaign of Treachery*, Nueva York, Dodd-Mead, 1942.

Trevor-Roper, H. R., *Hitler's Table Talk 1941-1944*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1953.

US Military Intelligence Reports, *China, 1924-1925*, Frederick, Maryland, University Publications of America, 1975.

Vickers, Hugo, *Cecil Beaton: A Biography*, Boston, Little Brown, 1986.

Vreeland, Diana, George Plimpton y Christopher Hemphill, *D. V.*, Nueva York, Knopf, 1984; Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1984.

Warwick, Christopher, *Abdication*, Londres, Sidgwick and Jackson, 1986.

Waterfield, Gordon, *Professional Diplomat: Sir Percy Loraine of Kirkharle*, Londres, Murray, 1973.

West, Nigel, *The Circus: MI5 Operations 1945-1972*, Nueva York, Stein and Day, 1983.

—*M16: British Secret Service Operations 1909-1945*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1983; Nueva York, Random House, 1986.

White, J. L., *The Abdication of Edward VIII*, Londres, Routledge, 1937.

Windsor, duque de, *A King's Story: The Memoirs of the Duke of Windsor*, Nueva York, Putnam, 1951. [Edición española: *Duque de Windsor. Memorias de un rey*, Barcelona, Grijalbo, 1972].

Windsor, duquesa de, *The Heart Has Its Reasons*, Nueva York, McKay, 1956; Londres, Chivers Press, 1983.

Winterbotham, Frederick, *Secret and Personal*, Londres, William Kimber, 1969.

Wooton, Graham, *The Official History of the British Legion*, Londres, Macdonald and Evans, 1956.

Imágenes



Wallis Spencer, dama de la alta sociedad norteamericana y esposa del teniente de la Marina estadounidense Earl Spencer, en 1919.



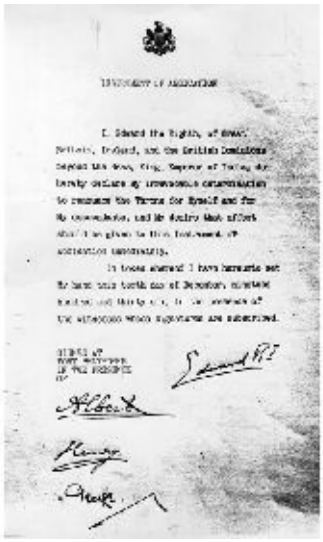
Wallis con el vestido que lució en su presentación en la Corte en 1925.



Manifestantes británicos protestando en contra del matrimonio propuesto.



La oferta de renuncia hecha por Wallis llenó los titulares de la prensa inglesa.



Instrumento de Abdicación a través del cual Eduardo VIII renunció al trono el 10 de diciembre de 1936.



El duque y la duquesa el día de su boda, el 3 de junio de 1937 en el Château de Candé, Francia.



El duque y la duquesa de Windsor en París, 1937.



El duque y la duquesa en su Luna de Miel en Venecia.



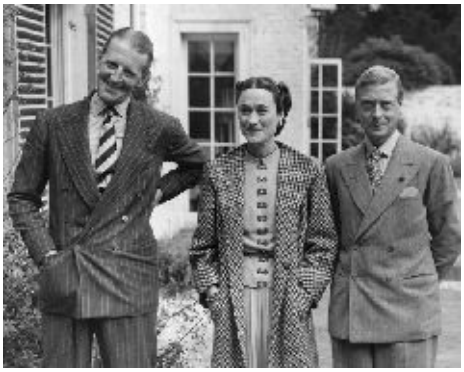
El duque y la duquesa en su visita a la Alemania nazi en octubre de 1937 con el doctor Robert Ley, líder del Frente Alemán del Trabajo.



El duque y la duquesa saludan a su anfitrión, Adolf Hitler, en octubre de 1937.



William Bullitt, embajador de Estados Unidos en Francia (derecha), junto al senador Allen Bankly en la embajada estadounidense.



El duque y la duquesa con Edward Dudley Metcalfe en su casa de campo de Sussex en septiembre de 1939.



Investidura del duque como gobernador general de Bahamas, en 1940, ante la atenta mirada de Wallis.



El duque y la duquesa en el palacio del gobernador de Bahamas.



El duque y la duquesa reciben una cálida bienvenida a su llegada a Miami en mayo de 1941.



El duque y la duquesa en su visita a la Stage Door Canteen de Washington en 1943.



Discrepancia de opinión en su limusina, tras desembarcar del Queen Mary, en 1947; el duque y la duquesa regresaban de Inglaterra, que ya anhelaba ansiosa el próximo matrimonio de la princesa Isabel, al que ellos no estaban invitados.



En Portofino, Italia, durante un crucero por el Mediterráneo en 1951.



La duquesa con su equipaje en Florida en 1956.



El duque y la duquesa en la Exposición Canina Internacional celebrada en París en 1956; el perro de la duquesa, Davy Crockett, obtuvo un primer premio.



La duquesa retocándole el pelo al duque en enero de 1958.



Un retrato de los duques de Windsor realizado para Time Life en 1960.



El duque y la duquesa disfrutan junto a Maurice Chevalier del Festival Internacional de Danza celebrado en París en 1963.



A su llegada a Southampton, Inglaterra, a bordo del crucero United States, el día de Año Nuevo de 1965.



El duque y la duquesa junto a la bailarina Ludmilla Tcherina en la gala celebrada en París en 1966 para conmemorar el XX aniversario de Unicef.



El duque y la duquesa con Rose Kennedy en Everglades Club, Palm Beach.



Miembros de la Casa de Windsor asisten en junio de 1967 a la ceremonia en la que se descubrió una placa conmemorativa en honor de la madre del duque: la reina María. De izquierda a derecha: el duque de Edimburgo, la reina Isabel II, la reina madre, el duque y la duquesa de Gloucester, y el duque y la duquesa de Windsor.



La duquesa del brazo del presidente Nixon en su visita a la Casa Blanca en abril de 1970 mientras el duque los observa.



El emperador Hirohito y la emperatriz Nagako visitan a los duques en su casa parisina del Bois de Boulogne en octubre de 1971. La última vez que coincidieron fue en Tokio en 1922.



La duquesa con Earl Mountbatten en junio de 1972 de camino al palacio de Buckingham, donde se hospedó para asistir al funeral del duque



Dos días antes del funeral del duque, la duquesa observa a la reina Isabel realizar el saludo a la bandera desde una ventana del palacio de Buckingham.



Reconciliación a regañadientes: El 5 de junio de 1972 tras el funeral la reina Isabel acompaña a la duquesa, cubierta por un tupido velo, a la salida de la capilla de St. George.



La duquesa, ya muy frágil, durante una cena en el restaurante parisino Maxim's en septiembre de 1975.



La princesa Ana y la reina madre hablan con un pastor en el funeral de Wallis, duquesa de Windsor, celebrado el 29 de abril de 1986.



El príncipe Carlos y la princesa Diana abandonan la capilla de St. George tras el funeral.

Créditos fotográficos

Presentación en la corte; foto de boda; con Nixon. Ambas de Topfoto.

Alemania, 1937; encuentro con Hitler; William Bullitt; con Hirohito; en la ventana; en el funeral; en 1980. Todas ellas de Hulton Archive / Getty Images.

Notas

[1] No en 1896, como se afirma en el resto de fuentes. [Todas las notas, salvo que se indique lo contrario, son del autor]. <<

[2] La fecha está documentada en el informe sobre la familia Warfield realizado en 1900. No existe certificado de nacimiento. <<

[3] No Bessiewallis, como se afirma en la mayoría de las fuentes. <<

[4] En sus memorias Wallis cuenta que le dijo a Win que apenas recordaba el lugar. Pero su nombre aparece en el registro del establecimiento de 1915, lo que desmiente su afirmación. <<

[5] El apartamento no tenía patio propio, como describe ella en sus memorias. <<

[6] Véanse los informes de la inteligencia del ejército estadounidense, 1924-1925, University Publications of America, Frederick, Maryland. <<

[7] *Admiral's Skin* [«Piel de almirante»], Mondadori, 1949. <<

[8] Aunque se le ofreció un acuerdo alternativo, que aceptó. <<

[9] Como extraño eco de este curioso episodio, años más tarde Wallis tuvo en el dormitorio de sus sucesivas casas parisinas una imagen de dos mujeres desnudas haciendo el amor. <<

[10] Cuando fue juzgado en Núremberg, Ribbentrop intentó sin éxito llamar como testigo al duque de Windsor. <<

[11] Es solo parte de lo que aparece en las actas publicadas en el informe descodificado que sir George Clerk envió a Londres y fue incluido dentro de los documentos relativos a la política exterior británica. <<

[12] *Auslandsorganisation*. <<

[13] Fue disuadido de su idea por el Ministerio de Asuntos Exteriores. <<

[14] Su palabra favorita era «einum», que, según una fuente fiable, era un cruce entre «eenie» y «meenie», las palabras con las que empieza una conocida canción de cuna. <<

[15] La señora Cartwright pronto conocería y se casaría con el colaboracionista nazi Frederick G. McEvoy, íntimo amigo de la estrella de cine Errol Flynn. La señora Cartwright era conocida en el Departamento de Estado estadounidense por sus simpatías por los nazis. <<

[16] Los contenidos de dicho informe han sido suministrados por Kirk Hollingsworth, sobrino de Mary Raffray. El documento original parece haber desaparecido. <<

[17] Los submarinos italianos se camuflaban como submarinos españoles. <<

[18] Es posible que a Bannigan lo respaldara el IRA, que en esa época estaba bajo control comunista. <<

[19] No ha podido confirmarse documentalmente el rumor de que el rey era reacio a visitar Turquía y que fue sir Percy Loraine, embajador británico en Ankara, quien le obligó a hacerlo. <<

[20] De forma simultánea, un representante anónimo del primer ministro Stanley Baldwin contrató los servicios de Raymond Neudecker, abogado de Washington, D. C., para que investigara el divorcio de Wallis y Win Spencer de 1927. Evidentemente, el primer ministro, que ya se oponía a que el rey se casara con Wallis, estaba decidido a encontrar alguna prueba de irregularidad en las vistas celebradas en 1927. Sin embargo, Aubrey Weaver, su abogado de aquella época de Front Royal, logró que el juez Peck Alexander, de Warrenton, cerrara los archivos del caso. Es posible que Wallis hubiera preparado esto. No se pudo acceder a los archivos hasta que este autor los obtuvo en 1986. <<

[21] Por una extraña coincidencia, exactamente el mismo día Win Spencer se divorció de su segunda mujer, Miriam, en San Diego (California). Ella le acusó de crueldad, abandono, alcoholismo y de destrozar el mobiliario de su casa. <<

[22] *Enchantress* significa en inglés «hechicera». *[N. del T.]*. <<

[23] La situación política en Austria con respecto a la Alemania nazi era extremadamente delicada en todo lo relativo a los judíos. Aunque en Austria no se daba el mismo comportamiento hacia los judíos, siempre existía la amenaza de que la situación cambiara y los Rothschild tuvieran que irse del país. <<

[24] Suzanne Blum es hermana de André Blum, que, por decreto del 27-9-1936, cambió su apellido por el de Blumel (y lo utilizó como pseudónimo). Cuando Suzanne Blum se casó, pasó a llamarse Suzanne Weill (apellido del marido), pero luego retomó su nombre de soltera, Blum, y se la conoce como *Maître* [«letrada»] Suzanne Blum. <<

[25] Aun así, de forma desagradecida, Wallis no invitó a ninguno de los dos a su boda. <<

[26] Una copia en platino fue subastada en Sothebys en 1987. <<

[27] Nacido en Bradford, Inglaterra, Bohle había sido educado en Sudáfrica y había renunciado a su ciudadanía británica justo antes de que llegaran los duques de Windsor. Inteligente, enérgico y dominante, se había alistado en el Partido Nazi en 1932. En 1933 se convirtió en el líder de la Auslandsorganisation, familiarmente conocida como AO. Era la organización de los alemanes residentes en el extranjero. En noviembre de ese año fue elegido diputado del Reichstag. Estaba decidido a lograr una alianza permanente de todos los pueblos internacionales de ascendencia alemana en contra de la Unión Soviética. Más tarde, sería utilizado de forma secreta en el vuelo de Rudolf Hess a Escocia, y asumió la traducción de las cartas de Hess al duque de Hamilton con respecto a una paz negociada. <<

[28] Los noticiarios ingleses fueron manipulados para que no apareciera el brazo «hitleriano». <<

[29] 25 000 libras, menos las pensiones del personal discapacitado. <<

[30] Aunque oficialmente se le había dado la patada hacia arriba, a Vansittart se le había permitido seguir dirigiendo, principalmente bajo la tapadera de London Films, su propio sistema de espionaje. <<

[31] Hardinge pretendía que el duque fuera enviado a Egipto; el arzobispo de Canterbury, al único lugar donde podría estar seguro: las islas Malvinas. <<

[32] Para no revelar su presencia, el jefe de la inteligencia le dijo al alcalde de Perpiñán que les comunicara a los duques de Windsor que quien llegaba era «el gobierno francés en pleno». <<

[33] OSS: siglas en inglés correspondientes a Oficina de Servicios Estratégicos, servicio de inteligencia estadounidense precedente de la actual CIA. *[N. del T.]* <<

[34] Monckton era miembro del comité de apelación en los asuntos relacionados con los fascistas que abogaban por una paz negociada en Gran Bretaña. <<

[35] Dundas era conocido por sus tendencias antiestadounidenses, otro motivo para que Churchill deseara el cambio. <<

[36] El mismo día que autorizó el pasaporte (9 de septiembre de 1940) Long rechazó que se permitiera a un barco de refugiados judíos atracar en Norfolk (Virginia9, lo que tuvo como consecuencia que muchos de los que habían abandonado Alemania murieran en los campos de concentración. <<

[37] Protector de los sustanciosos intereses económicos de su empresa en la Alemania nazi, Mooney se encargaba directamente de las enormes fábricas nazis de Adam-Opel, que producían carros armados y tanques del tipo utilizado en las invasiones de Checoslovaquia y Francia. El 22 de diciembre de 1936, en Viena, Mooney le había dicho a George Messersmith, amigo de los duques de Windsor: «Deberíamos llegar a acuerdos con Alemania para el futuro. No existe motivo para que permitamos que nuestra indignación por lo que ocurre en el país se interponga en nuestro camino». En una entrevista concedida al *New York Times* el 8 de octubre de 1937, el embajador estadounidense en Alemania, William E. Dodd, afirmaba que Mooney era parte de una «camarilla de industriales estadounidenses empeñados en instaurar un Estado fascista que suplante nuestro gobierno democrático». En 1938, Mooney recibió la Orden del Águila Alemana de manos de Hitler. En abril de 1939, se reunió en Londres con el embajador estadounidense Joseph Kennedy para organizar una visita a la ciudad de Emil Puhl, del Reichsbank, banco controlado por Hitler, y Helmuth Wohlhat, el consejero financiero de Goering, formado en Estados Unidos. En una serie de reuniones, estos hombres tramaron un plan: a Alemania se le concedería un préstamo secreto de oro británico, por valor de una cantidad entre cien y doscientos millones de libras y, en una futura reorganización de Europa, Alemania controlaría todas las divisas mediante la restauración del patrón oro. Mooney propuso un proyecto según el cual, en una paz negociada con Hitler, Alemania recuperaría sus colonias africanas. <<

[38] Amigo y consejero del príncipe Otto von Bismarck. <<

[39] Balfour tenía conocimiento del expediente secreto existente en Londres sobre los duques de Windsor, y toda la correspondencia telegráfica entre los duques de Windsor, el Ministerio de Asuntos Exteriores y la Secretaría de Estado para las Colonias de Londres se le enviaba inmediatamente. <<

[40] Aunque él estaba convencido de que un sacerdote vudú había asesinado a Oatkes porque este mantenía un idilio con su mujer. <<

[41] Según Charles Bedaux (hijo), su padre se suicidó para proteger a su mujer y a su familia en Francia; si admitía que sus empresas habían ayudado a judíos, su familia habría sido castigada. <<

[42] Al final, no lo hizo. <<

[43] Juego de palabras en inglés entre el nombre de la mujer, señora de Sailing Baruch, y la palabra «marinero», *sailor. [N. del T.]*. <<

[44] Una víctima de los tratos del rey (Eduardo) con Mussolini: el rey rehusó recibir al monarca abisinio en el palacio de Buckingham. <<

[45] Juego de palabras entre el término usado en inglés para «cadera», *hip*, y la expresión de euforia mencionada. *[N. del T.]*. <<